



Desenros
desordenados
#NEED

Barb Capisce

DESEOS DESORDENADOS
BARB CAPISCE

Título original: Deseos Desordenados - #NEED

Fotografía: © *Shutterstock*

Diseño de portada: © *Cover Design*

Diseño y maquetación: © *Barb Capisce*

Esta historia es pura ficción. Sus personajes no existen y las situaciones vividas son producto de la imaginación.

Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad en ellos.

Algunas personas encuentran en los “covers” o en dibujos y pinturas, expresiones de su arte, la manera de homenajear a sus artistas favoritos.

Yo escribí una novela inspirada en la música de Mötley Crüe.

Los nombres de los capítulos corresponden a sus canciones.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

1ª Edición, Marzo de 2017

Concupiscencia

Del lat. *concupiscentia*.

1. f. En la moral católica, deseo de bienes terrenos y, en especial, apetito desordenado de placeres deshonestos.

Real Academia Española

La Iglesia Católica distingue entre concupiscencia actual, que son los deseos desordenados, y concupiscencia habitual, que es la propensión a sentir esos deseos. La concupiscencia no es en la moral católica un pecado, sino que es la inclinación a cometerlo (es decir, como madre de este), en la fe cristiana (por tanto católica) se identifica con la madre del pecado (en otras biblias protestantes dice literalmente: "da a luz el pecado", entonces el Magisterio de la Iglesia Católica enseña que es una inclinación a pecar) en la Biblia está escrito en la Carta de Santiago 1,13-15 (capítulo 1, del versículo 13 al 15):

Nadie, al ser tentado, diga que Dios lo tienta: Dios no puede ser tentado por el mal, ni tienta a nadie, sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que lo atrae y lo seduce.

La concupiscencia es madre del pecado, y este, una vez cometido, engendra la muerte.

*Quiero reconciliar la violencia en tu corazón
Quiero reconocer que tu belleza no es solo una mascara
Quiero exorcizar los demonios de tu pasado
Quiero satisfacer los deseos desordenados en tu corazón*

Undisclosed Desires
Matt Bellamy
Muse

*(...) Cuando tomaste mis labios
Yo tomé tu respiración*

A veces el amor está mejor muerto

You're all I need
Mötley Crüe

Para Alejandro, todo lo que necesito.

A la memoria de mi amiga Florencia

Agradecimientos

Escribo porque es una manera políticamente correcta de reconocer las voces en mi cabeza y no terminar internada como Harley Quinn, porque es más barato que un psiquiatra y es una manera constructiva de emplear la locura linda. Por eso GRACIAS a mi esposo, Alejandro, que se merece la dedicatoria con mayúsculas por soportarme, a mis hijos por sufrirme estoicamente, a mi hermana y su familia, a Karina y mi familia extendida, mis pilares.

Escribo porque lo necesito como el aire, porque amo materializar lo que sueño, dormida y despierta, con la forma y la cadencia de las palabras, creando un [adorable puente](#) con quienes me leen. Por eso GRACIAS a mis lectores, los de antes y los de ahora, los que me siguen por todos lados y a los que asalto eventualmente por correo, y a los que llegan ahora por alguna inesperada casualidad.

Escribí #NEED mientras esperaba poder encontrar el final a [Miénteme](#) y [Caballeros de Xydonia](#), allá por 2009. Circuló de mano en mano en la puerta del colegio de mis hijos, entre las madres que leían y se coparon con quinientas hojas A4 anilladas que contenían la historia de Vince, MaP y Tomás. Por sus comentarios, sus consejos, los post-it y los chocolates, las mañanas de café y niños, por los mails y los llamados telefónicos, GRACIAS a Janick, Silvana, Julieta, Betina, Mariana y Diego, Silvia y Bernardo, Angie, Virginia y Noelia. La última persona que lo leyó impreso fue mi amiga Florencia y esa copia hoy está en manos de su mamá, Adela. A vos, amiga, GRACIAS.

Escribo el tipo de historias que me gustaría leer, leo para vivir mil vidas y viajar a lugares que quizás nunca pueda pisar. Leer para mí es una aventura y trato que lo que hago llegue a sus corazones con la misma pasión con la que me siento frente al teclado. En el camino de poder ofrecerles algo más que un buen rato y que por recibir mis historias no sacrifiquen sus retinas en el proceso, quiero darle las GRACIAS a mi editora Mariana, que está en todos los detalles, que es una extensión de mi alma torturada y de mis ojos cansados,

que ve mis novelas con una lupa diferente para pulirlas y mejorarlas; a Carla, amiga y correctora, que le pone su tercer ojo a mis miles de miles de palabras y todavía no perdió la cordura, y a las talentosas diseñadoras de [La Taguara Design](#), también escritoras, también venezolanas, [Helena Moran Hayes](#) y [Stefanía Gil](#), por meterse en mi cabeza y ponerle imagen y color a las portadas de mis novelas.

Escribo estos agradecimientos y podría seguir toda la noche, intentando darle un lugar a cada una de las personas que me ha ayudado en esta construcción como humilde escritora. Lectoras y escritoras con el mismo idioma en geografías tan diferentes, desde Argentina, Venezuela, Uruguay, Colombia, Paraguay, Chile, Panamá, Costa Rica, República Dominicana, Puerto Rico, Perú, Estados Unidos, México, hasta Alemania, Noruega, Italia, España (y podría seguir pero se me acaba la noche), ustedes han cambiado mi vida y la han convertido en un sueño realizado. Compartir estas historias con ustedes se equipara a la felicidad de ser madre y estoy segura que la mayoría me entiende. Si cada libro es un hijo, duermo feliz sabiendo que han encontrado hogar en sus corazones. Por ello, GRACIAS TOTALES.

Índice

- [Capítulo 1 — Llévame hasta arriba](#)
- [Capítulo 2 — Circo de basura blanca](#)
- [Capítulo 3 — Ella necesita Rock and Roll](#)
- [Capítulo 4 — Humo en el cielo](#)
- [Capítulo 5 — Bastardo](#)
- [Capítulo 6 — Grito Primario](#)
- [Capítulo 7 — Fumando en el cuarto de los chicos](#)
- [Capítulo 8 — Que Dios bendiga a los Hijos de la Bestia](#)
- [Capítulo 9 — Como un martillazo...](#)
- [Capítulo 10 — Una rata como yo](#)
- [Capítulo 11 — Sin ti](#)
- [Capítulo 12 — Todo en nombre de...](#)
- [Capítulo 13 — Reinicia mi corazón](#)
- [Capítulo 14 — Chicas, chicas, chicas](#)
- [Capítulo 15 — Tan bueno, tan malo](#)
- [Capítulo 16 — El animal en mí](#)
- [Capítulo 17 — La misma vieja situación](#)
- [Capítulo 18 — Un nuevo tatuaje](#)
- [Capítulo 19 — Cayendo como moscas](#)
- [Capítulo 20 — ¿Cuánto nos va a costar?](#)
- [Capítulo 21 — Golpéalos hasta matarlos, chico.](#)
- [Capítulo 22 — Golpeado en los dientes por amor](#)
- [Capítulo 23 — Demasiado joven para enamorarse](#)
- [Capítulo 24 — Bailando sobre vidrios](#)
- [Capítulo 25 — Dr. Feelgood](#)
- [Capítulo 26 — Seguimos con el show](#)
- [Capítulo 27 — Rómpeme](#)
- [Capítulo 28 — De cara sobre la mugre](#)
- [Capítulo 29 — El malnacido del año](#)
- [Capítulo 30 — Una nave espacial](#)
- [Capítulo 31 — Encontrarme a mí mismo](#)
- [Capítulo 32 — Mantén tus ojos en el dinero](#)
- [Capítulo 33 — Estrella Porno](#)
- [Capítulo 34 — Manzanas envenenadas](#)
- [Capítulo 35 — Dejarse ir](#)
- [Capítulo 36 — El infierno con tacones altos](#)
- [Capítulo 37 — Confesiones](#)
- [Capítulo 38 — Salva nuestras almas](#)
- [Capítulo 39 — Miradas que matan](#)
- [Capítulo 40 — Santos y pecadores](#)

[Capítulo 41 — No te vayas enojado...](#)
[Capítulo 42 — Sobreviviré](#)
[Capítulo 43 — Más caliente que el infierno](#)
[Capítulo 44 — Adicto al Rock'n Roll](#)
[Capítulo 45 — Y si me muero mañana...](#)
[Capítulo 46 — Enemigo público número uno](#)
[Capítulo 47 — Grítale al diablo](#)
[Capítulo 48 — Nona](#)
[Capítulo 49 — Final a lo Hollywood](#)
[Capítulo 50 — Hasta que la muerte nos separe](#)
[Capítulo 51 — Tú eres todo lo que necesito](#)
[Capítulo 52 — Diez mil millas de aquí](#)
[Capítulo 53 — Soy un mentiroso y esa es la única verdad](#)
[Capítulo 54 — Padre](#)
[Capítulo 55 — Amor brillante](#)
[Capítulo 56 — Diez segundos para enamorarse](#)
[Capítulo 57 — Besa el cielo](#)
[Capítulo 58 — Trátame como el perro que soy](#)
[Capítulo 59 — Hogar, dulce hogar.](#)
[Epílogo — Amigos](#)
[Te invito a conocer mis otros trabajos](#)
[Miénteme. Libro 1 Saga Ángel Prohibido.](#)
[Eres mi paraíso](#)
[Una noche en París](#)
[Caballeros de Xydonia](#)

Capítulo 1 — Llévame hasta arriba

Buenos Aires, Argentina - Septiembre de ...

Levanté la mirada al enorme rascacielos vidriado que se erguía de cara al río, como si fuera un muchacho de pueblo que visitaba la ciudad capital por primera vez. Me quité uno de los audífonos del iPod mientras acomodaba la correa de mi mochila sobre el hombro. Estar de nuevo en mi ciudad me hacía retroceder en el tiempo, volver a ser joven, regresar a mis orígenes, mis raíces, mi pasado; a los recuerdos más felices y también a los más dolorosos. Había dejado el equipaje en la *limousine* que me había retirado del aeropuerto hacía una hora y era el momento de poner mis pies en movimiento para entrar al edificio.

Nunca había estado allí. Debían haberlo construido durante mi ausencia. No sólo era una joya de la arquitectura moderna sino un ejemplo de modernidad e ingeniería en comunicaciones. La estructura de 50 pisos y 156 metros de altura, de forma triangular y toneladas de vidrio templado, acero y hormigón, diseñada por el estudio Palaveccino - Scola albergaba en su interior, no sólo las oficinas administrativas del multimedios más importante de Latinoamérica, sino también sus estudios de televisión y radio, la escuela de periodismo y la sala editorial de las revistas y websites que administraban. ¡Wow!

No sabía a ciencia cierta si toda la tecnología incluía las antenas parabólicas de transmisión en el techo del rascacielos pero debía reconocer que las medidas de seguridad para acceder al “Capo di tuti li Capi” no tenían nada que envidiarle a las que se ejecutaban en el Pentágono, y yo podía dar fe de ello, había estado allí dos veces. Presenté mi documento de identidad, credencial de París Match y pasaporte de la Unión Europea, todo a nombre de Vincent Lacourlig, antes que el guardia de seguridad me hiciera pasar por el scanner de retina y me realizaran una punción de médula. Mentira, sólo era un detector de metales, ¡Qué desilusión!

Me desprendí de la mochila, que apareció detrás de otro detector robado de algún aeropuerto del primer mundo y una amable señorita me esperaba con una credencial que ya tenía mi fotografía y código de barras. *¡Mon Dieu!* ¡Ya

teníamos código de barras! ¡Las profecías del gran Tato de América se habían hecho realidad! ¿Qué seguía? ¿Estampármelo en la frente?

La amable damisela, vestida con un uniforme que me hizo acordar a las azafatas, hizo un gesto con la mano para que la acompañara hasta el ascensor de última generación, de esos que me producían tanto vértigo en las capitales más modernas del mundo. Era una belleza argentina ¡Qué ridículo! ¡Como si hiciera falta poner ambas palabras juntas, sin caer en la redundancia! Sin dudas, las mujeres argentinas eran las más hermosas del mundo, la mejor carne del mundo, y después de ese comentario misógino, de seguro llegaría el reproche feminista, acompañado del correspondiente cachetazo. Por suerte sólo eran las voces en mi mente las que hablaban. Sólo las mías, la morena no había dicho una sola palabra después del “Buenas tardes, señor” que me hizo sentir Matusalén.

Las puertas metálicas se cerraron, deslizándose silenciosas, apartándonos del mundo y la planta baja. Pude apreciar a la muchachita de ventipico en su reflejo en el aluminio lustrado, sin tener que ser calificado de viejo verde.

Ya había pasado los cuarenta, pero no mucha gente lo sabía, porque luchaba con obsesión casi metro-sexual por pertenecer a la franja sempiterna de “un poco más de treinta”. Ahora la mirada se clavó en mi reflejo. No era alto, estaba flaco y mis músculos se negaban a crecer pese a las visitas al gimnasio, pero la cerveza estaba empezando a asentarse en mi barriga. Mi pelo seguía siendo rubio y el color disimulaba las canas que ya empezaban a aparecer; a pesar de las entradas que habían ampliado mi frente, el largo pasando los hombros y la cola de caballo floja, sin duda me mostraban juvenil. Y los anteojos redondos, entre el estilo Lennon y Potter que me acompañaban desde que volé a vivir a Francia, sólo habían cambiado de cristal a medida que mi miopía iba creciendo.

En algún momento había considerado operarme la vista, pero qué más da, a los efectos estéticos, prefería el estilo hippie e intelectual que los vidrios me daban.

En el férreo silencio de las cuatro paredes metálicas que se deslizaban hacia arriba, me di cuenta que en el auricular libre de mi reproductor seguía sonando esa banda de los ochenta que me vinculaba indisolublemente con el tipo con el que me iba a encontrar. Mierda, era un tipo que sólo escuchaba

música de hacía tres décadas atrás sino más. No recordaba el último CD que había comprado de una banda nueva, no sabía quién era el número uno de la *Billboard*, ni cuál era la banda del momento que llenaba los estadios, cuando antes esa era información vital para mí. Las bandas que estaban haciendo sus “regresos sin gloria” o que generaban bandas “homenaje” eran aquellas que había visto nacer, crecer y separarse, y ya me sentía viejo para ir a verlas cuando estaban en su esplendor. Si estas memorias, y la post adolescente que me estaba haciendo de guía muda en el edificio triangular, no me hacían sentir al borde de la tumba, podía considerar que el día había sido satisfactorio. ¡Maravilloso! La depresión de los cuarenta tocaba mi puerta. Llamen al doctor para que me sienta mejor.

Toqué la pantalla del aparato inteligente y este dejó de sonar.

La chica de falda corta y piernas eternas, en silencio pero sin dejar de sonreír, dio un paso al frente en el momento exacto que las puertas se abrían en el piso cuarenta. Salió del elevador y se colocó a un costado para dejarme pasar y volver a acompañarme por el pasillo vidriado hasta el final.

—El señor Veristartúa lo espera en su despacho —*¡Oh! ¡La muñeca habla!* Mi primera impresión se vio revocada por el esfuerzo que tuve que hacer para reprimir la carcajada del apelativo. Sin dudas para esa chica, como para el resto de los casi dos mil empleados que recorrían los pasillos del edificio, el señor Veristartúa era un Dios todopoderoso o cuanto menos, el patrón que firmaba sus cheques de pago a fin de mes. Para mí, un tipo común que había crecido conmigo y del que había escuchado casi todos los apelativos posibles. Tomasito, Tomtom, Tommy, Vasco... Mi amigo.

Otra mujer se puso de pie detrás de un escritorio vidriado y sonrió al acercarse a la puerta de madera oscura mientras yo me aproximaba. Entonces era cierto. El bastardo no me había ido a buscar al aeropuerto pero me estaba esperando. La *limousine* debía haber sido una retribución a su ausencia.

—El señor Veristartúa lo recibirá de inmediato —Abrió la puerta, sosteniéndola detrás de ella, dándome acceso a lo que, sin duda, era el despacho, oficina, espacio, estar, lo que fuera, más fabuloso que había visto en mi vida, y yo podía dar fe de ello, había visitado muchos y de muchos personajes importantes, gracias a mi profesión.

El “señor” Tomás Veristartúa hablaba por teléfono desde el costado

derecho de la oficina, su escritorio de espaldas a un imponente ventanal que daba directamente al río. La pared Este del edificio estaba justamente de frente al Río de la Plata y lo mostraba en su máximo esplendor. Las mañanas en esa oficina debían ser apabullantes. Tomás me hizo una seña con la mano mientras se levantaba del escritorio pero lo insté a seguir tranquilo mientras tomaba un tour por su oficina.

El lugar donde trabajas dice mucho de ti, y era bueno saber qué había sido de mi mejor amigo en los últimos cinco años. La oficina ocupaba el vértice del triángulo en que había sido diseñado el edificio, dos de sus paredes orientadas al Este y el Oeste, completamente vidriadas, en la punta una pared de concreto donde estaban enmarcados los logros más importantes de su carrera, fotografías con celebridades del mundo de la política, los negocios y el deporte, su *metier*, su mundo. Miré las fotos reconociendo muchos de esos personajes y muchos de esos momentos, momentos públicos disponibles para todo el mundo.

Tomás se levantó del escritorio manteniendo el mismo tono de voz de siempre pero discutiendo algo importante en lo que no me detuve. Me hizo otro gesto de tiempo de espera al que respondí en silencio y salió de la oficina sin cerrar la puerta. Me acerqué a su escritorio y husmeé de lejos. Reconocí las fotos que estaban en el mueble de madera oscura lustrosa recostado contra el ventanal Este. Su esposa, sus hijos, sus perros. Eran sus afectos. Una foto familiar donde también estaban sus padres. Recorrí las fotografías dos veces reconociendo todas y cada una de las caras que sonreían felices, las típicas imágenes que un hombre de bien tendría detrás de él, soportándolo, sosteniéndolo, justo detrás de su espalda, exactamente donde los necesitaba, a un giro del sillón después de un momento de zozobra. Su solaz, su oasis, la paz del guerrero, su lugar en el mundo.

Dejé la mochila en la silla frente al escritorio y miré por sobre el hombro a la pared opuesta. El sol se estaba poniendo, recortando la silueta del horizonte de la ciudad en un arco iris plano de naranjas y violetas. El crepúsculo se cerraba sobre la ciudad y podía empezar a delinear la misión que me había llevado hasta ese mismo lugar.

No era que este empresario tercermundista le importara a mis lectores en *París Match*, aún con sus negocios expandiéndose sobre el mundo con un

temperamento digno de Alejandro Magno, pero el imperio de “DepEsp” había crecido absorbiendo las cadenas menores en Latinoamérica y Estados Unidos y ahora estaba haciendo pie en España e Italia. Y había crecido lo suficiente como para que, al negarse sistemáticamente en los últimos diez años a dar entrevistas o reportajes, la revista más importante de Argentina me pagara una pequeña fortuna para ejercer el único poder que tenía: Yo era el mejor amigo de Tomás Veristartúa y el mundo hispano quería saber de este hombre. Y sólo a mí me concedería esa entrevista. Al principio se rio, pero después de pensarlo un rato, accedió solemnemente, quizá para honrar esa amistad que nos unía desde niños o porque era un buen momento para que la gente lo conociera, si el rumor de que quería lanzarse a la política era cierto.

Caminé al extremo Oeste de la oficina, de frente al otro ventanal. Parte de esa pared no era ventana, o no una ventana al exterior. No menos de diez pantallas de televisión sintonizadas en diferentes canales, eran una ventana al mundo. Me apoyé en el respaldo del sillón de cuero que enfrentaba al paisaje y pensé que “En la cima del mundo” podía ser un buen título para el reportaje, después de todo, considerando que estábamos en el piso cuarenta, con esa vista gloriosa y su realidad, sonaba bastante acertado. Bajo la postal había otro mueble de madera oscura lustrosa, idéntico al que había detrás del escritorio. Pero estaba vacío, no había nada en la superficie, sólo un vidrio que reflejaba la luz que entraba por sobre él.

Todavía abstraído por la imagen de la ciudad al atardecer, saqué mi teléfono y enfoqué la pantalla para tomar una instantánea de esa imagen. La fotografía era mi otro gran amor. Me acerqué al mueble rodeando el sillón y admiré el paisaje una vez más, ¿Qué música le pondría de fondo a ese momento? Estando donde estaba, con quien estaba, solo Mötley Crüe podría sonar. Mi mano automáticamente fue al costado izquierdo de mi pecho, justo sobre el corazón; mis ojos bajaron despacio, como una lágrima deslizándose sobre el vidrio que tenía enfrente, para caer sin prisa sobre el mueble que estaba a mis pies. En él, bajo el pesado vidrio que lo cubría, había una sucesión de imágenes que tranquilamente podrían haber coincidido con esa frase que la gente suele repetir en momentos extremos: “Ví pasar mi vida ante mis ojos”.

Yo conocía todas esas fotos, tenía los originales de algunas de ellas,

estaba en muchas de ellas y había tomado otras tantas. Acomodé mis anteojos y me hincé en una rodilla, apoyando la mano con cuidado, como si las imágenes pudieran desintegrarse. La foto grupal de séptimo grado en “La Asunción”. Sentados en el piso esperando para entrar a rendir el último examen de inglés. En el quincho de mi casa, tocando como en una banda de rock and roll. En la piscina de mi casa, ese último verano. En la puerta del “Juana”. En Bariloche, los tres en la nieve. La última noche de disfraces, jugando a ser una banda de Rock. Comiendo pizza y cerveza en el cumpleaños de Galicia. Dos eventos en que coincidimos los tres, vestidos formales. Dos fotos más que no recordaba... yo no estaba ni la había tomado. La noche que los conocimos. ¡Dios!

Al final del mueble, apartada, pero sin duda, la más grande e importante de todas, estaba una foto de apuro que resultó ser artística.

Yo tenía esa foto y estaba en mi departamento de Montmartre, en un marco de plata, dominando mi escritorio. Acaricié la curva del hombro y el largo del brazo con un solo dedo en tanto, inevitablemente, las lágrimas me traicionaron pero por suerte no se derramaron. Dolor por lo perdido. Nostalgia por lo que no pudo ser.

Yo había tomado esa foto. La imagen no mostraba los rostros, solo el brazo izquierdo de él, a la altura del hombro, rodeando la espalda de ella. Los dos tenían tatuado el mismo dibujo y quedaban a la misma altura. Con la mano que le quedaba libre, él le sostenía el pelo descubriendo la imagen y se veía el cuello estirado de ella buscándolo con la mirada, buscando sus labios.

—MaP...

Su nombre fue un susurro que se escapó de mis labios en el momento que los pasos resonaron en el piso de madera.

—¡Bienvenido a Buenos Aires!

Me puse de pie, apartándome de donde estaba, casi de un salto y me encontré con ese hombre enorme, y no solo por la altura, que me esperaba con los brazos abiertos. Nos fundimos en un fuerte abrazo, de esos que no necesitan palabras. La herida todavía estaba abierta en mi corazón y lo que tenía que ser una entrevista sobre el presente del tipo más exitoso de la Argentina y Latinoamérica parecía comenzar a ser un viaje al pasado que en algún momento me iba a lastimar.

Capítulo 2 — Circo de basura blanca

Gracias a Dios por las excusas. Gracias a Dios por los vuelos transoceánicos que obviamente te entumecen hasta los huesos y te dejan el semblante pintado con la marca del cansancio de muerte.

Tomás estaba tapado de trabajo esa tarde y todavía no había terminado su jornada, pero me aseguró que tenía prácticamente reservados para mí los próximos dos días, con sendas visitas a su casa y los nuevos estudios que habían construido en Pilar. Con esa promesa volví a subir a la *limousine* que me había ido a buscar al aeropuerto y desembarqué en el hotel cinco estrellas que la revista me estaba pagando. Bueno, no me habían conseguido la suite presidencial, pero la habitación estaba bien. Más que bien.

No tenía ánimos de desempacar en ese momento, ni de cenar, aunque me prometí pedir comida después de un baño. Abrí las llaves de paso de agua y me preparé un baño de inmersión. Sin burbujas. Sin jacuzzi. Solo agua. Solo eso quería... ansiaba... necesitaba.

Cuando el agua estuvo al punto de desbordar, me desnudé por completo y me sumergí hasta el cuello, entre el vapor que ascendía. Cerré los ojos y me di cuenta que no había registrado una sola palabra de lo que Tomás me había dicho en el poco tiempo que estuvimos juntos. Menuda manera de comenzar un reportaje.

Mi mente se había ido de paseo al parque de diversiones del pasado. ¿Al Itaipark? No.

Mi propia historia tenía visos de parque de atracciones, porque no siempre la vida es pura diversión. Como cualquier mortal, la vida atraviesa por momentos que pueden compararse con una montaña rusa, un salón de los espejos, autos chocadores, tazas giratorias. Un laberinto del terror. Como en nuestras mejores épocas, nuestros padres nos compraban la entrada para pasear dentro del parque, aun cuando no lo hubiéramos pedido, y nos encontrábamos a nosotros mismos subiendo y bajando, entrando y saliendo, de todos esos juegos, algunos por decisión propia, repitiendo la experiencia vertiginosa hasta que los ojos se nos salían de las órbitas, otras veces acompañando a ese amigo que te lo pedía por favor, o a esa chica que estaba a

tu lado y te lo rogaba, agitando las pestañas; otras veces guiado por una mano que no sabíamos bien quién era. Sí, la analogía era adecuada. La vida es como un parque de diversiones, juegas en él hasta que se termina la validez del pase que compraron tus padres. El final del juego.

Recordé un ejercicio en algún taller de arte dramático que había tomado, en el que debías intentar recuperar la primera memoria que había en tu mente. La primera de tu existencia. Los psicólogos coincidían en que los recuerdos se fijan a partir de los 6 años, sin embargo algunos de los asistentes a ese taller aseguraron haber llegado al año de vida e incluso al vientre materno. Mi primer recuerdo era exactamente de mis siete años. Siete años y dos días, porque la exactitud en periodismo es fundamental. Y de allí, sistemáticamente saltaba al séptimo grado, íntegro, completo, sin fisuras. No sabía por qué. Quizá porque siempre sentí que mi vida empezó allí. O allí empezó a terminar la vida que conocía siendo un niño y la “tragedia” me empezó a golpear. Me hundí en el agua caliente y aguanté la respiración hasta que me ardieron los pulmones. Nunca supe en carne propia el sentido de la tragedia, pero los coletazos de las tragedias de mis seres queridos me pegaron tan fuerte como si hubieran sido mías; a veces peor aún. Supongo que la peor tragedia que tuve en mi vida de niño fue la separación de mis padres, cuando estaba terminando séptimo grado.

Mi padre era Jacques Lacourlig, agregado cultural de la embajada de Francia en Argentina en los 70 y aquí había conocido a mi madre, Aurora, recepcionista de la sede central de la Alianza Francesa. Dicen que el flechazo fue inmediato y en menos de un año se casaron. Tuvieron dos hijos varones, Adamant y Vincent. Mi padre convenció a mi madre para que fuéramos registrados como hijos de Francia y así se hizo; también la “convenció” que fuéramos al Liceo Franco Argentino desde el jardín de niños. Pese a ello, en un ataque de rebeldía inusual de mi madre, que comenzó a marcar el fin del cuento de hadas, yo salí del Liceo e hice toda mi primaria en el Instituto La Asunción, cerca del caserón en que vivíamos en el bajo Belgrano. Era el colegio donde ella había hecho toda su primaria y secundaria: estricto, religioso, antes de señoritas, mixto después. Y mientras mi hermano continuó sus estudios en el Liceo, haciendo clara causa común con mi padre, yo aterricé en ese claustro como un bastión de guerra.

Fue allí donde conocí a quienes, a lo largo de mi vida, fueron mis mejores amigos.

María Paula Rodríguez Bordón era ese tipo de cosas pequeñas y ruidosas que sueles encontrarte en el camino de la vida, y la miras de costado, escrutando donde tiene la perilla para bajarle el volumen; a los diez minutos de conocerla le estás buscando el botón de encendido, para apagarla. A la hora ya estás refrenando las ganas de darla vuelta para ver dónde están las pilas, sacárselas y esconderlas en el confín del universo para que nadie las encuentre. Nadie, nunca jamás. Era la segunda de la fila. Estaba parada junto a mí. Su pelo lacio era de un marrón chocolate que no podía ser imitado por ninguna tintura del mundo, destellando reflejos cobrizos bajo el sol de marzo y su flequillo tupido limitaba exactamente donde empezaban sus anteojos de marco rosa que la abuela le había traído de Estados Unidos.

Mi primer recuerdo era tenerla enfrente, miento, al lado; mi primer recuerdo era su voz, esa voz tan aguda que dolía en los oídos, su voz de clarinete, en el peor de los sentidos. Cerrar los ojos es escuchar la vocecita de María Paula, el primer día de clases, contándome que tenía una hermanita que se llamaba Sol y que su papá trabajaba en el mejor club del mundo. Tiempo después me enteré que era parte de la Comisión Directiva de uno de los “Grandes” del Fútbol Argentino.

Tomás Veristartúa era un pibe del montón. Flaquito, el más alto de la fila, pelo negro, corto como lo indicaba el reglamento del colegio, lo más llamativo en él era que los pantalones grises del uniforme eran enormes para su cuerpo para poder cubrir sus piernas largas. Hijo único de una familia de clase media de las que todavía existían en esa época, sus padres, Laura y Daniel trabajaban dentro del sector bancario. Vivía a dos cuadras del colegio y hasta cuarto grado iba a River todas las tardes a hacer deportes. Tímido, callado, no solía levantar los ojos detrás de los anteojos de marco negro y caminaba encorvado para no parecer tan alto.

Por esa época yo también tenía anteojos, y ya lo sabes nada es casualidad. Si los vidrios nos reunieron en el patio del colegio, la vida hizo el resto.

Saqué la cabeza del agua pero no me moví de donde estaba, los engranajes de mi memoria se habían activado, y si no quería pasar una noche en vela, como muchas otras, lo mejor que podía hacer era dejar seguir el tren de

pensamientos, porque si luchaba contra los recuerdos, fieles a su dueño, me perseguirían sin darme respiro por los pasillos de mi mente. Si los dejaba fluir, solían mezclarse con el sueño y me daban una pausa de descanso.

Mi primer recuerdo era cristalino, como si hubiera ocurrido ayer. Pero toda mi primaria, la etapa de la escuela y los eventos en mi hogar, pasaron ante mí como un borrón y después de años de terapia decidí que mi mente me estaba haciendo un favor. Mi cerebro solía bloquear las memorias poco importantes de mi vida, compactándolas para guardarlas en algún lugar y dejarle espacio a otros recuerdos que podían significar algo más. Merci beacoup.

Podía recordar que había transcurrido la primaria en el mismo colegio, que mis compañeros habían sido los mismos, variantes más, variantes menos, que siempre me había sentado en el último banco con Tomás y que adelante nuestro Paula solía sentarse sola, porque no se llevaba bien con las nenas del grado. Por lo general le asignaban una compañera cuando entraba una nena nueva pero la abandonaba rápidamente cuando el lado oscuro, o rosa para el caso, la absorbía. Pero ella no parecía lamentarlo en lo más mínimo. En cuarto grado también pasábamos las tardes juntos, tres veces por semana, en la Cultural Inglesa de Belgrano, cerca de las Barrancas. Los dos días restantes, Paula iba a danza y canto, Tomás seguía con sus varios deportes y yo asistía religiosamente a la Alianza Francesa a requerimiento de mi padre, para rendir todos los años el examen de equivalencia con el Liceo. Los sábados a la mañana Paula y yo tomábamos clases de guitarra en el mismo club donde Tomás hacía sus primeras armas en básquet. Nuestras madres se habían hecho amigas, así que de vez en cuando extendíamos el placer de nuestra compañía, en mi casa, o en algún té de la tarde del sábado.

Lo dicho. El borrón se convertía en imagen vívida y nítida en séptimo grado. Fin de séptimo grado. La norma suponía que muchas cosas debían terminar ese año pero para nosotros no iba a significar el gran cambio: seguiríamos en el mismo colegio. Mismas aulas, mismos compañeros, mismos rostros severos diciéndonos qué no podíamos hacer.

Diciembre nos encontró esperando el viaje de egresados a Chapadmalal, un complejo vacacional cercano a Mar del Plata, la perla de la costa. Estábamos emocionados por el viaje pero no del todo felices: Paula no

vendría con nosotros. Su padre se había negado de plano. Una semana antes de viajar, sábado a la mañana, porque el viernes la profesora tuvo otro compromiso ineludible, rendimos el examen escrito del tercer nivel de inglés. Aprobándolo, accederíamos al examen oral, y de allí, al nivel de adultos. Seríamos “adultos”. La adrenalina de la independencia corría por nuestras venas. Comenzaríamos la secundaria, tendríamos profesores y no maestras, once materias con las que lidiar, solo medio día de clases y como si el futuro no fuera por todo esto maravilloso, en una semana viajaríamos solos, sin nuestros padres. En eso estábamos Tomás y yo a la entrada del Instituto cuando la vimos llegar.

Capítulo 3 — Ella necesita Rock and Roll

Bajó del auto nuevo del padre, ella cerrando de un portazo sin mirar atrás y el automóvil rechinando los neumáticos con una amenaza implícita. La niña tenía los ojos llenos de lágrimas. Quizás había discutido de nuevo con el padre tratando de convencerlo que la dejara ir. Se detuvo y miró el piso, inspirando profundo y limpiándose los ojos. Tarde MaP, ya te vimos. Esperamos en silencio mientras se acomodaba el cabello y alisaba su falda tableada, como si estuviera a punto de salir al escenario. Sonrió ampliamente, aunque la nariz enrojecida y los ojos aguados destruían su charada.

—Se sientan uno a cada lado mío... no pude estudiar mucho.

—¿Qué pasó? —Tomás carraspeó tratando de aclararse la garganta. La voz le estaba cambiando y a veces se le iba por la tangente.

—Nada. ¿No notan nada nuevo? —Sonrió desmesuradamente mientras Tomás daba un paso para atrás y yo también, mirándola de arriba abajo. No, nada nuevo.

Como Tomás, como yo, Paula también estaba creciendo, dejaba de ser una niña para convertirse en una mujer, y aunque pasaba todo el tiempo con nosotros, era una mujer con todas las letras, o una niña creciendo, una adolescente. ¡Ok! ¡Lo que fuera! Lejos estaba de ser lo que entonces se denominaba “varonera” aunque dominara como ninguna el difícil arte de trepar a los árboles, práctica que había abandonado de un tiempo a esa parte porque las minifaldas que estaba usando no le daban mucha libertad para escalar. Y usaba ropa más ajustada, más escotada, aun cuando sus mayores atributos no estaban en el frente. Miré de costado a Tomás, que debía estar pensando algo dentro de la misma línea de pensamiento que yo, sus ojos oscuros clavados en la camiseta de tirantes blanca de Paula y las mejillas subiéndole de tono a un rojo avergonzado. La sonrisa de la niña se desvaneció en la desilusión. No habíamos adivinado. ¿Qué era? ¡Qué! Las mujeres siempre preguntaban ese tipo de cosas cuando iban a la peluquería o se compraban ropa nueva, pero no era el caso. Su pelo mantenía el mismo estilo lacio estricto, flequillo a las cejas, y esa ropa ya la había usado. Las

sandalias también eran viejas. Arrugó la frente y mostró los dientes, adelantando el rostro hacia nosotros; los dos retrocedimos, asustados, como si un doberman hubiera mostrado los colmillos en amenaza asesina. ¡Oh!

—¿Te sacaron los aparatos! —gritamos los dos al mismo tiempo y ella asintió, modificando su expresión a una sonrisa más natural.

—Sólo hasta el año que viene, cuando se supone que me pondrán los fijos. Pero algo es algo. Cuanto menos podré pasar el verano sin hablar como si tuviera una papa en la boca.

—O una multitud de fierros retorcidos para el caso —Tomás hizo una mueca de asco y se sentó de nuevo en el umbral del Instituto.

—Podré sonreír en las fotos de la graduación. Muévete, Tomás —Paula se sentó junto a él y apoyó el mentón en su hombro, leyendo el libro que debíamos analizar. Jane Austen.

—¿Cuánto falta? —Los dos levantamos la muñeca izquierda para verificar que sólo nos quedaba media hora antes del examen. Saqué de la mochila mi cámara de fotos y enfoqué a los dos leyendo el libro. La cámara disparó sin flash a la luz de la mañana de primavera, pero el clic llamó la atención de los dos.

—Siéntate y te tomo una con TomTom.

—No me digas TomTom.

—¿Por qué? ¿Te digo Tomasito como dice la abuela Cata? —dijo, pellizcándole la mejilla con fuerza mientras yo rompía en risas. Paula sacó la cámara de mis manos y el rostro de Tomás volvió a transfigurarse en los tonos del rojo.

—Sonríe para mí —No pude evitar poner los ojos en blanco. A esa edad, las poses sexis de Paula parecían un chiste. Me senté junto a Tomás y la cámara disparó de nuevo. Mi amigo, no muy adepto a los flashes ni ser el centro de atención, se levantó de un salto y me arrastró del escalón para ponerme de pie. Esperé a Paula, que tomó una foto más de la entrada del edificio y entramos juntos detrás de él.

—¿Vienen a casa después? —Pregunté— Podemos ir a la piscina....

—Suena genial. Pero tendría que pasar por casa a buscar la ropa.

—Te acompañamos —Tomás se dio vuelta y nos miró— ¿Vienes?

—¿A dónde?

—A casa... a la piscina. Adamant llegó hace un par de días de Los Ángeles y trajo una caja llena de discos. Está obsesionado con una banda de rock que suena muy bien...

—¿Rock? ¿A ti que no te sacan de Los Beatles?

—Tienes que escucharlos.

—Si es Rock, suena bien para mí —Paula sonrió, sacudiendo la melena que ya casi le llegaba a la cintura. Sí, a MaP le iban a encantar.

Capítulo 4 — Humo en el cielo

Me miré las manos y recordé a mi madre. Mi vieja solía gritarme desde la cocina que saliera del baño antes de que me convirtiera en una pasa de uva, arrugado por el agua y el vapor. Mis manos estaban completamente arrugadas, y a esta edad, ya no tenía ganas de convertirme en una pasa de uva. Salir del agua ya era una necesidad. Debía llamarla, porque si se enteraba que había venido a Buenos Aires y no había pasado a verla, aun cuando fuera exclusivamente por trabajo y solo por tres días, tendría serios problemas.

Desnudo y chorreando, sin mucha preocupación por mojar el piso porque no habría reclamos, me detuve en la ventana, en el medio de la oscuridad. La ciudad ya no era una línea recortada de edificios, ahora era un millar de puntitos brillantes, un océano de estrellas recostadas en la pampa húmeda. Arriba el cielo, despejado pero sin luna, un techo inalcanzable como los sueños de primavera. Me picó la mano, mis pulmones clamaron por humo y mi sangre por nicotina. ¡Oh, cruel destino! Mi último paquete de cigarrillos había quedado en París y en mi apuro por llegar olvidé hacer una parada en el aeropuerto. Y la adrenalina en mi sangre por el regreso y el reencuentro había mitigado la ansiedad en la *limousine*. Nueva prioridad esa noche: conseguir un cartón de cigarrillos. Esto no podía volverme a ocurrir. Casi seco me abalancé sobre el colchón *king size* de la suite. Me acomodé sobre el acolchado claro y las almohadas decorativas hasta alcanzar la cabecera y busqué a tientas el teléfono. El teclado se iluminó como si el aparato pudiera sentir que estaba en la oscuridad y me debatí entre el *19 del servicio a la habitación o el número del departamento de mi madre. Ganó Edipo, el vicio tendría que esperar.

—*Hola*

—*Hola, Ma.*

—*¡Vince! ¿Dónde estás?*

—*En un hotel.*

—*¿Dónde? Te llamé a tu casa y Andrea me dijo que estabas acá.*

—*Sí, Ma. Estoy acá.*

—*¿Y por qué fuiste a un hotel? ¿Por qué no viniste a casa?* — resoplé inaudiblemente, jamás le faltaría el respeto a mi madre de esa manera, o por lo menos no dejaría que lo supiera.

—Sí, Ma. Viajé bien, en *Business*. La comida estaba deliciosa. Visité la cabina del piloto...

—*Ok...*—dijo, interrumpiendo mi diatriba sin excusas.

—Es sólo por tres días y por una entrevista.

—*¿Podré verte?*

—Sí. Pero déjame organizar la agenda...

—... *donde Tomás tendrá tu prioridad...*

—Es mi entrevistado, Ma. No puedo escaparme de él esta vez.

—*¿Tomás va a dar una entrevista? Eso sí que es nuevo.*

—Me pagaron bien para conseguirla.

—*Me gustaría verlo.*

—Sé que a él también le gustaría verte. Trataré de arreglar algo pero no te prometo nada.

—*Está bien, es un chico ocupado...* —La visión de las madres siempre nos ponen como niños aun cuando seamos hombres hechos y derechos, empresarios exitosos, periodistas con suceso, padres de familia. Pasé la mano por mi rostro, que ya necesitaba una afeitada, pero eso sería mañana. El silencio en la línea terminó—. *¿Irás al cementerio?*

La pregunta del millón. Puse los ojos en blanco y miré los números rojos del reloj electrónico en la mesa de luz. ¿Eran las nueve de la noche ya? Tenía que conseguir cigarrillos, urgente, comer, planificar doscientas cosas para la entrevista, coordinar un encuentro con mi madre e irme a dormir. En ese orden, imperativamente. Podría hacer un llamado a París antes pero en el cálculo de la diferencia horaria me alertó que Andrea ya estaría durmiendo; necesitaba estos tres días de paz más que el aire y ojalá no fueran malgastados en algún ataque de limpieza. Ojalá tampoco fueran malgastados contra mi tarjeta de crédito.

—*¿Vince?*

—*¿Qué, Ma?*

—*¿Me escuchaste?*

—Sí. Trataré de ir con Tomás a visitarte. Y no, no voy al cementerio ni loco. Te llamo y arreglamos, ¿Si? Tengo que ir a cenar.

—*Muy bien, que descanses. Me alegra que estés aquí.*

—Gracias, Ma. Beso.

Terminé la comunicación sin esperar respuesta. Veía a mi madre todos los años, porque viajaba a Francia a ver a Adamant y su familia y lográbamos hacer la reunión familiar, quizás en Navidad o en Año Nuevo o en alguna vacación. ¿Cuál era el aspamento por haber venido y no haber ido a dormir a su casa? ¡Oh! Haber venido. Hacía cinco años que no había vuelto a poner un pie en Buenos Aires. Siempre sentí culpa por haberme marchado a Francia y esa misma culpa me hizo volver en su momento. La culpa y la necesidad de estar con aquellos que eran mi verdadera familia, la que yo había elegido, sin la cual no podía vivir. En la adolescencia es muy común que tus amigos sean aún más importantes que tu propia familia, tan común como amar la música por sobre todas las cosas o sentir que eras capaz de morir por amor. Todavía tenía la mano sobre el teléfono, el brazo extendido sobre la cama, cuando el aparato volvió a sonar.

—Hola.

—*Estoy abajo. ¿Quieres cenar conmigo?* —Mi corazón se aceleró sin razón al escuchar esa voz y me incorporé de inmediato, encendiendo la luz. ¿Qué hacía allí? No tenía que estar abajo, tendría que estar en su casa, con su familia.

—Estoy mojado y desnudo en la cama.

—¿Es una invitación? Puedo subir si quieres... —La risa del otro lado del aparato me hizo tragar la puteada.

—Bajo en cinco... —Corté y literalmente me arrojé de la cama arrepintiéndome de no haber desempacado antes. La ropa estaría toda arrugada. ¡Merde! Abrí la maleta, saqué las tres prendas que tenía a la vista, la bolsa de ropa interior y me cambié en dos minutos y fracción. Me calcé el único par de zapatos que había llevado, en menos de diez segundos. Dos minutos más para peinarme y atarme el pelo, sacar el neceser y atiborrarme de desodorante como si fuera a una cita sin haberme bañado, lo cual no era el caso. Manoteé el teléfono, la billetera y la tarjeta de acceso a la habitación, que estaban en la mesa junto a la ventana, y en cuatro minutos y tres cuartos estaba frente al ascensor presionando sistemáticamente el botón para bajar. Por suerte, en las situaciones que requerían velocidad extrema el cerebro se ocupaba de todas las acciones que debía llevar adelante y no tuve mucho tiempo de pensar ¿Se reiría cuando le contara de los recuerdos que tuve en la

bañera? Quizá sí. Quizá no. Siempre eran más dolorosos del otro lado.

Bajé del ascensor después de verificar en el espejo que cuanto menos estaba decente para ir a un buen restaurante en Puerto Madero. Estaba adivinando a dónde iríamos para celebrar el reencuentro mientras caminaba hacia la figura que estaba sentada con las piernas cruzadas en uno de los sillones del Lobby del hotel ojeando una revista. Con tantas ocupaciones, ¿Tendría el tiempo para sentarse así, a ojear una revista? La ventaja de las mujeres, ellas podían hacer ese tipo de cosas en la peluquería.

Tomás se puso de pie y sonreí al ver que estábamos vestidos casi iguales. Camiseta negra sin inscripción, blazer negro y pantalón negro de jean. Y zapatos. Solo que en su más de metro noventa, esa ropa, de seguro cuatro veces más cara que la mía, se veía mucho, pero mucho mejor que en mí. Lo mío era de Zara, lo de él de Etiqueta Negra. Cero comparaciones.

—¿Qué haces aquí?

—Cuando llegué a casa, la familia entera se había ido a ver a mis suegros, así que pedí permiso y decidí invitarte a cenar.

—¿Pediste permiso, boludo? Eres el dueño del deporte en Argentina, ¿Y pediste permiso?

—Sí, pero mi mujer no juega al fútbol por lo tanto está excluida de ese mundo y hace lo que quiere.

—Hubiéramos arreglado y venía ella también. Tenía ganas de verla.

—Hubieras venido con Andrea y podríamos haber salido los cuatro.

—Claro, ahora la culpa es mía... —Ya estábamos camino a la salida cuando tanteé en mis bolsillos y maldije en francés—. Donde quiera que vayamos, necesito una parada urgente en un kiosco.

Tomás me miró de costado, reprobando, y accionó a lo lejos la alarma de la camioneta negra que estaba estacionada a la entrada de cortesía del hotel. Nadie puede dejar estacionado el automóvil en ese sector, que es de ascenso y descenso de pasajeros. Salvo que seas Tomás Veristartúa. ¿Sería dueño del hotel también?

—¿Gitanes? —La marca de mis cigarrillos me empujó de nuevo al pasado.

—Siempre.

—¿Sabes que hay prohibición para fumar en la Ciudad? —Lo miré con espanto mientras cerraba la puerta de la camioneta y me ajustaba el cinturón

de seguridad.

—Me estás jodiendo...

—Quedan pocos lugares para fumadores.

—Bueno, busquemos uno con sector para fumadores y listo. ¿O te molesta el olor del cigarrillo en el pelo? —Encendió la camioneta entre risas y lo miré, sonriendo. El pelo le estaba creciendo de la última pelada mística que había tenido, o por lo menos así lo habían calificado los medios en las fotos que los paparazzi habían conseguido de ese verano en Uruguay. Miró para atrás antes de entrar en el tráfico de la avenida.

—¿Dónde quieres ir a comer?

—Primero Kiosco... después... Lugar con espacio para fumadores.

Se detuvo y compré dos paquetes y un encendedor. El mío debía estar en algún lugar de mi maleta, todavía no sabía cómo había hecho para sobrevivir sin nicotina después del viaje desde París pero evidentemente mi cuerpo estaba más ocupado en otras cosas y omitió el vicio hasta que pudo relajarse.

—¿No pensaste en dejar?

—Sí... varias veces.

—¿Y?

Me encogí de hombros mientras presionaba varios botones en el equipo de música de la camioneta y los acordes de TNT empezaron a sonar. Me reí entre dientes mientras el niño grande que estaba al lado mío agitaba la cabeza como si estuviera aferrado a la baranda frente al escenario, en el medio de la multitud, mis ojos se concentraron en la subida de la autopista y mi memoria retomó el recuerdo de mi infancia exactamente donde había quedado.

Capítulo 5 — Bastardo

La mañana de sábado había comenzado mal y seguía peor. El examen se adelantó y tuvimos que entrar casi corriendo. Nos sentamos los tres juntos, como siempre, y a instrucción de Paula, los dos flanqueándola. Sin embargo, después de años de tácticas y estrategias en el mismo aula, con la misma maestra, Mrs. Anita me sentó en el primer banco de la fila de la derecha, dejó a Paula en el medio del aula, aislada, y mandó a Tomás al fondo, casi saliendo de la puerta. Miré hacia atrás y Paula no levantó los ojos de la hoja que tenía frente a ella, convencida que no podría responder una sola pregunta.

Tomás terminó primero y yo momentos después. Esperamos en silencio, preparando el discurso de aliento para nuestra amiga, evaluando si esto arruinaría la tarde de piscina que teníamos por delante, mirando a través del vidrio de la ventana. Cuanto menos Paula no paraba de escribir. La pregunta era entonces, ¿Estaría bien lo que estaba haciendo? Podía acceder quizás a un recuperatorio en marzo y rendir el oral entonces para no perder el año y no tener que separarse de nosotros; se levantó, acomodando la falda tableada como si fuera un tic.

Caminó lentamente hasta el escritorio donde solo estaba el profesor de Adultos 1, que parecía recién salido de la secundaria, rostro púber, blazer y corbata símil uniforme de instituto y peinado forzado, lo delataban. Paula rodeó el escritorio y se paró junto al profesor. ¿Me parecía a mí o el tipo la miraba demasiado? Miré alrededor pero Mrs. Anita no estaba por ningún lado, había salido cinco minutos antes y aún no había regresado. Tomás estaba apoyado en la pared con la mirada clavada en la escena que ocurría dentro del aula, los labios apretados, los ojos brillantes, los puños cerrados. Volví a mirar y ahora Paula estaba inclinada sobre el hombro del profesor, mirando con atención lo que él le marcaba en la hoja. Ella asintió una vez y él guardó su hoja dentro de la carpeta donde había archivado las demás. Ahora era él quien asentía y la miraba mientras caminaba despacio hasta el

centro del aula para buscar sus cosas. Se colgó la mochila al hombro y antes de salir se apoyó en la última silla del salón e inclinó un poco el cuerpo a un costado al tiempo que subía un pie desde atrás, de seguro para arreglar la correa de la sandalia que se le había desenganchado del talón.

Los ojos del profesor la acompañaron hasta la puerta, donde se encontraron con los nuestros, y de inmediato bajaron a los papeles que empezó a ordenar, nervioso. Había algo en la mirada del profesor que no estaba del todo bien, que la hacía incómoda, incluso para mí. Quizás también para Tomás, que bloqueó la espalda de Paula en cuanto traspasó la puerta y miró por sobre el hombro hacia atrás.

—¿Cómo te fue?

—Seguro que mal —dijo, encogiendo un hombro—. Quizá necesite clases particulares durante el verano para rendir el recuperatorio.

—Nosotros te podemos ayudar.

—Vemos. ¿Vamos a la piscina? —Sonrió mientras enlazaba el brazo de Tomás y el mío, y la promesa de una tarde de verano volvía a ser lo único importante.

Cruzamos las barrancas hablando del viaje de egresados como si fuéramos los tres. O MaP no se resignaba a no ir y estaba dispuesta a quemar las naves para conseguirlo, o su enorme capacidad para omitir su propio dolor para permitirnos disfrutar de los planes volvía a ser la mejor cualidad de mi mejor amiga. Ella era así, antes de siquiera pensar en qué le pasaba a ella, necesitaba saber que te pasaba a ti, o a mí, o a Tomás para el caso. Su prioridad siempre eran los demás. Lo bueno y lo malo de tu vida siempre era más importante que lo que a ella le pasaba y sabíamos que el ritual diario, donde para nosotros lo importante era lo que le pasaba a ella, debía pasar primero por nosotros y casi siempre se quedaba allí. Si manipular las conversaciones fuera un arte, Paula sería Picasso. Por lo general siempre la esperábamos en el inmenso estar de la planta baja de la torre donde vivía, pero esa vez nos pidió que la acompañáramos. Fuera de lo común, pero no por ello alarmante. Subimos en el ascensor hasta el piso 14 donde la familia Rodríguez Bordón tenía su piso. Se habían mudado allí

hacía relativamente poco, dejando atrás la casa del otro lado de la vía que la había visto nacer. Abrió la puerta del palier privado y entramos al departamento.

Decorado en tonos claros, los amplios ventanales recibían la luz del mediodía. Se podía escuchar las risas de los dibujitos desde el fondo del pasillo de la derecha y el olor a salsa indicaba que el almuerzo estaba cerca. ¿La dejarían ir a mi casa? La esperamos apoyados en la puerta de entrada mientras ella desaparecía en silencio por el pasillo de la derecha.

Instintivamente los dos nos inclinamos hacia delante para seguirla, vigilando sus pasos, ¿No hacíamos siempre eso? Mirar que llegara bien, verla cruzar la calle o esperar que entrara a su casa, estar seguros que nada le pasaría en ese trayecto, hasta llegar al lugar donde estaría a salvo, como si su seguridad fuera de la casa dependiera de nosotros. Después de todo, ¿No éramos los caballeros de brillante armadura que custodiaban a la princesa del cuento?

Volvíamos a mirar el pasillo cuando escuchamos una puerta abrirse. Paula salió de su habitación con otro bolso en el hombro, pero la voz de un hombre la detuvo en seco. Desde la puerta del medio del pasillo, la voz de su padre resonó desde adentro.

—Paulita... tenemos que hablar.

—Me estoy yendo a la casa de Vincent. Mamá me dio permiso.

—Tu mamá no está. Pero puedes ir... después que hablemos —Los dos vimos los ojos de Paula brillar intensamente y automáticamente retrocedimos para volver a apoyarnos en la pared mientras ella giraba para encarar la puerta desde donde salía la voz de su padre.

—Papá...

—¿Todavía quieres ir al viaje de egresados? —Su voz había bajado una octava y lo que siguió fue inaudible para nosotros. No sabíamos si Paula había respondido a la pregunta de su padre, pero si dejar de ir a mi casa era el sacrificio necesario para que pudiera ir al viaje de egresados con nosotros, yo mismo le cerraría las puertas en la cara. Paula apareció en

silencio delante de nosotros. Tomás y yo hicimos el mismo gesto con el hombro, como entendiendo la situación. La expresión de MaP era extraña, pero casi de inmediato sonrió.

—Vayan. Yo trataré de ir más tarde.

—¿Te llamo después? —dije, mientras nos abría la puerta y salíamos al palier privado.

—Vemos —Nos dio un beso a cada uno y cerró la puerta sin volver a mirarnos.

Pasamos por la casa de Tomás a buscar su ropa para la piscina y continuamos con nuestra diatriba del viaje de egresados, ahora con la feliz idea de poder incorporar a Paula en nuestros planes.

—Qué raro que el padre de Paula haya dejado abierta una posibilidad de que vaya al viaje... —dije, mientras entrábamos a mi casa.

—No la va a dejar ir. El tipo es un castrador.

—El tipo es padre de dos hijas, una de las cuales está por entrar a la adolescencia. ¿No serías castrador?

—Todo se trata de la confianza.

—Todo cambia cuando eres padre.

—¿Y cuándo fuiste padre que no me enteré?

—Es lo que dice mi vieja.

—Mi vieja dice que el padre de Paula es un hijo de puta —Miré a Tomás por sobre el hombro mientras cruzábamos la sala hacia el parque.

—¡Perdón!

—La madre de Paula dice que solo sigue con él por mantener la familia y el bienestar de sus hijas, pero que ya no lo ama. Mi vieja cree que es por el dinero y el qué dirán —Bajé la vista y pensé en mi propia madre. ¿Qué diría ella de mi padre? ¿Qué diría ella de su realidad a sus amigas? ¿Seguiría atada a un matrimonio infeliz por sus hijos o por el dinero? Porque en el último año se venían matando y dudaba que quedara algo de amor detrás de la catarata de insultos y amenazas.

—Interesante teoría. ¿Y por qué eso lo hace un hijo de puta? —La historia de la casa de Paula se hizo carne en la mía ¿Consideraba yo a mi padre un hijo de puta? Definitivamente no. Tenía mejor relación con mi

madre, tenía una relación con mi madre, pero de ahí a pensar que mi padre era un hijo de puta...

—No lo sé... es lo que dicen —De pronto me di cuenta que no sabía lo más importante de la historia. No entonces.

—¿Qué pensará MaP de todo eso?

—Nunca lo sabrás. Paula se cortaría la lengua antes de hablar de lo que pasa en su casa.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Se lo he preguntado varias veces y se va por las ramas... como siempre... —Oh, sí, Paula es así.

Caminamos rodeando la piscina hasta el quincho cerrado donde debíamos cambiarnos.

Capítulo 6 — Grito Primario

Llegamos al quincho cerrado al fondo del parque y Tomás se quedó con la boca abierta al chequear el lugar. Mi hermano había improvisado una sala de ensayos con un grupo de amigos. Después de su último viaje a Los Ángeles, el premio de mi padre por haber finalizado sus estudios exitosamente, Adamant había vuelto con la feliz idea de formar una banda de rock. Hasta donde tenía entendido ya tenían la banda completa, él como voz y guitarra líder con su nueva Stratocaster blanca. Estaba conectando unos cables al amplificador cuando miró por sobre el hombro y sonrió ampliamente.

—¿Trajiste público?

—No... vamos a la piscina.

—Los chicos vienen a ensayar en un rato. Si quieren pueden quedarse.

—¿Papá sabe lo que hiciste aquí?

—Por supuesto... —dijo, poniéndose de pie con aire ofendido mientras encendía el amplificador. Mentira. Estaba haciendo todo esto porque mi padre estaba de viaje por dos semanas. Si Monsieur Lacourlig se llegaba a enterar que a su primogénito se le había dado por disfrazarse de pelilargo fiestero yankee vestido de cuero, le daría un ataque en su soberano orgullo Galo. Y no habría República ni Revolución que salvaran a Adamant de la condena a muerte en la guillotina.

Reí para mis adentros pintando esa imagen en mi mente mientras mi hermano acomodaba el televisor y la videocasetera que originalmente estaban en su habitación. No conforme con haber traído un arsenal de discos de bandas con el mismo estilo y partituras de las canciones, también había traído videos, convencido de que sacudiría la escena del rock and roll local, tanto en la música como en la estética, emulando a bandas con nombres tan controversiales como “Poison = Veneno” o “Slaughter = Masacre”. Se alejó del televisor y encendió la video con el control remoto. Tomás y yo nos sentamos en la banca de madera mientras los videos de Mötley Crüe comenzaban a desfilar uno detrás del otro.

Cuando llegaron los demás miembros de la banda, nos encontramos a nosotros mismos viendo el video por segunda vez y sacudiendo la cabeza como si tuviéramos pelo para hacerlo. El final de la cinta era el más atrapante, con un recital en vivo en Pasadena, California. La mirada de los miembros de la banda fue elocuente. Afuera. Éramos menores de edad y debíamos abandonar el sagrado recinto donde ellos verterían la esencia del rock and roll en el aire desde sus instrumentos consagrados. O sea, ellos se creían dioses y nosotros no éramos merecedores de escucharlos. Eso o todavía apestaban sin poder pegarle a dos acordes seguidos.

—Vamos a buscar algo de comer.

Después de dejar la ropa a un costado para que no se salpicara con cualquier cosa que esa banda de pichones de forajidos pudiera llegar a verter, Tomás y yo enfilamos a la cocina para asaltar el refrigerador. Mi madre no estaba y no había ninguna nota de su paradero, pero era una niña grande y por esa vez se lo dejaría pasar.

Saliendo de la cocina con todo lo que pudimos encontrar, escuchamos el timbre de la puerta. Me adelanté a abrir mientras Tomás esperaba con los brazos cargados de provisiones. Paula estaba allí, con el pelo mojado como si recién se hubiera bañado pero con la misma ropa que llevaba antes. El bolso colgando del hombro, como siempre.

—¿Te bañaste? Si vamos a nadar... —Pasó por mi lado sin decir palabra y siguió caminando hacia la parte trasera de mi casa. Habría peleado fuerte con el padre y al no conseguir convencerlo de que la dejara ir al viaje de egresados se vino a casa. Ya me sentía desanimado otra vez. Tomás la siguió en silencio, de seguro pensando lo mismo que yo y repitiendo en las mismas líneas, su definición con respecto al padre de Paula.

Arrojó el bolso en el camastro que estaba abierto al borde de la piscina y se desprendió de la musculosa blanca y la minifalda para revelar un minúsculo traje de baño de dos piezas blanco también. Casi se me caen las dos botellas de refresco que llevaba en las manos. Pasado el primer shock de pensar que en el medio de su tristeza estaba por arrojarle a nadar

desnuda en mi piscina, seguí mi camino hasta la mesa para dejar las bebidas. Tomás seguía parado en el borde sin disimular ni un poco. Le apunté con el vaso de plástico que tenía en la mano y le pegué certeramente en la cabeza para hacerlo reaccionar. Trastabilló para atrás pero pudo retomar su camino dignamente y dejó las cosas en la mesa. Me senté junto a Paula sin dejar de mirarla.

—¿Desde cuándo usas bikini?

—Desde que uso camisetas cortas y quiero estar bien bronceada. ¿Por qué? —preguntó, mirándome de costado y enarcando una ceja.

—No... curiosidad... — dije, en un hilo de voz. Se rio, divertida por la cara de idiotas de los dos y sacó una botella de plástico marrón del bolso. Ahora Tomás se incorporaba junto a ella mientras la veía verter el contenido aceitoso en una mano y comenzaba a untárselo en la piel.

—¿Y desde cuándo usas bronceador?

—No es bronceador, es protector solar. Lo uso desde que mi vieja me dijo que si no me empiezo a cuidar con el sol voy a terminar arrugada como ella y no quiero que me pase —No me parecía que la madre de Paula estuviera tan arrugada como para que fuera algo como para asustarse.

—Tienes trece años...

—¿Y qué? Nunca es tarde para empezar a cuidarse —Resoplé, resignado ante el razonamiento femenino y pensando en cómo ese bronceador aceitoso iba a arruinar el agua de mi piscina. Me eché de espaldas en el camastro y de cara al sol del mediodía cuando desde el quincho se podían escuchar los intentos de afinar las guitarras y algún redoblar de la batería de la banda de despeinados.

—¿Y eso?

—Mi hermano y los amigos queriendo imitar una banda de rock and roll

—Y haciéndolo mal... —Tomás se rio y yo no pude contenerme— Pero la banda es genial MaP... tienes que escucharla.

Paula hizo una mueca de asombro y se recostó en su camastro, esperando que algo de música de verdad apareciera de una vez. En cuestión de gustos, Paula estaba descubriendo Kiss y AC/DC. Yo atravesaba un período beatlemaníaco y Tomás deliraba con Soda Stereo y su estética

“dark”; *The Cure* también había ingresado a su lista. Aburrida de tan poca acción y bajo volumen, Paula se puso de pie, caminó los dos pasos que la separaban del borde de la piscina y se arrojó de cabeza al agua. Tardó en salir, apareciendo en el borde opuesto y comenzó a nadar todo el largo despacio. Una vez, dos veces. Me senté mejor y vi su figura deslizarse en el agua turquesa, las patadas lentas y las brazadas extendidas hacían que su cuerpo pareciera más largo y esbelto, su pelo marrón una estela de petróleo siguiendo el curso de su marea. Era como si la estuviera viendo por primera vez, descubriéndola, y mirando a mi costado derecho por el rabillo del ojo, no me sorprendió que Tomás estuviera en la misma posición que yo y que su expresión fuera, de seguro, un espejo de la mía. ¿Era yo o esa chica ya no era la niñita que había comenzado conmigo primer grado? ¿En qué momento evolucionó de alumna de primaria a “mujer”? Nadó el trayecto hasta la escalera, para salir, y avanzó fuera del agua sobre los tres escalones metálicos. Mojado, su cabello pasaba la cintura pero no quitaba nada de la vista privilegiada que teníamos en ese momento, ni Tomás ni yo, ni mi hermano y sus tres amigotes egresados de secundaria. Alguno de ellos dejó salir un silbido de admiración que rompió el silencio de la tarde. Los cuatro estaban parados mirándola emerger del agua como una sirena.

Me puse de pie de inmediato, con una toalla en la mano, avanzando rápidamente por el borde de la piscina. Paula les dedicó apenas una mirada y tomó el camino opuesto al que yo había elegido, caminando despacio hasta el camastro, escurriendo su cabello a medida que avanzaba. Quedé como un perfecto idiota mientras la perseguía y al llegar a su lugar de descanso, los cuatro imbéciles pre-universitarios rompieron en aplausos como si estuvieran en el desfile de Roberto Giordano. Paula se rio de mi expresión cuando llegué y le arrojé la toalla encima, como si fuera una vieja amargada.

—¿Qué pasó?

—Nada —bufé, fastidiado, mientras me sentaba, mirando por sobre el hombro como los cuatro del ritmo seguían mirándola casi con hambre. ¡Perdón! ¡No se daban cuenta que era una niña! Tenía ganas de gritarles por descarados y desubicados cuando me di cuenta que Tomás tenía la

misma expresión que ellos. ¿Las hormonas masculinas de mi cuerpo habían faltado con aviso? ¿O era yo el único con un dejo de respeto?

—¿Qué? —volvió a preguntar mientras la miraba secarse despacio.

—¿No viste esa falta de respeto?

—Bueno... la verdad es que me sentí halagada.

—¡Halagada! Si no estuviéramos en una casa de familia te habrían saltado encima como lobos.

—¿Estás celoso?

—¿Celoso? Pero déjame de joder, Paula... eres una niña —Tomás se reacomodó en el asiento y recién entonces me di cuenta que tenía la toalla apoyada en el regazo. ¿El muy hijo de puta estaba excitado con Paula? ¡Con Paula! La niña devenida en sirena me miró e hizo un gesto de labios apretados, y batiendo las pestañas como si fueran alas de mariposas.

—¿Entonces no te gusto?

—MaaaP...

—No te gusto porque no tengo tetas... ya lo sé...

—Perdón... voy al baño... — dijo Tomás, excusándose de la conversación y desapareciendo hacia la casa.

—¿Qué? —Estaba completamente desencajado. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? Para mi ella era como mi hermana. ¿Cómo la iba a mirar como un trozo de carne con intenciones sexuales? Paula se recostó sobre su toalla, acomodando las piernas como si estuviera posando para un anuncio de trajes de baño. Levantó un poco la cadera para acomodarse y me agarré la cabeza con las dos manos.

—¡Por Dios! ¡Deja de moverte así! Yo solo no voy a poder detener a esos cuatro energúmenos cuando te salten encima —Cuatro eran. Cinco si Tomás volvía del baño en algún momento. No quería ni pensar que podía estar pasando allí. Esto no estaba pasando, no me estaba pasando a mí.

A la luz del sol, las gotas de agua sobre el cuerpo aceitoso de Paula parecían diamantes brillando y destellando. Una joya sobre otra joya.

Finalmente pasó lo que tenía que pasar.

Los acordes sencillos de una canción sonaron y el hechizo ocurrió. No hubo fuegos artificiales ni chispas de colores, solo una batería cruda, el bajo temblando por detrás y una guitarra con los dedos deslizándose en el diapasón. Primal Scream, en su versión original, estaba sonando a todo volumen y Paula se incorporó, apoyándose en ambas manos. Se puso de pie y caminó como en trance hasta la estructura de madera y caña de donde salían la voz de Vince Neil, el bajo de Nikki Sixx, la batería de Tommy Lee y la guitarra de Mick Mars. Le tiré la toalla por la cabeza mientras se alejaba.

—Cuanto menos cúbrete, estúpida. Si te violan no te quejes. Lo estás pidiendo a gritos.

Caminé enojado en la dirección opuesta, dispuesto a ignorar cualquier grito de auxilio femenino que pudiera venir del fondo de mi casa. De todas formas, Tomás apareció como el galán salvador de la novela y lo aparté de mi camino de un empujón para meterme en la cocina. Él siguió el camino que le marcaba la música.

Capítulo 7 — Fumando en el cuarto de los chicos

—¿De qué te ríes? —Vuelta a la realidad.

—Recordaba el día en que empecé a fumar.

—Sí que es buena tu memoria. ¿No naciste con el cigarro en la boca? — Tomás podría decir lo que quisiera, pero estaba seguro que él nunca olvidaría ese día, como yo tampoco. Mientras él manejaba, cantando a viva voz el compilado con los mejores éxitos de nuestra banda favorita, yo jugueteaba con el encendedor de plástico entre los dedos, el tic nervioso de los adictos al tabaco encerrados en un espacio pequeño y prohibitivo, con el vicio a mano pero sin poder caerle encima.

—¿A dónde vamos?

—A Tigre. En Provincia no corre la prohibición de fumar y conozco una parrilla no muy concurrida.

—Suenan bien, sobre todo para ti. ¿Puedes salir?

—No mucho... pero me desquito cuando viajamos al exterior.

—Deberías venir a París de nuevo... —La canción que empezó en el reproductor me hizo recordar que necesitaba fumar.

—Cuéntame de ti antes que empecemos el reportaje y ya no podamos hablar de otra cosa que no sea de mí, de mí... y de mí.

Aproveché en ocupar mi mente en dos actividades simultáneas y complejas para olvidar mi necesidad de fumar. Mientras organizaba mi último tiempo de trabajo y vida personal en un monólogo infame sin muchos detalles, el otro sector de mi cerebro recordó con éxtasis el primer ingreso de nicotina a mis pulmones.

Cuando volví al quincho, después de que se me pasara el berrinche, Paula estaba arrodillada delante del televisor, enfrascada en las imágenes del video con la camiseta de Tomás encima. Respiré aliviado. Estaba viva, y vestida. Detrás de ella, los cinco varones miraban, no sabía bien si, el final de su espalda o la pantalla del televisor. Mi hermano me dedicó una mirada indescifrable mientras levantaba la mano derecha y se llevaba un cigarrillo a la boca. ¿Desde cuándo Adamant fumaba? Desde el mismo momento en que se había convertido en un adicto al rock and roll festivo de la costa Oeste de los Estados Unidos. El ambiente olía a tabaco negro, parecido al

que fumaba mi viejo. Todos estaban fumando. Tomás tenía un cigarrillo en la mano que se estaba consumiendo solo. ¿Había tomado el ritual de iniciación al cigarrillo sin mí?

—¿Quieres? —preguntó mi hermano con tono condescendiente, como si quisiera admitirme en su grupo, o necesitara que estuviera de su lado para que no lo delatara. Tomás maniobró despacio el pequeño cilindro de papel que humeaba entre sus dedos y me lo dejó cerca, reemplazando el que me ofrecía Adamant. Lo tomé con dos dedos e inspiré el humo, recordando algo que había escuchado alguna vez de como deslizarlo por la garganta para que llegara directo al cerebro. Ah... no... Eso era para la marihuana. Esto sólo iría a producir cáncer en mis pulmones. ¡Qué desperdicio!, pensé por un momento, mientras luchaba por mantener el humo adentro, contra la naturaleza de mi cuerpo de querer expulsar el elemento invasor. Aguanté hasta que me ardieron los ojos y tosí con fuerza mientras todos se reían al mismo tiempo. Paula se dio vuelta y miró a mi hermano con ansiedad.

—¿Tienes otro?

—¿Otro cigarrillo? —La miré con los ojos rojos y desorbitados después de haber tragado mi primera bocanada de Parissiens. Puso los ojos en blanco y le mostró el que todavía tenía encendido, sostenido con gracia entre los dedos.

—Otro video...

—Sí... espera —Adamant sacó otro video de la caja y reemplazó el que había terminado de reproducirse en la casetera. Mientras uno se ocupaba de reponer las imágenes, otro, el que tenía pinta de jugador de Rugby, la miró de arriba abajo mientras se levantaba y aspiraba del cigarrillo como si fuera una experta fumadora.

—Tú podrías estar en la banda... —Paula se iluminó como si le hubieran dicho que había ganado el concurso de Miss Universo.

—¿De verdad? —Volvió a colocar el cigarrillo entre sus labios y la brasa brilló al ritmo de sus ojos. Paula estudiaba canto desde los cinco años y pese a que su voz original podía no ser el delicioso murmullo de los ángeles, la había escuchado cantar un par de veces en nuestro curso de guitarra y, cuanto menos, no desafinaba. Su tono podía pasar perfectamente por el de Vince Neil. Ese mismo pensamiento era el que estaba en la cabeza

de ella. Miré a Tomás al lado mío que se olía los dedos con asco y torcí la boca al preguntarle por lo bajo.

—¿Desde cuándo fuma MaP?

—Empezó recién... creo... pero se ve que aprende rápido —Volví a mirarla y ya se había acercado al jugador de Rugby.

Miró por sobre el hombro cuando el video comenzó, otro recital de Mötley. El grandote le pasó un brazo por los hombros y se me erizaron los pelos de la nuca, mi cuerpo preparado para saltar a la primera señal de peligro. Señaló con la mano libre la pantalla en el momento que las tres coristas de la banda aparecían en escena enfundadas en corsetería de cuero y con sombreros visera al tono.

—Podrías hacer los coros —El gesto de Paula se desinfló de inmediato y el comentario final la terminó de poner de mal humor:— Pero te falta crecer un poquito más.

Los cuatro rompieron en risas mientras uno de ellos hacía las señas del tamaño de pechos que le faltaba alcanzar. Podría jurar que escuché en ese momento la manera en que le rechinaron los dientes, pero fiel a su estilo, sonrió y buscó refugio entre nosotros dos. Tratando de parecer lo suficientemente macho como para defenderla y ante la falta de altura que a Tomás le sobraba, agarré lo que me quedaba del cigarrillo entre dos dedos al mejor estilo James Dean y enarqué una ceja mirándolos fijamente e inhalando sin perder el paso esta vez. Exhalé con fuerza haciendo que la estela de humo les llegara como una advertencia y me di cuenta que Paula tenía la misma postura ridícula e infantil que yo. Fue ella quien sonrió e inclinó la cabeza en señal de saludo y se abrió paso para abandonar el quincho. Tomás la siguió y yo me fui detrás de él, que trató de alcanzarla al entrar a la casa e intentó consolarla.

—No les hagas caso, MaP.

—No importa... ya lo tengo solucionado —Se dio vuelta y los dos nos detuvimos en seco frente a ella—. Le voy a pedir a mi viejo que me quiero hacer las tetas como regalo de quince.

—¿Qué?

—¿Estás loca?

—No. Ya averigüé todo. A partir de los quince años puedes colocarte implantes de siliconas y sino hay algunos muy buenos de solución salina...

—Tomás estaba a punto de colapsar y yo no podía dar crédito a mis oídos.

—¿Fuiste a averiguar?

—Obvio.

—¿Por qué? ¿Estás loca? Estás creciendo.

—No voy a tener mucho más que esto... y está demostrado: Sin tetas no hay éxito —Me dejé caer en el sillón y Tomás seguía parado frente a ella.

—Olvídalo, Paula. Tu viejo no te deja venir al viaje de egresados, mucho menos te va a pagar una operación de pechos.

—Lo del viaje está por verse —Se dio vuelta para entrar al baño de la planta baja, murmurando mientras cerraba la puerta—, y a mi papá le gustan pechugonas.

Capítulo 8 — Que Dios bendiga a los Hijos de la Bestia

En el medio de la noche de la provincia, la camioneta de Tomás ingresó a la casi desierta costanera del río y avanzó rápidamente hasta el fondo, donde estaba el lugar al que quería llegar. Mi vida en definitiva no era tan interesante como la de él, así que mi resumen no abarcó mucho. Además, nunca habíamos perdido el contacto, ya fuera por cartas, antes de que la tecnología avanzara hasta convertirnos en una aldea global, después por teléfono, mail, redes sociales y los encuentros en algún lugar del mundo que la familia y el deporte nos permitía concretar. En los últimos cinco años habíamos estado juntos en los Juegos Olímpicos de Londres, dos Gran Premios de Fórmula Uno, el mundial de Rugby de Inglaterra y Gales, y dos Copa Davis, así que en resumen, vimos a Argentina sub campeón mundial de Fútbol en Brasil, “decime qué se siente”, festejamos la dorada de Crismanich en Taekwondo y gritamos hasta la afonía por culpa de Del Potro y compañía en Croacia al ganar la Ensaladera. Y habíamos coincidido en todas las Galas del FIFA Balón de Oro acompañando a Lio Messi, así que estábamos bastante al día, no había muchos agujeros para llenar; aún en la distancia, nuestra vida seguía enlazada.

Estacionó en la calle vacía, a metros del barandal que nos separaba del río. No había terminado de apagar el motor cuando yo ya estaba con un pie afuera y cubriendo la llama del encendedor con una mano para encender mi primer cigarrillo en casi veinte horas. Todo un récord. En mi bolsillo, el teléfono móvil despertó de su letargo. Me recosté en la puerta del vehículo de cara al río, indistinguible del cielo negro, mientras chequeaba el mensaje: Un mail de Andrea. Sonreí y respondí con rapidez mientras Tomás se apoyaba a mi lado y leía por sobre mi hombro.

—Envíale mis saludos.

—Lo hago —Guardé el teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón e inhalé humo de nuevo, reteniéndolo todo lo posible y exhalando con placer.

—Por Dios...

—¿Todavía te molesta el olor? —Reí abiertamente a carcajadas mientras él se cruzaba de brazos y desviaba la mirada al río— Eres la única persona que conozco cuya excusa para no fumar era “no me gusta el olor que me deja

en los dedos”.

—Yo conocí un tipo hace un par de años que me dijo lo mismo. ¿Qué tiene de malo?

— “No es sano”. “Te mata”. “Es un mal ejemplo”. “Mal aliento”. “No puedo jugar al fútbol” y puedo seguir enumerando si quieres... pero el olor en los dedos... totalmente inexistente —Instintivamente se llevó los dedos a la nariz y sonrió reconociendo que sonaba un poco ridículo— ¿Cómo mantienes esa fachada de tipo rebelde si no fumas, no tomas, estás casado hace una eternidad y pagas todos tus impuestos?

—Ya no necesito parecer un rebelde para ser aceptado. Dinero y poder son igualmente aceptables que incendiar un aula... —Giré y me apoyé de costado para mirarlo de frente. Seguía con los brazos cruzados y la mirada perdida en el río.

—¿Cuál es tu mejor recuerdo de la primaria?

—¿Estás empezando el reportaje? —dijo, moviendo solo los ojos hacia mí.

—No... esto es *off the record*.

—Los hijos de la bestia.

Mi corazón saltó de un latido y volvió a acelerarse de emoción. Volví a mirar al horizonte y el brillo de la brasa de mi cigarrillo parecía ser la única luz esa noche.

—Sólo se necesita un verano para ser famosos.

Volviendo a los recuerdos en la casa de mi infancia, después de la tarde de música, piscina y nicotina, Tomás, Paula y yo terminamos en mi habitación escuchando los tres discos de Mötley Crüe que Adamant había traído de Los Ángeles mientras ellos seguían tratando de imitarlos desde los videos. Paula y yo estábamos sentados en el piso esperando que Tomás volviera de bañarse. Todavía nos estábamos riendo de sus comentarios sobre el olor del cigarrillo en sus dedos y la imperiosa necesidad que tenía de sacárselo de encima. Paula se había bañado primero, no podía llegar a su casa oliendo a humo si quería llegar viva a la secundaria y yo seguiría después que Tomás decidiera terminar su ducha.

Mientras escuchaba la dramática versión de la banda de uno de mis

temas favoritos, *Helter Skelter*, me dejé caer en la cama tratando de descifrar las variaciones de los acordes para poder sacarlos después en la guitarra. Paula lo estaba haciendo bastante bien.

—¡Estos tipos son unas bestias! —dije, dejando escapar el mejor apelativo que los podía calificar. Paula soltó la guitarra como si se hubiera prendido fuego y gateó hasta el equipo de música, buscando la tapa de cartón del disco que estábamos escuchando. Revolvió su bolso, sacó el estuche donde guardaba los anteojos y se los calzó sobre el puente de la nariz.

—Tengo el nombre para la banda —Tomás entró con un pantalón corto y una camiseta al revés, secándose el pelo para sentarse al lado mío.

—¿Qué banda?

—La nuestra.

—¿Eh? —exclamamos los dos al mismo tiempo.

—*God Bless the Children of the Beast* —respondió ella, levantando triunfal la tapa con los cuatro rostros de las bestias. El disco: *Shout at the Devil*— Pista número 5.

—En algún momento me perdí.

—Yo nunca me encontré... —dije, mirándola. Siguió hablando:

—“*Los Hijos de la Bestia*”. Nosotros... —dijo, haciendo una seña circular que nos envolvía a los tres— somos los hijos de la bestia.

Mostró la tapa para mostrar a la bestia, la banda inspiracional, y después volvió a mirarla como si se tratara de la Biblia. Habló más para ella que para nosotros.

—Yo no voy a ser corista de la banda de tu hermano. Haremos nuestra propia banda.

—¿Banda de qué? —MaP bajó los hombros, desanimada ante la poca capacidad de ambos de seguirla en su delirio.

—Tú y yo tocamos la guitarra... yo canto, tú eres la guitarra principal y Tomás el baterista. Listo... somos un trío, como *Soda Stereo*. Eventualmente podemos incorporar un bajista pe...

—¡Espera! ¡Espera! Apenas tocamos *Lunita Tucumana*. ¿De verdad pretendes que toquemos *Heavy Metal*? —Paula se arrodilló delante de mí,

apoyando ambas manos en mis piernas.

—No te estoy pidiendo que toquemos en Wimbley. Hagamos algo para divertirnos este verano. ¿Qué más da?

—¿Y yo qué hago? ¿Aplaudo? —dijo Tomás, sintiéndose excluido de “la” banda. Paula se le acercó e incorporó para alcanzar la altura de su rostro.

—Tú puedes tocar la batería. El hermano de Vincent tiene todo armado atrás. Podemos utilizarlo cuando ellos no estén.

—Yo no sé tocar la batería.

—Aprenderás... Es más intuitivo que técnico. ¿Y viste que el batero es el más lindo de la banda?

—De esa banda... porque lo que es por acá... —acoté, sin recepción del otro lado, porque Paula seguía en una burbuja frente a Tomás y me sentí fuera de lugar. Carraspeé y ella se puso de pie para mirarse en el espejo que había en mi habitación.

—Podría teñirme de rubia para parecerme al cantante —Analizó una de las tapas y se estudió de nuevo en el espejo, sacándose los anteojos y batiendo su cabello para tratar de imitar el look.

—¡Detente! ¿Teñirte? ¿Implantes? ¿Una banda de rock? ¡Loca, estás fuera de control! —Me miró por sobre el hombro y dedicó una sonrisa despiadada.

—Y se siente tan bien... —Sí... se estaba volviendo loca. Con un giro dramático, volvió a sentarse frente a nosotros, con las piernas cruzadas, analizando las tres tapas de los discos, una revista con la biografía de la banda y fotos ampliadas, asignando las funciones de cada miembro de la banda.

Antes de que cayera el sol, Tomás era Tommy en la batería, ella evocaría a Vince Neil como la voz líder y yo sería una mezcla inexacta de Mick Mars y Nikki Sixx. Debíamos comprar pelucas y pantalones de cuero. ¡Mierda! ¿Cuánto me iba a costar todo esto? Por suerte diciembre duraría poco, entre el viaje de egresados, la graduación y las fiestas de Navidad. En enero todos nos íbamos de vacaciones, Tomás a Santa Teresita, Paula a Punta del Este y yo al norte de Francia, a cagarme de frío en la casa de mis abuelos

paternos. Hell of Summer el que me esperaba. Quizá para febrero se le hubiera pasado la fiebre, pero Tomás ya se había subido a ese tren imparable con destino al infierno. Y esto era solo una muestra. Con el paso del tiempo Paula nos demostraría, que como un tren sin frenos, cuando se le ponía una cosa en la cabeza, era imparable.

Capítulo 9 — Como un martillazo...

Las memorias felices de ese verano me llenaron como a un Zeppelin. Mientras entrábamos al restaurante y el tipo de la recepción saludaba a Tomás con afecto y deferencia, nos ubicaron en una mesa casi al fondo, antes de la cocina, donde se abría un jardín interno ante un par de ventanales enormes.

—¿Te gusta mucho sentarte frente a las ventanas o me parece a mí?

—Puede ser. Nunca me detuve en ello. Una buena vista te inspira y te ayuda a pensar. Tú deberías saber de eso más que yo, siempre fuiste el escritor de la familia.

—Sí... y mira a donde nos ha llevado.

—Lo tuyo siempre fue la gráfica. Y lo mío la radio.

—Pero explotaste en la televisión.

—Tuve suerte... —dijo, encogiéndose de hombros mientras ojeaba el menú. “Mucha suerte”, pensé mientras lo miraba hacer.

—¿Es tarde para pedir asado? —Mis entrañas temblaron en anticipación por el deleite de la mejor carne del mundo.

—No. Lo bueno de este lugar es que siempre tiene carne en el asador.

—Genial. ¿Parrillada para dos?

—Perfecto. ¿Vino?

—Te sigo.

Tomás hizo el pedido con rapidez y preparó un entremés mientras yo encendía otro cigarrillo

—¿Puedo poner lo de la banda en el reportaje?

—No si quieres publicarlo.

—¿Censura previa?

—Declaración *off the record*.

—*Touché*. Solo digo que sería bueno que la gente supiera que fuiste un muchacho normal con ansias de ser como Tommy Lee.

—Es lo único que me falta agregar a mi currículum... Y dicho sea de paso, jamás hubiera llegado a ser como él. La comparación fue un delirio de MaP. ¿En qué me le parezco?

—Con peluca te acercabas bastante. Y le sacaste a la chica de las garras.

—Sí, es verdad. Pamela Anderson me eligió a mí —Puse los ojos en

blanco y él aprovechó para beber.

—Yo creo que lo hicimos bastante bien. Podríamos haber llegado lejos.

—Sí... hasta el sur...

—En serio. Lo último que hicimos salía muy bien. Y “She Goes Down” es un tema que no puedo escuchar sin pensar como se vio ESO en el escenario. Hoy sería para pre teens... pero para entonces... ¡Mon Dieu! —Tomás giró para llamar a la camarera y pedir más hielo, pero evidentemente estaba evitando mirarme y sacarse de la cabeza las imágenes que estaban en la mía. Decidí dar por finalizado el tema. Él también.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Dos días. No te pienso robar mucho tiempo... — La moza trajo lo pedido y un cenicero donde incrusté el segundo soldado de mi noche. Pensaba en las colillas de cigarrillos como los soldados que me acompañaban en la batalla. Yo debía avanzar en el campo, con fuego cruzado, y Tomás esperaba como quien afronta un batallón— ¿Cuál es el recuerdo más triste de tu infancia?

Su mirada traspasó el velo de mi mirada y llegó directo a mi alma. No podía ser muy grave, traté de que se limitara a ese período porque sabía que para él la infancia había sido uno de los tiempos más felices de su vida. Después de ese entonces saltaría directamente a sus inicios profesionales y no le daría mucha lata a la cosa sentimental y deprimente. Ya tendría tiempo para eso en mi propia soledad. No tardó mucho en responder pero jamás esperé esa respuesta.

—El día que te fuiste a vivir a Francia —El golpe, como un martillazo en los dedos, me empujó de nuevo al pasado.

Tal como lo había predicho, diciembre se pasó sin que pudiéramos detenerlo. Contra todo pronóstico, Paula vino al viaje de egresados, pero lejos de estar contenta, parecía angustiada, como quien abandona un familiar enfermo temiendo que quizá podría volver a verlo. Abrazó a su hermanita dos veces con tanta fuerza que la nena se quejó. La semana en Chapadmalal fue de ensueño. Viajamos a Mar del Plata, fuimos al casino aunque no pudimos entrar porque “obviamente” éramos menores de edad, paseamos en catamarán y comimos en el puerto. Nos llevaron a bailar una noche a la matinée y sentimos que tocamos el cielo con las manos. Sin

embargo, Paula estaba ausente. Llamaba a la casa al mediodía y a la noche, después de volver de cada excursión y sólo entonces parecía un poco más relajada. A las preguntas de Tomás y mías sólo respondía con evasivas. Si tanto había luchado por poder viajar, ¿Por qué se comportaba así? Era un hecho que Paula estaba entrando en la adolescencia. La fiesta de graduación y la entrega de diplomas se llevó el resto de nuestra atención y lo único memorable fue que la directora se desmayó con el calor y se suspendió la ceremonia antes de llegar a la mitad de la lista, así que los tres tuvimos que ir a retirar el diploma días después.

Sólo nos llamamos para las fiestas y el primero de enero todos estábamos partiendo a nuestros respectivos destinos estivales.

¿Qué pasó con nuestra banda? Los Hijos de la Bestia tenían todo listo para arrancar. Una tarde gastamos todos nuestros ahorros en un negocio de ropa de Heavy Metal en la avenida Corrientes, pantalones de cuero negro y camisetas ajustadas de Ramones y AC/DC. Paula compró una de Bon Jovi, fiel a su delirio por los hombres de cabellera larga y pantalones ajustados, Tomás unas botas que parecían robadas del servicio militar y yo un cinturón con tachas que me hacía sentir en verdad como Sixx, y varios set de púas de guitarra que brillaban en la oscuridad.

Mis vacaciones en Francia fueron atroces, no solo porque yo quería ir a la playa como el resto de mis amigos, broncearme y no estar blanco muerte, como solía volver año tras año. Sentados en el patio de la casa de mis abuelos, mi padre habló por fin con Adamant y conmigo sobre la situación familiar, y sobre la decisión de dar por finalizada la sociedad conyugal con mi madre, retornando a Francia. Dix It. ¡Ah! Y quería que viviéramos con él. En Francia. La noticia me dejó como si hubiera caído una avalancha de nieve sobre mí y no los delicados copos que se acumulaban sobre la superficie de la mesa y el jardín. Todo era blanco a mi alrededor y yo no podía ver otra cosa. Nieve, frío, Francia. Aún en shock, mi mente hizo las preguntas correctas y mi corazón viajó sin escalas a Buenos Aires: ¿Sabría mi madre lo que estaba sucediendo en ese momento? Adamant miró sus

zapatos, respiró hondo y contestó lo que yo esperaba: Pese a amar a mi madre con todo su corazón, deseaba vivir en Francia, que para eso se había preparado toda su vida y blablablá. Mi padre lo abrazó y cruzaron un par de palabras cariñosas en francés. Entonces me miró a mí.

Tragué y le dije que me encantaría vivir en Francia con todo lo que eso implicaba: Primer mundo, besos franceses, recitales de bandas de rock de verdad. Pero que no podía estar lejos de mamá, ni de mi vida en la Argentina, con todo lo que eso incluía. Mi padre no se inmutó. Pestañeó una sola vez antes de abrazarme y decirme en francés que respetaba mis deseos y que siempre me esperaría con los brazos abiertos. Que le enorgullecía el amor que sentía por mi madre y le parecía bien que ella no se quedara sola.

De la nada, mis ojos de niño se llenaron de lágrimas. En el momento que mi respuesta abandonaba mis labios, me preparaba para la furia desatada de mi padre o la lucha de argumentos para mantenerme a su lado, y yo mismo me estaba preparando para tratar de resistir todo aquello que pudiera querer atarme a él lejos de mi madre, de mi hogar. Jamás esperé que aceptara de tan buen grado mi desertión. Mi padre no quería que me quedara con él y yo le había hecho las cosas fáciles eligiendo quedarme con mamá. Ahora bien, la pregunta del momento era, ¿Por qué lo que quería hacer, de pronto me dolía? Si yo quería quedarme en Argentina y no separarme de mis afectos, de mi vida ¿Por qué me sentía herido cuando mi padre no hizo ni un ademán para retenerme? ¿Me hubiera sentido mejor si hubiese habido una batalla campal por mí en vez de una solicitud amable y una buena aceptación de parte de él? No lo sabía. Humanidad que le dicen.

Sin mucho más que agregar y con toda la dignidad que encontré en mi interior, me puse de pie, y sin detenerme, me dirigí a la mesa donde estaba el teléfono y disqué la operadora internacional solicitando una llamada a Buenos Aires. Volví al día siguiente.

El Vincent que se subió a ese avión ya no era el niño que había viajado a Francia a regañadientes. No había dormido en toda la noche y tampoco

dormí en el avión. Le había robado dos paquetes de cigarrillos a Adamant como despedida. En el momento que los anuncios luminosos del Boeing 747 de Air France se encendieron, autorizando a los pasajeros a desabrochar sus cinturones y encender sus cigarrillos, me escabullí a la sección fumadores del avión, y en el último asiento, sólo, fumé hasta que me dolió el pecho como si estuviera teniendo un infarto. Ese viaje fue mi iniciación como hombre. Las diecinueve horas completas sobre el Océano Atlántico y dos continentes, me dieron tiempo suficiente para convertirme en hombre, el que debería hacerse cargo de su madre, de enfrentar la vida de manera diferente, de ocupar el lugar de mi padre aun cuando no me sintiera preparado para ello. El final del matrimonio de mis padres no me tomó por sorpresa pero convertirme en un adulto de pronto, fue como un poco mucho.

Al llegar a Buenos Aires me enteré que, si bien mis padres ya habían decidido separarse, ese viaje era una especie de despedida para nosotros y ella jamás pensó que mi padre jugaría de manera artera y que, si yo decidía quedarme con él en Francia, ella no podría ejercer ningún tipo de derecho, ya que, después de todo, Adamant era legalmente mayor de edad y yo, era hijo de la República. Ella jamás pensó que mi padre podría llegar a actuar de esa manera porque no sabía que ÉL sabía la verdad.

Enero pasó, solitario, en la casona de Belgrano. Me preguntaba cuanto tiempo pasaría antes de tener que marcharnos de allí. El divorcio de mis padres dejaría a mi madre en la calle porque no tenían bienes en común. La casa estaba alquilada por la Embajada de Francia. Si mi padre ya no estaba agregado en Argentina, ¿Dónde nos dejaba eso a nosotros? Pese a todo, mi padre le aseguró a mi madre que podría quedarse en la casa y que le proveería hasta que yo cumpliera 18 años y viviera con ella. Con mis dos mejores amigos lejos, mi única alternativa fue pasar los 25 días restantes del mes encerrado en el quincho del fondo, aprendiéndome de memoria todas las canciones de Mötley Crüe, para cristalizar el sueño de MaP en los Hijos de la Bestia. Podía imaginarla descansando en la arena de La Barra, con los audífonos clavados en los oídos y la misma música que yo tocaba, sonando una y otra vez y la imagen de Vince Neil danzando detrás de sus

párpados para memorizar sus movimientos hasta lograrlos a la perfección. ¿Y Tomás? ¿Practicaría? Por supuesto. Si yo estaba comprometido con la causa de Paula, lo de Tomás era religión.

Gracias a Dios el tiempo pasaba, aún en momentos como ese, y febrero llegó por fin. Paula viajó quince días más a Córdoba a visitar a la familia de su madre y volvió más linda que nunca. De pronto empecé a entender las reacciones de los amigos de mi hermano y de mi mejor amigo con respecto a ella. Pero aun así, había una barrera entre los dos que aún no podía definir, si era producto de haber crecido juntos o la manera en que Tomás la miraba, y como ella lo miraba a él. ¿Se darían cuenta de eso ellos dos?

Estábamos en mi casa desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde. De lunes a sábado. Eventualmente Paula y Tomás iban a su casa a hacer algún acto de presencia, cambiarse de ropa o buscar algo, pero nuestro lugar en el mundo estaba en esas paredes de madera que retumbaban con lo mejor de Mötley Crüe. A fuerza de práctica, Paula y yo habíamos sacado todas las canciones en la guitarra, y era asombroso como solo por instinto y oído Tomás era el mejor Tommy Lee que alguna vez encontraríamos; desde la postura hasta la contextura física, eran idénticos, y si no fuera por la falta de tatuajes, con una buena peluca negra hubiera sido un clon. Paula era Vince Neil, sin duda. Neil reencarnado en mujer, incluso con el mismo despliegue sensual que tenía con el micrófono en la mano, desfachatado, ampuloso, a veces rayando en lo obsceno. Más de una vez tuvimos que parar un ensayo y fue la mejor decisión que podíamos haber tomado.

Nuestras únicas salidas eran a ese local de ropa que habíamos descubierto a ver si encontrábamos algo nuevo y de a poco íbamos incorporando nuevas bandas a nuestros gustos, algo más pesado como Metallica, algo más oscuro como The Cure, el nacimiento de Marilyn Manson y la movida de Seattle. Si me hubieran preguntado ese verano que sería cuando fuera grande, como muchos, diría músico. ¿Pero cuántos de ellos, ya tenían una banda de Rock and Roll?

Sí. Ese verano fue el mejor del mundo hasta el fin de semana anterior al comienzo de clases.

Era domingo y ya tenía todo preparado como en el pasado. A diferencia de la primaria, en la secundaria no tendría lista de materiales pero ya había armado mi carpeta, lápices y lapicera, colocado todo dentro de la mochila y tenía el uniforme reglamentario preparado a los pies de la cama. Me había quedado sin cigarrillos y salí a comprar más cuando di vuelta la esquina y los vi.

El golpe fue un mazazo en la cabeza, empujó las lágrimas a mis ojos y detuvo mi corazón, pude escuchar el ruido que hizo contra el piso al hacerse pedazos. Era algo para lo que no estaba preparado. Nada de lo que había vivido hasta ese momento, me había preparado para eso, y eso que había tenido diecinueve horas en el aire para convertirme en hombre. Pero no. No para eso. Internamente seguía siendo un niño de catorce años. No necesitaba demasiada luz para reconocerla a ella, e intuir quien era él; no necesitaba mucho más para saber que estaban haciendo en la penumbra de la esquina. Se estaban besando. Me acerqué un poco, sólo lo suficiente para confirmar quienes eran y qué estaban haciendo. Si quería hacer algún reclamo, y podía poner la firma que iba a hacerlo, quería estar seguro de las identidades y los actos, para afrontar cualquier desmentida. Quién diría que mi gen de periodista se estaba gestando en ese mismo momento.

Retrocedí y encaminé mis pasos a otro kiosco. Compré dos paquetes de cigarrillos y una lata de cerveza. Volví a mi casa entre furioso y devastado. Me senté en el sillón que miraba justo a la puerta de entrada de mi casa, abrí la lata de cerveza, prendí un cigarrillo ahí donde estaba, y me senté a esperar.

—¡Ey! —Tomás golpeó mi hombro me descubrí apoyado en ambas manos con los codos soportándome en la mesa— ¿Estás bien?

—Jet Lag —mentí— ¿Me esperas un momento? Voy a lavarme las manos.

Me puse de pie dando un tumbo hasta enderezarme. Este era uno de los recuerdos que solía enterrar porque mostraba en el espejo lo peor de mí. Lo irracional detrás del intelectual. La bestia detrás del disfraz de cordero. Busqué con los ojos alguna indicación del baño y seguí al pasillo junto a la caja. La recepcionista me miró y yo sólo vi el aparato que tenía al lado.

—¿Puedo usar tu teléfono? —La muchacha rubia me acercó el aparato despacio, como si tuviera miedo que lo fuera a romper. Si no llamaba ahora, aprovechando el momento de debilidad, quizá perdería la oportunidad. Marqué los ocho números que me sabía de memoria. Tardaba en atender y miré el reloj, quizá ya estaría durmiendo. Genial. Lo único que me faltaba era despertarla. El cuarto llamado se interrumpió y la voz femenina que esperaba respondió en un susurro.

—*Hola.*

—Hola... —dije, imitando el susurro e inclinándome sobre el aparato para aplacar el sonido de ambiente.

—*¿Vince?*

—¿Podemos desayunar mañana? —El silencio del otro lado no me dejó adivinar qué pasaría por su mente. ¿Sorpresa? ¿Emoción? ¿Reserva?

—*Por supuesto. ¿Ya organizaste tu agenda?*

—Sí —Inspiré y exhalé rápido el simulacro de despedida— Me tengo que ir...

—*¡Espera! Mañana a las ocho en el McDonald's de Cabildo y Lacroze.*

—*¿Hay uno allí?*

—*Sí. Tenemos una hora antes de que entre a trabajar.*

—Ok. Disculpa si te desperté... Te veré mañana —Corté la comunicación sin decir adiós ni esperar respuesta del otro lado. Seguía sacudido por los recuerdos que había desatado. Agradecí a la muchacha con la cabeza y levité hasta el baño de caballeros al final del pasillo. Empujé la primera puerta para entrar y la segunda para encerrarme en el cubículo y apoyar la cabeza la

pared.

La puerta de mi casa en Belgrano se abrió y sabía que era una de las últimas veces que vería como pasaba eso. Mi madre entró en silencio a la oscuridad de la recepción y como siempre, dejó su bolso y las llaves en la pequeña mesada de mármol amurada a la pared bajo el espejo ornamentado donde siempre se miraba antes de salir a la calle. El olfato la alertó de que algo estaba fuera de lugar y siguió el aroma con el rostro hasta que enfocó la pequeña brasa que se encendía con cada pitada.

—¿Vince?

—¿Y quién más iba a ser? ¿Monsieur Furlan? —Estiró la mano a la pared y encendió la luz. Su rostro tenía un carrusel de emociones pintado que podía haber descrito mientras avanzaba dos pasos hasta donde yo estaba, pero yo sólo podía ver sus labios apenas sonrosados por los besos de contrabando que se había dado en la esquina, con mi profesor de la Alianza Francesa.

—Yo te puedo explicar...

—¿Cuánto hace que estás con él?

—Hijo...

—¡Respóndeme! ¡Cuánto! ¡Tiempo! ¡Hace! —grité cada palabra acompañándola con un movimiento para levantarme del sillón y acercarme a donde ella estaba. Estaba tan alto como ella, que no era un gran mérito, pero me sirvió lo suficiente para enfrentarla cara a cara y no sentirme un niño, no sentirme su hijo.

—Yo...

—¿Papá lo sabía? ¿Por eso te dejó?

—Lo nuestro ya no tenía retorno.

—¿Y en vez de hacer las cosas bien lo hiciste cornudo? Te convertiste en una puta... —El primer y único cachetazo que mi madre me dio en mi vida llegó como una locomotora sin frenos para estamparse en mi mejilla. Game Over.

Si mi orgullo machista estaba herido y por la simple defensa del género y del padre que me había dado la vida y el apellido me había envalentonado lo suficiente como para enfrentar a la madre que me parió, el golpe me hizo

estallar. El único argumento de defensa que tenía en ese momento era que para un niño su madre es sagrada, casi como una virgen. A los catorce años no se te pasaría por la cabeza que tu madre es una mujer que con seguridad había pasado por la cama, como mínimo de tu padre, y que para engendrarte, salvo aquellos casos de inseminación artificial, y aun así lo debían haber intentado como el demonio en las 64 posiciones del Kamasutra, tendría que haber hecho “eso” repetidas veces y que incluso podría haberlo disfrutado. ¡Mierda! Con más de cuarenta esa imagen era algo difícil de elaborar.

Subí corriendo las escaleras y me encerré en mi habitación, seguido por mi madre. No escuché una sola palabra de lo que gritaba, entre llantos, ni de los susurros que después venían del pie de la puerta. Mi mente era una máquina de calcular que hacía números y organizaba una evacuación de emergencia hacia la madre patria. Mi cuerpo se movía en piloto automático poniendo todo lo que me interesaba sacar de esa casa en las dos maletas que usaba para viajar. Entre las idas y vueltas, del armario a la cama, tomé el teléfono y disqué la operadora internacional.

Poco me importó que hora fuera en París ni haber despertado a mi padre. Y lo que siguió fue una verdadera operación de evacuación de un hijo de la República en el medio de la batalla. Quizá por instinto todas las palabras me salieron en francés y mi padre escuchó, atento, sereno y comedido como siempre. Dijo que a primera hora de la mañana tendría un automóvil en la puerta de casa para llevarme a Ezeiza y embarcar con requerimiento diplomático en el primer avión a San Pablo y de allí sin escalas a París. Asentí y repetí las palabras en voz alta para que mi madre lo escuchara. Del otro lado de la puerta sólo escuché un “no” ahogado y sus pasos desaparecer por el pasillo en dirección opuesta. Estaba hecho. Me marchaba de Buenos Aires para siempre.

Esa decisión, de mi vida, era una de las que más lamentaba, aunque siempre, buscándole el lado positivo, me había permitido vivir la vida de otra manera. Vivir en París, crecer en Europa, me abrió la mente de una

manera que nunca hubiera conseguido en Buenos Aires. De todas formas, haber crecido de esa manera, sólo, sin mis verdaderos afectos, los que quedaron en Buenos Aires, también me marcaron pero de una manera diferente. La Capital francesa y la distancia de Buenos Aires me hicieron un hombre diferente.

Salí del baño y me miré en el espejo. Todo estaba bien, estaba tan pálido como siempre. Resumí mi estancia en el sanitario y me lavé las manos. Tomás me esperaba con dos copas de vino servidas.

—¿Vamos a brindar?

—Obvio. ¿Cuánto hace que no venías a Buenos Aires?

—Cinco Años.

—Ok... —dijo, levantando la copa e instándome a imitarlo— Por el regreso del hijo pródigo.

Brindamos haciendo chocar el cristal y mirándonos a los ojos, como la etiqueta indica.

—Por el regreso...

Bebimos dos sorbos de un vino exquisito. Tomé la botella con una mano para analizar la etiqueta mientras dejaba la copa en la mesa y Tomás retomó el hilo de la conversación.

—¿Por qué me preguntaste por esos dos recuerdos?

—Quería saber si eran los mismos que los míos.

—¿Lo son?

—Básicamente, sí. Marcharme esa noche fue una pésima decisión.

—La verdad que sí.

—Esta es la parte en la que deberías palmearme el hombro y decirme “éramos unos niños” “A veces los grandes también se equivocan” “Creciste en otros niveles”—Tomás me miró, con esos ojos negros y profundos que parecían tener un imán, y apoyó su mano pesada en mi hombro.

—Fuiste un pelotudo... fue una pésima decisión. Lastimaste a mucha gente por nada y todavía me debes haberme perdido el primer día de la secundaria y las primeras cinco amonestaciones que me pusieron en mi vida.

Entorné los ojos y encendí un cigarrillo mientras terminaba de beber su copa sin sacar la mano de mi hombro. La cerró en un puño y me pegó con fuerza, demasiada para ser una broma.

—Y me la hiciste llorar a MaP como pocas veces la vi en mi vida...

Capítulo 11 — Sin ti

Después de una noche en vela, como muchas otras y como muchísimas más en mi futuro, a las siete de la mañana salí de mi habitación, con mucha menos resolución de la que tenía a la noche y un sólo destino, con una sola escala.

Atravesé la sala de estar de mi casa llevando las dos maletas como si no pesaran nada, aunque llevaba en ellas todo lo que tenía, y cruzada en la espalda mi guitarra en su funda de cuero. Me detuve un momento frente a la puerta antes de abrir pero no miré atrás, simplemente abrí la puerta y salí, con la convicción de que no iba a volver. En la calle, un Mercedes Benz negro con patente diplomática y chofer con traje y anteojos oscuros se adelantó y tomó mi equipaje mientras miraba hacia ambos lados y me saludaba en francés.

Nunca miré atrás, resistí todo lo que pude. No quería guardar la imagen de mi casa como último recuerdo y de seguro, como en cualquier película cursi, mi madre estaría mirándome desde la ventana con un pañuelo apretado en la mano y los ojos enrojecidos por la noche sin sueño y con llanto. El chofer abrió la puerta y mientras escalaba en la parte trasera del Mercedes, mis ojos se fueron solos a la segunda ventana del primer piso. Pero la ventana estaba vacía.

Antes de salir le pedí al chofer hacer una parada con posible espera a unas cuadras de allí. Dudó un momento pero le supliqué antes de que se negara. Estacionó en la esquina del colegio.

Todavía era temprano pero ya había algunos padres con sus hijos en la puerta. La primera en llegar fue Paula. Bajaron del auto último modelo que su padre había comprado y parecía que esperarían con ella, pero después de una corta conversación y el saludo correspondiente, la dejaron allí. Quizá su hermana empezaba las clases y también tenían que acompañarla al edificio de la primaria. A diferencia de Paula, Solcito si querría que papá y

mamá estuvieran en el primer día de clases con ella. Se quedó apoyada en la pared del colegio mirando para el otro lado, hacia el camino que nosotros debíamos recorrer para llegar allí. Tomás apareció en la otra esquina con sus padres. Se despidió de ellos y apuró el paso para encontrarse con ella; Paula empezó a gesticular mientras hablaba sin parar y ambos se turnaban para mirar a la esquina esperando que yo apareciera. Los alumnos comenzaron a entrar y Tomás ojeaba con ansiedad su reloj de pulsera. Paula se hizo una cola de caballo y subió con disimulo la falda de su uniforme; lo detuvo del brazo cuando quiso entrar al colegio.

¿Sería suficiente verlos entrar al colegio sin despedirme? ¿Me perdonarían que me marchara de esa manera, sin una palabra, sin un adiós? ¿Tenía algún sentido si no pensaba volver a Buenos Aires? Antes de que pudiera encontrar una respuesta mi cuerpo accionó solo y bajé del automóvil. El portazo resonó con fuerza en la calle, vacía de autos y alumnos, y los únicos dos que quedaban en la vereda giraron al mismo tiempo para ver de dónde provenía el sonido. Paula avanzó rápido a mi encuentro y Tomás la seguía de cerca. Yo no tenía uniforme y eso ya era señal suficiente de que algo estaba mal, pero que la ropa que había elegido era la que utilizaba para tocar con ellos, fue contundente.

—¿Qué te pasó?

—Me voy.

—¿Qué?

—¿Por qué? — No tenía muchas palabras para explicar lo que había pasado y en verdad no quería hacerlo. Repetirlo, ante ellos, era convertirlo en realidad, y alguna parte de mi todavía quería que todo fuera una maldita pesadilla.

—Me voy a París con mi papá. No quiero quedarme acá.

—¿Qué pasó? —La voz de Paula se agudizó en la angustia y el enojo.

—Nada... me voy y punto.

—No puedes no decirnos qué pasó. El sábado estaba todo bien.

—Me voy. Solo vine a despedirme. Cuando llegue les escribo una carta y les cuento bien —Los ojos de Paula ya tenían lágrimas y se abrazó a sí misma como tratando de evitar caerse a pedazos.

—No te vayas —dijo, en un susurro desgarrador.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Tomás con la voz ahogada de dolor pero sin lágrimas. Los hombres no lloran y la generación de machos sensibles era la siguiente, no la nuestra.

—Estoy camino al aeropuerto. Mi viejo ya arregló todo vía embajada.

Paula miró para atrás y empujó a Tomás hacia el auto.

—Vamos contigo —Abrió la puerta sin pedir permiso y me dejó parado sin respuesta. Metí las manos en los bolsillos y rodeé la parte trasera del auto para subir yo también. No sabía en qué iba a terminar eso, pero cuanto menos no me marcharía solo como un paria, sin nadie que me dijera adiós a los pies de la escalinata de Ezeiza.

Paula lloró todo el camino, tratando de sacarme una explicación del porqué de mi huida, porque era obvio que no era un viaje programado, e intentando convencerme de que me quedara, que lo pensara, que no me fuera. Tomás estaba apoyado en el asiento con los brazos cruzados mirándonos a los dos. No necesitaba decir mucho más, Paula era la vocera de todo lo que sentía. Sus ojos lo decían. Imité la postura de Tomás y la dejé seguir con sus intentos.

—Cualquier cosa que haya pasado se puede solucionar... no tienes que irte. No ahora. Hablaremos con tu padre. Puedes quedarte en la casa de Tomás... no serás una molestia... Tu papá te pasará plata y podrás pagar tus gastos, el colegio. ¿Verdad, Tomás?

—No es a mí a quien tienes que convencer.

—No puedo quedarme.

—¿Te peleaste con tu mamá? No puede ser tan grave. ¿Te pescó fumando? Yo hablaré con ella... Le diré a mi mamá que hablé con ella. No te puedes ir... No ahora... —La miré inamovible en esa posición, tanto en mi decisión como mi postura. Paula se dio cuenta que sus esfuerzos eran inútiles y se inclinó hacia delante, escondiendo el rostro entre las manos, apoyándolas en las rodillas y llorando con furia, temblando al punto que los dos nos asustamos. Tomás la tomó de los hombros y la llevó hacia su pecho, y así llegó a su fin el viaje hasta el Aeropuerto Internacional Ministro

Pistarini.

Le pedí al chofer que esperara para llevarlos de vuelta a Capital, que los dejara en el Colegio, y el tipo asintió en silencio, aun cuando su misión se limitaba a entregarle mi documentación al Comisario de a bordo y asegurarse que tomara mi vuelo. Llevó las maletas, me acompañó a hacer el Check-in y después esperamos en silencio los cuatro, al pie de la escalera mecánica donde debía entrar a pre-embarque.

Paula parecía un inagotable manantial de lágrimas y Tomás la fuente de mármol que la sostenía, impassible detrás de su máscara.

Time Up.

La llamada a los pasajeros del vuelo V0206 de Varig con destino a São Paulo debía embarcar por la puerta 8. Me colgué el bolso de mano y la guitarra, y al darme la vuelta quedé congelado en el lugar: Detrás de una columna metálica, mi madre, con un pañuelo apretado en la mano y los ojos enrojecidos por el llanto, me miraba a metros de distancia.

Mis ojos la ignoraron, no así mi corazón, así que seguí camino hasta encontrar la mirada de Paula. Me abrazó como si estuviera cayendo a un precipicio y yo fuera su única salvación. Sus sollozos repiquetearon en su pecho y me sacudieron hasta los huesos. Como nunca, estaba pegada a mi pecho y mis manos fueron directamente a su cabello, a acariciarlo como lo había hecho cuando alguna vez había llorado conmigo. El contacto hizo que el llanto recrudeciera, violento, su agarre una prensa de la que no sabía cómo escaparía, no solo la de sus brazos sino la de su desesperado corazón.

—No llores... —le dije al oído mientras estiraba las hebras marrones entre mis dedos hasta el borde de su cintura.

—No me dejes.

—Siempre voy a estar contigo. No te preocupes. Se me pasa el enojo y vuelvo.

—No voy a poder...

—No llores más... o no me voy a poder ir.

—No te vayas. Quédate conmigo... —Levanté los ojos a los de Tomás. Tenía los dientes apretados y la nariz roja, no respiraba y tenía los puños crispados. Me derrumbé. Aquellos que no llevaban mi sangre pero a quienes había elegido como mi familia, mis compañeros de ruta, tenían la reacción que no habían mostrado aquellos que me habían dado la vida y era eso exactamente lo que yo necesitaba. Esos dos niños que habían crecido conmigo eran los que luchaban para retenerme a su lado, aún contra mí mismo, como no lo habían hecho mis propios padres.

Hundí la cara en el cuello de MaP y lloré porque no quería irme pero no podía quedarme. No quería irme por ellos. No podía quedarme por mis padres. Y porque, como Tomás dijo, fui un pelotudo.

Me arranqué a Paula de los brazos en el segundo llamado y la empujé a los brazos de Tomás, que la abrazó con fuerza para retenerla. Creí que se iba a desmayar de la manera que lloraba. Se la pasó de brazo y con el otro me aferró del cuello como si fuera una toma de catch, quitándome la posibilidad de respirar. Le pegué un golpe en el pecho y pese a mi necesidad de ese abrazo me aparté para buscar mi camino hacia las escaleras.

—¡No te vayas! —gritó Paula, con un brazo estirado, cuando me di vuelta para mirarla. Tomás la tenía agarrada y pude ver que mi madre salió de su escondite y caminó hasta donde estaban ellos. Paula giró, se soltó de Tomás y corrió a sus brazos. Tomás caminó los dos pasos que nos separaban y me abrazó con fuerza. Tenía que irme. Lo apreté una sola vez contra mi pecho y le golpeé dos veces la espalda con el puño. Me empujé, porque era la única manera de separarme de él y retomé mi camino, apretando la correa de mi guitarra mientras subía las escaleras mecánicas de dos en dos sin mirar atrás. Paula iba a estar bien con Tomás. Mi vieja con su amante. Yo podría empezar una vida nueva en otro lugar. Las cosas estaban como debían estar.

Mi corazón le dijo adiós en silencio a la mujer que me dio la vida, al amor de mi vida y a esa amistad a la que me aferraría más allá de la muerte.

Capítulo 12 — Todo en nombre de...

La comida llegó y pudimos conversar sobre los avances de la cadena de deportes y sus nuevos proyectos. Fantásticamente a tiempo, pudimos saltar el track.

—¿Cómo llegas a este momento de tu vida?

—Pleno. Con todo lo que siempre quise. Con muchos logros y proyectos y con ganas de empezar a hacer cosas para los demás.

—Qué lindo discurso...

—Tiene mucho de cierto. Y no hay nada en mi vida de lo que no me enorgullezca.

—Bueno, convengamos que concretaste todas tus metas.

—Me recibí de periodista, trabajé en radio y televisión, viajé por casi todo el mundo, conduje programas, produje programas, me encomendaron la conducción de una empresa y la llevé adelante.

—Llevar adelante es una manera de decir —dije, mientras me atragantaba con un pedazo de entraña—. La llevaste a lo más alto.

—Tuve suerte de estar en el lugar indicado en el momento justo. Hay gente afuera tan o más capaz que yo que simplemente no tuvo la oportunidad.

—Y he aquí... mi amigo el humilde.

—No soy humilde, soy realista. Si Arango no hubiera ido ese día al estudio y se hubiera interesado en mí... si no me hubiera elegido él... porque me lo dijo, él me marcó con el dedo y dijo, “Lo quiero a él”, yo no estaría aquí.

Levanté la vista de mi plato y busqué en sus ojos. Esa era la verdad pero, ¿Quién estaba detrás de la mano que lo señaló? Él nunca lo sabría. Como otros, yo me llevaría ese secreto a la tumba. Oh, no. Santísimo en el cielo, no dejes que vaya por ese camino.

—Aunque tu sueño secreto fue ser baterista de una banda de rock and roll.

—Y lo fui.

—Es verdad. Y en lo personal... te quedaste con la chica. Después te casaste, formaste una familia... y hoy tienes una casa, dos hijos y uno en camino, tres perros...

—... y un campito en San Pedro.

—Campito... ¡Hijo de puta! Tienes más tierras que Mónica y César.

—Bueno, pero no lo divulgues. A Paulita le compré un gato, así que puedes agregarlo al zoológico. Nico tiene dos tortugas y una pecera. Perdí la cuenta de los habitantes en este momento pero te puedo hacer un relevamiento mañana para que lo pongas en la entrevista.

—Oh, sí... La gente muere por saber que hay en tu pecera.

—La gente muere por saber que hay en mi armario.

—Eso es verdad. Cuéntame.

—Déjame ver. La ropa se renueva casi sin que me dé cuenta, mi asesora de estilo se ocupa de las compras y los canjes. No recuerdo la última vez que me compré calzoncillos.

—¿Slip o Boxers?

—Depende del estado de ánimo... o el evento del día.

Me reí con ganas pero tampoco quise que mi mente se desviara a ese lugar.
¿A dónde podía ir que el dolor no doliera tanto?

—¿Cuál ha sido la entrevista más importante que hiciste? —pregunto él, invirtiendo los papeles.

—La que comenzaré mañana.

—En serio te pregunto.

—En serio te lo digo. Ahora bien, ¿Por qué, teniendo tres revistas de tu propiedad, tiene que ser la competencia la que tenga la exclusiva de tu reportaje?

—Para que la gente no piense que está manipulada por mí.

—¿Y que la haga tu mejor amigo no hace que pueda parecer manipulada?

—¿Va a estar manipulada?

—No.

—Listo. Siguiendo pregunta.

—¿Hay algo que me quieras decir del tiempo que no estuve en Buenos Aires que no me hayas dicho?

—Creo que te he dicho prácticamente todo.

—Prácticamente no es absolutamente todo.

—Si no guardara algún secreto no sería un tipo tan interesante.

—Y he aquí mi amigo... el creído —Movié su tenedor y picoteó algo del plato, masticando con gesto ausente, y mi mente aprovechó la pausa para

volar.

En los tiempos de mi primera huida de Buenos Aires, el medio de comunicación por excelencia para las grandes distancias eran las cartas. Y las cartas de Paula y Tomás en ese período, eran mi tesoro más preciado. Mientras el tiempo pasaba y mi pelo crecía, las horas de soledad las llenaba leyendo las cartas de mis amigos y respondiéndolas con rapidez. No tenía necesidad de llevar un diario, el juego epistolar dejó registro de mi historia por duplicado. Y la historia de ellos, contada desde afuera. Poco escribían Paula y Tomás de sus propios sentimientos, pero reflejaban con una crudeza y veracidad pasmosa lo que el otro estaba viviendo.

Trataron de sobrevivir de la mejor manera los primeros meses de clases e incluso algunas de las cartas eran escritas en conjunto. Hasta el día en que expulsaron a Paula del colegio.

La noticia me llegó de la letra de Tomás.

>>

Estaba volviendo de gimnasia cuando vi a una de las monjas entrar desorbitada a la dirección. Se supone que en ese momento pasó. No me enteré hasta el día siguiente cuando no apareció en clase. Un grupo de chicas de las que se sentaban adelante, (varias nuevas, no las conoces) dijeron que a Paula la habían encontrado fumando en el baño de mujeres con dos chicas de quinto y que por eso la echaron. Una expulsión por estar fumando me parecía un poco exagerado, a pesar de las cinco amonestaciones por la “rateada” del primer día de clases, pero, veinte por fumar es demasiado.

Así que, al terminar el día, en vez de ir a casa me fui a la de ella. Bajó y nos sentamos en la escalera del edificio. Tenía el labio de abajo roto, pero no creo que haya sido el padre. Para mí a la madre se le soltó la cadena con todo este quilombo. Cuando le pregunté qué pasó, me preguntó qué se decía en el colegio y cuando le conté me dijo que sí, que era así, que la habían encontrado fumando en el baño. En realidad no la echaron pero a sus padres les “sugirieron” que la cambiaran de colegio a alguna institución más estricta. La semana pasada empezó en una escuela de monjas en Devoto, no

me acuerdo el nombre. No va a seguir inglés, me dijo.

¡Ah! Me olvidé de contarte. ¿Te acuerdas del profesor de inglés que nos tomó el examen en diciembre para pasar a Adultos el año pasado? Era el profesor de inglés nuestro acá también, pero renunció. Ahora hay una profesora llamada Miss Andrea.

Hablo con Paula casi todas las noches pero sólo cuando ella me llama. Me pidió que no la llame a la casa, el padre no deja que reciba llamados de chicos. Está triste. Está sola. Odia a sus compañeras del colegio. Quiere retomar sus clases de canto y guitarra pero con todo este quilombo la tienen enclaustrada. Ahora el colegio es una mierda. No veo la hora de terminar, o abandonar y pasarme a una nocturna, o hacerme expulsar. Pero ni en pedo me voy a poner a fumar, si es lo que vas a sugerir. Las tabacaleras se pueden sentir contentas, dos de tres en un grupo de amigos es un buen registro.<<

Con Paula, la mención de su salida del colegio no fue tan elocuente.

>>

¡Ah! Y ya no estoy más en La Asunción. Me echaron por estar fumando en el baño. Sin comentarios. Mis viejos me pasaron a las Carmelitas Descalzas, en Devoto. Una cagada. Todas minas, una más amarga que la otra. Voy a durar un suspiro acá también.

Las de tercero son divertidas pero no puedo hacer muchas migas con ellas fuera de clase porque mi vieja me viene a buscar todos los días. Tienen un lugar buenísimo para fumar que las monjas no conocen y salen a bailar. Dos de ellas van a una disco que se llama Halley, solo pasan Rock and roll. ¿Y adivina qué? ¡Conocen a Mötley también! Y me pasaron un cassette de una mina GEEEEENIAL llamada Joan Jett que no sabes cómo canta.

Dejaremos a Los hijos de la Bestia en el cajón hasta que vuelvas, pero no dejes de ensayar. ¿Escuchaste el último disco? ¿Puedes conseguir más cosas allá que acá? Avísame y si puedo te envío dinero para que me compres algo. Podrías venir y traérmelo tú.

Sin ti nada es lo mismo. Hablo con Tomás casi todas las noches. Está hecho un trapo, y si eso es lo que se siente del otro lado del teléfono, no quiero imaginarme lo que debe ser en persona. Espero que mis viejos me levanten el castigo pronto para poder verlo, sino, voy a tener que

escaparme. ¿Te escribió? ¿Te dijo algo? ¿Te dijo algo de mí? No habla mucho conmigo y si contamos que de los tres era el menos sociable, ahora debe estar tan solo y me siento un poco culpable por eso. Si no hubiéramos estado los tres tan pegados como chicle goma todos estos años, él tendría otros amigos. Ahora no te tiene a ti y yo tampoco estoy con él. Podrías volver, aunque sea para estar con él.

¿Hablaste con tu mamá? No sigas enojado. Mi vieja dice que no se puede hablar de las relaciones de pareja, sobre lo que pasa puertas adentro del dormitorio. Y también dice que una cosa es el matrimonio y la pareja, y otra la relación que existe entre padres e hijos. Y tu mamá es muy buena. No la juzgues. No te enojés. Habla con ella. Yo puedo llamarla si quieres. Si las cosas se solucionan entre ustedes, puedes volver y todo puede ser como antes.

Y antes de que me digas que deje de insistir ya te voy diciendo que no lo voy a hacer salvo que quieras que deje de escribirte.

Pasando a otro tema, averigüé también para operarme la vista. Si quiero ser una diosa del rock and roll no puedo andar por la vida con estas cosas. La mala noticia es que tengo que esperar a los 25 años para hacerlo y sale uno y la mitad del otro. La buena es que puedo usar lentes de contacto y es lo primero que voy a pedir cuando se le pase la calentura a mi mamá es eso. Eso y ver a Tomás. No creo que me dejen viajar a París en el corto plazo, así que si quieres disfrutar del placer de mi presencia vas a tener que venir tú. Pronto. <<

Nada de eso me hizo volver a Buenos Aires pero hacía que mi pecho doliera en el eco del recuerdo. Como ese golpe tardío en el hombro del tipo que comía conmigo.

Capítulo 13 — Reinicia mi corazón

La conversación con Tomás en el restaurante continuaba por los carriles normales, saltando de un tema al otro, mezclando la política con el fútbol, la música y la actualidad del submundo del espectáculo local que nutría nuestras almas de viejas chismosas. El crecer y ser adultos responsables nos había aburguesado en algunos aspectos, en otros seguíamos siendo adolescentes con ganas de cambiar el mundo, aunque la frase se cerraba, por mi parte, con la desilusión de sentir que nuestra generación también había perdido su oportunidad de hacer la diferencia, y hoy sólo esperaba que las cosas cambiaran en algún momento para el bienestar de nuestros hijos. Tomás, por su lado, sentía que podía ser parte de ese cambio, que debía serlo, en pos de esos mismos hijos. En vez de proyectarme al pasado, como estaba haciendo mentalmente desde que llegué, Tomás miraba para adelante y sin saber cómo dijo la palabra clave.

—El tiempo pasa demasiado rápido... ya estamos pensando en los Quince de Paulita y recién este año entró al jardín.

—Eso es pensar con anticipación —Encendí un cigarrillo y me concentré en el hilo de humo que se desprendía de la brasa. Tomás se dio cuenta levantando la taza de café con la que estábamos cerrando la cena.

—¿En qué te perdiste? —Negué con la cabeza y volvió a dividirse mi mente en dos. Una se ocupaba de interrogarlo un poco más sobre su mentado proyecto político, la otra en volver el tiempo atrás a otra glamorosa fiesta de Quince.

Las cartas iban y venían, y siempre había una buena excusa para gastar algunos francos de más en una llamada telefónica. Cumpleaños, Año Nuevo. Nuestra amistad continuaba sin interrupción, intacta pese al tiempo y la distancia. Una pared íntegra de mi habitación estaba destinada a las fotos que ellos me enviaban, siempre por separado, en donde iba viendo los cambios de mis mejores amigos a lo largo de su adolescencia. Mi secreto deseo era que ellos hicieran lo mismo conmigo. Mi pelo ya había pasado los hombros y pese a no tener profesor particular, mis habilidades con la guitarra habían evolucionado por sí solas de tanta práctica.

Iba a muchos recitales junto a mi hermano y eso había hecho que nos acercáramos al punto de ser casi amigos. Incluso había aceptado llevarme con él a bailar y de vacaciones con su grupo de la Universidad a Ibiza. Verano de bailes hasta el amanecer y mi primera vez con la droga. Por suerte la única línea de cocaína que ingerí en mi vida me pegó como si hubiera tenido una sobredosis y mi debut fue también mi despedida.

Al volver a París me encontré con una carta de Paula en un sobre diferente. Satinado y con un tramado geométrico, tenía la forma de invitación. Al abrirla, comprobé que, efectivamente, era una tarjeta de parte de los padres de Paula convocando al evento social del año, cumpleaños de quince. Detrás de la tarjeta ella había escrito entre signos de exclamación:

“Rompe el chanchito. No pienso entrar al salón sin ti.”

Esa fue una buena excusa para un llamado telefónico a Buenos Aires.

—Hola, Señora. Habla Vincent.

—¡Vince! ¿Cómo estás?

—¡Muy bien! ¿Y ustedes?

*—Muy bien, también. ¡Qué alegría escucharte! Ya te paso con Tomás —
Por supuesto, no tardó un segundo en atender.*

—¡EY!

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—¿Recibiste la tarjeta de MaP?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué otra razón habría para que me llames?

—Bueno... no falta mucho para tu cumpleaños.

—Por eso. Esperaba este llamado en veinte días. No ahora. ¿Vienes?

—Tengo que hablar con mi viejo, pero casi seguro que sí. ¿Crees que podré quedarme en tu casa?

—Dalo por hecho. Mis viejos van a estar felices de que te quedes con nosotros.

—Ok. Pero no le digas nada a MaP. Quiero que sea una sorpresa.

—Yo le daría alguna esperanza. Con las ganas que tiene de verte, es capaz de deprimirse y suspender la fiesta.

—Ella sí... pero los padres no.

—Eso es verdad.

—Ahora voy a escribirle. Tu trabajo será mantenerle las esperanzas mientras yo se las destruya.

—Siempre la parte fácil para mí.

—Ok, te lo cambio. Ven a convencer a mi viejo que me deje faltar quince días del semestre para viajar a Buenos Aires y yo me quedo consolando a MaP...

—Ya entendí... ya entendí... Te veo en diciembre entonces.

—Diciembre será. Cruza los dedos.

—Hecho.

Convencer a mi padre no fue difícil en absoluto, considerando que ya hacía mucho que no veía a mi madre y, pese a todo, él era un convencido de que mantener una relación sana con ella era lo mejor para mi salud mental. Después de todo, era mi madre. Entré a mi habitación y redacté la carta agradeciendo la invitación y explicándole por qué no podía marcharme en diciembre a Buenos Aires por varias excusas: Colegio, exámenes, curso inexistente de oratoria, padre estricto.

Gasté todos mis ahorros en el regalo de Paula, otros recuerdos y algunos más para Tomás. La ansiedad de que el último tramo del año llegara hizo que los meses gatearan, pero por desgracia, a los quince años tu vida transcurre mucho más despacio que a los cuarenta. Al fin llegó el día y pude subir al avión que me traería de regreso a Buenos Aires. Crucé de nuevo el Atlántico para encontrarme con mis compañeros de ruta.

El 8 de diciembre es el día de la Asunción de la Virgen, y también de Buenos Aires. Históricamente había sido un feriado administrativo sólo para la función pública, pero con el tiempo se incorporó como día festivo no laborable e intransferible para toda la Ciudad. Ese año era domingo y la noche anterior se haría la fastuosa fiesta en un salón con parque en un

barrio que no conocía excepto por referencia, uno de los más exclusivos de la Capital. Suponía que soplaría las velas después de las doce, cuando ya fuera 8 de diciembre; Paula cumplía años el día de la Virgen y eso era otra cosa, de las muchas que nos unían: Tomás nació un 8 de agosto, y era el día del niño. Yo cumplía años el 8 de marzo, día internacional de la mujer. ¿Quién diablos más que yo repararía en esas cosas?

Tomás y sus padres me fueron a buscar esa mañana a Ezeiza y el reencuentro fue emotivo. El abrazo en que nos fundimos me dijo dos cosas importantes: Que nos habíamos necesitado mucho en ese tiempo de ausencia pero que la distancia física no había hecho mella en la relación y no sentíamos nada perdido. Nuestras cartas habían logrado su cometido y nos habían mantenido unidos, quizá hasta ayudándonos a expresar, en el papel, lo que muchas veces es difícil poner en palabras y la mayoría de las veces, son llevadas por el viento. Y que el mirarnos, y que fuera suficiente para entendernos, permanecía inalterable.

No opuse resistencia cuando hicimos una primera parada obligatoria a ver a mi madre en su departamento. Conocía la dirección porque era a donde enviaba mis tarjetas de Navidad y cumpleaños, y conocía el teléfono porque también llamaba ocasionalmente.

En su caso, la distancia sí modificó el último sentimiento que había tenido hacia ella, y ya no guardaba recuerdo de la primera y única mano que me puso encima, y los sentimientos que me empujaron a subir a un avión e irme lejos de su lado; de a poco habían ido diluyéndose en la distancia y el tiempo. Por suerte estaba sola, todavía no estaba preparado para conocer a mi padrastro. El reencuentro fue tranquilo, aunque en la intensidad del primer abrazo me di cuenta de lo mucho que la había extrañado. Hablamos poco y le prometí volver en la semana para comer y formalizar las presentaciones correspondientes.

Después de marcharme de Buenos Aires, mamá abandonó la casa de Belgrano y junto a su pareja alquilaron un departamento. Era pequeño, de

dos ambientes, con un lindo balcón al pulmón de manzana. En esa época no había muchos edificios altos en esa zona y la vista del quinto piso era abierta al cielo de verano. El lugar era mucho más sencillo que la casa en la que había crecido pero mucho más acogedor y con calor de hogar; incluso podía verme a mí mismo durmiendo todas las noches en el sillón cama que tenía en el living y comiendo en la mesa redonda de madera que sólo tenía cuatro sillas. Mucho menos opulento que el piso de mi padre en París, tenía exactamente lo que yo añoraba.

Me marché rápido y volví a Belgrano. Todavía teníamos mucho que hablar con Tomás y prepararnos para el reencuentro. Su padre nos llevó a la fiesta y tardamos más de dos horas en llegar. Fue una de las pocas veces en las que lo vi perder la compostura. Él no quería llegar tarde, y por sobre todas las cosas, no quería perderse el vals con Paula.

Capítulo 14 — Chicas, chicas, chicas

—Última pregunta antes de irnos de aquí —le dije mientras él hacía señas a la moza para pedir la cuenta.

—Dispara.

—El momento en que te hayas sentido más poderoso... —Arrugó la frente y bajó la mano despacio. Sus ojos brillaron como si el recuerdo que estuviera viniendo a su mente fuera demasiado fuerte. Entonces era el correcto. Mi mente estaba haciendo un recuento de todas las situaciones en que lo había visto manejarse como el verdadero dueño del mundo, cómo sus palabras eran tomadas como la biblia revelada dentro del deporte argentino, cómo se sentía, desde afuera, lo importante que era que él le bajara o subiera el pulgar a alguien. Revolvió en la billetera mientras la moza dejaba delante de él la cuenta y sacó una tarjeta negra para dejarla sobre la cuenta y la bandejita plateada, sin siquiera mirar el monto. Eso es tener dinero. Sus ojos volvieron a enfocar en los míos y me di cuenta que el brillo no era del poder oculto en ellos, sino una lágrima que nunca caería. Pura emoción.

—La primera vez que bailé con MaP... —El corazón se me apretó en el pecho. Eso era lo que seguía, ¿Verdad?

No me dio tiempo a volver a sumergirme en mis recuerdos porque inspiró profundo y habló sin cambiar el tono de su voz, no permitiendo que se filtraran entre las palabras atisbo alguno de sus sentimientos.

—Esa noche sentí que podía protegerla de cualquier cosa, que yo era lo suficientemente fuerte para salvarla, que nada iba a pasarle mientras yo estuviera a su lado... y solo tenía quince años. Y sin embargo estaba tan convencido que podía enfrentarme a un dragón para defenderla —Exhalé en silencio cuando me di cuenta que había contenido la respiración mientras lo escuchaba.

—Éramos unos niños.

—Y aun así, si me preguntas... en ese momento me sentí poderoso. Con ella en mis brazos... fui el hombre más poderoso.

Agarré los cigarrillos, el teléfono, el encendedor, y me puse de pie rápido, como si quisiera huir de los recuerdos, como si pudiera. Como si correr

podiese ponerme a salvo. Nada de lo que hiciera podría separarme de ellos porque estaban en mi mente. Me froté el centro del pecho, justo sobre el esternón, para mitigar el agujero que se estaba abriendo allí mismo. Tomás estaba detrás mío un paso y lo miré por sobre el hombro, alto como un rascacielos, poderoso, aún en su actitud modesta y normal.

—No te sabía tan poeta... —le dije solo para alivianar el tema.

—Ah... sí.... Poeta es mi segundo nombre.

—¿Se lo habrás dicho alguna vez?

—Se lo escribí en nuestro aniversario.

—Dejaste pasar un poco de tiempo.

—Ella me obligó.

Pese a la enorme necesidad, no encendí un cigarrillo para no demorar el regreso a casa. A casa para él, donde tenía que estar, donde un hogar y una familia lo esperaban. A un hotel de categoría para mí, donde la soledad y mis recuerdos, esperaban agazapados para saltar sobre mi cama y no para hacerme el amor.

A mí no me importó llegar tarde a la fiesta de quince de Paula, Tomás estaba como si hubiera perdido la final del mundo por penales. Después de las disculpas correspondientes que Daniel dijo antes de marcharse y que sólo yo escuché, acepté y agradecí, porque Tomás estaba demasiado enojado para no putear; nos detuvimos frente a la puerta de hierro del imponente salón.

Un guardia de seguridad nos pidió las invitaciones y documento y recién entonces nos dejaron entrar. Encendí un cigarrillo mientras caminábamos los casi cien metros que nos separaban de la mansión con diseño de palacio medieval. Al llegar a la alfombra roja que se extendía hasta la explanada de piedras planas, dejé caer la colilla y la apagué con la punta de la bota. Yo había elegido un atuendo acorde a la mujer que iba a visitar: Pantalones y botas de cuero, camisa blanca con una delgada corbata de cuero también y un blazer negro que le había robado a mi hermano. Hubiera ido con la chaqueta con charreteras y el águila en la espalda, pero era demasiado informal; el cabello suelto, largo y rubio como lo usaba en esa época, me daba el aire heavy metal que quería imponer. Tomás estaba de riguroso traje

negro, nuevo, impecable, zapatos lustrados y corbata negra también. Parecía el novio de la fiesta. Qué más quisiera él.

Nos indicaron por donde debíamos pasar y siguiendo la alfombra roja llegamos a lo alto de la escalera que se abría hacia abajo donde el vals estaba terminando. Paula, en brazos de su padre, era una visión de otro planeta. Vestida de blanco, con guantes hasta el codo, el pelo recogido en un peinado que me hizo acordar a Scarlett O'Hara, ensortijado en bucles que le llegaban a la mitad de la espalda, la falda amplia como la de una princesa y el corsé exhibiendo su regalo de cumpleaños.

Sonreí mientras bajaba despacio los escalones, mis botas retumbando contra los tablones de madera. Tomás iba un paso detrás mío y los dos, él por la altura y yo por mi actitud pesada, hicimos que todos los invitados giraran para mirarnos. El padre de Paula detuvo el giro y ella gritó como si su banda favorita hubiera salido al escenario; el resto de la gente que no se había percatado de nuestra presencia siguió la carrera de la cumpleañera y la estela de su grito.

Corrió y saltó para aterrizar en mis brazos. Me afirmé en mis pies lo mejor que pude y resistí su embate, manteniéndome de pie y aferrándola con fuerza. ¡Dios! ¡Como la había extrañado! Nada, ni las cartas ni las fotos, ni los llamados telefónicos, pudieron acallar mi necesidad de ella. Demasiada distancia que se había abreviado en ese instante a nada.

—¡Te odio!

—¡Oh! Pensé que estabas contenta de que hubiera venido.

—Me hiciste sufrir como una yegua pensando que no lo lograrías —Por sobre mi hombro la sentí sonreír y levantar la mirada. La sostuve de la cintura para ponerla sobre sus tacones altos. Estaba mirando a Tomás. Giró sobre sí y enlazó ambos brazos en los nuestros. Y entonces me di cuenta que nada había cambiado. Ni en el tiempo ni la distancia, nada se había perdido.

La gente nos miró como si fuéramos extraterrestres pero no nos importó.

Había una mesa junto al ventanal que se abría al enorme jardín donde la fuente estaba iluminada, justo al lado de la mesa principal; un pasillo separaba las mesas de los invitados de otra multitud de mesas vestidas exactamente iguales que las que estaban ocupadas, completamente vacías. Los platos y vasos sin contenido, las sillas vestidas de blanco en su lugar con moños negros de satén. Las luces sin encender.

Saludamos a los padres de Paula, a algunos familiares que recordaba haber visto en algún cumpleaños y a Solcito, que ya tenía ocho años. ¡Cómo pasa el tiempo! Yo había visto nacer a esa niñita. Nos ubicamos en la mesa asignada y lo primero que hice fue prender un cigarrillo, aún bajo la mirada reprobatoria de los adultos del lugar. Que más daba, ser el francesito rebelde me venía de perillas. Paula acomodó la silla al lado mío y se abrazó a mi cuello hablándome al oído.

—Es lo más cerca que voy a poder estar del humo esta noche —La orienté frente a mí, apartando el cigarrillo hacia atrás para que quedara de espaldas a la gente y así era lo más cerca que podría llegar a tenerla de mis labios. Le puse el cigarrillo en la boca y aspiró despacio con una sonrisa. Se hundió en mi hombro y exhaló contra mi blazer. Murmuró: —Gracias...

—El placer es mío.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta el sábado. Tengo clases. El receso de invierno aún no empezó — Se acomodó de nuevo en la silla y se recostó contra el brazo de Tomás.

—¿Ya cenaron?

—No.

—Ahora pido que les traigan el primer plato.

—Lamento la demora. Mi viejo se perdió...

—No te perdiste de nada. Sólo el vals... —Tomás torció la boca y me reí con ganas. Paula nos miró a los dos con desconcierto— ¿Qué pasó?

—Tomás sigue siendo el viejo romántico de siempre, quería bailar el vals contigo —Paula bajó el rostro, sonriendo como cuando era chiquita y las mejillas subiéndole de tono—. Te ves hermosa.

—¡Gracias! Ahora sí te gusto, ¿Verdad? —Apretó los brazos contra los costados de su cuerpo para evidenciar más lo que el corsé se encargaba de resaltar por sí solo.

—¡Ah! Sí. Sin tetas no hay éxito. No me dijiste que te habías operado.

—Era una sorpresa.

—¿Cuándo? —dije, sin sacar el cigarrillo de mis labios, volviendo a mirar al costado. Las mesas vacías me intrigaban. Eran catorce.

—En las vacaciones de invierno.

—Que ganas de sufrir por nada... —Fue el único comentario de Tomás que subrepticamente apoyó el brazo en el respaldo de la silla de Paula e hizo que ella quedara más cerca de su pecho, su mejilla casi apoyada sobre su hombro. Me incorporé para deshacerme del blazer y no pude más con mi genio.

—¿Esta es de esas fiestas que empiezan después de las 12? ¿Tu viejo te hizo invitar a tus amigotes después para ahorrar?

—No —Volví a mirar las mesas y Tomás me acompañó con la mirada.

—¿Y eso? —pregunté, marcando las mesas con la cabeza— ¿Invitaste fantasmas?

—No. Eran las mesas que iban a ocupar todas mis compañeras del colegio. Pero, como verás, ninguna vino...—Me incorporé sorprendido y Tomás, instintivamente, puso la mano en su hombro, atrayéndola más a él. Eso podía ser considerado una tragedia para cualquier adolescente que festejara su fiesta de quince. La mitad del salón estaba lleno pero obviamente eran familiares y amigos, quizás algunos invitados de obligación del padre, muy pocos jóvenes, los que no pasaban los cuarenta eran mucho más pequeños que nosotros. ¿Todas sus compañeras la habían plantado?

—MaP... —No tenía palabras para consolarla, pero no eran necesarias. Paula no tenía una sola arruga en su rostro perfecto que demostrara que le dolía, ni siquiera que le importara.

—Ya sabía que no iban a venir. Las escuché en el baño.

—¿Por qué? —Se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—No sé ni me importa. Colegio de mierda... —Se puso de pie y caminó hasta donde había un tipo vestido de pingüino que parecía ser el Maître.

Señaló la mesa donde estábamos y habló dos segundos antes de volver— Mi vieja me va a hacer pasar por todos los rituales de la fiesta así que serán ustedes dos los únicos autorizados a tirar de la cintita. Me casaré con el que saque el anillo...

Hizo un guiño cómplice y reímos como siempre, mientras esperamos que llegara la comida.

Después de que pasaron cada uno de los rituales de los que Paula habló, las fotos mesa por mesa, los brindis, más fotos, la torta y las cintitas, donde no pudimos inmiscuirnos porque se pusieron todas las solteras como en los casamientos, llegó el momento del baile. Aprovechamos la ocasión, que los grandes utilizaron para dar rienda suelta a su diversión, para escapar al parque. Hablamos, y hablamos, y hablamos, hasta que las luces adentro bajaron para confundirse con la oscuridad de la noche y algunos reflejos plateados se escapaban del salón de baile. La música lenta había llegado. Me puse de pie y, como un caballero, le tendí la mano a la reina de la noche.

—¿Me permite esta pieza? —Paula sonrió y se puso de pie con un salto, incorporada por mí. Caminamos hasta el salón de la mano y giró para que la sostuviera de la cintura. Nunca había bailado lentos, nunca había bailado con ella. Tenerla así podría haber sido una gran marca en nuestras vidas, después de todo, uno siempre recuerda ese tipo de cosas. Nuestra conversación continuó como si nunca hubiéramos cambiado de escenario. Con sus manos entrelazadas detrás de mi cuello, el largo de sus brazos era la distancia exacta entre su cuerpo y el mío.

Estaba tan feliz de haber vuelto, de estar en ese lugar, en ese momento, que no estaba registrando lo que estaba pasando. Mi mejor amiga estaba tan feliz con mi regreso que eso era lo único que me importaba. Había vuelto, estaba allí y nada podía opacar ese momento. Hablamos, y hablamos, y hablamos, la música cambió varias veces y las parejas alrededor nuestro también, y no me di cuenta de que el tiempo pasaba hasta que sentí una mano en mi hombro y una sombra a mis espaldas.

—Estás acaparando a la chica de la fiesta —Miré a Tomás de costado y

enarqué una ceja desafiante.

—Tengo mucho tiempo que recuperar.

—Vuelve mañana... —Paula pasó de mis brazos a los suyos sin notarlo y sonreí sin oponer resistencia. Caminé a la mesa que ocupábamos, de vuelta junto al ventanal, y abrí el vidrio para dejar entrar la brisa de la noche de verano. Encendí un cigarrillo y aspiré profundo, disfrutando los buenos aires que tanto había extrañado. ¿Cómo había hecho para sobrevivir tanto tiempo tan lejos? Me dejé caer en la silla y mis ojos vagaron en la oscuridad mecidos por las notas románticas que sonaban.

Mi mirada se detuvo en la pista de baile, clavándose en ellos.

No hablaban sin parar pese a que “casi” no se habían visto en el último tiempo, desde que habían dejado de ser compañeros de colegio. No había distancia entre ellos: Paula, apoyada en el pecho de él con los ojos cerrados, las manos en sus hombros amplios. Las manos de Tomás con los dedos entrelazados sobre su espalda, eventualmente desenredándose para deslizarse sobre la seda del vestido y acariciar el satén de su piel, y luego volver a su lugar después de robar una caricia, estrechándola contra él, amparados por la oscuridad.

Tomás era alto como una torre, su cuerpo rodeando la fragilidad de Paula con la fiereza de un león, como si en verdad pudiera protegerla de todo, de cualquier cosa que pudiera amenazarla.

Desconocía el significado de la envidia hasta ese momento de mi vida.

Capítulo 15 — Tan bueno, tan malo

El viaje de regreso al hotel fue mucho más rápido que el de ida, o quizá fue mi imperiosa necesidad de volver lo que empujó la camioneta. Lo que fuera, funcionó de maravillas, aunque sabía lo que me esperaba de vuelta en la impersonal habitación. Esa noche no iba a dormir, y no estaba acercándome siquiera a lo peor de mis memorias.

Me despedí de Tomás con la promesa de ir a su oficina para almorzar juntos y comenzar formalmente la entrevista, pero siendo honesto conmigo mismo, ya conocía dos tercios de las respuestas a las preguntas que había organizado mentalmente para la entrevista y las restantes habían sido casi respondidas en nuestra charla informal.

Yo no sabía hacer entrevistas de preguntas y respuestas. Mis reportajes eran una sucesión de eventos, hechos y memorias que no eran el típico Lacourlig pregunta, Veristartúa responde. Y, con la ventaja de mi relación con el hombre objeto, me permitiría hacer uno o cien llamados para completar aquello que me faltara a medida que fuera escribiendo la entrevista, que de seguro se escribiría sola en el avión de vuelta a París. Entonces los llamados tendrían que esperar a mi desembarco en la Ciudad Luz. Mi hogar.

Abrí la puerta de la habitación y busqué alrededor algún cartel de prohibido fumar. Había especificado a la secretaria de la revista que quería una habitación apto fumador. Junto al teléfono estaba el instructivo de bienvenida y con letras enormes estaba la aclaración que en las habitaciones no se podía fumar, pero que sí se podía en aquellas que tuvieran salida al exterior. Estaba empezando a maldecir en francés a la secretaria que me había llamado, y de la cual no recordaba el nombre, cuando me acerqué al ventanal y vi el pequeño balcón con una mesa de hierro blanca, tapa de cristal y dos sillas con almohadones haciendo juego.

Pedí disculpas a nadie, también en francés, y busqué el mecanismo de apertura para salir a mi paraíso personal. Encendí un cigarrillo y me apoyé en la baranda metálica que me separaba del vacío.

La vista del balcón, hacia la derecha, dejaba a la vista el comienzo de la avenida Corrientes y su subida hacia el centro de la ciudad. A la izquierda,

podía ver parte de Puerto Madero y el Río.

Giré la cabeza a la derecha y mi mente subió a la autopista del recuerdo por esa calle en contramano. A la noche en que decidí que era momento de volver a casa.

Nos despedimos de Paula y su familia cuando llegó el taxi que nos llevaría de regreso a la casa de Tomás. Lo hicimos con la promesa de encontrarnos al día siguiente para ir a bailar a la disco de la que Paula hablaba tanto en sus cartas: Halley. Tomás no estaba contento, eso era definitivo, pero no sabía bien si era porque yo estaba acaparando la atención de Paula, porque no podía tenerme sólo para él, o porque en verdad no le gustaba el antro para los amantes del rock pesado locales. Sabía que Tomás había ido alguna vez pero no había abundado en comentarios más que la música estaba genial. Él no era muy adepto a ir a bailar, no tenía con quien aunque podría haberse sumado a Paula; había visitado algún local bailable de la movida más gótica de la ciudad, cerca de su casa, pero su problema seguía siendo el mismo: ¡Ah, sí! Ir a bailar implicaba volver con la ropa impregnada en humo de cigarrillo y el pelo también. Ridículo.

Llegamos a la casa de Paula a las 10 de la noche, los dos vestidos de cuero negro. La esperamos abajo como era habitual. Ella apareció con un look que ninguno de los dos esperábamos. ¿Qué había pasado con la infartante cantante de Los Hijos de la Bestia? Tenía una minifalda de jean no muy corta, camiseta rosa Lacoste, medias blancas hasta la rodilla y zapatillas Nike; su cabello estaba prolijamente recogido en una cola de caballo. ¿En que se había convertido? Mi corazón se detuvo en la desilusión, pero si por Tomás fuera, podría haber aparecido con los hábitos de las Carmelitas Descalzas. Siempre la miraría como si el cielo se hubiera abierto y los ángeles estuvieran descendiendo en caravana.

—¿Qué es esto? —dije, indicando con un gesto despectivo el vestuario de la niña crecida. Paula sonrió divertida y se acercó para dejar un beso en mi mejilla, repitiendo el gesto con Tomás.

—Menos crítica y más movimiento... —Tenía una mochila negra sin inscripción ni marca, que se colgó al hombro mientras lideraba el paso.

Tomás y yo la seguimos en pleno desconcierto.

Bajamos hasta las barrancas y tomamos el autobús que nos llevaría hasta la avenida Corrientes. Subimos al colectivo vacío y nos sentamos en el último asiento. Entonces llegó el momento de la transformación: Paula sacó de adentro de la mochila un pantalón de cuero que sólo podría colocarse con calzador, desenrolló las botas bucaneras, también de cuero, que le pasaban la rodilla, dejando ambas prendas en un asiento junto a ella. Mi cuerpo necesitaba entrar en acción pero no sabía si moverme para detenerla o cubrirla; Tomás estaba entre el colapso y la risa.

Se quitó las zapatillas y calzó su pantalón, subiéndolo por las piernas sin abandonar el asiento, acomodándolo por debajo de la minifalda sin que el pedazo de tela se moviera de su lugar; sin abrochar el pantalón, se metió en el par de botas, los anudó detrás de sus rodillas y se puso de pie haciendo equilibrio sobre los tacones de diez centímetros de altura. Los ojos se nos estaban por salir de las órbitas cuando estiró el pantalón hasta el nivel de su cintura y este se amoldó a sus curvas como si se lo estuviera pintando sobre la piel. La minifalda desapareció junto a las zapatillas dentro de la mochila. En el momento en que estaba por sacarse la camiseta, miró a su público. La gente empezaba a subir, muchos como nosotros iban a bailar, parejas más grandes en una salida más tranquila, algunas personas mayores que se mezclaban con el pasaje. Tomás y yo seguíamos sin decir palabra.

—No pretenderías que fuera a bailar vestida como si estuviera en el gimnasio...

—Guardaba mis esperanzas...

—Vamos... —Deslizó la camiseta por sobre su cabeza y dejó al descubierto una camiseta blanca con tirantes, adherida a su cuerpo, dejando en claro que no llevaba soutien. ¡Genial! pensé, golpeándome la frente. No tenía que ser un genio erudito para verme a mí mismo peleando con una manada de metaleros excitados por defender a la chica. Tomás sólo no bastaría, que era el único con altura para intimidar. Pero yo corría rápido, eso tenía que servir de algo. Paula me miró, levantando las cejas—

¿Qué?

—¿Te gustó? —pregunté, en referencia a mi regalo.

—Me encantó... —Acarició la base de su cuello, en la hendidura que se crea entre las clavículas, donde descansaba lo que le había traído desde París. Una gargantilla de plata con un colgante decorado con delicados brillantes, curvado en sus iniciales. MaP. Su mano pasó a una de sus orejas y acomodó la cortina de pelo lacio detrás de él, acariciando como al pasar el regalo de Tomás, un par de aros de oro blanco con un brillante en el centro de una estrella de cinco puntas. No necesitó decir “Gracias” ni “Me encanta”. El brillo de sus ojos lo decía todo.

Por fin llegamos, sanos y salvos, a destino. Desde donde estábamos se veía la fila que daba vuelta la esquina para ingresar al local. Compramos cigarrillos antes de cruzar la avenida. Tomás y yo nos desviamos hacia el final de la línea de personas vestidas con el mismo uniforme que el nuestro mientras Paula avanzaba en paralelo hacia la puerta de entrada. Miró hacia atrás y nos hizo una seña para que la siguiéramos.

—¿A dónde vas?

—Yo no hago fila para entrar a ningún lugar... acostúmbrense mientras estén conmigo —Puse los ojos en blanco y la seguí en silencio hasta llegar al tipo de seguridad que estaba en la puerta. La mirada lasciva del grandote se clavó en sus pechos como si fuera allí donde tenía colgada la tarjeta de “Access All Areas” para entrar—. Hola, Jonás. Ellos vienen conmigo.

El tipo nos miró de arriba abajo como si nos estuviera tomando medidas para un traje, o un ataúd. Midió a Tomás dos veces, quizás porque él tenía su altura.

—Adelante —Entramos detrás de morena que se sacudía el cabello. Las puertas se abrieron de par en par después de atravesar el pasillo oscuro y vidriado, y encontré mi lugar en el mundo.

—¡Wow!

Había visitado varias discoteques de Ibiza y París, pero en ese momento la moda en Europa era la movida electrónica. No había muchos

lugares donde pudieras escuchar Metal en todas sus expresiones, de los más trash a lo más glam. Tenía que reconocer que me gustaba la música electrónica con visos góticos como lo primero de New Order y Depeche Mode, o algo más alegre como Erasure, pero mi corazón seguía siendo RnR. El lugar estaba repleto de gente como nosotros. Hombres de pelo largo, tatuados y enfundados en cuero. Chicas que hacían que el look de Paula fuera salido de un convento: Ligeras de tela y mostrando más lencería que cuero, mucha piel y hormonas expuestas al ley motiv del lugar. Sexo, Drogas y Rock and Roll. Y las chicas estaban tan, pero tan dispuestas a seguir la consigna. Como para alimentar el exceso de testosterona y la sobredosis de estrógeno, la música incitaba a eso y mucho más. Poison, SkidRow, Mötley, Metallica, ACDC y Aerosmith retumbaban en los parlantes y sus videos se proyectaban en la pantalla gigante de lo que alguna vez debió haber sido un cine por la estructura.

Después del relevamiento social y arquitectónico, seguí a Paula al centro de la pista donde desplegó toda su sensualidad contra mí. Tomás había desaparecido hacia la barra. Detrás de la música, pude gritarle un poco a mi amiga.

—Este lugar es genial. ¿Vienes siempre?

—Cuando puedo escaparme. Han abierto algunos lugares nuevos como este, pero esta es la Catedral.

—¿Cómo hiciste para pasar así? — Se encogió de hombros, como si lo suyo hubiera sido suerte de principiante, cuando Tomás llegó con tres vasos de cerveza. Combustible para el incendio.

—¡Gracias! —Paula y yo seguimos bebiendo, hablando y bailando. Tomás no bailaba, cantaba todas las canciones y eventualmente acompañaba el ritmo con la cabeza o golpeando el pie como si fuera el pedal de su batería. En el mar de melenas largas él, altísimo y con el pelo corto casi estilo militar, desentonaba y llamaba la atención. Yo era uno más cuando estaba acostumbrado a salir de lo común. Era satisfactoriamente extraño no ser diferente.

Paula se quedó con nosotros un rato hasta que dijo que iba al baño;

entonces vi el cuerpo de Tomás tensarse como si le hubieran apretado las clavijas. La siguió con los ojos mientras caminaba entre la marea de gente que se agolpaba en los pasillos y desaparecía bajo una luz azul que indicaba los sanitarios.

—¿Vamos a dar una vuelta? —Tomás no me escuchó así que lo golpeé en el brazo y me colgué la mochila de Paula buscando mi camino en la dirección opuesta. Recorrimos el lugar dos veces, perdiendo la noción del tiempo y deteniéndonos alguna vez cuando sonaba una canción conocida. Dimos una tercera vuelta, ahora buscando a Paula. Los ojos de Tomás seguían una sola dirección. Mi inocencia y yo volvimos a preguntar en voz alta:—¿Dónde se habrá metido?

Detrás de la luz azul donde la habíamos visto desaparecer se abría un pasillo que conducía a un lugar mucho más oscuro, apenas iluminado por luces negras, de esas que hacen que lo blanco resalte como si fuera fluorescente. Era el lugar ideal para esconderse cuando el riguroso negro era uniforme en el lugar.

Avanzamos despacio, cuidando de no enredarnos con las piernas que se retorcían saliendo de los pequeños sillones de la zona de reservados. En el medio de la oscuridad se podía adivinar lo mucho que estaba pasando allí, la música acallando los gemidos ahogados de gargantas femeninas o algún sonido gutural de un macho al borde del orgasmo. Un pedazo de tela blanca brilló contra la pared que estaba a diez metros de mí, bajo el cuerpo de un hombre que parecía estar queriendo atravesar el concreto, sus manos en todos lados del cuerpo femenino que ondulaba acompañando el contacto. Giraron varias veces cambiando de posición y entonces la reconocí. Cuando quise avanzar, Tomás me sostuvo del hombro y me lo sacudí de encima. Volvió a tomar mi brazo con más fuerza y me arrastró hacia atrás, solo hasta que me planté para enfrentarlo.

—¿Qué haces?

—Nada... y tú tampoco.

—¿Estás loco? —Cuando volví a mirar, las manos del tipo desaparecieron debajo de la camiseta blanca y ella dejó caer la cabeza

hacia atrás mientras se mordía los labios. Me estremecí—. ¿Viste eso?

—Sí.

—¿Y? —Agarró con fuerza mi brazo y me arrastró de regreso a la pista mientras yo miraba para atrás, impotente. Volvimos al ruedo pero ya no podía escuchar ni ver otra cosa que no fuera a Paula en esa situación, la imagen quemándome la retina como ácido en spray.

Empujamos entre la gente hasta llegar a una barra más pequeña y apartada de la multitud. Tomás le habló al barman mientras yo apoyaba los codos en la barra y la cabeza entre mis manos, intentando contener el temblor de mi cuerpo. El tipo volvió enseguida con dos vasos cortos con hielo y a medio llenar de un líquido ambarino. Dejó mi vaso ahí y se dio la vuelta, mirando la gente bailando en la pista, o por lo menos sus ojos estaban dirigidos hacia la multitud. Se tragó la mitad del contenido del vaso en un sorbo y cerró los ojos. Pasé la nariz por encima del vaso: Whisky. Justo lo que necesitaba.

—¿Por qué no me dejaste sacarla?

—Porque te iban a caer a golpes y no sería bueno mandarte de vuelta a París en silla de ruedas... — bebió un trago más y su cuerpo se relajó de a poco— Tus padres y los míos se hubieran enojado mucho.

Bebí dos sorbos y dejé que el alcohol de alta graduación quemara mi garganta y llegara al cerebro en el carril rápido de la autopista. Disfruté el mareo y me sostuve de la barra mientras mi cabeza giraba al ritmo de las luces.

—Eres tan cobarde... —dije sin mirarlo, lo suficientemente fuerte como para que lo escuchara. No se movió. ¿Las palabras habrían salido de mi boca o fue simplemente un grito de mi imaginación?

—¿Por qué crees que no me gusta venir acá?

—¿Y qué haces entonces? ¿Te intoxicas pensando que te gustaría ser tú el que la toque y no el grandote de pelo largo? —Me miró de costado haciendo una mueca y levantó el vaso para brindar en silencio y empinarse lo último que quedaba de su whisky. Bueno, si esa era su postura, no servía para mí, yo no iba a quedarme con los brazos cruzados. Paula era

demasiado buena como para ser tratada como un pedazo de carne que sólo sirve para ser manoseado. Cuando quise incorporarme, el piso cambió al techo y tuve que sostenerme de lo primero que encontré a mano para no caer de boca.

—Espera un poco a que baje el alcohol o vas a terminar vomitando afuera. No les gusta que lo hagas en la alfombra... —Me quedé quieto en el lugar, aferrado al vértigo mientras sentía el latigazo de la culpa.

Si me hubiera quedado en Buenos Aires esto nunca hubiese pasado. Yo tenía mucha más autoridad sobre Paula que Tomás, que por estar babeando la dejaba hacer a su antojo. Si hubiéramos empezado juntos a ir a bailar y no ella sola, con gente mayor, que es lo que debía de haber sucedido, no estaría revolcándose con un desconocido sino disfrutando de la música como había hecho mientras estuvo con nosotros. Si todos mis hipotéticos casos de culpabilidad eran correctos, había sólo una manera de hacer que toda esa realidad volviera a su cauce correcto, para desaparecer como un universo alternativo. Esa noche decidí que ya era tiempo de volver a casa. Prendí un cigarrillo con la esperanza de poder mitigar la náusea del whisky y de la película de terror que seguía proyectándose en mi mente, mi imaginación volando a donde no tenía que llegar.

—¿Qué haces en estos casos? —pregunté, disimulando el dolor y la decepción.

—Espero... —Sonaba adecuado. Inhalé con fuerza y traté de concentrarme de nuevo en la música.

Capítulo 16 — El animal en mí

La operación retorno fue mucho más sencilla que la evacuación anterior, pero mucho más lenta. El único requerimiento de mi padre fue que terminara de cursar el año, pero eso implicaba también poder volver a Buenos Aires recién a mediados de julio. A mi madre se lo dije un mes antes sólo para mantener el secreto.

La semana que conviví con Tomás antes de regresar a París, me dio la pauta de lo infeliz que era en el colegio: Lo acompañaba a la mañana y lo iba a buscar al mediodía, siempre entraba y salía solo, mientras el resto de los compañeros, a quienes conocía porque la mayoría habían cursado con nosotros la primaria, revoloteaban en grupos que interactuaban entre sí. Y todos convergían en el más solitario del grupo para descargar su veneno. Tomás era una sombra. Con sus anteojos de marco grueso y su osamenta encorvada, era el prototipo del “Nerd”. Los libros debajo del brazo lo hacían aún más parecido a la caricatura más grotesca del genio segregado. Recién al perder el colegio tras la esquina iba recuperando su postura y su altura y su voz adquiría un poco más de volumen. Pagaría millones por saber qué pasaba por la cabeza de todos aquellos que se burlaban de él durante el colegio cuando se convirtió en uno de los hombres más poderosos de la Argentina. ¿Con qué cara dirían “yo fui compañero de secundario de Tomás Veristartúa”?

Al terminar las clases en París, con el analítico firmado y traducido en trámite guardado en la maleta, volví a subir a un avión para regresar con intenciones de no irme nunca más, de recuperar lo perdido y componer lo que, en mi ausencia, se había descarrilado. “De buenas intenciones está pavimentado el camino al infierno”. Cuanto sentido cobraría esa frase a lo largo de mi vida.

Ni bien llegué a Buenos Aires mi madre me dio dos noticias. Una buena y una mala.

—Puedes empezar por la mala, Ma.

—Me llamó Claudia, la madre de Paula... —Se me erizaron los pelos de la nuca. La imagen de Paula tirada en un callejón sobre un charco de sangre, violada por una congregación Heavy Metal me hizo temblar. Ella siguió:— La echaron de nuevo del colegio, y después de suplicar en todas las instituciones del país, consiguió que la aceptaran en un Colegio privado. Juana de Arco.

Respiré aliviado mientras subíamos al auto de alquiler para ir al departamento que sería mi nuevo hogar.

—Es un colegio chiquito de Villa Urquiza y resulta ser que la directora es amiga de Claudia.

—Bueno, cuánto menos no perderá el año. ¿Por qué la echaron?

—No lo sé... —¿Tendría profesores hombres el colegio? Retiré la pregunta antes de encontrarle una respuesta. Tenía que recuperar a MaP. Cuanto antes.

—Están desesperados. Paula está súper rebelde y ellos demasiado enfocados con todo el asunto político del padre.

—¿Político?

—Sí. Se presenta como candidato a diputado en las elecciones del año que viene y tienen miedo que el currículum de Paula trascienda —Me reí por lo bajo. ¿Conocerían “todo” el currículum de Paula? ¿Entrevistarían a los concurrentes de Halley? ¿Cuántos habría en edad de votar? —Habían pensado en enviarla a estudiar afuera.

La miré desencajado. ¿No sería ese un castigo paradójico? ¿Que yo hubiera decidido volver a Buenos Aires para rescatarla y ellos la enviaran a algún colegio en el Fin del Mundo donde terminara de perfeccionar sus dotes de meretriz? ¿Allí dónde yo no la pudiera encontrar para salvarla? Me recosté contra la ventanilla esperando que el frío de julio que se pegaba como escarcha en el vidrio me refrescara la frente y la mente. Recordé que había una buena nueva.

—¿Y la buena? —pregunté, con esperanza. Mi madre sonrió tanto que iluminó el interior del automóvil.

—Conseguí que te recibieran en un colegio en cuarto año, para que no lo pierdas y puedas terminar el año que viene sin repetir... —La miré envidiando su capacidad para ser feliz con tan poco— Es un colegio chiquito de Villa Urquiza.

Mi corazón se detuvo del golpe de felicidad que le estaban asestando. Abracé a mi madre como no lo hacía desde que tenía 8 años, estrechándola en mis brazos hasta que la risa se le ahogó por la falta de aire.

—¡Gracias, Ma! ¡Gracias! ¡Mil gracias!

—Sabía que te iba a poner contento. Y sé que a Paula le va a hacer bien volver a tenerte a su lado. Esa nena sufrió mucho tu ausencia —No me iba a alcanzar la vida para darme de patadas en el culo por lo imbécil que había sido al irme de esa manera, haciendo sufrir a las dos mujeres más importantes de mi vida.

—Tengo que llamar a Tomás. Cuanto antes.

—Sé que viajaron a Mendoza, pero no tengo muchos detalles. No sé cuándo vuelven tampoco... — Me recosté en el asiento, sosteniendo la mano de mi madre con fuerza. Si tan sólo encontrara una manera de que Tomás pudiera estar con nosotros y que todo fuera como antes.

El regreso a clases me llenó el corazón y el cuerpo de adrenalina. Llegué temprano al Colegio Juana de Arco con mi madre, pero nos hicieron entrar y esperar en la oficina de Dirección, para recibir toda la documentación, hacer otros trámites administrativos y la presentación. Al final fue la propia directora quien me acompañó al aula.

Había un solo cuarto año y el aula estaba en el primer piso. Las ventanas daban a la calle pero apenas se escuchaba el ruido de los automóviles que pasaban por la avenida. Me paré un paso detrás de la directora, acomodé mi uniforme, verifiqué que mi cola de caballo estuviera prolija, escuché y esperé:

—Buenos días, Profesor. Vengo a presentarle al nuevo alumno del que le hablé. Señores. Señoritas. Vincent, adelante, por favor.

Entré y busqué entre la multitud de rostros desconocidos hasta que encontré los ojos que buscaba. Sentada sola, en la esquina opuesta a la puerta, al final del aula, la última de la fila, estaba Paula poniéndose de pie, incrédula. Saludé al profesor, cruzamos dos palabras sobre de dónde venía y me indicó con una mano que eligiera donde sentarme. Caminé por el corto pasillo hasta el final de la fila.

—Siéntate... —le dije, serio y autoritario. Paula se dejó caer en el asiento de madera y se deslizó contra la pared para hacerme lugar. No dijo nada pero las lágrimas cayeron detrás de sus anteojos. Tomé su mano por debajo de la mesa y presioné instándola a no llorar. Busqué en mi bolsillo el pañuelo blanco que mi madre me obligaba a llevar desde que era niño y lo puse en su mano. Se limpió los ojos y volvió a mirar al frente, con una sonrisa imposible, sin soltarme.

A una semana del regreso, por fin pude comunicarme con Tomás y antes de que él pudiera contarme algo de su viaje a Mendoza, le solté la noticia, demasiado emocionado para contenerla; entre el regreso y el estar con Paula, era difícil mantener el secreto. Su reacción fue medida. Estaba contento pero algo faltaba, o quizás era yo que esperaba que saltara y meneara la cola como un perrito faldero. Traté de que nos viéramos pero me dijo que no podía salir porque estaba enfermo pero que en cuanto estuviera mejor nos encontraríamos.

Nos reunimos y escuchó con paciencia y atención mi relato, desde el momento de mi decisión, aunque omití deliberadamente la noche en Halley, hasta el enorme regalo que mi madre me había hecho al ubicarme en el mismo colegio que Paula. En su silencio me era difícil descifrar qué estaba pensando, sintiendo, aunque yo lo sabía porque hubiese sentido lo mismo: había quedado afuera. Pero para mí lo importante era que solo nos quedaba un año de colegio y después seríamos mucho más libres, y mayores, para vernos a nuestro antojo. El final de la escuela secundaria marcaría el inicio de nuestra vida real, lo que estábamos esperando desde siempre, el primer año del resto de nuestras vidas. Una de las cosas que más me había llamado la atención del Colegio, y eso le destaqué a Tomás, era que la mayoría de

los chicos que estaban cursando con nosotros habían sido expulsados de otras instituciones, o repetido y no habían podido continuar en sus antiguos colegios. Como fuera, donde estábamos, no estaba precisamente “la creme de la creme”. ¿Podían haber sido mis palabras el detonante de lo que sucedió después? En ese momento creí que sí...

El día después del Día del Estudiante, un 21 de septiembre, donde no había llovido sino diluviado, arruinando las salidas, Paula entró al colegio con gesto de velorio.

—¿Qué te pasa? ¿No te dejaron salir ayer?

—No salí anoche.

—Ya veo...

—Hablé con Tomás. Está suspendido.

—¿Suspendido? —Ese término no era común en la comunidad educativa argentina. No había suspensión como castigo. Había amonestaciones y la acumulación de las mismas, veinticinco por ese entonces, obligaban a la expulsión del establecimiento—¿Qué pasó?

Quería salir corriendo al primer teléfono público que encontrara, o calle abajo hasta Belgrano para saber qué le había pasado.

—Incendió un aula.

—¿Qué?

—No tengo detalles. Es lo único que me dijo.

No necesité saber nada más. Después del primer recreo, me escapé del colegio para ir directo a la casa de Tomás. Llamé a mi madre a mitad de camino para decirle, sólo en caso que la llamaran del colegio, que había pasado, a donde iba y que no se preocupara. Toqué el timbre varias veces y esperé tres horas sentado en el umbral de la casa, pero nadie apareció. Volví al departamento y marqué el número de su teléfono todo el día en intervalos de cinco minutos. Paula estaba haciendo lo mismo desde su casa. A las once de la noche, me llamó.

—¿Qué pasó?

—Tuve un problema en el colegio.

—¿Problema? Paula me dijo que incendiaste un aula.
—Las noticias vuelan...
—¿Qué hiciste, Tomás? ¿Estás loco?
—No.
—¿Y ahora?
—Tengo una denuncia penal y me van a expulsar del colegio.
—Tus viejos te van a matar. Eres menor... esto los va a joder a ellos.
—El colegio dijo que no van a presentar cargos si comienzo un tratamiento psicológico y pagan los daños. No hubo heridos.
—¿Qué te pasó por la cabeza?
—Nada.
—Es evidente. ¿Tomaste algo?
—Nada.
—¿Te volviste loco?
—No.
—Dime que no lo hiciste para cambiarte de colegio —Silencio del otro lado de la línea—. Tomás...
—No lo hice... —Se aclaró la garganta antes de seguir— No lo hice por eso.
—¿Qué dijeron tus viejos? —Silencio. Los padres de Tomás no se merecían eso. Eran buenos padres, atentos, compañeros, no sólo preocupados por el bienestar de su hijo sino por aquellos que lo rodeábamos.
—Está todo bien. Me apoyan.
—Eres un hijo de puta. No tienes derecho a hacerles esto —Otro silencio, esperaba que reflexivo—. ¿Y ahora?
—Estoy esperando que me firmen el pase.
—¿A dónde?
—A un colegio chiquito de Villa Urquiza.

Capítulo 17 — La misma vieja situación

Bien. El camino que mi mente elegía en el curso de la historia de mi vida no estaba siendo lo escabroso que temía y quizás no me vería obligado a doparme para dormir. Si podía aletargar el paso de los recuerdos, quizás hasta podría pasar una noche placentera.

Tomás llegó al colegio una semana después del evento incendiario que lo tuvo como protagonista. Su postura y su actitud eran completamente diferentes a las que yo había presenciado seis meses atrás. Entró llevándose el mundo por delante. La leyenda lo precedía, tanto entre alumnos como profesores. El chico era lo suficientemente irascible como para prender fuego el edificio en un arranque de locura. Sin embargo, la misma leyenda contaba que sólo una Bella había podido domarlo, y esa era la morena que se sentaba entre nosotros. ¿Quién más? ¿Dónde más? Ya nos habíamos cambiado a la fila del medio, que tenía tres asientos, para que él se incorporara al Triunvirato del Infierno. Entre la leyenda de Tomás y la reputación de Paula, yo parecía el Cristo Redentor, pero lo que las crónicas no me daban, me lo daba el look. Y en ese momento de mi vida, lo que entraba por los ojos era la apariencia de un chico malo, muy malo.

El cambio había sido altamente positivo. Volvíamos a estar juntos para seguir creciendo. Antes de separarnos todo era normal. ¡Ah! El regreso de los buenos viejos tiempos. Íbamos a todos lados juntos, y a la hora de ir a bailar, Paula sólo iba con nosotros y no se separaba de nuestro lado más que para ir al baño, donde la esperábamos como guardaespaldas armados. Habíamos comenzado a frecuentar otras disco con el mismo estilo pero no recalábamos en un solo lugar. A ella se la veía más tranquila, sosegada. Había vuelto a ser MaP, en su máximo esplendor.

Tomás había dejado de usar anteojos, obra y gracia de los lentes de contacto y su único acto de rebeldía era la ocasional ingesta de alcohol que nos permitíamos los fines de semana. Fuera de eso, seguía siendo el niño ejemplar que enorgullecía a mamá y papá, pese al detalle que lo empujó al

Juana de Arco. También iba una vez por semana a la sesión con la psicóloga que le había asignado el juez de menores y estaba a pasos de ser dado de alta.

Paula retomó sus clases de canto y danza mientras su padre estaba en plena campaña proselitista en la Ciudad por un escaño en el Congreso. Era el tercero de la lista y las encuestas variaban según los porcentajes por lo que, dependiendo del día, podía lograr entrar o no. Salía muy temprano a la mañana, volvía muy tarde a la noche y los días se le escurrían entre reuniones, encuentros y la agenda partidaria. La madre de Paula lo acompañaba a los eventos sociales por lo que muchas noches estaba sola en su casa con Solcito.

Nuestra vida de cara al futuro tenía dos proyectos que involucraban viajes.

Ya se había elegido la empresa que nos llevaría de viaje de egresados a San Carlos de Bariloche. Viajaríamos durante la segunda quincena de julio. Tomás rezaba por cumplir su mayoría de edad allá pero no era algo cierto. Yo viajaría siendo mayor de edad. Mi vida era perfecta.

Era el amo y señor en mi casa y la relación con mi madre no podía ser mejor. Con su pareja, que también había sido mi profesor en la Alianza Francesa, tenía una buena relación, y considerando los términos de nuestros inicios, eso era algo más que bueno. A los dos meses de haberme mudado con ellos alquilaron un departamento más grande para que yo pudiera tener mi habitación y privacidad, algo que les agradecí desde el primer momento. Dentro de mi pequeño mundo, Tomás y yo diseñábamos lo que sería el viaje de nuestra vida.

Ese era nuestro segundo proyecto.

Empezamos a juntar cada centavo para recorrer Europa durante tres meses cuando termináramos la secundaria. Si bien yo ya conocía gran parte

del viejo continente, recorrería con él aquellos lugares que me habían fascinado y otros que no había podido visitar. La posibilidad de hacerlo con él era lo único que me importaba, los lugares, nuevos o conocidos, eran un detalle mínimo. Y como si eso solo fuera poco, teníamos el calendario de recitales de los grupos más importantes e íbamos siguiéndolos para poder verlos en vivo y en directo, era muy poco probable que pisaran tierras gauchas alguna vez en su vida, así que era una oportunidad que no queríamos desperdiciar.

Paula no había querido ser de la partida y esa era una espina en el costado de Tomás. Ni bien dijo que no, el proyecto casi naufraga. Él no quería volver a separarse de ella.

Tomás no hablaba de lo que sentía por Paula aunque fuera evidente en sus ojos, aunque siguiera, con fidelidad religiosa el juego histérico que ella imponía. Se acercaba y se alejaba como si hubiera hilos ocultos que la guiaran, en un ritmo ciclotímico que asustaba, al borde de lo bipolar. Y él se prestaba a ese juego porque sabía que era la manera de tenerla cerca, el tiempo que ella quisiera. Estaba completamente bajo su dominio. La Bestia domada por la Bella. Pero no era un sentimiento unilateral. Paula moría de amor por él, parecía flotar cuando lo seguía con la mirada, en esos poquísimos momentos en los que los ojos de él no la seguían. Se turnaban para adorarse, amarse de lejos y en silencio, de la misma manera en que se construyeron las grandes pasiones de la historia.

¿Con quién podrían haber hablado de ello? ¿Quién era merecedor de la confesión, fuente válida de consejo, depositario del secreto? Yo. Pero ninguno hablaba conmigo de ello, quizás porque podían percibir el sentimiento que también crecía en mí, incapaz de reprimirlo. Cada día más profundo, cada día más prohibido, mientras la historia de amor de Paula y Tomás crecía con sus alas abiertas al cielo, la mía se profundizaba como las raíces de un árbol, hacia abajo, engarzándose en la tierra, arraigándose, enterrándose, escondida bajo la superficie, pero tan fuerte como para sostener el más alto de los robles. En tanto la relación de ellos parecía

tomar el rumbo de la típica historia de amor, la mía acechaba en las sombras, se nutría de lo ajeno, lo lejano; el hambriento mirando del otro lado del vidrio el manjar, la fruta prohibida. Yo no quería que fuera así, pero era el papel que me había tocado interpretar.

Podría haberme apartado, buscando otros horizontes; podría haber peleado, estableciendo mi reclamo por ese amor, aun sabiendo que iba a perder. ¿Para qué? Si ya sabía que iba a perder, ¿Era preciso librar esa batalla? Perdería la amistad y el amor, y me quedaría sin nada. ¿En serio valía la pena?

No.

La respuesta me sirvió para seguir adelante un tiempo más. Haciendo lo que hace el mundo, aprovechando los momentos que podía robarles a uno y a otro, seguí adelante con mi vida, mintiéndome a mí mismo de que así estaba bien, que esos momentos eran suficientes para mí, que no anhelaba nada más, que podía sobrevivir con eso, que para algunos podía sonar a migajas y que para mí eran el bien más preciado. La línea difusa entre el amor y la amistad se iba disolviendo entre nosotros pero yo me escudaba detrás de la segunda para mantener mi charada. Ya había probado vivir en su ausencia y al volver a su lado me había dado cuenta que eso no había sido vida.

El año lectivo terminó y los tres aprobamos el año para pasar a quinto año. El final. Y sólo nos interesaban dos cosas: la mayoría de edad y el viaje a Bariloche. Pero antes de eso, algunos acontecimientos importantes.

Antes de terminar el año y con mi bendición, mi madre decidió casarse con Francisco. Aprovecharía mi decisión de pasar las vacaciones con mi padre para una pequeña luna de miel. No hubo fiesta, sólo un pequeño almuerzo después de la ceremonia civil a la que no faltaron Tomás y sus padres, Paula, su madre y su hermanita. El destino de los enamorados fue Mar del Plata, el mío, París. Como siempre, Paula voló el primero de enero

a Punta del Este y Tomás tomó la ruta a Santa Teresita.

En febrero nos reencontramos y gastamos el tiempo haciendo un curso para aprender a manejar y practicando nuestra música en la casa de Tomás, la única que no tenía vecinos que nos pudieran demandar. Sin batería, pero con alguna improvisación de los palillos mágicos en la ventana y el marco de madera, Paula y yo buscábamos nuevas melodías que aprender. Y acorde al lugar y los tiempos que sobrevolaban, las canciones habían cambiado a las románticas baladas. ¿Alguien podría dudar que las bandas de Rock habían hecho las canciones más románticas y sentidas del género? Nadie.

Marzo llegó y con él, mi cumpleaños. Mi padre le envió el dinero a mi madre para que me comprara lo que yo quisiera y el monto alcanzó para un automóvil usado. La mayoría de edad y la movilidad propia eran dos cosas que había ansiado tanto que cuando por fin se materializaron pensé que seguía soñando.

Paula había vuelto de Punta del Este con una revista en la que había salido como una de las chicas del verano y la tarjeta de la agencia de modelo más importante del país, pero su padre le prohibió terminantemente hacer cualquier cosa antes de las elecciones; estas llegaron en junio y el señor Rodríguez Bordón se consagró como Diputado por la Ciudad de Buenos Aires, cargo que asumiría en diciembre de ese año. Paula volvió a salir en la revista, acompañando a su padre con el resto de su familia y sus compañeros de Lista, en los festejos de la noche de la elección. Se la veía aburrida, pero aun así algo era innegable: La cámara la amaba.

Cobijado por los recuerdos que precedían la tormenta, volví a entrar a la habitación después de haber hecho desaparecer casi medio paquete de cigarrillos. Cargado de nicotina e imágenes felices, me desnudé en la oscuridad y me envolví en sábanas frías. Me dormí recordando el momento cúlmine de nuestra adolescencia.

Capítulo 18 — Un nuevo tatuaje

Nuestro bus salió de la puerta del colegio a las 8 de la mañana y viajaríamos un día completo por las rutas argentinas rumbo al Sur, con destino a la provincia de Río Negro. El paraíso de los adolescentes. La primera vista del camino nevado y el vehículo avanzando lentamente, mientras la postal que habíamos comprado cobraba vida, en matices de verde y blanco, nos cortó la respiración. Nos abalanzamos contra las ventanas para presenciar el amanecer iluminando ese enclave del paraíso.

Pero como todo no podía ser perfecto, cuando llegamos al hotel, el contingente anterior aún no había abandonado las habitaciones, por lo que tuvimos que dejar el equipaje y marchamos a desayunar. Pero nada de eso nos importaba. El coordinador llegó a nuestra mesa con la lista de las habitaciones y sólo quedaba una doble, mínima, con una sola cama marinera, y de nuestro curso quedaban tres personas sin asignar. Ninguno de los tres se inmutó, como si lo hubiéramos sabido desde un principio, si de entre los parias de la sociedad educativa nosotros éramos lo peor. Nuestras doce compañeras de curso se habían agrupado en tres habitaciones cuádruples dejando a la número trece a la deriva. Se entendía que la habitación mínima quedaba para Tomás y para mí.

—Tenemos un problema, María Paula.

—¿Cuál?

—No tengo habitación para ti.

—¿No se puede poner una cama en la de ellos? —El coordinador apretó los labios y nos miró a los dos, relajados e inmutables, dos ángeles caídos del cielo, aunque ante sus ojos éramos dos lobos relamiéndose, esperando a que le entregara el cordero en bandeja de plata.

—No están autorizadas las habitaciones mixtas. Esto es un viaje de egresados, no una luna de miel... —“De a tres”, pareció agregar, mirándonos de nuevo. Paula levantó los ojos de la porción de torta que estaba por atacar.

—Puedes llamar a mi casa y pedirle autorización a mi mamá. Ella te va a decir que con nadie voy a estar mas segura que con ellos. Crecimos juntos.

No va a pasar nada —Ninguna de las cuatro personas involucradas en la conversación le creyó, por diferentes razones. De todas formas, Paula batió un poco las pestañas y el cincuenta por ciento del triunfo estaba en su bolsillo, porque no había mostrado su “Access all areas” todavía. Se incorporó en la silla y bajó lentamente la cremallera de la chaqueta deportiva que vestía, esperando obtener la completa atención del coordinador. Con una sonrisa suave reveló su pase a cualquier lugar estirando la camiseta blanca. Tomás se rio por lo bajo, meneando la cabeza resignado, y yo encendí un cigarrillo. El muchacho tartamudeo.

—Bue... bueno... voy a hablar con la profesora y con tus padres en Buenos Aires. Tengo que solucionarlo de alguna manera, porque tampoco quedan habitaciones individuales para asignar.

—Ok. Hazlo.

—Nosotros vamos a dar una vuelta por la ciudad.

—Pero no pueden salir... —dijo, más que una orden, una súplica.

—Vamos a dar una vuelta, para que puedas solucionar todo. Quédate tranquilo, soy mayor de edad... y conozco la ciudad —Mi tono autoritario terminó de convencerlo. ¿Habría llegado nuestra reputación tan lejos? El joven, que no tenía más de dos años que nosotros revisó de nuevo su planilla y se alejó de la mesa. Tomás revolvió su submarino y Paula arremetió contra la torta antes de hablar.

—¿Conoces la ciudad?

—No.

—Genial. ¿A dónde vamos?

—Tengo unas tintas que mi hermano le envía a su mejor amigo que vive acá hace años.

—¿Tintas?

—Sí. Es tatuador. Es más, pensaba ver su portfolio a ver si me hacía uno antes de volver —Miré a Tomás y sonreí. Ya habíamos hablado de eso hacía tiempo. Un tatuaje era algo que íbamos a hacer.

Los recuerdos de la caminata bajo la tibieza del sol por las calles empedradas fueron abrazándome y haciéndome despertar. A mi mente le encantaba que lo más agónico de mi dolor me tuviera con los cinco sentidos

alerta para que doliera mucho más. Cada recuerdo era un aguijonazo que escocía más a medida que pasaba el tiempo; con la perspectiva y los años. Había un reflejo de claridad en el cielo y miré la hora para comprobar cuanto faltaba para el amanecer. Por lo menos había podido dormir para mi cita del desayuno, quizá hasta tendría tiempo de prepararme y matar los más crueles recuerdos, el comienzo de mi agonía, antes de encontrarme con mi madre.

El pequeño paquete que debía entregar tenía la dirección y el teléfono, incluso las indicaciones de mi hermano para llegar hasta la casa de su amigo. Esteban se había marchado al sur queriendo ser guardabosques pero su alma de artista pudo más y terminó abriendo un local donde podía plasmar su arte en la piel de los demás. Era el único tatuador en Bariloche y no tardamos mucho en ubicar su estudio al final de la calle principal, una casita con techo a dos aguas y un pequeño balcón con vista al lago Nahuel Huapi.

Nos recibió calurosamente y ese día no tenía clientes programados, todos los astros estaban alineados a nuestro favor, por lo que pudo mostrarnos con tranquilidad fotografías de sus trabajos más importantes.

—Son geniales —dije, pasando por segunda vez los folios que contenían fotos y dibujos, de sus clientes y hechos por él mismo.

—¿Cuánto tiempo tardas en hacer un tatuaje?

—Depende de la imagen, si es en color... son varias cosas... —Los ojos de Tomás brillaron y sacó de su mochila la caja de cassette vacío, su disco favorito de su banda favorita. La electricidad por la anticipación y el peso de la decisión cargó el ambiente. Paula sonreía emocionada.

—¿Cuánto por algo así? —preguntó, alcanzándole la tapa de Dr. Feelgood, la víbora verde enroscada en la daga. Yo no habría podido elegir un símbolo mejor de lo que éramos. El precio era lo de menos, porque hay algunas cosas tan valiosas que es imposible ponerles un precio; eso debía estar pensando Tomás, sobre todo cuando la mujer que amas te mira como si fueras un héroe de guerra y está dispuesta a hacer lo mismo que tú.

—¿Cuánto por dos? —Giré la cabeza tan rápido para mirarla que el

músculo del cuello me pegó un tirón que me hizo retroceder.

—¡MaP!

—No es el precio, sino el tiempo... —dijo Esteban, pensativo—. No sé si podría terminarlo en un día.

—Tenemos diez días por delante.

—Hoy es un día tranquilo y podría adelantar bastante... no sé... — Tomás miró a Paula sonriendo de costado y ella le respondió enarcando una ceja ¿Era un desafío o un pacto?

—Podemos empezar hoy y lo cortamos cuando lo consideres... y sigues con el otro —Estaban de acuerdo y Esteban se subió al proyecto. Y yo quedé afuera de nuevo, como un espectador, siempre mirando del otro lado de la vidriera.

Disimulé revisando la carpeta como si buscara algo, mientras masticaba mi propia decepción. ¿En qué momento el proyecto de tatuarnos había incluido a Paula? ¿Incluir a Paula, me excluía a mí? Sin duda. De alguna forma ellos se encargaron de hacerlo tan personal, tan suyo, que no tuve manera de incorporarme. Los dejé organizarse y subí las escaleras de la casita hasta la habitación de la planta alta, abriendo las puertas del balcón. Prendí un cigarrillo y me apoyé en la baranda de madera mirando el reflejo del sol en el lago.

La postal era digna de una foto.

Desde el piso de arriba podía escuchar las voces responder y preguntar, mezclándose entre risas y susurros. Cerré la puerta, enojado, dejándolos detrás de mí. Necesitaba un poco de privacidad para sufrir en silencio. Tirarme del balcón no era una opción, era demasiado bajo, pero si corría al lago, quizás podría ahogarme o convencer a Nahuelito, el mítico monstruo que se escondía ahí, a que se apiadara de mi dolor y me devorara antes que se dieran cuenta de que tenía ganas de llorar. Los astros se habían alineado para conjurar mi destrucción, y la prueba la tenía en la mano: Solo quedaba un cigarrillo en la cajetilla.

Prolongué la estadía en el balconcito todo lo que pude, hasta que la ansiedad pudo conmigo y bajé. Tomás estaba acostado en el sillón y Esteban ya lo estaba tatuando en la parte superior del brazo. Paula sostenía su mano para apoyarlo pero no parecía estar sufriendo, o cuanto menos lo disimulaba bastante bien. El dolor no era algo a lo que pudiera prestarle atención cuando estaba absorto bebiéndose la imagen de Paula como si fuera agua y él hubiera estado un año en el desierto. Ella levantó los ojos y sonrió cuando me vio. El estómago se me subió a la garganta.

—Voy a comprar cigarrillos.

—Yo tengo.

—No, voy a comprar... Además, quiero ir a avisar que estamos vivos y que Nahuelito no nos usó como segundo desayuno.

—¿Podemos parar para almorzar si quieren? —¿Ya era mediodía? Mi estómago rugió asintiendo.

—Paramos cuando tú quieras, pero por nosotros no...

—Vengo bien. Con este ritmo quizá podría tatuar a los dos hoy mismo.

—¡Sería genial! —exclamó Paula con su omnipresente emoción.

—Bueno... —dije, tratando de llamar la atención como un niño malcriado—, me voy. Vuelvo en un rato.

Salí de la cabaña y caminé sin rumbo lo que debieron ser horas y horas. Compré cigarrillos y fumé caminando, bajo un árbol, sentado en la orilla del lago, en el otro extremo de la ciudad. Compré un sándwich y una cerveza y comí sentado en la plaza principal. Solo.

Cuando llegué al hotel, nuestro equipaje ya estaba en la habitación. El de Paula también. Aproveché el tiempo que me quedaba para tomar un baño, cambiarme e ir a cenar. Vestido como si estuviera por partir a la guerra, pantalones de cuero negro y camiseta camuflada en negro y gris, mis botas retumbaban en el piso a medida que me acercaba a las escaleras. El coordinador dijo que la madre de Paula había autorizado que se quedara con nosotros pero que tuviéramos mucho cuidado porque los del hotel no sabían nada. “Problema tuyo” me dio ganas de responder pero solo asentí con la cabeza. Todavía faltaba media hora para la cena y luego partiríamos

a nuestra primera noche de baile. Decidí ir a buscarlos a lo de Esteban.

La noche estaba poblada de gente pese al frío que bajaba de la montaña. Tomás y Paula no estaban tan abrigados para salir en medio de la noche pero esperaba que Esteban les prestara algo para volver al hotel. Como si les importara la temperatura en ese momento.

Mi vista de lejos parecía haberse recuperado mágicamente, o las ruedas de mi imaginación se habían disparado a una velocidad exorbitante. En el medio de la oscuridad estaban los dos, debajo de la única luz al final de la calle y ésa era otra imagen que merecía ser una postal. Tomás se estaba inclinando sobre Paula, sosteniéndola entre sus brazos para besarla, una mano en la espalda y la otra hundiéndose en su pelo suelto, sujetando su nuca para acercarla a su boca. Las manos de ella estaban en las solapas de la chaqueta que no era de él. Mi preocupación por que tuvieran frío desapareció de mi mente, a medida que ella lo acercaba a su cuerpo, aferrándose a él como una línea de vida. La imagen en mi mente se movía en cámara lenta pero no iban mucho más rápido, midiendo la distancia entre ellos, saboreando con anticipación lo que habían esperado durante tanto tiempo. Todo comenzó con la timidez del primer beso, solo rozándose los labios, tentativamente, explorando y reconociendo con la piel lo que la vista no podía darles por completo. El beso fue prolongándose, los labios abriéndose para degustarse mutuamente, las manos de ella viajaron a su cuello y allí se aferraron a él cuando sus ganas estaban pasando a algo más profundo, más intenso, su cuerpo pegándose al de él, dentro de su abrigo, los dedos de él crispándose contra su espalda al sentirla más cerca. Las piernas de ella debían estar temblando en ese momento, como cada fibra de su ser y él debía estar sintiendo como la sangre le bullía bajo la piel, empujando el límite de lo debido y lo deseado, pero como podía saberlo, yo estaba afuera de eso, absolutamente afuera, como el perro que era, pateado fuera de la casa. Sin hacer una escena ni interrumpirlos, encendí un cigarrillo y vi como la escena se disolvía en el humo. Deshice mis pasos de regreso al hotel.

El tatuaje era la analogía perfecta, ellos se estaban grabando el uno al otro en su piel, en el corazón, en el alma, quedándose en el otro para siempre, eterno, indeleble, una marca que no desaparecería aunque quisieran, y aun cuando lo intentaran, al querer remover ese tatuaje, quedaría para siempre una cicatriz.

El agua de la ducha estaba mucho más caliente de lo que podía soportar pero no me importó. Me metí y me la aguanté, como debía ser, y porque el dolor que venía desde adentro anesthesiaba cualquier otro que pudiera sentir. Apoyé una mano en la pared y con la derecha acaricié la imagen que ocupaba mi pectoral izquierdo y el centro de mi pecho. Otro tatuaje. Otra cicatriz.

En cuanto entré al hotel, fui directamente al salón comedor; ya estaban sirviendo la comida y, como siempre, busqué una mesa apartada que sirviera para los tres, cuando los otros dos se dignaran a regresar. Una mano me detuvo camino a la esquina más alejada del salón.

—Vince... —Adrián era uno de los pocos del curso con el que me hablaba, le gustaba la misma música que a nosotros y alguna vez habíamos compartido una charla sobre el tema— ¿Trajiste algo de música?

—Siempre.

—Quería saber si podíamos intercambiar alguno... —Encogí un hombro y asentí en silencio, mientras todos en la mesa me miraban. Había un asiento vacío y un plato con la entrada del día.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —Se me anudó la garganta pensando en la traición, pero el evento central de esa noche hizo que me replanteara el sentido de la palabra.

—Seguro... —dije, antes que pudiera pensarlo más y arrepentirme.

Estaba en plena conversación con ese grupo de muchachos que compartían mi salón de clases, y que dicho sea de paso, no eran extraterrestres deshumanizados ni zombis acomodados, eran tan normales como cualquiera, yo incluido, cuando por el rabillo del ojo, vi a Paula y Tomás parados en la entrada del salón. En ese mismo instante la conversación se tornó mucho más entretenida para mí, hablando sobre las carreras de Fórmula 1, la vez que pude presenciar el Grand Prix de Montecarlo, anécdotas que pocos de ellos podrían vivir alguna vez en su vida. Estaban por servir el plato principal cuando miré por sobre el hombro y vi cómo se sentaban los dos solos en el extremo de una mesa ocupada por un grupo de alumnos del otro Colegio que viajaba con nosotros.

—¿Y pudiste conseguir algún autógrafo?

—No. Cuando nos llevaron a los Pits no estaban los pilotos pero me saqué fotos con todos los autos.

—¡Qué genial!

La cena pasó con postre incluido y los chicos de mi mesa estaban muy interesados en organizar como debían hacer para ocupar la habitación si alguno tenía una conquista esa noche. La seña sería un pedazo de tela sobresaliendo del marco de la puerta, enganchada desde adentro. La alternativa del siguiente era esperar su turno o buscar otra habitación. Si no había nadie, y el primero había llegado solo, nobleza obliga, tendría que buscar otro lugar para dormir y no molestar. No me había puesto a pensar en ello, pero eso, y su cargamento ilegal, litros de alcohol, cuatro cigarrillos de marihuana y dos gramos de cocaína, eran el tema central de la conversación, que seguía en el lobby mientras esperábamos que las chicas terminaran de vestirse para ir a bailar. Quedé en sumarme a la noche de Tequila y Ron que estaban proyectando para la noche siguiente.

De pronto, por motivos de fuerza mayor, me encontré ampliando mis relaciones y disfrutándolo, mitigando el dolor de la desilusión y la ausencia con meros reemplazos. Estaba al pie de la escalera cuando Tomás bajó de la habitación, vestido con un pantalón de jean negro y camisa blanca sobre una camiseta negra con letras rojas con el nombre de una banda australiana relativa a la electricidad. Botas negras en los pies, cabello despeinado y mojado como si hubiera salido rápido de la ducha. Encendí un cigarrillo y esperé a que llegara a donde yo estaba.

—Hola... lamento que llegáramos tarde para cenar.

—No te preocupes. ¿Todo bien?

—Sí... complicado para bañarse con esto del tatuaje pero está bien — dijo, tocándose el brazo.

—¿Te duele?

—No es dolor... es como una molestia. Te lo mostraría, pero me tengo que sacar todo. El de MaP quedó genial, es más chico y...

—Está bien —dije, cortante, creando un silencio que, por primera vez en nuestras vidas, fue incómodo entre nosotros. Inhalé para tomar fuerzas y las palabras se me mezclaron con el humo—. Así que... besaste a la chica.

El rostro de Tomás explotó en la gama de los rojos y bajó los ojos.

—Sí... yo... —Que no dijera “lo siento” porque me iba a explotar la

cabeza en mil pedazos.

—Te felicito. Inesperado... pero bueno...

—Sí. De todas formas... vamos a tratar de que nadie lo sepa... por esto de la habitación...

—¿Y desde cuándo les importa lo que piensen los demás? —Tomás arrugó la frente y se quedó sin palabras, desconcertado por mi tono seco y amargo. Adrián se acercó a donde estábamos y miró a Tomás.

—Hola, Tomás. Vince... nos vamos a ir antes con los chicos. Nos dieron permiso. Tendremos que esperar allá a que lleguen todos para poder entrar, pero por lo menos podemos hacer puerta y ver qué onda con las mininas — El apelativo a las chicas me hizo arder la nariz pero no hice ningún gesto. Miré entre Tomás y Adrián, tratando de tomar una decisión. Los ojos de Tomás se elevaron al inicio de la escalera y se iluminaron; no tenía necesidad de darme vuelta para saber que Paula estaba allí, pero aun así, mi cuerpo giró como atraído por un imán.

Tenía un vestido negro con mangas largas, adherido al cuerpo, corto al límite, medias negras por arriba de la rodilla y zapatos con tacón. Antes que pusiera el pie en el primer escalón escuché la voz de Adrián con un tinte de desilusión

—Bueno... nos vemos allá... —Antes que pusiera el pie en el segundo escalón de su descenso, hice volar mi abrigo por encima de los hombros y busqué la salida.

—¡Espera! Voy con ustedes —Mis ojos se encontraron una milésima de segundo con los de Tomás pero él jamás me miró. Giré y caminé rápido hasta la puerta.

Las noches que siguieron fueron iguales a esa primera. Llegaba y hacía base en la barra, me alcoholizaba hasta el límite de la alegría, utilizaba mis encantos de chico malo con pelo largo para ganar “mininas” en tiempo record, que caían como moscas, agarraba la presa más fácil y segura, y me marchaba al hotel con ella. Entraba sin cerrar la puerta y comenzaba mi raid de sexo vacío. La única manera de saber que es hacer el amor es haber probado antes lo vacío de las relaciones de una noche. Todas mis noches en

Bariloche fueron iguales, muñecas anónimas que buscaban sexo, creyéndose más lindas o importantes por el número de conquistas que podían seducir e introducir en una cama, sin darse cuenta que eso era exactamente lo que estábamos buscando los varones allí: la chica de mayor apertura para sumar otra raya al tigre. No eran más que eso, una mancha más en el leopardo, una arruga más en la sábana.

Chicas anónimas. Buen nombre para una canción. Sólo recordaba el nombre de la que llevé a mi cama esa noche. Sandra. Una más del montón pero con un ligero parecido con Paula: Delgada, morena, flequillo tupido. Poco había registrado de su conversación, sólo que venía con un colegio de un pueblo de Santa Fe y que esa era su última noche. Bariloche no fue mi debut. Ya había incursionado en el sexo en las últimas vacaciones que había pasado con mi hermano en Ibiza y fue otra cosa que lamenté de mi vida, no haber cumplido ese ritual de pasaje con Tomás.

Llegué con Sandra a la habitación y nuestra ropa desapareció rápidamente. Antes que pudiera tener mucha conciencia de lo que estaba pasando, la tenía montada encima, en la cama de Paula que era la más cómoda para esos menesteres, por no tener otra cama arriba. Sandra se movía como si la estuvieran filmando para una película porno; yo estaba excitado y erecto pero no sentía nada, aun así, cumplí mi papel y me retorcí bajo ella haciéndole creer que estaba tocando el cielo con las manos, mientras se movía conmigo entre sus piernas.

La puerta se abrió y la luz entró detrás de la espalda de Sandra. Tomás empujó a Paula afuera y sus ojos se clavaron en los míos. Atrapado con las manos en la masa. Sandra comenzó a moverse más rápido y ni siquiera notó la luz ni el portazo que nos regresó a la oscuridad. Antes que llegara sola al orgasmo, la empujé y la hice caer en la cama, enfervorizado por la adrenalina de la sorpresa y lo prohibido, y por el público que tenía que estar del otro lado de la puerta. La hice girar, y aprovechando el límite que estaba tocando de su propio orgasmo, desorientada, arremetí desde atrás sujetándola del pelo. Gritó por la sorpresa y la cama crujió bajo los

movimientos violentos con los que mi cuerpo se movía sobre mis rodillas. Y gritó más fuerte cuando mi ritmo se aceleró para llegar a mi propio orgasmo. Y después grité cuando alcancé el tope sin detenerme en las imágenes que estaba viendo, sin importarme si con el escándalo que estaba haciendo provocaba que nos echaran del hotel. Sólo quería hacer llegar el mensaje del otro lado de la puerta lo más fuerte que se pudiera. No me importa. No me importa. No me importa.

Exhausto y transpirado, me derrumbé sobre la espalda de Sandra y en un último gesto del caballero que no era, me apoyé en un costado para no asfixiarla. Todavía estaba jadeando y le aparté el cabello del rostro para mirarla.

—Lo siento... ¿Te lastimé?

—No... fue el mejor sexo de mi vida —Me reí entre dientes mientras se acomodaba en mi brazo y yo estiraba el otro, tanteando entre la ropa en busca de mis cigarrillos.

Después de relajarme y darle tiempo a Sandra de Santa Fe para recomponerse, fumamos otro cigarrillo juntos, me levanté de la cama para recolectar la ropa de ambos y dar por terminada la noche. Sandra se vistió en el baño y yo lo hice rápidamente ahí mismo. Comprobé la hora, eran casi las cinco de la mañana, el resto de los huéspedes del hotel tenían que estar volviendo después de bailar.

Cuando Sandra salió del baño, abrí su chaqueta de cuero marrón para ayudarla y la rodeé con el brazo al abandonar la habitación. En el piso, Tomás tenía a Paula que estaba dormida, las piernas cubiertas con su propio abrigo negro.

—Pau... —le susurró, pero ella sólo se acomodó mejor contra su pecho. Se puso de pie y la levantó en brazos como si no pesara nada.

—Pensé que se habían ido.

—¿A dónde? —Tomás me echó una mirada indescifrable antes de entrar a la habitación y cerrar con un golpe de talón.

—¿Ella también duerme con ustedes? —preguntó Sandra, sorprendida.

—Sí.

—¿Qué liberales que son los porteños!

—Sí... —dije, orientándola por el pasillo hasta las escaleras, poniendo los ojos en blanco.

Después de llevarla a desayunar y escoltarla hasta su hotel, me dio su teléfono y su dirección para que le escribiera. El papel terminó en la basura. Volví al hotel para cambiarme y afrontar el día que se iniciaba con una extraña sensación de alivio, pero al entrar a la habitación, todo eso se evaporó como una gota en el desierto. Tomás estaba sentado en el descanso de la ventana con los brazos cruzados, el gesto adusto y los ojos clavados en la puerta que yo abrí y cerré despacio. Paula estaba durmiendo en la cama que supuestamente era para él.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué pasa? —dije, con aire inocente. Tomás se puso de pie y se acercó hasta donde yo estaba. No me moví del lugar, como si me hubieran clavado las botas al piso.

—Por mi puedes coger con quien quieras... pero cuanto menos ten la delicadeza de avisarnos... somos tus compañeros de habitación.

—¿Qué? ¿Te cagué la noche? Hubieras llegado más temprano.

—Esos son los códigos de tus nuevos amiguitos. No los nuestros.

—¿Qué sabes tú de códigos?

—¿Qué te pasa?

—Nada... vine a divertirme, soy una persona libre, sin compromisos, con dieciocho años y una vida por delante para disfrutar.

—Genial.

—¿Algo más?

—Sí. No lo hagas en la cama de Paula. Nunca más. Es desagradable.

—No vi su nombre en ella.

—Habíamos dicho que tu dormías en la de arriba y yo en la de abajo. ¿Eso que nos deja?

—Que Paula no tendría que estar aquí —Demasiado tarde me di cuenta de las palabras que había dicho y cuando habían salido ya era muy tarde

para tragarlas. Desatornillé mis botas del piso y hui como el cobarde que era—. Me voy a bañar.

Capítulo 20 — ¿Cuánto nos va a costar?

Los días en Bariloche eran mucho más amenos que las noches, por lo menos para mí. Durante el día, Paula y Tomás se veían obligados a disimular lo que pasaba entre ellos y me necesitaban para la pantalla. Después de esa noche, mi actitud belicosa había desaparecido y volví a ser la tercera pata de la mesa. Pero al caer la noche, como si me transformara, cambiaba la ropa y me metía en la habitación de mis nuevos compañeros de fiesta. Con la excusa de darles un poco de privacidad, que ellos conseguían solos en la oscuridad de los reservados de las discotecas donde íbamos, ahogaba mis sentidos en la bebida alcohólica del día y llegaba colocado para seguir con la rutina de sexo ocasional que había adoptado.

En la excursión al Cerro Catedral, omitimos la guerra de bolas de nieve y subimos con otro grupo a la cima. Tomamos chocolate caliente, comimos torta y después nos tiramos al sol en un peñasco nevado y alejado. Paula disparó el tema.

—¿Qué van a hacer cuando terminemos?

—¿Después del viaje?

—Sí —Se acomodó en el pecho de Tomás y él tomó la invitación para abrazarla, sacándose un guante para jugar con su pelo. Desvié la mirada al vacío que se abría delante del peñasco pero no tuve ningún impulso suicida. Ya habían pasado tres días e iba manejando bastante bien la relación entre ellos, quizás podría sobrevivir mejor de lo que había pensado.

—Estoy entre Letras y Comunicación —respondí—. No lo sé. Nada que involucre números. Eso es definitivo. ¿Tú?

—Nada que involucre libros. Eso es definitivo —Los tres reímos y ella suspiró— Quiero cantar.

—¿Cantar?

—Sí... Es lo que siempre me gustó. Quisiera ser cantante, una artista completa. Cantar, bailar, actuar...

—Eso no es fácil... —Tomás puso los ojos en blanco, ella se incorporó en sus brazos para sacar su paquete de cigarrillos, encendió uno para mí y

después uno para ella. Aprovechó la distancia para mirarlo.

—¿Y tú?

—No sé. Creo que voy por periodismo.

—Podrían seguir juntos —dijo Paula. Fue mi turno de poner los ojos en blanco. Esa era la idea original antes de que el diablo, o su mejor alumna, metiera la cola.

—No lo sé. Quizás estudie en Francia. Rindo lo que me falta y puedo entrar a una universidad en Europa, no tengo muchos problemas. Por la vía legal, el marido de mi vieja me puede ayudar, y si no... siempre seré el hijo del diplomático.

—Suena a película “El hijo del Diplomático”

—Es lo que soy...

—¿Francia? —dijo Tomás, como si recién en ese momento hubiera escuchado mi primer comentario.

—Puede ser... no lo he decidido aún.

—Pensé que no ibas a volver —Yo también, dije para mí, exhalando el humo en aros que se confundían con el frío.

—De todas formas, sea lo que sea, será después del viaje... —Pese a los cambios, no estaba dispuesto a resignarlo.

—¿Y después?

—¿Después de qué?

—No sé... en la vida... no sé... en diez años.

—¿Diez años? Déjame pensar. Ya habría terminado la Universidad. Podría estar escribiendo un libro montado en un velero mientras recorro el mundo, dando clases en La Sorbonne, escribiendo para Time. ¿Tomás?

—Conduciendo un noticiero.

—Quiero probar suerte en Los Ángeles —dijo ella, levantando la cara al sol— Quizá pueda cumplir mi sueño de conocer a Tommy Lee.

—¡Ja! Ya te veía venir... —dijo Tomás, y Paula se estiró en sus brazos para acariciarle el rostro.

—No lo puedo evitar. Tengo la mejor réplica... pero el original me puede.

—Mi amor... Si consigues a Tommy Lee, les sostengo la ropa, hago guardia en la puerta y si lo necesita, les tomo fotos.

—Sí... claro —acoté, encendiendo el último cigarrillo de la caja.

—¿Tú no lo harías? —Puse los ojos en blanco y los ojos de Paula brillaron intensos.

—Necesitas un babero.

—Dos por favor —Tomás carraspeó e impostó la voz como el locutor del comercial de MasterCard— Pasaje a Los Ángeles, Mil Trescientos Dólares. Entradas para el recital de Mötley Crüe, Cuatrocientos Dólares.

—Que tu novia te cambie por el baterista de la banda y te sientas contento, eso no tiene precio —Reímos con ganas del hipotético, sabiendo que era algo que nunca nos iba a pasar. La vida misma daría tantas vueltas sobre su eje, que nos pondría a todos en una misma habitación y la disyuntiva quedaría planteada. Tomás hizo girar la rueda de vuelta.

—Y un poco más allá... ¿En veinte años?

—Boludo... En veinte años desapareció el planeta al ritmo que llevamos. Que importa.

—Sí, importa.

—No sé... —dije— No me veo tan lejos. ¿Tú?

—Triunfando en Estados Unidos después de una exitosa carrera en Latinoamérica. Luis Miguel con minifalda —Puse cara de asco y me dejé caer de espaldas, retorciéndome en simulado dolor de estómago.

—¿Me cortaste la digestión con esa imagen! —Cuando se nos pasó el ataque de risa, Paula volvió a la carga.

—Tomás... ¿En veinte años?

—Casado con varios hijos... una casa, perros, conduciendo un noticiero —Miré a Paula buscando en sus ojos que tan involucrada estaba con ese proyecto. Levantó el cigarrillo hasta sus labios, inhaló y se quedó mirando la brasa de punta— ¿Qué?

—¿Muchos hijos?

—No sé, MaP... los que Dios nos mande —El plural me pegó en la boca del estómago pero me mantuve en pie, o sentado para el caso.

—¿Por qué? ¿No te gustan los chicos?

—Sí... pero... mi vieja dice que te deformas después de tener hijos. Quedas gorda, desagradable. No sé si quiero que me pase eso.

—Tu vieja no es gorda —le respondió Tomás en tono amable y

conciliador, como queriendo convencerla, pero no parecía tener efecto.

—No sé...

—Olvídalo, MaP... —intervine, queriendo restarle seriedad al asunto. ¡Teníamos dieciocho, por el amor de Dios! — Siempre se puede adoptar. Las estrellas de Hollywood hacen eso. Hay tanto chico desamparado.

Paula miró a Tomás de reajo como si tuviera vergüenza de confesar que ella no quería lo mismo que él.

—Lo pensaré para después de los 30.

—Sirve para mí... —Se movió para descorrer su cabello y acercarse a sus labios, y yo sentí que era el pie para mi salida del escenario.

—Voy a buscar mis cigarrillos... ya vengo —Me puse de pie con un salto y me alejé del lugar, concentrado en mis pasos, pisando en la nieve tratando de mantener la estabilidad. Me pregunté ausente qué tanto nos costaría a cada uno de nosotros cumplir esos sueños.

Me encontré con mis otros compañeros en la confitería de la cima y me quedé allí. Paula y Tomás regresaron un rato después y al rato nos fueron a buscar. Caía la tarde y debíamos volver al hotel.

Incorporé a Tomás y a Paula a la mesa donde me sentaba con el resto de nuestros compañeros y de a poco nos fuimos integrando un poco más. Era una buena alternativa, aunque fuera en el último año y no nos quedara mucho más que cuatro meses por delante.

El último día del viaje de egresados, volvimos a la casa de Esteban para que le hiciera los últimos retoques al tatuaje de Tomás. Recién ese día pude verlo. Era impresionante, no solo por lo bien hecho que estaba, sino también por lo que significaba, lo bueno y lo malo. El de Paula también estaba muy bueno, aunque la víbora verde en su espalda parecía tener vida y mirar a los ojos con ánimo de clavar esos enormes colmillos en la yugular de quien quisiera lastimarla. ¿Por qué sentía en ese momento que la serpiente quería atacarme a mí?

Había llevado la cámara de fotos y con el permiso de Esteban volví al piso superior de la casita para tomar algunas imágenes del lago desde ese punto. Cuando volví, casi a la caída del sol, el tatuador estrella había terminado.

—Vince... ¿Nos tomarías una foto con el tatuaje? —Me alejé, enfocando cuando Esteban se metió en el medio y dio algunas indicaciones de cómo podía ser la foto y Paula se entusiasmó.

La imagen tenía que ser con el torso desnudo, ella contra el pecho de él, buscando el ángulo en el que el brazo y la espalda, a la altura del omoplato, coincidieran para quedar en el mismo plano. Esteban sugirió que levantara un poco el brazo para ver la curva de su pecho pero Tomás declinó amablemente.

La posición, desde afuera, se veía bastante extraña, hasta que Tomás la inclinó un poco para atrás, apartándole el pelo de la espalda y sosteniéndola de la nuca. Ella levantó el rostro y sus ojos se encontraron. Disparé sin enfocar. Hubo varias poses y tomé una docena de fotos más, pero fue esa primera que salió, impensada y accidental, cruda, visceral, la que se convirtió en obra de arte sobre algo más que film y papel.

Capítulo 21 — Golpéalos hasta matarlos, chico.

Último día, última noche. Fiesta de disfraces, la que en Buenos Aires habíamos estado planificando durante semanas. Yo había claudicado, dejándoles a ellos el papel protagónico. Las chicas del curso se habían puesto de acuerdo para vestirse como azafatas de los años setenta con los colores del colegio, minifaldas extremas, chaquetillas al tono y gorrito. Uno de los chicos, cuyo padre era comisario de abordaje hacía las veces de piloto. Paula y Tomás habían elegido algo un poco menos convencional. Iban a ir de Tommy Lee y Pamela Anderson. A la inversa.

Mientras Paula maquillaba a Tomás y él le dibujaba con marcadores en los brazos, trazos similares a los tatuajes que el baterista de Mötley tenía en su cuerpo, yo hui de la habitación hacia el último encuentro alcohólico del viaje. Habían preparado un cóctel satánico en la bañera de la habitación, con todo lo que había sobrado de su cargamento de contrabando. Estaba convencido que lo que me hizo mal fue el condimento de la mugre acumulada, pero al comienzo de la noche, el primer vaso se me subió a la cabeza con euforia. Cuando bajé y vi a todos disfrazados, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no desparramarme en el piso de la risa. A un costado, Paula y Tomás, enfundados en sendos abrigos negros hasta el piso, solo dejaban ver una parte de su vestuario. Yo conocía el resto. Lo único que se podía ver de Tomás era su peluca rubia, la misma que Paula usaba años atrás cuando emulaba a Vince Neil en el micrófono. Estaba con los brazos cruzados y me miró llegar a su lado con los labios apretados.

—¿Ya estás borracho?

—Te queda lindo el rubio... cuando te saques el abrigo vas a arrasar.

—No me jodas. Ya no me gusta tanto la idea de salir medio en pelotas delante de todos.

—Por supuesto... ¿Dónde va a quedar tu reputación?

—No te preocupes... —intercedió Paula—, te ves genial y cuando ganemos...

—MaP... no vamos a ganar. Y si así fuera, ¿Para qué vamos a competir

si no vamos a volver? — El premio para el ganador, y su curso, era regresar a Bariloche, y nuestros planes para ese verano, eran mucho más interesantes que volver en viaje de estudiantina.

—Porque, como siempre dices, lo importante es competir.

—En fútbol... y cuando juegas en la calle... —Me reí por lo bajo y recordé el vestuario de Paula. ¿Eran ciertas todas esas excusas o Tomás, en su nuevo papel de novio protector, no quería que Paula subiera a un escenario disfrazada así?

—Escuchen... yo me voy a adelantar. ¿Nos vemos allá?

—Seguro.

Me reuní con mis compañeros de copas y llegamos a la puerta de la disco temprano para comprobar que no había mucho nivel en los disfraces pero que había varios travestidos. De cualquier manera, Tomás seguía siendo la rubia más linda. Prendí un cigarrillo mientras recorría la fila en busca de la última beneficiaria de mi cruzada sexual. La mezcla de esa noche me estaba mareando más de lo esperado y ya me estaba costando permanecer derecho o hilvanar dos palabras seguidas sin reírme como un idiota. El resto del curso llegó y pudimos ingresar a la disco. Había decidido, por mi propio bien, no ingerir más alcohol, para evitar que el piso se siguiera moviendo debajo de mí.

Antes del concurso de disfraces, una banda local tocaba covers de grupos nacionales y música divertida que alentaba a la masa a moverse a su ritmo. Después de dos vueltas infructuosas y fallar en mi cometido, sacándole dos sorbos a la cerveza de Tomás, el momento de la competencia llegó pasada las dos de la madrugada, con la presentación de los concursantes.

Las azafatas de nuestro curso subieron con los acordes de Erasure y se llevaron todos los aplausos, sobre todo cuando mucho de lo que llevaban bajo la minifalda quedó expuesto. Aullé junto a la jauría de lobos que me rodeaba. Dos grupos después la música que se escuchó me hizo vibrar la sangre. El presentador hizo el resto

—Desde Los Ángeles, California, dos que han dado mucho que hablar con sus videos y sus palizas. ¡Aplausos para Tommy Lee y Pamela Anderson! —Aplaudí hasta que me sangraron las palmas de las manos.

Tomás entró contoneando su metro ochenta en un traje de baño rojo como el que Pamela Anderson usaba en sus tiempos de Baywatch, la peluca rubia llegándole hasta la mitad de la espalda. Para la delantera había comprado un disfraz en un cotillón que desbordaba los límites del bañador. Llevaba medias pero nada podía disimular sus piernas peludas, y no sabía a quien le había podido robar esas botas un talle cuarenta y cuatro como calzaba. La disco estalló a rabiar cuando traía con una cadena atada a un collar de perro al cuello de quien imitaba a Tommy Lee. Paula tenía el pelo batido en una maraña muy parecida a la que Tommy Lee usaba tras la batería, los ojos y los pómulos en negro casi punk, el pantalón de cuero ajustado como una calza, roto en sectores estratégicos que mostraban demasiado, una camiseta sin mangas blanca con tiradores negros y botas con tacón. En todas las noches que habíamos estado en Bariloche, jamás se había vestido como lo hacía en Buenos Aires, siempre optó por minifaldas y tacones, una sola vez jeans; había reservado ese atuendo para la última noche. Y había surtido efecto.

Miré alrededor y después del estupor inicial, mis compañeros estaban como si los hubieran enchufado a 220 voltios, gritando y aplaudiendo, silbando y haciéndose sentir desde el fondo de la pista. Los tatuajes de Paula se estaban escurriendo por los brazos por el calor de las luces.

El presentador les dio la palabra como a todos.

—¿Algo que decir.

—¡Que viva el Rock! —gritó, desahogada, mientras la gente saltaba al ritmo de Mötley Crüe.

—¿Tocan?

—Sí.

—¿De verdad? ¿Se animan a tocar? —Tomás y Paula se miraron y ella, como si fuera la dueña del lugar, le quitó el micrófono al presentador e hizo

visera para mirar más allá de las luces.

—¡Vince! ¡La guitarra te espera!

Mi corazón saltó varios latidos. De pronto mi sueño coincidía con el de Paula y, de la nada, apareció la oportunidad de tocar, como lo habíamos hecho mil veces sólo para nosotros, esta vez ante cientos de personas. Que nos sacaran a patadas o nos aplaudieran era sólo un detalle, la oportunidad estaba ahí. Adrián tenía un vaso con un líquido azul que no sabía que era pero debía ser fuerte si todavía estaba intacto. Se lo saqué de la mano y me bebí la mitad sin pedirle permiso, las luces estallando delante mío como fuegos artificiales. Y ya estaba sintiendo que la noche no iba a terminar bien, pero si mi destino era morir en un escenario, con la guitarra en la mano, escuchando los acordes de Mötley, podría gritar "¡Viví Bien!".

Rodeé la pista y subí al escenario como si los escalones estuvieran cubiertos de jabón. Tomás había encontrado su lugar detrás de la batería y Paula se apuró para ayudarme a llegar al centro del escenario. Levantó los palillos como si fueran para comer comida china e hizo gestos de no saber cómo empezar. Paula pateó un platillo y yo me reí como loco. Los dos me miraron.

—¡Estás pasado!

—Estoy como Nikki en sus mejores momentos.

—Eso es verdad —Me saqué la camisa que tenía arriba de la camiseta de Mötley negra y se la arrojé por la cabeza a Tomás para que no tocara con ese atuendo lastimoso; dijo gracias con los labios. Me colgué una guitarra que alguien me alcanzó, probé la afinación y los pedales. Hice callar a la multitud con un riff agudo y me acerqué de costado a Paula.

—¿Qué quieres cantar?

—Lo que puedas tocar.

—Vuélales la cabeza.

Me di vuelta y sin decir una palabra hice la mímica de las tres letras con las que empezaba el tema. Dr. Feelgood.

Deslicé los dedos sobre las cuerdas, las yemas presionando de memoria los acordes de la introducción mientras Tomás encontraba el ritmo; era como andar en bicicleta, podían pasar siglos, pero lo aprendido estaba allí, intacto. Desde el escenario, y con las luces encegueciéndonos, no podía ver los rostros de la gente, sólo una marea que ondulaba como si fueran millones, o sólo eran diez, pero para nosotros era suficiente. ¿Cuántos más en esa jungla de moderna podían llegar a conocer a Mötley Crüe? Paula se había calzado la segunda guitarra y acompañó en la intro antes de pasársela a la espalda y tomar el micrófono. Su voz estaba más gastada, de seguro gracias al cigarrillo, pero el efecto la acercaba aún más a Vince Neil en sus tonos más altos. Ella se acercaba a mí en los coros, porque yo tenía que usar toda mi concentración para tocar, por culpa del alcohol, tocar y mantener el equilibrio. Mi debut en un escenario fue completamente borracho. Ojalá hubiera alguien con una cámara porque con todo lo bebido no me iba a acordar de nada; lo que fuera, podía venirse el local encima, estaba teniendo una experiencia del tercer tipo.

El público deliró al final del tema y nos pidieron dos más. Tomás se bajó media botella de cerveza y Paula manoteó lo que le pasaban desde abajo sin saber que era. Entonada y en su ambiente, pidió She Goes Down. Mientras daba vuelta para ajustar una clavija, pensé si nos meterían presos o si Tomás lo iba a permitir. Levantó los palillos y los hizo chocar. 1. 2. 3. Arrancamos. Paula encajó el micrófono en el pie alto y me usó tres veces en los coros para dejar en claro, a aquellos que no entendían la analogía sutil, a qué se refería Mötley cuando decía que ella iba para abajo. Sublime.

La gente de la disco no sabía si hacernos bajar o pedirnos que tocáramos otra. Fuimos por una más pero me pidieron que no fuera tan exhibicionista como la anterior, o que cantara yo porque la chica estaba fuera de control. Tomás se había terminado el contenido de la botella y ahora nos alcanzaban champagne para festejar. Aparentemente con la performance les habían dado el premio al mejor disfraz, cualquier excusa era válida mientras el alcohol siguiera corriendo.

Último tema, no quería que eso terminara nunca más. Quería vivir por siempre en ese escenario, quería quedarme de por vida en ese momento, que nada cambiara, que como siempre, los tres, pudiéramos estar así, disfrutando, sin que la vida, las hormonas o los sentimientos nos pudieran separar. Same Ol' Situation.

Y todo terminó.

Tomás salió de atrás de la batería a los tumbos mientras yo me sacaba la correa de la guitarra por sobre la cabeza. La sentí saltar sobre mí y una columna impidió que cayera de espaldas. La abracé y la llevé al centro del escenario donde ya estaba Tomás. Como cualquier banda que se precie, saludamos dos veces; Tomás tiró los palillos que no eran suyos al público, demasiado metido en su papel de Tommy Lee y levantó a la chica hasta la altura de su rostro para besarla como si hiciera años que no la veía. Saludé una vez más con la mano y pasé por detrás de ellos buscando las escaleras para abandonar el escenario.

Abajo, no menos de veinte chicas me esperaban, ¡Oh! Las delicias de ser guitarrista de una banda de rock. Adrián se abrió paso entre ellas y estaba seguro que todos mis compañeros de armas aprovecharían mi gran momento para anotarse una conquista en la última noche en Bariloche. En mi noche de gloria yo solo quería encontrar el baño, meterme la mano en la garganta, sacar mi estómago como si fuera una bolsa de basura y darla vuelta para vaciarla. Era mucho más sencillo vomitar, pero dos rubias con mucho busto no me iban a dejar escapar.

Quería llorar.

Capítulo 22 — Golpeado en los dientes por amor

No sabía cómo había llegado a mi habitación, sumido en un black out producto del alcohol. Sólo sabía que había pasado el último siglo abrazado al inodoro, vomitando sin parar hasta que me sangró la nariz. Me dejé caer a un costado del artefacto, mi cabeza apoyada en la pared lo más alto que podía coordinar para que la sangre parara. Cuanto menos, al haber vaciado mi estómago, estaba un poco más consciente del entorno. Descansé en el silencio de la oscuridad hasta que la puerta se abrió del otro lado.

Las voces de Tomás y Paula me llegaron claramente. Las risas alcoholizadas de ella y los siseos de él, las letras resbalando en algunas ocasiones.

—¡Milagro! Llegamos antes que Vince.

—¡Qué suerte! Voy a poder dormir en mi cama esta noche.

—¿Dormir? ... ¿Quién habló de dormir? —El sonido de un golpe seco contra la ventana me dio la pauta del lugar geográfico donde estaban los dos. Tenía que salir de allí cuanto antes. Me arrastré sobre mis rodillas hasta la puerta y la abrí un poco, lo suficiente para tener platea preferencial a mi peor pesadilla.

Tomás estaba arrinconado contra la ventana, sus manos en la cintura de Paula, mientras ella lo tenía cercado con ambos brazos, entre su cuerpo y la persiana de madera.

—MaP... por favor —Tomás se resistía sólo de palabra, con la cabeza para atrás mientras ella trabajaba en su cuello, apoyándose en su pecho.

—Me ofendes, Tomás Veristartúa... ¿No te gusto?

—Me encantas... pero no...

—¿No qué?

—No así, Pau... estamos re borrachos...

—¿Y? No es que me estés violando... te lo estoy pidiendo.

—No...

—Por favor...

—No me agites, Pau... estoy al borde.

—¿Al borde de qué? —Exhaló cuando llegó a su boca y en un sólo movimiento, la levantó de la cadera mientras se sentaba en el descanso de la ventana y la acomodaba sobre él. Paula gimió mientras Tomás subía sus manos, describiendo las curvas de su cuerpo, la línea arqueada de su espalda, hasta llegar a su cuello y sostenerla con ambas manos mientras la besaba con pasión. Ahora era ella la que estiraba el cuello, maniobrando para darle paso a donde él quisiera ir, la camiseta cediendo al tirón que liberó su pecho, capturándolo entre sus labios. Las manos de Paula estaban ahora en su cabeza, sus dedos enredándose en su cabello, el único sonido en la habitación era la boca de él contra la piel de ella. Abrí un poco más la puerta y me apoyé contra el marco, incapaz de ponerme de pie, de salir de allí, de dejar de mirar. Mi respiración estaba acompasada a la de ellos, los latidos de mi corazón también.

De alguna manera estaba viviendo eso mismo, mi cuerpo reaccionando aún más que como sólo un espectador. Tomás se incorporó y la apretó contra la pared, las piernas de ella anudadas en su cintura. La camiseta de ella desapareció cuando levantó los brazos y después se encargó de deshacerse de mi camisa. Todavía tenía puesta mi camisa. Empujó sobre su cuerpo y su mano acarició el trayecto del cuello hasta el estómago, admirándola en la oscuridad, memorizándola en su tacto, apropiándose de cada pedazo de su piel. Volvió a levantarla y la hizo caer en la cama. Le sacó las botas y el pantalón de un tirón mientras ella se arrastraba sobre la cama para hacerle lugar. Se dejó caer sobre ella cubriéndola con su cuerpo, moviéndose sobre ella, el pantalón de cuero que llevaba, lejos de ser una barrera entre ambos, era un conductor de la electricidad y el fuego que había en el centro de los dos, el cuerpo de Paula apenas cubierto por una prenda ínfima, diseñada para desaparecer rápido. Tomás bajó de sus labios a recorrer palmo a palmo las curvas de su pecho, cada cima, toda depresión, los pliegues y los llanos, las marcas de las costillas mientras ella contenía la respiración y contraía el estómago. Su lengua se intercalaba con los dientes para robarle gemidos, mientras sus manos acompañaban el trayecto a los costados de su cuerpo, recorriendo su cintura, hasta detenerse en el pedazo de tela que lo

separaba de su destino.

Apenas podía respirar y sólo pude mover una mano para llevarla a mi boca mientras estaba concentrado en la única mano que podía ver de él. No le arrancó la prenda con los dientes, ni la deslizó por sus piernas, tampoco la destrozó con las garras; la movió a un costado, lo justo y necesario para acariciarla. Paula clavó los talones en la cama y levantó la cadera mientras respiraba con fuerza, aferrándose a sus hombros, arqueando la espalda como si los hilos que la manejaban desde el cielo la quisieran llevar allí. Tomás subió de nuevo a su boca pero sin mover la mano de donde estaba, avanzando despacio dentro de ella.

—¿Estás bien? —dijo contra sus labios mientras ella sólo asentía. Se movió contra su mano buscando sentirlo más profundo y él gimió queriendo ser mucho más dentro de ella, hacer mucho más.

—Sí... no tengas miedo... sigue... —dijo y lo besó con la boca abierta. Tomás sacó la mano de entre sus piernas y sin dejar de besarla se deshizo como pudo el pantalón, que no sabía de donde había aparecido. No tenía nada debajo, el cuero deslizándose sobre la piel revelando el final de su espalda antes de que ella lo envolviera con sus piernas de nuevo. Se quedó quieto un momento y se separó para mirarla.

—¿Estás segura?

—Por favor...

La última sílaba de su ruego se prolongó mientras él se movía entre sus piernas, mi imaginación haciendo el resto al asumir como se acomodaría en la entrada de su cuerpo, como empujaría despacio y ella se adheriría a él como un guante de satén, húmedo y caliente, mientras mis ojos estaban clavados en la base de su espalda, mirando como los músculos se contraían en el esfuerzo de resistir la potencia de lo que debía estar sintiendo envuelto en ese infierno, de contenerse entre la necesidad de descargar lo avasallador de las sensaciones y el miedo de lastimarla. Sus movimientos fueron avanzando despacio, retrocediendo y avanzando, buscando profundidad en cada movimiento, sus brazos a los costados de ella, su cadera empujando otra vez, las manos de ella deslizándose por su espalda,

desde los hombros hasta el final de la cintura.

Por fin se detuvo en lo que debería ser lo más profundo de ella y se inclinó para susurrarle algo que no llegué a distinguir, como si hubiera necesidad, las manos de ella cambiaron de las yemas a las uñas, clavándosele en la piel mientras él retrocedía y empujaba con más fuerza, acelerando el ritmo, cada movimiento acompañado de un gemido ahogado de ella y la respiración agitada de él. El jadeo fue in crescendo hasta que ella arqueó la espalda y sus labios se abrieron en un grito silencioso, aferrando con ambas manos las sábanas que se estiraban bajo ella. El ritmo se aceleró y la distancia se abrevió, hasta que no se separó de ella, sus brazos tensos, su espalda temblando, cubierta por una fina capa de sudor que brilló al reflejo de un halo de luz que se colaba entre las hendijas de la persiana de madera.

Paula soltó el agarre de las sábanas de a poco, como si el alma estuviera retornando a su cuerpo después de una vuelta por el paraíso. Tomás aflojó los brazos despacio dejándose caer sobre ella, cubriéndola con su cuerpo, fundiéndose en su piel. Se apoyó en ambos codos mientras le apartaba el pelo de la cara.

—Estás llorando —Sentí la humedad deslizarse por mi cara y la limpié con la mano negando, respondiendo la pregunta que no era para mí. Un sollozo ahogado me llegó de lejos y Tomás se incorporó un poco más— No llores, por favor... ¿Te lastimé? Háblame, por favor...

—Estoy bien... es que... fue... hermoso. Gracias. Te amo.

—Yo también te amo.

Se besaron de nuevo y cerré la puerta despacio, como si fuera el cortinado de un escenario, el telón de una obra macabra que me había cobrado de entrada un pedazo del corazón. Dejé caer la cabeza entre mis rodillas, abrazando mis piernas contra el pecho, como si esa posición fuera a evitar que me cayera en pedazos. Herido de muerte, esperé allí el final.

Capítulo 23 — Demasiado joven para enamorarse

Cerré el agua con rapidez: la lluvia se detuvo pero no la catarata de recuerdos. ¿Hay una edad para enamorarse? ¿En qué momento de la vida se aprende lo que significa el amor? En el medio de un flash, como una epifanía, descubrí que estaba enamorado de la persona menos indicada. Y entonces era válido preguntarse, ¿A los dieciocho años, un hombre está capacitado para decir que está enamorado? ¿Por qué en mi mente esa palabra sonaba a pecado y en los labios de ellos era la llave del paraíso? ¿Por qué ellos sí y yo no? ¿Qué había de diferente, de malo, en mí? Años de análisis me dieron la respuesta y entendí, no solo que no había nada malo en mí, sino que, como cualquier ser humano, tenía derecho a equivocarme en los caminos que elegía, y de la mano de Andrea descubrí el real significado de “El amor después del amor”.

Como si al pensar su nombre hubiera conjurado su presencia, mi teléfono sonó en la habitación y otra vez, desnudo y mojado, abandoné el baño en su búsqueda. Sostuve el aparato con mi hombro y la voz me llegó del otro lado del océano, en francés.

—*Bonjour, Monsieur Lacourlig.*

—Cuanta formalidad. ¿Estás en el trabajo?

—*Saliendo. ¿Cómo estás?*

—Bien. A punto de afeitarme... —dije, mientras limpiaba los rastros de vapor del espejo y analizaba la sombra de barba que haría desaparecer en instantes.

—*¿Cómo fue todo ayer? Disculpa que no te llamé pero tuve dos sesiones de fotos que completar y el director estaba como loco.*

—Puedo imaginarlo. Anoche cené con Tomás.

—*¿Cuándo me enviaste el mail?*

—Sí. Ahora estoy por salir a desayunar con mi madre.

—*Estaba furiosa cuando le dije que estabas en Buenos Aires. Mi falta. Te compensaré al volver.*

—Ya pasó. ¿Alguna novedad?

—*Ya tenemos fecha de vacaciones: empiezan exactamente cuando vuelvas. Creo que voy a tomarme un avión esta misma noche.*

—Debiste venir...

—*Siempre es un placer retratar a U2 en París. No me prives de ello.*

—Me cambiaste por Bono...

—*Y tú por Tommy Lee...*

—Touché.

—*Después de eso... toda una nueva vida* —Sonreí. ¿Habría comprado ya los pasajes?

—¿Ya tienes todo listo?

—*Sí. ¿Crees que deba comprar algo de ropa para eso?*

—Cualquier excusa es buena. Hazlo. Necesitas una buena dosis de tu *Shopping Spree*.

—*Por este tipo de comentarios es que te amo.*

—Y yo a ti. Te llamaré esta noche.

—*Si no contesto, ya estoy en el avión...* —dijo, entre risas.

Desconecté el teléfono y busqué todo lo que necesitaba y procedí rápidamente. Viajar con Andrea después de la visita a Buenos Aires me ayudaría a lamer las heridas que la memoria estaba abriendo de nuevo en mí. Aproveché ese momento de soledad y concentración para dejar que el mayor error en mi vida saliera del arcón de los recuerdos.

Abrí los ojos y me encontré en la misma posición fetal en la que me había quedado dormido, de espaldas a la pared en ese baño de hotel. Estiré las piernas como pude y me puse de pie, colgándome del lavabo. Al mover la puerta, el reflejo del sol de la mañana me pegó en los ojos, nadie había cerrado la maldita cortina y la habitación estaba iluminada como un estadio de fútbol. Pestañeeé varias veces y al enfocar en la figura que se recortaba contra la luz, pensé que era una aparición. De a poco la forma tomó identidad. Paula estaba delante de mí con expresión sorprendida, su cuerpo desnudo cubierto por una sábana blanca sostenida contra el pecho. En la cama, Tomás dormía boca abajo, tan desnudo como ella, sin el beneficio de la sábana. La miré de arriba abajo y me adelanté hacia la cama marinera, arranqué de un tirón la manta de lana y cubrí a Tomás. La ropa que ya había separado para el viaje de regreso a Buenos Aires cayó al piso.

—*Vince... no te escuché entrar.*

—*Llegué antes que ustedes...* —Levanté las prendas rápido y manoteé la

toalla que estaba colgada del respaldo de madera. Podía sentir el frío en mi mirada, el brillo despechado que emanaban mis ojos, confundiendo con la luz de la mañana—. Estaba en el baño.

—Lo siento... —dijo, en un susurro, mirando a Tomás desparramado en la cama.

—Yo también.

—Vince... —Corté cualquier cosa que fuera a decir porque no me importaba. Mi mente era la caldera del diablo y si no desaparecía rápido de esa habitación iba a explotar, llevándome conmigo varias víctimas.

—¿Vas a usar el baño? En verdad necesito una ducha —Negó rápidamente y la pasé como una exhalación, golpeando con tanta fuerza que la puerta rebotó sin cerrarse. Fue el baño más rápido de mi vida. Me sequé y me cambié. Tardé más tiempo en cepillarme los dientes y sacarme el sabor amargo de la bilis y los celos de la boca, que todo el ritual anterior. Salí vestido, cubriéndome la cabeza con una toalla para ignorarla al cruzarse en mi camino. Tomás estaba sentado en la cama desperezándose, con mucho menos vergüenza que Paula. Ni siquiera lo miré. Metí la ropa que me había sacado y las botas en mi maleta, cerré todo y la acomodé junto a la puerta. Busqué el paquete de cigarrillos en mi chaqueta y encendí uno.

—Buenos días.

—Se hace tarde. Los espero abajo.

Abandoné la habitación con la maleta en la mano y bajé los escalones como si condujeran al patíbulo de mi ejecución. El cigarrillo colgaba de mis labios, humeando sin inmutarse de mi agónico dolor. Lo único que pude pensar para mitigarlo fue encontrar la manera de separarlos, como si un ángel malvado se hubiera apoderado de mí con una única misión.

No los esperé. Me senté y desayuné solo, mientras muchos de mis compañeros recibían visitas de despedida de sus últimas conquistas. Terminé mi café con leche, encendí otro cigarrillo y me calcé los anteojos oscuros para salir a la calle. Las dos rubias que recordaba al pie del escenario, la noche anterior, estaban allí y cuando se acercaron a la puerta, supe que venían por mí. El sopor del alcohol había borrado cualquier

evento que las involucrara. Respiré aliviado cuando me dejaron sus teléfonos para vernos en Buenos Aires y concretar lo que se había insinuado en la noche. Guardé los papeles en mi billetera y esperé a que llegara el autobús.

Paula salió sola del hotel y se paró junto a mí. Tenía el mismo conjunto de gimnasia con el que había viajado antes, el pelo atado en una cola de caballo, todavía húmedo, y anteojos oscuros demasiado grandes para su rostro.

—¿Cansada?

—No. Dormí bastante bien —Dejé escapar una risa y me miró, sus mejillas encendiéndose.

—¿Qué pasa?

—¿Qué estás haciendo, MaP?

—¿Qué quieres decir? —El enorme bus llegó y aproveché el movimiento de gente para llevarla más allá de la puerta, haciéndola caminar conmigo, arrastrándola de un brazo.

—¿Qué estás haciendo con Tomás?

—¿Qué parece?

—Deja de contestarme con preguntas y contéstame.

—¿No es obvio?

—Estás destruyendo nuestra amistad. ¿No te das cuenta? Nada va a ser igual.

—¿Por qué?

—Porque esto no va a durar... porque se van a pelear y ya no vamos a poder estar juntos como antes. Estás cagando una amistad por una noche de calentura.

—No es eso. Yo lo amo.

—¿Y tú qué sabes de amor?

—¿Tú sí?

—No. Justamente... tenemos dieciocho años, no hemos vivido nada. Pero tenemos una vida juntos como amigos, una amistad que ha sobrevivido tiempo, distancia....

—No te entiendo... —La hice entrar a un pasillo y la apoyé en la puerta,

sosteniéndola de ambos brazos. La enfrenté, buscando hacerla entrar en razón.

—¿Cuánto piensas que vas a durar con Tomás? ¿Un mes? ¿Un año? Cuánto va a pasar antes de que encuentres un pelilargo que...

—No quiero estar con nadie más. Amo a Tomás. Siempre lo amé. Y lo voy a amar toda mi vida.

—¿Cómo lo sabes, si no viviste nada todavía? Si no has conocido a nadie. Él podría ser tu amigo para siempre, podríamos ser los tres como siempre, sin que el sexo se interponga entre nosotros — Paula cedió un poco, bajando la cabeza, como si meditara lo que le estaba diciendo. Tiempo de presionar aprovechando el momento de debilidad. Levanté su rostro con un dedo y la obligué a mirarme—. Tienes diecisiete años, toda la vida por delante, millones de personas por conocer, miles de sueños por concretar. ¿En qué quedan si entras ya en una relación legal? ¿En qué quedan los sueños de Tomás... el viaje a Europa? ¿Piensas que se va a ir y te va a dejar sola tres meses? ¿Cuándo va a volver a tener esa posibilidad, esta libertad?

Paula esquivó mi mano casi tanto como mis palabras, pero el veneno había entrado y estaba circulando. La duda estaba instalada porque había apuntado adecuadamente, no hacia ella sino hacia él.

—Él es a quien quiero. No quiero perderlo.

—Y no tienes por qué perderlo. Es tuyo. Simplemente, dense tiempo a vivir... y después... —No me dejó terminar; se deshizo de mis manos y pasó por mi costado para volver a la puerta del hotel. Tomás estaba allí, mirando por sobre la gente que se agrupaba para entregar el equipaje y subir al autobús, buscándola. Paula encendió un cigarrillo y atravesó los grupos hasta llegar a él. Tomás clavó sus ojos en los míos en el momento que me vio salir del mismo zaguán que Paula había abandonado dos segundos antes.

Cargamos el equipaje en el micro y subimos después de despedirnos de aquellos que quedaban en Bariloche. El final de ese último ritual adolescente estaba por terminar y veinticuatro horas de viaje nos quedaban por delante. Paula y Tomás habían encontrado su lugar los últimos asientos, yo me ubiqué en el que estaba adelante, sólo. Hubo risas y llantos,

canciones y anécdotas, hasta que el cansancio se hizo sentir y de a poco se fue creando el silencio.

Cuando la postal de nieve y montaña se perdía, se cerraron todas las cortinas y se empezaron a escuchar los primeros ronquidos. Estaba por estirarme para dormir cuando Paula apareció a mi lado.

—¿Te molesta sentarte con Tomás? Estoy que me muero de sueño.

—Para nada... —Me levanté de un salto y le hice lugar como todo un caballero, tapando con mi galantería mis armas de traidor. Se cubrió con su chaqueta y me desprendí de la mía para completar el abrigo sobre sus piernas. Acomodó la cara sobre las manos, como un ángel perfecto y cerró los ojos, invocando el sueño.

Tomás estaba recostado contra el asiento, la cara orientada a la ventanilla, mirando por la abertura de la cortina el paisaje que se desdibujaba en la velocidad del camino.

—¿Puedo? —Me miró como si lo hubiera empujado fuera de sus pensamientos, asintió en silencio y volvió a mirar por la ventana—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Con Paula... ¿Todo bien? —Torció los labios en una sonrisa.

—Sí. Mejor de lo que podía esperar.

—¿Estás seguro? —Cerró la cortinita y se acomodó en el asiento, haciéndole lugar a su orgullo de macho.

—Por supuesto. Sabes perfectamente que siempre estuve enamorado de...

—... enamorado... —Interrumpí su declaración de amor con la voz teñida de amargo sarcasmo. Mi tono sonó tan paternalista que hasta a mí me dieron ganas de vomitar—. Tomás, ¿Qué tanto hemos vivido para poder ponerle un nombre al amor?

—¿Hay alguna edad para enamorarse?

—La misma que para morirse —Arrugó la frente sin entender y sacudí la mano como apartando las palabras que quedaron flotando en el viento— Yo creo que estás equivocado...

—¿Por qué?

—Porque... ¿Sabes cómo va a terminar esto? Ustedes dos peleándose por alguna estupidez y la amistad de los tres destruida por nada.

—Esto no es nada. Es todo.

—¿Por cuánto tiempo?

—El que sea. Por mí es para siempre.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso tienes la bola de cristal?

—Sí. La compré en el mismo lugar que la tuya, donde puedes leer que esto no va para ningún lado.

Mis labios se tensaron cuando apreté la mandíbula, haciendo tronar mis molares.

—Qué desperdicio... —dije, negando con la cabeza y un gesto de resignación.

—¿Qué te pasa? ¿Estás celoso? —Contuve la respiración y subí los ojos despacio, hasta encontrarme con los suyos. ¿Era tan evidente? Sin duda. Debía estar verde como el increíble Hulk. Su sonrisa, ahora una mueca, dejó escapar un bufido mezclado con palabras— No soportas que yo esté con ella.

—Yo no estoy pensando en mí... o mejor dicho... sí... en mi amistad. En nuestra amistad. En todo lo que involucra y que desaparecerá en el momento en que a ustedes dos se les baje la calentura y se den cuenta que una amistad verdadera es mucho más importante que un buen polvo.

—Esto es mucho más que sólo eso.

—Eso lo vas a saber con el tiempo... cuando descubras quién eres, qué quieres hacer de tu vida. Son muy jóvenes para saber si están enamorados de verdad y por averiguarlo, están destruyendo lo mejor que tienen.

Tomás bajó los ojos, meditando mis palabras, la maldad que de pronto se había vertido en mis venas me hacía hablar con la sabiduría del demonio. Estaba sembrando la duda en los dos para destruir lo hermoso que los unía, solo para poder seguir estando en el medio, para poder tenerlos a los dos.

Era un verdadero monstruo. Verde de celos, enorme en la ira, destructivo

como un tifón.

Capítulo 24 — Bailando sobre vidrios

Me tomó una hora y fracción llegar a la puerta del local de McDonald's donde había quedado en encontrarme con mi madre. Viajé en un taxi con un cartel de prohibido fumar grande como mi cabeza, así que aproveché la velocidad que tomó por Av. Del Libertador para disfrutar del viento contra la cara entrando por la ventanilla. Traté de no pensar, aunque sabía que cualquier palabra podía llevarme de nuevo a un tour gratuito por el pasado. Y la parte que seguía no era un lecho de rosas.

Compré un desayuno poco frugal, subí las escaleras y encontré una maravillosa terracita que me dejaría disfrutar, no sólo del café y la nicotina, sino de la polución que las 22 líneas de buses que pasaban por esa calle dejaban en el aire, sin contar los cientos de autos que circulaban por esa esquina. Y la contaminación sonora de la gente, las frenadas, el percutor del taladro que rompía la vereda de enfrente. Un paraíso dentro del paraíso.

Desenredé los audífonos de mi iPod y anoté algunas preguntas que podía hacerle a Tomás en el almuerzo. Tenía toda la mañana por delante para organizar la entrevista, y en eso estaba cuando sentí una mano acariciar mi cabello desde atrás. Cerré los ojos y sonreí. Su mano llegó a mi mejilla y sentí sus labios en mi frente. Mi corazón se llenó de amor mientras inspiraba.

—Buenos días, hijo.

—Hola, Ma.

Me puse de pie y la abracé con fuerza, como si necesitara su consuelo una vez más. Me dejó hacerlo, porque sabía que yo no era muy adepto a las manifestaciones de cariño y menos en público. Y a una madre le encanta que sus hijos la abracen, aunque estén crecidos.

—Tienes el pelo largo.

—Sí... hace años. ¿Cómo estás? —Los años parecían no pasar para ella. Tenía la misma elegancia sosegada, el rostro terso y sin arrugas que recordaba desde que era un niño. Mi madre era hermosa en su belleza clásica, delicada como Audrey Hepburn, principesca como Grace Kelly.

—Bien. Francisco te manda saludos. Pide audiencia, que aunque sea vengas a cenar.

—Déjame ver qué puedo hacer. No le prometas nada.

—Sabemos que estás de paso por trabajo... por lo que, pienso tratar de negociar otra cosa contigo — Nos sentamos y vi que no traía nada para desayunar.

—¿Te compro algo?

—No. No me gusta el café de aquí.

—Hubiéramos ido a otro lado.

—No... Tomaré un té en la Alianza... pero sé lo que a ti te gustan los desayunos de aquí.

Sonreí ante su amor incondicional y me reconfortó, sobre todo cuando mis últimos pensamientos me habían pintado como un monstruo verde poco “amable”. Mi madre me quería aunque fuera una bestia destruye amores, uno que, pese a sus denodados esfuerzos, fracasó rotundamente.

—Dime pues... ¿Qué quieres negociar conmigo?

—No viajaré a Francia este año. Hablé con Adamant y vendrá a pasar las Fiestas con su familia aquí. Quería saber si tú y Andrea quisieran venir también... —Retrocedí y evalué la posibilidad. Andrea no tendría problema, eso era seguro, y podría volver para conocer al nuevo integrante de la familia Veristartúa.

—Creo que puedo arreglarlo. No es algo que tengas que negociar, mamá.

—Te cuesta tanto venir a Buenos Aires...

—Ya ves... todo se supera. El tiempo cura todas las heridas.

—Hay algunas que tardan más en cerrar.

—Lo sé. Pero bueno... aquí estoy... es una buena muestra de que he crecido y superado...

Ella me miró como si pudiera, más que intuir, saber, el océano que se escondía en mí. Tragué y aproveché la interrupción de una frenada que llamó la atención de todos para cambiar el ángulo de la información.

—Cuéntame... ¿Cómo has estado?

—Nada nuevo bajo el sol. Trabajando y trabajando... eventualmente cine y cena, algún fin de semana en la costa, nada vertiginoso —Me reí, tratando de rescatar algún evento vertiginoso en la vida de mi madre. Encendí un cigarrillo y la charla fue derivando en temas cotidianos de trabajo y hogar hasta que se hizo la hora en que debía entrar a trabajar.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Aprovecha el lugar hasta que tengas que encerrarte en algún lugar en que no puedas fumar —Mi madre me conocía de manera pasmosa, aterradora, si no fuera tan incondicional.

—Gracias Ma.

—Entonces, tenemos un trato. ¿En diciembre los tengo aquí?

—Sí.

—No puedo esperar —Se puso de pie y se inclinó sobre mí para besarme dos veces en cada mejilla.

—Te llamo antes de volver —Asintió y me saludó con la mano antes de abandonar la terracita. Me incliné sobre la baranda para verla salir del edificio y cruzar la calle. Como si sintiera mis ojos, al llegar a la vereda de enfrente giró y me saludó con la mano, para después buscar su camino desapareciendo detrás de la esquina.

El semblante de mi madre fue el recuerdo que vino a mi mente cuando volví a desparramarme en mi silla metálica. Puse a funcionar de nuevo el iPod, clavé los audífonos en mis oídos, configuré reproducción aleatoria, encendí otro cigarrillo y bebí otro sorbo de café, sin mirar y sin ver, de regreso al pasado.

Volvimos de Bariloche y descubrí, para mi pesar, que los intentos de destruir lo que había nacido en el sur habían sido estériles. Tomás y Paula continuaron con su relación intentando que no interfiriera con la amistad que había entre los tres. Él trataba de pasar todo el tiempo que tenía libre conmigo y limitaba a salidas nocturnas, visitas a los escalones de su casa o llamadas telefónicas sus encuentros con Paula. En los fines de semana, los sábados por la tarde los pasaba conmigo y salía con ella a la noche. Los domingos, estaba con ella a la tarde y se venía a la noche a mi casa a dormir. Durante la semana seguíamos nuestras vidas normales, en el colegio trataban de no enredarse demasiado y así, de a poco, la sensación de dolor e incomodidad se fue mitigando.

Al mes de volver de Bariloche, Paula declinó la invitación a una fiesta del reencuentro porque estaba enferma. Tomás y yo fuimos solos en mi auto y nos emborrachamos de tal manera que no pude siquiera manejar. Una

noche completamente olvidable. Después de dormir en el auto y manejar a mi casa el mediodía siguiente, llamé a Paula para ver como estaba, pero la madre dijo que seguía durmiendo desde el día anterior. Aparentemente seguía pagando los excesos del viaje de egresados. Desde que regresamos había estado enferma del estómago y cansada al extremo. Había bajado mucho de peso, se le notaba en el uniforme a medida que empezaban los días más cálidos, estaba pálida, ojerosa y malhumorada.

Ese lunes faltó al colegio para ir al médico y el martes siguiente llegó tarde porque le habían ordenado una rueda de análisis. Tomás estaba preocupado pero no delante de ella.

A la semana siguiente, acompañé a Tomás para inscribirse en la Universidad del Salvador para comenzar al año siguiente la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Fuimos en subte, esa zona no era de fácil estacionamiento y no pensaba gastar un centavo en uno privado. Tardamos dos horas en hacer los trámites y volvimos en colectivo, felices como perdices. Hicimos una parada en la casa de Tomás cuando regresamos para dejar sus documentos y después fuimos a la mía. Cuando llegamos, mi madre nos recibió con su semblante cálido y calmado de siempre.

—Paula llamó hace cinco minutos, eufórica... quería hablar contigo... —dijo mirando a Tomás.

—¿Me permite el teléfono?

—Por supuesto.

Tomás sacó el inalámbrico de su base y marcó el número que sabía de memoria. Nadie contestó. Volvió a marcar y a cortar casi de inmediato. Al tercer llamado alguien contestó.

—Hola, mamá... ¿Paula llamó? ¿Cuándo?... Ah... sí, en lo de Vince. La estoy llamando. Quizás salió. Ok. Si llama dile que estamos acá. Beso. Chau —Cortó y dejó el aparato acomodado en su lugar.

—Quizá salió... vamos a mi habitación —Me llevé el auricular inalámbrico y nos marchamos buscando privacidad. Pasó una hora y media, Tomás llamaba cada cinco minutos, pero nadie contestaba. Cuando volví a

la cocina, indagué a mi madre sobre la llamada.

—Ma...

—Sí... ¿Qué pasa?

—Cuando llamó Paula, dijiste que llamó eufórica. ¿Qué te dijo?

—Nada... estaba como acelerada, agitada... Quería hablar con Tomás o contigo.

—Pero no te dijo que le pasara algo.

—No... sólo me llamó la atención que estuviera tan acelerada... pero no debería extrañarme... no siendo ella, ¿Verdad? —Sonrió y despejó mis dudas. Volví a mi habitación pero Tomás no estaba tan despejado como yo.

—¿No contesta?

—No. Me voy para allá.

—¿Por qué?

—No sé... dice que la llame y no se queda a esperar la respuesta... es raro —Instaló la duda en mí y manoteé la chaqueta mientras lo seguía. Bajamos hasta el garaje del edificio y fuimos en mi auto hasta el edificio donde vivía Paula.

El lobby estaba vacío, el guardia de seguridad no estaba, la puerta estaba abierta. Tocamos el timbre varias veces y lo dejamos apretado hasta que nos dolió la mano. Tomás miró a ambos lados y entró traspasando la entrada de vidrio templado.

—Yo subo... —Meneé la cabeza y resoplé mientras lo seguía. Ya sabía cómo iba a terminar esto: El padre de Paula iba a hacer un escándalo. Desde que se había enterado que estaban de novios, trataba de limitar todo contacto entre ellos, aunque la madre los apañaba un poco. Después de las elecciones estaba también más en su casa, con más tiempo para controlarlos.

El ascensor estaba abierto y la distancia al piso 14 desapareció rápidamente. La campanilla sonó al abrirse las puertas y descendimos los dos en el palier privado. Tomás dudó un momento pero después se acercó a la puerta; primero intentó con el timbre, luego golpeó con los nudillos. Miré a mis espaldas y la puerta de servicio estaba abierta. Le agarré del hombro

y caminamos hacia allá.

Entramos por la cocina y cruzamos el pasillo de doble circulación. Tomás avanzó decidido camino a las habitaciones, yo asomé la cabeza al living, el corazón latiéndome furioso en el pecho, como si algo terrible estuviera por pasar. Todo estaba silencioso, como antes de que explote una bomba; esperaba ver todo dado vuelta, destrozado por ladrones pero nada, todo tenía un orden impecable, digno de una revista de decoración. Mis ojos vagaron en los detalles y encontré la base del teléfono sin el auricular inalámbrico. Uno a diez a que Paula estaba durmiendo como una marmota y no escuchó el teléfono ni el timbre y me estaba haciendo pegar el susto de mi vida.

Encontré algo fuera de lugar. Había un sobre en la mesa que sólo ostentaba un espectacular arreglo de flores amarillas. El blanco del papel contra el vidrio ahumado contrastaba, y me acerqué para mirarlo. Antes de llegar a él, junto al sillón de cuero blanco, sobre la alfombra negra con arabescos del living, había un papel entreabierto. Me sentía en el medio de una película policial. Lo levanté y lo leí. Eran resultados de análisis de laboratorio, varios resultados, nada que yo pudiera entender. Desde las habitaciones me llegó el grito de Tomás.

—¡Vince!

Automáticamente metí el papel en mi bolsillo y fui a la habitación de Paula, pero él no estaba allí. La cama estaba desordenada, el cubrecama caído y la guitarra en el piso. Salí y seguí por el pasillo cuando vi un borrón rojo en la pared inmaculadamente blanca a la altura de mis ojos. Tomás pasó a mi lado corriendo mientras gritaba

—¡Hay sangre! ¡Busca a Paula!

Gritó su nombre varias veces y entró en cada puerta que estaba cerrada, excepto una con llave que recordaba como el estudio del padre.

La desesperación me movió sin orientación. Repasé cada habitación

buscando debajo de las camas, en los baños, detrás de las mamparas. En la cocina, el cuarto de servicio y la despensa. En el piso también había sangre que parecía venir desde la puerta de entrada, marcando la alfombra. Tomás había salido del departamento por la puerta principal pero no lo encontré en el palier privado.

La puerta de salida de emergencia que conducía a las escaleras estaba abierta completamente. Allí también había sangre. El primer paso que di me hizo saltar hasta el techo, como si hubiera pisado una bomba. Un grito desgarrador llegó de escaleras abajo, no muy alejado. El grito agudo de un hombre aterrado. Corrí y vi la escalera llena de sangre, y al girar para llegar al piso inferior, el 13, la visión se convirtió en pesadilla.

El descanso tenía un ventanal de vidrio doble, de piso a techo, ofreciendo una vista privilegiada a las barrancas. El vidrio interno estaba destrozado, desparramado en el descanso, parte de las astillas en los escalones inferiores, la mayoría debajo del cuerpo de la chica que buscábamos. Llegué a atrapar a Tomás antes de que se abalanzara sobre ella. ¿Es que acaso no veía las películas? No había que mover a un herido.

La sangre se le escurría de las venas, danzando sobre el cristal, podíamos ver como su piel se iba poniendo cada vez más blanca.

—No, Dios mío... no... —susurraba Tomás, aferrado a la baranda de la escalera.

—No la toques... voy a llamar a la policía.

Corrí de vuelta al departamento y encontré una agenda junto al teléfono. No sabía a quién llamar, en Argentina no había número de emergencias en ese entonces. Encontré la referencia de los bomberos y fue lo mejor que me pudo pasar. La operadora que me atendió, me orientó y me dijo que no tocáramos nada, que la policía y ambulancia llegarían enseguida.

No podían tardar mucho, había una dotación de bomberos a menos de

diez calles de ahí. Volví a donde estaba Tomás, temblando y susurrando. Lo empujé para sentarlo en la escalera. Estaba con los ojos desorbitados mirando a la chica que amaba, como si pudiera transmitirle algo de su fuerza vital para resistir a que llegaran a asistirlo. ¿Hubiera sido mejor correr con ella al ascensor?, ¿Llevarla al hospital en mi auto? Desde donde estábamos pudimos escuchar el arribo de las sirenas.

No sé cuánto tiempo tardaron pero más de quince padre nuestro, seguro. Mi costado agnóstico aparecería mucho después, en ese momento todavía creía que Dios no quitaría de la faz de la tierra a una criatura tan hermosa, tan perfecta. Confiaba en eso. Dios la protegería.

Los paramédicos entraron corriendo a las escaleras y nos sacaron a empujones. Dos policías nos retuvieron hasta que la vimos aparecer en la camilla. Tomás caminó con resolución junto a ella y extrañamente nadie lo detuvo.

—¿Usted hizo la llamada de emergencia?

—Sí.

—Va a tener que acompañarnos —Genial. Mi mejor amiga se estaba muriendo y a mí me llevaban detenido. Lo único que faltaba era que pensarán que nosotros habíamos tenido algo que ver.

Ni bien pisé la comisaría reclamé mi llamada legal y llamé a mi madre. Me llevaron a una oficina minúscula y me sentaron frente a un escritorio repleto de papeles y una vieja máquina de escribir. Cinco minutos después se desató el escándalo. Los gritos me llegaban apagados pero por lo que decía podía suponer que era el padre de Paula. Entró como una tromba a la oficina y me agarró de la ropa para estrellarme contra la pared, violentamente. Vi destellos de colores antes de enfocar en su rostro furioso.

—Tú... Tú y tu amigo... Te juro por mi vida que si algo le pasa a mi hija los voy a matar a los dos.

—Señor Rodríguez Bordón... por favor.

Dos tipos lo sujetaron y me dejó caer en el piso después de sacudirme

una vez para poner énfasis en su amenaza. Lo retuvieron en tanto otro oficial, corpulento y con olor a cigarrillo, me levantó de un brazo e hizo que me sentara frente al escritorio. Lo rodeó y tomó asiento, mirándome con aires de superioridad.

—¿Nombre?

—Vincent Lacourlig.

—¿Edad?

—Dieciocho años.

—¿Usted hizo la llamada de emergencia?

—Ya les dije que sí.

—A mí no me lo dijo. Límitese a responder.

—¿Voy a necesitar un abogado?

—No lo sé... Dígame usted... ¿Hizo algo como para necesitar un abogado?

—¡No! — El padre de Paula se les escapó de las manos para volver a buscarme y al final lo sacaron de la oficina.

—¿Puede decirme que pasó?

—Paula había llamado a mi casa y cuando le devolvimos el llamado no contestó. Estuvimos llamando un tiempo...

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé... una hora... hora y media. Entonces decidimos ir a la casa a ver que pasaba.

—¿Por qué sospecharon que podía pasar algo?

—No lo sé... Porque Paula no dejaría de contestar un llamado de su novio, porque no se iría si esperaba un llamado de él.

—¿Usted es su novio?

—No. Tomás Veristartúa. Debe estar con ella en el hospital.

—Ah sí... Estamos trayéndolo a declarar —El padre de Paula volvió a entrar, más calmado, y me miró con ojos asesinos.

—A éstos dos los quiero presos... son mayores de edad.

—Señor Rodríguez Bor...

—¿Tú sabes quién soy yo? ¡Diputado Nacional! Y voy a ir con los tapones de punta contra todo el que no haga lo que yo digo.

—Señor Rodríguez Bordón... Sé quién es usted y, con todo respeto, no me

importa. Estoy haciendo mi trabajo, y aquí, ni usted ni nadie me va a decir que tengo que hacer —Fue entonces que vi la placa con el rotulo de "N. Español - Comisario" al grandote.

El padre de Paula echaba humo por las orejas, estrelló un puño cerrado contra la pared, dejando una marca de sangre, y abandonó la oficinita con un portazo, levantando varios papeles del escritorio. Exhalé y busqué en mi chaqueta los cigarrillos... cuando me estaba llevando uno a la boca me di cuenta que el Comisario me estaba mirando.

—¿Qué haces?

—¿Qué? ¿Me va a meter preso por fumar?

—Mira, pendejo, no te pases de listo porque te dejo incomunicado y vas a saber lo que es bueno. Esta no es tu casa... y tú... estás metido en un quilombo hasta los huevos... así que... —Bajé despacio la mano y guardé todo de nuevo en mis bolsillos. Entonces el comisario sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno delante de mí, mirándome con sorna, estableciendo sus dominios. Siguió con su interrogatorio, arrojando humo sobre mí—. ¿Cómo entraron al departamento?

—El tipo de seguridad no estaba. Subimos. La puerta de servicio estaba abierta.

—¿Forzada?

—No que yo haya visto.

—¿Y la principal?

—Tocamos el timbre y golpeamos, pero no probamos que estuviera abierta. La abrimos desde adentro cuando salimos.

—¿Cómo fueron a la escalera?

—No lo sé... yo estaba en el palier y escuché a Tomás gritar desde allí. Habíamos encontrado sangre en el departamento, yo busqué adentro pero no encontré a nadie.

—¿Signos de violencia?

—No que recuerde.

—Bueno... la verdad... no creo que hayan sido ustedes. No se hubieran quedado allí ni llamado a la ambulancia. Pero el padre de la chica quiere la cabeza de ambos.

—Busquen huellas... algo...

—Sabemos lo que tenemos que hacer... Ver películas no te hace un experto, esto es la vida real... y ustedes están muy comprometidos. Así que vayan buscando como justificar dónde y con quién estaban porque todos los dedos van a estar apuntando a ustedes —La puerta retumbó y un oficial asomó la cabeza.

—La madre del chico está aquí —El comisario me hizo una seña con la cabeza para que saliera y me levanté de la silla para huir de allí cuanto antes. Abracé a mi madre temblando. En ese momento traían a Tomás,... esposado. Mi madre se adelantó y el Comisario salió de la oficina.

—¿Qué pasa?

—Suéntenlo, por favor... Ellos estuvieron conmigo todo el tiempo, no hicieron nada malo.

—No quería venir. Se resistió. Fue la única manera de sacarlo del hospital —Tomás tenía los ojos rojos del llanto y varios moretones en el rostro que bien podrían encuadrar dentro del esfuerzo de los funcionarios públicos para llevarlo a la comisaría. Me miró y susurró.

—Está en el Hospital Pirovano. La iban a operar —El oficial lo empujó hasta la misma oficina donde yo había estado declarando, cerrando la puerta detrás de él.

Mi madre se negó a abandonar la comisaría hasta que los padres de Tomás llegaran, mientras yo caminaba en círculos como un león enjaulado, fumando como un loco por ir al hospital para saber cómo estaba Paula. Cuando llegaron, tomamos un taxi hasta allí.

En el lugar nos indicaron la sala de espera de los quirófanos y corrimos hasta allá. Ella avanzó, yo me quedé en el pasillo lateral intentando escuchar la conversación.

—Claudia... ¿Qué te dijeron?

—La golpearon... la violaron... perdió muchísima sangre... tiene hemorragias internas y contusión cerebral... la quisieron matar —Cada palabra era un puñetazo en mi cuerpo. Me dejé caer al suelo llorando con la cara entre las manos. ¿Cómo podía haber pasado eso?

El padre de Paula entró y salió varias veces, golpeando las paredes en su encolerizada impotencia, gritando que los culpables iban a pagar, y para él esos culpables éramos nosotros. Tomás no apareció en las siguientes tres horas en el hospital. Mi único consuelo era que no estaba allí solo y que fuera como fuera, sus padres ya tendrían un abogado para él.

Cuatro horas después, ya en el medio de la noche, un médico se acercó a la familia Rodríguez Bordón, mi madre con ellos, para darles el parte médico.

—Pudimos operarla con éxito, solucionando las hemorragias. Se le realizó una histerectomía de emergencia por desprendimiento de útero. Presentaba signos de acceso sexual forzado. Tiene una contusión cerebral y se detectaron dos coágulos por los golpes, en los que ya se le colocó un drenaje para descomprimir el cerebro. Está en coma farmacológico. Estabilizada pero con pronóstico reservado.

—¿Se la puede trasladar a un hospital privado?

—No por el momento. Cuando salga de terapia intensiva podemos evaluarlo —Escuché al padre de Paula maldecir, estrellar algo contra el piso y desaparecer por el pasillo opuesto al que yo estaba. El médico, después de una breve pausa en la que solo se escuchaban los sollozos de la madre, completó el parte médico—. No sé si sabía, pero su hija estaba embarazada... muy poco... unas seis semanas.

¿Seis semanas? Yo había leído eso. Saqué el papel que tenía en el bolsillo y releí rápidamente los números y porcentajes que había en el resultado de los análisis que tenían el nombre de Paula. "Subunidad Beta... 235 millones... equivalencia... seis semanas."

Doblé el papel despacio mientras hacía la cuenta mental. Seis semanas. El tiempo que había pasado desde nuestro regreso de Bariloche.

Capítulo 25 — Dr. Feelgood

Seis días fue lo que tardó Paula en despertar de su coma inducido. De acuerdo con los partes médicos de terapia intensiva, después de drenar los dos coágulos que habían develado la tomografía computada, como consecuencia de los golpes, un último estudio indicaba que los pocos remanentes podían ser reabsorbidos pero existía una preocupación, una pequeña lesión que no podían determinar si era preexistente o consecuencia de la presión de los coágulos en esa parte del cerebro. Como fuera, esa pequeña mancha era demasiado pequeña para entrar a indagar de qué se trataba, la relación costo beneficio de una operación cerebral no lo ameritaba.

Esperarían a que despertara y evaluarían si había quedado alguna secuela neurológica, ya que físicamente, sólo algunos cortes y la cicatriz en su vientre, eran la única evidencia de lo que había pasado. Por suerte, diría su madre, el cirujano que la había atendido era joven y consecuente, y la histerectomía había sido realizada de manera tal que la cicatriz era ínfima. Las consecuencias de esa operación no serían estéticas, de eso no cabía duda.

La otra pata de la historia era la investigación policial. El comisario Español estaba convencido que nosotros no habíamos tenido que ver con el ataque a Paula, a pesar de la insistencia del Señor Rodríguez Bordón. La comisaría interviniente había realizado las pericias en la escena del crimen y nos habían secuestrado la ropa para los análisis, así como tomado nuestras huellas ese mismo día para determinar si había sangre en nosotros. ¿Sospechosos? Fuera de nosotros dos, ninguno a la vista. Las pruebas nos exoneraban y los dos teníamos coartadas. Mi lista tenía personajes pero no nombres. ¿El guardia de seguridad? ¿Algún amante despechado de Halley? ¿Un mensaje político al padre de Paula? La policía debía tener alguna idea, o por lo menos eso pensé yo. Después de las pericias, interrogatorios e investigaciones, no encontraron nada. Nada. Ninguna huella desconocida, ningún rastro de el o los atacantes, todo limpio, cristalino, sospechosamente

impecable. ¿Nada? Después de bramar a los cuatro vientos que no se detendría hasta encontrar a los culpables, el padre de Paula retiró la denuncia. El fiscal que atendía en la causa cerró la investigación sin carátula. Todo desapareció. El empleado que estaba de guardia ese día fue despedido, la empresa de seguridad reemplazada. Las escaleras del edificio, limpiadas, el vidrio del descanso en la salida de emergencias recolocado y reforzado. En ningún lugar quedó rastro de ese ataque, excepto en el cuerpo mutilado de Paula.

Tomás estaba en la puerta de la sala de terapia intensiva en los dos turnos de visita y usaba sólo dos minutos de los quince en los que se permitía el acceso. Nunca faltó. Y fue el primero en estar allí el día que Paula despertó. Entró, habló con ella, y al salir me abrazó con tanta fuerza que pensé que se desmayaría. Pero no, se quedó allí firme, fuerte, como siempre lo había sido, como siempre lo sería. Cada muestra de entereza de su parte me hacía dudar aún más en abrir la boca con respecto a lo que sabía.

Después de la profunda charla que había mantenido con mi madre, sobre qué debía hacer con la información que tenía, decidí que era patrimonio de ellos, y de Paula más específicamente, tomar esa decisión, con todo lo que ello implicaba. Mi mente se bloqueaba sistemáticamente cuando tenía que pensar en el futuro de ambos después de ese ataque. No podía.

Al séptimo día Paula fue retirada de terapia intensiva e inmediatamente derivada a un sanatorio privado para terminar su recuperación. En la habitación 228, al día siguiente de su traslado, fue donde decidí verla por fin. Nunca había entrado a terapia intensiva, algo me decía que no debía verla allí, como si tuviera un temor oculto a que no sobreviviera y que esa imagen de ella en coma, conectada a un respirador, inconsciente, más cerca de la muerte que de la vida, fuera el recuerdo que se quedara conmigo para siempre. El turno de visitas ya había terminado y en esos horarios Tomás era sumamente estricto. Se retiraba a las ocho de la noche para evitar cualquier conflicto con los padres de Paula. La madre había ido a la casa a

bañarse y aún no había regresado cuando entré a la habitación.

Su cama estaba al lado de la ventana. Entré y cerré la puerta sin modificar el silencio que la rodeaba. Quizás estaba durmiendo. Tenía el rostro hacia la ventana, las manos cruzadas a la altura de su vientre y los ojos cerrados. A su lado, como un guardián en la ausencia de su dueño, un perro de peluche que Tomás le había regalado. Si hice algún ruido, no lo escuché, pero ella giró la cabeza hacia donde yo estaba en el medio de la oscuridad, la habitación apenas iluminada por un reflejo del exterior.

—Pensé que no vendrías.

—Los hospitales me ponen nervioso... —Extendió el brazo y tomé la mano que me ofrecía. Se acomodó entre las almohadas y torció la boca como si le doliera algo— ¿Cómo estás?

—He estado mejor.

—Lo sé —Se acomodó el cabello y tocó la base de la nuca, le habían cortado el pelo allí, un daño colateral leve que ella se permitía lamentar. Tomé su mano y susurré:— Lo siento.

—Gracias, Vince... si ustedes no hubieran llegado...

—Mérito de Tomás.

—Ya le di las gracias a él también —Acarició ausente el perro de peluche, volvió a dirigir la mirada a la ventana y yo acompañé sus ojos. Los moretones y los cortes estaban desapareciendo, suponía que no solo en su rostro.

—¿Cuándo vas a poder salir?

—En unos días, creo. Esperan un resultado de la cabeza y ya está. El resto está... bien —Bien no era la palabra pero, ¿Cuál otra podía usar?

—¿Recuerdas algo? —Yo ya sabía la respuesta porque Tomás también se lo había preguntado. No recordaba nada, quién la había atacado, qué le habían hecho. Nada. Su mente estaba bloqueando lo ocurrido, quizás un psicólogo la ayudaría. Negó con la cabeza sin mirarme y apreté la mano que aún mantenía en la mía— Todo va a estar bien. Vas a volver a tu casa y vas a estar segura...

Giró la cabeza despacio y algo en el brillo de sus ojos me dijo que no

sería así. Por supuesto, había sido atacada en su casa. Ya lo había pensado. Si yo fuera la madre de Paula me estaría mudando ya mismo, si yo fuera el padre de Paula quemaría el edificio hasta sus cimientos. Pero no, si de algo se caracterizaba la familia Rodríguez Bordón era de su inmensa capacidad de hacer culto a la normalidad, al "no te metas", al "aquí no ha pasado nada". Pero yo no pertenecía a esa religión.

Me incorporé en la cama y saqué del bolsillo trasero de mi pantalón un papel ajado de tanto desdoblarlo, de cambiarlo de lugar, de leerlo y releerlo, como si con el paso del tiempo algo de su contenido pudiera cambiar. Paula palideció, sus ojos viajando del papel a mis ojos.

—¿Qué es eso? —dijo, perdiendo todo el aire que aguantaba en sus pulmones. No necesitaba la respuesta.

—Yo... encontré esto en... el living de tu casa —Tenía los ojos abiertos como platos. Atrapada. El secreto estaba al descubierto.

—¿Quién... —Se aclaró la garganta y cambió el sujeto de la oración— ¿Tomás lo sabe?

Negué en silencio y en un parpadeo la tenía incorporada, sosteniéndome con fuerza de ambos brazos, queriendo sacudirme como si pudiera, para intimidarme, amedrentarme.

—No digas nada... por favor... no sabe nada y yo no quiero que lo sepa. Lo destruiría... — Miró al costado hablando con ella misma más que conmigo— Todo lo destruiría. Por favor.

—MaP... tienes que decírselo. Yo no lo hice porque es tu vida... pero también es parte de la de él...

—Ya no... Ya nunca más...

—Lo sé... —La devastación en sus ojos valía más que la pregunta obligada y su propia respuesta. Si yo sabía que ya no existía aquello que el análisis revelaba, también sabía el por qué y sus consecuencias.

Las lágrimas que caían de a poco de sus ojos pronto se convirtieron en un torrente con caudal propio. Sus manos estaban clavadas en mis brazos y me sacudía con la fuerza de sus sollozos.

—No le digas, Vince. Por favor. Me muero si él lo sabe... me muero si él se entera de todo... me voy a morir... —Las palabras calaban en mí con otro significado, como si esa verdad fuera a terminar con su vida y no de manera retórica, como si ella misma se fuera a encargar de hacerlo. El pánico me hizo retroceder. Solté las manos que se aferraban a mí y las apreté contra mi pecho antes de abrazarla para contenerla, para sostenerla. Y de mis labios salió el juramento que jamás tendría que haber pronunciado.

—Te prometo que no le voy a decir nada —Se separó de mí lo suficiente como para clavar sus ojos en los míos. Una promesa no era suficiente.

—Júralo... por nuestra amistad... por mi vida. Jura que nunca se lo vas a decir.

—Te juro sobre lo sagrado de nuestra amistad, que no se lo diré.

—Nunca.

—Nunca.

Se dejó caer en mis brazos. La apoyé sobre las almohadas sin separarme de ella, las lágrimas lavando las heridas, y mi juramento, abriendo la caja de sus secretos. Ese sexto sentido que me llevaría a ser un periodista de relativo éxito, con capacidad para encontrar la buena pregunta y la mejor repregunta, la apariencia que le daba confianza al entrevistado para desnudar su alma para la nota, surgió en ese momento. Algo en mí, ese animal que para algunos era simplemente un bichito, la curiosidad, rugió como un león. A nada de distancia, con ella en mis brazos, me convertí en el cura de su confesionario, el abogado atado al secreto profesional, el amigo que jamás la traicionaría. El lobo disfrazado de cordero.

Me incliné sobre ella hasta que mis labios llegaron a su oído, la nariz enterrada en la densidad de su cabello lacio con olor a limpio, la oscuridad amparando esa cercanía prohibida.

—Puedes confiar en mí. Cuéntame, MaP... cuéntame qué pasó.

Un escalofrío la recorrió entera, esa corriente eléctrica la abandonó como su última resistencia. Inspiró con fuerza, exhaló y relajó las manos. Me sentía mareado por su perfume, no el del jabón con el que habría lavado

su cuerpo o el champú de bebé que usaba desde siempre, era ella, su aroma como el licor, algo cítrico pero dulce, colándoseme por la nariz para golpear todas las terminales neuropáticas de mi cerebro. Su cuerpo estaba dejándose ir y acomodé la frente en la almohada para no cambiar la posición. La humedad de sus lágrimas se transfirió a mis mejillas, su dolor tangible como si fuera mío.

Me quedé allí esperando alguna palabra. Cuando quise apartarme, su mano libre aferró mi brazo para mantenerme en lugar y el susurro que escapó de sus labios, con más de respiración que de palabra, una brisa acariciando un carillón, llegó a mi oído con la suficiente fuerza para decodificarlo.

—Fue mi culpa —Esa frase no era precisamente la que esperaba, pero fue lo que necesitaba. Ya me estaba arrepintiendo. No tenía derecho a empujarla a esos recuerdos, ya fuera que los ocultara o los bloqueara—. Perdió el control... pero fue mi culpa... yo dejé el sobre tirado en la mesa.

Sentí que mi sangre se había evaporado. No respiré, no tragué, no me moví. Me mantuve allí, fundido a ella para no espantar las palabras. El sollozo que le siguió fue apenas audible, hundi mi mano en su pelo, presionando más su rostro al mío y cerré los ojos, el hilo de la narración tomando su propio camino, entre sus palabras y mi imaginación, sintiendo como si me sumergiera en sus recuerdos, obra y gracia de algún artefacto mágico creado por una autora británica en una escuela de magos. Y si algo había frondoso en este mundo, era mi imaginación, esa enorme capacidad de poner en imágenes lo que leía, lo que escuchaba, como si fuera una película proyectándose en mi mente. El flashback previo a la película de terror.

>>

Paula había terminado la comunicación telefónica cuando escuchó retumbar en el pasillo de su casa los pasos pesados de su padre y el grito de guerra que lanzó con su nombre la hizo retroceder hasta pegar de espaldas contra la pared. Su rostro, desdibujado en el terror, mostraba la certeza de

que lo que seguía sería violento para ella. Se movió en paralelo a él buscando la salida, mientras le gritaba fuera de sí.

—¿Estás embarazada? Pedazo de perra... maldita sea... eres una tremenda puta sin un gramo de cerebro para cuidarte... infeliz... desgraciada... —Cuando avanzó un paso, Paula pudo encontrar su escape corriendo hacia la puerta pero no pudo contra su agarre, cayendo atrapada en el pasillo. La arrastró hasta una de las habitaciones y ella intentó aferrarse a la alfombra para frenarlo, pateando desesperada hasta que la sujetó del pelo y la empujó al piso de nuevo. Las patadas y los golpes de puño la hicieron perder parte de la conciencia, pero no lo suficiente, cuanto mejor hubiera sido no estar despierta para lo que seguía.

Le atenazó la cadera con ambas piernas y desgarró su ropa interior. Los golpes, con la mano cerrada y abierta la estrellaban contra el suelo, haciéndole ver las estrellas, sacudiéndola como si tuviera el cerebro en una coctelera. Ni siquiera la alfombra amortiguaba las sacudidas de la paliza.

—Y tú, pendeja... eres mía... de nadie más... nunca... de nadie... primero te pongo fría. ¿Quién fue? El otro pendejo, ¿Verdad?, ¿Sabes qué? Lo voy a acusar de violación. Le voy a destruir la vida por destruir la tuya. Lo voy a meter preso.

—¡No! ¡Por favor, no! —La sujetó del cuello y apretó hasta que el aire no pasó por su garganta. Oh, la muerte y su piedad. La muerte haría que terminara su infierno personal, alejándola del martirio corporal. La oscuridad devorándola, y ella aferrada a la esperanza, esperando que en algún lugar de ese vacío oscuro se abriera la puerta que la llevaría a la luz. ¿Estaría Dios esperándola allí? ¿Le tendería la mano para recibirla?

No.

Las putas no merecen el cielo. Las que usaban su cuerpo para conseguir lo que querían, no, y en esa lista, donde su nombre encabezaba los top ten, ella sabía que no podía incluir a aquellas que lo hacían por necesidad, por sustento, por alimentar a sus hijos. No. Ella usaba su cuerpo para conseguir lo más vano de la adolescencia, un viaje de egresados, un par de tetas, una

fiesta de cumpleaños, un vestido nuevo, perdón por ser expulsada del colegio. No, las de su especie tendrían como destino el infierno, personificado en un agujero negro sin final o la conciencia de ver los ojos del hombre que volvía a entrar en su cuerpo con furia, el hombre que tenía los mismos ojos color chocolate que ella.

Apretó los dientes y contuvo los gritos de dolor, porque era lo que había aprendido, a callar, a fingir que estaba dormida cuando él entraba por la noche a su habitación, a apretar los labios mientras su cuerpo, que estaba creciendo, toleraba las manos que la acariciaban, las palabras que iban teniendo otros significados, a llorar en silencio para no despertar a Solcito que dormía del otro lado de la pared. El dolor era abrumador pero no suficiente para desconectarla de su cuerpo. Ése era su castigo. Sentir como la estaba destrozando por dentro y no solo a su cuerpo.

Se sintió levitar, el dolor diseminándose por su cuerpo como si lo hubieran inyectado en sus venas. Sintió el roce de su cuerpo contra las paredes, el movimiento en el aire y el último golpe que la empujó al vacío. Abrió los brazos cuando por fin apareció la luz brillante que esperaba, se rindió a la prueba del cielo, pero el pecado estalló y se hizo añicos en su piel.

<<

Se estremeció al volver a mí.

—Las arrastradas como yo no merecen el cielo, ¿Ves? Hay como un vidrio... No pude entrar al cielo. Toca seguir en el infierno...— Me di cuenta que ya no eran sus lágrimas las que bañaban mis mejillas.

De a poco, después de la confesión, se fue relajando en mis brazos, su respiración volviendo a un ritmo normal, más profunda, llenando sus pulmones. Su espalda volvió a acomodarse entre la suavidad de las almohadas y sus manos soltaron su férreo agarre de mi ropa. Deslicé la boca sobre sus mejillas mojadas hasta la punta de su nariz, besé sus ojos y descansé los labios en su frente. Me separé lo suficiente para mirarla, su

imagen tomando una dimensión por completo diferente a la que siempre había tenido de ella. De pronto la vi tal cual era, sin ese velo que la había opacado. Fuerte, valiente, una sobreviviente, su belleza al límite de los ángeles del cielo. Y yo había pensado antes que era hermosa...

Abrió los ojos e inspiró profundo de nuevo.

—Me siento mucho mejor. Eres un gran doctor.

—Lo soy... Un secreto compartido suele ser más liviano.

—Tengo que decir que sí.

—No más secretos, ¿Verdad? —Negó con la cabeza y dejó que le acariciara el rostro.

En ese momento decidí que mi misión en vida sería encontrar la manera de que ese hijo de puta tuviera castigo, aunque no sabía cómo lo iba a lograr. Como tampoco sabía cómo iba a hacer para cumplir mi palabra. Paula adivinó en mis ojos lo que me estaba cuestionando y apretó mi mano en la suya.

—Lo juraste... —Asentí más por miedo que por convicción. Callaría.

Capítulo 26 — Seguimos con el show

Mis días callando el secreto de Paula se convirtieron en una autopista al infierno. Mientras estaba conmigo en el colegio sentía que podía protegerla y pasábamos mucho tiempo fuera de él juntos, así que prolongaba mi sensación de tranquilidad. Dejarla en su casa era un calvario. Después de abandonar el hospital, había vuelto al colegio rápidamente. Se puso al día y pudo rendir los exámenes finales con éxito para terminar quinto año sin perder materias. Todo parecía haber vuelto a la normalidad, el colegio y el curso al que pertenecíamos eran del club de la madre de Paula, "Aquí no pasó nada". Nadie parecía ver los restos de los golpes en su rostro, nadie preguntaba pero todos susurraban por detrás.

La histérica obsesión por la seguridad de Paula duró apenas una semana. Cuando asumieron que el violador no aparecería detrás de un árbol, encomendaron la protección de su hija recién abusada en mis manos, no es que yo me fuera a quejar, cada uno retomó sus actividades cotidianas, el padre con sus temas políticos, la madre con sus actividades de consorte, que ahora incluían grupos de esposas de políticos en apoyo a causas sociales como la desprotección de la infancia, violencia familiar y programas de mujeres abusadas. ¿Podría ella ver más allá para ayudar a los demás, cuando las cosas pasaban en su propia casa? O peor aún, ¿Sabía pero no hacía nada para mantener el Status Quo de su vida? En verdad quería creer que no lo sabía, que era un estúpida, aunque fuera como fuera la madre de Paula obtenía la misma calificación que el padre.

A partir de entonces, Paula pasaba mucho tiempo conmigo, quizás porque, al conocer su secreto, me había vuelto mucho más cercano y podía hablar conmigo otras cosas, o porque tenía miedo de que yo estuviera mucho tiempo con Tomás y se me soltara la lengua. Como fuera, ahora el excluido del grupo era él y no yo. Yo la acompañaba en los recreos, a la casa y a la terapeuta a la que iba dos veces por semana para poder afrontar lo que le había sucedido. ¿Le habría contado la verdad o mantendría su

versión "black out" postraumático para proteger al monstruo?

Durante el día parecía su guardaespaldas, por la noche extendía la vigilancia a distancia. Los llamados nocturnos a Tomás habían desaparecido, bueno en realidad habían cambiado de número telefónico. Ahora me llamaba a mí. Su padre casi no estaba, preparándose para entrar al Congreso, para ser uno de los representantes del pueblo. La sola idea me revolvió el estómago pero, ¿Qué podía hacer? ¿Una denuncia anónima? ¿Hablar con mi madre? Tenía tanto miedo, entre la amenaza implícita de Paula y las represalias del padre, que estaba completamente paralizado. Como si eso fuera poco, Tomás estaba ciego de celos. Y la situación se agravó cuando Paula decidió hablar con él.

Desde que había salido del hospital no habían estado juntos pero ninguno de los dos había dado por terminada la relación. Tomás no pensaba presionarla después de tremenda tragedia, lo último que necesitaba Paula era demasiada cercanía con un hombre. El asunto era que, Paula había cambiado un hombre por otro, esa era la realidad para él. Nuestra relación había crecido exponencialmente y me era difícil contener los abrazos y tenerla cerca mío para protegerla. Y Tomás lo interpretó como lo sintió. Ella ya no estaba en sus brazos sino en los míos, con todo lo que eso significaba.

Salimos del colegio y caminamos hasta la esquina antes de encender el primer cigarrillo de la tarde. Tenía que acompañarla a la terapeuta. Tomás se quedó en la puerta del colegio mirándonos, Paula notó su ausencia al detenerse y miró por sobre el hombro. Dejó el cigarrillo sin encender en mi mano y deshizo el camino hasta donde él estaba parado. Cruzó los brazos sobre el pecho. Ella se detuvo a dos pasos de él. Encendí un cigarrillo y me apoyé en la pared de costado mirando la escena. ¿Era necesario que tuviera subtítulos por la distancia? No.

—Tengo que hablar contigo.

—No es necesario... Ya entendí.

—En verdad... Sabes lo que siento por ti pero... ahora no puedo estar contigo.

—Lo sé... y no te estoy pidiendo nada... nada más que estar, de la manera que lo necesites.

—Es lo que quiero... Te necesito como antes, como amigo. Como lo tengo a Vince.

—¿Es lo que es? ... Cuando te abraza no parecen tan "amigos".

—Está un poco sobre protector con lo que pasó.

—Y de paso aprovecha...

—Estar celoso de Vince es una estupidez...—Estaban hablando de mí, porque Tomás levantó la vista y sus ojos me apuñalaron.

—Bueno... hagamos como hemos hecho siempre... Ustedes dos sigan adelante que yo espero como la alfombra que siempre está a tus pies, disponible para su uso cuando lo necesites, cuando tengas ganas...

—Tomás... yo no...

—¿No, qué? Es lo que siempre hiciste conmigo. Pensé que en Bariloche las cosas habían cambiado, pero quizás sólo te sacaste las ganas... Como un adicto al que le sacamos su cuota semanal de sexo con cuanto pelilargo se te cruzaba.

—Que buena imagen tienes de mí. Muy... acertada...

—Tú no tienes idea de las veces que me agarré a trompadas por ti. No tienes idea de las veces que me emborraché para olvidar que estabas en los reservados...

—Basta...

—¿Basta? Ok... Basta, entonces... Sigue con tu vida, Paula. Yo voy a tratar de seguir con la mía.

Paula giró y corrió a donde yo estaba para recibirla con los brazos abiertos, llorando acongojada como si la hubiera azotado. Tomás miró la escena frío como un iceberg y desapareció como una sombra por la otra esquina. Me llevó horas lograr que Paula se calmara y me contara, con ese lujo de detalles que me transportaba, la conversación con Tomás. Esperé en la escalera del edificio de la terapeuta y después la acompañé a la casa. En vez de volver a mi casa, fui directamente a la casa de Tomás.

Cuando llegué, estaba sentado en la puerta. Todavía tenía el uniforme y

la mochila a su lado aún cuando hacía horas que debía haber entrado a su casa. Tenía los brazos apoyados en las rodillas y los ojos clavados en el pavimento, hundidos en la nada. Me paré delante de él y encendí un cigarrillo.

—¿Quieres que hablemos?

—Al final te quedaste con la chica... Felicitaciones.

—Sabes que no es así —Levantó los ojos y el sol de la tarde lo obligó a entrecerrarlos.

—¿Lo sé? ¿Cómo? ¿Porque me acaba de dejar? ¿Porque está siempre contigo? ¿Porque quiere que seamos solo amigos?

—Disculpa pero... ¿En algún lugar de tu egoísta miseria recuerdas que acaban de violarla, de arrojarla contra una ventana e intentar dejarla morir?

—Me acuerdo perfectamente... yo la encontré en esa escalera.

—Y yo estaba contigo... Y siempre lo voy a estar. Junto a ti, junto a MaP —Bajó la mirada y la clavó en el espacio que había entre un zapato y el otro. Me arrodillé frente a él— Dale tiempo, pero no la dejes sola. Volvamos a ser nosotros tres, como antes, acompañémosla, ayudémosla. Cuando esté preparada para volver a tener una relación, dalo por hecho, volverá a estar contigo.

—Júrame que no estás saliendo con ella... —Esto es ridículo, pensé. Aun así, levanté la mano izquierda que sostenía el cigarrillo y coloqué la derecha sobre mi pecho, sobre mi corazón.

—Por mi honor y la sangre en mis venas, te juro que no hay nada más que la misma amistad que siempre entre María Paula Rodríguez Bordón y yo

—Tomás exhaló con fuerza y dejó caer la cabeza aflojando el cuello. Apoyé una mano en su hombro—. Dale tiempo... volverá a estar contigo.

—Me muero si no la tengo... —confesó, desde su más profunda agonía, como si yo no lo supiera, como si yo no lo entendiera. Y lo hacía, juro que lo hacía.

—Entonces... no la pierdas —Miré mi reloj y puse el cigarrillo en mis labios— Me voy antes de que mi vieja pida un Habeas Corpus por mí.

Como en los viejos tiempos, nos abrazamos dejando atrás cualquier

duda o rivalidad por Paula y volví a casa con la esperanza que al día siguiente todo volviera a ser como antes. Despertar de la pesadilla podría haber sido una gran alternativa.

Después de ambas charlas, las cosas retomaron una corteza de normalidad que los tres alimentamos con impaciencia. Diciembre llegó, la fiesta de graduación coincidiendo con el cumpleaños de Paula. El padre le regaló un auto para sus dieciocho y ella estaba feliz con él y con el hecho de que la culpa había tenido su efecto sin tener que volver a entregar su cuerpo, consiguiendo lo que quizá sería el último beneficio de parte de su padre. Estaba sumamente ocupado con sus nuevos deberes como representante del pueblo y faltó con aviso a la entrega de diplomas, la fiesta en el colegio y la que se dio a la noche en el Salón que habíamos rentado a tal efecto. Pese al requerimiento de etiqueta del evento, me rebelé de nuevo y asistí de cuero negro, de pies de cabeza. Tomás también adhirió al negro pero con traje, camisa y corbata. Paula llevó un vestido largo, al cuerpo, con reminiscencias góticas, negro, nuestra Morticia personal. Su alma podía ser muy “heavy metal”, pero siempre sucumbía a los vestidos y los zapatos.

El evento incluía proyecciones de los alumnos y sus historias en fotografías. Alguien llamado madre había filtrado fotos nuestras en muy buenas épocas, otros bailes, otros eventos, otros viajes, siempre juntos los tres. Como una Cenicienta moderna, Paula fue arrastrada fuera del baile a las doce, Tomás y yo nos quedamos hasta el final y dimos por terminada la noche en la casa de él con dos botellas de whisky. ¿Qué más recuerdos podía guardar de esa noche? No bailamos, nos escudamos en la oscuridad para fumar y mantuvimos la distancia. Fue lo mejor que podíamos hacer el último día de clases.

Terminada la excusa del colegio, hacía mis visitas a Belgrano dos veces por semana para acompañar a Paula a la sesión con su psicóloga. Siempre iba con ella y esperaba en la puerta, o daba una vuelta a la manzana, y si tenía dinero podía permitirme un helado. No era el caso de ese día, que con un calor que rajaba la tierra estaba con las monedas justas para el pasaje de vuelta. Pero cigarrillos siempre había. Encendí uno, con la espalda apoyada en la pared, mientras ella esperaba que le abrieran.

—¿Dónde vas a pasar las fiestas?

—Navidad en la casa de la abuela... Año nuevo, creo que tenemos una fiesta partidaria. Nos vamos el dos a Punta; negocié un día más para poder ir a despedirlos.

—¿Negociaste? —dije, con expresión lúgubre, la que mejor escondía mi miedo.

—Con mi mamá... —respondió ella, poniendo los ojos en blanco.

Los dos miramos a la puerta cuando escuchamos la llave en la cerradura. Me sorprendió la doctora, nunca la había visto en los casi tres meses que MaP llevaba haciendo terapia. Era mucho más joven de lo que pensé, no sé por qué la había imaginado contemporánea a mi abuela, no a mi madre.

—Hola, María Paula.

—Hola... —Cuando descubrió que nos mirábamos, MaP hizo las presentaciones—. Florencia, mi psicóloga... Él es Vince.

—El famoso Vince.

—No, señora, el famoso vive en Los Ángeles. Yo soy una mala copia tercermundista.

—No es lo que me han dicho.

El sol de la tarde temprana rajaba la tierra y mi vestimenta negra absorbía todos los rayos que daban vueltas; el cigarrillo que escondía tras mi espalda se consumía lentamente y yo no podía hacer nada mientras la mujer estuviera ahí, por un mínimo de respeto.

—Bueno... ¿Vamos? —dijo, por fin, la psicóloga, a Paula, por supuesto.

—¿Te vas a quedar ahí? —dijo Paula.

—Por supuesto...

—Hace tanto calor... ¿Quieres pasar? Puedes esperar en la salita. ¿Puede? —le preguntó a la psicóloga.

—Claro que sí.

Eso decretó la muerte de mi cigarrillo, pero la descortesía no figuraba en mi diccionario así que puse mi mejor sonrisa y entré detrás de ellas. La sala del departamento tenía un par de sillones, un escritorio para una secretaria que no estaba y una puerta que conducía al consultorio en sí. Desde el sillón que ocupé pude ver al fondo un patiecito interno. ¿Por qué no estaba aquí, así yo podía fumar tranquilo? Porque Dios me odia. Pasé revista a todas las publicaciones que estaban en la sala de espera, caminé alrededor admirando las colecciones de libros y los diplomas colgados en la pared. La hora pasó lentamente y la falta de nicotina estaba empezando a zapatear sobre mis terminales nerviosas. Era un adicto sin recuperación. Quince minutos antes que terminara la sesión, la puerta del consultorio se abrió, pero Paula no salió.

—Vince. ¿Quieres entrar? —Me asusté. ¿Se habría descompensado? No era el caso, Paula estaba sentada ahí, no recostada en el sillón, como imaginé que eran las sesiones con un loquero, sino frente al escritorio que se interponía al ventanal. La psicóloga lo rodeó y tomó su lugar, mientras me indicaba con la mano tomar asiento junto a mi amiga, como si fuera una sesión de terapia de pareja. Me quedé parado, mirándolas a las dos.

—¿Qué pasó?

—Nada, no te asustes... solo queríamos charlar un poco, algo informal, no dejarte afuera esperando...

—Pero es lo que yo hago... —Las dos se rieron de mi estúpido sentido del humor. Todavía dubitativo, me senté.

—¿Qué tal el fin de clases?

—Perfecto.

—El ansiado final de quinto año.

—Ansiado en más de una manera... —dijo Paula, risueña— Vince se va

de viaje a Europa en un par de semanas. Con Tomás.

—¡Qué gran plan! Felicidades...

—Gracias...

—¿Y ya decidiste si vas a estudiar después?

—Sí. Periodismo.

—Que interesante... ¿Alguna especialidad?

—No tengo nada definido...

—En realidad, yo creo que sería un gran periodista de espectáculos — dijo Paula, emocionada— Sabe muchísimo de música y cine. Y de libros.

—No creo... —dije, descartando esa opción.

—Sí...

—Quizá lo dice porque quiere que la entreviste y la saque portada de las revistas.

—¿Es lo que quieres hacer?

—Quiero ser cantante, bailarina, actriz. Una artista completa. Me he preparado para ello y lo seguiré haciendo.

—Es un rubro complicado.

—¿Cuál no? —dije yo y volvimos a reír. Era una charla amena, por no decir tonta, pero bueno, tampoco iba a pedir una disertación lakianiana.

Cuando nadie volvió a hablar, supuse que me tocaba a mí.

—Entonces... doctora...

—Puedes llamarme Florencia.

—Florencia, ¿Hace mucho que es psicóloga?

—Casi diez años...

—¿Y qué rama de la psicología aplica? —pregunté, como si supiera.

—En realidad no es lo que aplico sino lo que le sirve a la persona.

—Y en este caso —dije, señalando a Paula a mi lado—, ¿Qué hace?

—Un poco de conductual y algo de psicoanálisis tradicional...

—Algo así como, ella habla y habla, y usted toma nota.

—Mas bien algo como un diálogo donde la elaboración del problema sea un trabajo en conjunto.

—¿Y cómo van? —Vi como Paula se tensó.

—Creo que vamos bien...

—Sí. Vamos bien... —murmuró, y luego de mirar su reloj de pulsera, se puso de pie, exclamando teatralmente:— ¡Oh! Pero que tarde se ha hecho, mi padre me va a matar...

La frase me pegó en la boca del estómago, y de pronto identifiqué la ansiedad de Paula con miedo, no, terror, a que yo abriera la boca. Miré a Florencia y pregunté con total inocencia.

—¿Usted cree que semejante trauma pueda superarlo en algún momento?

—Trabajamos específicamente sobre terapia de trauma, aunque avanzamos lentamente. Creo que todo tiene un origen en el subconsciente, y se puede desentrañar.

—¿Usted habla específicamente de quién fue el que la violó? —La doctora me miró un poco sorprendida por mi frontalidad pero no se amilanó.

—En este caso el “quien” no es tan importante como poder superar las...

—¿No es importante? —dije, atónito e incrédulo.

—Su subconsciente puede estar bloqueando la.... —La ignoré y miré a Paula con los ojos muy abiertos.

—¿No le dijiste? —De pie, mirándome con expresión de “cállate o te mato” temblaba como una hoja.

—Vamos, Vínce.

—¿Decirme qué? —pregunto la psicóloga.

—MaP... si no le cuentas la verdad, ella no te va a poder ayudar. Todos estos meses de terapia, todo este tiempo, no sirve para nada si no le dices...

—¡No!

—¿No? —Me miró con una súplica, pero también una orden, y un recordatorio certero de la promesa que había hecho. Me crucé de brazos como un niño caprichoso y la enfrenté:— Te prometí que no se lo diría a él.

—María Paula... —Florencia intervino, llamando su atención.

—Nos tenemos que ir... Tiene otro paciente...

—No tengo a nadie después de ti... —dijo, invitándola de nuevo a tomar asiento— Podemos extender la sesión un poco más.

—Pero en mi casa se van a preocupar.

—Yo los puedo llamar...

—MaP...

Paula enredó las manos en su regazo y bajó la cabeza, como si estuviera rezando. Yo, a su lado, estaba levantando presión como una olla sellada. Florencia esperaba. Inspiré como si me dispusiera a contar toda la verdad y ella se rompió:

—Fue mi papá...—El silencio fue ensordecedor. La expresión de la psicóloga no cambió, pero era evidente que había colocado una careta profesional para disimular cualquier gesto; cuando Paula no siguió hablando, se puso de pie y caminó hasta llegar a ella, arrodillarse para poner sus manos sobre las suyas y buscar su mirada.

—María Paula. Puedes confiar en mí. Nada de lo que digas saldrá de esta habitación.

—¿Me lo promete? —Negué con la cabeza, como si intentara decirle que no, que yo ya estaba atado a ese juramento y era una tortura. Ella era nuestra única esperanza.

—No es necesario que te lo prometa. Nuestras charlas están protegidas por la confidencialidad médico-paciente.

—Necesito salir a fumar... —dije, al borde del desmayo. En realidad necesitaba salir de ahí, pero no la podía abandonar. Las dos hablaron al mismo tiempo.

—Al patiecito.

Me levanté como alma que se lleva el diablo y estaba inspirando la primera bocanada antes de poder abrir el mecanismo del ventanal. Sus voces me llegaban desde atrás.

—Cuéntame...

—Yo... mi papá... él descubrió que yo estaba embarazada... me golpeó... las cosas se salieron de control... Ya me dijo que lo sentía.

—Pero... él también...

Me di vuelta y la miré. Levantó los ojos y me miró. “Dilo”

—Sí. Lo hace desde que tengo nueve años...

—¡Dios! —dijo, por fin, exhalando. Solté el humo, aliviado de alguna manera. Confiaba que esa mujer, adulta, profesional, encontrara la manera de ayudarla como no había podido yo. Permanecí una hora más en el patiecito, fumando un cigarrillo tras otro, mientras Paula contaba su más triste verdad. La psicóloga llamó a la madre, le dijo que la sesión se había extendido y que ya salíamos para allá. Hicimos todo el camino de regreso en silencio, sumidos en nuestros pensamientos, y de pronto un solo temor: ¿Y si la psicóloga se arrepentía y hacía la denuncia? ¿Le creerían a Paula? Y si le creían. ¿Quién la protegería de la furia de su padre? ¿Y la madre? ¿Si lo metían preso, como mínimo, que pasaría con ellas? ¿Qué haría la justicia con ella? ¿Y Solcito? Cuando llegamos a su casa, no se despidió de mí; por supuesto, yo la había traicionado. Subió las escaleras hasta la puerta de entrada como si escalara su patíbulo.

—MaP... —se dio vuelta y me miró—. Todo va a estar bien.

Negó con la cabeza y volvió a sus pasos, a su camino, a su hogar y su suplicio.

Ese jueves la llamé tarde. Parte del ritual. Atendió en seguida pero no dijo nada.

—Hola —dije yo.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Solo quería saber...

—Estoy bien. Buenas noches...

—MaP... —Cortó.

Al día siguiente no hablamos pero si lo hizo con Tomas, quizá todo volvería a la normalidad. O eso creí yo ese sábado, cuando volvía del kiosco de comprar cigarrillos. El recuerdo del comienzo del verano se abrió ante mí como la puerta del departamento de mi madre.

Ella estaba allí, justo debajo del ventilador de techo que habíamos

colocado en la sala de estar. Tenía los ojos fijos en la puerta y los brazos cruzados sobre el pecho. Eso no era una buena señal. ¿Y ahora qué hice? Pensé, mientras cerraba la puerta detrás de mí. Su semblante, sin embargo, no era de enojo. Mi garganta se cerró de inmediato. Algo había pasado.

—Llamó la madre de Paula.

Oh, no. No. ¡No! ¡No, por Dios! Tuve que buscar apoyo en algún lado, con ambas manos sobre el respaldo de la silla, forzando el aire a entrar en mis pulmones. Yo había cumplido mi parte de la promesa. Ella no podía... No podía pensar, todos los posibles escenarios en mi mente eran devastadores, mi cerebro rebotando como un pinball diabólico, las risas del infierno que se abrían a mis pies que no me permitían escuchar las palabras de mi madre. Se acercó y me sujetó de los brazos para sacudirme. Volví a enfocar en sus ojos y me obligué a calmarme. Por favor, nervio auditivo, no me falles ahora.

—Vince. El padre de Paula falleció.

Capítulo 28 — De cara sobre la mugre

Esa misma noche comenzó el velatorio en una casa mortuoria de la calle O'Higgins, lo más top de la época. El desfile de personajes era incesante y había cámaras de televisión en la puerta del lugar. Entramos con mi vieja y el marido a saludar a la madre de Paula, que estaba sentada en un sillón, con un vestido negro, corto y veraniego, y un pañuelo apretado en la mano. Parecían no tener límite sus lágrimas y balbuceaba frases de agradecimiento a todo aquel que se acercaban a darle el pésame. Me abrazó con fuerza mientras mis ojos seguían la luz que venía del salón contiguo, lleno de coronas de flores con cintas impresas y personas que entraban y salían en respetuoso silencio. Escaneé el lugar dos veces pero no encontré ni a Paula ni a Tomás entre los presentes. ¿Estaría en la casa? Como si hubiera adivinado mi pregunta mental, Claudia levantó la mirada mientras me enderezaba.

—Paulita está en la sala cerrada —Asentí y le di el lugar a mi madre, en cuyos brazos volvió a derrumbarse en llanto. Solcito estaba sentada entre su madre y su abuela con cara de no entender muy bien lo que estaba pasando. Tenía un vestidito azul oscuro y el pelo atado en dos colitas, estaba tan grande, una niñita indefensa. Le acaricié la mejilla y apuré el paso para buscar a Paula.

La puerta cerrada estaba justo a unos pasos de la cámara donde estaba el féretro abierto del padre. No entré, miré desde donde estaba el perfil que apenas se divisaba adentro. Había varias personas alrededor del cuerpo, me apoyé en la puerta con un esbozo de sonrisa mientras verificaba que tenía varios paquetes de cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta. Tenía que creer que existía una justicia divina que se ejecutaba en la Tierra. Y a ese Dios le agradecí por la celeridad en el juicio y la condena.

Probé suerte pero la puerta estaba cerrada. Golpeé suavemente.

—Soy yo —dije, contra el marco de madera. A los dos segundos la

puerta se destrabó y vi a Tomás volver a su lugar. Paula estaba sentada en el silloncito de dos cuerpos que llenaba la habitación mínima; volvió a inclinarse sobre el pecho de él, que la abrazó y le besó la frente; tenía el cabello recogido en una cola de caballo, vestido negro, corto y sin mangas. Esa ropa tenía que ser de la madre, ya tenían la misma textura física. A sus pies, la mochila negra sin inscripción de siempre. Me arrodillé delante de ella y acaricié su mejilla; cerró los ojos y se hundió más en el abrazo de Tomás. Tomé asiento debajo de la ventana y encendí un cigarrillo que le pasé a ella; después encendí uno para mí. Al acomodarme, doblando las piernas, moví la mochila que tintineó como si contuviera vidrio. Ese fue un muy mal augurio.

Necesitaba los detalles más escabrosos del acontecimiento, pero ni Paula ni Tomás decían palabra alguna. Los ojos de ella eran indescifrables, ¿Estaría tan contenta, como yo, que la bestia de su padre hubiera desaparecido?, ¿Sentiría que a partir de ese momento era libre, que ya nada ni nadie la amenazaría? ¿En algún oscuro rincón de su alma, extrañaría a su padre?, ¿Qué mezcla de sentimientos la estarían recorriendo? Lo único que podía identificar en ella era la paz que tenía en brazos de Tomás. Y la de él, de nuevo en su papel del héroe romántico de la novela. Mi madre solo me dijo que había sido un ataque cardíaco fulminante en el club, pero ¿Y los detalles escabrosos? ¿De quién había heredado el morbo? ¿De mi padre? ¿Qui lo ça?

A las doce de la noche, mi madre se marchó. El entierro sería a la mañana siguiente en uno de esos cementerios privados que parecían más un paseo de verano que un lugar para muertos. A la una de la mañana, los coordinadores del lugar nos informaron que se cerrarían las puertas y debíamos retirarnos. Por fin salimos de nuestro escondite.

La misión se había cumplido, nadie había molestado a la pobre Paula. En la sala, con Solcito dormida en su regazo, había quedado su madre. Sola. Al acercarnos nos miró con un aire de desprotección que no había visto jamás en ella.

—Solcito se me durmió... ¿Podrían alcanzarme a casa? —Tomás tomó la pregunta como propia y levantó a Solcito en brazos. Saqué del bolsillo las llaves y me encaminé hacia la puerta.

—Vamos... —Paula me retuvo del brazo y todos la miramos.

—¿Me acompañas un rato? Ma... —dijo, con una actuación dolorida digna del Oscar— ¿Puedo quedarme... un ratito más?

Tomás apretó los labios y me miró. Puse las llaves en su mano y retrocedí el paso que había avanzado. Él quería quedarse con ella, acompañarla en ese momento en el que, supondría, ella se derrumbaría, y después de todo lo vivido, eso era lo que él quería, ser el puntal que la sostuviera. Pero yo sabía que eso no sucedería.

—Llévalas... yo me quedo con ella y luego nos vienes a buscar... — Tomás reprimió cualquier escena que se le hubiera pasado por la cabeza y asintió en silencio, encaminándose a la salida. Paula enredó sus dedos en mi mano desde atrás y esperó a que desaparecieran por la puerta principal.

Solos. Medianoche. En una casa velatoria. El corazón me latía con fuerza cuando Paula me arrastró de regreso a la pequeña habitación donde habíamos estado durante horas. Se agachó junto al sillón y abrió la mochila negra que había llevado. Sacó una botella de ¿Vodka? No tenía etiqueta, así que sólo podía adivinar. Le quitó la tapa y se empinó un trago para después pasármela. La imité y el alcohol que me golpeó el paladar y quemó mi lengua ratificó la teoría. Vodka. Violentamente puro. Altísima graduación. Si seguía tomando a ese ritmo necesitaría un trasplante de hígado a los treinta. Nuestras miradas, nuestros ojos inyectados en sangre, se cruzaron en el aire.

Mi deseo se había cumplido, si lo que yo quería eran los detalles escabrosos.

Me senté junto a Paula y saqué los cigarrillos ¿Sería ése un buen momento para preguntarle qué había pasado o la emborrachaba un poco más? Las palabras abandonaron sus labios tan rápido que tuve que hacer un

esfuerzo para seguir el hilo de la historia, aunque las imágenes se fueron armando por sí solas.

>>

La familia había terminado de almorzar y se disponía a partir al club. El padre de Paula, extrañamente, estaba en casa. Después de meses y meses de ausencia, irían al club para reunirse con sus amigos de siempre. Tarde de tenis y juegos de cartas mientras las nenas iban a la piscina. Pero Paula no podía. El médico le había dicho que evitara exponer la cicatriz al sol para que no quedara ninguna marca y ella seguía las indicaciones al pie de la letra. Solcito sí iba a ir. La beba ya tenía once años pero físicamente estaba más desarrollada que Paula a su edad. Las dos convergieron en la cocina al mismo tiempo.

Paula abrió la puerta del refrigerador buscando algo para tomar, todavía en pijamas, el short y la camiseta de algodón blanco arrugados después de la noche. Todavía no se había cambiado, y si podía, evitaría a toda costa ir al club, aunque le costara una discusión familiar. Solcito tenía un vestidito rosa y desde abajo surgían las dos cintas de la bikini que tenía puesta.

—Hola, Papi. ¿Te gusta mi traje de baño? —El padre de Paula dejó el envase de los medicamentos que estaba por tomar para girar hacia su hija menor, que venía soltando la parte superior de su vestido, mostrándole la pieza de tela. La sangre en las venas de Paula se congeló cuando miró por sobre el hombro y vio como su padre hacía girar a Solcito y la levantaba de la cintura para sentarla en la mesada de la cocina, para tenerla a su misma altura, sus manos reptando por los brazos de la niña hacia arriba, descansando en sus hombros, bajando hasta los dos triángulos de tela que cubrían los pequeños pechos.

—¡Qué linda! ¡Pero qué linda que estás! ¡Está tan grande mi Solcito!

—¡Ay, papi! ¡No me toques las tetitas! —dijo, entre risas mientras le sacaba las manos y saltaba al piso de nuevo. ¡Dios! Paula se estremeció varias veces mientras la veía salir de la cocina, contemplando desde afuera la misma escena que le había tocado vivir a ella muchas, muchísimas veces,

esos roces incómodos, desconcertantes, las manos que debían protegerla acariciando su cuerpo con otro sentido; pero a diferencia de Solcito, ni en chiste ni en serio, ella jamás había dicho que no. Jamás se había apartado, jamás se había negado. La ira la hizo cerrar con furia la puerta del refrigerador y abalanzarse sobre su padre.

—¿Qué haces?

—¿Qué pasa, Paulita? ¿Estás celosa?

—¿Celosa? —Ahogó el grito en su garganta, a sabiendas que su madre y su hermana estaban a metros de distancia. El padre de Paula se acercó y ella retrocedió. La sostuvo de un brazo y la hizo dar vuelta para hacerle apoyarse contra su espalda. Estaba excitado, podía sentirlo. La arcada le escaló la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar, para no gritar, para mantenerse de pie, el dolor de las esquirlas de la realidad que le había dado una tregua por parte médico, clavándose de nuevo en su cuerpo roto. El padre subió la mano por su brazo, descansó en su hombro, moviendo la cortina de cabello al otro lado. La mano descansó en su cuello haciéndola inclinar la cabeza y presionándola contra su miembro caliente mientras le hablaba al oído.

—Papá se ha portado bien contigo... pero tú sabes que papá tiene sus necesidades, y ya estás grande, puedes sobreponerte a que...

—Déjala en paz por favor... no la arruines... no la toques. Por favor... — La mano del hombre bajó del hombro, acariciando la curva de su pecho, metiéndose dentro del pijama hasta presionar el abdomen, acomodándola contra su pelvis. Paula tragó y vio cómo su madre y su hermana entraban a la cocina. La mano en su abdomen desapareció antes que ambas levantaran la vista.

—Paula... ¿Todavía no estás lista? No uses esto como excusa... ¡Vienes sí o sí! —Claudia miró su reloj de pulsera y resopló —¡Genial! Ahora voy a llegar aún más tarde por tu culpa.

El padre abrazó desde atrás a su hija mayor y habló en tono conciliador.

—No seas dura, Claudia. No te alteres. Yo tengo tenis en media hora. La espero y la llevo yo.

—Pero que no te demore a ti también —dijo, acercándose y dejando un

beso en sus labios de manera ausente, automática— Asegúrate que se bañe, está cada día más desalineada.

—No te preocupes. Yo me encargo —Claudia miró a Paula a los ojos y abrazó a Solcito. La reprendió— No me mires así... No siempre puedes salirte con la tuya. Te espero en el club, amor.

La mujer y la niña desaparecieron por la puerta principal y la cocina quedó en un silencio sepulcral. Paula estaba paralizada en su lugar. La iba a lastimar de nuevo. Mal. Sintió como su padre desapareció detrás de ella, abrió y cerró la puerta del refrigerador y volvió a esa posición que tanto le gustaba en su espalda, deslizando algo frío sobre su brazo que no se animó a identificar.

—Vas a ser una nena buena, ¿Verdad? —Paula asintió en silencio y caminó despacio a su habitación.

<<

—Yo lo maté, Vince.

El líquido se trabó en mi garganta y no me quedó otra alternativa que escupirlo, parte de él saliendo despedido por mi nariz.

—MaP... no es así... no fuiste tú. Por más fuerte que hubieras deseado su muerte, jamás lo hubieras logrado. Pero podemos pensar que Dios te ama y lo castigó, enviándolo sin escalas al infierno.

Se puso de pie, quitando la botella de mis manos, abandonando la habitación hacia el sector donde estaban los restos del monstruo.

Las puertas estaban abiertas, el olor de las flores saturando el aire caliente de la noche de verano, haciendo que el perfume se convirtiera en hedor. Fue la primera vez que vi un muerto en mi vida. Su rostro pálido, los labios cerrados, el traje con camisa y corbata lo único divisable de su atuendo, rodeado por una mortaja de satén. Paula siguió con su relato, las palabras deslizándose más que saliendo de sus labios, de prisa, como si supiera que no le quedaba mucho tiempo para terminar su confesión. Miré a

un lado y al otro. Estábamos solos. ¿Por cuánto tiempo?

>>

Paula se sentó en las gradas de la cancha de polvo de ladrillo donde su padre se había encontrado con su amigo de toda la vida y compañero de militancia en el club deportivo de sus amores, su trampolín al primer destino de un brillante futuro político. El tipo, del que Paula no recordaba el nombre, la miró exactamente como todos los que rodeaban a su padre, con hambre, ignorando que todos tenían hijas mayores o de la misma edad que ella, seducidos por la idea de la Lolita de Kubrick más que la de Nabokov ¿Cuántos fantasearían con ella? ¿Cuántos la querrían desnuda en sus camas o en una bañera, cubierta de pétalos de rosa? Con seguridad el gordo vestido de Sergio Tacchini era uno de ellos.

—¿Qué grande que estás, Paulita! ¿Cómo haces para cuidarla? ¿Vives con la escopeta en la mano?

—Algo así... —Paula imitó con poca gracia una sonrisa y se dejó caer de espaldas a la grada, buscando la orientación del sol. No era mucha la gente que sabía lo de su "accidente". Miró a su padre de costado pelotear con dificultad desde el fondo de la cancha, como si le estuviera faltando el aire. El gordo aprovechó los momentos de debilidad para tirarle pelotas profundas que tenía que correr como si fuera André Agassi. El padre de Paula mostraba cada vez más signos de fatiga.

—¡Vamos, Carlitos! Te estás aplastando... antes empezabas a boquear en el segundo set —Rodríguez Bordón inspiró con fuerza y volvió a sacar, empujando al límite la resistencia de su cuerpo.

Paula lo miraba con los ojos muy abiertos. Su padre estaba medicado por problemas en el corazón y los doctores habían sido muy claros con respecto a los esfuerzos, sobre todo después de las elecciones. En esa época le habían aumentado las dosis de píldoras por el estrés al que se había visto sometido durante la campaña. Esa era la medicación que el dejó en la mesada de la cocina, la que no llegó a tomar por cumplir su fantasía del Último tango en París. Ese era su tren de pensamientos cuando su padre se estiró sobre sí mismo para sacar desde la línea de fondo, con la raqueta

sobre su cabeza, un último esfuerzo antes de exhalar como si fuera Guillermo Vilas y caer, desplomado y sin reacción, de cara sobre el polvo de ladrillo. Su compañero corrió desde la zona de recepción, haciéndose el atlético y queriendo saltar por encima de la red, y casi fallando ridículamente en el intento. Se arrodilló junto al cuerpo inmóvil de su amigo y miró a Paula, que estaba todavía sentada en la grada, el cuerpo hacia delante pero aferrada con ambas manos a la tabla, congelada.

—¡Paula! ¡Llama a los médicos! ¡Ve a la enfermería y trae a alguien! — La única respuesta que obtuvo de ella fue que pestañeara varias veces, pero ninguna otra parte de su cuerpo se movió. El gordo se levantó, corriendo con su alma, dejando el cuerpo boca abajo— ¡Mierda!

¿Era ella o todo estaba sucediendo en cámara lenta?

Mientras el viejo obeso y lascivo desaparecía de su visión periférica, se incorporó y caminó despacio, con cuidado, como si su padre fuera en realidad un león dormido, como si hubiera entrado a escondidas a su jaula para inspeccionarlo de cerca. Lo rodeó y se arrodilló a la altura de su cabeza, tenía la cara de costado y por el pequeño movimiento del polvillo, parecía respirar. De pronto, una catarata de líquido salió por su boca mientras su cuerpo se sacudía, como electrocutado. Su nariz y su boca aterrizaron en el vómito y lo vio luchar por su vida, intentando inhalar aire a través del líquido viscoso. Abrió los ojos de pronto, una última reacción, como si de pronto fuera consciente de lo que le estaba pasando, o por pasar; Paula saltó asustada. Se acercó un poco más al rostro de su padre conteniendo la respiración, si algo no toleraba era el olor a vómito. Miró el resto de su cuerpo inmóvil y volvió a mirar sus ojos, esos que conocía desde su nacimiento, esos que compartía; había visto tantos matices en ellos, sentimientos que le asqueaba recordar, pero nunca ese brillo. ¿Era miedo? De a poco, como si un velo opaco los estuviera cubriendo, sus ojos, como su vida, se fueron apagando. Fijos en ella, esos ojos idénticos a los de ella, se disolvían en la nada para no volver a abrirse nunca más.

Cuando las voces se convirtieron en gritos, acercándose a donde estaba,

cayó sentada arrastrándose para atrás, los ojos de su padre clavados en los suyos mientras se alejaba. Alguien la levantó de los brazos y la separó del lugar, mientras su madre también llegaba, abriéndose paso a empujones y alaridos. Pasó de mano en mano hasta que se encontró a sí misma fuera de la cancha. Desapareció a un costado, buscando el sendero de piedras que conducía a la piscina donde debía estar su hermanita, caminando entre la gente que seguía el bullicio en dirección contraria. Se miró las manos y la ropa manchada de rojo, el polvo de ladrillo adherido a su piel y la tela como si fuera sangre. Rojo sobre blanco parecía una bandera y también una condena que la delataba culpable. Quiso gritar pero no lo hizo, porque le habían enseñado a callar, a mantenerse en silencio, a esconder lo que pasaba y aparentar lo que no era.

Se acomodó el cabello detrás de las orejas y siguió su camino hacia la piscina. De reojo, con una sonrisa disimulada, miró al cielo de verano, celeste y despejado, por primera vez en su vida, se sintió segura, como si de verdad hubiera alguien que la estuviera protegiendo.

<<

Capítulo 29 — El malnacido del año

Pasé el brazo por sus hombros mientras inhalaba con el cigarrillo en la boca, la otra mano ocupada con la botella de vodka casi vacía, sus ojos clavados en el cajón de madera clara con una solapa levantada. Las horas de líquido sin pausa presionaron para que hiciera una parada en el baño. Paula estaba como en trance, quizá no notaría que la abandonaba un minuto y medio, era todo lo que necesitaba.

Caminé para atrás y ella ni siquiera se movió. Dejé la botella de Vodka en el piso, a un costado de la puerta de acceso a la cámara mortuoria, y busqué el baño alrededor hasta que lo encontré. Lo utilicé, sintiendo placer como pocas veces en la vida, apoyé una mano en la pared relajando la cabeza. ¿Cuánto tiempo había pasado? Para mí hacía un siglo que estaba parado allí junto a Paula. Tomás no había regresado y no quise analizarlo demasiado, tantas tragedias todas juntas no eran algo que una sola persona pudiera afrontar. Mi amiga de verdad iba a necesitar todo el apoyo que tuviera alrededor, desde nosotros, quienes la amábamos, hasta una profunda terapia psicológica, sino psiquiátrica, que la ayudara, por sobre todas las cosas, a entender que nada de lo que había pasado era su culpa, desde los actos de su padre hasta su muerte.

Algo llamó mi atención, picando en mi nariz, como cuando alguien encendía un asado. ¿Sería hambre? No recordaba cuando había sido la última vez que había comido. Podía ser. Salí del baño acomodándome el pantalón cuando vi humo salir de la habitación de puertas dobles donde había dejado a Paula. Corrí y me detuve en seco. Ella estaba allí adentro, justo junto al cajón, con los ojos desorbitados y las dos botellas de vodka, una en cada mano. Me abalancé sobre ella y la arrastré hacia fuera. Pude ver entonces de donde venía el humo: Desde adentro del cajón, las llamas se alzaban flameando en azul y naranja, consumiendo todo a su paso, azuzadas por el alcohol.

La saqué de allí, recuperando en el camino la mochila y metiendo en ella las dos botellas, para hacerlas desaparecer cuanto antes. La empujé por la escalera, sosteniéndola contra la pared. Salimos a la calle vacía a la madrugada, nadie nos vio huir. Cuando el aire fresco nos pegó en la cara, Paula pareció reaccionar. Corrimos a la avenida y seguimos contra el tráfico, desapareciendo en la noche. Dos calles más allá, Tomás hizo rechinar los neumáticos contra el pavimento cuando nos vio venir.

—¿Qué pasó? —gritó, asomando la cabeza por la ventanilla. Abrí la puerta del acompañante, moví el asiento hacia delante y empujé a Paula dentro del auto. Reacomodé el asiento, subí y cerré la puerta.

—¡Vamos!

—¿A dónde? —Paula se acomodó en el medio de los dos asientos, con las mejillas encendidas y los ojos clavados en el parabrisas, la sonrisa no se condecía con el hecho de que en unas horas debía dar cristiana sepultura a su padre, parecía más una niña entusiasmada con un nuevo paseo.

—¡Vamos a dar una vuelta! —Exclamó, en su tono más agudo y psicótico. Tomás me miró de costado y yo sólo pude encogerme de hombros. A él le tenía que llegar su aliento alcoholizado como a mí, así que entre eso y el trauma de la reciente pérdida, podía justificar su momentáneo lapsus de insania. Tomás encendió de nuevo el motor y aceleró para cruzar la vía del tren y recorrer varias calles más hasta la avenida del Libertador.

Circulamos por las calles desiertas y oscuras de Buenos Aires hasta que a Paula la venció el sueño. Terminamos en la casa de Tomás, entrando en silencio hasta su habitación. Me desplomé en el silloncito de una plaza que tenía junto a la ventana y él acomodó a Paula en su cama. Me quité las botas como pude y me ovillé de espaldas para tratar de dormir un poco. No nos quedaba mucho tiempo antes del amanecer, cuando deberíamos ir al cementerio. Si tan solo Paula decidiera no ir y pudiéramos quedarnos con ella. En el medio de mi delirio, parte sopor por el alcohol, otro poco por la mezcla de sentimientos que me recorrían como un circuito de Fórmula 1, apenas escuché los murmullos del otro lado de la habitación. Recé porque el sueño llegara rápidamente. Si iba a pasar algo entre ellos de nuevo, no iba a querer ser espectador y estaba en el nivel justo de alcohol como para

intentar integrarme al momento y provocar el desastre.

—Estamos en mi casa —dijo Tomás, su voz apagada por el movimiento de las sábanas en su cama—. Todo está bien, puedes dormir tranquila...

—No te vayas —dijo ella, el alcohol haciendo que su voz fuera un ronroneo sensual que excitaría a un muerto. Ok, muy mala la analogía, no era el mejor momento para destilar humor negro. ¿O sí? “Duérmete Vince, duérmete ya” me canté solito mientras la cama crujía debajo de ellos. No quería mirar, quería dormirme, quería morirme, quería gritar, quería llorar.

—Me quedaré... siempre... —Debía haberlo besado y su respiración se convirtió en un gemido contra sus labios, entre la resistencia y la rendición. Me tapé los oídos y empecé a contar ovejas. Una, dos, tres, cuatro, cinco. Gracias a Dios perdí la cuenta en la sexta.

El rugir de los autobuses, las bocinas y las frenadas, la terracita poblándose con más gente alrededor, me sacaron de la nebulosa mental. El mundanal ruido me trajo de nuevo al presente. Hacía más de dos horas que estaba sumido en mis recuerdos. Levanté todas mis pertenencias y decidí que debía caminar un rato para despejar mi mente antes del almuerzo con Tomás. ¿Estaba en condiciones de verlo? El Tsunami vertiginoso de imágenes del pasado me había conmovido a niveles insospechados. De mi época de análisis a esta parte, pocas veces había tenido un recuento tan detallado de mi vida, pero también tenía que reconocer que el volver a Buenos Aires, con la frente marchita, podía despertar la nostalgia del más duro, que no era precisamente yo.

Pasos y pasos sin rumbo me llevaron hasta a las Barrancas. Recorrí las calles de mi pasado, nunca mas literal; pasé por el Colegio, miré la cumbre vidriada del piso 14 donde vivió Paula durante mucho tiempo, crucé las vías del tren, conté baldosas y charcos, pies de niño y adolescente que me llevaron, primero a la que había sido mi casa de la infancia y después a la casa donde todavía vivían los padres de Tomás. Con los ojos fijos en esa puerta alta de madera y hierro, me vi a mí mismo con la misma ropa del velatorio, saliendo de ahí rumbo al cementerio donde habían decidido enterrar a Rodríguez Bordón.

Habíamos pasado por la casa de Paula para que se bañara y cambiara,

y después fuimos en mi auto al lugar. Paula se negó de plano a ir en uno de los automóviles que les daba la funeraria, donde si fueron sus abuelos, su madre y su hermana. Y para establecer qué tanto se parecía a su familia, se vistió de cuero como nosotros dos, aun cuando el calor rajaba la tierra a las diez de la mañana, pantalón ajustado y reveladora camiseta con tirantes. ¿Quién podía decirle algo? Estaba completamente de negro, absolutamente de luto. Completó el atuendo con anteojos oscuros y sandalias negras con tacones imposibles de domar, salvo que fueras MaP.

Estacionamos el automóvil detrás de la caravana que ingresó al cementerio, el lugar estaba lleno de gente, cámaras y fotógrafos. Ayudé a Paula a bajar del auto y la seguí con la mirada, viéndola caminar en sentido contrario al resto de la gente, hacia el parque, lejos de la capilla ardiente donde se haría el último responso; Tomás la siguió sin decir palabra y yo sólo me detuve a encender un cigarrillo y mirar la comitiva descender de los autos. Las cámaras y los fotógrafos estaban ocupados en captar las imágenes de dolor de la viuda y su hija, nadie notó nuestra ausencia.

Paula sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo trasero de su pantalón, lo golpeó contra el dorso de su mano para sacar encendedor y tabaco. De espaldas al circo de basura blanca y muerte que había montado su familia, Tomás y yo nos detuvimos justo un paso atrás, esperando que reaccionara. Él seguía desconcertado por la reacción de Paula, estaba convencido que en algún momento colapsaría, la mente, el corazón de una persona, no estaba preparado para soportar tantas desgracias juntas. Lo que mi amigo ignoraba era que esto que ella estaba viviendo, muy a pesar de sus sentimientos, porque ella si era una buena hija, era la liberación que necesitaba. El monstruo que la tenía prisionera había muerto y ella era libre para poder seguir adelante, reconstruirse por sobre los escombros, renacer de las cenizas. Miré para atrás en el momento justo en que sacaban el ataúd de la carroza fúnebre. Era marrón oscuro, diferente al de madera clara lustrada que había estado en el velatorio. Moría por saber cuánto habían tardado en descubrir el incendio y cuanto había quedado de ello. La madre de Paula no había hecho mención alguna de lo sucedido. Quizá se lo

estarían ocultando. No sabía mucho de velatorios y entierros, honestamente. Volví a concentrarme en Paula. Terminó su cigarrillo y se dio vuelta para mirar a Tomás.

—No quieres ir allá —No fue una pregunta.

—No. Déjalos que disfruten... es su momento de gloria.

Él pensó que hablaba de la madre, yo sabía que hablaba del padre. Odios aparte, el tipo era un cuatro de copas, que llegaba por un acuerdo político de nombres desconocidos en una lista sábana. Haría carrera como cualquiera, se llenaría los bolsillos y favorecería sus propios intereses, como la mayoría de nuestra clase política, y pasaría, como uno más, sin pena ni gloria. Paula tenía razón, sólo la trascendencia de que un tipo, que había asumido hacía días su banca, tan joven, no estaba seguro si llegaba a los cincuenta, había muerto de un ataque fulminante, era la tragedia que toda revista quiere tener en su tapa. Demasiado rápido se fue, sin sufrimiento, yo hubiera pedido una condena mayor si hubiera sido fiscal en esa causa, Dios el Juez y mi testigo, algo doloroso, terminal, lacerante. Mi búsqueda por el castigo adecuado terminó cuando Tomás quiso consolarla y ella terminó su frase:— Además, no quiero que mi primera tapa en Gente sea llorando sobre un ataúd.

Razonamiento muy de MaP. Me reí entre dientes y la vi sonreír antes de acercarse de nuevo a Tomás. Lo tomó de la mano y lo llevó a un árbol cercano; se sentaron en el césped recién cortado. Él se apoyó en el árbol y la atrajo a su pecho, yo me apoyé en el mismo árbol, de pie, mirando al otro lado. Desde la lomita donde estábamos podía ver la autopista.

—¿Hablaste algo con tu mamá? —pregunté, ausente.

—Poco. Sus abogados ya presentaron los papeles para la pensión por diputado nacional aunque haya ejercido su cargo menos de un mes —Asentí, buscando otro cigarrillo. Razonamiento muy de la madre de MaP— Y ya sacó los pasajes para irnos a Punta del Este. El dos de enero. Le dije que necesito estar aquí el primero.

Miré hacia atrás y abajo mientras Tomás la estrechaba en sus brazos y

recordé lo que tenía que hacer ese día. Con los acontecimientos de los últimos meses, lo que había sido la prioridad de nuestras vidas, quedó desplazado a un décimo plano. Hacía seis meses que teníamos los pasajes para salir el primero de enero en vuelo de Air France rumbo a París para comenzar nuestro periplo europeo de tres meses. Teniendo todo listo con tanta anticipación, no hubo necesidad de pensar de nuevo en ello. El itinerario, el equipaje, el dinero, los pasajes, las visas, los carnets de estudiantes. Todo. Todo prolijamente archivado a la espera del brindis del 31, tener tiempo esa noche para dormir la correspondiente borrachera o despedir el año en alguna disco, antes de llegar a Ezeiza a media mañana para despedirnos en ese viaje de iniciación. De pronto, el viaje volvió a ser mi prioridad número uno, sobre todo a partir de la desaparición de la amenaza en la vida de Paula. Ella estaría bien, pero sola, afrontando toda la situación que se les venía de frente como un camión sin frenos. Todos deberían adaptarse a un nuevo estilo de vida, o por lo menos eso era lo que mi lógica indicaba.

Paula pareció leer mis tribulaciones en las vibraciones del aire porque se incorporó y nos miró a los dos seriamente.

—Ni se les ocurra pensar en cancelar el viaje por mí. Yo voy a estar bien.

—Pero... — Tomás quiso objetar y ella se acomodó mejor con las piernas cruzadas. Entonces no eran mis dudas las que había sentido, sino las de Tomás.

—Pero nada... son tres meses nada más. Cuando vuelvan, todo va a estar encaminado y la vida va a tener otra perspectiva... —Tomó sus manos entre las suyas y sonrió— Además, me voy a Punta, mi vieja no quiere estar acá en todos estos meses para poder ordenarse, y con la feria judicial y las vacaciones, no hay mucho que pueda hacer de sucesiones y esas cosas.

Me sorprendí. Para haberse muerto hacía tan poco, la madre de Paula parecía tener todo muy encaminado o cuanto menos estaba bien asesorada.

—Y más vale que lo disfrute... de seguro tendré que salir a trabajar, así que entraré en el régimen de vacaciones del proletariado —Se rio sola de su

chiste mientras Tomás apretaba los labios. Él no quería dejarla, y quizás, si no nos hubiéramos marchado, si hubiéramos estado a su lado, las cosas no hubieran tomado el rumbo que encontraron.

Nos quedamos bajo ese árbol, lejos de la parafernalia de medios montada alrededor de la tragedia, ajenos a tanta basura vacía. Odiaba ese lugar. Lo odié desde ese día, lo odiaría para siempre. Supimos que todo había terminado cuando las cámaras se apagaron y los fotógrafos dejaron de enfocar. Finalizó la entrega de premios al Mal nacido del año. Gracias por venir.

Capítulo 30 — Una nave espacial

Sin más tiempo que perder en mi viaje, resumí mi regreso al centro de la ciudad para el encuentro con mi entrevistado; avanzando hacia el futuro, subí anónimo a un autobús y recorrí la zona arbolada más linda de la ciudad. Le permití a mi mente volar al pasado, no a un reencuentro sino a una despedida, en el aeropuerto, antes de partir junto a Tomás a nuestro viaje por Europa.

Paula había llegado temprano a la casa de Tomás. Cuando llegué con mi madre, estaba sentada en la cocina con Laura, sosteniendo una taza de café con leche caliente entre ambas manos, sus ojos perdidos en la nada detrás de los restos de vapor. Podía disimular todo lo que quisiera pero la realidad era que no quería despedirse de Tomás. Me senté frente a ella y tuve que patear su silla para que se percatara de mi presencia. Sonrió apenas y dejó la taza antes de inclinarse para darme un beso.

—¿Cómo estás?

—Nervioso.

—Eso es ridículo... deberías estar feliz, como Tomás.

—¿Lo está?

—Por supuesto... *Es una experiencia única e irrepetible en la vida y él lo sabe... y no va a perdérsela por nada* —Enarcó una ceja para cerrar la frase con el gesto, ella misma lo subiría a empujones al avión si eso fuera necesario. Aún pese a su propia necesidad, quería que él viviera ese viaje que tanto había soñado. El padre de Tomás bajó junto a él después de una charla de hombre a hombre sobre algunos pequeños detalles de la responsabilidad de viajar solos, los peligros, los cuidados. La madre de Tomás ya estaba llorando y ni siquiera había salido el avión. Mi madre la consolaba, quizá porque ella ya había pasado por eso de desprenderse de su bebé sin la seguridad de que pudiera sobrevivir fuera del ala de la gallina.

Paula tamborileaba sus dedos largos en la mesa de la cocina, canalizando su ansiedad así, al no tener cigarrillos disponibles. Tomás apresó sus dedos con una mano y le sonrió cuando ella levantó la vista. Habían pasado todo el día de Navidad juntos, habían hablado, coincidiendo en aquel discurso que yo había esgrimido meses atrás para separarlos.

Demasiado jóvenes para enamorarse, ya tendrían tiempo de estar juntos más adelante y habían sellado un pacto de que si los dos estaban solteros a los treinta, se casarían y estarían juntos para siempre. Podría haber preguntado cómo habían sellado ese pacto. Como si importara...

Había cien personas delante nuestro para presentar la documentación y eso demoró nuestra llegada a pre-embarque, con lo que la despedida necesariamente tuvo que ser rápida, nuestro avión con primer destino en París ya estaba abordando. Tomás se despidió de sus padres primero y yo de mi madre, por lo que fui yo el primero en llegar a los brazos de Paula.

—¿Estarás bien?

—Por supuesto... se cuidarán, ¿Verdad? Con los excesos y esas cosas.

—¿Con Santo Tomás de Aquino? —dije, entornando los ojos mientras la apretaba en mi pecho— Descuida... no notarás que se fue.

Inspiró con fuerza por la nariz, estaba llorando. Me apretó en ese abrazo que siempre la había caracterizado, profundo, completo, con los brazos y con el alma. La solté sabiendo que Tomás se impacientaba, pero ella no me dejó ir de inmediato.

—Te voy a extrañar... —dijo, en un susurro contra mi cuello. Después de tantos años de abuso y silencio, haber encontrado alivio a su martirio en un confesor privado era algo de lo que le sería difícil privarse. Esperaba fervientemente que en su terapeuta hubiera encontrado alguien en quien confiar, ahora que nada la amenazaba. Pero no volvería a verla hasta marzo. ¿Quién estaría en mi lugar? ¿El mar? ¿La noche? Se me arrugó el corazón ante la realidad de su soledad.

—Yo también... —dije y la aparté lo suficiente para besarle la frente— Sé buena, ¿Si?

Paula asintió en silencio y dejó caer la cabeza porque sabía que debía despedirse de Tomás pero no tenía las fuerzas para hacerlo. Él le tomó la mano y la acercó a él, despacio. Di un paso atrás, saliendo del escenario y uniéndome al público, preparándome para lo que podría ser un beso equivalente a “Lo que el Viento se Llevó”. La sostuvo con una mano de la

cintura y con la otra le levantó el rostro. Ella no abrió los ojos y él aprovechó el momento para besarle los párpados cerrados, acariciando sus mejillas húmedas, deslizando sus labios por el puente de su nariz hasta llegar a su boca. Paula se aferró a su camiseta y la arrugó entre sus manos como si estuviera atajando el vendaval que estaba por arrasarla, pero él simplemente posó sus labios cerrados en los de ella y se quedó quieto, apenas rozándolos. Ella irradiaba toda la pasión de los dos, él la calma que los unía, que la sosegaba y la aplacaba. El equilibrio de la perfección.

Dejé de mirarlos tan fijamente porque mis sentimientos eran violentamente evidentes y no quería empezar el viaje con el pie izquierdo, no quería que nada empañara la felicidad del camino que se abría delante de nosotros. Cargué el bolso y mi mochila, me despedí de los padres de Tomás y otra vez de mi madre, y caminé sin mirar atrás. Mi amigo se unió a mí cuando ya había llegado a la entrada de la manga de acceso al avión. No hizo ningún comentario, sólo entregó su documentación y me siguió en silencio. No habló hasta que despegó el avión. Cuando el paisaje de Buenos Aires quedó atrás, más allá de las nubes, Tomás se dio vuelta y me miró con los ojos brillantes, emocionado, nuestro viaje estaba empezando.

Con una sensación de *Déjà vu*, me encontré a mismo mirando otra vez veintidós pisos de vidrio, acero y hormigón como una flecha señalando al río. Me saqué uno de los audífonos del iPod mientras acomodaba la correa de mi mochila sobre el hombro. Había llegado, tan enfocado en lo intenso de mis recuerdos que navegué entre la gente y los autos sin prestar atención. Un suicida potencial a salvo esta vez.

Atravesé las puertas vidriadas que se abrieron automáticamente y volví a entregar mi documentación a la recepcionista que simplemente sonrió.

—Puede usar la misma credencial de acceso durante el tiempo que dure su estadía. El señor Veristartúa lo espera en su oficina —Revolví los documentos que me devolvió y encontré la credencial que me había entregado el día anterior. Pasé todos los controles de seguridad, el guardia me acompañó hasta el sector de los ascensores y me indicó con la mano la puerta de aluminio que se abrió. Allí fui sin escolta. Solo. Las puertas se cerraron atrás mío y me di cuenta que había subido a otro ascensor, diferente. El fondo del mismo era

completamente vidriado y se podía ver, a un lado la ciudad y al otro el río, a medida que se ascendía. Ninguno de los dos espectáculos me llamó la atención, sí el cielo completamente despejado, claro y brillante, el sol en su máximo esplendor del medio día, bien arriba. Como si estuviera en un lugar abierto, inspiré profundo, disfruté el celeste impecable que pintaba el vidrio delante mío, sin obstrucciones, interminable, inalcanzable. Ése mismo cielo habíamos surcado más de veinte años atrás para irnos lejos para empezar a vivir.

El tintineo del ascensor al abrirse en el piso cuarenta me sorprendió absorbo en mis pensamientos. Me di la vuelta y vi a Tomás parado allí, esperándome. Intenté bajar pero él se adelantó un paso poniendo una mano en mi pecho y haciéndome retroceder. Las puertas se cerraron de nuevo y desvié apenas los ojos para ver donde ponía el dedo en el último botón del panel de pisos. La pregunta muda de mis ojos fue contestada con un simple gesto de su pulgar hacia arriba.

“¿A dónde vamos? A la terraza”

Fueron pocos pisos más. Era extraño estar en silencio, así, como si estuviéramos escapando, o si me estuviera secuestrando, aunque sus ojos brillaban divertidos como en aquellas travesuras de la infancia. Así de interesante y excitante se sentía ese momento en el medio de mi pecho.

La puerta se abrió y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera antes de girar sobre sí, darme la espalda y liderar el paso. Lo seguí por otro pasillo vidriado, a la derecha el cielo, a la izquierda, varias puertas. En la cuarta, la anteúltima, entramos. Un enorme estar con mesas y sillones blancos, que parecían robados de una recepción de casamiento, se expandía hasta la pared vidriada del otro lado, y allí, una mesa baja y dos sillones junto al ventanal con la comida servida nos esperaba.

—¿Sushi?

—Shhh... —dijo, queriendo acallarme, como si romper el silencio fuera pecado.

—Ascensor vidriado, almuerzo privado con Sushi. ¿Qué me reservas de postre?

—Tu favorito.

—¿Queso y dulce? —El sonido que hizo con la garganta parecía una

mezcla de risa y gruñido, y se detuvo junto a mí antes de llegar, estirando un brazo para invitarme a sentarme. ¿Qué habría elegido como mi favorito? ¿Helado de Dulce de Leche o Frutillas con Crema? Si no había optado por el primero ya sabía cuál sería mi primera parada antes de volver al hotel. Miré por sobre la mesa la variedad de rolls y platos además de las salsas y mi estómago rugió entre la necesidad y el placer.

—Sé que te gusta el Sushi pero no exactamente qué... así que pedí todo.

—Siempre tan considerado.

—Sólo lo mejor... para mi mejor amigo.

—Si con esto piensas ablandarme para obtener una entrevista condescendiente...

—¿Espero al postre? —Dejé mi mochila en el suelo y me senté en el silloncito blanco con toda la intención de ponerme la servilleta en el cuello de la camisa y atacar mi favorito californiano. Tomás se regodeaba con la imagen como cualquier buen anfitrión. Desenvolvió sus palillos y los hizo girar entre sus dedos como para evocar los viejos tiempos.

Estiré el brazo para sacar el vino blanco de la hielera transparente y chequeé la selección. Excelente, como siempre. Tomás podría haber sido igualmente exitoso si hubiera sido Sommelier, él sabía disfrutar del vino, no lo usaba simplemente para pasar la comida o para ahogar las penas, como yo. Andrea había refinado mi gusto en muchas cosas, las bebidas entre ellas.

—Excelente cosecha.

—Tengo dos botellas más para que te lleves.

—Merci Beacoup —Quitó la botella de la mano y puso en acción el descorchador mientras yo hacía un rápido análisis de la mesa para elegir por donde empezaría.

—Los Golden con caviar son los mejores... — Ésa fue mi elección. Sonreí mientras saboreaba el primer bocado y pude ver como llenaba las dos copas de vino. Sopesó la suya mientras estiraba su humanidad en el silloncito y miraba el cuerpo de la bebida al trasluz— Tengo dos horas completamente libres para vos, así que más vale que las aproveches. Entonces el teléfono empezará a sonar denodadamente y tendré que desaparecer; y a las seis tengo una cita impostergable con mi mujer.

—Es bueno que todavía se puedan hacer tiempo para ustedes —Exhaló

resignado como si lo mío hubiera sido un eufemismo. Hubiera querido indagar al respecto pero tenía miedo que la entrevista derivara en una sesión de terapia de pareja— ¿Cuándo me vas a invitar a cenar a tu casa?

—¿Estás libre esta noche?

—Por supuesto. Estoy en Buenos Aires sólo para ti.

—A todos debes decirles lo mismo... pero esta vez voy a creerte. Aunque, pese a nuestra amistad, sólo estás aquí por dinero.

—Putas y putos sobran, lo que faltan son capitalistas —Mi humor negro estaba floreciendo y no sabía que tan bueno podía ser eso. Tomás también lo percibió, se incorporó y dejó su copa al tiempo que pescaba una porción al azar con sus palillos.

—Ok. Dispara...

Saqué el grabador de mi mochila, lo encendí y puse en la mesa, más cerca de él, dando inicio formal a la entrevista.

—¿Cómo decide Tomás Veristartúa ser periodista deportivo?

—Podríamos ir más atrás... ¿Cuándo quise ser periodista? Lo elegimos juntos, en algún momento en que nos dimos cuenta que queríamos ser vehículos de la verdad, comentaristas de la vida; poder narrar lo que pasaba alrededor nuestro y que la gente nos pagara por hacerlo.

—Ésa es la clave. Cuanta gente lo hace gratis. A nosotros nos pagan.

—Cuando nos anotamos en El Salvador, de verdad pensé que la Licenciatura me iba a dar eso, pero ser periodista no es un título colgado en la pared. Es un oficio, como ser carpintero. Ser periodista se hace en el camino, en la ruta, en el teclado o el micrófono. Hay cosas que se pueden aprender... técnicas, estilos, secretos. Fechas y números, estadísticas. Pero hay algo innato, que no podemos aprender, que está allí o no está. Eso y una invaluable y subestimada cuota de suerte. ¿Cuántos tanto o más capaces, preparados y talentosos, están allí afuera y todavía están esperando ser descubiertos?

—¿El secreto entonces es ser descubierto? ¿Tener esa suerte?

—Eso y trabajar para justificar el lugar donde estás. Lo difícil no es llegar, sino mantenerse.

—Pero tú no te mantuviste. Creciste de manera endemoniada.

—Eso sigue siendo trabajo...

—Entonces el título no era lo que buscabas sino la mística oculta en la

cuna.

—Digamos que el "Dígame Licenciado" me sonaba vacío.

—O parte de una conversación de locos —Nos reímos juntos recordando la rutina cómica de Chespirito con la que habíamos crecido.

—"Gracias, muchas gracias"

—"No hay de queso, nomás de papa"

—Hubiéramos ganado fortunas saliendo de gira.

Nos dimos un respiro para engullir otro roll y embuchar otro poco de vino.

—¿Y entonces?

—Decidí que quería algo más directo, quería estar con los que sabían, el lugar de donde salían los verdaderos periodistas y la suerte me fue llevando hacia mi otra gran pasión.

—El deporte.

—Exacto. Cuando te fuiste a París y MaP cambió de colegio, me hundí en las estadísticas deportivas. Desde las fechas de nacimiento de los jugadores de fútbol hasta las goleadoras de los torneos locales de hockey femenino.

—Un sacerdocio.

—Me la pasaba con la radio, empecé a consumir El Gráfico compulsivamente y a grabar en videocasete cuanto partido consideraba importante, para repasarlo con detalle obsesivo. Comencé a crear una base de datos que hoy es la piedra fundamental de mi secreto.

—Sabes lo más oscuro y escabroso de los que jugaban en esa época y hoy son directores técnicos.

—¡Ja! Parece que no, pero saber cómo jugaba un director técnico, quiénes fueron sus maestros, en qué equipos jugaron, dice mucho de sus futuras decisiones, sus elecciones para con los jugadores, como para un equipo en la cancha... en fin... todo se va construyendo. Siempre me gustaron esos datos, pero en esa época de soledad, la cosa se volvió un poco obsesiva - compulsiva.

—Me estás dando miedo.

—Deberías... la mayoría lo tiene.

—Y entonces elegiste...

—El Círculo de Periodistas Deportivos. En esa época entregaba el premio más importante al deporte argentino. Hoy, con nuestra colaboración, volvió a

ser lo que era. Cena de lujo y encuentro, y grandes reconocimientos.

—Lo dicho... sólo se necesitan capitalistas. Círculo.

—Fui a la Sede, retiré el programa del examen de ingreso, estudié Semiología como si fuera la biblia y en marzo rendí. El esfuerzo valió la pena, aprobé y mi puntaje me colocó entre los primeros 16.

—Justo para completar el banco de suplentes... —Entre bocado y bocado, Tomás completó su narración de programas deportivos en los que había trabajado, en radio fundamentalmente, una pasantía en Página, muchos comienzos y finales con poco tiempo entre uno y otro.

—¿Y cómo llegas a "El momento justo"?

—En ese momento, hacía un año que me había recibido y estaba haciendo un programa con ex compañeros del Círculo, todos los días a las doce de la noche en una radio de Avellaneda. Obviamente que todos hacíamos “producción” y yo me encargaba además de la música. Un día éramos solo dos, ni el técnico de la radio, y fue el mejor programa que hicimos. Ese técnico tenía un programa deportivo en una radio de Palermo los domingos a la noche, “De Diez a Doce”.

—¿Y quién los escuchaba? A esa hora todos mirábamos Fútbol de Primera.

—¡Qué gracioso! —dijo, haciendo una mueca de asco—. El tipo dijo que le gustaba mi estilo y me preguntó si quería trabajar en la co-conducción con él. Tenían auspiciantes y muchos columnistas.

—Bueno, el tipo fue inteligente, se anotó como diez oyentes más contigo en el micrófono.

—Mis viejos, mi abuela, tu vieja, tres compañeros del Círculo, MaP y tú cuando estabas en el país...

—El marido de mi vieja dice que alguna vez también te escuchó, pero sé que él miraba el programa innombrable.

—Por eso no lo nombré.

—Traidor.

—Bueno... después de ocho meses en el aire, nos invitaron a participar a una selección para nuevos conductores en "DepEsp" y allá fuimos. Nos dijeron que era una gran oportunidad. Las plazas eran para cubrir los partidos internacionales, no argentinos, para Latinoamérica ya que la cadena estaba

comprando los derechos en algunos países pequeños para después entrar en los más grandes, esa primera incursión fracasó pero la intención estaba en Arango. El fútbol argentino le había quedado chico, por decirlo de alguna manera, y eso resintió su relación con la FFA.

—A eso voy a ir después... cuéntame cómo fue la prueba.

—Nada... íbamos con todas las de ganar. Nos habían dicho qué partido teníamos que relatar, uno de los más importantes del fin de semana anterior del Fútbol Italiano, no me olvido más. Lazio versus Fiorentina. Incluso nos dejaron ver la performance de los dos primeros que fueron antes que nosotros.

—Genial... parecía preparado para que ustedes lo logaran.

—Sí... hasta que nos acompañaron al estudio. Cuando pasamos el pasillo, las puertas de dos cabinas estaban abiertas. Haciendo la prueba, con un partido del fútbol español, estaban dos de los relatores y comentaristas de la competencia. Estaban haciendo la misma prueba que nosotros, con muchas más credenciales. Cuando llegamos a la cabina que nos habían preparado, el partido que nos mostraron era el de fútbol español que había podido escuchar en las otras pruebas.

—¿Cuál era?

—Real Madrid y Athletic. Un partidazo.

—¿Y qué hicieron?

—Yo... trampa.

—Tomás Veristartúa... ¿Me estás confesando que hiciste trampa en la prueba que te abrió las puertas de DepEsp para convertirte en el tipo más importante del deporte argentino? ¿Esto es completamente “On the record”?

—Absolutamente... además... ya prescribió... —dijo, estirándose de nuevo, con aire triunfal.

—¿Qué trampa hiciste?

—Yo había visto ese partido, sabía cómo terminaba y las instancias del partido... usé lo que recordaba para anticipar las jugadas que me tocaron relatar y después en los comentarios, lo hice de nuevo.

—De todas formas... los que evaluaban debían saber eso, salvo que te hagan relatar un partido en vivo, ustedes viven de eso, les pagan por hacer lo mismo que hacen varios millones de hombres en el mundo sentados en el living de su casa.

—No pensaba hacerlo cuando habíamos preparado el otro partido, me había auto convencido de sacar de mi mente los resultados y analizar lo que veía de verdad, pero me enojé tanto, me sentí traicionado, que lo peor afloró de mí.

—Y “No soy yo cuando me enojo”.

—La gente no debería olvidar eso —dijo, mezclando la realidad con la historia— El que estaba conmigo estaba tan desencajado que no funcionó.

—Y al final...

—Al final salimos con cara de nada porque, ¿Qué íbamos a decir? "¡Eh! No es el partido que nos prometieron".

—Claro.

—Pero resulto ser, después confirmado por el mismo Arango, que él solía ver las audiciones en su oficina y participaba de las selecciones. Y había estado viendo esa audición.

—¿Ésa en particular? ¿La audición de todos?

—Supongo que sí. No quedamos como equipo, pero él dijo: “Lo quiero a él” —Bloqueé las imágenes que estaban viniendo a mi mente, pero algo me traicionó.

—¿Sabías qué estaba haciendo Arango en ese momento?

—No.

—Y el "Lo quiero a él", ¿Qué implicó?

—La cadena se encontraba en un punto de inflexión. Nuestra generación empezaba a ser el sector social que tomaba decisiones económicas y entre ellas, qué se ve en la televisión. Y nuestra generación buscaba algo más descontracturado, menos corbata, más música, más plano corto, comentarios con sentido, preguntas reales. Arango sabía eso, conocía a su público y supo pegar el volantazo a tiempo antes de convertirse en el canal Volver.

—Y tú lideraste ese cambio.

—No, yo fui parte de ese cambio. Desde abajo. Estaba en la producción del programa de la mañana, de ahí salía a la calle para los dos programas del mediodía, después de nuevo producción en uno de la tarde y por último tenía una sección de fútbol internacional en el programa de la noche. Ésa fue mi rutina durante un año hasta que me dieron la posibilidad de comentar en uno de los partidos del domingo, y mi vida terminó de desaparecer.

—Vivías en el canal.

—Sí. Y sólo fue empeorando. Conseguí ser parte del programa de la mañana como columnista deportivo, o sea que llegaba a las 5.30 a la radio en una punta de la ciudad y salía a las nueve para estar a las 10 en la producción del noticiero del mediodía, salir a la calle a los entrenamientos a la tarde y después seguir con el programa de la noche.

—Y en el medio de ese trajín, te dieron la oportunidad del programa propio.

—No. Antes de eso, llegó el Mundial y hacía tres salidas diarias, además de conducir el programa de la noche con el resumen de la jornada.

—¿Cómo sobreviviste?

—Como pude. Pero como todo sacrificio tiene recompensa, eso es algo que Arango tenía como norma y yo continué con su legado en ese sentido, al terminar el Mundial, me dieron la conducción de un programa innovador que creamos junto a dos productores más y que un poco marcó el antes y el después de los programas "de fecha".

—Y entonces ya nada fue lo mismo.

—Tuve dos años movidísimos, al crecer, viajaba más, tenía poco piso y el imperio estaba empezando a nacer. Se creó la radio, donde tenía dos programas, uno a la media mañana y otro a la tarde/noche. Cuando se incorporaron las revistas, era una especie de editorialista sobre la fecha que se cerraba y el programa de la medianoche comenzaba a ser más visto.

—Y ese programa fue como la nave espacial que te llevó directo a las estrellas —Levantó la copa brindando por ello, por ese programa que se transformó en una parada de culto para los fanáticos del deporte de nuestra generación.

Capítulo 31 — Encontrarme a mí mismo

A partir de ese momento el perfil profesional de Tomás era mucho más conocido, especialmente cuando se hizo cargo de la dirección de DepEsp reemplazando, contra todo pronóstico, a su mentor.

—¿Cómo era tu relación con Ramón Arango?

—De padre e hijo.

—¿Él te bautizo “Vasco”?

—Exactamente. Fue una de las personas más importantes en mi vida y le debo mucho de lo que soy y de lo que sé, con todo lo bueno y lo malo de la relación, sin duda fue una relación de padre e hijo.

—¿Y cómo lo tomaban sus hijos reales? Considerando que alguno de ellos tendría que haber sido el heredero natural, especialmente con esa mentalidad tan “familiar cuasi mafiosa” que tenía Arango con sus negocios y relaciones.

—Eso es parte de la leyenda, pero la realidad es que Arango sólo tenía tres hijas mujeres, ningún varón, y los tres yernos que tenía no les interesaba el deporte, aunque sí hincarle el diente a una empresa tan grande. Arango sabía que era un riesgo meter a alguien sin experiencia ni conocimiento de base, por mucho título de Contador y Abogado que tuvieran. Acá hay algo primordial y son las relaciones públicas, conocer a la gente, quién es quién en este negocio, y en eso Arango era un maestro. Y creo que desde el principio él me preparó para sucederlo. De hecho, me sacó lo que hacía a la mañana durante un año para que hiciera una carrera corta de Administración de Empresas y un seminario intensivo de posgrado de Administración de Medios en España.

—¿Por qué piensas que lo de Mafia es leyenda?

—No lo creo... lo sé... si hubiera sido así, no hubiera sido yo el elegido.

—¿Por qué?

—Porque tengo demasiada conciencia para hacer cosas malas.

—Pero a la conciencia se la puede acallar.

—¿Cómo? La mía grita demasiado fuerte

—Convenciéndote que lo hecho fue lo correcto.... —dije, como si supiera. Hizo como si lo meditara—. ¿Y cómo haces cuando tomas una decisión equivocada?

—Puedo equivocarme como cualquiera. Puedo tomar decisiones sobre la

información que manejo y las cosas que considero mejores pero que quizá no coincidan con el resto. Me manejo mucho con las reglas de costo - beneficio, pero intento de no cagarle la vida a nadie.

—Intentas...

—Bueno... a veces tienes que hacerlo... Es parte del juego y yo hago lo que puedo.

—¿El fin justifica los medios?

—Sí.

—¿Cuál es tu límite?

—Mi puta conciencia... —Ahora nos reímos los dos.

—¿Cuéntame cuál es la situación del multimedios?

Después de un repaso estadístico y la posibilidad de corroborar los datos después en su oficina, miré subrepticamente mi reloj. Había pasado más de una hora y el teléfono no había sonado ni una sola vez. Ahora quería pasar al plano más personal de Tomás, el que lo desnudaría ante el público.

—¿Cómo es tu relación hoy con la política?

—Estoy catalogado dentro de la oposición. Pero no soy un opositor destructivo. No soporto a aquellos que sólo saben destrozar a los que están en el poder sin la capacidad de valorar las cosas que hacen y de aportar ideas para construir en pos de un futuro, de generar un proyecto sustentable más allá del tiempo y las administraciones.

—¿Ese es tu ideal?

—Sin dudas. Aquí la cuestión es que el que sigue en el poder aporte sus nuevas ideas y construya sobre la base de aquel que ha dejado la silla. Que todos construyamos juntos y aportemos lo nuestro para engrandecer el país.

—Suenan tan utópico.

—Pero es lo real. El poder es de la gente, de todos nosotros, que vamos a votar, que pagamos nuestros impuestos, que salimos a trabajar día a día.

—¿Y dónde queda la gente que no tiene nada? Que no tiene trabajo, que no tiene dinero para comer, mucho menos para poder pagar un impuesto.

—Pues hay que trabajar para ellos, generar trabajo, porque el trabajo es una necesidad, el trabajo dignifica... crear empleos, ayudar a aquellos que dan trabajo, educar y capacitar para que la gente pueda acceder a mejores empleos, que puedan tener dinero para vivir y no sobrevivir. Yo creo que la

clave es el trabajo.

—Trabajo.

—Y ocuparse de las cosas sobre las que debe trabajar el Estado. Educación, Seguridad, Salud, Justicia. Todo es parte de una gran red. Hay cosas que el Estado debe hacer, que debe proveer y que hoy no hace. Y es un mal endémico de la dirigencia política argentina. ¿Cuántas veces hemos escuchado “Por lo menos que si roban, no se roben todo así hacen algo”? ¡Pero por el amor de Dios! Ningún robar. Y en eso la justicia debe ser implacable, mientras más alto es el cargo, más fuerte tiene que ser la pena. Quienes suben al poder sólo tienen un poder de administración sobre los bienes de la Nación, que son nuestros, y sobre los fondos públicos, a los que aportamos todos. No pueden terminar enriqueciéndose desvergonzadamente favoreciendo sus negociados o robando directamente. Hay una figura que se llama “enriquecimiento ilícito”. Juicio justo, presos y devolviendo peso a peso lo que se llevaron. Desde arriba, todos.

—¿Y que tú seas un empresario exitoso, no produce una contraposición de intereses al ser un político?

—No lo creo, porque yo estoy en los medios, y me interesa la libertad de prensa.

—Pero mucha gente acusa a tu empresa de monopolizar el deporte.

—Nosotros pagamos derechos de transmisión y siempre es mediante negociaciones abiertas. Otras cadenas nacionales e internacionales participan pero nosotros tenemos la mejor relación calidad - precio históricamente. Tenemos los mejores equipos, la mejor señal, los mejores periodistas. Y los contratos tienen caducidad y cláusulas de rescisión.

—Ok. Me convenciste. ¿Cuándo te postulas?

—No lo sé... lo estoy analizando...

—¿Qué tema consideras difícil y neurálgico en este momento en la sociedad ?

—La droga. Despenalizarla o no. Haber pasado a ser, de un país de tráfico a uno de consumo. Generaciones enteras destrozadas por la droga. Tener hijos te hace ver las cosas de una manera completamente diferente.

—¿Por qué?

—Porque antes las cosas pasaban por uno solo... cuando tienes hijos, todo

pasa por ellos. Es una rueda. Las mismas preocupaciones que tenían nuestros padres, potenciadas porque antes, ellos se preocupaban por educarnos y la cosa pasaba por nosotros, por lo que nosotros pudiéramos hacer o no. Hoy no. La cosa pasa por lo que otros... desde un “dealer” a un pedófilo, pasando por un asaltante común drogado... o no... puedan hacerles... hacernos... entonces la cosa se complica.

—¿Y cómo lo vivías cuando no eras padre?

—¿A dónde quieres llegar?

—A Ámsterdam... —dije, con una sonrisa, el sol que se filtraba por el ventanal dándome en la cara y haciendo que el vino tomara un efecto efervescente en mi cabeza. Tomás se rio abiertamente, se incorporó y apagó el grabador.

—No voy a confesar para tu entrevista que estuve días completos drogado por las calles de Ámsterdam.

—¿Cuántos días?

—No sé. No recuerdo... es más... no sé cómo salimos de allí.

—¿No te acuerdas de nada?

—Tengo flashes... de cosas que hicimos ahí, pero demasiado obnubilados por las cosas que habíamos tomado.

—Y eso que no le dimos a nada pesado.

—Debut y despedida. ¿De qué sirve hacer el viaje de tu vida si te la vas a pasar drogado sin poder disfrutar nada?

—Es parte del viaje... nunca más literal.

—¿Sentiste ese viaje como una iniciación?

—Para mí lo fue

—Para mí también. Me reconocí mucho más independiente y capacitado para estar solo... no en el viaje, porque estuvimos juntos y siempre te seguí, pero cuando volví, sentí que podía estar solo, afrontar cosas como una Universidad, un trabajo. Hacer varias cosas al mismo tiempo y no morir en el intento. Me liberó de muchas cosas que tenía como reglas inamovibles. Me hizo crecer... ser más hombre.

—¿Y la droga no fue parte de eso?

—Soy partidario de probar de todo en la vida, pero hay cosas que no es necesario vivirlas para saber que son malas.

—Y ésa sí es una frase bien fachista.

—Lo que sea.

—¿Qué es lo que más recuerdas del viaje a Europa?

—Ámsterdam... o lo poco que recuerdo. Las dos noruegas con las que nos fuimos a vivir esos días. Los viajes en tren. Cruzar a Grecia en ese transbordador lleno de inmigrantes ilegales. La joda de Ibiza que no tenía fin. No sabía cuándo era de día y cuando de noche.

—Ni un museo... ni un teatro...

—El museo de Cera de Madame Tussauds en Londres. Ése me gusto... — Me incorporé meneando la cabeza, resignado, para buscar uno de los últimos bocados de sushi. La promesa de postre ya me estaba haciendo agua la boca.

—Y yo haciendo un esfuerzo por culturizarte...

—Tuve la posibilidad de regresar y verlos todos de nuevo, pero nada fue igual. Si hubiéramos ido en verano hubiese sido más divertido, porque convengamos que dormir en la plaza mientras nevaba no fue una experiencia amena.

—Casi pierdo dos dedos del pie... fue cualquier cosa menos amena.

—Fue tu culpa. Todo por el orgullo de no pedirle plata a tu viejo — Rememorando la situación, no pude más que poner los ojos en blanco.

—Entonces, si tuvieras que volver a Europa para hacer ese viaje...

—Ese viaje no se repetirá... no volveremos a tener dieciocho años. Volví y lo disfruté, pero no fue lo mismo. Pude recorrer España e Italia más a gusto y no ese tour acelerado que programaste. De todas formas, debo reconocer que asentado, más tranquilo y sosegado, Grecia, sus playas, sus calles, su historia es, sin duda, de todos los lugares, a donde iría y volvería a ir mil veces.

—¿Las playas de Grecia por sobre las del Caribe? —Apretó los labios y miró por el ventanal.

—No volví al Caribe. No creo que pueda.

Los dos giramos la cabeza automáticamente cuando hubo tres golpes en la puerta por donde habíamos entrado y esta se abrió sin esperar respuesta. Yo conocía al hombre que entraba en ese momento. Tomás se levantó con fastidio.

—¿Qué pasa, Dieguito?

—Buscándote como loco. Tengo estos papeles que tienes que firmar antes de la reunión de las cuatro.

—Los hubieras dejado en la oficina, estaba en camino para allá. Vincent Lacourlig, un amigo de toda la vida, Diego Chebars, mi abogado.

—Uno de ellos —dijo, estirándose para estrechar mi mano.

—El dueño del bufete... —le reconoció Tomás.

—Ya nos conocemos —dije, volviendo a mi lugar. Tomás me miró desconcertado y Diego se rio por lo bajo —Nos presentaste en aquella famosa fiesta de la revista, ¿No te acuerdas?

—¡Ah, sí! Tienes razón. Vince, ¿Puedes esperarme quince minutos antes del postre?

—No hay problema... así puedo fumar afuera...

—Tienes dos o tres cosas más esperándote —Tomás se hizo con las dos carpetas y salió por la puerta con el teléfono en la mano que comenzaba a vibrar desafortunadamente. Diego me saludó en silencio con la mano, indicándome el camino que debía seguir para poder fumar.

Siguiendo la ruta al ventanal más alejado, desenfunde mis soldados con la esperanza de encontrar una terraza. Encontré el mecanismo de apertura y deslicé la ventana. El aire era fresco a esa altura y el sol empezaba a descender hacia el oeste, haciendo la temperatura agradable. Encendí un cigarrillo mientras miraba el espectacular Río de la Plata. ¿Qué hacía Diego ahí, como abogado de Tomás?

Capítulo 32 — Mantén tus ojos en el dinero

Disfruté mis dos cigarrillos post almuerzo apoyado contra la pared de esa terraza de ensueño. Seguí dándole vueltas al asunto de cómo Diego había terminado siendo el letrado de Tomás. No es que fuera algo imposible sabiendo que los dos habían sido compañeros en el Círculo y que, en su momento, habían tenido una buena relación, pero la vida los había llevado por caminos diferentes. Diego había terminado la carrera y hecho algunos trabajos en radio, pero para mantener sus estudios y su vida, había empezado a trabajar en el bufete de abogados de su madre, una conocida jurista de la farándula vernácula. Ella había hecho gran parte de su fortuna entre cartas documento y audiencias de conciliación entre las aspirantes a estrella del momento. Un negocio redondo, dicen que el pez por la boca muere y en este caso las dos cosas eran ciertas.

Después de la fiesta anual de la revista Gente en la que nos presentaron, había usado sus servicios. La última vez que lo había visto, era el asistente de las tres abogadas del bufete, Cómo habría evolucionado a dueño y había conseguido la cuenta de “DepEsp”, Veristartúa y aledaños, era algo de lo que estaba muy interesado en averiguar.

Tomás salió a la terraza haciendo malabares con dos envases plásticos blancos, acomodando uno de los sillones blancos fuera. Lo ayudé y acomodamos el asiento frente a la pared de la terraza. Tomás se ubicó y acomodó los dos envases en el medio, dejando el resto del lugar para mí.

—¿Mi postre favorito? —Destapé el envase y mi corazón de niño saltó en piruetas de alegría. Dulce de leche.

—Sin duda —La primera cucharada me supo a cielo y no la había terminado cuando ya estaba clavándome la segunda. Después de la tercera, ya estaba en condiciones de seguir hablando, aunque tuviera la lengua congelada.

—¿Diego es tu abogado? ¿Desde cuándo?

—Cuatro... cinco años. Tendría que ver el contrato que tenemos. ¿Es información vital para la entrevista?

—No... simple chismografía.

—Cuando la madre se retiró, el recién había terminado la carrera pero tenía más habilidad y experiencia que las tres abogadas a las que asistía,

juntas, así que la madre lo puso a cargo. En una sola persona tengo alguien que sabe de deportes, medios y me mantiene al tanto del último chisme de la farándula. Ese sí que conoce todos los muertos que cada uno tiene en el armario —La séptima cucharada de helado se congeló en mi boca y clavé los ojos en él, que comía con tranquilidad un gusto vetado en varios colores que no sabía qué era. A diferencia mía, Tomás era adepto a probar diferentes sabores, yo era patéticamente predecible. ¿Mis secretos estarían a resguardo por la confidencialidad cliente - abogado? ¿Tendría que usar mi visita a Buenos Aires para reunirme con él y preguntárselo?

—¿Y eres el único cliente que tiene?

—Él sí... El bufette sigue atendiendo a la farándula porteña en una nueva oficina en el piso veinte. Si no, pierde el condimento de la vida.

—¿Y lleva tus cosas personales también?

—Sí —Abandoné a la mitad del envase, medio lleno, medio vacío, para encender otro cigarrillo— Entonces, ¿Vienes a cenar esta noche a casa?

—Sí. Pero quiero comida casera.

—¿Y tú crees que hay otra cosa en mi casa? Tengo a la mujer maravilla encadenada y sólo se ocupa de los niños y de cocinar. Está preparando todo para cuando no se pueda ni mover de al lado del bebé. Debe haber llenado el freezer de comida porque quiere que le compre otro. No sé dónde va a ponerlo.

—Tendrías que dejarla salir un poco. Debe estar que trepa las paredes.

—No te das una idea —Miró el reloj y resopló enojado consigo mismo— ¿Podemos completar lo que te falte esta noche en una caminata por el golf a la luz de la luna?

—¡Oh! Que romántico... —Se levantó y yo con él para saludarlo.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites para terminar el helado y el cigarrillo. Te dejo la puerta abierta. Si por alguna maldita razón alguien cierra, si marcas #92 es el conserje y puede abrirte.

—Genial. Solo me faltaría tener que quedarme a dormir aquí.

—Entonces quizás podrías entender a lo que me refería en mis primeros años en esta empresa.

Abandonó la terraza y se marchó del lugar mientras yo volvía a sentarme. Repasé mentalmente algunas de las respuestas de Tomás y tomé nota de

algunas otras preguntas que me habían quedado en el tintero. Debía recordar llevar los regalos esa noche, si pretendía pasar el umbral de la puerta. Controlé la hora y decidí que después de un último cigarrillo partiría con rumbo desconocido.

Entré y busqué entre mis cosas y le envié un mail a Andrea. No había terminado de redactarlo cuando la pantalla cambió y un número de teléfono conocido apareció.

—Hola, Gallega —La voz melódica con acento español que la hacía endemoniadamente sexy vibró aguda y enojada del otro lado.

—*¿Qué es esto de que estés en Buenos Aires y no me llames por teléfono?*

—He estado ocupado.

—*Excusas, me atiendes hasta en la Casa Blanca. ¿Dónde estás?*

—Donde tú deberías estar.

—*Quiero volver a trabajar...* — dijo como una niña encaprichada.

—Entonces deja de reproducirte.

—*Envidioso. Quiero verte. ¿Vendrás a cenar esta noche?*

—Qué dirá tu marido... invitando a otro hombre a cenar —Maldijo en castizo dos veces mientras las bocinas sonaban— ¿Estás manejando?

—*Con manos libres... no me regañes*

—Válgame el cielo.

—*¿Qué tengo que hacer para tentarte y que vengas?* —Tuve que reírme. Que conversación tan bizarra con esa mujer— *Ya no puedo ofrecerte mi cuerpo, aunque nunca te ha interesado.*

Ahora el desdén teñía su voz.

—Hubo una época en que quisieron casarnos... ¿Qué hubiera pasado si hubiese ocurrido?

—*Hubiera terminado el mundo... ¿Qué más? Vamos... dime el menú. Haré lo que tú quieras.*

—Paella.

—*Hecho. Te espero a las nueve. Conoces la calle y la casa. Seré la de la barriga enorme.*

Cortó la comunicación y me quedé mirando el teléfono, viendo cómo se desconectaba y la pantalla volvía al mail que estaba redactando. Me reí de

nuevo. Y pensar que en algún momento barajé la posibilidad de ser un hombre normal y casarme con ella.

Terminé el mail. Terminé el helado. Terminé el cigarrillo. Y di por terminada mi visita del día al edificio de Puerto Madero. Guardé mis cosas y me colgué la mochila antes de abordar el ascensor. Me miré los zapatos mientras los pisos se sucedían hacia abajo. Se detuvo mucho más rápido de lo que esperaba. Cuando la puerta se abrió, Diego estaba parado ante la puerta, con el blazer de su traje negro con finísimas rayas gris oscuro y su maletín de cuero reluciente. Tenía anteojos oscuros. Eso lo hacía más estrella de cine que abogado.

—¿Bajas?

—Sí... —Subió y se quedó parado frente a mí mientras las puertas se cerraban.

—Así que le estás haciendo una entrevista a Tomás.

—Ajá.

—¿Cómo va tu vida? Hace mucho que no hablamos.

—Bien... igual que siempre. ¿Tú? Veo que algunas cosas han cambiado.

—Sólo porque tengo un cliente importante no significa que no sea el mismo de siempre.

—Es interesante como gira la vida, ¿No? ¿Cómo hiciste para conseguir semejante cuenta? Ahora sí que debes facturar buen dinero.

—El dinero es importante... pero lo bueno es haber salido del conventillo de las vedettes...

—... para cambiarlo por el de la pelota.

—Sí... es bastante parecido, pero es bueno no andar rodeado de tanta arpía. Además, con un solo cliente, no tengo que andar girando por los cien barrios porteños para que me paguen lo que me deben —Oh, el dinero. Si algo había aprendido a lo largo de los años era que el ochenta por ciento de las veces, la respuesta a la pregunta "Por Qué" era Dinero. Otro diez por ciento era "Amor" y el diez restante se repartía cinco y cinco en "Poder" y "Locura". Dinero era casi siempre la respuesta.

—¿Litigan mucho?

—No. En realidad es más asesoramiento sobre contratos y esas cosas. Formalidades. No hay mucho margen para demandas acá.

—Mejor.

—Mucho Mejor. ¿Sigues en París Match?

—Básicamente... pero a veces hago cosas *freelance*... como esta.

—Buen dinero, ¿No?

—Bastante bueno para un solo trabajo.

La puerta del ascensor se abrió y fuimos juntos hasta la salida, los empleados saludándolo hasta el día siguiente. Se detuvo para encaminarse hacia la derecha.

—Y al final... ¿No escribiste el libro ese de la investigación que me encargaste? —Me hice el distraído mientras buscaba mis anteojos de sol en la mochila pero no pude dilatarlo mucho, Diego seguía allí, parado, esperando mi respuesta.

—No, la verdad es que no supe cómo encararlo... y la historia terminó pareciéndome demasiado descabellada.

—¿Descabellada? Para mí, como te dije en su momento, tenía un tremendo potencial. Yo que tú la escribiría.

—Ni sé dónde puse las cosas que me mandaste —*Mentira... están bajo siete llaves en la caja de seguridad de mi casa.*

—Avísame si no las encuentras —Sacó rápidamente de uno de sus bolsillos una tarjeta y la depositó en mi mano—. No sé si tienes mis teléfonos...

—De seguro los tengo, pero gracias igual —Levanté la tarjeta entre dos dedos y la guardé dentro de mi chaqueta antes de despedirme.

Lo que me estaba diciendo, ¿Era una señal? ¿Una pista? ¿Una amenaza escondida? ¿Por qué, si supuestamente me había entregado todo el material resultante de la investigación que nos había unido como cliente y abogado, cinco años atrás, él podía ayudarme en caso de no encontrarla? Porque todavía tenía una copia. En cuanto puse un pie en la calle encendí un cigarrillo. Es interesante cómo funciona la mente humana, y el cuerpo acompaña la respuesta. ¿Por qué mis manos sudaban y el frío se colaba por mi espalda si yo no había hecho nada?

De una cosa tenía razón: Al amparo de la distancia, la excusa de la investigación, un libro, tomaba en mi cabeza una nueva dimensión.

Capítulo 33 — Estrella Porno

Tenía la cabeza en estado de ebullición. La entrevista a Tomás, el reencuentro con Diego, la llamada de la Gallega. Caminé por las calles llenas de gente, hasta el puente de la Mujer. Pasado. Presente. ¿Futuro? ¿Había cometido un error al volver a Buenos Aires? Mi cerebro parecía estar en una coctelera. Podía ir al hotel y dormir hasta la hora de la cena, pero eso solo lograría que me desvelase a la noche y mi mente era particularmente cruel de madrugada.

Me detuve en un puesto de diarios, mirando el exhibidor. Conté no menos de diez revistas con mujeres literalmente desnudas en poses extremadamente provocativas, y todas eran revistas comunes, quiero decir, no eran prohibidas para menores, ni publicaciones eróticas, el título les sobraba, lo erótico estaba más relacionado a la sugerencia, la exhibición obscena de carne de esas mujeres rayaba lo pornográfico, y eso que yo era bastante liberal en ese aspecto.

Me detuve en la portada de *Hustler* y la aspirante a vedette se cubría los pechos pero poco dejaba a la imaginación. Estuve tentado de comprarla para comprobar el contenido cuando mi teléfono sonó. Era Tomás.

—Hola.

—*¿Qué haces?* —Me sorprendió la pregunta, como si me estuviera espiando, pero más aún mi reacción, como si yo estuviera haciendo algo malo.

—Bien... acá, mirando unas revistas a ver si me pongo al día con la actualidad nacional.

—*Escucha... ¿Podemos cancelar la cena de esta noche?*

—Seguro. *¿Qué pasó?* —Quiso sonar tranquilo e indiferente pero le erró por un kilómetro.

—*Nada... después te cuento* —Se me cerró el pecho. ¿Quizá hice mal en evadir la terapia de pareja? ¿Y si en verdad Tomás tenía problemas en su matrimonio? No es que fuera en el mejor momento pero, ¿A cuántas parejas les pasa que buscan con los hijos salvar matrimonios que se hundan? Tendría que haber hablado de ello, pero en mi afán de terminar la entrevista, dejé de lado lo importante, lo personal.

—*¿Quilombos con la patrona?*

—*Algo así... después te cuento. Cualquier cosa te mensajeo para que nos encontremos mañana.*

—Ok... pero por favor avísame.

—*Seguro. Aprovecha tu noche libre* —Sin esperar respuesta cortó la comunicación. No quería una noche libre, sería despejar el camino para que las memorias me encontraran solo y desamparado. Volví a mirar la portada de *Hustler* y, listos como un Boy Scout, los recuerdos saltaron delante mío para no dejarme avanzar.

Después de recorrer durante ochenta y nueve días el viejo continente, pisamos tierras argentinas y nos faltó besar el suelo como el Papa. Europa era fantástica, pero de verdad necesitábamos estar en casa. Como experiencia fue única, increíble e irrepetible, pero no veíamos el momento de compartirlo con aquellos que más queríamos. Levantamos el equipaje, y mientras esperábamos la revisión de Aduana, podíamos ver esa figura con gorra que aparecía y desaparecía en la altura, como un pequeño saltamontes. No llegamos a traspasar la puerta que la vi venir corriendo como en las propagandas, cuando la niña pequeña corre a los brazos de su padre a recibirlo. No era una niña pequeña, ni el que la recibía era su padre, yo era solo un espectador. Después de tres meses maravillosos en los que el sabor de los celos había dejado mi boca, volver a sentir ese gusto rancio, amargo, que subía desde el centro del cuerpo, sirvió para darme cuenta que nada había cambiado. Nada.

Levanté la maleta que Tomás había soltado para encontrarse con ella y besarla con abrumadora pasión; caminé hasta donde mi madre y los padres de Tomás nos esperaban, emocionados. Con una llamada cada quince o veinte días, la ausencia se tornó importante y nos reencontramos dándole la espalda a la parejita que hacía la exhibición desubicada e indiferente, mientras la gente los esquivaba para poder salir de allí. Cuando la madre de Tomás dio dos pasos y se alejó del grupo, me di cuenta que el reencuentro había terminado y pude mirar para atrás. Quedé pasmado, con la boca abierta.

Paula se había quitado la gorra y le mostraba a Tomás la última

modificación de su apariencia. De espaldas a mí, sostenía la cortina de pelo que le llegaba a la mitad de la espalda, lacia y pesada, en otro momento de un intenso color chocolate, ahora de un rubio platinado, dejándola caer hebra por hebra, como si fueran destellos del sol. Sus ojos se encontraron con los míos cuando miró por sobre su hombro, la sonrisa amplia y satisfecha que tenía, desdibujándose en mi mueca de asco. Me acerqué en dos zancadas y frené a dos centímetros de su nariz.

—¿Qué te hiciste en el pelo?

—Me teñí.

—¡Por Dios! —grité— ¡No te puedo dejar sola!

—¿Qué pasa? A Tomás le gusta. Todo el mundo dice que me queda genial...

—Sí, claro! Si lo que quieres es ser una copia subdesarrollada de Pamela Anderson. Si morena eras hermosa...

—Ahora soy espectacular...

Tenía ganas de zapatear como un niño caprichoso al que no le habían comprado el juguete prometido. ¿Y a mí por qué me tenía que importar si era rubia o morena? En última instancia el que disfrutaría del beneficio de enredar sus dedos en esa cabellera mientras la besaba o le hacía el amor, era Tomás, y sus ojos brillando en devoción eran suficiente respuesta. Quería desaparecer en ese momento. Paula me sujetó del brazo buscando sonar conciliadora.

—Conseguí trabajo como modelo... Estoy haciendo algunas cosas buenas y me dijeron que los clientes buscan más a las rubias.

—Está bien, MaP —dije, tratando de disimular mi desagrado—, lo que consideres mejor para ti. Eres mayor de edad. Eres libre. Nadie te tiene que decir qué hacer.

—Pero no te gusta... —murmuró desilusionada. La miré a los ojos y mi careta cayó al piso, haciéndose mil pedazos.

—No lo hiciste por mí, ¿Qué carajo te importa si me gusta o no? — Paula retrocedió y los brazos de Tomás fueron el refugio adecuado. Recé con todas mis fuerzas para que mi madre hubiera ido en mi auto y los Veristartúa en el suyo, no quería viajar con ellos. Y llegado el caso, mi

madre sería una buena oyente si necesitaba descargarme. Dios escuchó mis súplicas, Tomás, su novia y sus padres se marcharon en su auto, yo en el mío. Quise manejar y aceptó sin cuestionarme, ajustándose el cinturón de seguridad como nunca lo hacía. Si bien salieron antes que nosotros del pago del estacionamiento en el aeropuerto, los pasé en la primera curva y aceleré para dejarlos atrás.

—¿Y todo esto porque Paula se tiñó de rubia? —Encendí un cigarrillo sin pedirle permiso, sin importarme si le molestaba o no, si la apestaba con el olor. Cuando el humo llenó la cabina abrí un poco la ventanilla y dejé que descomprimiera, el humo y mi humor.

—¿A ti te gusta?

—¿Qué le puede quedar mal a Paula? Podría raparse y aun así sería una muñeca.

—Ahora es artificial, antes era el exponente de la morena argentina, original, natural. Ahora es una Barbie.

—A todas nos pasa. Para el hombre estas cosas son mucho más sencillas. Las mujeres necesitamos modificar nuestro aspecto para sentir que estamos en control de algo cuando todo nos desborda, y por lo general es nuestro cabello el que sufre las consecuencias. Con el tiempo te das cuenta de que lo arruinaste, pero cuando eres joven, nada de eso te importa, y Paula ha pasado por mucho en muy poco tiempo. Si su manera de liberar presión es tiñéndose de rubia, amén por eso —No estaba de acuerdo con el razonamiento de mi madre, pero ella era mujer y yo no, y contra eso no iba a discutir. Como la consumada diplomática que era, cambio rápidamente de tema:—Cuéntame... ¿Cómo fue el viaje? Quiero detalles.

—Después que llegue y descanse, Ma. De verdad estoy agotado.

—Como quieras, amor. Por lo menos ya estás aquí... —Por muy poco tiempo, pensé, aunque mi madre ya estaba acostumbrada a mis idas y venidas, esperaba que se tomara con calma la decisión que había tomado. Mi padre me había convencido de las ventajas y oportunidades de graduarme en Europa, así que volvería a París para preparar mi examen de ingreso y estudiar periodismo en Francia.

Por supuesto, mis enojos con Paula no duraban más que unas horas y a

la mañana siguiente fui a su casa con un ramo de rosas del tamaño de mi cabeza y todos los regalos que le había traído de Europa. Estar en la puerta de su casa siempre me daba escalofríos, llevándome al recuerdo del día que la encontramos en la escalera de emergencias. Parecía que había pasado una vida pero apenas habían sido seis meses. Desde el portero eléctrico su voz delataba que todavía estaba durmiendo.

—Sube... — fue lo único que dijo y el tipo de seguridad se levantó de su asiento para abrirme. Palier, ascensor, palier. Mis pies estuvieron de nuevo en la puerta de entrada del departamento de Paula. No pude mirar la puerta de emergencia y el temblor recién se detuvo cuando ella abrió la puerta. Descalza, despeinada, en pijama. Hermosa, perfecta, la encarnación de Erato, la musa de la poesía erótica—. Pasa... voy al baño.

La seguí por el pasillo, con los ojos clavados en la víbora que tenía tatuada en la espalda, respirando a un costado del tirante de su pijama; sabiamente, el reptil seguía considerándome su enemigo. Ella siguió a su destino, yo entré en la segunda puerta de la izquierda.

Su habitación estaba como la recordaba, con más ropa de colores y no tanto cuero negro, la guitarra a un costado de la cama, un sólo póster en la cabecera de la cama, Tommy Lee deshidratándose en la batería. En el escritorio, papeles desparramados, y en una cartelera de corcho, fotos y más fotos. Me incliné para mirarlas mejor. Yo estaba en muchas, otras tantas las había sacado yo. Dominando, ampliada, en el medio de todas ellas, en un lugar privilegiado, la foto que yo les había tomado en Bariloche hacía nueve meses atrás. Ése número me estrujó el corazón. Miré las flores que todavía tenía en la mano; si todo hubiera seguido su curso, ¿Hubiera estado llevándole flores a un hospital para festejar el nacimiento de su hijo? Ella con un bebé precioso en brazos. La feliz imagen desapareció de mi mente en un borrón de sangre roja; si no hubiéramos llegado a tiempo, ¿Estaría llevando flores a su tumba? Me alejé del escritorio y me senté en el borde de la cama, con los hombros vencidos como un viejo cargando sobre su espalda el peso de los años aun cuando sólo había caminado dieciocho. Con las flores en la mano y la bolsa plateada en la que había guardado los

regalos, parecía un amante frustrado tocando una vez más la puerta del rechazo. Paula apareció en la puerta trayendo una bandeja con dos tazas grandes, un paquete de galletitas y un cenicero. Inspiré y me di cuenta que había bastante olor a cigarrillo...

—Buen día...

—Hola. Venía a disculparme por lo de ayer. La sorpresa me pegó mal y...

—No te preocupes... mi vieja me gritó más barbaridades cuando lo vio —dijo, encogiéndose de hombros minimizando, como siempre, mis actitudes de patán.

—¿Y cómo fue que pasó eso? —Se sentó en la cabecera de la cama, apoyada a los pies de Tommy Lee, sosteniendo la taza de café con una mano y con la otra encendiendo un cigarrillo. Me apoyé en la pared del costado imitando su postura, y antes de que pudiera buscar mi propio vicio, me extendió el cigarrillo encendido y fue por uno para ella. Inspiró y exhaló antes de responderme.

—En Punta del Este me tomaron unas fotos en la playa para una revista y una agencia me buscó al día siguiente para ofrecerme hacer una promoción.

—En serio... ¿Así de sencillo? —Buscó en el cajón de su mesita de luz y me alcanzó la revista.

—¿La quieres? Compré toda la tirada... —Se rio a carcajadas mientras yo la ojeaba, buscando su foto. Allí estaba, con otras dos chicas rubias, ella todavía como la recordaba, una morena infartante en una bikini blanca mínima, sobre la piel suavemente bronceada.

—Me la llevo. Cuando seas famosa valdrá millones.

—Lo sé... por eso compré tantas.

—¿Y entonces?

—Sumé dos o tres apariciones en la multitud en publicidades de cerveza, hasta que una productora de la agencia me dijo que necesitaban a una chica para protagonizar una campaña, pero que el dueño de la empresa quería una chica rubia.

—Típico.

—La productora me dijo que yo tenía muchas condiciones y un gran

potencial pero que tenía que estar dispuesta a hacer algunos sacrificios... —La palabra “sacrificio” sonó como una granada explotando en el medio de los dos, pero quien lo decía era “una” productora, no un hombre que podría estar usando la típica artimaña para llevársela a la cama. Siendo así, ¿Por qué entonces todos mis sentidos sonaban como si se hubiera desatado un incendio en la casa?—Y entonces dijo la palabra mágica.

—Dinero.

—¡Ay, Vince! No todo funciona por dinero... —Que equivocada estaba MaP, pensé mientras bebía un sorbo de café, los dos aprenderíamos con el tiempo que todo era cuestión de dinero y poder—. Dijo que era muy parecida a Pamela Anderson excepto por el pelo.

Mis ojos inevitablemente fueron a su pecho. Fui yo quien se sonrojó por el atrevimiento, Paula estaba acostumbrada a que la gente no la mirara a los ojos.

—Esa mujer tiene una gran imaginación.

—Esa misma tarde estaba sentada en la peluquería, y lo hice durante seis horas seguidas para que lograran decolorar y teñir esta cantidad de pelo.

—Y entonces te convertiste en Pamela Denise... —Suspiró mirando hacia arriba, no al cielo sino al póster del tipo detrás de los platillos— Y conseguiste el laburo.

—No.

—No me jodas...

—No. El tipo quería una rubia angelical... no una estrella porno.

—Que desperdicio.

—No te creas... Las rubias tienen mucho... mucho más éxito... créeme.

—Bueno —dije, sacudiendo mi melena—, yo soy rubio natural y debo decir que he tenido mucho éxito.

—¿Ves? —Apagó el cigarrillo en el cenicero que descansaba en el medio de la cama, entre ella y yo, y se incorporó cruzándose de piernas— El dinero me viene perfecto. Mi vieja me habló el mes pasado para decir que fuera pensando en buscar un trabajo porque con lo que nos iban a dar de pensión no nos iba a alcanzar.

—¿Y qué vas a hacer?

—Marinés, la productora, me consigue buenos trabajos... pocas horas, buen dinero. Eso sí, debo concientizarme que vivo de mi cuerpo. Ya me dijo que tengo que cuidar lo que como, hacer gimnasia, cuidar mi piel... — Levantó un cigarrillo y lo miró como si fuera a besarlo y no fumarlo— Dejar de fumar...

—Hay mil modelos que fuman...

—Sí, pero tienen fortunas para pagar desmanchadores o coronas de porcelana, y por ahora no tengo tanto dinero, así que voy a tener que aprender a administrarme.

Aprovechamos el silencio para fumar y le entregué las flores y la bolsa de regalos.

—Espero que te guste. Tomás siempre elegía lo mejor para traerte, así que no vas a encontrar grandes cosas —. Hundió el rostro en el ramo de flores y las dejó con cuidado en la mesita de luz. Vacío la bolsa plateada y empezó a revisar todas las cosas, admirándolas como si fueran de la última colección de Bulgari. Es verdad que el valor de los regalos no está en quien los da sino en quien los recibe, y Paula era especialista en hacerte sentir que le estabas regalando una isla en el Caribe o un viaje en Crucero, cuando era sólo un llavero de Bélgica. Ella cargaba las pequeñas cosas con grandes sentimientos.

—¡Me encantan! ¡Gracias! —Me abrazó con fuerza y yo le respondí con la misma intensidad. Guardó todo y volvió a recostarse contra la pared.

—¿Y cómo está todo con Tomás?

—Igual.

—No me pareció eso en Ezeiza... —Traté de eliminar cualquier rastro de sarcasmo y amargura de mi voz, y lo logré, porque ella sólo miró a un costado buscando el paquete de cigarrillos.

—Lo nuestro no puede ser. Punto. No importa que tanto lo intentemos.

—Pues vas a tener un arduo camino por delante. Tomás está muerto de amor por ti.

—De a poco se va a ir olvidando... son romances de adolescentes. ¿Cuánto pueden durar?

—¿Y tú? —Me miró a través de las pestañas mientras accionaba el encendedor y la llama tocaba la punta del cigarrillo.

—Yo, nada. Me iré distanciando de a poco y sucederá lo que le pasa a todo el mundo. Todos creen que mantendrán los amigos de la infancia y la adolescencia para siempre, pero no es así. La vida te va llevando. Trabajo, estudios, salidas, nuevos amigos, nuevos entornos... y así, él conocerá a otras chicas, vivirá otras cosas, y yo quedaré en el recuerdo como la chica que le gustaba cuando era chico.

—No es así MaP, tú sabes tan bien como yo que Tomás no es así.

—Vas a ver. De a poco la vida nos va a ir separando y ya nada va a quedar. Cuando los llamados y los encuentros se vayan haciendo más y más esporádicos, sólo quedarán los recuerdos.

—Tienes todo fríamente calculado. ¿Y él qué piensa de eso? —Paula se encogió de hombros con una mueca triste. Dije en voz alta lo que ella no se animaba a verbalizar — Que lo de ustedes es para siempre... que nada cambiará. Que estarán juntos hasta que la muerte los separe

—Tonterías... Intentará jugarla de rebelde pero siempre será el alumno, hijo y amigo ejemplar.

—Me haces sentir como el malo de la película.

—¿No lo eres? —Sonreí de costado y ella brilló de emoción. Sí, yo era el malo de la película; él y yo, el yin y el yang... Yo la noche, la luna, el infierno necesario.

—Perra —dije, descubierta por mi alma gemela. Ella miró por la ventana, ausente.

—Yo no soy lo que él necesita... —Seguí su mirada vagando en el cielo celeste, donde se perdían los secretos que no compartía conmigo, todavía.

Capítulo 34 — Manzanas envenenadas

Como un Oráculo moderno, Paula tuvo razón. Tal sus predicciones, la vida hizo lo que hace con la mayoría de la gente. De a poco, cada uno fue tomando su rumbo. El mío fue París, a sólo un mes de haber regresado. Me instalé en el departamento de mi hermano hasta que pude conseguir un estudio en la parte más pobre del barrio latino. Estudié sin dormir durante dos semanas y rendí el examen de ingreso en una de las universidades del sur de París. No era La Sorbonne pero tenía un muy buen nivel académico en Comunicación Social y la mayoría de las materias me servía para hacer un año más y obtener la Licenciatura en Filosofía; además contaba de un gran laboratorio multimedia para aprender de medios de comunicación in situ. Como mi padre había insistido en pagar mis estudios y el alquiler del departamento, además de asignarme una especie de mesada para gastos, como si tuviera diez años, todo aquello que lograba conseguir en cualquier pasantía o empleo de medio tiempo lo guardaba para viajar a Buenos Aires.

Por carta, teléfono y después correo electrónico, me mantuve al tanto de las actividades de Paula y Tomás.

Él había empezado la carrera en la USal pero desistió y pasó al Círculo de Periodistas Deportivos. Había conseguido una pasantía de un año en Página 12 y se subía a cuanto proyecto de radio conseguía con sus nuevos amigos, compañeros de armas en el periodismo. Mientras tanto, a la mañana trabajaba en una librería y eso le daba una independencia económica, aun cuando sus padres también insistían en pagarle la cuota de la carrera. Su vida social había desaparecido junto a nosotros, sus cartas denunciaban soledad y como buscaba llenar los vacíos con trabajo y estudio. Podía parecer que su perfil social se había elevado pero era sólo una coraza, muy pocos lograban traspasarla. Eventualmente confesó que a veces lograba encontrarse con Paula, después de semanas insistiendo.

Ella había tomado el rumbo artístico que quería. Hablaba del mucho trabajo que tenía pero por más que buscaba no encontraba las gráficas o las publicidades que hacía. Había trabajado en Chile y en Paraguay, e incluso México, donde había participado en el primer concurso de “Bailando con las Estrellas”, llegando a la final. Repitió como invitada especial en Paraguay y

en Chile, ganando ése último. Su fama llegó a la Argentina desde el otro lado de la cordillera, tan usual ser primero profeta fuera de tu propia tierra. Durante años se había preparado en canto y danza y los frutos de su esfuerzo estaban saliendo a la luz. Pero el verdadero espaldarazo, lo que la convirtió en el verdadero sex symbol de la década, nominada a seguir los pasos de Isabel Sarli y Susana Giménez, fue ser la primera tapa de la edición argentina de *Hustler*, competencia directa de *Penthouse* y *Playboy*. Una producción que ella misma había sugerido llamar “manzanas envenenadas”.

Casualidad o no, llegué a Buenos Aires en el medio del “escándalo” con que la revista había sido recibida. El escándalo era solo una movida publicitaria ya que no era la primera vez que una mujer salía casi desnuda en la tapa de una revista, pero el arribo de *Hustler* a la Argentina tenía que ser con bombos y platillos y la rubia que quería emular a Eva, cubierta apenas con una manzana estratégicamente colocada y otra a punto de sucumbir a sus labios, eran solo una muestra de las veinte fotos que había en el interior, una más “sugereante” que la otra.

La noche de mi llegada cenamos en su departamento.

Había recorrido cinco puestos de revistas de Caballito y Palermo en el camino, y en todos la publicación estaba agotada, sólo podía ver los carteles de promoción que no ahorraban un centímetro de piel de mi mejor amiga. Era un shock verla en esa imagen, en mi mente seguía siendo la nena que había crecido conmigo. Compré un ramo de rosas e hice una parada en la frutería que todavía estaba abierta para comprar la manzana roja más linda que encontré. Toqué el timbre del primer piso del edificio de la calle Borges y escuché su voz desde el balcón, ella asomada con medio cuerpo colgando de la baranda.

—¡Vince! ¡Ya llegó! Baja a abrirle... —gritó. Eso significaba que Tomás ya estaba allí. La saludé con la mano y volví a la puerta para esperarlo. Bajó con la llave en la mano y una sonrisa especial. Nos fundimos en un abrazo de bienvenida.

—¡Ey! ¡Estás más gordo!

—No estoy gordo... —replicó— Estoy yendo al gimnasio . Tú te estás quedando pelado.

—Me encanta porque sólo vemos lo bien que nos están pasando los años.

—Bueno... lo importante es que nos sigan pasando.

—No estoy seguro si quiero envejecer.

—Sólo hay una forma de evitarlo... —Juntos subimos la escalera hacia el departamento A.

Conocía la dirección y había visto algunas fotos que Paula me había enviado pero no había estado allí. En mi última visita vivía en otro departamento ubicado en uno de los barrios más caros de la ciudad, y antes uno cerca de su antigua casa. Tomás hacía poco había alquilado un departamento en Belgrano, abandonando por fin la casa paterna. ¿Independencia tardía o se había resignado a que la posibilidad de convivencia fuera algo más que una utopía alimentada solo por él? ¿En qué situación estaría su relación?

Tan típico en ella, la recibí cuando saltó para abrazarme y gritar como si hubiera un ratón en la casa. Era brutalmente apasionada y la adoraba cuando ese tipo de manifestaciones estaban dirigidas a mí.

—Tranquila. ¡Ya estoy aquí! —susurré en su cabello.

—Si hubieras llegado la semana pasada. Fue la presentación de la revista, la fiesta de presentación fue increíble. Tengo las fotos y la cobertura de las revistas —Me arrastró adentro del departamento mientras Tomás se encargaba de cerrar la puerta.

—¿Pido la pizza?

—Sí, por favor...

—¿Qué? ¿No vas a cocinar para mí? —Tomás soltó una carcajada mientras Paula me miraba enarcando una ceja.

—Yo no cocino, bombón, para eso trabajo y existe el delivery.

—Pero a mí me gusta la comida casera... —Resopló, levantando el pelo de su frente y miró a Tomás.

—Bueno... en la puerta del refrigerador hay imanes con casas de comida. ¿Qué quieres comer? Hay carne, sushi, comida árabe, comida china, pastas...

—Ok... —dije, levantando las manos para silenciarla—. Comeré pizza...

—¿De qué?

—Lo de siempre —Y como Tomás ya sabía, eso era jamón y morrones. Paula solía comer algún engendro agridulce o con verduras, y mi amigo limpiaba lo que le tiraran en el plato, así que sería una grande de jamón y una chica de cualquier otra cosa para ella.

—Pregunta qué menú “light” tienen hoy y voy con eso...

—¿Pizza Light?

—Hoy hay de todo para elegir. Ven que te hago un tour.

El departamento era de tres ambientes. El living era enorme y estaba dominado por un sillón de cuero blanco enfrentado a la pared donde el televisor, descomunal, estaba sostenido en la pared. Tenía una colección enorme de DVDs a un costado y una pared completa tapizada de cds y el equipo de música conectado al Home Theatre. El mobiliario se completaba con dos sillones individuales y una mesa de centro parecida a las que había en los restaurantes japoneses más tradicionales, donde se come en el suelo. El piso de madera oscura no tenía alfombra. Las paredes no tenían un solo cuadro y no había una sola fotografía. Absolutamente impecable, completamente impersonal. La cocina se conectaba al living por una especie de desayunador que tenía una bodega de madera sobre él. Poco pude ver de la cocina pero era pequeña e inútil. La habitación principal era en suite, con una enorme cama con dosel de hierro, velos de gasa blanca anudadas a los barandales de la cabecera, acolchado blanco y sábanas de satén negras que parecían sacadas de MTV Creebs. El ventanal tenía salida al balcón, al igual que la sala de estar. Tenía un vestidor lleno de ropa, abrigos, carteras y zapatos, extrañamente ordenado para ser de MaP.

—Cuánto orden...

—Paca viene tres veces por semana. Ella mantiene todo así.

—¿Paca?

—La señora que limpia —dijo, con una sonrisa, como si estuviera hablando de su madre—, también llena mi freezer con comida.

—¿Tienes freezer? ¿Microondas? ¿Los sabes usar?

—Y puedes parar de contar... —La habitación más pequeña tenía dos camas simples, con la misma decoración del cuarto que tenía en la casa de su madre: los posters, los libros, la guitarra. A diferencia del resto, las

paredes estaban llenas de fotografías en diferentes marcos, algunos extraños collages con las fotos de su vida.

—Y en realidad, ¿Duermes aquí y la otra la tienes para la revista Caras?

—Me miró un momento, sorprendida por el razonamiento, y luego soltó una carcajada.

—¡No! Yo duermo en mi cama enorme, acá se queda Solcito cuando viene a visitarme.

—¿Cómo está?

—¡Enorme! Terminando el secundario... Es tan inteligente, quiere seguir medicina y ser cardióloga, supongo que la muerte de papá debe tener algo que ver en esa decisión.

—Puede ser... —Me extrañó que nombrara al padre. Después de su muerte, no había hablado de él, como si nunca hubiera existido. Quizá los años de terapia por fin estaban dando sus frutos y había empezado a superar su pasado, quizá su alma era tan grande para perdonarlo, la mía no. La miré entre el afecto y la admiración. Estaba a la vista lo bien que estaba MaP pese a todo.

—¡Está genial! —dije, sobre el departamento— Me encanta. ¿Es nuevo?

—A estrenar. Me mudé hace seis meses, así que todo está impecable. Quedan algunos vacíos todavía, si te interesa.

—Recién conseguí un trabajo medianamente estable y quieres que deje todo y me venga a vivir contigo. Es raro que alquilen departamentos a estrenar, ¿No? —Dio media vuelta y encogió los hombros como única respuesta. Regresamos a la sala de estar. Tomás se acercó a nosotros y nos entregó las cervezas que había destapado.

—¿Cerveza Light?

—Tengo que cuidarme. Me permito cerveza, pizza y cigarrillo una vez al año. Y será cuando vengas de visita. ¿Ya pediste la comida? —le dijo a Tomás, acariciándole el pecho al pasar, un gesto tan íntimo que parecía que nunca hubieran estado separados, como si vivieran allí, juntos.

—Sí. Había no-se-qué con hongos, espinaca y salsa blanca, así que te pedí esa.

—Pero la salsa blanca engorda...

—¡Come y te dejás de joder! ¡Estás anoréxica! —dijo, enojado, mientras

se sentaba en el sillón. Paula sólo entornó los ojos y se dejó caer ahí mismo, estirándose sobre el estómago, apoyándose en su regazo. Busqué las cosas que le había traído para volver a llamar la atención sobre mí. Pobre, mi ego.

—Flores para la reina de Hustler y una manzana para recordar el acontecimiento.

—Si quieres te repito la tapa... —dijo tomándola en una mano y haciendo una muestra.

—Paso, pero muéstrame la revista que no la encontré por ningún lado — Se incorporó hasta la mesita al costado del sillón que ostentaba una intrincada lámpara de diseño moderno.

—Tomás también escribió una columna sobre deportes. Es excelente. Es un gran periodista.

—Buena suerte para encontrarla. Casi tengo que pagar para publicar ahí y la escondieron como si fuera Wally.

—¿Fuiste con ella a la fiesta?

—No... estaba en Brasil por un partido de Libertadores.

—¿Fuiste sola?

—No estuve sola... —dijo, haciéndose la interesante. Volvió a recostarse en el sillón pero Tomás escapó rumbo a la cocina. Encendí un cigarrillo y se lo pasé, luego encendí uno para mí, en tanto ojeaba la revista con interés y ansiedad. Hasta que llegué a las páginas centrales con la muestra fotográfica de Paula. Tuve que tragar varias veces para sobreponerme al shock inicial. Incliné la cabeza para captar todo su esplendor en la página central. Su sonrisa de triunfo no tenía parangón. No me detuve en los detalles, más por vergüenza propia que ajena, aunque me aseguraría de llevar una copia a casa.

—¿Tienes más?

—¡Por supuesto! ¿Por qué piensas que se agotó? Llévatela.

—Están geniales, Pau. Te felicito.

—¡Felicítala si recibe un título honoris causa, no si sale desnuda en una revista! —gritó Tomás desde la cocina. Desde donde estaba podía verlo apoyado contra la pared de la cocina, de frente a la mesada y a pasos del refrigerador, terminando el contenido de su cerveza.

—Envidioso...

—Posesivo —dije entre dientes, mientras le hacía un repaso a las fotos por encima. Miré a la modelo que, en vivo y en directo, se estiraba junto a mí. ¿Anoréxica había dicho Tomás? Yo la veía bastante sana, bien distribuida. Su anatomía perfecta, su piel impecable y ni un gramo de celulitis. Me permití pasar el dedo presionando apenas por sobre la piel de su muslo, desde la cadera hasta la rodilla, para ver si tenía algún grado dos oculto, pero no, tersa como la de un bebé— Impresionante.

—Todo un trabajo de ingeniería y mantenimiento.

—Siempre tuviste un gran cuerpo. La naturaleza fue buena con vos.

—Sí, pero hay que mantenerlo. Todas las mañanas tengo personal trainer. Correr, Gimnasio. Después almuerzo un tomate y me voy al spa. Ozonoterapia, mesoterapia, presoterapia y electrodos... un consultorio que pondría celoso a Meneghel en persona.

—¿Xuxa? —pregunté, absolutamente desconcertado. Desde la cocina se escuchó la carcajada ahogada de Tomás y cómo escupía todo lo que tenía en la boca contra los paneles blancos de la alacena. Paula se incorporó preocupada para mirarlo.

—¿Qué pasó?

—¡Mengele! ¡El Ángel de la muerte!

—Bueno... tú me entiendes.

—¡Descerebrada! —dije sin poder reprimir la risa.

—¡Y eso... —dijo, señalando a Tomás y el desastre de cerveza en su cocina—, lo vas a limpiar tú!

—Sí, mi amor —Y entonces el timbre se escuchó. Nuestra cena había llegado.

Capítulo 35 — Dejarse ir

Enredado con los recuerdos, llegué al hotel. Sin muchas ganas de retomarlos, sabiendo que cuando entrara en el tramo final de ellos, todo sería una montaña rusa que sólo me provocaba náuseas y terror, caminé por el lobby buscando una excusa para demorar mi camino a la habitación. El empleado del restaurante me indicó que, como el resto de la Ciudad de Buenos Aires, estaban dentro de la maldita ley antitabaco, pero que la sección fumadores estaba en una terraza interior. Busqué una mesa apartada, saqué mi laptop y la grabadora, cambié los audífonos del iPod al otro aparato y rebusqué el inicio de la entrevista.

Fui marcando los tópicos importantes, armando algunas repreguntas, importando, de mi mente al teclado, algunas frases célebres y detalles que recordaba de la charla de la noche anterior. Siguiendo el hilo de mis memorias, la parte más pública y expuesta de Tomás estaba por aparecer, cuando su jefe y mentor, Ramón Arango, decidiría lanzarse al ruedo político, su primer paso conquistar las elecciones del Club de Fútbol de sus amores, dejándolo a él a cargo de lo que, para ese entonces, era una cadena pujante que pulseaba con monstruos internacionales de ESPN y FOX. Tomás adquirió el diez por ciento del paquete accionario de la Sociedad Anónima para poder ser Gerente General como indicaba el Contrato Social. Al ser nombrado en Asamblea General, pasaban a sus manos todas las decisiones creativas y administrativas, aunque las malas lenguas decían que él era solo un títere manejado por Arango desde su nuevo puesto como Presidente de uno de los Clubes más importantes, no sólo de Argentina sino del Mundo. Quien conociera un poco al Vasco Veristartúa, sabía que eso era imposible. Arango podría seguir teniendo injerencia, como una persona que conocía su negocio como nadie, pero las decisiones, buenas o malas, eran de Tomás. Para eso se había preparado. Había estudiado, se había relacionado y convertido en el artífice de la explosión del multimedios hasta convertirse en la cadena latinoamericana más importante del rubro, expandiéndose en todos los deportes del continente, traspasando fronteras, no solo geográficas sino artísticas, incursionando en nuevas áreas como realities y entretenimientos. Pero eso lo manejaba otra parte del multimedios, creado específicamente ese

fin, manejado por una importante productora llegada de la Madre Patria. A esa mujer llamaba cariñosamente yo la Gallega.

En esa misma laptop, cansado de teclear y teclear sin mucha orientación, párrafos y frases aislados que en algún momento de inspiración podría hilar para crear la entrevista para la que me habían contratado, fui a mi archivo de imágenes y busqué la foto que había visto en la oficina de Tomás, en ese mueble que contenía sus fotos "privadas". Había que acercarse mucho a ese lugar para poder verlas y era seguro que no cualquiera tenía ese acceso. La foto no tenía más de diez años pero parecía pertenecer a otra vida. Tampoco estábamos tan cambiados, podía hacer una comparativa con la última que teníamos en el bautismo de Paulita y comprobar qué poco habíamos cambiado. Para evitar acelerar el paso a lo inevitable, prescindí de la comparación. El recuerdo de esa noche me condujo sin continuidad en la línea del tiempo a otra noche de amigos, pizza, birra y faso...

Ya habíamos bebido varios packs de cerveza y estábamos entrando en el terreno peligroso después de las risas alegres. La conversación derivó de nuevo al evento de la semana, la tapa de Hustler de Paula.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Me ofrecieron hacer un programa ahora que la cadena también va a tener su señal codificada en cable.

—¿No será mucho?

—La propuesta está buena. Tiene buenos textos, es más un programa de orientación sexual...—Vi la cara de Tomás transfigurándose y traté de buscar un camino conciliador.

—Podrías decirle a Tomás que lo analice... él sabe bastante de producción —Se levantó bruscamente empujando a Paula de su regazo y desapareciendo hacia la cocina.

—Yo no produzco películas porno...

—No es una película porno... es algo más... educativo...

—¡Pero, por el amor de Dios, Paula! ¡Despierta! —gritó desde la cocina, volviendo con una lata en la mano— ¿En verdad crees que lo que estás haciendo es educativo?

—No, pero tampoco es pornográfico... —se defendió, de rodillas en el

sillón. Tomás manoteó la revista que estaba en la mesita, tirando la lámpara al piso.

—¡Esto es una basura!

—Tomás... —murmuré, tratando de alertarlo sobre el tono y la actitud, queriendo bajarle los decibeles a la discusión, pero me ignoró, así que simplemente me recosté contra el sillón individual y prendí otro cigarrillo, manteniéndome al margen de la discusión de pareja pero alerta a cualquier señal de que las cosas pasaran a mayores.

—¡Es mi trabajo!

—Se supone que eres una artista... y apareces, así... —dijo, señalando el póster central desplegado, mirándolo de arriba abajo sin encontrar palabras—Así... ¡Así!

—¿Y qué quieres que haga? Elijo de lo que me ofrecen para poder ir mostrando lo que puedo hacer...

—¿Y esto que dice? ¿"Lo que puedo hacer es enseñar el culo"?

—No... pero sí que tengo un buen cuerpo...

—¿Y se lo tienes que mostrar a todo el país?

—Yo hago lo que puedo... no tengo un padrino que me suba al escenario.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Qué yo sí? —Tomás avanzó y ella retrocedió, mordiéndose los labios, meditando medio segundo.

—Por supuesto que no... sólo que no me voy a poner en "manos" del mafioso de turno para que me ponga de cabeza de compañía, para llenarme de escándalos y que la gente vaya al teatro a buscar mis miserias y quizás en el camino se percaten si soy buena bailando o cantando.

—Y yo pensé que eso era lo que querías hacer. Bailar... cantar. ¡No salir en pelotas en una revista!

—¿Y cuál es la diferencia?

—¿Cuál? ¡Paula! Esta mañana hubo un choque en cadena en Libertador. Me sacaron de testigo. ¿Sabes qué dijo el tipo que lo inició? Que se distrajo con el cartel. "¿Qué cartel?", dijo el policía, y todos se dieron vuelta para mirarlo... Para ver a la rubia con la manzana mostrándose alevosamente.

—Entonces, ¿Me estás haciendo este escándalo porque te cagaron la mañana con un choque? ¿Fue mi culpa?

—Me cago en el choque... no me banco que todo el mundo te vea así.

—¿Cuál es el problema? —dijo inocente e indiferente, encendiendo un cigarrillo; Tomás se lo arrancó de la mano de un golpe y lo apretó en la suya destrozándolo con furia. Me puse de pie con increíble equilibrio y lo miré preocupado. Estaba fuera de sí.

—¡El problema... es que no soporto que todo el mundo pueda ver el cuerpo de la mujer que amo! ¡Ya está! ¡Lo dije! Lo dije fuerte y claro... por si te quedaba alguna duda... por si no te alcanza lo que hago para demostrártelo. Te amo... te amé siempre... te amaré toda la vida... aunque no sirva para nada —Y dicho eso, manoteó su chaqueta del perchero, abrió la puerta y la cerró detrás de él con un portazo que sacudió el edificio. Malditas construcciones modernas con materiales de cuarta y paredes de papel. Paula se quedó mirando la salida con los ojos llenos de lágrimas. No me moví del lugar donde estaba, incapaz de decir una palabra que sirviera de consuelo. Un minuto después pareció reaccionar, pestañeó dos veces y con la calma de siempre, con esa apariencia de estar estrangulándose a sí misma para no gritar, para no llorar, las palabras salieron con un susurro mientras se agachaba a buscar el encendedor y encendía otro cigarrillo con manos temblorosas. Me acerqué a ella cuando se sentó y levantó los ojos.

—¿Puedes bajar a abrirle? Las llaves están en la puerta.

Dudé un segundo, acaricié su mejilla y caminé rápidamente hasta la entrada. Habiendo despachado a Tomás, podría hablar con ella más tranquilos, toda la noche si era necesario. Bajé las escaleras y encontré a Tomás con la frente apoyada en el vidrio de la puerta exterior.

—¿Te llevo?

—No. Quédate con ella —Sacó de mis manos la llave del departamento y abrió la puerta, tomando impulso contra la pared para volver a estar en vertical.

—¿Te busco un taxi?

—Me voy caminando.

—No seas boludo... en el estado que estás te meten preso. Ven... —Lo abracé por la cintura e incorporé sobre mi hombro, haciéndolo descansar en mí. Al llegar al cordón de la vereda, un taxi apareció girando la esquina; conducía una mujer. Saqué un billete que tenía que ser suficiente para

cubrir el viaje, abrí la puerta y lo hice sentarse lo más derecho posible. De pronto parecía completamente borracho. Busqué sus llaves en los bolsillos y se las puse en la mano. Cerré la puerta y me acerqué a la ventanilla de la conductora.

—Buenas Noches, señora. Hasta Olazábal al 2700. Si está despierto él le va a decir cual es el edificio.

—No hay problema... mientras no me vomite el auto.

—No creo, si va con la ventanilla abierta se va a despejar. Además, no está tan borracho... —La mujer lo miró y arrugó la frente.

—¿El Vasco Veristartúa?

—Sí... pero no lo divulgue por favor —dije, poniendo mi mejor cara de ángel.

—Olvidalo. Mi esposo es fanático de su programa. Si es necesario lo llevo hasta la cama.

—No creo que sea necesario pero gracias igual —Le entregué el billete y me miró como reconociendo que sobraba y mucho para el viaje—. Guarde el vuelto...

—Es demasiado, pichón... —Apoyé mi mano en su antebrazo, curtido por el sol como los de los camioneros. Era una mujer de rostro adusto y ojos endurecidos, pero seguía siendo una mujer. No pude con mi genio de periodista.

—¿Por qué está trabajando usted a estas horas de la noche con un marido en su haber? —Sus ojos se ablandaron, al punto de la liquidez de las lágrimas, ésas que no se permitiría derramar.

—Es una larga historia... —Como todas en esta vida, tuve ganas de agregar, pero eso era sinónimo de que no era mi asunto y había muchas buenas razones para hacerlo. Mi mano presionó apenas su brazo y recordé que había otra mujer con otra larga historia esperándome un piso arriba.

—Gracias, señora. Que tenga buenas noches —Vi como el taxi se alejó y dobló a la izquierda dos calles después, desapareciendo en la noche. Miré al balcón que tenía sobre la cabeza; las luces ya estaban apagadas.

Subí las escaleras de dos en dos y entré de nuevo al departamento. Paula estaba recostada en el sillón con un brazo sobre los ojos. Había

sacado todo de la mesa de centro, reacomodado la lámpara caída y encendido un velón blanco con tres mechas que emanaba un aroma dulzón de vainilla. Rodeé el sillón y me senté junto a ella.

—¿Estás bien?

—Me duele la cabeza.

—¿Quieres que te traiga un analgésico? —Asintió en silencio y me levanté rumbo al baño. La lógica me indicaba que las aspirinas tendrían que estar en el botiquín del baño.

—¿Tienes las llaves? —Miré mi mano, todavía tenía el llavero conmigo — Hay una llave chiquitita, sirve para el botiquín que está amurado en la pared detrás de la puerta.

Extraño, pero podría ser una precaución de las que indican los prospectos, mantener los medicamentos lejos del alcance de los niños.

Las elucubraciones estúpidas de que era una buena idea seguir el consejo de los prospectos, mantener los medicamentos lejos del alcance de los niños, me acompañaron hasta el baño. Encendí la luz y busqué alrededor sin encontrar nada. Detrás de la puerta, había un mueble chato de color claro con las puertas cerradas, pero sin cerradura a la vista. Busqué a los costados y en la arista inferior había un pequeño orificio. Metí la llavecita e hice girar el mecanismo para deslizar la puerta del mueble. Estaba lleno de medicamentos, cajas y frascos de diferentes laboratorios, mi poco conocimiento médico hacía que no supiera de qué eran pero algunos me sonaban a tranquilizantes y antidepresivos. ¡Dios! Paula tenía una farmacia en su baño. ¡Por eso ganaba tanto dinero! Traficaba medicamentos. Entre el sarcasmo y la furia, agarré cuatro cajas al azar y salí de regreso a la sala de estar. Ella no se había movido de la posición en que la había dejado.

—¿Qué es todo esto Pau? —No se movió, ni respondió. ¿Se habría quedado dormida? Exhaló resignada. Atrapada de nuevo. Conmigo nunca podría ocultar nada, ¿Verdad?

—No te asustes. La caja que necesito es verde y violeta, Neurotex —Hice un esfuerzo por leer las cajas con tan poca luz pero ninguna era de ese color. Volví al baño y revolví todo hasta que la encontré. Fui hasta la

cocina, busqué un vaso y regresé con la caja y el agua. La ayudé a incorporarse y sacó dos pastillas del blister que se tragó con un poco del líquido. Inspiró y dejó caer la cabeza para atrás esperando que la medicación le hiciera efecto.

—¿Me vas a decir qué es todo esto?

—Antidepresivos, ansiolíticos, calmantes. No te preocupes. Todo es recetado y soy escrupulosa en su uso.

—¿Por qué? ¿Quién te dio todo esto?

—Mi psiquiatra.

—¿Psiquiatra? ¿Desde cuándo vas al psiquiatra?

—Después que murió mi viejo, la psicóloga me derivó al psiquiatra.

—No me dijiste nada...

—No era necesario. Simplemente a veces necesitaba ayuda para dormir... otras veces para levantarme... y por la lesión en el cerebro tengo dolores de cabeza que me parten al medio.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Para qué? Lo tengo todo bajo control. No soy una adicta. Los tomo cuando los necesito y debo decir que en el último año lo único que estoy consumiendo es el maldito Neurotex... no te miento... Compruébalo tú mismo. Todos están cerrados, mira las fechas de vencimiento. Solo los recambio cuando se me vencen porque tengo que tenerlos a mano por las dudas. Incluso me han bajado las dosis.

—Tú no necesitas esto, MaP...

—Sí

—No.

—Sí... después de ocho años de abuso paterno, un intento de homicidio, una histerectomía, un aborto y asesinato calificado por el vínculo... créeme... lo necesito —Cada hecho me pegó como una cachetada haciéndome reaccionar, sin embargo, Paula estaba inmutable como si hubiese recitado la lista de las compras. Se recostó de nuevo en el sillón, con las manos entrelazadas en el vientre. Puse mi mano sobre ellas.

—Tú no lo mataste, MaP —Se encogió de hombros, volvió a respirar por la nariz y exhalar por la boca buscando espantar el dolor. El tiempo fue pasando hasta que abrió los ojos.

—¿Cómo se fue?

—En un taxi.

—¿Habrá llegado bien? Lo hubieras llevado... no estaba en buenas condiciones para andar sólo en un taxi...

—Olvídalo... ya debe estar durmiendo en su camita.

—No sé qué hacer...

—¿Con Tomás? No puedes hacer nada, excepto decirle que sí, casarte con él y dejarte de joder.

—¿Para qué?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Qué sentido tiene... por más que quiera, no hay forma que yo pueda darle lo que él quiere. Él quiere una familia, hijos... yo no puedo... no puedo robarle ese futuro.

—Estoy teniendo un Deja-vu. Hace ciento cincuenta mil años, en una cumbre nevada, te lo dije y ahora te lo repito. Puedes adoptar, aquí o en África... o mejor aún, busca una inmigrante y alquila su vientre. Puedes buscar otras alternativas... pero no puedes decirme que estás negándote una relación con Tomás porque no puedes tener hijos.

—No puedo privarlo de eso.

—Háblalo con él... si no me crees a mí...

—¡No! No podría... él resignaría cualquier cosa y yo no... no puedo ni pensarlo. No quiero...

—Entonces córtalo de raíz.

—No puedo. Cuanto más me alejo más lo necesito... Busco y busco hasta que lo encuentro. Me ahogo en el trabajo y el entrenamiento, y clases de cuanto cosa se me pase por delante para matar las horas, sólo para llegar a casa y dar vueltas como un león enjaulado buscando una buena excusa para llamarlo, enviarle un mensaje. Grabo sus programas para poder verlo... estoy obsesionada... y cuando lo tengo al lado, enfermo porque sé que estoy alimentando algo que no puede ser. Entonces lo castigo y lo alejo.

Mi mirada fue más elocuente que mil palabras y ella lo entendió.

—Lo sé... estoy loca. Después me preguntas por qué necesito las pastillas.

—Lo que necesitas es que él esté aquí contigo... pero hasta que no lo asumas... no lo vas a poder superar.

—No puedo.

—¿Qué dice tu psiquiatra?

—Que me aleje de él. No está de acuerdo con la relación. Piensa que es enferma y masoquista. Cree que lo vinculo con todo lo malo que me ha pasado, como víctima, que pongo en Tomás el dolor que hay en mí. Él perdió un hijo, perdió a la persona que ama, perdió un futuro, un sueño. Dice que necesito sacarlo de mi vida para poder darme cuenta de que quien perdió todas esas cosas fui yo y no él.

Por horrible y doloroso que pudiera sonar, el psiquiatra tenía razón, pero no veía cómo sacar a Tomás de la vida de Paula podía ser una solución. Volvió a recostar la cabeza en el sillón y cerrar los ojos. La levanté en brazos y llevé a su habitación. Abrí la cama como pude y la metí entre las sábanas de satén; al cubrirla se aferró a mi camisa y acercándome a ella.

—Duerme, MaP.

—Quédate conmigo... no quiero quedarme sola —Tragué con fuerza pero no me alejé. Pasé por sobre ella y me apoyé en el cubrecamas; ella entró en mis brazos, apoyándose en mi pecho, recostándose para suspirar aliviada. Me saqué las botas sin separarme de ella, solté su cabello y enrede ahí mis dedos, buscando que se quedara dormida—. Es tan difícil amar tanto a alguien que sabes que no puede ser para ti. Duele tanto.

—Lo sé, MaP... lo sé... —Clavé los ojos en el techo, la oscuridad envolviéndonos mientras los pesares de Paula se diluían en el sueño.

El teléfono me sacó de un empujón de mis pensamientos. Atendí sin ver quien llamaba. La voz del otro lado susurró en su castizo seductor.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien... aunque la gente se empeñe en decir lo contrario.

—¿Qué pasó?

—El médico me mandó reposo. Es probable que no pueda salir de la

cama hasta que vaya a parir.

—¿Pero por qué?

—*Placenta previa... el bebé está presionando para salir y produce pérdidas y...*

—No te molestes, no entendí nada. ¿Tú estás bien?

—*Perfecta... ese cabrón no entiende que solo va a lograr que me vuelva loca. Claro... pasa que él no sabe que tengo marido, hijos y una casa que atender... y un invitado que requiere paella para venir a visitarme. ¡Maldito! Lo sabe pero le importa un cuerno.*

—Es por tu bien y del bebé. Deja de estresarte... Vamos, respira conmigo: Adentro... afuera... —Sin escuchar una palabra de mi técnica de relajación, siguió hablando enfurecida.

—... *quién va a hacer las cosas... quién...* —Aparté el teléfono y la dejé rezongar. ¿Qué caso tenía tratar de razonar con ella? Todo lo que tenía de maravillosa lo tenía de tozuda.

—Tu problema es que no sabes delegar Gallega. Tienes que relajarte. No son más de dos meses y tu único trabajo en este momento es cuidar de esa personita que llevas adentro.

—*No te llamé para que contribuyas a que me sienta peor.*

—Entonces te equivocaste de persona si piensas que voy a presentar un recurso de amparo por ti contra la orden de reposo. Seré el segundo detrás del médico para encadenarte a la cama si es necesario.

—*Traidor.*

—Haré lo que sea necesario para que entiendas que tienes que bajar un poco las revoluciones... —Inspiró y volvió a bajar la voz.

—*Tengo que irme. No importa cómo, vamos a vernos antes de que te vayas. No puedes escaparte de mí.*

—Ya lo hice... varias veces. Te quiero, Gallega. Cuida a mi ahijado.

—*Siempre lo hago...* —Corté la comunicación y apoyé la cabeza entre ambas manos.

Hijos, pequeñas vidas que vienen, otras que nunca llegarán, otros que entran en nuestras vidas por mágicos e inesperados caminos. Las dos mujeres en mi mente se unían por el mismo tema, hijos, de maneras completamente diferentes. Dos caminos en una encrucijada y los pasos de un caminante

tomando la vereda de la vida menos pensada.

Capítulo 36 — El infierno con tacones altos

Abrí los ojos y levanté la cabeza para mirar la laptop. El protector de pantalla se había activado mostrando las fotos de mi galería personal. La secuencia se había iniciado en la última foto que había abierto y lo detuve cuando la foto de Paula en París me conmocionó. Revisé las fotos que seguían, la encontré, y de nuevo ella cubrió toda la pantalla. Había sido el primer evento de Andrea como profesional, fotografiando los personajes de la noche. No sabía por qué había tomado esa foto de nosotros dos, si yo era un periodista ignoto de París Match y Paula era una diosa en el Tercer Mundo, pero su fama no había llegado a Europa. Su vestido negro con una lluvia serpenteante de lentejuelas destelló bajo el flash, tomando el efecto de una sirena varada bañada en petróleo. El vestido se adhería a su cuerpo como si estuviera pintado, pero si eso llamaba la atención, recordaba que lo realmente infartante de esa prenda era el escote que desnudaba su espalda, atravesada por algunas mechas onduladas de su cabello recogido, el borde de la tela y la abertura de las piernas jugando con el límite del exhibicionismo. Mi relación sentimental con Andrea comenzaría años después. Ese evento me convenció, sin lugar a dudas, que el mundo es en verdad un pañuelo.

Después de un par de años de mi última visita a Buenos Aires, el contacto con Paula y Tomás continuó sus carriles habituales. Paula por mail y teléfono nada más. Había tenido ocasión de encontrarme con Tomás una docena de veces en Europa, cuando lo enviaban a cubrir a los equipos o deportistas argentinos que se desempeñaban en alguna competición de este lado del mundo. Paula visitó Europa una sola vez en su vida. Estuvo en París solo un día. Y la encontré de casualidad.

La ocasión fue el evento realizado en Zurich para determinar la sede del Mundial del año 2014. Los postulantes para esa ocasión fueron Brasil y Colombia, pero esta última declinó sus intenciones, por lo cual, el 30 de octubre el hermano país fue confirmado como sede de esa edición. Después del evento en Zurich, la embajada argentina organizó un importante coctel para agasajar a los máximos representantes del fútbol nacional. Con escala

obligada en París, y como cada vez que se mencionaba a la Argentina, en la redacción todos me miraban a mí, mi jefe consideró que era una buena oportunidad para que hablara de otra cosa que no fueran los escándalos de los políticos y las guerras de Europa Oriental. No me resistí. Me gustaba el fútbol, aprovechaba cuanta ocasión tenía para estar cerca de una bandera celeste y blanca y existía la remota posibilidad que Tomás fuera de la partida. No pudo, tenía que relatar, el que sí vendría era el mentor de mi mejor amigo y eso me produjo mucha intriga. Ramón Arango viajaba con la comitiva de la Federación de Fútbol Argentino, como vicepresidente segundo, y presidente de uno de los Clubes más importantes del país. También viajaban, algunos políticos de segunda línea, el jefe del gobierno de la Ciudad y el presidente de la FFA, Alejandro Donadasco.

Dando vueltas por el salón dorado de la embajada, con mi smoking alquilado, me puse al tanto de la actualidad futbolística y política de mi país, no sé por qué esas dos cosas parecían ir de la mano. Argentina iba por la candidatura conjunta como sede después que la FIFA revisara su política de rotación de continentes que se había instaurado después de la Segunda Guerra Mundial. A partir de 2018, cualquier país podría postularse y ser elegido. ¡Qué suerte! Exclamé con sarcasmo, pensando en la importancia del deporte dentro de los esquemas de poder del mundo. De dinero y de poder, solo imagina lo que pueden hacer quienes concentran la atención de un público que asciende a 32 mil millones de espectadores en 207 países, según las estadísticas del último torneo de 2006, cifras que el presidente de la FFA acababa de exponer. Después de su disertación, mientras buscaba una salida para fumar, la vi.

Llegó al costado de la escalera que dominaba el salón y se detuvo en el primer escalón, apoyando una mano en la baranda, cuando miró para atrás al comentario de uno de los dos tipos musculosos que la flanqueaban. Parecían sus guardaespaldas. Su imagen desde atrás quedó grabada en mis retinas, desde los altísimos tacones de sus sandalias negras, las piernas que se estilizaban bajo la tela abierta casi de par en par, la curva que subía a su espalda desnuda, el peinado estratégico que no cubría nada y la cadena de

brillantes que cerraba el vestido en su cuello. La víbora en su hombro, enroscada en la daga, pugnaba por asomarse. Uno de los tipos tenía un bolso negro en la mano y el otro una mano en el bolsillo interior de su blazer, como si estuviera por sacar un arma. Los dos miraban alrededor del salón como buscando algo, ¿Quizás un blanco al que disparar? Me sentí James Bond en Casino Royale, mi favorita, Craig mi favorito, a punto de rescatar a la chica. Uno de los grandotes detuvo al mozo que llevaba la bandeja con copas aflautadas llenas de champagne y tomó una para dársela.

Aproveché el momento para acercarme, atravesando la multitud que parecía haberse congregado de pronto en mi camino, mis ojos fijos en su espalda para no perderla de vista. El que tenía la mano en el pecho me vio venir y se interpuso en mi camino, el del bolso negro notó el movimiento y levantó un brazo para escudarla, mi parodia de James Bond iba a crear un escándalo si estos tipos realmente se creían guardaespaldas, o peor aún, si en efecto lo eran y provocaban un tiroteo. Por sobre el murmullo de la multitud y la música de fondo del cuarteto de cuerdas en vivo, levanté la voz mientras me acercaba.

—¡MaP! —Paula se dio vuelta lentamente, buscando la fuente de ese apelativo que sólo dos personas utilizaban; sus ojos se encontraron con los míos y la sorpresa no fue grata, aunque se encargó de disimularlo con rapidez. Nada de carreras a mis brazos ni gritos histéricos. Bajó la mano del grandote y giró para cambiar el pie del tercer escalón al primero de nuevo y buscarme.

—Vince... —dijo, casi como un suspiro. Los dos tipos giraron para mirarla y después mirarme a mí, amenazadores. Cuanto menos el escándalo había sido contenido, por el momento— ¿Qué haces acá?

—Me robaste la línea. Yo vivo acá, ¿Cómo es posible que estés en París y no me hayas llamado?

—Yo... iba a hacerlo. Lo que pasa es que vine sólo por esta noche...

—¿Viniste a París sólo por una noche? ¡Estás loca! —Bajó un paso más y se acercó para saludarme, su mano en mi pecho puso una distancia que no existía entre nosotros y sentí algo extraño, fuera de lugar.

—¿Cómo estás?

—Bien... ¿Con quién estás? —dijo, entrecerrando los ojos, mirando alrededor buscando a ¿Tomás?

—Vine con la comitiva.

—¿A título de qué?

—¿Diosa Argentina? —dijo, sonriendo por primera vez. Me dio dos besos, uno en cada mejilla, y levantó su copa mirando a mis espaldas. Un mozo se acercó con una bandeja cargada y tomé una para mí.

—¿Por qué no me dijiste que venías?

—Fue algo rápido, de último momento,

—¿Y siempre tienes el pasaporte listo y la visa al día por si tienes un viaje relámpago a París? —miró para otro lado y se encogió de hombros.

—U otra parte del mundo...

—¿Ahora eres un emblema nacional? ¿Como La Marianne?

—¿Mariana qué?

—Olvidalo, MaP —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Si no me explicas nunca voy a aprender.

—Es inútil. Pero no importa, yo te quiero igual... —Sonrió y el rubor de sus mejillas traspasó el maquillaje. Se acercó a mí y apoyó la mano de nuevo en mi pecho.

—Lo sé... —La sostuve de la cintura para que no volviera a alejarse, pero lo hizo igual. Desde un costado, de espaldas a mí, sonó una voz que habló en francés y significaría mucho para mí, en un tiempo futuro.

—Buenas noches... Mademoiselle... Monsieur. ¿Estarían disponibles para una foto? —Paula me miró desconcertada, sin entender una palabra. Clavé la mirada en esos inolvidables ojos celestes que me recordaban el cielo, el mar. Mi corazón saltó un latido y sonreí de costado.

—Por supuesto —Le respondí en francés y acomodé a Paula a mi lado.

—¿Tendremos problemas con esto? —dijo, con la preocupación en su voz mientras que su mejor sonrisa y la pose más escultural que encontró sedujeron a la lente cuando el flash disparó.

—Para nada... —No muy convencida miró por sobre su hombro. Mis ojos intentaron seguir su mirada pero sólo encontré varios grupos de personas. Que la gente la mirara, en especial los hombres, con hambre

felina, no era algo que llamara la atención.

Repetí mi nombre y cargo en París Match así como el de Paula, profesión y origen, para el registro de la foto, aunque dudaba que saliera publicada en algún lado. Paula estaba nerviosa, casi tanto como los dos gorilas que la esperaban parados en la escalera, observándola con impaciencia.

—No puedes marcharte sin que visitemos la ciudad, aunque sea de noche. Te llevaré al hotel, haremos un tour nocturno rápido y después te llevo al aeropuerto —Inspiró mordiéndose el labio inferior, evitando mi mirada. Estaba con alguien, no podía pasarse la noche paseando conmigo, alguien la esperaba.

—No sé si pueda.

—¿No sabes o no puedes?

—No lo sé.

—Entonces no es un no. Te esperaré... y me dices si puedes o no —Uno de los grandotes se acercó y le habló al oído.

—Tengo que irme.

—¿Al hotel? Te llevo.

—No —Se acercó para saludarme y la sujeté de la muñeca. Mis ojos se clavaron en los suyos. ¿Por qué de pronto me sentía tan posesivo, protector? Era una mujer que podía estar con quien quisiera, como quisiera, ¿Qué me importaba eso a mí? Que buena pregunta, Mario. Apoyó la frente en mi hombro y la sentí suspirar, resignada. Derrotada.

—¿Conoces el hotel Le Bristol París?

—¿En Faubourg Saint Honoré? —Sólo lo mejor para MaP, pensé, levantando las cejas.

—Sí.

—Lo conozco.

—Voy para allá. ¿Quieres esperarme cuando salga? —¿"Salga?" Lo extraño iba ganando terreno.

—¿A qué hora? —Dejó un beso en mi mejilla y se incorporó para marcharse, pero yo no la había soltado.

—Un par de horas —Tragó y su mirada fue indescifrable.

—Ok. Tengo un Audi azul. La patente termina en Z ¿Lo recordarás?

—Z —Me dio otro beso rápido y se alejó—, puedo con eso.

—Te veo en dos horas —Me saludó con la mano antes de alejarse para subir la escalera y que la siguieran los dos grandotes, que ya no me cabía duda, eran guardaespaldas.

Un millón de preguntas llenaban mi mente y busqué una salida para encontrarme con un cigarrillo que me ayudara a pensar más claramente. En mi camino encontré un grupo de gente y en él, justo en el centro de la atención, estaba el hombre que quería encontrar esa noche. El tipo estaba mirándome como si me conociera, aunque el brillo en sus ojos no era precisamente amigable. Lejos de intimidarme, produjo curiosidad en mí y caminé hasta al grupo. Paula desapareció de mi mente como lo había hecho escaleras arriba bajo custodia. Miré mi reloj de pulsera, tenía un par de horas para ir a buscarla. Usaría sólo una para acercarme al ex jefe de Tomás y la otra para tratar de dilucidar qué carajo hacía Paula en París, sólo por una noche, saliendo a un hotel caro en el medio de la recepción.

Arango estaba rodeado por dos mujeres, de esas que suelen contratarse para rellenar los eventos, algunas sólo como adorno, otras como algo más; las dos debían saber español porque se reían de sus chistes y seguían con atención la conversación, aún sin participar. En un momento alguien, un hombre con acento argentino que no identifiqué, curiosamente uno de los pocos que no estaba flanqueado por mujeres, le preguntó algo sobre la televisión

—Hubiera estado bueno que el Vasco hubiera venido para contestarte eso, porque yo ya no me encargo de DepEsp.

—Pero el tema de los derechos de transmisión y lo del contrato...

—Yo sólo puedo hablarte desde mi posición de este momento, como presidente de club y parte de la Federación. No tengo intereses en DepEsp, así que sólo busco lo mejor para los clubes y el público, que en definitiva, son los que de verdad importan —El tipo debía ser periodista entonces, eso sonaba a discurso políticamente correcto para ser publicado.

—Pero...

—En todo caso lo conversamos de regreso, ¿Por qué no das una vuelta y disfrutas de la fiesta? Ahora que la FIFA replanteó esa estupidez de rotación continental, el año que viene volveremos con todo por la sede, con o sin Uruguay.

—Ojalá pueda lograrse... —Arango levantó la copa, ambas cejas y volvió a mirarme mientras bebía.

—Señor Arango —dije, como para establecer que lo conocía. El tipo dio un paso adelante y estiró la mano para saludarme, con el gesto más amable pero que no había llegado al brillo frío de sus ojos.

—¿Te conozco?

—No, pero yo a usted sí. Vincent Lacourlig de París Match.

—¿París Match? Un argentino en París.

—Sí.

—Ya veo.

—En realidad sé mucho de usted porque soy amigo de Tomás. Veristartúa —Su expresión cambió una fracción de segundo, pero sus ojos se perdieron a mis espaldas. Seguí su mirada para ver qué había llamado su atención. O quién. Custodiado por los mismos tipos que se habían llevado a Paula, salía por un ventanal lateral Alejandro Donadasco. ¿Los custodios serían de la comitiva? ¿Por eso acompañaron primero a Paula y después al Presidente de la Federación? Volví a mirar a Arango y sacudí apenas la cabeza como para hacer desaparecer el gesto que tenía en la cara.

—¿Conoces al Vasco? —dijo, sacando un puro categoría cubana y un encendedor de bencina, de oro sólido.

—Bastante. Somos amigos de la infancia.

—Que chico que es el mundo. ¿Y a Pauli también la conoces? —¿"Pauli"? ¿Por qué el hecho de que Arango conociera a Paula encendió mis nervios como si fueran las luces de un arbolito de navidad? Después de todo, Paula era famosa en Argentina. ¿Fue que la conociera o el diminutivo cariñoso?

—Sí.

—¿Bien?

—Sí —Mis monosílabos alimentaban su sonrisa de costado, él pensaba que los dos estábamos en sintonía, yo apenas si podía mover el dial para

eliminar la estática. La ecuación que estaba haciendo mi mente con la poca información que tenía estaba armando un resultado nefasto.

—¿Y vas a estar con ella esta noche? —Oh, Por Dios, no...

—Sí —Inclinó apenas la cabeza y miró su reloj.

—¿Hace mucho que se conocen?

—Casi una vida.

—Como yo... Vale lo que pesa en oro... —Y más también, tenía ganas de acotar.

Mi mente se relajó una fracción de segundo, mi pecho se descomprimió, mis defensas bajaron, mi imaginación había desbordado los diques de la razón pero la encaucé a patadas. Quizá la conocía como el amor de la vida de Tomás, le decía Pauli cariñosamente como todo aquel que la conocía. Tenía suficiente edad para ser su padre, que mal momento para recordar al hijo de puta. Ese nanosegundo de distracción fue tiempo suficiente para que el golpe que recibí fuera prácticamente mortal.

—Y vale cada centavo que me hace desembolsar... Y tú sabrás, como yo, que son muchos, muchos... muuuuuchos centavos —Golpeó mi hombro dos veces mientras miraba alrededor buscando algo—¿Vas a Buenos Aires?

—No.

—¿Entonces le doy tus saludos al Vasco?

—Por favor... —El susurro se llevó lo último del aire que quedaba en mis pulmones. Mis ojos lo siguieron hasta que se encontró con un tipo con apariencia de mapache, sus anteojos de marco grueso creando sombra sobre sus pómulos. Le habló rápido y Arango miró para atrás de donde yo estaba, levantando el pulgar con una sonrisa en los labios. Desapareció de mi campo visual, mezclándose entre la gente. Mi mente no podía procesar nada de lo que había recibido como información. La razón había colapsado en mí.

Necesitaba aire. No, necesitaba humo. Y necesitaba encontrar a Paula, ya.

Salí casi corriendo del lugar rumbo al estacionamiento, desatando el nudo de mi corbata de moño como si fuera el lazo de la horca. Tenía que

llegar al hotel, rápido, antes que el tipo, buscar a Paula y ponerla en el primer avión que saliera de París. Mi corazón se resistía a poner en palabras las imágenes de mi mente, no hasta que hablara con Paula. Manejé rompiendo todas las normas de tránsito y seguridad por las calles vacías. Era casi la una de la mañana del viernes y había mucho tráfico y gente. No tenía una vía rápida para llegar a Le Bristol pero yo las convertí todas en autopistas.

Ramón Arango era un hombre sumamente importante y poderoso en Argentina. Después de haber creado lo que finalmente Tomás terminó de convertir en el Imperio DepEsp, iba por más. La presidencia de uno de los clubes más importantes de la Argentina, no sólo por historia sino por cantidad de hinchas, a la que había accedido con una facilidad pasmosa un par de años atrás, era un escalón para su verdadera meta. En el último encuentro que había tenido con Tomás, me había confesado el verdadero deseo de Arango: Desbancar, de una vez y para siempre, a Donadasco, Presidente de la Federación desde hacía más de treinta años y ser él, realmente, el verdadero Rey del fútbol argentino, un deporte que valía miles de miles de millones en publicidad, contratos, comisiones. Desde que se había fundido en una sola las instituciones que nucleaban tanto a los clubes como los árbitros y los jugadores, algunos años atrás, estábamos hablando del dueño de la pelota, nunca más literal.

Pero, si Arango era importante y poderoso, Donadasco era intocable. Sobreviviente de gobiernos democráticos y de facto, golpes de estado, crisis políticas, económicas e institucionales, se movía con una impunidad casi mafiosa, escondida detrás de su cara de abuelito bueno. Esa era la visión que Tomás tenía de él. Sin embargo con los años, su edad y el declive del presente futbolístico de Argentina, luego de años y años de no poder ganar un torneo internacional importante, dentro o fuera del continente, sufriendo la sangría de jugadores, y de agotar las canteras de infantiles del Río de la Plata, la gallina de los huevos de oro, pocos quedaban, como yo, que recordaran el último mundial donde habíamos tenido una actuación destacada. Pasaban los jugadores, pasaban los técnicos, sólo quedaban los

hinchas gritando por la celeste y blanca, fidelidad garantizada y enfebrecida por la historia sin volver a besar la gloria.

Aparentemente y por fin, los planetas parecían estar alineados en conjunción positiva con el signo pesos estampado en la frente de Arango. Con la imagen cada vez más desgastada, una nueva camada de dirigentes que estaba pasando a ser mayoría y el creciente poder del nuevo líder de la línea disidente de la FFA, parecía que los días del Don en el Fútbol Argentino estaban contados, a meses de las próximas elecciones internas. Y Arango, por sobre el histórico rival de Donadasco, Chavelo Gomezcuí, Presidente del club de Liniers, era el candidato con más fuerza, aunque ninguno hacía esa confesión a micrófono abierto. El viejo todavía tenía poder y la mayoría pensaba que mucho más arriba de lo que se demostraba.

¿Cómo terminaría toda esa novela? Honestamente no me importaba, y menos en ese momento, pero por supuesto, para Tomás era sumamente importante que Arango se convirtiera en el Presidente de la FFA. ¿Las razones? Obvias. Poder. Dinero. Hacía algunos años atrás, con otro vistiendo la banda presidencial, Donadasco había disuelto unilateralmente el contrato que FFA tenía con el que en ese momento era el Grupo más importante en lo que se refería a transmisiones deportivas en Argentina. DepEsp crecía fronteras afuera, sin posibilidad de competir con quienes tenían el contrato y el monopolio de la transmisión. Tomás había enfocado sus esfuerzos en crecer en Latinoamérica, expandirse a Estados Unidos, poner un pie en Europa, adquiriendo nuevos derechos de transmisión no sólo en fútbol sino en todos los deportes.

Las transmisiones de los partidos del torneo argentino de primera división habían sido cedidas al Estado después de un suculento aporte de cientos de millones de pesos, pero las transmisiones eran de pésima calidad, la movida demagógica del gobierno fracasó y la FFA volvía a estar en el ojo de la tormenta. Sin embargo Donadasco no iba a dar el brazo a torcer. Contra viento y marea renovaría el contrato con el gobierno, que con cada renovación duplicaba el valor del contrato, pero esa no era la única razón.

Disolver un contrato con el gobierno no sería tan sencillo como con los privados. Y decían por ahí que necesitaba la protección política que los de turno podían darle hasta que cumpliera la edad en que la prisión era domiciliaria. Las malas lenguas en mi país eran muy malas.

En resumen, sin Donadasco, por su propia decisión, por intervención divina, o por perder las elecciones en favor de Arango, había grandes posibilidades para que se abriera una licitación para cambiar la concesión de las transmisiones del fútbol de Primera y muchas más posibilidades aún de que DepEsp la ganara. Con o sin intervención divina, o de Ramón Arango.

Llegué a destino aminorando la velocidad. El antiguo edificio de Le Bristol Hotel databa de 1925, ubicado en el corazón del distrito de diseño y arte de París, famoso por su arquitectura histórica y el lujo interior, parte de la colección Oetker, cadena de hoteles perteneciente a una de las familias más ricas de Europa, los Oetkers. La entrada estaba ocupada por un Porsche 911 amarillo. Seguí hasta la esquina, encendí las luces intermitentes traseras y bajé hasta la vereda. Prendí un cigarrillo y me apoyé en el auto. Quería ser James Bond pero no pasaba del inspector Dodó. Si en verdad fuera el héroe de la película, ya tendría un plan para sacar a la chica de ese hotel. Busqué mi teléfono móvil; ¿Si le enviaba un mensaje, lo recibiría? Probablemente no. Quién sabe si su compañía tenía cobertura internacional. Ella no podía responder mis mensajes desde Argentina, pero los recibía, me devolvía el llamado o contestaba vía email. Con probar no perdía nada. Tecleé rápidamente con el cigarrillo en los labios.

"Estoy en la puerta".

Perdí la noción del tiempo y no me molesté en comprobar con mi reloj cuanto había pasado ya. A esa altura, había aprendido a contar el tiempo en cigarrillos consumidos y yo ya había terminado medio paquete. Desabroché los dos botones del cuello de mi camisa con impaciencia, no podía respirar.

Paula apareció en las escaleras del hotel con el pelo recogido en una cola de caballo y un abrigo negro largo hasta los pies que ondeó detrás de ella cuando me vio. Sonrió y apuró el paso. Tenía un pantalón negro, con botamanga ancha a la altura de los tobillos. ¿Dónde estaba su vestido?

El estómago se me trepó a la garganta, la conjunción de sentimientos que me golpearon desde adentro se convirtió en un escalofrío violento. Me incorporé y apreté los labios al esperarla. Todo estaba en mi rostro y ella lo leyó de inmediato. Disminuyó la velocidad y la emoción desapareció de su rostro como su sonrisa. Ella sabía que yo sabía. A buen entendedor pocas palabras y los dos nos conocíamos brutalmente. Acomodó la correa del bolso negro en su hombro y caminó con convicción, la frente alta y el paso firme, sus tacones altos repiqueteando en la vereda y haciendo eco en la calle vacía, consciente que iba a juicio sin jurado, con veredicto sellado. Culpable.

Capítulo 37 — Confesiones

Sostuve la puerta del acompañante abierta hasta que entró y cerré de un portazo. Rodeé el automóvil y me puse detrás del volante. Sin mirarla, encendí el motor y puse rumbo a cualquier lado. Presioné el encendedor y estiré la cajetilla de cigarrillos; sacó dos y se encargó de encender uno para ella y uno para mí. Bajó la ventanilla y apoyó la cabeza en el asiento, mirando como pasaban las luces de París por su lado como estelas de neón indescifrables. ¿Qué podía decirle? ¿Qué me diría ella?

—Tengo que ir a... Sacó su teléfono del bolsillo y buscó algo, la dirección de seguro— Rue de l'Exposition número 32...

—Conozco el lugar —Y ahí no había ningún hotel. Cerró el teléfono y volvió a guardarlo. Se tocaba el pelo con insistencia y miró el bolso que había quedado a sus pies. Tenía que decir algo y no podía seguir esperando a que ella hablara—. ¿Dónde está tu vestido?

—En el bolso.

—¿Con quién estuviste? —Me detuve en un semáforo y nos miramos fijamente, en un duelo que yo gané y perdí al obtener la respuesta.

—No hablo de mis clientes.

El automóvil aceleró de la misma manera que lo hizo mi corazón. Giré a la derecha y busqué Avenue de Marigny hasta el Túnel Alexandre III. Mordí el filtro del cigarrillo para sostenerlo y maniobré como un piloto de Fórmula uno, la velocidad zumbando en el aire y los neumáticos. Miré de costado y me di cuenta que Paula no tenía puesto el cinturón de seguridad y fue el último atisbo de razón y supervivencia que quedaba en mi mente, el que hizo que no hiciera un trompo y nos claváramos de frente contra una de las columnas del túnel. La ira me estaba consumiendo. Estaba enojado conmigo, con la vida, con ella. Volví a mirarla y estaba inmutable mirando al frente. ¿De verdad pensaba que le asustaría ver cómo nos estrellábamos cuando ya había mirado a los ojos a la muerte misma? Me miró sin mover la cabeza y volvió a poner el cigarrillo en sus labios. Utilicé una de mis tácticas para sacarle información. Plan A. Dar por cierto el rumor.

—¿Y ahora te vas a ver a Arango? —Di vuelta la cara para ver su

reacción.

Sólo movió el músculo del cuello cuando se tensó y tragó con rapidez. No hubo otro dato que me dijera que siquiera me había escuchado. Incliné la cabeza y volvió a inhalar humo. Iba a volver a contestar lo mismo que antes. Debía contraatacar.

—Ni te molestes en negarlo. Él me lo dijo, antes de marcharse de la fiesta... Pauli —El humo que dejó su boca, llenó el automóvil y giró para mirarme. No respondía.

Plan B. Atacar.

—Él rompió el código... Pensó que yo era otro de tus clientes y se vanaglorió de lo bien que lo atiendes, y lo mucho que le cobras. No te asustes... no me habló de la tarifa —Paula inspiró con fuerza y miró el cigarrillo que tenía en la mano; lo consumió con un solo beso y lo arrojó haciendo catapulta con dos dedos. Se inclinó hacia adelante y comenzó a revolver el bolso negro que estaba a sus pies. Su indiferencia y silencio me estaban castigando más que cualquier insulto o cachetada, no lo negaba, no se defendía, no me decía nada.

Plan C. Rogar.

—¿Por qué, MaP? ¿Por qué? —Sacó una peluca negra del bolso, la acomodó en una mano y la peinó despacio con la otra. La apoyó en su rodilla mientras bajaba la visera y se miraba al espejo chequeando su maquillaje; después recogió su cabello en un rodete, y con rapidez y eficiencia acomodó la peluca negra hasta los hombros, con flequillo tupido, cubriendo su cabellera rubia. Del bolso sacó uno más pequeño y retocó su maquillaje prestamente, pintándose los labios de un furioso rojo. Por fin habló.

—Entonces te habrá dicho cuál es la fantasía que nos toca esta noche.

Salí de la Avenue Rapp y tomé las calles internas que de día estaban llenas de turistas. Disminuí la velocidad al llegar a la numeración. Me incliné para ver mejor el edificio de departamentos privados. Debajo del

abrigo vi la camisa blanca, los botones estirados por la presión del pecho. Pantalón negro, sandalias de tacón negros, peluca negra: Uma Thurman en Pulp Fiction de Quentin Tarantino.

—MaP... —Puso la mano en la manija de la puerta cuando el automóvil se detuvo exactamente en la puerta de entrada. La sostuve del brazo, mis ojos completaron la súplica que no llegó a salir de mis labios.

—¿Podemos dejar el interrogatorio para después?

—No es un interrogatorio.

—Ok, la entrevista. Arango me está esperando y suele ponerse ansioso si llego tarde —Puso su mano en la mía y se desprendió de mí—. Te prometo que será rápido... y te diré todo...

—No vayas, MaP... —Negó con los labios apretados como si no tuviera alternativa. Me acarició el rostro y bajó del auto, trepando las escalinatas de acceso casi corriendo, y entró al hotel sin mirar atrás. Estrellé la frente contra el volante y contuve las ganas de llorar.

El tiempo pasó rápido, o mi mente iba a demasiada velocidad en su catarata de pensamientos, imposibles de reprimir. Cuando menos quería pensar mi cerebro soltaba su jauría de imágenes, frases y recuerdos, para hacer más entretenido el viaje en la montaña rusa de mi vida. Escuché como se abrió y cerró la puerta a mi lado y clavé los ojos en el reloj del tablero del Audi. Eran las cuatro de la mañana. En algún momento había movido el auto hasta la esquina, había encendido y apagado varios cigarrillos y recorrido mi vida y la de Paula de palmo a palmo buscando la respuesta a mi pregunta. ¿Por qué?

—Moulin Rouge —Me sentí como un taxista. La miré y sonrió mientras se sacaba la peluca negra. Tenía ganas de pegarle un empujón y bajarla de mi auto; ella adivinó mis pensamientos— No te asustes. Mi hotel está enfrente, necesito bañarme urgente y cambiarme. ¿El Tour Lacourlig por la Ciudad Luz sigue en pie?

Encendí el automóvil y busqué el camino al mítico cabaret. Hicimos el viaje en silencio y me encontré a mí mismo armando una agenda para recorrer la ciudad cuando en realidad tendría que haberme detenido en el

primer bar abierto y encadenarla hasta que me contara toda la verdad, aunque, dijera lo que me dijera, ¿Cambiaría en algo la realidad? Ni una ni la otra, ni lo que era ni lo que yo sentía por ella.

Llegamos a su hotel y bajó con el bolso colgado en el hombro y los zapatos en la mano. Corrió hasta la entrada y desapareció atravesando la puerta. Volvió quince minutos después: Jean, camiseta negra ajustada, zapatillas, una mochila blanca y gorra deportiva, todo de la misma marca. Tenía el pelo suelto y mojado. Subió al auto y se acomodó de costado sonriendo.

—Vamos.

—¿Cuándo viajas de regreso a Buenos Aires?

—Esta noche. Así que hoy soy toda tuya —Suspiré resignado. Quizás esta misma situación era tan liberadora para ella como cuando me eligió para contarme la tragedia de su vida. Era la persona adecuada para ser la depositaria de sus secretos, porque no sentía nada por mí. Mal de mi parte, por supuesto que me quería, que era su mejor amigo, su consejero, su paño de lágrimas, su confesor. Justamente, el tipo de amor que sentía por mí no era incompatible con conocer sus verdades y yo la seguía queriendo sin importar nada. ¿De su parte, sería igual? Si ella conociera mi verdad, la verdad de mis sentimientos, los más escondidos y prohibidos, ¿Seguiría confiando en mí, contándome sus secretos, develando su verdad? Yo creo que no.

Fuimos a mi departamento pero ella no quiso bajar. Me cambié en tiempo récord y decidí perdonarle la vida por un rato, llevándola a recorrer los lugares más hermosos de noche antes que la luz del sol nos arrebatara su belleza. París tenía lugares maravillosos que sólo podían apreciarse en la oscuridad y otros que eran, hermosos de día, pero inolvidables de noche. Antes de la salida del sol, la llevé a mi lugar favorito, una bombonería escondida en el Campo de Marte, donde el café estaba endulzado con chocolate y hacían unas pequeñas torres Eiffel de chocolate que eran mi delicia cuando pequeño. Allí tendríamos una vista privilegiada de la salida del sol en una mesa redonda con dos café au lait grandes y croissants recién

horneados. Los dos tomamos la misma posición, con las sillas reclinadas en dos patas contra la pared, yo con un cigarrillo entre los dedos, ella con la taza entre ambas manos, los dos contemplando en silencio el milagro de ese nuevo día.

Dejé que lo arrebatador del espectáculo le llegara hasta el alma y recién hablé cuando el sol era un círculo completo que ya no podíamos mirar de frente.

—¿Me vas a contar la verdad?

—Toda... como siempre...

—¿Por qué? —Bebió un sorbo de café, dejó caer la silla de nuevo frente a la mesa y me miró apoyando ambos codos en la mesa con la taza a la altura de los labios. Encogió un hombro y habló.

—Dinero.

—MaP... eso no es una razón...

—Ésa es la única razón.

—Pero... ¿Cómo? ¿Cuándo? No entiendo... —Primer golpe, directo a la mandíbula.

—¿Recuerdas cuando se fueron a Europa? La productora de la agencia de modelos me hizo hacer unas fotos con poca ropa... lencería y trajes de baño. Nada de fotos desnuda. A la semana, me llamó para decirme que tenía un casting y me hizo hacer un par de videos. Después, una sesión de fotos para una publicidad. Me fue tirando plata de a poco... hasta que un día me llamó para decirme que tenía un ofrecimiento para mí. Tenía una cuenta de Japón y los tipos querían conocer a las modelos, quería que saliéramos con ellos esa noche a cenar y bailar. Le dije que no. Me dijo que no me preocupara, que simplemente querían conocernos... a mí no me convenció, pero la verdad era que quería ser modelo, quería comenzar a trabajar y la idea de encerrarme diez horas por día en una oficina o limpiar pisos no me seducía. Yo quería cantar, quería bailar, quería modelar, quería ser tapa de revistas. En su beneficio debo decir que supo llevarme bien, despacio y por el mejor camino para convencerme. Y yo se lo hice muy fácil.

—¿Y así empezaste?

—En realidad salí esa noche y los japoneses quedaron encantados. Está

mal que lo diga yo, pero sabía inglés, entendía sus chistes, me encantaban los dibujitos japoneses... Éramos cinco chicas y los tipos pidieron salir conmigo todas esas noches. En esa semana levanté doscientos dólares por noche... por no hacer nada. Imagínate lo que era esa plata para mí.

—Claro...

—Sin hacer nada más que sentarme, comer como los dioses, bailar en las discoteques de moda y conversar un rato. A las dos de la mañana estaba en casa. Mi mamá jamás sospechó nada.

—Espera... Doscientos dólares por... ¿Charlar?

—Marinés me estaba endulzando. Durante el día, contándome todas las cosas copadas que los japoneses habían dicho de mí, como se divertían, lo genial que era... bla, bla, bla. Me convenció de que con mi personalidad, carisma y el cuerpazo que tenía, podía conseguir mucho más.

—Dando mucho más... —Encendió un cigarrillo y se dejó caer en la silla.

—La última noche, el jefe de los japoneses pidió salir a cenar a solas, conmigo. Era el más agradable de todos, el más callado pero el más inteligente... y tenía que reconocer que, aunque la raza asiática no es mi estilo... el tipo estaba bárbaro. Marinés me dijo que había pedido... algo más... pero que dependía de mí. Yo tenía la última palabra, pero en realidad la tuvo el dinero.

—¿Cuánto?

—Dos mil dólares. Para mí. Tres mil se llevó la agencia.

—La cagada de los intermediarios. ¿Cómo fue?

—Si no hubiera sido bueno no hubiera seguido. Dudé todo el tiempo pero la verdad es que Xell Ian fue un caballero, me trató genial. Lo seguí viendo durante algunos años más...

—¿Ese fue el primero?

—Sí. Después del verano, seguí trabajando con la agencia en Buenos Aires, hasta que me cansé de la intermediación. Me habían conseguido dos o tres trabajos con gente de Chile y Paraguay y ahí comencé a expandir las fronteras.

—¿Nunca tuviste miedo?

—No. Cuando empecé a elegir mis propios clientes, yo ponía las reglas,

las tarifas, el cómo, cuándo y dónde. Y además, me salí justo. La agencia terminó denunciada por trata de blancas y el dueño preso. La “productora” no cayó porque ya no estaba con ellos, se casó con un jugador de fútbol y se fue a vivir a Italia.

—Y además de Arango... —Sonrió y encendió un cigarrillo.

—No hablo de mis clientes. Y ellos no hablan de mí. Tienen más que perder que yo. Familias, reputación...

—Pero ahora las cosas han cambiado... Ahora tú también tienes una carrera, una reputación...

—Justamente por eso ya no trabajo tanto... Sólo son tipos que van más allá del dinero...

—El poder...

—Sí... y a ellos no puedo decirles No.

—Tengo miedo de pensar algún nombre —Se rio mientras masticaba un croissant— ¿Y Arango desde cuándo?

—Arango fue el primer tipo "de medios" con el que estuve... uno de los últimos de la agencia.

—¿Por Tomás? —Sonrió y su mirada brilló.

—Antes de que Tomás entrara siquiera —Bajó los ojos y miró su taza de café vacía.

—¿Tomás lo sabe? —La expresión de terror le borró la sonrisa.

—No... y no debe saberlo jamás...

—¿Y qué te importa a esta altura... si no quieres tener nada con él? Quizá... diciéndole... puedas sacártelo de encima para siempre —Sus ojos se llenaron de lágrimas ante la sola idea de perderlo. Me puse de pie sacando un puñado de billetes que dejé sobre la mesa— Vamos, tonta. Eres un libro abierto.

Paula buscó en su mochila los anteojos oscuros y tomó la mano que le ofrecía. La cobijé a mi lado y besé su frente.

—Ahora que sabes que soy una prostituta barata... ¿Ya no me quieres más?

—Te adoro... sobre todo porque de barata no tienes nada —Se abrazó a mi cintura y abandonamos el café rumbo a nuestro tour pedestre por París.

Recorrimos todos los lugares que me gustaban de París, incluido el viejo barrio de artistas, Montmartre, el Louvre, que la aburrió mortalmente; la llevé a almorzar al Ciel du Paris, en el piso 56 de la Tour Montparnasse. No habíamos vuelto al tema de su profesión hasta que llegó el plato principal.

—No te da miedo que, siendo Arango el mentor de Tomás, en algún momento pueda decirle... ¿Algo?

—Arango no habla de esto... es demasiado machista y soberbio como para reconocer que paga por sexo. Además, la mujer y las hijas lo dejarían en la quiebra si se llegan a enterar.

—Pero en una rueda de conversación de machos..."Yo tengo a Paula Rodríguez de amante" te suma un par de puntos.

—Es un arma de doble filo. "Yo sólo puedo tener a Paula Rodríguez porque le pago una fortuna" te puede hacer perder el primer tiempo. El ambiente está lleno de rumores que muy pocos se pueden confirmar.

—A mí me lo dijo.

—Creo que lo hizo porque estamos lejos y se sintió seguro.

—Él pensó que yo también era tu cliente.

—Quizás porque habrá querido demostrar que tú, con tu pinta y tu juventud, tienes que pagar igual que él, que es un viejo de mierda. El sentido de propiedad que les da pagar un precio suele crear una ilusión... Pasa a veces cuando, por alguna razón, los clientes se cruzan.

—¿Entonces no viniste aquí con él? —Negó con la cabeza mientras se deleitaba con la sopa de langosta. Pensé que era lo último que diría al respecto, así que me dediqué a degustar mi porción, buscando algo más donde escarbar. Bebió de su copa de vino y miró por la ventana el cielo abierto, la línea del horizonte y el recorte de la ciudad—. Tomás se volvería loco si se entera de esto.

—Lo sé. ¿Y Arango sabe algo sobre ustedes dos?

—No... Ni siquiera cuando lo vimos por primera vez.

—¿Primera vez?—Jugueteó con el tenedor en la comida y habló despacio.

—A Arango le encanta sentir que me tiene a disposición... y yo suelo complacerlo, salvo contadas excepciones. Habla mucho conmigo de sus

negocios. Las prostitutas solemos ser buenas psicólogas también. En su casa no lo escuchan... y eso es algo muy común entre los hombres de poder. Por eso también a veces son tan déspotas con quienes los rodean. Ejercen su poder embravecidos por la dominación que viven en privado. La mayoría de los grandes líderes son fácilmente sometidos en una cama. Créeme.

—Estoy esperando una buena anécdota sexual de Arango y mi imaginación se está yendo al tipo atado a una cama con una dominatrix azotándolo.

—Evitamos la violencia porque deja marcas... y él tiene que volver a su casa, pero sí... tiene algunos gustos algo rebuscados.

—Como que te le disfraces de Uma...

—Por ejemplo.

—Entonces... hablaba mucho de sus negocios...

—Sí... y sabía que no encontraba la manera de capturar la atención de la nueva generación. Los relatores, comentaristas y conductores, seguían manteniendo el viejo estilo y no encontraba el tipo que rompiera el esquema. Eso estaba buscando cuando la casualidad nos cruzó a los tres en el mismo edificio.

—¿A los tres?

—Tomás me llamó la noche anterior para contarme que tenía una gran prueba en DepEsp. Me contó todos los detalles. En él estaba pensando esa mañana cuando me llamó el asistente de Arango para decirme que me quería ver. En su oficina, con el abrigo que me había regalado.

—¿El asistente?

—Sí. Él jamás me llama, tiene terror que le rastreen las llamadas.

—Que loco. Entonces... ¿Qué pasó? Se encontraron ahí cuando llegaste con el abrigo y abajo nada más que Channel número 5 —Rio a mi suposición y se mordió los labios, recordándolo.

—No. Arango tenía un ascensor privado que iba del estacionamiento a su oficina. Ése usaba cuando iba allá. En el Club no lo voy a visitar por eso... no hay tanta privacidad como entonces. Usamos una casa que tiene en Barrio Parque. Ahora esa oficina es de Tomás. Obviamente no puedo decir que conozco ese ascensor.

—Ni yo... ¿Verdad?

—No, salvo que él te lo cuente. De todas formas sé que no lo usa, porque suele saludar a la gente cuando llega, así que usa el ascensor general.

—Ok. Allá fuiste, con tu abrigo de piel subiste al ascensor privado a la oficina de Arango. ¿Qué pasó?

—Solía ver las audiciones desde allí. Le aburría presenciarlas. Tenía varios televisores...

—Que moderno. ¿Y cuál era la fantasía de turno?

—Una mezcla de todo... secretaria, amante, clienta impaciente... Le encantaba que me metiera debajo del escritorio y...

—¡No me des detalles, por favor! —exclamé, sujetando mi cabeza con ambas manos. Encendió un cigarrillo entre risas.

—Sí... conservemos un poco de dignidad. Después de pasar por debajo del escritorio, tocó el turno de tirar todo lo que había arriba.

—Ay, Dios...

—En ese momento lo escuché relatar una jugada del partido y pensé que estaba delirando...

—¿A Arango? —Puso los ojos en blanco y torció la boca.

—Tomás. Estaba dando la prueba. Pero los nombres no eran italianos. Él me había dicho que la prueba era con un partido de Italia.

—MaP... ¿Te acordaste de eso? ¿En el medio de tu sesión de sexo?

—Puedo pensar en más de una cosa mientras trabajo —Fue mi turno de reír, imaginándola pensando en la lista del supermercado o el repaso de su rutina de gimnasia mientras abría las piernas y actuaba como Meg Ryan—. En fin... giré la cabeza y lo vi allí; Arango se percató de mi distracción. Suelo ser muy buena en mi concentración pero nunca sucedió que Tomás estuviera del otro lado de la pantalla.

—¿Y qué pasó?

—Se detuvo también en él... aunque no le gustó nada la distracción. Le cortó la inspiración, por decirlo de alguna manera. Se enojó. Tuve que esforzarme para que no pasara al nivel "el cliente siempre tiene la razón" y me hiciera una denuncia en Defensa al Consumidor. Se sentó en el escritorio y se concentró en los televisores mientras yo trataba de "reconciliarme". Fue inútil. Pero por ignorarme a mí estaba muy atento a la prueba de Tomás. Cambiaron los papeles y Tomás dejó de relatar. Entonces le dije que

el comentarista me parecía interesante. Le picaron los celos y me preguntó qué me gustaba de él. No le iba a decir que estaba perdidamente enamorada de él desde los siete años y era el dueño de mi corazón, pero destaqué todo aquello que me gustaba profesionalmente de Tomás, desde su capacidad de análisis hasta el tono de su voz, su edad, y su estilo descontracturado, susurraba en su oído todas aquellas cosas que sabía que buscaba y no había encontrado. Un nuevo estilo para capturar a la nueva generación. La nuestra. Esa era su preocupación. Levantó el teléfono y habló con su productor. Que retuviera al alto hasta que bajara.

—¿O sea que Tomás está donde está gracias a ti?

—No. Gracias a él, pura y exclusivamente gracias a él. Arango fue abajo con toda la intención de comérselo crudo. Le había hecho perder una buena cantidad de dinero esa tarde y le interesaba a su juguete sexual, aunque a veces Arango tiene un tono paternalista conmigo. Si no fuera porque es mi cliente, insistiría en que abandonara la profesión. Tomás está donde está porque le demostró a Arango que era la persona que buscaba, porque supo ganarse su confianza... y eso no es fácil. Tomás es el hijo que hubiera querido tener y no solo porque era hombre. Es inteligente, carismático, periodista, amante del deporte, rápido, locuaz, trabajador... Tomás está donde está porque se lo ganó y es el lugar que se merece.

—Ya sé que estás enamorada de él. Tu opinión subjetiva no vale.

—¿Miento? —La miré y suspiré. No, no mentía, en nada—. Tomás ha sacrificado mucho más que su vida y su tiempo por su trabajo y eso Arango lo sabe. Y la empresa es lo que es gracias a su esfuerzo. Nadie más que él, o Arango, la hubieran llevado a donde está.

—¿Por qué no te sales de todo esto? Ya no lo necesitas.

—Ya te lo dije... No trabajo como antes. Entre que ya estoy vieja y hay chicas mucho más jóvenes y económicas, el hecho de que sea más famosa y esté más expuesta, ha hecho lo suyo para ayudarme a ir abandonando poco a poco.

—¿Cuántos clientes tienes hoy?

—Cuatro... cinco.

—¿Y cuánto cobras?

—No hablo de mis clientes... ni de mis tarifas.

—Pero hablaste de Arango.

—Porque él rompió el código. De otra manera, jamás te hubieras enterado.

—Me hablaste del poder...

—Ahora si estás sonando como un entrevistador.

—Es lo que soy.

—Hay gente a la que no puedo decirle que no. Arango es uno de ellos. Aunque, como te decía... ha perdido el interés en mí. Tiene otra chica... más joven... más barata... y morena.

—¿Estás considerando volver a tu color natural?

—La moda de las morenas pasa y se mezcla con la de las pelirrojas. Las rubias somos como los diamantes. Eternas.

—¿Cuál es el mejor regalo que te ha hecho un cliente? Algo que no haya sido como forma de pago o de intercambio.

—Me han regalado joyas, perfumes, pieles... aunque las vendí y doné la plata a PETA. Si Arango se entera me ahorca, gastó una fortuna en ese zorro... —dijo, mirando a un costado— Pero... no sé... este viaje es un regalo. Y el día que me estoy quedando de más también. Aunque podría considerarlo una especie de trueque. No sé, una vez me regalaron un paquete de acciones. Las tengo ahí, no sé qué hacer...

—Eso sí que es raro.

—Era mi cumpleaños.

—¿Qué es lo mejor que compraste con lo que ganaste?

—Mi propia casa. Mi propio auto. Pago la escuela de Solcito y todo lo que quiere y necesita. Pago todo lo que tengo sin pedirle nada a nadie.

Terminamos el almuerzo, por fin subimos a la mentada torre, al observatorio más alto, le saqué cien fotos y volvimos a la tierra. Como cierre de la tarde subimos los empinados 197 escalones hasta la Place du Tertre en Montmartre. Caminamos del brazo más relajados, riéndonos de la situación ahora que la confesión había quedado atrás. Nos detuvimos frente a uno de los pintores que poblaba la plaza, uno que hacía una libre creación de un cuadro que conocía bien: De Gustav Klimt, la madre sosteniendo a su hija, pintado en los tonos del dorado. “Las edades de la mujer”. Paula se

quedó mirando extasiada la obra, como cualquier otra lo hubiera hecho en la vidriera de Louis Vuitton anunciando una liquidación al setenta por ciento. Las mujeres son todas iguales, lo único que anhelan es aquello que no pueden tener. Apoyó la mano en su boca y reprimió las lágrimas. La abracé buscando que dejara salir el dolor que llevaba dentro. Susurré contra su cabello.

—No es necesario que lleves un hijo en tu vientre para ser madre. Ser madre es mucho más que eso... y tú puedes serlo. No te lo niegues. No se lo niegues a Tomás. Ustedes están hechos el uno para el otro. Hazme caso una vez en tu vida. Vuelve y encuéntrate con él. Construye tu vida con él... — Paula levantó la vista de nuevo al cuadro— Deja el pasado atrás y construye tus sueños con él.

Sabía que con esas palabras estaba arrojando al amor de mi vida lejos de mí para siempre pero, ¿En qué mejores brazos podría llegar a estar? Y de alguna manera, ese amor siempre estaría conmigo. Siempre.

—Tengo que volver al hotel a preparar mis cosas.

—Vamos. Te llevo al aeropuerto —Asintió y me dejó llevarla. Dos pasos después volvió a mirar por sobre el hombro al pintor y su obra, mis palabras todavía haciendo eco en sus oídos.

Capítulo 38 — Salva nuestras almas

Acompañé a Paula al hotel a preparar sus cosas; mientras levantaba todo lo que tenía tirado y lo guardaba en una de las tres maletas que estaban en el suelo, encendí un cigarrillo pensando cuanto equipaje necesitaría para unas vacaciones normales de quince días. Cuando terminó, exhausta, se sentó en el sillón frente a mí, junto a la mesa con teléfono. Pidió línea e hizo una llamada internacional. Me miró a los ojos y sonrió. Estaba haciendo lo que le había dicho.

—Hola. Sí, soy. Bien... ¿Y tú? Estoy en París... Sí, sentado enfrente de mí. Te manda saludos. Emm... Tomás, ¿Te molesto mucho si te pido que me vayas a buscar al aeropuerto? Mañana a las siete de la mañana. Sí... No... No. Bueno, es probable... siempre hay periodistas en el aeropuerto. Entenderé si te molesta... —Su disculpa se interrumpió, sonrió y se ruborizó — Sí, quiero que seas tú. Sí, estoy segura. Gracias. Hablamos mañana. Un beso.

Terminó la comunicación y se quedó mirando el aparato.

—¿Qué te dijo?

—Que mañana me va a buscar.

—¿Y qué le vas a decir a los medios cuando el Vasco Veristartúa te cargue las maletas?

—Nada. No tengo que darle explicaciones a nadie.

—Pero te van a preguntar...

—Y sonreiré para la cámara como lo hago siempre. Después hablaré con Tomás para ver que piensa, y decidiremos... —Me puse de pie e incliné sobre ella para besarle la frente. Era el comienzo del adiós y quería salir de ahí antes de arrepentirme e intervenir como el ángel malvado en vez de Cupido moderno.

—¿Vas a viajar así?

—No. Me baño, me cambio y nos vamos. Si quieres algo del bar, adelante. Paga el imperio del fútbol argentino... —Y yo no iba a desaprovechar la oportunidad. Revolví y saqué dos botellitas de Smirnoff,

encontré hielo en el frigobar y me preparé un trago antes de marcharnos.

El viaje al aeropuerto fue ameno y la despedida, sentida y profunda. Si era yo quien estaba colaborando para que esto sucediera no tenía derecho a sentirme mal, o por lo menos no de descargarlo delante de ella. Ya tendría tiempo para eso. Convencido de que estaba haciendo lo correcto, sabiendo que cuando volviera a Buenos Aires, todo cambiaría para bien, me sentí un ser humano mejor, nadie más que yo quería que ella fuera feliz y tuviera algo de compensación por todo lo que la vida le había arrebatado, aunque eso significara pisotear y enterrar para siempre mi prohibidísimo sueño de amor. Un pequeño sacrificio en pos de un bien mayor. Después de todo, ¿Qué posibilidades tenía yo de concretar mi historia de amor contra la de ellos? Era como querer tapar el sol con un dedo.

Cerré la laptop y volví al planeta Tierra, siglo XXI, Buenos Aires, Ciudad de la Furia. Necesitaba paz y no la encontraría hasta que no sacara de adentro todo lo que tenía. Los recuerdos que seguían, y que mi mente no me ahorraría, eran los más dolorosos de toda mi historia. Atrapado en una tragedia shakesperiana, lo mejor que podía hacer, para mí y el resto de la humanidad era encerrarme en mi habitación con dos botellas de Vodka y dejar que el alcohol purgara el dolor. Cinco años me llevó poder salir de la depresión y la frustración. Perdido y abandonado, el apoyo incondicional de Andrea y la ayuda de mi terapeuta, además de una buena dosis de antidepresivos y flores de Bach, me sacaron a flote de lo que podría haber terminado tranquilamente con mi vida.

Llamé a mi madre, a Andrea y a mi Editora de la revista para decirles que estaría trabajando en la nota todo el día de mañana. Eso significaba un cartel con luces de neón en varios idiomas diciendo “no molestar”. Envié un mensaje a Tomás con las mismas líneas y la promesa de verlo a última hora del otro día. Su respuesta fue un escueto “Ok”. Temblé pensando que las cosas podían ser más complicadas de lo que suponía, quería pensar que no por mi culpa, pero en ese momento no estaba en condiciones de ayudar a nadie. Firmé la orden de mi mesa y salí a la calle en busca de algún lugar donde abastecer mi necesidad. En una vinoteca compré dos botellas de Vodka, en un kiosco dos cartones de cigarrillos, un paquete extra grande de M&M plain y una docena

de analgésicos para combatir la resaca. Sabía cómo me sentiría cuando pasara el temblor y necesitaría ayuda extra para resurgir de las cenizas.

Entré a mi habitación, dejé mis cosas sobre la mesa y preparé todo como si fuera a escribir: Conecté el iPod a los parlantes, la laptop a la corriente de la pared, desparramé dos o tres encendedores en la mesa junto a los cigarrillos y creé un improvisado cenicero con un vaso de whisky. En otro vaso con hielo, vodka al tope de su capacidad. Cerré las ventanas y corrí las cortinas, coloqué el cartel de no molestar en la puerta y cambié mi teléfono a modo vibrador, aislándolo en la mesa de luz, lejos de mi alcance, borracho era sumamente temperamental. Desconecté el reloj electrónico y la única luz que había en la habitación desapareció. Aproveché para darme una ducha rápida antes de volver a la cama a batirme a duelo con mis memorias.

Desnudo y mojado, a oscuras, caminé por la habitación a tientas, primero hasta la mesa. Bebí el vaso con vodka frío en dos tragos y fui a la cama con la botella en la mano. Sólo estaba calentando los motores. Me dejé caer en la cama con los brazos abiertos y los ojos cerrados. Ok. Dispara.

La primera imagen que tuve cuando se abrieron las puertas automáticas de la sección de arribos del aeropuerto internacional de Ezeiza, fue a Paula vestida de civil, el pelo recogido, gorro gris de lana como su abrigo a la rodilla y anteojos oscurísimos. Se adelantó para ayudarme con el bolso y yo me encargué de poder empujar dignamente el carrito con mi equipaje. Sonrió mirando el enorme paquete envuelto en papel madera.

—Traes mucho equipaje...

—Me voy a quedar un tiempo. Varias cumbres... Buenos Aires en el ojo de la tormenta.

—¿Por qué?

—No te preocupes, MaP... Es una manera de decir y no es necesario que lo sepas.

—Los ensayos del concurso me tienen apartada del mundo.

—Sí, claro. Como si la política internacional alguna vez te hubiera interesado.

—Para tu información... Leo todas las mañanas el periódico durante el desayuno y veo el último noticiero de la medianoche —Miré alrededor

esperando que los paparazzi saltaran en nuestro camino pero no hubo ninguno. Menos mal, lo último que quería era ser tapa de revista como el amante francés de Paula Rodríguez.

—Todo eso es mérito de Tomás... —Salimos del edificio del aeropuerto y de inmediato encendí un cigarrillo. Ella asintió.

—Por supuesto.

—¿Ya se mudó a tu casa?

—Casi... pero no rescindió el contrato del otro departamento todavía. No quiere quedar mal con los dueños a tan poco de haberlo alquilado.

—¿Poco?

—Ya sabes cómo es Tomás.

—Sí... lo sé —Caminamos hasta la camioneta negra con vidrios polarizados y abrió la portezuela de atrás para cargar el equipaje. Se encargó del paquete más grande y lo movió tratando de descubrir, con su curiosidad de niña, qué podía ser tan grande y pesado. Sonreí con el cigarrillo en los labios arrojando la maleta en el baúl.

—Sí, MaP... Es para ti. Pero no te lo voy a dar hasta que llegemos a casa —Saltó dos veces batiendo palmas como si tuviera siete años y luego me abrazó con fuerza.

La mujer era un sex symbol latinoamericano, una prostituta Vip, una estrella atravesando el firmamento de la mediocre farándula vernácula, brillando en su máximo esplendor, y reaccionaba tan infantilmente por un regalo, pero qué le iba a hacer, era parte de su encanto.

—Dime que es.

—No.

—Por favor.

—No —Subimos a la camioneta y siguió rogando.

—Pleeeeeeeeeeeeeaaaaaaaaaase.

—No, Paula. Basta. ¿Por qué no vino Tomás? Dijo que iba a venir él porque tú estabas ocupada.

—Está con terribles problemas en la oficina. Hoy se fue echando humo a las seis de la mañana... Ya amaneció mal con tres llamados telefónicos. Quería enviar un chofer pero le dije que no. No importa, sólo suspendí al

personal. Ensayo a la tarde.

—¿Entonces comemos juntos?

—No. Tengo un par de notas por el concurso, pero me pidió que te deje en la oficina así comen juntos.

—¿Y cómo están haciendo ahora que grabas el programa de noche y llegas a cualquier hora?

—Es época de Copas, así que también está muy ocupado, no puede protestar tanto.

—Que enterada que estás del calendario futbolístico.

—Tengo que... De todas formas, esta noche es nuestra.

—¿Justo la noche que llego yo?

—Solo a ti se te ocurre llegar la noche en que se celebra el aniversario de la revista más importante del país. Y la noche de los personajes del año.

—Claro, debí haberlo sabido —dije, entornando los ojos— No importa... mi vieja estará feliz que cene con ella.

—Mañana no grabo tampoco, así que podemos juntarnos. ¿Te vas a quedar en lo de tu mamá o quieres recalar en casa? Tengo la habitación libre.

—No. Voy a lo de mi vieja. Voy a estar viajando de acá para allá y cuando pare aquí necesito descansar. Y lo último que necesito es tenerlos a ustedes dos del otro lado de la pared martillándome la cabeza.

—Que mal concepto que tienes de nosotros. Con lo cansados que llegamos, estamos haciendo un esfuerzo titánico para mantener la pasión.

—Las delicias de la convivencia.

—Sí... —Recorrimos el camino desde Ezeiza hasta Caballito con poco tráfico en el medio. La conversación volvió a esa noche.

—¿Y van a ir juntos a la fiesta?

—Ésa es la idea.

—¡Wow! El Vasco Veristartúa y Paula Rodríguez blanquean su relación ante la prensa.

—Algo así...

—Puedo ver los titulares...

—Error. De esta manera, no vamos a ser tapa de ninguna revista. Las dos más importantes sacan sus respectivas fiestas y noches de los

personajes del año para competir, las dos con las mismas caras. Las otras tres de chismes tienen cerradas sus ediciones con los escandaletes del momento... La semana que viene ya va a ser noticia vieja.

—Eres toda una estratega.

—Vivo de esto. Y la verdad es que no quiero exponer tanto a Tomás. Estoy tratando de mantenerme al margen de los escándalos pero me buscan por todos lados.

—De eso viven ellos.

—Hay cosas que de verdad dan vergüenza ajena. Es tan triste ver como las chicas se prestan a esas cosas por un poco de prensa.

—Es parte del juego. Pasa aquí, pasa en todos lados.

—Pero acá la cosa se ha tornado caníbal. Ya no sabes de donde vendrá la puñalada por la espalda.

—¿Cómo va lo del disco?

—Viento en popa. Con toda la promoción del concurso, conseguí un productor y estamos trabajando contra reloj y en secreto, eligiendo los temas, haciendo las pruebas y preparando todo para el año que viene.

—¿El año que viene? Yo quería tu CD para Navidad.

—Quizá sea para la que viene. Quiero hacerlo bien.

—Y lo vas a hacer, MaP. Lo vas a hacer —Sonrió brillando por dentro, con la ilusión de su sueño concretado. Su vida era perfecta, como no lo había sido nunca. Enamorada y correspondida, joven y hermosa, famosa y exitosa, ¿Qué más podía pedir?

Llegamos al departamento de mi madre y descargamos mi equipaje. Paula refunfuñó cuando su regalo quedó en mi casa hasta el día siguiente. Orientamos la nave al edificio donde funcionaba DepEsp y después ella se marchó a continuar con sus actividades del día. Luego de las entrevistas y los ensayos, se internaría en el Spa al que asistía religiosamente para prepararse para esa noche. Se había negado a contarme detalles de su vestido y deseó fervientemente que pudiera estar con ellos esa noche. Ella seguía sintiéndome el artífice de que su relación por fin se hubiera concretado. Yo solamente, muy a mi pesar, había puesto las cosas en su lugar.

—Nos veremos mañana, entonces.

—Seguro. ¿Cocinarás para mí?

—Voy a tener que hacer un curso... o pagárselo a Tomás. Tiene más inclinación a la cocina que yo.

—Podrías intentarlo. Le preguntaré qué hora entre las dos y las cinco de la mañana tiene libre en la agenda para que lo mandes a la escuela del Gato Dumas —Me incliné para besarla antes de bajar del auto y esperé en la vereda a que entrara al tráfico rumbo a su trabajo. Después de tantos años y tantas cosas, la vida parecía ir tomando el rumbo correcto excepto la mía. ¿Por qué ella sí y yo no?

El edificio de DepEsp parecía en estado de sitio, pero esa era la situación normal en cualquier lugar donde sólo había una manera que salieran las cosas: Rápido y bien. Mi redacción en París vivía el mismo tipo de locura vertiginosa. Después de recorrer varias oficinas y estudios, al fin encontré a Tomás en una reunión de producción para una seguidilla de programas de esa noche. Su adrenalina se multiplicaba por sobre los demás. Todavía tenía una gran noche por delante. Lo esperé en la puerta de la sala donde estaba reunido y fuimos directamente a la oficina.

—Paula me llamó dos veces para ver si ya te había recibido.

—Se ve que te conoce.

—Esto es un caos... parece hecho a propósito... No es el mediodía y ya me quiero ir de acá. Tengo un desastre entre manos con el equipo de comentaristas que viajó para cubrir el partido de Colombia.

—¿Qué pasó?

—No los encuentran.

—¿Cómo que no los encuentran?

—No saben dónde están... con todo lo que está pasando, estamos aterrorizados con que puedan haberlos secuestrado las FARQ

—Me estás jodiendo. ¿Y yo acá hablando contigo?

—Es eso... o están demorados... No lo sé. Subieron al avión y perdimos contacto. No volvieron a comunicarse. El avión llegó a destino pero ellos no al hotel.

—¿Pero llegaron a Colombia?

—Es todo lo que sabemos. Los de la aerolínea no nos confirman la posibilidad que hayan perdido una conexión en escala y nadie nos llama.

—¿Quieres que haga algunos llamados?

—No, olvídale... Que se encarguen... para eso les pago. Pero me preocupa que pueda ser algo malo. En otro lugar podría suponer una demora en los vuelos, pero con lo mal que están las cosas allá.

—Mírale el lado positivo... podrías ser tú el que estuviera perdido.

—Y eso no es nada... En una hora tengo que estar en el atelier probándome el smoking para esta noche. Paula me lo hizo hacer a medida.

—Mírale el lado positivo, tienes a la mujer perfecta para estas cosas. Lo único que tienes que hacer es poner el cuerpo... —Entramos a la oficina y se derrumbó en su sillón.

—¿Qué quieres comer?

—Lo que tú quieras. En el estado que estás, sería bueno que te desenchufaras un poco.

—Tengo un pequeño problema con la capacidad de delegar... —Antes de que pudiera decir algo, golpearon la puerta y una asistente entró portando una percha enorme con un cubre traje plateado. Su secretaria—. ¿Y eso?

—Te lo envían de Matices. Que te lo pruebes y vayas si es necesario hacer alguna modificación —Los dos nos miramos y sonreímos. Paula. Ella sabía que Tomás no iba a poder salir de la oficina, así que le abrevió un paso. Si el smoking le quedaba bien, no tendría necesidad de perder tiempo allá. Tomás se puso de pie con un salto, atrapó la percha y desapareció por una de las dos puertas en la pared de la derecha. Lo seguí e investigué la contigua. Era un ascensor. Me reí para mis adentros y me di cuenta que no le había preguntado a Paula por el estado actual de sus últimos “clientes”. Asumí que Tomás no sabía nada, cuanto menos hubiera merecido un comentario, aún cuando fuera algo tan íntimo. Conociéndolo a Tomás, no se lo hubiera tomado muy a la ligera, y entonces me hubiera enterado por Paula. En el medio de mis pensamientos, Tomás abrió la puerta y todo se detuvo a mí alrededor: El smoking estaba hecho sin dudas a medida. Perfecto. Su altura y su porte podrían haber sido para que lo hubieran elegido como modelo de alta costura. Caminó probando si le era cómodo y dio una vuelta para que lo admirara mejor.

—¿Qué te parece?

—Perfecto... pero te falta un poco de práctica en la pasarela.

—¿Crees que a Paula le gustará?

—Se va a morir cuando te vea —El teléfono no nos dejó continuar. Atendió y su rostro se fue transfigurando a medida que iba escuchando.

—¿Es una broma? No. No... Arréglalo, Franco... Escúchame... arréglalo. Ármalo. Envía las imágenes, compra satélite... no... no... busca a alguien. Es la semifinal. ¿Tú pretendes que saque a alguien de la escuela para transmitirlo? No sé, arréglalo —Y entonces el tono se elevó más allá de la discusión, Tomás Veristartúa estallando en gritos inesperados— ¡Bueno! ¡Para eso les pago! ¡Si lo tengo que hacer yo los echo a todos y listo!

Y con eso último estrelló el teléfono en el receptor y golpeó el escritorio con furia. Cuando sentí que la ira escurrió un poco me animé a preguntar.

—¿Qué pasó?

—El equipo perdió el vuelo y están varados en Panamá. En el medio de un paro en el aeropuerto. No hay salidas.

—No pueden ir por tierra. Panamá no está tan lejos de Colombia.

—No llegan.

—¿Y entonces?

—Tengo todos los equipos desparramados por el continente... los dos suplentes que uso, enfermos... quieren que yo transmita.

—¿Esta noche? —Asintió mientras levantaba la cabeza. Me miró y meditó medio segundo. Entró como una ráfaga en el baño y salió cambiado antes de que yo pudiera moverme de nuevo a la silla. Manoteó su teléfono móvil, su chaqueta y ya tenía la percha del smoking en una mano. Con la otra mano me agarró del brazo y me sacó de la oficina— ¿Qué pasa?

—Tú eres mi salvación.

—Ya lo sé, pero... no entiendo como en este momento... yo no sé nada de fútbol y... —¿Qué quería hacer? ¿Disfrazarme de él para sentarme frente a las cámaras y reemplazarlo mientras estaba de parranda con Paula? —No se si te pueda ayudar... los equipos han cambiado tanto... ya ni sé quiénes juegan.

—No. *Vamos a Matices. La única manera de que Paula me perdone por llegar tarde a la fiesta de esta noche es que tú vayas con ella.*

—¿Qué? —*Bajamos por las escaleras hasta el estacionamiento y antes de que supiera donde estaba, aceleró saliendo del subsuelo del edificio demasiado rápido.*

Capítulo 39 — Miradas que matan

Después de la visita a Matices, donde me echaron encima un traje de pingüino perfecto, con corbata, camisa y zapatos en combinación, Tomás me dejó varado en uno de los peluqueros estilista de las estrellas para que me dejaran como nuevo en miras de la presentación de esa noche. Fabián fue quien me inició en la manía metrosexual que continué con el paso del tiempo. Champú especial para mi tipo de cabello, baño de crema, ampolla para masajes, una limpieza de cutis rápida, crema humectante y otras cosas que en otro momento me hubiera dado vergüenza reconocer. Sin embargo esa noche, quería parecer otro o ser otro mejor del que era. Pero aunque la mona se vista de seda.

En su local también, pude ver las imágenes que había desatado el gran rumor de los últimos meses. Paula y Tomás habían sido vistos en varios lugares, fotos que con título catástrofe llamaban la atención como la pareja menos esperada. La chica del momento y el comentarista devenido empresario, de perfil súper bajo, la mañana que la fue a buscar a Ezeiza cuando regresaba de París, juntos caminando por la feria de San Telmo una tarde soleada de sábado. En alguna secuencia él le pasó el brazo por los hombros y en otra ella le acomodó los anteojos, pero las cámaras no pudieron capturar nada más. Muchos hablaban de lo cierto, una amistad de hacía muchos años, otros de una relación clandestina, todos coincidían que de una manera u otra, el anonimato de la pareja, como tal, había llegado a su fin y ninguno de los dos negaba ni desmentía nada. Por primera vez en su carrera, el Vasco Veristartúa se detenía para hablar con los periodistas, si el hecho de contestar con monosílabos contaba como “hablar”. La guardia de periodistas que estaba instalada en la puerta de la casa de Paula había tomado algunas fotos de Tomás saliendo con su camioneta del estacionamiento del departamento. Todos daban por cierto el rumor. Es lo que todos hacemos para provocar la reacción del otro lado y seguir retroalimentando la noticia. Y en las revistas del corazón de la semana anterior, se hablaba con insistencia que la diva de los almuerzos los

invitaría a almorzar, juntos, y que la reina de los teléfonos los llevaría a su living, y todos esperaban verlos aparecer de la mano en la alfombra roja de la fiesta aniversario de la revista más importante del país, ya que los dos estaban en la lista de los personajes del año: Él por su meteórica carrera en los medios y su peso en el mundillo del deporte y ella por haberse convertido en el nuevo sueño erótico de los argentinos

Qué triste era ser el tercer desconocido. Otro buen título para un tema.

Como si estuviera yendo al primer día de clases, mi madre me sacó veinte fotos antes de dejarme abandonar el departamento. Nunca me había visto vestido de etiqueta y arreglado de semejante manera, ni siquiera para el casamiento de mi hermano. Me acompañó hasta la planta baja y se quedó con la boca abierta como todos los vecinos. Una limousine con chofer de traje y corbata me esperaba, y la gente se había congregado alrededor para ver quien salía de ese edificio común y subía a la tremenda nave. Si sólo supieran que yo solía viajar en limousine a cubrir los eventos importantes, París Match era una revista con clase.

El chofer me permitió fumar con la ventanilla abierta y el viaje al departamento de Paula fue entretenido, mejoró con un poco de música de los ochenta.

La noche era perfecta, fresca y despejada. La calle del edificio de Paula estaba completamente libre y el chofer pudo estacionar con comodidad. Miré a ambos lados de la calle constatando que no había fotógrafos ni periodistas apostados y le pedí al chofer si podía tocar el timbre para no arruinar la sorpresa. Así tenía que manejarlo, sería una sorpresa para ella que yo la acompañara y no que lo estaba cubriendo por el faltazo, aunque, Paula no era tan irracional. Ella podría haber entendido lo que había pasado en vez de montarle todo ese teatro. El chofer bajó, tocó timbre y volvió junto a la puerta donde, detrás del vidrio espejado, yo esperaba expectante, que apareciera vestida de gala.

Como si no la hubiera visto nunca, contuve la respiración cuando se abrió la puerta del ascensor. Caminó despacio y sonriente sobre los zapatos de tacones altísimos hasta abrir la puerta de calle. Guardó las llaves en el sobre negro satinado que hacía juego con el vestido de línea oriental que llevaba. Como no podía ser de otra manera, adherida a su cuerpo como una segunda piel, la seda tramada con un dragón bordado en hilos negros brillantes delineaba cada una de sus curvas a la perfección. De mangas cortas y cuello cerrado con dos botones rojos, como todos los bordes del vestido, solo la abertura sobre la pierna derecha que le permitía caminar con soltura y revelaba alguna parte de su anatomía. La seda denunciaba que no había ropa interior alguna debajo del vestido. Combustible para el incendio. Completaba el atuendo con una chalina negra con el mismo motivo del dragón bordado en rojo y las sandalias con tobillera de brillantes idénticos a la pulsera y los aros que llevaba como únicas joyas. Tenía el pelo suelto, casi hasta la cintura y muy poco maquillaje sobre la piel impecable. El chofer abrió la puerta y dudó un momento si bajar o huir por la otra puerta, reconsiderando si estaba en lo cierto sobre qué tan irracional podía ser Paula.

Bajé y vi como su sonrisa se desdibujó. Me recorrió de arriba abajo dos veces como si esperara que en algún momento Tomás saltara detrás del disfraz. Cuando se convenció que era yo, inclinó la cabeza para mirar adentro de la limousine en el poco ángulo que la puerta le permitía. Me acerqué y le tendí la mano para recibirla, besando su mejilla mientras miraba sus ojos tristes.

—Estás hermosa.

—Tuvo que trabajar, ¿Verdad? —¿Por qué su tranquilidad y resignación dolían más que mil desplantes?

—Él sabe que yo nunca viviré algo así y... —Apretó los labios y me miró con ojos brillantes— No te preocupes... él...

—No me preocupo... es lo que tiene que hacer —Se adelantó un paso y me dejó ayudarla a subir al automóvil, deslizándose hasta la ventanilla opuesta. Abrí la ventana del techo y encendí un cigarrillo para ofrecérselo; lo tomó pero me detuvo cuando me disponía a encender uno para mí. Aspiró

profundo y me lo devolvió con rapidez. Contuvo el humo todo lo que pudo y exhaló de cara al cielo. No fumaría más esa noche.

Inclinó la cabeza a un costado apoyándola en la ventanilla cerrada. Sacó el teléfono y marcó rápidamente un número que suponía era el de Tomás. Se lo llevó al oído volviendo los ojos hacia mí. Tardó menos de diez segundos en terminar la comunicación. Ya debía estar al aire con el teléfono desconectado.

—No seas dramática, MaP. Va a llegar más tarde, no es que te esté plantando. Además, es por trabajo, no te cambió por la morena de moda.

—¿Estás seguro?

—¿De qué está en la televisión o lo de la morena? —Apretó los labios y me miró con odio. Y si fuera ése el caso, era seguro que lo cubriría, y ella lo sabía, aunque primero lo golpearía hasta dejarlo lisiado. Cambié de asiento al que estaba enfrente, justo debajo del vidrio que nos separaba del conductor; golpeé el cristal con los nudillos y este se deslizó hasta abajo.

—Señor.

—¿Podemos detenernos en algún bar donde estén transmitiendo la semifinal de la Libertadores? — Pude ver al tipo arrugar la frente y Paula se movió en su asiento cruzando los brazos. Escuché el pestañeo de la luz de giro y la limousine cambió de rumbo a la derecha. No fue una tarea difícil, jugaba Boca Juniors contra Cúcuta Deportivo. A dos calles se detuvo; bajé y estiré la mano para esperar que Paula descendiera. Sus piernas salieron primero y se incorporó sobre los tacones aguja. La arrastré hasta la entrada del bar donde diez o veinte tipos miraban el partido. Todos giraron al mismo tiempo para ver a la beldad blanca que me acompañaba. Quedamos de pie en el centro del salón esperando que el comentarista dijera algo y la voz de Tomás salió por los parlantes. Paula se mordió los labios mientras se abrigaba con el chal. Dos minutos después, el primer tiempo del partido finalizaba y la imagen abandonaba el Estadio General Santander de Cúcuta, Colombia, para volver a los estudios de Buenos Aires. Me estaba dando vuelta para salir del bar con la satisfacción del deber cumplido cuando Paula me detuvo del brazo, sus ojos clavados en la pantalla y una sonrisa tonta en los labios. Separé una silla de la mesa que teníamos al lado y la

acomodé sobre ella, tomando mi lugar a su lado, su mano en la mía, mis ojos también en la pantalla. Relator y comentarista aparecían para el resumen del primer tiempo.

Abandonamos el bar cinco minutos, siete fotos y veintidós autógrafos después para volver a subir a la limousine. Volví a sentirme el héroe de la noche, sólo porque Paula era feliz con tan poco.

Llegamos al más importante hotel de Recoleta, donde había una línea de tres calles con limousines, la gente descendiendo al comienzo de la alfombra roja sobre los escalones de acceso al lobby, el vallado a ambos lados lleno de fotógrafos, cámaras y reporteros, al mejor estilo de Hollywood. Un gran evento para una fiesta de aniversario, ¿Siempre sería así o esta era una excepción especial por mi presencia?

Bajamos de la limousine y en cuanto Paula puso un pie en la alfombra, su nombre retumbó como una bomba. Sonrió ampliamente, enlazó su brazo en el mío y caminamos hasta la mitad de la alfombra. Recibimos flashes desde todos los ángulos y me sentí completamente fuera de lugar, un usurpador. Un asistente se acercó a Paula para llevarla hasta donde estaban los reporteros esperando para las entrevistas, todo muy organizado al nivel Academia de Hollywood. La vi acercarse al vallado y más flashes dispararon sobre ella, ya no sobre mí. Otra pareja bajó de una limousine y me indicaron que avanzara. Me acerqué desde atrás a Paula y esperé que terminara la segunda nota para poder entrar. Mi teléfono vibró en ese momento en mi bolsillo. Era Tomás.

—Hola

—¡Hola! ¿Cómo llegaron? ¿Paula se enojó?

—No mucho.

—En cuanto termine me cambio y voy para allá. Hablé con una productora y van a tratar de demorar la foto para que llegue pero hay gente que se tiene que ir al otro evento.

—Bueno... te esperamos entonces.

—Gracias, Vince... te debo una.

—¿Estás loco? Me sentí Tom Cruise en los Oscar.

—Imagínate. Me tengo que ir. Gracias de nuevo —La comunicación quedo muda y guardé el teléfono en mi bolsillo. Me acerqué más hasta escuchar el diálogo sobre el murmullo general.

—¿Entonces quién es el caballero?

—Mi mejor amigo de toda la vida, así que olviden cualquier versión de romance.

—¿Y los rumores con el Vasco Veristartúa? —Paula estaba por abrir la boca para responder cuando la sostuve de la cintura y hablé por sobre su hombro.

—Está en camino. Pueden preguntarle a él directamente —Paula sonrió ampliamente y saludó a los periodistas con la mano mientras nos alejábamos. Tiempo de revancha, Tomás tendría que enfrentar a sus colegas, solo.

—Gracias... —dijo Paula aferrándose a mi brazo, entendiendo todo.

Entramos rápido al salón donde se reunían los invitados, antes de la foto, la cena y baile de la fiesta. Recorrimos varios espacios de fotos con el fondo de los sponsors de la fiesta y después recorrimos el lugar, Paula presentándose a las mayores estrellas del país. El tiempo fue avanzando hasta que, poco a poco, los protagonistas fueron siendo acompañados a sus respectivos lugares para la foto conmemorativa. Miré hacia la puerta esperando que Tomás apareciera corriendo justo a tiempo para la foto, pero no. Uno de los productores vino a buscar a Paula y la acompañó hasta la entrada. Allí otro productor era el encargado de ir acomodando a la gente y quedó sola entre dos modelos y un hombre se acercó a ella desde atrás. Paula giró sorprendida y su sonrisa desapareció. Me moví entre la gente y llegué cuando Ramón Arango se acercaba y ella retrocedía un paso.

—Eres bastante difícil de encontrar...

—Estoy con mucho trabajo. Ya le dije...

—Buenas noches, señor Arango —casi grité. El tipo me miró con odio y lo moví a un costado para ponerme junto a Paula. Me miró de arriba abajo y torció la boca— No sé si me recuerda...

—Sí... un argentino en París.

—El mismo. Felicitaciones por su nuevo cargo —Paula no se movió y Arango la miró con gesto serio.

—Gracias. Supongo que sabes que gané la Presidencia de la Federación. Asumo en dos meses —Me di cuenta que Paula tragó pero no bajó la mirada. Se mantuvo seria, formal y compuesta.

—Lo supe. Felicitaciones.

—Te llamé... pero...

—He estado muy ocupada.

—¿Con Tomás?

Como si lo hubieran invocado, sentí una mano en el hombro y tuve que mirar hacia arriba para verlo. Contuve la respiración, sin saber si debía sentir alivio o terror. En Paula desapareció el color de su rostro, toda la tranquilidad y compostura. Había optado por el terror.

—Los estaba buscando.

—Vasco. ¿Cómo terminó el partido? —Arango estiró la mano para saludarlo.

—Empate. Se definirá en el de vuelta.

—¡Qué suerte!

—¿Ya se conocen? Paula Rodríguez... Vincent Lacourlig.

—Nos conocimos en París —dije, antes de que el tipo abriera la boca. Paula pasó entre Arango y yo, directamente a los brazos de Tomás.

—Perdóname, Pau... no creí que...

—Olvídalo. ¿Vamos?

—¿Entonces los rumores son ciertos? Ustedes dos... —Tomás asintió abrazando a Paula, que apoyó la frente en su pecho. Inspiró y, subrepticamente, se masajeó una sien.

—Sí. Somos novios —Arango se rio en una sola carcajada y temblé por lo que podía llegar a seguirle.

—¡Pero qué bien! —Desde atrás apareció una productora.

—Señor Arango, tenemos su lugar listo —Paula levantó y giró la cabeza para mirarlo, con una súplica reflejada en los ojos. Arango entrecerró los suyos y me miró a mí con desprecio.

—Nos vemos pronto, Vasco. Te llamo.

—Y si no seguro que nos vemos en la fiesta.

—¿Te llamó Pacheco?

—Sí. Me envió las invitaciones.

—Fantástico. De todas formas, me gustaría que nos reuniéramos antes... tú sabes... para discutir algunos negocios que tenemos en común —Tomás asintió inocente y la mirada de Arango paseó de Paula a mí, antes de girar acompañado por la productora, tomando su lugar sentado en uno de los sillones al medio, entre las figuras más importantes, después de todo, el tipo había tumbado democráticamente al histórico dueño del fútbol argentino prometiendo una nueva era para el deporte nacional. Tomás y Paula quedaron en un extremo del grupo, el derecho. Tomás se hincó en una rodilla mientras a Paula la hicieron sentarse a sus pies, mostrando su pierna desnuda y su vestido derramándose bajo ella. Mientras los flashes de los fotógrafos disparaban buscando los mejores ángulos, pude ver como Arango se inclinaba un poco hacia la derecha, mirando hacia donde estaban ellos, convirtiendo en imagen la frase “si las miradas mataran”.

Capítulo 40 — Santos y pecadores

Luego de la foto, siguió una ampulosa cena y baile con varios shows animados por los artistas de moda. El nuevo productor de Paula le había sugerido presentar un tema esa noche pero ella declinó, prefiriendo mantenerse en un segundo plano ya que aprovechaba la ocasión para blanquear su relación con Tomás. Nos sentaron en una mesa con dos modelos más y un muchacho que resultó ser Diego, amigo de Tomás en sus épocas de estudiantes de periodismo deportivo, devenido abogado de las estrellas. Las dos beldades ignotas eran sus clientes, asiduas a los programas de televisión que alimentaba la selva artística argentina, no había otra definición. Parafraseando Axl Rose, Bienvenido a la jungla.

Entre plato y plato, las muñecas de plástico iban y venían, mezclándose con fotógrafos y celebridades de cabotaje. Diego y yo nos unimos en copas mientras me ponía al día con los chismes VIP de la farándula, lo más escandaloso y oscuro del submundo detrás de bambalinas, en tanto Paula y Tomás estaban en su burbuja de amor. La noche junto a mi nuevo amigo pasó a ser una amena pasada de revista al mejor estilo La Noticia Rebelde, las carcajadas que no podía contener me hacían sentir como el querido Castelo revoleando las publicaciones por sobre su cabeza. Una de las noches más divertidas de mi vida, sin duda. Diego era un personaje divertido, ácido, sarcástico y volátil como yo, y si esos condimentos no fueran suficientes para hacer que hiciéramos migas de inmediato, compartíamos gustos en música y otras cosas que descubríamos a medida que la noche y el alcohol corrían. Jamás disfruté tanto de las miserias ajenas, la doña Rosa en mí nunca estuvo tan en su salsa como en ese momento. Pese al divertimento, no abandoné mi puesto de vigía. No vi moros ni Arangos en la costa. En algún momento lo vi pasar del brazo con una hermosa mujer cubierta de joyas y un vestido que sólo podía haber sido comprado en alguna colección vieja de Carolina Herrera. Demasiado vaporoso para ser usado pasando los cincuenta, pero que importancia podía tener si destilaba dólares a su paso. Los vestidos de la noche eran en su mayoría de diseñadores nacionales, con muy pocas excepciones, y no eran

en las mujeres que saldrían en la tapa.

En algún momento, finalizando la cena, Tomás abandonó a Paula para hacer un poco de sociales en otra mesa y Diego tuvo que hacer lo mismo. Paula escapó al baño sin mirarme, allá fui tras ella y la esperé. No le sorprendió encontrarme en la puerta.

—¿Cómo estás? —Levantó una ceja como única respuesta mientras acomodaba algo en la cartera mínima que llevaba.

—Asustada.

—Pensé que...

—No he vuelto a estar con él... pero no ha dejado de buscarme. Debí haberlo planificado mejor. Debí haberlo dejado tomar su rumbo. Cada vez me buscaba menos... la nueva es bastante demandante y a él le encanta, pero cuando le dije que no... y se enteró de lo de Tomás... —Me miró a los ojos con un brillo aterrado en los suyos—. Está obsesionado. Él nunca me llama personalmente y ahora hasta me deja mensajes...

—¿Qué tipo de mensajes?

—De lo que se te ocurra... —Sacó el teléfono de la cartera, marcó el número para el buzón de correo; digitó su clave y me pasó el aparato. La voz femenina de la compañía telefónica mencionó que tenía siete mensajes de voz. Los escuché uno por uno, todos con la misma voz, con diferencia de horas, a veces de minutos, en distintos tonos. Algunos suplicantes, otros amenazadores, groseros y soeces. Paula miraba alrededor como si esperara que le dispararan. Le tomé la mano y tembló. Cerré el teléfono asqueado y preocupado.

—¿Qué vas a hacer?

—Los estoy grabando todos, dejando constancia con mi abogado... aunque él me dice que lo denuncie.

—Tendrías que hacerlo, MaP.

—¿Y hacer un escándalo? Si esto sale a la luz, él ya no va a tener miedo a perder nada y arrastrará a quien sea para dañarme.

—Nada de lo que digan te hará nada... —Levantó los ojos y el dolor se mezcló con el miedo.

—Pero a Tomás, sí. Y me muero si lo pierdo... —Miré a la mesa donde

Tomás se volvía a acercar, levantaba una copa y bebía mirando en la oscuridad, buscando a Paula de seguro. Él podía ser lo suficiente maduro para afrontarlo pero el hombre enamorado en él jamás entendería, en eso era básico, puro instinto. El amor que sentía por Paula era tan profundo, podía ser la salvación o la perdición. ¿Sería suficiente para superarlo o lo hundiría hasta destruirlo? ¿Y qué haría yo en ese momento? Desde mi posición pude ver a Arango y su mujer abandonar el salón mientras, un poco más allá, la fiesta comenzaba.

Paula se acomodó el cabello y el vestido para volver a la mesa, yo busqué algún recoveco alrededor para huir y fumar. Como un jugador de ajedrez, analicé las movidas del futuro de mis contrincantes para saber cuáles eran mis alternativas. Tenía demasiados sentimientos involucrados, pero tenía que tomar una decisión. En algún momento debía tomar una postura y pensar en mí, no en los demás. La vida me estaba pasando como agua entre los dedos y seguía siendo el espectador de la historia de los demás. Era el momento en que debía decidir si era el ángel o el demonio, si debía mantenerme expectante a lo que pasara entre Arango y Paula, para atacar o defender. Si su relación salía a la luz, ya fuera como algo sentimental o comercial, la pareja de Paula y Tomás se iba a ver resentida, y el amor es como el cristal, podían intentar arreglarlo, pero nunca quedaría igual, y las grietas cederían en algún momento, destruyéndose para siempre. Tomás no iba a perdonarla, aun cuando eso le costara arrancarse el corazón y tirárselo a los perros. Y allí estaría yo, en las sombras, para ocupar mi lugar, el que siempre había anhelado. No hay buenos ni malos, todo es cuestión de decisiones y momentos, y el cristal con que se mire. Y en ese momento, yo había tomado mi decisión, era exactamente mi momento y el cristal era demasiado delicado para soportar el golpe que seguía.

La fiesta terminó, Paula y Tomás se marcharon antes y yo me quedé un rato más con mi nuevo mejor amigo, que consiguió dos lindos gatitos cargados de la droga del momento y dispuestas a una linda fiesta de cuatro. Me empiné la última copa de champagne de la mesa antes de enfundarme en mi blazer de pingüino y desaparecer por la puerta del brazo de una morena

con atributos exuberantes y sí fácil. Genial. Festejaría mi gran noche gracias al azar con lo mejor de la vida: sexo, drogas y rock and roll.

Al día siguiente llegué como pude a la casa de mi madre, que por suerte ya se había marchado a trabajar. Dormí todo el día sin poder recordar muy bien nada de lo que había pasado después de la fiesta, no es que me importara demasiado. El fin estaba cumplido. Encontré la tarjeta de Diego en el blazer que suponía que debía devolver en algún momento, junto con dos servilletas con el número de las chicas que habían estado con nosotros. Descarté los papeles arrugados sin detenerme ni en los nombres y guardé la tarjeta en mi billetera. Tomé un baño, comí y me despejé para poder llamar a mi Editora a ver dónde y cuándo debía viajar. Se suponía que recién al día siguiente debía embarcarme rumbo a Río de Janeiro a la Cumbre anti G8, en abierta oposición a la que se desarrollaba en Alemania al mismo tiempo. Lo único interesante de la Cumbre era el debate que se realizaría sobre Medio Ambiente con la participación de Greenpeace. Allá iría yo con mis conocimientos tercermundistas, mi conciencia ecológica pese a donarle gran parte de mi sueldo a las tabacaleras y mi credencial de París Match como si fuera una estrella de Rock. El look me avalaba y las camisetas que solía utilizar, cuando no tenía que estar en conferencias con corbata, también. Y hablando de look, tenía que encontrar la manera de devolver el disfraz de pájaro del sur, pero todas mis intenciones de reencuentro se vieron frustradas cuando mi Editora llamó por teléfono y ordenó que partiera de inmediato a Río. Tomás no estaba disponible para recibir mi recado, así que intenté con Paula.

—Hola. Estaba por llamarte.

—¿Te interrumpo?

—No. Estoy en un descanso.

—¿Cómo estás?

—Mejor...

—Escucha, acaba de llamar mi jefe para que adelante el viaje a Río.

—¿No vas a venir a cenar?

—No esta noche. Pero estaré libre cuando vuelva y podemos reunirnos.

—Las próximas semanas van a ser una locura. Las finales del concurso,

Tomás y las finales de copas...

—Todos tenemos trabajo...

—Está bien... no te preocupes.

—MaP, ¿Vas a estar bien?

—Sí. Ya veré como me las arreglo. Tengo fe que esto no va a pasar a mayores. Anoche fue el primer cimbronazo pero creo que si lo pensó, se va a dar cuenta que no tiene sentido.

—Eso espero. Llámame cualquier cosa que necesites...

—Lo haré.

—Cuídate. Te quiero.

—Yyo a ti.

Mis expectativas de que el trabajo fuera sencillo y me diera libertad para estar con ellos fue sólo una ilusión. No paré más de doce horas seguidas en Buenos Aires, incluso viajando dos veces a Estados Unidos y una a Francia. A veces ni siquiera podía ver a mi madre, ni hablar de Paula y Tomás, cuyas vidas también se movían en ritmos vertiginosos. Dos meses después de la fiesta de los personajes del año, recibí un llamado de Tomás instándome a asistir con ellos a una fiesta, mucho más privada y menos mediática que la anterior, pero no por ello menos complicada. Podía poner las manos en el fuego sin miedo a quemarme, que Paula había sido la ideóloga de mi invitación. La fiesta era en honor a Ramón Arango, que ahora sólo insistía una vez por semana en verla y ya nunca más personalmente, sino como antes, a través de su asistente; y Paula seguía rechazándolo. Ir a la fiesta implicaba volver a verlo. Era inevitable, no podía negarse a asistir siendo ahora la oficialísima pareja del cachorro de Arango. Cualquier mentira hubiera sido impensable y Tomás hubiese refutado cualquier excusa. Hay cosas que simplemente no se pueden hacer, como rechazar una invitación de tu mentor. Además, si Tomás accedía a ir solo, había muchas más chances de que Arango pudiera hablar con él, y eso podía significar una catástrofe.

Hablamos antes de la cena y me transmitió su preocupación. Algo pasaba, Arango había cambiado radicalmente su actitud hacia Tomás, y

había sido él quien se había percatado: Había enviado dos auditores personales a controlar las actividades de DepEsp, desde lo contable hasta las relaciones exteriores; había rechazado dos reuniones que Tomás le había pedido después de asumir, para poder arreglar el tema del nuevo contrato de transmisión de los partidos de Primera División del Fútbol Argentino. Pero las señales de alerta se habían convertido en tales después de la cena que Tomás mantuvo con uno de los directivos de la FFA con quien tenía más relación y afinidad. Chavelo Gomezcu le había contado que el viejo Arango había dejado entrever en una reunión de la Comisión Directiva que tenía una nueva estrategia para los derechos televisivos y que ya no involucraba a DepEsp. ¿Por qué? No hubo detalles y ahí se terminó todo contacto entre Arango y Tomás, pero las paredes escuchan y los pasillos hablan, y el rumor que tomaba vuelo era que el nuevo Presidente de la FFA había dicho que DepEsp no iba a tener participación alguna mientras Tomás estuviera a cargo. La pregunta, sin respuesta para él, era ¿Por qué? Si él lo había puesto en ese lugar, si estaba contento con su gestión, la empresa había crecido exponencialmente, no sólo en Argentina sino en Latinoamérica. Si hasta hacía muy poco tiempo comían juntos una vez por semana y compartían inquietudes de los cambios que Arango realizaría en la FFA, con grandes expectativas e incluso impulsando a Tomás a buscar un lugar como su sucesor en un Club de Fútbol para poder tenerlo más cerca dentro de la Federación. Pero Tomás tenía grandes planes para DepEsp y no quería bajarse todavía. Si todo esto era así un par de meses atrás, ¿Qué había cambiado en Arango con respecto a Tomás? Su supuesto era que alguien estaba tratando de generar malestar entre ellos por otros intereses. Paula lloraba del otro lado del teléfono mientras me contaba todos estos detalles. Ella pensaba que esta era su represalia por no contestar sus llamados, por no acceder al encuentro. Su primer instinto fue decir que no a esa fiesta y había inventado un viaje a Chile por promoción para no estar en el país, pero Tomás no le dio margen. No había posibilidad de decir que no. Sobre todo porque él usaría esa fiesta para saber la verdad o tratar de descubrirla. La debacle total. La preocupación de Tomás era real, independientemente de que le preocupara en un nivel personal, su visión como empresario estaba delante de eso, y el contrato con la FFA era vital

para DepEsp, para poder sostener sus ansias expansionistas. Y el momento era ahora, que Arango estaba a cargo, ahora que el contrato debía renovarse, ahora que las aguas con el Estado estaban quietas y no convenía agitarlas con un escándalo como años atrás. Faltaba menos de un año para que el contrato entrara en el período de renovación. Y la última palabra siempre la tenía la FFA, y su presidente para ese caso.

Sin embargo, la pregunta en mi cabeza era una sola. ¿Cuál era la preocupación de Arango? ¿Por qué enviaba este mensaje, sólo por una cuestión territorial machista? ¿Paula podía ser tan importante? En última instancia, si Tomás era simplemente un gerente general, un accionista minoritario, ¿No era más sencillo una acción directa, amenazarla con echarlo y si se negaba a verlo, solo hacerlo y volver a capturar la dirigencia de DepEsp con un títere real? ¿O lo quería como rehén para tenerla cuando y como quisiera? Por muy caliente que Arango estuviera con esa mujer y con todo el amor que yo sentía por ella, no creía que Paula pudiera ser tan importante para generar ese tipo de obsesión. Pero siempre hay cuerda en el carretel de la locura.

Volví a Matices para buscar un smoking, de verdad que me resistía a comprar uno. Pasé por lo de mi estilista amigo. Salí peinado y con el pelo recogido en una sencilla cola de caballo con una cinta de cuero después de tres horas de atenciones. Y de allí fui al departamento de Paula. Pude llevar, por fin, el regalo que le había traído en su momento. Toqué el timbre y me anuncié pero abrí la puerta de abajo porque Tomás me había dado una llave. Mi status dentro de la pareja lo ameritaba, eso y la comodidad de no tener que bajar a abrirme cuando fuera de visita.

Tomás me esperaba con la puerta abierta, recién afeitado y con el smoking a medida que había usado dos meses atrás. Miró el paquete y sonrió meneando la cabeza.

—¿Ése es el regalo prometido?

—No puedo creer haber tardado tanto en traerlo.

—Dame —Lo sacó de mis manos y lo ocultó en la cocina oscura— No

digas ni una palabra, yo se lo doy cuando volvamos. Si lo ve ahora, vamos a llegar una hora más tarde y ya vamos con retraso.

—No vi limousine abajo.

—No hay limo esta noche... vamos en mi auto.

—Que decepción...

Miré alrededor y aprecié el cambio en el ambiente. Ya no era un departamento privado de lujo, era un hogar, el de ellos dos. Las fotos que antes estaban en la habitación de Solcito, pasaron a varios collage y cuadros colgados en todas las paredes. Sonreí especialmente porque me sentí parte del cambio, y no sólo por estar en la mayoría de las fotos, junto a ellos.

La puerta del pasillo se abrió y los dos giramos para mirarla. La fiesta podía ser menos mediática, pero eso no evitó que Paula deslumbrara cuando salió de la habitación. Enfundada en un vestido rojo con tirantes de brillantes, o algo que se le parecía, se cruzaban una sola vez en su espalda, el final del escote llegando a lo más profundo y escondido. No era muy ajustado pero era imposible que no se adhiriera a sus curvas y sus altísimas sandalias rojas la hacían igualar mi altura. Tenía el cabello recogido en un peinado alto y mechaz sueltas onduladas alrededor del rostro. Tenía las mismas joyas que en la fiesta anterior, aros y gargantilla de brillantes, la pulsera reemplazada por un reloj con malla de brillantes y la tobillera. Permitió que la admiráramos un momento en su primera vuelta y después se acercó a saludarme. Me maravillaba por sobre todas las cosas el poco maquillaje que usaba. La base era casi transparente, si bien era dramática en la boca y los ojos, incluso con pestañas postizas. Tomás sostuvo su abrigo y abandonamos el departamento en cuanto estuvo lista. Si estaba nerviosa o asustada, no lo demostraba, aunque cuando le tendí la mano para ayudarla a entrar a la parte posterior de la camioneta, la apretó con fuerza, como si necesitara el reaseguro de que yo estaría allí para ella. Buscó mis ojos, le sonreí y asentí.

Yo me aseguraría que nada malo le pasara esa noche. Que equivocado

que estaba.

Capítulo 41 — No te vayas enojado...

Todos mis miedos parecían infundados. Tomás giró por la recepción del brazo de Paula y sólo nos cruzamos con Arango cuando entramos y saludamos, él también exhibiendo a su segunda esposa junto a él, la del vestido de Carolina Herrera. Compartimos la mesa con dos dirigentes conocidos por Tomás y sus esposas, y yo como siempre, el tercero en discordia. Paula mantuvo la compostura en todo momento y así permaneció durante toda la cena, el brindis final y el discurso, hasta que, antes de que las luces se apagaran para lo que se suponía sería el inicio del baile, se excusó y marchó al baño.

Tomás estaba muy entretenido en la charla con su amigo Gomezquí, sobre cuánto lamentaba haber quedado segundo entre dos contendientes y cuáles podían ser los atributos que el resto de los dirigentes veían en Arango para elegirlo como reemplazante de Donadasco. Miré hacia el otro extremo del salón, mis ojos clavados en la espalda de Paula hasta que se transformó en una imagen borrosa en medio de la oscuridad. Miró una sola vez para atrás, como verificando que nadie la seguía y entró en una puerta que debía ser el baño. Mi corazón empezó a latir con fuerza y recordé cuando tuve esa sensación. Me pareció caer más atrás en el pasado, con música Heavy Metal de fondo y una multitud en cuero cerrándome el paso. Mi primera noche en Halley. Tomás había ido hasta la barra con Gomezquí en busca de una conversación más privada y yo ni siquiera me había dado cuenta de que no estaba. Agarré mis cigarrillos y en el momento en que saqué uno para encenderlo, vi al anfitrión de la fiesta entrar por la misma puerta donde Paula había desaparecido.

Arrojé el cigarrillo y el encendedor, y caminé lo más rápido que pude con los puños cerrados, dispuesto a separarlos a los golpes y arrastrarla a ella de los pelos si era necesario. Me abalancé hacia la puerta y el asistente de Arango se interpuso en mi camino. El pobre hombre no supo de donde vino el golpe pero cayó contra un cortinado que amortiguó el ruido y cualquier espectáculo adicional. Nunca había sido un tipo violento pero esa

noche estaba destinado a romperme la cara a golpes con alguien.

Moví el picaporte de la puerta pero estaba cerrada; no podía escuchar nada del otro lado de la puerta, pero no me iba a quedar con el oído apoyado en la madera para saber que pasaba. Empujé dos veces, sin éxito, en el tercer intento hice saltar la cerradura de una patada, la puerta rebotando contra la pared con la violencia del golpe.

Paula estaba justo enfrente, arrinconada entre el cuerpo de Arango y la pared. El hombre me miró con los ojos desorbitados, como un predador defendiendo su presa. Me abalancé sobre él y al arrastrarlo hacia atrás de un tirón, se aferró al vestido de Paula, destrozándolo y desgarrando el tirante de brillantes.

—¿Qué haces, estúpido? —gritó, enfurecido.

—Afuera.

—Tú no quieres que yo vaya afuera. Ni a ti ni a ella les conviene que yo salga sin lo que vine a buscar.

—¿Quiere hacer un escándalo? Busco a su esposa. ¿Cuánto le tocaría embolsar en un juicio por adulterio?

—Esto no es adulterio... es negocio. Ella está a mi servicio. ¿Qué opinará Tomás al conocer la tarifa de su novia?

—¡Basta! —gritó Paula entre lágrimas, sosteniendo el vestido contra su pecho con ambas manos. Arango la miró y se rio entre dientes.

—Tú no eres nadie para decir basta. Acá el que dice basta soy yo... cuando quiero... a quien quiero... tú no eres más que una putita y vas a hacer lo que yo... —Como nunca en mi vida, cerré un puño y le apunté directo a la mandíbula. El golpe lo sacudió y trastabilló contra la pared. Paula corrió a mis brazos y el tipo pudo reincorporarse. Se tocó la boca buscando sangre y tuvo tiempo de mirarse al espejo para verificar que estaba entero. Nos echó una última mirada antes de salir por la puerta que había quedado abierta—. Te vas a arrepentir...

—¡No! —gritó ella en su desesperación. La detuve.

—Tranquilízate. ¿Estás bien?

—¡No! ¡Por Dios, detenlo! ¡Va a hablar con Tomás!

—Cálmate, Pau... Yo me encargo —Me quité el blazer y lo acomodé sobre sus hombros mientras la sentaba en uno de los silloncitos del baño.

Salí corriendo de nuevo, pero ahora mi camino estaba superpoblado. Con el pelo suelto después de mi agitada intervención, caminé entre la gente y me acerqué al último lugar donde había visto a Tomás. Allí estaba, inclinado sobre Arango. Me detuve en seco cuando levantó sus ojos y los clavó en mi rostro. El viejo seguía hablándole, con un vaso de whisky en la mano y el brazo apoyado en la barra, como si le estuviera contando los mejores atributos del auto último modelo que se había comprado. Tomás ya no lo estaba escuchando y sus ojos ya no estaban en mí. Giré y parecía como si a propósito, la gente se hubiese apartado del medio, dejándola completamente expuesta: El vestido roto, el peinado desarmado, mi blazer en sus hombros. Se incorporó despacio y me acerqué cuando se alejaba de la barra, esperando poder detenerlo. Pude escuchar la última frase de Arango.

—Lo siento, Tomás... pero creo que tienes derecho a saber la verdad — Mi amigo ni siquiera se detuvo en mí, pasó de largo por mi lado con los puños cerrados hacia donde estaba Paula. Avancé un paso detrás de él y me interpose entre los dos.

—¿Es verdad?

—Tomás...

—¡Respóndeme!

—Tomás, cálmate —Me fulminó con la mirada y el poder de su furia me hizo reubicarme entre él y Paula. Me empujó con mucha más fuerza de la que pensé que tenía y quedó frente a frente a ella. Miré alrededor, pero nadie nos miraba, la gente demasiado ocupada en el festejo, la música de Los Auténticos Decadentes retumbando en los parlantes.

—Tomás... vamos a casa... hablemos.

—¿Lo hacías por plata o porque te gustaba? Dime la verdad. Aunque sea merezco eso. ¿Es verdad que... te pagaba?—El asco en su voz, en su gesto, eran más elocuentes que cualquier cosa que pudiera decirle. Paula avanzó y estiró la mano para tocarlo pero saltó como si tuviera lepra— ¡No me toques!

—Perdóname... por favor.

—*Qué asco me das...* —*Me miró a mí como buscando la palabra perfecta para insultarme pero el dolor en sus ojos dolió más que eso. Desapareció entre la gente y mi primer impulso fue seguirlo, pero vi a Paula perder el paso y derrumbarse. La sostuve como pude y la saqué de ahí.*

Por fin alguien se percató de la lamentable situación; aduciendo que se sentía mal, avalado por su expresión, ella temblando en mis brazos por el ataque de nervios que tenía, pedí que nos consiguieran un taxi y si había una salida alterna que pudiéramos utilizar para no empañar el evento. El asistente concordó conmigo y regresó cinco minutos después. Me ayudó a llevarla detrás del cortinado por el que salía a otro salón y luego hasta una puerta lateral donde nos esperaba un automóvil con chofer. Paula lloró todo el camino a la salida, en mis brazos, en el automóvil, en la puerta de su casa mientras yo luchaba con las llaves. Cuando por fin pude abrir la puerta, la levanté en brazos para llevarla a su habitación. Las paredes estaban tapizadas de fotos de los dos en marcos haciendo juego con los muebles de la habitación. La apoyé en la cama, sobre el acolchado, y aún enfundada en su vestido sexy destruido, parecía una niña asustada. Me senté junto a ella y volvió a cobijarse en mí para seguir llorando al mismo ritmo, como si sus lágrimas no tuvieran fin.

—*MaP, cálmate...*

—*Me voy a morir. Yo lo sabía. Él me va a dejar.*

—*Necesito que te calmes para poder ir a buscarlo...* —*Cada palabra que decía parecía incrementar la crisis nerviosa que tenía. Algo me iluminó y recordé el botiquín de emergencia en su baño— Pau... ¿Qué calmantes sueles tomar? Dime uno que te ayude a relajarte. No puedes seguir así.*

—*Sanatex...* —*dijo dos veces hasta que pude entenderle.*

Busqué sus llaves y abrí el armario. La caja estaba abierta y usada. Evidentemente estos últimos tiempos de estrés se habían llevado varias pastillas consigo. Saqué una y la partí al medio, cualquier dosis que usara, sería mejor que la bajara. Cerré el botiquín, pasé por la cocina, busqué un vaso de agua y regresé a la habitación. Ahora estaba boca abajo abrazada a la almohada, las plumas y el duvet acallando los gritos y las lágrimas. Me

costó un triunfo reincorporarla y hacerla tragar media pastilla y luego luché con ella para sostenerla en mi pecho hasta que se fue relajando despacio. Pude ver como sus músculos iban cediendo y la fuerza de los espasmos por el llanto desapareciendo. Empezó a respirar regularmente y a temblar menos hasta dormirse.

Fue dos horas después cuando pude abandonar su habitación, después de desnudarla y meterla en la cama. Saqué las llaves de su automóvil y cerré el departamento con llave. Bajé una escalera más hasta el subsuelo y presione el comando remoto para encender el automóvil negro que pertenecía a Paula. Una vez que me había asegurado de que ella estaba a salvo, resultaba imperioso encontrar a Tomás antes de que cometiera una locura.

Sin saber a dónde ir, di vueltas por la ciudad recorriendo todo rincón que recordaba y significaba algo para ellos: El colegio, las barrancas, el departamento de la madre de Paula, la casa de sus padres, el instituto de inglés. Tardé más de tres horas en ir y volver desde Palermo hasta Puente Saavedra, cruzando Núñez, Belgrano y Urquiza. Algo me dijo que verificara también en la casa de mi madre, guardando la secreta esperanza de que estuviera allí esperándome, ya fuera para pedirme explicaciones o romperme la cara a golpes. Bajé del auto en la puerta y miré alrededor. Verifiqué mi teléfono y lo llamé por décima vez. Correo de Voz. Apagado. Una vez más, mi intuición había fallado, Tomás tampoco estaba allí. Volvería al departamento para quedarme con Paula, ya fuera para que no estuviera sola cuando despertara o protegerla de un arranque de locura de Tomás. Subí al automóvil y recorrí lo más bajo de la ciudad, Costanera de punta a punta, desde los carritos hasta el monumento de Lola Mora. ¿Tenía miedo que se suicidara? No. Tomás no haría eso ni en el peor de los casos. Pero ya no sabía dónde más buscar y necesitaba encontrarlo.

Puse mi rumbo a Palermo Viejo y al llegar olvidé que tenía que guardar el auto en el garaje. Suspiré y bajé con un cigarrillo en los labios. Me detuve con un pie en el cordón de la vereda mientras lo encendía y escuché

la puerta de otro automóvil que se abrió y cerró con fuerza. Lo vi venir con paso firme y subí a la vereda para no quedar tan bajo al hacerle frente. Venía con los puños cerrados. Levanté la cara para mirarlo directo a los ojos enrojecidos, encolerizados. Se detuvo cuando estaba a un paso, su aliento caliente llegándome directo a la nariz. Íbamos a caernos a golpes y no íbamos a parar.

La adrenalina mezclada con el miedo y la euforia espesaron mi sangre y enviaron fuerza a mis manos y piernas para enfrentar lo que se venía. Sólo dos veces en mi vida me agarré a trompadas y fue con él, ese hombre que me sacaba un cuerpo de ancho y una cabeza de altura, capaz de convertirse en el Increíble Hulk si se enojaba, capaz de matar por amor; herido en su orgullo y dolido por la traición que suponía haberle ocultado la verdad, o peor, que pensara que yo había tenido algo con Paula, como si necesitara pagarlo. Busqué dentro de mí cualquier herramienta que me sirviera para defenderme porque hasta que alguno mordiera el polvo, las palabras serían vanas. Nos medimos tres segundos, dos parpadeos y un respiro. Recibí la primera trompada directo a la mandíbula. No llegué a esquivarla pero estaba bien parado y sólo trastabillé. Me posicioné para volver a mantener el equilibrio y abalanzarme sobre él, agarrándolo de la cintura y estrellándolo contra la pared. Me agarró del pelo y enderezó para darme de lleno en la cara mientras yo pateaba, parte en su pierna, parte en el cemento detrás de él. Me empujé a mí mismo para alejarme y me puse de pie esperándolo de nuevo, en una extraña mezcla de Tyson y Hugh Grant. Imitó mi pose antes de volver al ataque.

—¿Cuánto te cobra por acostarse con vos?

—Yo no le pago a Paula.

—Genial. Te lo hace gratis. Eso es una buena amiga, considerando que es su fuente de trabajo.

—Yo no me acuesto con Paula. Esto —dije, señalando mi boca rota—, ¿Es porque piensas que me acosté con ella? ¿Por eso el desplante?

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Es algo que tienes que hablar con ella... —Se me vino encima como un tren sin freno y me agarró del cuello, doblándome la espalda sobre el capó del auto. Estiré una mano y se la clavé en los ojos.

—¡Tú eras mi amigo!

—Entonces, ¿Esto es porque no te lo conté? También soy amigo de ella.

—¡Y cliente!

—¡Ya te dije que nunca me la cogí! ¡Basta! —Golpeó mi cabeza dos

veces contra el metal blando del automóvil como si quisiera sacarme la verdad.

Flaqueó un momento y lo pude sacar de encima empujando con todas mis fuerzas. La tercera era la vencida, la pausa nos sirvió para tomar impulso y chocar como dos alces embravecidos, dos leones por el dominio de la manada, pero en una pelea que parecía más una lucha en el barro que una sesión pugilística. Rodamos por el suelo entre patadas y mordiscos, el sabor a sangre en mi boca aumentando a medida que los golpes iban siendo más certeros. Tomás ya tenía un ojo hinchado y un puño roto por darle al piso en vez de mi cara. La última patada que tiré dio en el blanco y cayó de espaldas completamente derrotado. Me dejé caer en el pavimento mientras esperaba que se moviera, temiendo haberle causado una conmoción con el golpe. Ya me veía llamando a la ambulancia. En cuanto me puse de pie se incorporó en un codo, masajeándose la nuca y escupiendo sangre. Lo levanté de las solapas del traje y estrellé contra la pared. La cabeza le rebotó contra el yeso liso y se quedó con los ojos cerrados.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Me enteré en París... —Apretó los ojos como si le hubiera pegado de nuevo en la boca del estómago. Sin soltarle las solapas, en parte sosteniéndolo de pie, y otro poco para dominarlo, pude ver como se iban formando los moretones en su rostro.

—Soy el prototipo del cornudo, ¿Verdad? El último que se entera. Como se habrán reído todos...

—Nadie se rio... nadie lo sabe...

—¿Ah, no? ¿Tienes una idea de los nombres que me dijo Arango?

—No... ni me importan.

—Pensé que la querías.

—Como a mi vida. Pero eso no me da derecho a juzgarla.

—Pero sí a permitirle que sea una puta.

—Es una mujer... y es dueña de su cuerpo.

—Es una puta... —Lo sacudí contra la pared y apoyé mi cuerpo contra el suyo, desde el pecho hasta los muslos, obligándolo a permanecer quieto. Tenía el labio roto y un hilo de sangre bajaba por su mentón de la comisura

de la boca.

—Pensé que la querías... —dije. Me miró e hizo una mueca que me mostró sus dientes perfectos enmarcados en la sangre que brotaba de sus encías. Lo tenía tan cerca que podía sentir el calor de su respiración agitada, los latidos de su corazón agonizando. Sus manos estaban aferradas a mis brazos, sus dedos como garras atravesando la tela, sosteniéndome tan cerca cómo podía.

—Que la quiera no me hace justificarla.

—Deberías...

—Para eso estás tú...

—Para eso están los amigos.

—Eso pensé yo.

—¿Estás enojado conmigo o con ella? —Sus ojos marrones se tornaron negros y fríos. Sus manos me aferraron con más fuerza y empujaron para alejarme, pero me mantuve firme.

—Suéltame... —Presioné más contra la pared, ejerciendo una fuerza en él que yo mismo desconocía. Mi corazón latía y retumbaba en su pecho como si estuviera vacío.

—Tú no tienes idea... —dije, antes de soltarlo. Me empujó de nuevo y me sacó de encima. Escupió a un costado, sangre, y se apoyó en un brazo. Yo me dejé caer sobre uno de los automóviles que estaban estacionados y tanteé en la ropa buscando mis cigarrillos.

—Ilumíname... ¡Oh, poderoso sabelotodo!

—Qué fácil es juzgar a la gente desde tu pedestal de chico perfecto.

—Yo no soy perfecto.

—Siempre lo has sido. El mejor hijo, el mejor alumno, el mejor periodista, el mejor empresario. Lo único que te preocupa es que la mina que elegiste sea la puta de los famosos con los que te codeas. Tu imagen de tipo bueno y exitoso manchada porque resulta ser que tu novia tiene de cliente a tu jefe. Porque esté donde esté, Arango siempre va a ser tu jefe — Me miró de costado mientras yo hacía una pausa para encender un cigarrillo, el sabor del tabaco mezclado con sangre revolviéndome el estómago aún más que la realidad que estaba descubriendo— No te importa saber por qué ella está donde está.

—No me importa dónde está. Ni me importa saber cómo llegó. Es evidente.

—Ella no se acostaba con los tipos por un lugar en el ambiente. Lo hacía por dinero.

—Mucho más loable, ¿Verdad? Búscate otra profesión porque la de defensor de pobres y ausentes no te sale.

—Y si no la defiendes yo, ¿Quién lo va a hacer? ¿Tú? ¿En alguna de estas horas, en las que decidiste que se merecía ser lapidada, te preguntaste por qué?

—Tú lo dijiste... por dinero... —Algo en mí comenzó a crecer como un tsunami y se desató por la infortunada frase que pronunció—. Nada de lo que digas va a cambiar el hecho de que es una puta

Me le fui encima de nuevo y lo estampé contra la pared, mi cuerpo sobre el suyo, una mano en el pecho y la otra sosteniéndole la cara. Giró a un costado y mis labios quedaron en su oído. Mi voz fue un susurro que comenzó a liberar la traición.

—¿Sabes quién violó a Paula y la dejó muriéndose en esas escaleras? ¿Sabes quién la destrozó por dentro, arrancándole el futuro?

—No... pero estoy seguro que tú me lo vas a decir.

—¿Sabes qué te iba a decir Paula cuando te llamó por teléfono a mi casa? ¿Por qué estaba tan eufórica?

—¿Eso también lo sabes? ¿Qué quieres demostrar? ¿Que eres mejor que yo porque eres confesor de putas? ¿Qué haces también, las absuelves? ¿Cuánto les cobras? Dos padre nuestros o una ma...

—Paula estaba embarazada... de ti —Pude sentir como todos los músculos del cuerpo de Tomás se contrajeron en una masa inexpugnable, y entonces, como una catarata, toda la verdad que había jurado callar y llevarme a la tumba, dejó mis labios sin posibilidad de detenerla—. El padre de Paula abusaba de ella desde los nueve años... Paula creció en el canje de su cuerpo por cualquier cosa, desde el viaje de egresados hasta un par de tetas... y con la persona que se suponía tenía que cuidarla, protegerla y proveerle... ¿Sabes qué fue lo último que hizo el padre de Paula antes de morir en una cancha de tenis? ¿Quieres detalles?

—Suéltame... —Su voz fue apenas un susurro. Se escapó de mí con un sólo movimiento del brazo y se alejó caminando dos pasos antes de apoyarse contra el marco de la puerta y dejar caer la cabeza.

—Tomás...

—Déjame en paz.

—No la juzgues... —Me miró de nuevo con lágrimas en los ojos aunque ninguna se derramó.

—¿Y tú pretendes que yo la justifique? Hay gente que vivió cosas peores y no se prostituye para vivir. ¿Tengo que decir que está bien?

—No. Pero sí puedes tratar de entenderla. A mí me llevó mucho tiempo, pero eso no cambia lo que es, lo que siento por ella... y a ti te tiene que pasar lo mismo.

—¿Tú qué sabes sobre lo que yo siento?

—Si estás así es porque te duele.

—¡Por supuesto que me duele! ¡Me duele y me asquea! ¡Y me destroza!

—Porque la quieres, porque la amas...

—Pero te lo contó a ti...

—Porque no siente nada por mí.

—Mentira.

—Porque sabe que a mí no me importa su cuerpo... porque sabe que yo no la amo de esa manera...

—Te eligió a ti...

—Porque sabía que esto te destrozaría. Pero terminó y cambió todo por ti, para estar contigo. Porque todos esos tipos podrían tocar y tener su cuerpo a cambio de dinero, pero tú eres el único dueño de su corazón, de su alma.

—¿De verdad crees que con filosofía barata me vas a convencer?

—No te lo contó a ti, justamente por esta reacción. Porque ella te ama a ti y a nadie más y tú eres lo único que ella necesita. Sé el hombre que ella necesita. Compréndela. Ayúdala.

—No puedo.

—Sí puedes... No pienses en ti, piensa en ella... en lo que ha vivido... en lo que no pudimos evitar. Sube y abrázala, y date cuenta que no hay nadie más que tú en ella. Que solo tú estás en su vida.

Recapacitando, quizás entendiendo que una vez más, y para mi desgracia, yo tenía razón, miró al balcón del primer piso del departamento que compartían. Seguía oscuro, quizás ya estaba durmiendo. Era el gesto de debilidad que necesitaba. Busqué en el bolsillo las llaves de Paula y abrí la puerta de acceso con una sola mano, con la otra arrastrándolo de la ropa para que me siguiera. No opuso resistencia, se dejó llevar por las escaleras y aguardó con la cabeza gacha a que encontrara la llave de la puerta del departamento. Por fin la cerradura se abrió y la puerta cedió. Una sola luz estaba encendida y era en la cocina. Avancé despacio y asomé la cabeza.

Paula estaba sentada, envuelta en una bata de baño blanca, medias blancas y el pelo envuelto en otra toalla, blanca también. Sentada en un banquito de la cocina, con los pies en el asiento y sus brazos abrazando sus piernas contra ella, justo enfrente del paquete que yo le había traído desde París, un cuadro enorme con aquella imagen que la había hecho recapacitar sobre su relación con Tomás. El cuadro de Klimt de la madre con su hijo, todo un símbolo. Estaba tan absorta mirándolo que no me escuchó, con los ojos desbordados de lágrimas que caían despacio, deslizándose sin fuerza por su rostro, sin presión de la congoja ni el apuro del control, resignadas a desaparecer y ser olvidadas, lavando las heridas que ya nunca cerrarían.

—MaP... —El susurro llamó su atención y al girar la cabeza para mirarme, abrió los ojos desmesuradamente, aterrorizada...

—¿Qué te pasó? —No tuvo tiempo de ponerse de pie cuando Tomás avanzó y entró a la cocina, sus ojos despegándose de mi rostro y olvidando que yo existía en ese mismo instante. Pegó la espalda contra la pared y contuvo la respiración mientras él se arrodillaba delante de ella, apoyando ambas manos en sus rodillas. Él levantó una mano hasta su rostro y lo acarició despacio, describiendo el contorno, sus mejillas, sus labios, deshizo el nudo de la toalla y dejó caer su cabello desordenado y mojado; ella cerró los ojos al contacto de sus dedos y las lágrimas no encontraban fin. Tomás se acercó despacio y apoyó su mejilla en la suya, con sus labios en su oído y su voz apenas audible dijo las palabras justas y necesarias.

—Yo me voy a encargar de que nadie te lastime... nadie... nunca jamás...

—Paula dejó escapar un sollozo antes de abrazarse a su cuello y dejar que él la levantara para llevarla a la habitación.

Y allí quedé yo, parado en la puerta de la cocina, el espectador de siempre, el actor muleto que nunca entraba a escena, el último en el banco de suplentes. Me limpié la sangre que todavía manaba de una herida en la frente. Por favor no se preocupen por mí, conozco la salida, sobreviviré.

Capítulo 43 — Más caliente que el infierno

La vida continúa, diría en algún momento el cantante de Poison, Bret Michaels. Y así era. Allí estaba yo, borracho y desnudo en mi cama, con los ojos clavados en el techo viendo como pasaba la historia de mi vida, recuerdo por recuerdo. Como una película, sin variante en tiempo ni espacio, yo seguía siendo un espectador. Nada de lo que hacía me podía colocar como protagonista porque esos dos roles estaban ocupados. Nada llenaba mi vida más que lo que ellos hacían. Ellos en la televisión, ellos en la tapa de las revistas, ellos felices y sonrientes, construyendo una vida perfecta. Ellos juntos, siempre de la mano, llenando con su maravillosa historia de amor las páginas amarillo y rosa de la farándula y el espectáculo. La pareja perfecta, lindos, jóvenes, exitosos, adorados, aclamados. Habían viajado a Estados Unidos donde Paula fue a terminar de elegir el repertorio de su disco, Los Ángeles primero, luego Orlando, visitaron Disney y disfrutaron New York. Después recibieron una invitación de una revista de moda para pasar una semana en su isla privada en Brasil y dos meses más tarde viajaron al Caribe a un exclusivo resort en Saint Barts, el destino soñado de Paula. No importaba qué hicieran o dónde estuvieran, cualquier movimiento de la pareja Rodríguez-Veristartúa merecía cobertura de tapa, yo estaba ahí para comprarlas todas. Apilaba las revistas debajo de mi cama y por las noches, en el silencio de mi soledad, analizaba las fotos una a una, como si fuera mi trabajo. Parado en la difusa línea de la envidia y la admiración, veía pasar sus vidas como si estuvieran en una vidriera, y sumaba esas imágenes a las que podía presenciar como espectador privilegiado, con mi pase libre ganado por casi veinte años de amistad.

Yo seguía viajando por el continente detrás de la noticia. Al final había aceptado la corresponsalía en Latinoamérica y si bien me limitaba en muchas cosas, me beneficiaba no tener que alejarme.

Pasó un año después la asunción de Arango como Presidente de la FFA y la consolidación de Tomás como cabeza de la empresa líder en transmisiones deportivas en Latinoamérica y próximamente en Estados Unidos. La gran noticia había sido el pie de guerra en el que habían entrado Tomás y Ramón

Arango, y como habían entrado varios jugadores inesperados en el juego. En la disputa de un negocio millonario, como eran los derechos de transmisión televisiva de los partidos de fútbol en la Argentina, el fixture de Primera A se veía tironeado por tres caballos a punto de desmembrarlo como si fuera Tupac Amarú. El contrato había entrado en su fase de renovación y había tres borradores secretos dando vueltas por los pasillos de las empresas, la casa de gobierno y la sede de la FFA.

Uno, avalado por Donadasco, que aún cuando ya no estaba en su pedestal de poder seguía teniéndolo, y con un socio de lujo como era el estado, quería continuar con la vieja política de transmisión abierta cedida a los canales elegidos a dedo por el gobierno de turno. El otro, redactado por Arango, para ceder la totalidad de los derechos a una nueva empresa creada para este fin, desplazando del medio a los canales de aire y cable, en un valor exorbitante que multiplicaba varias veces el contrato con el estado y apoyado por dos empresas de China. Esta nueva empresa no tenía nada que ver con DepEsp aún cuando su composición societaria, como la anterior, seguía siendo un secreto de Sociedad Anónima. Nadie descartaba que Arango volvía a estar dentro de esa Sociedad, y entonces la pregunta era ¿Qué había pasado que DepEsp había sido desplazada?

Yo conocía la respuesta, y nada tenía que ver con lo deportivo, político, económico o societario. La guerra, como en Troya, se había desencadenado por una mujer.

Los que suponían saber leer entre líneas y debajo de la superficie turbulenta, decían que en realidad ese contrato era una bomba de humo para tapar el que realmente se firmaría y que era presentado por Chavelo Gomezcú. En él se creaba una sociedad entre la FFA, un aporte del Estado Nacional y una empresa que saldría de licitación, donde los derechos de transmisión podían ser adquiridos por el mejor postor, por equipo y por partido, así como los derechos de transmitir los goles y los programas deportivos, pero todo pasaría por la tecnología y producción de la empresa que ganara la licitación, y según decían las malas lenguas, el número puesto era DepEsp. La empresa era quien ofrecería la mejor calidad de transmisión, señal, producción, conductores, relatores, periodistas especializados y todo lo que la gente quería ver. DepEsp ya era líder, tenía el respaldo necesario, toda la tecnología de

primera generación y los mejores profesionales. Y con esta opción todos quedaban contentos, el Estado daba señal abierta a los televidentes, los canales embolsaban una buena tajada por publicidad, la FFA se hacía del contrato más suculento de su historia y DepEsp mantenía el control del flujo de información, manteniendo la fuente de trabajo de no cientos, sino miles de personas en todas sus órbitas. El proyecto contaba con el apoyo de “todos” los miembros de la dirigencia de la FFA, encabezados por Chavelo Gomezzcú. Las malas lenguas seguían diciendo que la pelea entre el Vasco Veristartúa y el Viejo Arango era una puesta en escena para que este último proyecto fuera el elegido y el nuevo presidente quedara bien parado. Superado el escoyo de Arango, quedaba Donadasco y su viejo contrato, todavía en vigencia.

Qué pasaría era algo que se resolvería en algunos meses por venir. Antes de eso, otra noticia hizo girar mi cabeza al que, sin lugar a dudas, sería uno de los momentos más gloriosos de mi vida.

En la duda de volver o no a París, cada vez que daba un paso al frente para retornar a Francia aparecía una nueva nota y seguía anclado en Argentina. Era eso o que en verdad no concebía una vida sin estar cerca de ellos. Tan dependiente como un drogadicto pero sin miras de rehabilitación, busqué una buena excusa y abordé el primer vuelo de Air France cuando ellos aún no habían vuelto de uno de sus viajes. Estando en París podía trabajar en cualquier oficina de París Match, pero el otoño en mi ciudad era algo que me encantaba disfrutar en una plaza. Un moccachino y un cigarrillo solían ser los compañeros ideales que buscaba cuando tenía que terminar una nota. En la pequeña mesa redonda de ese bar parisino, conectado a Internet, vi aparecer el alerta del mail que me pondría al borde del ataque cardíaco. En ese exacto momento estaba aburrido, jugando con el cursor, acariciando con un solo dedo el sensor plateado, mientras leía una nota de un mes atrás de la alemana que conducía el FMI, y créeme, nada más aburrido en esta tierra que Fondo Monetario, mujer alemana y letras germanas.

Hice clic en el alerta y navegué por la pantalla para abrir el mail de la página oficial de Mötley Crüe que recibía periódicamente. Sabía que la

banda se había reunido y tenían un nuevo disco. *Saints of Los Ángeles*. El mail era una lista de los destinos que tocaría la gira mundial. “Gira mundial” ya me puso a transpirar las manos, cuando vi que los nombres comenzaban a ser latinos, mi corazón se aceleró. Usé la tecla para bajar, como si con eso fuera a lograr que la desilusión no fuera tan fuerte. El teléfono a mi lado comenzó a sonar. ¡Merde! ¿Es que acaso ni este tipo de cosas podía disfrutar con tranquilidad? Cuando vi el origen de la llamada, del otro lado del océano, apuré el cursor a bajar hasta la fecha en octubre y el lugar a la ciudad en que nací. Mis dedos temblaban cuando apreté el botón verde para contestar el llamado, invadiéndome la impaciencia de que no fuera demasiado tarde.

—Hola.

—Dime que estás conectado en este momento.

—¿Recibiste un mail?

—¡Oh, Dios! Paula está en espera... ¿Tienes conferencia?

—Yup.

—Ok —Escuché dos clics en la línea y recé porque la llamada no se hubiera cortado. Encendí un cigarrillo mientras volvía a leer las fechas y los lugares, internalizándolos, haciéndolos reales y buscando el link para la compra en línea de las entradas. Entonces la escuché.

—¡Tomás! ¡Ve a la computadora y abre tus correos, ya!

—¿Dónde estás?

—En casa. Estaba chequeando el correo y encontré un aviso de la página de Mötley.

—¿Quieres una camiseta nueva? Compramos veinte cuando fuimos a Los Án...

—¡Vienen a la Argentina!

—¿De verdad? —dije, entre risas, mientras me estiraba en mi silla mirando los árboles pintados en amarillo y naranja.

—¡Vince! ¿Estás con Vince?

—No. Estoy en París.

—Y cómo...

—No importa, amor... ¿Qué dice el mail?

—¿Para qué me hacen hablar como loca si ya lo saben? Si estás

hablando con Vince en París es porque ya lo leyeron.

—Cálmate.

—¿Cómo quieres que me calme? No los pudimos ver en LA... y vienen... ¡Somos locales! ¡Nosotros! Puedo invitarlos a cenar si quiero...

—No creo que sea tan así.

—¿Quieres apostar? —Volví a intervenir mientras Tomás se reía.

—Tengo que averiguar ya dónde y cuándo salen a la venta las entradas.

—La página tiene venta en línea.

—¡Cómpralas! ¡Ahora! No quiero que se agoten.

—No creo que se agoten, amor...

—¡Cómpralas! ¡Quiero la mejor ubicación! ¡Quiero estar en el escenario! ¡Quiero que me salpiquen sudor! ¡Paga lo que sea!

—¡Ok! ¡Ok! Ya entendí. Ahora lo veo...

—Llámame antes de comprarlas... —dijo Tomás, seriamente. ¿Pretendería pagarlas él? Veríamos quien era más rápido.

—Sí... claro...

—Vince...

—¡Hagan como quieran! ¡Pero cómprenlas ya!—Fue lo último que gritó antes de terminar la llamada.

—En serio... llámame —dijo ahora solo para mí.

—Por supuesto.

—¿Cuándo vienes?

—El mes que viene.

—Ok. Llámame antes de comprarlas.

—Oui, Monsieur... —Me despedí de Tomás y saqué mi tarjeta de crédito al tiempo que recorría la pantalla buscando la compra en línea. Yo y mi suerte. ¿Podía ser posible que Buenos Aires fuera el único recital que aún no tenía las entradas a la venta? Entré a todos los sitios que conocía de venta de entradas, en Argentina y el mundo, y nadie las tenía. Tendría que esperar.

Llegué a Buenos Aires exactamente un mes y una semana después de esa conversación, de madrugada, y subí al auto de alquiler que me esperaba con la convicción de que sería, al final, el héroe de la jornada. Ni bien me senté,

palmeé el porta documentos que guardaba en mi abrigo, junto a mi pasaporte las tres llaves de las puertas del cielo. Paula estuvo dos semanas al borde del ataque de nervios hasta que se relajó, cuando la noticia estaba súper confirmada y aun cuando sólo había venta en línea de las entradas, pareció tranquilizarse para poder esperar el gran evento. Mötley Crüe tocaría tierras gauchas la semana siguiente y me había asegurado de tomarme las vacaciones esa semana, así que, aunque hubiera un bombardeo en Washington, yo me había declarado inubicable.

La tarde siguiente quedé en encontrarme con Tomás en los estudios, y al terminar la grabación de su programa, iríamos a cenar. Me hicieron esperar dos minutos hasta que apareció la mujer que se convertiría en alguien inolvidable para mí. Dios no paraba de castigarme rodeándome de semejantes sirenas.

—Hola. Tú eres Vincent —Simplemente morí. Su voz melodiosa y su acento español desarmaron cualquier discurso que pudiera llegar a construir. A duras penas recordé cual era mi nombre.

—Vince... —dije, extendiendo mi mano para tomar la suya. No pude apartar los ojos de sus labios, rellenos naturalmente, esculpidos sin necesidad de colágeno, eso era evidente. Sus ojos almendrados, en un curioso verde oscuro y pestañas larguísimas, me llevaron a la imagen de la mujer más sexy del planeta para mí, Angelina Jolie. Su pelo rojo furioso, ondulado hasta la mitad de la espalda enmarcaba su rostro y el conjunto completo pertenecía al modelo de mujer que podría derribar cualquier barrera en un hombre, y eso que sólo me había detenido en su rostro. Y aun así no era una belleza tradicional. Era extravagante, como el perfume que usaba, como los anteojos rectangulares de marco rojo y negro que descansaban en el puente de su nariz. Su cuerpo era una promesa de placer ilimitado a quien ella permitiera acercarse, desbordando detrás del fino suéter blanco de hilo, con escote en V y jeans ajustados con botas bajo la rodilla.

—Galicia —dijo, a modo de presentación—. Tomás me pidió que te acompañara hasta el estudio.

—¿Galicia? —Su nombre me sacó de adelante el inventario de atributos

físicos que estaba haciendo mentalmente.

—Es una larga historia.

—Y a mí justamente lo que me sobra es tiempo... —dije, siguiéndola como en trance. Giró la cabeza y me miró por sobre el hombro, de pies a cabeza, como si estuviera evaluándome. Sonrió de costado y se acomodó los anteojos. ¿Habría pasado la prueba?

No dijimos nada más hasta llegar al estudio donde Tomás estaba grabando su programa de entrevistas con uno de los mejores jugadores de básquet del momento. Seguimos en silencio hasta el primer corte de descanso. Tomás se acercó al costado donde estábamos nosotros.

—Ya se conocieron.

—¿Para eso me enviaste? —dijo ella con tono soberbio.

—No. Te pedí un favor. Nada más —Tomás no solía disculparse o justificarse ante sus empleados. La actitud me sorprendió. No es que esperara que fuera un jefe déspota pero un poco de autoridad con la belleza hispana no hubiera venido nada mal.

—Tenemos una reunión cuando termines y después estás en libertad de acción —Abrí los ojos y los paseé de la pelirroja mandona a mi amigo como si fuera un partido de tenis. Una maquilladora se acercó a retocarle el rostro y puso los ojos en blanco, parte del fastidio por el maquillaje y parte por el tonito de su interlocutora.

—¿Te pone de malas cumplir años, Gallega? Te iba a invitar a cenar a casa... —Mis ojos volaron rápidamente al rostro de la chica, que apretó los labios e hizo tronar sus molares. A las mujeres no les gusta cumplir años y ella no era la excepción.

—Estoy ocupada esta noche.

—Vamos. Vince acaba de llegar de París. Podemos pedir pizzas y te soplamos la velita —¡Dios! ¡Qué mal que sonó eso! Tomás se rio dándose cuenta de lo que había dicho pero a ella no le pareció para nada gracioso— Vamos... no queremos que te quedes sola.

¿Paula estaba detrás de esa invitación también? Extraño, no solía llevarse bien con las mujeres salvo que esto fuera una operación

casamentera que me tenía como víctima. La Gallega abrió el teléfono que llevaba en la mano y contestó en voz baja apartándose dos pasos de nosotros. Tomás levantó las cejas en muda pregunta apreciativa y terminé de confirmar mis sospechas. Antes de que pudiera hacer algún tipo de objeción Tomás volvió al escenario y la otra víctima del complot, a mi lado.

—Feliz cumpleaños —dije, queriendo romper el silencio incómodo que se creó entre los dos. Que tardara en mirarme y responder, me hizo afianzarme sobre mis pies para soportar estoicamente la respuesta que me mandara al infierno sin escalas. Sin embargo me miró y curvó los labios en una seductora sonrisa. Sonreí como un idiota, o por lo menos me sentí así.

—Gracias.

—¿Es verdad que estás ocupada?

—¿Por qué? ¿Te interesa estar cuando sople la velita? —No recordaba si en España la frase tenía la misma connotación sexual que aquí pero de cualquier manera, sus ojos, su boca y la manera en que se movió me hizo pensar en una intensa sesión de sexo oral. ¡Jesús! Esa mujer podía resucitar a un muerto y retrotraer a un gay al camino que Dios mandaba con esa boca. Tragué y miré hacia el plató donde Tomás había retomado la entrevista en el escenario principal ante varias decenas de estudiantes de periodismo.

—No me gustaría pensar que estarás sola en la noche de tu cumpleaños.

—Y eso... ¿Es una propuesta para que pasemos la noche juntos? — Bueno, ¿De qué me estaba asustando? En Europa las mujeres eran mucho más lanzadas que en Latinoamérica, y con este asunto de la liberación femenina y demás, eran de armas tomar cuando un hombre les interesaba. El problema era que le interesara yo.

—Me uno a la invitación de Tomás. En realidad mi intención es pasar la noche con ellos —La conversación seguía tomando un carril bizarro para cualquiera que lo escuchara de afuera. Miró al escenario donde estaba empezando un video de la infancia de su invitado del día.

—Interesante. ¿Te gusta la pizza?

—Sí —No pude ocultar mi desilusión, cenar con Paula y Tomás siempre implicaba comida de delivery. ¿Cuándo entraría a mi vida una mujer de verdad con conocimientos de cocina? Mi frustración se hizo palabra:—

Sobre todo la amasada en casa.

—Una de mis especialidades... —El teléfono volvió a vibrar en su mano y esta vez desapareció en la oscuridad. Conmocionado, pensando qué tan rápido Dios contestaba mis plegarias, me quedé mirando el hueco oscuro donde ella había desaparecido. ¿Sería todo eso una señal? Mi teléfono sonó y salí del estudio antes de que me echaran a patadas por interrumpir la grabación.

—Hola.

—¿Dónde estás?

—En el estudio esperando que tu novio termine de grabar.

—¿Vienes?

—Sí.

—¿Sólo?

—¿La pregunta es si la productora cumpleañera va a ir?

—¿La conociste?

—¿Me estás queriendo enganchar con la Gallega?

—¿Te gustó?

—MaP...

—Es genial. Súper divertida, inteligente, innovadora, cero reprimida...

—Ya me di cuenta.

—¡Apa! ¡Cuéntame todo ya!

—No te ilusiones, MaP... no estoy buscando una novia.

—Deberías...

—No me interesa.

—No quiero que estés solo. La Gallega es genial. En serio... y tú sabes que las mujeres no son mi fuerte.

—¿Me vas a decir que te hiciste amiga de la encarnación de Franco con tetas?

—No seas malo. ¿Por qué? ¿Está mal? Una chica necesita hablar cosas de chicas con otra de vez en cuando.

—Pero no con otra víbora de cascabel.

—Me encanta como, para los hombres, una mujer que no se deja amedrentar pasa a ser un miembro de la especie de los reptiles.

—Uhhh... ¡Como estamos hoy, eh!

—No tuve un buen día, pero espero que mejore a la noche.

—Espero contribuir en algo para que así sea.

—Que estés aquí ya es promesa de que será mejor.

—Nos vemos esta noche.

—Beso.

Mi mente estaba llena de mujeres, porque tener a MaP y a la Gallega en la cabeza al mismo tiempo no daba margen para pensar en otra cosa. Galicia volvió a mi lado y no pude reprimir mi curiosidad. Me incliné un poco sobre ella y le hablé despacio al oído, sin sacar los ojos de Tomás en el escenario.

—Entonces... me vas a contar la larga historia de tu nombre.

—Tenemos la noche por delante.

—¿Vas a hablar mucho, entonces? —Mis ojos se clavaron en su perfil. Sin mirarme, sus dedos fueron de su cabello ondulado a su rostro, bajaron por su cuello y se perdieron en su escote.

—Salvo que tengas otra propuesta... —Entrando en el juego, me incorporé, volví a mirar al plató y sonreí.

Galicia, la última adquisición de mi galería de arte mental, desapareció ni bien terminó la grabación y tuvimos que esperarla cuarenta minutos y fracción en el estacionamiento. Tomás también me indagó sobre el encuentro.

—¿Y? ¿Qué te pareció la Gallega?

—¿De dónde la sacaste?

—De Madrid.

—¿Qué hace acá? Además de mandonearte...

—Produce este programa y va a estar a cargo de toda la división de entretenimientos de la productora.

—¿Entretenimientos? ¿Te vas a diversificar?

—Sí... por las dudas.

—¿Las dudas de qué? ¿Que Arango te saque DepEsp?

—Si pudiera hacerlo estaría hecho. Está demasiado ocupado en que la nueva fusión esté lista para la firma del contrato.

—Está picante eso, ¿Verdad?

—Y como...

—¿Y tú cómo la estás llevando?

—Bien. Tengo abogados que se ocupan de la forma legal del contrato que nosotros queremos, tengo productores que están armando todas las propuestas para cada canal, equipo y programa. Tengo el apoyo necesario dentro de la FFA para lograrlo y un gran contacto en el Gobierno para que las cosas se den.

—Pero con Arango en contra...

—Sí... —se lamentó—, pero nadie dijo que iba a ser fácil.

—Haberlo sabido... hubiéramos demorado un año el blanqueo de la relación —Los ojos de Tomás brillaron con odio y me di cuenta que había metido la pata hasta la ingle— Perdón.

Sin decir otra palabra, apoyó ambas manos en el volante y encendió el auto. Las luces altas iluminaron a la pelirroja que venía contoneándose rumbo a la camioneta. Subió en el asiento trasero y Tomás salió del

estacionamiento.

—Necesito hacer una parada en mi casa. Necesito bañarme y cambiarme.

—¿Qué? ¿No lo hiciste recién?

—No... estaba hablando con Paula por teléfono.

—Pero... se van a ver en un rato... ¿Qué hablaron media hora?

—Cosas de chicas... —Miré a Tomás, desconcertado, y él sólo pudo encogerse de hombros. Paula había sido abducida por el lado oscuro de la fuerza, o rosa en este caso.

Esperamos casi una hora más en la puerta de su edificio a que se preparara para la cena. Me bajé de la camioneta para poder fumar y conversé con Tomás a través de la ventanilla abierta.

—¿Me vas a contar la historia del nombre de esta mujer? Me come la curiosidad.

—Es mejor que te la cuente ella.

—¿Y me vas a tener con la intriga hasta entonces? Moriré.

—¿Te gusta?

—¿Tú también?

—Pau está como loca con la Gallega. No hace más que hablarle de ti y de ti, y creo que sólo por referencia ya tienes la mitad del camino ganado. El resto me parece que ya lo lograste. Le brillan los ojos como cuando le gusta alguien.

—¿Ya sabes cómo reacciona cuando le gusta alguien? ¿Qué tanto la conoces? —Mi Dios, que gran periodista que era, siempre la pregunta adecuada. Tomás miró hacia adelante y tragó con fuerza. ¿Había pasado algo entre ellos? Volvió a mirarme y sonrió.

—La madre de la Gallega es súper religiosa... pero al límite del fanatismo. Va todos los meses a Santiago de Compostela, hace retiros espirituales, ese tipo de cosas. Vivió en Argentina algunos años pero en cuanto pudo volverse a su tierra, lo hizo. Es gallega de pura cepa. Hay dos cosas que ama aún por sobre a sus propios hijos. La madre patria España y la Virgen María, en su advocación española de la Virgen del Pilar. ¿Conoces la historia de sus apariciones?

—Paso.

—Gracias. Bueno. La madre de la Gallega no quedaba embarazada y le hizo la promesa a la Virgen que si tenía aunque más no fuera un solo hijo, lo bautizaría en su honor y el de su tierra, y dedicaría su vida a divulgar la palabra de Dios y convertir a todos a su alrededor en la fe cristiana y la devoción mariana.

—¡Oh, Dios! No me dejes pensar... ¿Tuvo a la Gallega y se recluyó en un convento?

—No... a la semana siguiente tenía el resultado positivo de sus análisis, estaba embarazada. Bautizó a su hija en las aguas de la catedral de Santiago de Compostela, Galicia, por su tierra, y Mariana, por la Virgen, y por su nuevo propósito en vida. Convertir a “Galicia” en una tierra “Mariana”.

—¿Y esa es la justificación con que le arruinó la vida con ese nombre?

—No es feo. Es... raro. Hay mujeres que se llaman Malvina, o Grecia... Alaska...

—Pero, en serio, tienes que llamarte Galicia...

—Y tener personalidad para llevarlo.

—¡Ah, sí! Lo que le sobra es personalidad... ¿Y ella que tan católica es? ¿Muy célibe?

—¡Ja!

—¿Traducción?

—Es muy católica. Los domingos va a misa y reza todas las noches, pero no considera el sexo pre matrimonial como un pecado. Y como gran creyente... le ve la cara a Dios muy seguido.

—Me estás matando con estas analogías.

—Son sus palabras... no mías.

—¿Y cómo ve Paula tu amistad con la Gallega?

—No es mi amiga, es mi empleada —dijo, tajante—. Es amiga de Paula, se adoran. Y creo que era el momento en que necesitaba tener una amiga mujer.

—¿Por qué? ¿Nosotros no fuimos suficiente? Bastante femenina salió... Mírala ahora, toda una novia comprometida.

—Tendría que haber tenido aunque más no fuera una amiga.

—Las mujeres son demasiado perras entre ellas. Nosotros somos lo mejor que le pasó a Paula en su vida a nivel amistad.

—Nosotros fuimos lo único que le pasó a Paula a nivel amistad —se lamentó.

—Eso demuestra que, pese a todo, es inteligente.

—No sé... de todas formas, me alegra que sean amigas.

—¿Y ese combo se completaría si me la enganchan a mí?

—Esa es la obsesión de Paula, no mía.

—¿Por qué? —Me apoyé en la ventanilla para mirarlo fijamente.

—No lo sé... —Tamborileó con los dedos en el volante, miró el reloj de la consola frente a él y el que ostentaba en la muñeca. Estaba nervioso. ¿Por qué?

—¿No sabes por qué está obsesionada con eso o no sabes por qué no es tu obsesión? —¿A dónde quería llegar preguntando eso?

—Creo que eres lo suficientemente adulto y maduro para encontrar tú solo una persona con quien compartir tu vida.

—No es la respuesta que quería escuchar. Eso es verso... —Giró todo el cuerpo hacia donde yo estaba y me miró con seriedad. En ese instante temí que él supiera cuál era la verdad. Mi verdad. Mi cuerpo tembló en la anticipación de la respuesta y me pregunté cuál debía ser mi próximo paso después de esa contestación.

—Cero verso, entonces. Creo que estás enamorado pero no te animas a decirlo, a pelear por esa persona. Piensas que perdiste en esa batalla por no llegar primero y ahora no te arriesgas a enfrentar esa verdad por perder lo que te une a ella. ¿Estoy equivocado?

Escuché el sonido de tacones lejanos detrás de mí y miré por sobre el hombro para ver a la Gallega en una infartante minifalda roja como su pelo y una camisa blanca que estallaba de atributos. Me aparté de la ventanilla y abrí la puerta del copiloto. La dejé abierta y subí al asiento trasero de la camioneta. Tomás no dejó el tema, rotando el cuerpo sobre el asiento para no dejar de mirarme a los ojos. El desafío estaba planteado. ¿Qué haría yo?

—¿Estoy equivocado? —Volvió a preguntar. Me estaba empujando a meterme en el campo de batalla. ¿Él lo resistiría? Mientras la Gallega subía

y cerraba la puerta, contesté lo suficientemente fuerte para que él escuchara.

—No del todo.

El viaje fue una conversación entre Tomás y la Gallega en la que yo intervenía con interjecciones y onomatopeyas estratégicamente incorporadas. Sólo escuchaba la candente melodía de su voz, su acento y entonación, y la zeta en las palabras que se deshacían en sus labios. Mi mente estaba en el final de mi conversación con mi amigo y en los verdaderos detalles. Entre Tomás y la Gallega había pasado o pasaba algo, eso era definitivo. Como actor, Tomás era un gran producto, y el lenguaje corporal de ella decía más que mil palabras, hablaba de una intimidad y un hambre, que nunca había visto. ¿Cómo entraba Paula y su amistad en la ecuación?

La respuesta era una sola. Paula era rubia pero artificial, y no tenía un pelo de tonta. El mejor lugar donde tener al enemigo es bien cerca de uno, para controlarlo. Cerca, pero lo suficientemente lejos como para que no hiciera daño. Sin embargo no terminaba de cuadrarme. Si Paula sabía que entre la Gallega y Tomás había pasado o pasaba algo, era más probable que la asesinara con sus propios dientes y arrojara el cadáver al Riachuelo antes de “casamentearla” conmigo. En Paula, la pasión le ganaba a la razón. Entonces, ¿Para qué engancharla conmigo? ¿Y si el enemigo no era la Gallega sino yo? ¿Y si era a mí a quien temía? Qué mejor que alejarme metiéndome en una relación con alguien cercano para dejar de ser el tercero en discordia. La combinación perfecta. Borrado de las sombras, felizmente emparejado, dejaría de ser un acecho para ellos y no perderíamos nuestra amistad. Como siempre, seguiríamos siendo los tres e incorporaríamos una cuarta persona tan genial y divertida y sexy e inteligente como nosotros, para completar a los tres mosqueteros y D’Artagnan.

Sublime. Genial. Fabuloso. Sería factible si Paula fuera tan retorcida y maquiavélica como yo. Si fuera tan vil y calculadora, tan despiadada y de sangre fría como un servidor. Y después decía que las mujeres eran víboras.

Entramos al estacionamiento del edificio y subimos por las escaleras internas hasta el primer piso. No sólo era más caballero dejar pasar primero a una dama sino que la testosterona nos obligaba a disfrutar el espectáculo. Lo extraño fue que ninguno de los dos la miró subir, ambos clavamos la mirada en los escalones y ella nunca se enteró. Tomás se adelantó y abrió la puerta del departamento. Estaba tal cual lo recordaba pero ahora el ambiente lo dominaba el cuadro de Klimt que le había regalado a Paula, ya no un recordatorio de lo que nunca tendría sino la promesa de que ella también podía ser madre, y en eso estaba según nuestras últimas charlas. Paula nos saludó a los tres con la misma efusividad de siempre, e inmediatamente agarró a la Gallega de la mano y la metió en la cocina, cerrando la puerta tras de ella. Tomás se quitó la chaqueta y me miró esperando que hiciera lo mismo, pero yo seguía con los ojos clavados en la puerta de la cocina, no podía dar crédito a mis ojos. Golpeé dos veces y entré sin esperar respuesta.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparando la cena... —Miré la mesada donde estaban desplegando todos los elementos necesarios para hacer pizza, incluida una lata de ajíes rojos para mi favorita. Paula sonrió ampliamente y mis ojos desencajados fueron a parar a los de Galicia, que estaba enrollando hasta los codos las mangas de su camisa.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi mejor amiga? —Paula abrió el refrigerador, sacó un pack de seis botellas individuales de cerveza y me empujó fuera de la cocina.

—Ve a entretener un ratito a Tomás mientras nosotras terminamos.

—¿Vas a cocinar en serio?

—Sí. Las dos. ¿Qué pasa? Te quejaste toda la vida que no cocino. Ahora quiero hacerlo y me miras como si hubiera decidido convertirme en monja —Antes que pudiera contestarle, me pegó dos empujones y me sacó de la cocina, cerrando la puerta a mis espaldas. Avancé como en transe hasta el sillón donde Tomás ya se había sentado.

—¿Qué pasó ahí adentro?

—La Gallega le está enseñando a cocinar, lo que me sale más barato y

es mucho más entretenido para todos. Y soy un testigo de lujo porque, la verdad... esa mujer cocina como los dioses. Lo que le pidas.

—¿Y Paula quiere aprender a cocinar?

—Ha logrado hacer huevos fritos sin romper la yema, pasta sin que se le pase, carne al horno con papas sin que se quemé. Ahora está aprendiendo pizza y tarta de jamón y queso.

—¿Y dónde quedó el glamour del Sushi y la comida Tai?

—Paso. Que la mujer que amas cocine para ti, no tiene precio.

—Tu amiga de España es todo un hallazgo... ¿Cómo la conociste?

—Me la recomendaron como experta en entretenimientos. Viajé a España. La conocí, tuvimos un par de entrevistas pero no paso de ahí.

—Nunca me hablaste de ella.

—No había nada que contar. Es una de las miles de cosas que suelo analizar como posibles proyectos y quedan en la nada. Hace un mes se vino a vivir a la Argentina y me llamó... y llegó en el momento justo en que tengo ganas de hacer otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Diversificación.

—Y entonces Paula y la Gallega se hicieron amigas.

—Fue amor a primera vista. Fuimos a cenar y empezaron a hablar de moda, hombres, peinados, maquillaje. Me dormí dos veces en la mesa y nos fuimos pasadas las tres de la mañana.

—Tengo miedo.

—Salen de compras, comparten peluquero y diseñador, van a desfiles juntas... —Apreté los labios y fruncí el ceño. Todo eso sonaba tan contra la voluntad de Dios. ¿Dónde quedaría mi amistad con Paula si era desplazado por el demonio vestido en Prada? Y hablando del diablo, las dos mujeres más hermosas de este planeta salieron de la cocina secándose las manos y con manchas de harina en la cara, riendo de algún chiste interno. Paula se sentó en el sillón grande junto a Tomás y la Gallega en el de un cuerpo, el que yo había abandonado para sentarme a sus pies, sus piernas cruzadas quedaron justo a la altura de mis ojos.

—Las pizzas ya están en el horno... —Paula abrió una cerveza y se la estiró a su nueva mejor amiga y después robó un cigarrillo de mi paquete.

—Estamos como para jugar al truco... —Tomás se rio sólo de su propio chiste y Paula sonrió con el cigarrillo en los labios, levantándose de un salto para correr hacia un mueble. Tomás y sus felices ideas, ¿Volvería ella con un mazo de cartas? No. Él la miró revisar un cajón y estiró la mano hacia la chaqueta que todavía descansaba en el respaldo del sillón. Ella volvió abanicándose con un sobre blanco y mueca triunfal. Él se apuró y sacó un sobre bastante parecido al que yo tenía escondido en mi chaqueta, así que me moví rápido por el mío. Parecíamos locos. Si cantaba antes ganaría por mano. Saqué el sobre y de él los tres boletos, que arrojé en la mesa como si fuera un siete de espadas.

—Truco. Las tres mejores ubicaciones en platea para el recital, frente al escenario, y con acceso al césped si tienen ganas de transpirar —Tomás me miró, arqueando una ceja y sacando cuatro pases más grandes. Su ancho de bastos.

—Quiero Re Truco. Cuatro pases al palco VIP y sala de celebridades — Abrí los ojos como platos y estiré la mano para tocarlos, daba gusto ser derrotado de esa manera. Paula tiró los cuatro pases plastificados que había sacado de su sobre y puso un pie en la mesita de centro. Logró ser el centro de atención.

—Quiero Vale Cuatro. Cuatro pases al Meet and Greet exclusivo para veinte personas que la banda va a ofrecer. Sushi y champagne para todos. Gallega... estás invitada —El ancho de espada brilló por sobre el resto de las entradas que ahora parecían papeluchos de colores. Tomás y yo agarramos uno cada uno y los contemplamos extasiados. Hubo una sola heroína esa noche y recibió todos los honores.

—Quiero... —dijo Tomás, mientras estiraba una mano para atraparla. Paula se dejó caer en sus brazos, su beso fue el mejor premio de todos. Yo seguí admirando mi pase, porque ya era mío y quien quisiera sacarlo de mis manos tendría que hacerlo pasando por sobre mi cadáver.

—Ya hay olor a pizza... es tiempo de festejar —La Gallega se metió en la cocina para seguir con su ritual culinario. Que noche maravillosa. Una noche para recordar.

La noche del cumpleaños de la Gallega, una semana antes del recital, fue por demás especial. Conocer a Galicia Mariana Cordero, fue algo que me cambió la vida, un espejo en el que nunca pensé que podría reflejarme. Más allá de la belleza de su cuerpo y su rostro, la ternura de su mirada, su corazón grande como la luna, su inteligencia ácida y su sarcasmo sutil, fueron condimentos suficientes para que cayera rendido a sus pies. Si tan solo hubiera podido enamorarme de ella, si me hubiera considerado merecedor de su amor, si lo que sentía por esa relación enferma e imposible a la que me aferraba no fuera tan grande y me hubiera dado la oportunidad de ser feliz con ella, encerrando de una vez y para siempre, bajo siete llaves, el pasado y la historia que me condenaba, quizá me hubiera salvado. Pero no. Una vez más, y por amor, tomé la decisión equivocada. Sin embargo, si perdí la posibilidad de un amor, una familia, una relación normal, gané una amiga de esas que te salvan la vida en la situación menos pensada.

Abrí los ojos y me di cuenta que dormía junto a dos botellas de vodka vacías. Me levanté a los tumbos, con los ojos ardiendo como si mis lágrimas fueran de ácido. Me arrastré como pude hasta la mesa y preparé una buena dosis de antiácidos y analgésicos para la resaca y el dolor de cabeza. Me dejé caer en la silla frente a la laptop y mientras la encendía, rememoré el momento cúlmine de mi existencia.

El comienzo del fin. El recital de Mötley Crüe en Buenos Aires, Argentina.

La semana que nos quedaba antes del recital no pasó, se evaporó. Estando de vacaciones, dediqué mi tiempo a estar con Paula y Galicia, yendo de compras a lugares muy exclusivos, almorzando juntos, paseando en las tardes de primavera por lugares no muy concurridos, recorriendo de principio a fin la discografía de la banda e incorporando los nuevos temas que de seguro estarían en la grilla del recital. La Gallega no era fanática, como la mayoría conocía Girls, Girls, Girls pero era una gran compañía para nosotros disfrutando de nuestra pasión unilateral.

Por fin llegó el día. Mediados de octubre, tiempo inestable. Podrían combinarse todos los planetas que nada nos detendría esa noche, ni que

Argentina jugara a metros de distancia o se desatara el diluvio universal. Esa noche estaríamos allí y nada nos podría callar.

Hablamos unas veinte veces en el curso del día y a medida que las horas pasaban, la excitación iba escalando a niveles tangibles. Me vestí con mi jean más roto y una de las veinte camisetas negras de Mötley que había traído desde París. Guardé mi entrada, el acceso al palco VIP y el pase al Meet & Greet en el bolsillo interno de mi chaqueta de cuero y en el otro escondí mi teléfono móvil. La llegada y la salida del departamento de Paula y Tomás fue caótico, por los nervios de ella y la tensión de él. Ese mismo día tenían una transmisión del partido de Argentina y era un tipo que no servía para desconectarse del trabajo, pero Mötley era Mötley y nada lo apartó de su lugar. Pasamos a buscar a la Gallega y allá fuimos los cuatro a disfrutar de nuestro momento de gloria.

Por supuesto que ignoramos la platea VIP y disfrutamos las delicias de la Sala de Celebridades, posamos en el Photo Call del organizador del evento y en nuestras propias fotos caseras, donde la Gallega, que era quien estaba más coherente y tranquila de los tres, oficio de fotógrafa. MaP se disfrazó de Paula Rodríguez para los fotógrafos y sonrió a todo requerimiento, siempre del brazo de Tomás. Yo me encargué de custodiar a la Gallega que siempre estaba dispuesta a escuchar todas y cada una de las anécdotas de nuestra adolescencia relacionadas con la banda. Jamás hizo una cara de aburrimiento, jamás dejó de sonreír. Paula tenía una camiseta que había traído de Los Ángeles, idéntica a la de Tomás pero anudada a un costado de la cintura, jeans celestes gastados y zapatillas blancas. Tomás vestía la misma camiseta pero con jean y botas militares. Galicia tenía jean, botas de tacón metálico y camiseta blanca ajustada, en realidad ella no pensaba ir al césped con nosotros, así que se encargó de conservar todas nuestras cosas, y en una mochila llevaba todo lo que Paula necesitaría para volver a ser la diosa digna de Playboy que quería entrar al Meet & Greet. Después de todo, Tommy Lee estaría allí.

Las tres bandas previas, Rata Blanca, Vitico's y Horcas pasaron sin que

siquiera notara su presencia, hasta que por fin las luces del escenario del club Ciudad se apagaron.

Mis ojos fueron inmediatamente a MaP que quedó extrañamente quieta. Si bien no gritaba mucho, porque siempre hay un fotógrafo oculto para destruir tu imagen tomando la desacertada imagen del grito descontrolado, desde que había terminado el último tema de la última banda parecía un trompo, girando entre el escenario que tenía en frente y Tomás detrás de ella, entre la impaciencia y la histeria. No había fumado en toda la noche pero estaba entregándole a la Gallega el envoltorio vacío de su tercer paquete de chicles.

Fue un segundo nada más en que sin aviso, y sola, la vi desaparecer corriendo hacia la rampa que comunicaba la Platea VIP con el acceso al césped. Tomás reaccionó de inmediato y la siguió por el pasillo, yo cuanto menos tuve la delicadeza de explicarle a la Gallega y ella asintió sonriendo, me empujó a seguirlos sabiendo que ese momento no lo viviría de la misma manera en la distancia de una platea, que sólo en medio del calor de la gente, y juntos, podríamos disfrutar de todos y cada uno de los momentos que esa banda estaba a punto de regalarnos. Las luces se encendieron de golpe y el griterío fue superado por los platillos de Tommy Lee, una explosión y los acordes del primer tema del recital. “KickStart My Heart”. Los tres nos quedamos de una pieza y ella gritó como si el escenario se hubiera encendido fuego, adentrándose entre la multitud en la que pasó completamente desapercibida.

Entre la marea de gente, los gritos y los saltos, fuimos custodiando a Paula como si no tuviera resto para soportar los golpes. Tomás la tenía abrazada de la cintura contra él para evitar perderla y yo tenía que hacer un esfuerzo titánico para mantenerme en pie. ¿De dónde había salido tanta gente que deliraba como nosotros cuando siempre parecíamos solo nosotros tres los que conocíamos al grupo? ¿Cuántas cosas pueden pasar por tu cabeza en el momento que el grupo que le compuso banda de sonido a tu vida estaba tocando en vivo ante tus ojos? ¿Cuántas veces soñé con ese

momento en los últimos diez años? ¿Cuántos podían decir, como sí lo podía hacer yo, que el tema que estaban tocando en ese momento también lo había interpretado en un escenario, mucho más rubio y más borracho que Mars y Sixx juntos en ese momento? Ellos habían sobrevivido al infierno del que yo solo fui espectador, pero gracias a ellos tuve mis cinco minutos de gloria en el escenario. Yo había musicalizado mi vida con su música, había titulado los capítulos de mi historia con sus canciones, había reído y llorado con sus acordes, porque nadie como ellos para ponerle letra y música a cada momento vivido.

Porque de sexo y el infierno, nadie sabe más que la Crüe.

Y allí estaba yo, tratando de mantenerme en pie, emocionado como si estuviera pariendo, porque después de la euforia y el momento, ellos habían decidido que visitarían nuestras tierras. ¿Tarde? Nunca es tarde cuando la dicha es buena, y el tiempo parecía haberse detenido en mi corazón para vivir y grabar a fuego en mí, cada instante de ese momento. Enloquecido como un adolescente, enfebrecido como un animal y acompañado por mis hermanos de la vida, era la noche de mi vida, y si moría mañana lo haría feliz y contento. Mañana, porque la noche soñada recién empezaba.

Cada uno de nosotros tenía su tema favorito, pero para mí, todos y cada uno eran un momento determinado, que por la letra, la música o el título, daban el marco perfecto a cada vivencia. Tomás prefería los temas más crudos y pesados, Paula amaba las baladas, siempre tan dulce y romántica, hasta que, desde abajo del final de otro tema, la batería se tornó más metálica y el bajo de Sixx dominó y en la pantalla se pudo ver como el batero se acomodaba el micrófono junto a la boca y la voz de Tommy Lee era la conciencia de un hombre seducido por la criatura más peligrosa de la selva, adicto a una mujer. Esa voz gruesa y rasposa, deformada por el headbox creado por la tecnología, explotó en los parlantes y se convirtió en “Beauty”, y la perra en Paula deliró. Tomás se la subió a los hombros como si fuera una criatura y ella se sacó la camiseta para hacerla girar sobre su cabeza. Mi corazón se detuvo, pero no tenía el torso desnudo, sino una

musculosa negra pegada al pecho. En el instante que Tommy Lee empezó a tocar de pie y señaló al público, se descargó el diluvio universal sobre nosotros. Paula, empapada y sin voz, coreó de principio a fin la canción en sincronía perfecta con el baterista, y si yo no supiera que desde un escenario es casi imposible distinguir a alguien en la multitud, hubiera jurado que él le estaba cantando a ella.

Nunca paró de llover el tiempo que duró el recital pero jamás dejamos de cantar, de gritar, de llorar, incluso cuando nos perdimos en la multitud. Grité hasta enloquecer cuando Vince salió con una camiseta de Argentina, Nikki sacó una bandera gigante que agitó un buen rato y Tommy Lee saltó arriba de su bombo gigante coreando con el público “Argentina, Argentina”. ¿Y después a alguien le cabía preguntarme por qué adoraba yo a esta banda? Y ellos también lo percibieron, porque aún bajo los caudales de agua que se derramaban del cielo, el peligro de electrocución y la diferencia idiomática, los tipos se sintieron los Beatles y los Stone juntos en una sola noche con el mejor público ante el que habían tocado. ¿Qué nos hacía tan diferentes a los demás? Que estábamos aún más locos que ellos.

Me alejé y me dejé caer en el suelo de plástico que parecía una piscina y disfruté con lágrimas en los ojos las imágenes que aparecieron en las pantallas recorriendo la historia de la banda como si fuera mi propio video, mi propia vida. Me encontré a mí mismo llorando como un niño, mis lágrimas amparadas por la lluvia y el anonimato de ser uno más en la multitud, en el medio de la oscuridad. Mötley Crüe cerró su primera visita a Buenos Aires con “Home Sweet Home” y en el medio del griterío y el delirio de la gente, no pude ver como se despidieron.

La gente comenzó a desconcentrarse e hice un esfuerzo para ponerme de pie y encaminar mis pasos a la rampa de acceso a la platea VIP. El guardia de seguridad me miró de arriba abajo preguntándose a quien le habría robado el pase, pero no me importó. Caminé cansado hasta los huesos y vi a la Gallega mirándome con una sonrisa en los labios, como esas madres que ven llegar a sus hijos embarrados hasta el cuello después de una tarde de

disfrute en la plaza. Quise abrazarla, necesitaba un abrazo en ese momento, pero no era tan desgraciado como para arruinarla de esa manera. Paula y Tomás llegaron minutos después, igual de gastados, mojados y felices. La Gallega ofició de asistente y juntas se encaminaron a los baños mientras yo me fundía en un abrazo con Tomás, uno que significaba mucho más que todas las palabras que pudiéramos decir. Ya tendríamos tiempo para comentar, criticar, alabar y volver a delirar con cada momento del recital. Alguien nos alcanzó dos toallas y algo para beber y una de las promotoras me dio un paquete de cigarrillos demasiado livianos para mi gusto pero en ese momento la necesidad de nicotina era la prioridad, no la marca.

Tomás estaba con los ojos clavados en una de las ventanas plásticas del VIP mirando al escenario ahora vacío, bebiendo de la botella de refresco sponsor del recital, yo repasaba mentalmente todos los temas y los momentos épicos para que se grabaran en mi mente y poder comentarlos cuando la adrenalina me bajara. Paula y la Gallega llegaron media hora después, cuando la mayoría de la gente ya empezaba a retirarse. No se había cambiado, todavía tenía el pantalón de jean sucio y mojado pero las zapatillas habían mutado a botas negras con tacones de metal. Tenía la camiseta que se había sacado anudada a las presillas del pantalón y pude ver que la musculosa negra de Armani Exchange tenía un bordado en strass al frente que decía “Miss Divine”. ¡Oh, sí! Ella podía enamorarte cantando Without You y causarte un infarto interpretando Beauty. Y para terminar de ganarse el cielo esa noche, la Gallega sacó de la mochila los cuatro pases al cielo en cintas negras que debíamos colgarnos en el cuello. Tomás abrazó a Paula y yo a la pelirroja sexy, y nos encaminamos por el pasillo cubierto hacia nuestro destino final.

Próxima Parada: conocer a la banda.

Nunca había asistido a un Meet & Greet. Según me habían contado, por lo general la banda o los actores estaban a un costado y los fans podían acercarse unos minutos, charlar, posar para una foto grupal y ahí terminaba la cuestión. La mochila que tenía la Gallega contenía toda la discografía de

la banda para que nos la autografiaran, tres camisetas blancas que Paula había comprado en Los Ángeles del último disco, Saints of Los Ángeles, también para firmar y mi cámara de fotos, aunque Galicia seguía sacando fotos con la de Paula pero en algún momento la memoria se agotaría y no nos íbamos a quedar sin fotos en el momento clave. Paula y Tomás saludaron a los organizadores y era muy probable que sus caras famosas nos permitieran algo más de un par de minutos con la banda. Había mesas con manteles blancos, diferentes variedades de sushi y copas de champagne burbujeante.

No había sillas, sólo un sector acordonado con sillones, que debía ser para la banda. Había cuatro bancos altos contra un cortinado blanco y luces de fotografía profesional donde los cuatro monstruos posarían con sus fans. No había mucha gente y los que estaban, parecían más empresarios que fans. Famosos, además de Paula y Tomás, un conocido locutor de radio devenido empresario que todos los presentes admirábamos y una chica multifacética, conductora de televisión, periodista y dueña de un restó de moda. Dos tipos más o menos de nuestra edad, con el pelo tan largo como el mío, mojados como nosotros y con camisetas de “Decade of Decadence. Nosotros éramos la cruza perfecta de los ricos y famosos y los fans de la banda.

De pronto, encendiendo mi tercer cigarrillo y odiándome por no haber metido un cartón entero en la mochila de la Gallega antes del recital, vi como una de las puertas laterales se abrió y el aire del salón desaparecía como si nos hubieran encerrado al vacío. Agarré del brazo a la Gallega necesitando imperiosamente sostenerme de alguien y sentí su mano presionar apenas sobre la mía haciéndome sentir que estaba allí. Vi el movimiento de Paula al girar a mi lado y pegar la espalda al pecho de Tomás pero no supe cual era su expresión, y si seguía de pie, mientras Tommy Lee, Nikki Sixx, Mick Mars y Vince Neil entraban con uniformes de batalla renovados, el épico baterista el único sin camiseta ostentando sus tatuajes en su pecho y brazos, delgados y musculosos.

Mi primer impulso fue avanzar un paso y empezar a aplaudir pero no quise quedar como el desubicado que nunca había visto una banda de rock en persona. ¿Postrarme de rodillas a sus pies y gritar “¡No soy merecedor! ¡No soy merecedor!” también sería muy subdesarrollado? Pasaron por detrás de los bancos con paso cansado hacia los sillones blancos, con una mesa particular con sushi de selección, whisky y champagne. Tommy Lee atacó la comida de inmediato, Nikki se desparramó sobre el sillón estirando su humanidad sobre la mesita, apoyando sus botas talle mil quinientos, una sobre otra. Mick Mars se sentó en uno de los brazos del sillón mientras una de las asistentes le alcanzaba un vaso con bebida energizante y encendía un cigarrillo. Vince Neil de inmediato se vio rodeado de tres mujeres; las gruppies seguían merodeando a Mötley Crüe, no importaba cuantos años pasaran.

Paula fue la primera en avanzar, arrastrando a Tomás con ella. La Gallega me empujó y sostuvo para seguirlos. Se detuvo a un paso de la mesita y Nikki la miró por encima de sus anteojos oscuros, incorporándose despacio en su sillón. Era imposible que la gente pasara por alto a Paula y ellos no fueron la excepción. Tommy Lee la miró y dejó el plato en la mesa. Toda nuestra conversación se desarrolló en el mejor inglés que alguna vez podíamos pensar pronunciar, como si los años y años de estudio solo hubieran servido para prepararnos para ese momento.

—¡Ey! ¡Yo te vi! —dijo el baterista, acercándose a Paula y Tomás. Estiró la mano hacia ella por encima del cordón de seguridad— Hola, soy Tommy Lee

Ella no se movió y yo no podía ver su expresión, pero era evidente que estaba en shock porque fue Tomás quien se estiró por su costado para responder el saludo. Tenía los nervios como cables pelados y la sensación de querer gritar para descargar la violencia de la adrenalina que había reemplazado la sangre en mis venas. El tipo se había presentado como si fuera uno más en la reunión y no parte de la banda que había hecho delirar a miles hacía un rato nomás.

—Hola. Soy Tomás. Ella es Paula. Vincent y Galicia —Tommy Lee paseó

los ojos de la musculosa negra de Paula a la camiseta blanca de la Gallega, que se escudó detrás mío y me pegó un empujón para hacerme reaccionar y saludar.

—Hola. El recital estuvo genial.

—El público fue genial. Hacía una vida que no vivíamos algo así, ¿Verdad, Nikki?

—El mejor público del mundo. Quería salir a tocar diez temas más. Fantástico —Nikki se puso de pie y estrechó la mano de Tomás y luego la mía. La Gallega estaba a un costado tomando fotos discretamente. Por fin pude ver la expresión de Paula: No se había desmayado porque estaba apoyada en Tomás pero los miraba con la boca abierta como si estuviera viendo fuegos artificiales por primera vez en su vida. Tommy Lee la miró con ternura, casi con la intención de revolverle el pelo como si fuera su hija, aunque le mirara el pecho con hambre. ¿En algún momento le habrá pasado su ex mujer por la cabeza al verla?

—Fue el mejor recital que vi en mi vida. Hemos esperado tanto tiempo para verlos.

—Estar tan lejos es tan triste. Hay fans que no nos han visto tocar nunca y lo sabemos.

—Ya veces sentimos que les estamos tirando migajas

—¡Dios! ¡Más migajas, por favor! —Todos reímos. Tommy Lee pasó por arriba de la mesa, se sentó junto a Nikki, Mick Mars se incorporó a la conversación.

—¿Y las muñecas argentinas hablan? —dijo, mirando de nuevo a Paula. Ella pareció despertar del trance cuando él se dirigió solo a ella. Sonrió y se acomodó el pelo.

—Lo siento. Todavía creo que estoy en un sueño.

—Vamos... no es para tanto. Siéntense— A la orden de Sixx, un guardia desenganchó el cordón de seguridad y nos hicieron pasar. Tomás, Paula y yo nos sentamos en un silloncito lateral a donde estaban ellos, él y yo a los costados como en las viejas épocas, ella inclinada hacia adelante sobre sus rodillas, para verlos y escucharlos mejor, y también brindándoles una vista preferencial a su atributo más importante.

La conversación siguió como si fuéramos amigos de toda la vida. Vince se incorporó a la reunión sentándose en la mesita de centro con las piernas cruzadas como si estuviera haciendo yoga. De inmediato comenzó a hacer las relaciones de nuestros nombres con los miembros de la banda, y por supuesto la relación inmediata de Paula con la ex del baterista. Paula suspiró varias veces diciéndole que había sido el gran amor de su adolescencia, y Tomás reconoció que intentó emular a Tommy Lee en más de una manera sólo para conquistar a la chica. Ellos se reían pero sin poder darle una dimensión real a los eventos de nuestra adolescencia. Era difícil poner en palabras ante ellos lo que la banda significaba para nosotros. Era difícil para ellos entender la influencia que habían ejercido en nuestras vidas, hasta que Tomás pensó que sólo había una manera de demostrarles qué tanto significaban ellos cuatro, su banda y su música, para nosotros. Se subió la manga de la camiseta dejando al descubierto el tatuaje en su antebrazo. Los cuatro se incorporaron para verlo mejor, Tommy Lee se inclinó más y le agarró el brazo para mirarlo con detenimiento.

—Es genial. Es... — Nikki y Mick sonrieron con orgullo.

—Lo hicimos en nuestro viaje de egresados. Teníamos diecisiete años.

—Ella también lo tiene —dije, señalando a Paula. Tommy Lee se apartó de Tomás y se puso de rodillas delante de ella, que giró y movió su cabello mostrando su hombro. Él pasó la mano despacio sobre su piel, deslizando hacia abajo el tirante de la camiseta, apreciando más que el tatuaje.

—¿Significa mucho para ti?

—Todo —dijo ella, pensando en ese viaje, en su relación con Tomás, todas las cosas que pasaron a partir de ese tatuaje. Tommy Lee sonrió de costado y volvió a sentarse en el sillón, pero el brillo en sus ojos mirando a Paula había cambiado de la ternura a algo mucho más intenso. ¿Estaría recordando los videos con su ex mujer? Tragué e intenté desviar la conversación a la noche en que estuvimos los tres en el escenario, como nuestro sueño era tocar como ellos se hizo realidad, y estupideces por el estilo. Por fin alguien vino a pedirles que se movieran hacia el set de fotografías.

—Quédense un rato más. También tendremos fotos con ustedes pero estaría bueno poder charlar un rato más —dijo Mick Mars mientras pasaba

por mi lado y me palmeaba el hombro.

La banda pidió dejar nuestras fotos para el final y quedarse disfrutando un rato más de charla y bebida con nosotros. Tropecé dos veces cuando escuché eso y me aparté a un costado donde estaba Tomás. Paula estaba en la otra punta con la Gallega, hablando muy cerca y gesticulando mucho como cuando estaba emocionada; Galicia miraba por sobre su hombro, triangulando entre Tommy Lee, Tomás y una puerta lateral, como si estuviera midiendo las alternativas de un escape de emergencia.

—Necesito que me pellizques para comprobar que esto es real... — Tomás me pellizó el brazo con fuerza y me reí.

—Esto no nos puede estar pasando.

—¿Te parece?

—Me siento como si estuviera alucinando. Es demasiado surreal.

—¿Surreal?

—¿No es como algo que soñaste toda tu vida y de pronto se materializa adelante tuyo?

—Sí.

—Hasta el recital estaba bien... pero... hablar con ellos, que te miren con... agradecimiento... cuando nosotros tendríamos que estar besándoles las botas... que quieran hablar con nosotros, escuchar nuestras anécdotas. Estos tipos son irreales.

—Por algo tienen los mejores fans —Desde donde estábamos, los dos con cervezas en la mano, pudimos ver como Paula se acercó a la mesa a servirse algo de Sushi y Tommy Lee terminó la última foto y fue a ese mismo lugar. Vince y Nikki se acercaron dónde estábamos nosotros y continuamos nuestra charla de música y anécdotas en el mejor inglés que pudimos concebir. Los ojos de Tomás estaban clavados en la mesa dónde Paula y Tommy Lee conversaban. Miré para ahí y Vince imitó mi movimiento. Me codeó y me habló al oído.

—Parece que tu amiga va a concretar el sueño de su adolescencia.

Tommy Lee movió un mechón del rostro de Paula y se acercó un poco más para hablarle, susurrarle, ella absorta mirándolo en su altura,

teniéndolo tan cerca. Pude ver como Tomás se apartó del grupo donde estábamos y desapareció por una puerta del costado.; al mismo tiempo la Gallega abrevió la distancia entre la mesa donde estaba y esa misma puerta, buscando encontrarse con él. Paula lo vio salir por allí mismo pero Tommy Lee la tenía sujeta de una muñeca y ella seguía en el trance de su hechizo. Maldita sea, yo y mis encrucijadas. ¿Qué necesidad tenía yo de meterme? ¿No me venía como anillo al dedo esa situación descabellada? ¿Cuál era mi lugar? Estaba exactamente en el medio del salón, mis pasos me habían movido hacia adelante y la distancia que me separaba, de la mesa y Paula, y de la puerta y Tomás, era exactamente la misma. ¿Qué hacer? Dejar que las cosas siguieran su curso, que Paula desapareciera con Tommy Lee en algún camerino y se sacara las ganas y que ese evento, por más pronosticado que estuviera en los supuestos escenarios imaginarios de nuestra adolescencia, esa posibilidad era algo que jamás dejarían pasar, ni uno ni otro, se convirtiera en realidad. O intervenir. En la realidad adulta no dejaba de ser un engaño, y qué bien me venía a mí un buen golpe a la estabilidad de la pareja, para poder cumplir mi propio sueño. Tomás jamás lo perdonaría, por más superado que pudiera parecer, porque Paula era suya y no podía siquiera pensar en compartirla. Y porque aún con el paso el tiempo, seguía golpeado por el pasado de Paula.

Dilema: Recorrer quince pasos hacia la puerta y quedarme con mi amigo ignorando a la rubia y el batero que podrían llenar sus fantasías conjuntas, o caminar quince pasos hasta la mesa, poner mi mejor cara de “lamento interrumpir pero tenemos que irnos porque se nos va el helicóptero”, sacando a la damisela en apuros de las garras de la bestia que estaba afilando sus dientes, y ser, dentro del grupo, el traidor para Paula y el gran amigo de Tomás, y que al final Paula terminara agradeciéndomelo. ¿Qué necesidad tenía ella de destruir su gran historia de amor por un polvo que no la iba a llevar a nada?

“¡Merde! ¡Merde! ¡Merde! ¡Maldita conciencia! ¡Te odio!” me grité a mí mismo, y caminé hasta la mesa, quedando justo detrás de la espalda de Paula, simulando elegir entre el roll californiano y los sashimi de

langostinos.

—De verdad estoy impresionado. Hacía tiempo que no veía una mujer tan hermosa como tú

—A todas debes decirle lo mismo.

—La verdad es que no... —La mano de Tommy Lee subió de su muñeca a su brazo y se inclinó un poco más sobre ella.

—Gracias. Diez años atrás eso me hubiera arrojado en tus brazos.

—¿Y diez años después? —Paula tardó sólo un segundo en responder, el tono de su voz, sus palabras en inglés, brillando con la sonrisa que debía tener.

—Lo siento... pero estoy comprometida.

—No veo ningún anillo.

—No necesito un anillo. No necesito papeles. Sé de quien soy.

—Un hombre muy afortunado... —La soltó y se apartó sólo un paso, sin dejar de mirarla.

—Pero me siento muy... pero muy halagada.

—Deberías... —dijo torciendo la boca en una mueca devastadora.

—Lo sé. Yo... tengo que irme. Gracias por todo —Pese a los tacones altos, Paula se puso en puntas de pies y se apoyó en el pecho desnudo para dejar un beso en su mejilla. Giré y la seguí mientras casi corría los treinta pasos que la separaban de la puerta. Tommy Lee me miró y levantó las cejas, bebiéndose el contenido del vaso con Jack Daniels que tenía en la mano.

—No se puede ganar siempre... —dijo, sin dejar de sonreír, dejando el vaso corto con un golpe, al borde de la mesa.

—Dímelo a mí... —“El perdedor más grande de la historia” agregué para mis adentros. Se alejó hacia un grupete de muchachitas que probablemente no conocían a la banda pero que se sacarían la ropa interior por cualquier rockero, y yo reprimí las ganas de clavarme los escarbadientes en los ojos.

Capítulo 46 — Enemigo público número uno

La Laptop se encendió y abrí un documento en Word para empezar a escribir. ¿Qué? ¿Qué podía escribir y describir de todas las cosas que seguían? Me limpié la nariz que moqueaba por el llanto involuntario ante el recuerdo y mis dedos comenzaron a teclear sin pausa mientras describía un breve lapso después del recital de Mötley Crüe.

Después de la tremenda prueba de amor que significó para Tomás el hecho de que Paula hubiera rechazado la insinuación de Tommy Lee porque su relación era más importante que cualquier fantasía pre y post adolescente, la pareja entró en una escalada sin pausa al reino de la felicidad. Su nuevo proyecto era encarar con seriedad el formar una familia y eso les abría dos caminos por delante: Una alternativa era la adopción, dentro o fuera del país; el otro era la maternidad subrogada, por ese entonces sí debía hacerse fuera del país porque no existía legislación para ello. ¿Cómo hacer? Ya se habían contactado con un médico, mediante fecundación in vitro se unirían óvulo y espermatozoide de ellos dos y la criatura se gestaría en el vientre de otra mujer. Costaba una pequeña fortuna pero ninguno de los dos lo cuestionó, no era una cuestión de dinero. La construcción de su familia también los llevó a buscar un lugar donde establecerse, con espacio para crecer y crecer hasta que el corazón les resistiese. Ya fuera como inversión o para crear su hogar, invirtieron sus ahorros en un proyecto conocido como Chateau Libertador y un lote para construir una casa en un selecto barrio privado de Pilar. Paula iba por el piso, Tomás por la casa. Hasta que se pusieran de acuerdo, tomarían ambos como una inversión. Ella re escrituró su departamento a nombre de su hermana menor y dejó el control financiero de la pareja y de su carrera en manos de Tomás. Sin embargo, una semana después, sin darme explicaciones, me pidió que la acompañara a un banco alejado de la capital y me hizo firmar como co-titular de una caja de seguridad. Ella no dijo nada y yo no pregunté, de eso se trata la amistad. Después de pasar a la sección de las cajas, sola, me dio una llave y salimos como si eso nunca hubiera ocurrido, directamente a almorzar a la vera del río. ¿Qué guardaría ella en

una caja de seguridad que no quería que Tomás supiera? Nunca lo supe.

De a poco, la obsesión de Paula porque yo formara una pareja con la Gallega fue desapareciendo, al darse cuenta que lo que había crecido entre ambos era una relación de amistad casi equivalente a la que teníamos nosotros. Sin ser suficiente pareció conformarla, ella había ganado un lugar en mi vida pero no de la manera que quería. En mi mente, en mi corazón, no había lugar para otra persona, pero pronto Galicia pasó a ser casi tan necesaria como Paula, aunque el único lugar que admitía era bajo el título de la amistad. Era eso o descartarla y no quería. La quería conmigo, pero no como ella quería. ¿Era malo eso? No puso objeción y pudimos ver cómo de la intención de casarnos, nació una amistad de esas que duran para siempre. Y los dos éramos espectadores privilegiados de la concreción de esa fabulosa historia de amor; ¿Sería un número cantado que los dos estaríamos en el registro civil firmando en el mismo libro, atestiguando ese amor ante la ley? ¿Entraría la novia de mi brazo a la Iglesia? ¿La entregaría al novio en el altar? ¿La saludaría en el atrio con un abrazo que me quebraría en lágrimas? De a poco todas y cada una de esas imágenes fueron parte de mis pesadillas recurrentes, las que a nadie podía confesar, ni siquiera a mi nueva mejor amiga. Su instinto de mujer era acertado cuando sospechaba que quien se había apropiado de mi corazón estaba más cerca de lo que cualquiera pensaba, pero la gente suele ver solo lo que quiere.

La empresa de Tomás estaba por enfrentar un momento definitivamente crítico. La renovación del contrato para la transmisión del Fútbol de Primera División se firmaría en pocos meses y la relación con Arango transitaba su peor momento. Después de varias reuniones con Gomezcu, que regularmente pasaba el parte de situación en la FFA, Tomás estaba convencido que las posibilidades de DepEsp en la licitación naufragarían contra la nueva empresa fantasma de Arango. Si tan sólo él tuviera la posibilidad de demostrar legalmente que Arango era el dueño y obraba para sus intereses, pero no había podido encontrar una sola prueba en su contra. Legalmente, no tenía relación alguna, no se había encontrado vinculación

con Arango ni con los directivos ni los proveedores ni los fondos del exterior. En eso debía estar pensando durante el almuerzo que compartimos los tres en su departamento.

Paula salía de viaje esa misma noche temprano, hacia Chile, para participar en la edición del Festival de Viña del Mar. Estaría afuera todo el fin de semana. Yo también debía viajar a Chile pero después.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. No es necesario. Voy a estar como loca todo el fin de semana y te vas a aburrir —Tomás seguía revolviendo su ensalada, completamente ajeno a nuestra conversación.

—¿Y tú no vas a ir con ella?

—¿Eh?

—Planeta Tierra llamando a Tomás. ¿Dónde estás?

—Nada... ¿Qué pasó?

—¿Por qué no viajas con ella a Viña?

—No puede. Tiene mil cosas y yo no voy a hacer nada del otro mundo.

—Quise, pero no me dejó.

—¡Tienes copas de verano!

—¿Y de aquí a cuando Paula toma las decisiones en esta pareja? —Los dos hicieron el mismo gesto, enarcando una ceja, y parecieron más hermanos que novios. Resumí mi comida rápido y levanté mi plato para dejarlo en la cocina.

—¿Quieres venir conmigo al canal? Grabo los copetes del programa que es cortito y podemos ir a cenar —Paula se levantó y abrazó a Tomás desde atrás antes de levantar su plato.

—Vamos, acompáñalo, así no se la pasa pensando en la maldita FFA y toda esa basura.

—Bueno... es parte de su negocio.

—Si me dejara...

—¡Ya te dije que no te metas, Paula! —dijo, golpeando la mesa y haciendo saltar los vasos.

—Bueno...

—Lo siento —le dijo, sosteniendo sus muñecas contra sus labios y

evitando que deshiciera el abrazo de su cuello— Perdóname...

—No importa... —Le besó ambas manos, se levantó y se metió al baño. Paula arrugó la frente y levantó los platos, haciendo su salida por la izquierda hacia la cocina. Me quedé ahí y encendí un cigarrillo esperando que alguno de los dos regresara. ¿Paula le habría ofrecido intervenir con Arango? Eso podría justificar la reacción de Tomás. Por fin salió del baño y volvió a la mesa— ¿Vienes conmigo?

—Sí.

—Pau, ¿Quieres que te lleve a Ezeiza? —Se acercó a la cocina donde ella lavaba los platos.

—No. Ya pedí un taxi. Hagan ustedes tranquilos, yo me arreglo.

—Segura.

—¡Por supuesto! —Por primera vez en el día, Tomás sonrió. Saludó a Paula con un beso y yo lo seguí, saludándola también.

—Buen viaje, nos vemos en el aire.

Fuimos al estudio, jugué un rato con la computadora nueva de Tomás, configurando nuevas aplicaciones de multimedia en la oficina de la Gallega mientras esperábamos que se hiciera la hora. Después de la grabación, me despedí y empezamos a debatir donde cenar mientras manejaba. Cuando subimos a la autopista, entró un mensaje a su teléfono móvil. Lo leyó rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Es de Paula pero viene con demora. Dice que su vuelo estaba sobrevendido pero que salía en el de las nueve de la noche —La llamó.

—Hola. ¿Dónde estás? ¿Ya llegaste? Ok. Recién me llegó tu mensaje. Bueno. Llámame a casa cuando llegues al hotel. Yo estoy llevando a Vince a cenar. Te amo.

—¿Y?

—Nada. Ya llegó a Santiago.

—Genial. ¿Hay algo en lo que te pueda ayudar con lo de la FFA?

—Si tienes el teléfono de Dios... hoy es uno de esos días en los que necesito un milagro.

—¿Qué tan malo sería si no lo logran?

—Voy a tener que despedir mucha gente y no quiero —Resoplé fastidiado, enojado e impotente. Estacionamos frente al viejo restaurante de Tigre.

En cuanto bajé, chasqué el encendedor para encender un cigarrillo y el sonido se mezcló con el teléfono de Tomás. Se detuvo para ver quien llamaba y arrugo la frente cuando leyó la pantalla.

—¿Pacheco? —¿Pacheco? ¿El asistente de Arango?— Hola. Hola, Pacheco... Sí... ¿Qué pasa? ¿Cómo? Espera... ¡Cálmate! ¡Cálmate! Dime qué pasó

Tomás quedó en silencio, sujetando mi brazo con fuerza y mirándome con los ojos abiertos en expresión de terror ¿Qué pasó? Mi imaginación solía dispararse sola cuando no le cargaban información. Pacheco en realidad era el amante despechado de Arango y le dijo que no lo quería más y ahora llamaba a Tomás para darle toda la información que necesitaba para hundirlo en el infierno y de esa manera poder lograr impugnar la competencia desleal. Si lo que estaba necesitando era un milagro, quizás le estaban devolviendo el llamado. Después de un rato volvió a hablar.

—Ok. Escucha. Voy para allá. No toques nada. No hagas nada. No hables con nadie. Espera que yo llegue.

Tomás terminó la comunicación y se quedó mirando el teléfono, luego volvió a mirarme.

—Arango está muerto.

No pude decir nada. Corrimos de regreso a la camioneta y Tomás manejó sin decir una palabra, concentrado en llegar cuanto antes. No me dio detalles de lo que había pasado y yo no los pedí. Llegamos a Barrio Parque, donde estaba la casa que no era familiar, que utilizaba para reuniones o salía muy tarde como para viajar hasta Pereyra Iraola; y si la memoria no me fallaba, era la casa donde solía encontrarse con Paula. Estacionó la camioneta doblando la esquina y caminamos hasta donde estaba la casa que ocupaba media manzana. Una voz temblorosa atendió y la puerta se abrió

luego que sonara una chicharra. A cincuenta metros de la entrada, el hombre que había visto dos veces en mi vida, el de los anteojos de marco grueso y apariencia siniestra, estaba en la puerta de acceso con los brazos cruzados sobre el pecho, abrazándose a sí mismo. Cuando nos acercamos me di cuenta que tenía los ojos y la nariz rojo brillante, como si hubiera llorado mucho. ¿Y sí después de todo mi teoría del amante despechado no era tan desacertada?

—¿Dónde está?

—Arriba... en la habitación.

Entramos a la casa; marqué el teléfono de emergencias policiales en mi teléfono móvil para enviarlo en cuanto Tomás me diera la orden, no se vería bien que el asistente nos hubiera llamado a nosotros antes que a ellos, especialmente en lo que hacía a su responsabilidad. Mi primer pensamiento fue que Tomás y yo teníamos coartada, como si la necesitáramos. Seguí sus pasos por la escalera señorial y el primer piso, hasta la habitación de doble puerta que se abría al final del pasillo. Empujó la puerta con los codos, cuidando de no tocar ninguna manija. Cerré los ojos e inspiré profundo preparándome para ver un muerto por segunda vez en mi vida. ¿Sería algo violento? Nadie dijo si había sido una muerte normal o un asesinato ¿Estaría durmiendo plácidamente o descuartizado? Mi imaginación, que no tenía patitas sino alas, volaba si yo no le suministraba información rápidamente como su dosis diaria.

—Mierda...

El susurro de Tomás me forzó a abrir los ojos, estuviera preparado o no. El tipo que había conocido en París, al que había trompeado en su propia fiesta, otrora mentor y en ese momento enemigo público número uno de mi mejor amigo, estaba atado de pies y manos a los postes de la cama con dosel, la espalda sobre el acolchado negro, dos copas de champagne llenas hasta el borde y una botella en la hielera. Tenía una bolsa de supermercado en la cabeza, anudada al cuello. Tomás miró alrededor, recorrió la habitación, como si buscara algo. Regresó junto a la cama y se quedó mirando el cuerpo rígido. Parecía estar en shock. Me acerqué y puse una

mano en su brazo, y saltó como electrocutado.

—¿Estás bien? —Hizo un movimiento con la cabeza que no supe distinguir si era sí o no—. ¿Quieres que llame a la policía?

Tomás se movió rápido, pasándome de largo, saliendo de la habitación.

—No. Yo me encargo.

Sin mirar atrás, guardé mi teléfono y lo seguí.

Dos patrullas de policía llegaron sin luces ni estridencia. Los efectivos bajaron y los móviles partieron. La calle estaba oscura y así permaneció, sumida en el silencio indiferente de sus habitantes. Mientras las pericias se llevaban a cabo en el piso superior, Tomás acompañando a los efectivos en su tarea, Pacheco y yo permanecíamos encerrados en una enorme biblioteca, uno en cada esquina, apenas dirigiéndonos una mirada. ¿Qué pasaría por su cabeza? ¿No iban a llevarnos a tomar declaración? Estaba en sintonía con las fuerzas de seguridad porque casi de inmediato la puerta se abrió y un uniformado entró con una libreta en la mano.

—Señor... si me acompaña... —le dijo a Pacheco y salieron los dos. No tardaron ni cinco minutos, y cuando fue mi turno de sentarme en la mesa de la cocina y decir lo muy poco que sabía, el asistente culposo de Arango ya no se veía por ningún lugar. Cuando terminé mi declaración, vi que llegaban dos patrullas de policías y una furgoneta negra con la inscripción de la Morgue Judicial, todos con las luces rojas y azules encendidas, movilizando las cortinas indiscretas de casas vecinas, que asomaban sus narices para espiar que sucedía.

Tomás parecía abatido. Independientemente de lo que hubiera sucedido entre ellos en el último tiempo y la relación con Paula, ese hombre había sido su líder, su guía, su maestro, casi un padre. Su mayor preocupación parecía ser cómo decirle a su mujer, sus hijas, sus nietos, que su vida había terminado y de qué manera. Subimos a la camioneta y seguimos a la furgoneta negra hasta la morgue judicial. Fue él quien llamó a la esposa y a una de las hijas, con la que más relación tenía, y esperamos a que se

presentaran para prestar conformidad a la autopsia, en el orden de investigación de muerte dudosa.

Odiaba ese tipo de situaciones. Las lágrimas y el dolor de la gente ante la muerte de un ser querido, la angustia de semejante situación. Y como si todo eso fuera poco golpe, el hecho de descubrir la doble vida de esa persona, al descubierto en esa última situación, era algo que hacía todo más doloroso. La elegante esposa apareció con un vestido negro de diseñador y lloró acongojada en los brazos de Tomás. Los medios no se hicieron esperar, aparecieron casi al mismo tiempo que la señora.

Tomás había dejado su teléfono conmigo mientras acompañaba a la viuda a reconocer el cuerpo, sosteniéndola como si no tuviera fuerza en las piernas para caminar por sí misma. En ese momento entró un llamado de Paula.

—Hola.

—Vince... ¿Me equivoqué de número? Quería llamar a...

—No. Yo tengo su móvil.

—¿No está en casa? ¿Está bien?

—Sí, ¿Estás bien?

—Yo sí... ¿Tú estás bien? ¿Por qué no viajaste? ¿Qué pasó? Pásame con Tomás.

—Él está... ocupado.

—Dime que está bien —Paula podía sentir aún a mil kilómetros de distancia que algo estaba pasando.

—Está bien. Él está bien. Yo estoy bien.

—¿Dónde están?

—En la morgue...

—¿Qué? —Gritó, asustada— ¡Dios mío! ¿Qué pasó?

—Cálmate...

—Dime qué paso... no le pongas suspenso... —La escuchaba hiperventilar de los nervios.

—Arango está muerto —La línea quedó completamente muda. Esperé un tiempo prudencial para recibir su respuesta, pero ni siquiera la escuchaba

respirar. ¿Se habría cortado la comunicación?— MaP. ¿Me escuchaste?

—¿Qué... qué pasó? Cómo...

—No sé mucho... El asistente llamó a Tomás y volvimos del aeropuerto. Él lo encontró en su casa.

—¿Cuál?

—En Barrio Parque.

—Necesito hablar con Tomás. ¿Cómo está él?

—Bien. Conmovido pero bien. Ahora entró con la viuda.

—Por favor dile que me llame. Él tiene el número del hotel. No importa la hora, dile que no voy a ir a dormir hasta que me llame.

—Ok.

—Voy a sacar el primer vuelo...

—No creo que sea necesario.

—Quiero estar con él. No voy a dejarlo solo en este momento.

—Yo me quedo con él. Olvídalo...

—Dile que me llame.

—Ok. Cálmate. Yo lo hago llamarte.

—Gracias, Vince —Paula terminó la comunicación y me quedé mirando el teléfono.

Ni bien Tomás salió de la morgue, autorizaron la autopsia para que se realizara de inmediato ya que la familia quería hacer el entierro el domingo. Tomás movilizó a sus abogados y habló él mismo con el Fiscal que atendía en la causa intercediendo en nombre de la familia. Fue él quien llamó a dos o tres medios para hacer una pequeña declaración y evitar de esa manera el acoso periodístico a los deudos. Se movió como si estuviera a cargo de la familia, consolando a las mujeres, afrontando los trámites, yendo y viniendo en cada requerimiento. Pacheco había desaparecido, aunque quizás estaba demorado por la policía como sospechoso. Al final dejamos a la viuda en un hotel de Capital porque no quería volver a su casa, y obviamente no se quedaría en la casa de Barrio Parque, hasta que por fin, casi al amanecer, regresamos al departamento de Tomás. Mientras fumaba un cigarrillo en el balcón antes de tomar una ducha, porque ya no había tiempo para dormir, pude escuchar cuando Tomás se encerró en su

habitación con el teléfono y Paula del otro lado de la cordillera.

Se había encerrado en sí mismo, haciéndose cargo de la situación, para no tener que hablar de lo que le estaba pasando por dentro. ¿Cuántas veces en los últimos meses habría deseado que Arango se muriera? ¿Cuánto más fácil sería todo para él si Arango desaparecía? Como si los problemas profesionales fueran pocos, la historia con Paula lo había devastado, pero nada de eso había podido borrar el pasado que tenían juntos, en el que Arango lo había llevado de la mano eligiéndolo como su heredero. Y en su esencia, por más que la vida lo hubiera endurecido con la experiencia, era un chico bueno, de esos que jamás morderían la mano que le daba de comer.

Me bañé, cambié y me dispuse a preparar café mientras Tomás hacía lo suyo. Lo esperé con una taza caliente en cuanto salió de su habitación completamente vestido.

—¿Cómo estás?

—No lo sé.

—Si por alguna razón me vas a decir que te sientes culpable, te pego.

—No lo puedo creer...

—¿Qué te dijo Paula?

—Estaba desenchajada. No durmió en toda la noche esperando mi llamado.

—Te dije que la llamaras antes.

—Lo sé... pero de verdad, era una cosa detrás de la otra.

—Sí... pero...

—Y ahora empieza lo peor, porque los medios se van a alimentar de todo esto y no sé cómo vamos a poder tapar todo...

—¿Poniendo dinero?

—Más dinero. Mientras pueda suscribir el asunto a drogas o juego sexual, estoy conforme, pero...

—¿Qué piensas?

—Con el antecedente de Paula... tendría que pensar que fue con una mujer y se les fue la mano. En esa situación, la mina desapareció. No sé cuáles serán los resultados de las pericias, si encontrarán algo o no. Traté

de cubrir todas las situaciones de contingencia pero no sé cuánto podré contener que la sangre llegue al río.

—¡Qué desastre!

Capítulo 47 — Gritale al diablo

Y el verdadero desastre no había empezado. Los medios de todo el país transmitieron en cadena nacional sobre el asunto. La noticia fue tapa nacional e internacional y las especulaciones dieron vuelta por cuanto revista y programa tocó el tema aunque nunca superó estatus de chisme. Tomás fue el vocero de la familia y manejaba todo desde las oficinas de DepEsp. A primera hora de la mañana mantuvo una reunión a puertas cerradas con Chavelo Gomezcú y después con dos dirigentes más de la FFA.

Yo estaba con él, ayudándolo a terminar los últimos detalles del entierro cuando recibió un llamado. La conversación fue rápida pero suficiente. Después de acceder a una cifra de seis ceros y en dólares, alguien había logrado recabar los resultados de todas las pericias y estaba dispuesto a hacer desaparecer las pruebas que denunciaban que Ramón Arango había muerto durante un juego sexual que involucraba la asfixia, regado con grandes cantidades de alcohol, cocaína y Viagra. Tomás tenía autorización de la viuda para pagar lo que fuera necesario y él lo hizo. Me pidió un minuto, abandoné su oficina y cuarenta después salió con un bolso negro al hombro que arrojó en el baúl de su camioneta. No me dejó acompañarlo. Desapareció solo del edificio de DepEsp y volvió una hora después con una caja de zapatos caros bajo el brazo. Volvió a tardar cuarenta minutos antes de llamar a su secretaria para decirme que podía entrar. Y eso fue lo que tomó, literalmente, para lograr mantener limpios el recuerdo y la memoria del Presidente en funciones de la Federación de Fútbol Argentino, prominente hombre de la sociedad argentina, amantísimo esposo, abuelo y padre de familia. Una caja de zapatos.

Fue despedido con todos los honores, velado en la sede de la FFA toda la noche del domingo y enterrado en un cementerio privado del Parque Pereyra Iraola. En beneficio de la familia, el entierro el lunes evitó la avalancha de curiosos. Durante el velatorio, Tomás no se movió de al lado del féretro, acompañando a los familiares. Yo no resistí mucho más. Me marché a casa al caer la noche, tomé una pastilla y amanecí al día siguiente, temprano, para acompañarlo al entierro y encargarme, junto a la Gallega, de doparlo hasta el día siguiente cuando Paula regresara al país. En cuanto ella estuvo en Buenos Aires yo volé a Chile y regresé cuanto antes.

Pasado el primer golpe y habiendo enterrado el cadáver, nunca más literal, fue el momento de pensar en el futuro. ¿Y ahora qué? Tomás había pedido una línea directa con el 0800 celestial y recibió parte del milagro. De todas formas, lo ocurrido no cambiaba las cosas para bien, sino que las empeoraba dramáticamente. Por el estatuto de la FFA, en caso de dimisión o fallecimiento del titular, ascendería a la presidencia, el primero en la sucesión, que no era otro que quien había quedado segundo en las elecciones. Después de avanzar una vida eligiendo un nuevo presidente en la Federación, sin ánimo de juzgar quien mejor y quien peor, se volvía a foja cero porque, ¿Adivina quién quedo segundo en las elecciones? En la línea de sucesión, seguían Alejandro Donadasco y Chavelo Gomezcu en ese orden, y el primero suspendió raudamente sus vacaciones en cuanto se enteró de todo, rapidito para subir de nuevo al trono. Que poco le duró al pobre Arango el dulce néctar del poder y que rápido volvió a ascender Donadasco. ¿Habría sido él quien llamó al 0800? Por sí o por no él había sido el gran beneficiario y se disponía a festejarlo con toda la pompa que creía merecerse.

Alejandro Donadasco asumió de nuevo como Presidente de la FFA a la semana siguiente, y quince días después de la muerte de Arango, Tomás recibió una invitación a una fiesta en el Conrad Hotel de Punta del Este para festejar el retorno del viejo líder del Fútbol Argentino. Así decía en dorado la invitación. Tenían todo pago, viaje en avión, alojamiento, comidas y la fiesta. Paula también recibió su invitación aparte pero, en vez de devolverla, informando que ella asistiría como pareja de Tomás Veristartúa, decidió hacer un último intento por empatarme con la Gallega, invitándonos a los dos y poniendo cara de santa al decirnos que la habitación era doble. Fracasó de nuevo y estrepitosamente. La Gallega ya tenía sus pasajes a España para visitar a su familia. Pero yo no me negué.

Un nuevo capítulo se abría en la novela de intrigas, dinero y poder detrás de las puertas de la FFA. La guerra había sido declarada y en ella, la batalla por los derechos de televisación pasaba a tener carácter de bastión. Los dos frentes comenzarían a definirse esa misma noche, después de las declaraciones de Chavelo Gomezcu negándose a asistir a la gala y cuestionando la legitimidad del poder de Donadasco. A los ojos del mundo,

todo volvía a foja cero pero la realidad era otra: El poder del “Don” se había resquebrajado, los que se habían alineado abiertamente detrás de Arango no tenían retorno, aunque podía existir una ley de amnistía para los traidores. Esa noche se definirían las lealtades y Tomás tendría un panorama perfecto de cuál era la situación y sus posibilidades en la renovación del contrato. Utilizaría ese momento para saber dónde estaban unos y otros, cuáles eran sus posibilidades y que podía hacer para cambiarlos de bando. El rey ha muerto, viva el rey. No está muerto quien pelea y era el momento de Tomás de pelear por ese reino.

En cuanto terminé de prepararme, bajé al salón Príncipe del hotel y un mozo me acompañó hasta la mesa 23 donde Paula y Tomás me esperaban. Por la numeración, pensé que estaríamos muy alejados de la mesa principal, pero sólo nos separaba una mesa y yo había llegado tarde para variar; estaban levantando la vajilla del primer plato. Tomás estaba de costado hablando por teléfono, Paula haciendo un esfuerzo para disimular su fastidio, conversando con dos parejas que debían sumar la edad del mundo entre los cuatro. Sonrió cuando me vio acercarme y me incliné para saludarla.

—Buenas noches, disculpen la demora —Hicimos las presentaciones correspondientes y me senté a su lado; Tomás me saludó con la mano pero no cortó la comunicación—. ¿Qué pasa?

—Está transmitiendo en vivo desde el teléfono móvil... —dijo, entornando los ojos y acomodando su peinado con una mano, mirando después con disimulo por sobre su hombro. Seguí su mirada a la mesa principal. Donadasco estaba justamente en el medio, con ambos brazos estirados sobre los asientos laterales, uno de ellos ocupado por una dama de alta sociedad recubierta en sedas y joyas y la otra silla vacía. Tenía un puro en la boca y sonreía, recordándome a Robert DeNiro como Al Capone en Los Intocables. Sus ojos se cruzaron una fracción de segundo con los míos y volvieron a los de Paula, que giró lentamente y volvió a mirar a Tomás, que terminaba la conversación telefónica.

—¿Qué pasó?

—Nada —dijo él, acercándose a Paula y besando su hombro desnudo.

Ella resopló mientras levantaba su copa llena de agua.

—No dejó ese teléfono desde que entramos a la habitación. No puede desconectarse y disfrutar.

—Esto no es un evento social, sigue siendo parte de mi trabajo... y tú lo sabes —Enarcó una ceja mirando el contenido de su copa y apretó los labios —. No es una noche de placer... hoy se van a definir muchas cosas.

—Lo sé.

—Entonces ahorrémonos la escena, Pau... —Estiró el brazo por sobre los hombros de ella y volvió a hablar con los dos hombres que compartían nuestra mesa. Eran dirigentes de fútbol argentino, sus equipos no estaban entre los grandes pero los votos dentro de la FFA no dependían de cuantos hinchas tenía cada club o cuanto sumaba la valuación de los jugadores de sus equipos, eran nominales y cualquiera sumaba tan bien como otro. Un mozo se acercó y enumeró las tres opciones de postre para esa noche. En ese mismo momento Paula se enderezó en su asiento y apretó el sobre negro de terciopelo que combinaba con su atuendo. Pidió helado y se disculpó de la mesa para tomar su camino hacia el tocador. Tomás abrió el teléfono que vibró en su mano y se levantó de la mesa, alejándose hacia los ventanales del salón en el extremo opuesto. Mis ojos instintivamente siguieron a Paula hasta que llegó a las puertas, en el otro extremo del lugar. Pude apreciar su vestido Channel/Lagerfeld original negro con una sola manga larga y la espalda atravesada por una cadena dorada de extremo a extremo. Sus sandalias, de tacón aguja y negras como el vestido, repetían el detalle de las cadenas doradas con el logo de la tradicional Maison francesa. Miró atrás y desapareció por la puerta de la izquierda. ¿Por qué ese gesto siempre desataba lo peor en mí? ¿Por qué mis ojos fueron a la mesa principal, cuya cabecera estaba vacía? ¿Iba a volver a caerme a golpes de nuevo con el dueño de la noche por culpa de Paula?

Encendí un cigarrillo y me puse de pie, recorriendo el mismo camino que ella, resignado a mi suerte. Quizá, después de todo, esa debía ser mi misión en la vida, perseguirla por los baños del mundo para evitar que cayera en el pecado y la profesión más antigua de la humanidad. Tomás me detuvo cuando di el segundo paso. Lo que me faltaba, que Tomás se sumara a mi

cruzada. Definitivamente esa noche iba a terminar en tragedia.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando me hizo girar para escucharlo.

—¿Te puedo pedir un favor? —Miré la puerta por donde Paula había desaparecido para verificar que nadie había entrado o salido de allí.

—Lo que quieras.

—Voy a tener que dejar a Paula sola para tener una reunión. ¿Podrás encargarte de ella?

—¿Reunión?

—Gomezcú está en el hotel. No en la fiesta. Nos vamos a reunir con él en cuanto esto termine. ¿Puedes llevarla al casino o a la disco?

—Seguro.

—Yo me reuniré con ustedes en cuanto termine.

—Sí. No hay problema.

—Vince... —dijo, sujetando mi brazo con fuerza— No la dejes sola...

—Ok.

—Gracias. Me salvaste de nuevo —Sonreí sin alegría y me palmeó el hombro dos veces antes de desaparecer del salón casi corriendo. Retomé mi camino y abrí la puerta. Paula estaba retocándose el maquillaje inclinada sobre el espejo. Me miró en él y levantó ambas cejas.

—Es el baño de damas.

—¿Qué estás haciendo?

—Pintándome los labios... ¿Por qué? Vas a ayudarme?

—¿Te ibas a encontrar con Donadasco? —Los ojos de Paula brillaron como cada vez que mi pregunta daba en el blanco. Terminó de delinear sus labios y giró sobre sí, apoyándose en la mesada de mármol negro

—¿Por qué haría eso?

—¿Por qué el tipo te mira insistente y alevosamente desde que llegamos?

—¿Me mira a mí... o a Tomás?

—No lo sé. ¿Donadasco es cliente tuyo?

—No —dijo, con absoluta seguridad.

—¿Donadasco “fue” cliente tuyo?

—Sí. Lo “fue”.

—Por él fuiste a París, ¿Verdad? No fue por Arango, sino por

Donadasco. Y de paso, te hiciste otro cliente —Levantó una ceja como única respuesta, cruzando ambos brazos sobre su pecho—. ¿Él también te está acosando como Arango? ¿Por eso te invitó? ¿Para su festejo personal?

—Tu imaginación está volando fuera de la estratósfera, Vince —Revolvió dentro de su sobre y dio un paso para mirarse en el espejo de cuerpo entero en la pared opuesta. Quiso pasar por mi lado y la detuve del brazo.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Él no me ha llamado... —La seguí hasta la mesa y nos sentamos detrás de los dos platos de postre que habían dejado en nuestros lugares. Paula levantó la cuchara y la hundió en el helado. Tomás se acercó a la mesa, la abrazó desde atrás y se inclinó para robarle la cucharada cargada.

—Amor... tengo una reunión. ¿Te quedarás con Vince? —Paula dejó caer la cuchara contra el plato y todos en la mesa nos miraron.

—¿Qué significa eso?

—Gomezcú está aquí... y yo...

—Ok —dijo, poniéndose de pie, empujando su silla y a Tomás hacia atrás—, me voy a mi habitación.

—Pau... —Ella saludó con un gesto de la cabeza al resto de los ocupantes de la mesa y rodeó a Tomás para buscar su salida. Metí dos cucharadas de mi helado en mi boca y abandoné la mesa, siguiéndola, sin molestarme siquiera en mirar a Tomás. Él ya me había dado mi comisión.

No se detuvo hasta que llegó a los ascensores y la atajé del brazo.

—Pau... no te enojés... es su trabajo... es un momento crítico —Apoyó la frente en el marco del ascensor y se apretó el puente de la nariz.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Tengo miedo que le pase algo.

—¿Algo como qué? —El ascensor se abrió y la tomé del codo para hacerla entrar. Reemplazó la pared por mi pecho, apoyándose en mí.

—Estos tipos son muy pesados... y son capaces de hacer cualquier cosa.

—Es una reunión. No va a pasar nada. Nadie va a hacer nada en un

hotel lleno de gente... —La sentí tragar con dificultad y la sostuve de los hombros para que se apartara y me mirara a los ojos.

—¿Y si vas con él?

—¿En calidad de qué? ¿Guardaespaldas? Me falta físico.

—Si se va a reunir con sus amigos, no tiene que dar muchas explicaciones. Si va a reunirse con los otros...

—Se va a reunir con Gomezquí...

—Eso es lo que él te dijo.

—¿Por qué me iba a mentir? —Bajamos del ascensor en su piso, pero volví a detenerla, esta vez apretando suavemente su mano en la mía— ¿Por qué vamos a ir a tu habitación? Vamos a dar una vuelta por el casino.

—No tengo ganas.

—No seas amarga... No desperdiciemos esta noche.

—Me duele mucho la cabeza —No podía hacer nada contra eso, tenía el dolor dibujado en el rostro.

—¿Trajiste medicación?

—Sí —Revolvió su sobre de terciopelo, sacó la tarjeta magnética y abrió la puerta de la habitación. En el medio de la oscuridad, insertó la tarjeta en el panel de luces y todas se encendieron, un lujo moderno y sofisticado para los tiempos de crisis energética que corrían. Seguí mi camino hasta la mesa sobre el minibar, saqué un vaso y lo llené con agua fría. Escuché el ruido de las cadenas de su vestido deslizándose sobre su cuerpo y después el roce de las sábanas mientras se metía en la cama.

—¿Dónde están tus pastillas?

—En el nécessaire negro —Estaba sobre el chifonier, junto a un desorden de maquillaje y perfumes. Saqué dos pastillas de Neurotex; me estaba convirtiendo en una excelente enfermera. Cuando volví a ella estaba tapada hasta el cuello, su vestido y las sandalias, amontonados en el suelo, a los pies de la cama. Me senté a su lado y le entregué el agua y las pastillas. Se las tragó y cerró los ojos mientras se apoyaba en las almohadas.

—¿Con eso también vas a dormir?

—Como un bebé.

—¿Quieres que me quede?

—No. Puedes ir al casino si quieres... yo en diez minutos estoy dormida y no despierto hasta mañana al mediodía... seré una pésima compañía — Aparté su cabello de su rostro y sonreí cuando abrió los ojos.

—Me encanta verte dormir... —Se acomodó de costado con la mejilla apoyada en ambas manos como si fuera una niña pequeña. Cerró los ojos y sonrió.

—Es una habitación para no fumadores —Miré alrededor, angustiado, buscando una ventana. Se rio entre dientes sin abrir los ojos—. Las ventanas no se abren en este piso.

—Perra.

—Siempre. Ve. Yo ya estoy entrando en estado alfa. Si te sientes con ánimo de jugar al guardaespaldas, ve a buscar a Tomás.

—Es un niño grande... estará bien.

—¿Estás seguro? —Su voz empezaba a deslizarse sobre la pista fría del sueño. Bese su frente y me levanté despacio.

—No te vayas de parranda por ahí —Llegué hasta la puerta y miré el panel de control donde había puesto la tarjeta; presioné todos los botones hasta que sólo quedo la luz indicadora del panel encendida. Cerré la puerta detrás de mí con cuidado.

Recorrí el hotel, su casino, sus dos discotecas con música moderna y de los 80, caminé por el jardín iluminado y la piscina. Me senté en una roca y dediqué a adivinar el límite entre el mar y el cielo, negro y sin estrellas. Las palabras de Paula me dejaron en suspenso la sensación de que esa noche no iba a terminar bien. Tendría que haber ido a buscar a Tomás y ver si estaba bien; le había enviado un mensaje pero no había contestado. Traté de relajarme y pensar en otra cosa, desintegrando el cigarrillo en una sola bocanada. Estábamos en un lugar público, lleno de gente, caro y seguro, ¿Qué podía pasar? Redondeé dos horas de aburrimiento y soledad, enroscado en mis pensamientos, hundiéndolos en el oscuro mar. Me di la vuelta y miré hacia arriba, al imponente edificio cuyas luces mayormente estaban apagadas y los balcones solitarios; dirigí mi mirada de nuevo al mar, aislándome del ruido y la gente. Un escalofrío me recorrió la espalda y de pronto un sonido que nunca en mi vida podría sacar de mis oídos, un

impacto húmedo contra un techo, rompió el silencio de la noche. Hubo un grito, luego varios, de pronto todo fue un pandemonio de gente entrando y saliendo, congregándose al otro lado de mi refugio; mi sexto sentido, ése que rara vez utilizaba pero nunca fallaba, me dijo que de alguna manera esto me iba a tocar y no de manera gentil.

Corrí hacia donde estaba la multitud, muchos vestidos como yo pujaban por saber y a algunos los reconocí como invitados de la fiesta. El murmullo crecía como un ejército de grillos, convirtiéndose en diálogos incongruentes, gritos histéricos, pasos retumbando y órdenes aisladas. Mi imaginación, como siempre, se disparó al infinito y mi mente se focalizó en un único nombre. Tomás. Si los miedos de Paula se habían materializado, no quería encontrarme con un mensaje mafioso y él ahorcado con una sábana, colgado desde la altura de alguna ventana. ¡Dios! Que fuera cierto lo que ella dijo que no podían abrirse, nunca lo comprobé. Que Tomás estuviera bien y a salvo de cualquier peligro; si algo llegaba a pasarle....

Los rostros coincidían en una sola cosa. Terror. Un cordón de seguridad se armó de inmediato y la gente comenzó a retroceder; empujé hasta chocar con un tipo uniformado, sobre el cual pude ver el cuerpo semidesnudo de un hombre tendido boca abajo sobre un charco de sangre. Una mano pesada en mi hombro me hizo saltar y gritar, asustado al borde de ensuciar mis pantalones. La presa de su agarre llegó casi hasta el hueso.

—¿Dónde está Paula?

—Tomás... —exhalé con alivio, dándome la vuelta y reprimiendo la necesidad de abrazarlo como una fanática emocionada. Sus ojos miraban alrededor entre la multitud, buscando. Buscándola.

—¿Dónde está Paula? —repitió, más serio y más preocupado.

—Durmiendo... en su habitación.

Sus ojos destellaron con furia cuando se encontraron con los míos. Giró sobre sus talones y apartó a la gente bruscamente, haciéndose lugar hasta reingresar al hotel, conmigo tras de él. Traté de detenerlo para que me explicara que estaba pasando ahí, pero se escapó de mis manos. Lo alcancé

en el ascensor, y cuando me tuvo a mano, ladró:

—Te dije que no la dejaras sola.

—¿Qué está pasando? —Entramos al ascensor y presionó continuamente el botón de su piso, como si con ello rompiera el código de seguridad y saliera disparado a destino al doble de su velocidad. Me apoyé en la pared posterior y lo miré sin decir nada. Salió despedido ni bien las puertas se abrieron lo suficiente para que pudiera pasar. En mis venas la adrenalina bullía por la necesidad de respuestas pero no había ni una; el exceso de hormona suprarrenal me envalentonó para sujetarlo del brazo de nuevo, detenerlo y hacerlo girar. Repetí la pregunta por si el mensaje no había llegado:— ¿Qué pasa?

—¿No lo viste?

—Un tipo cayó...

—¿Un tipo? Era Donadasco...

Mi rostro se transformó en un espejo de la expresión de Tomás. Desconcierto, sorpresa y el inevitable recuerdo de la muerte de la que también fuimos testigos de lujo un mes atrás. Sacó la tarjeta magnética y la insertó en la cerradura electrónica una vez, otra vez, negándose a abrir. Sacudió la puerta dos veces y entonces mi angustia se le sumó al miedo, como cuando éramos chicos, con dieciocho años y no la encontrábamos, hasta que lo hicimos. Tomás se apartó y con una sola patada hizo saltar el mecanismo que no le respondía; la puerta rebotó contra la pared pero ni siquiera lo tocó, porque él ingresó como un rayo.

La habitación estaba completamente oscura, tal como yo la había dejado. Intentó encender una luz pero nada sucedió, esclavos de la modernidad y el ahorro de energía, nada sucedería hasta que colocara la maldita tarjeta en el panel de control. Retrocedí sobre mis pasos para buscarla en el pasillo y colocarla allí. Tomás no esperó y se acercó a la cama donde, iluminada por el reflejo de la luz exterior, podía ver a Paula durmiendo serenamente, ajena a todo lo sucedido.

—Pau... —Coloqué la tarjeta en el dispositivo de luces pero no encendí ninguna. Tomás la sacudió un poco hasta que comenzó a moverla con más

fuerza. No quise acercarme. Por sobre el hombro, le hablé a Tomás en un hilo de voz.

—Está dormida... tomó una pastilla... Yo... —No me dejo continuar. Golpeaba suavemente su rostro, intentando hacerla reaccionar, pero era inútil. Sin mirarme pero levantando la voz, ordeno:

—Busca un médico...

Corrí por el pasillo hasta el ascensor, esperé sin desesperar, repitiendo mentalmente que yo le había dado la pastilla, que estaba durmiendo, que Tomás estaba preocupado innecesariamente solo por lo sucedido. Aún así, con toda esa diatriba, mi cuerpo se impulsaba solo a través del inmenso salón de recepción donde había una congregación importante de todo tipo de gente. Me enfoqué en encontrar alguno con uniforme sanitario. Encontré un paramédico.

—Necesito un médico... —El tipo dejó que lo llevara y desandamos mi camino. Entramos a la habitación donde Tomás seguía intentando hacerla reaccionar.

—¿Qué sucedió? ¿Tomó algo?

—Respira... pero...

Los dos me miraron a mí cuando me moví al chifonier y alcancé el nécessaire de Paula. Saqué la caja de Neurotex. El médico miró la caja y arrugó la frente, tomando el lugar de Tomás al borde de la cama junto a ella. Revisó sus pupilas y le tomó el pulso. La acomodó de nuevo en la cama y la cubrió con la sábana hasta el pecho.

—¿Desde cuándo toma esto? —Tomás me miró y yo me rasqué la cabeza adivinando más que sabiendo a ciencia cierta.

—Ella tuvo un accidente a los diecisiete años y sufre terribles migrañas. Tengo entendido que es para esos dolores.

—Sí. Es una prescripción bastante fuerte. ¿Tiene algún problema neurológico? —Tomás volvió a mirarme y los dos debemos haber pensado en la misma línea, parte chiste negro y sarcasmo, mucho de machismo misógino.

—No que yo sepa —Tomás se encogió de hombros dejando en claro que

tampoco sabía.

—Bueno... este tipo de calmantes es muy potente y a primera vista está profundamente dormida. Que no duerma más de diez horas para que se queden tranquilos y que alguno de ustedes la acompañe a su próxima visita al neurólogo para que revisen la dosis y se haga estudios complementarios. Quizá tiene una dosis muy alta para su peso y la derrumba como tranquilizante para caballos.

—Seguro. Gracias, Doctor.

—Gracias, —dije, estrechando su mano—, y disculpe... por haberlo arrastrado sin explicaciones sólo porque Paula no se despertaba.

Acompañé al médico hasta la puerta de la habitación y después de cerrar la puerta, apagué todas las luces excepto la que estaba junto al minibar. Tomás se dirigió allí y sacó cuatro botellitas miniatura de whisky, dos vasos y un poco de hielo. Vacío el contenido en ambos y estiró uno para que lo tomara mientras caminaba al ventanal; desde ahí podía ver el reflejo de las luces policiales. Bebí un trago y me entregué al vértigo, con la mezcla de esa noche y el corolario de esto, me iba a ir sin escalas al reino de los sueños. Él se dejó caer en uno de los sillones y bebió el líquido ambarino en dos tragos, dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Levanté el vestido de Paula y lo acomodé en otra silla para poder ocupar el sillón individual; tropecé con una de sus sandalias y trastabillé sin caer, haciendo equilibrio en dos pasos más. Por suerte, nada del contenido del vaso se derramó. Tomás levantó la cabeza y esperó a que me sentara.

—¿Qué fue eso? —dije, mientras él se levantaba de nuevo y revisaba el minibar en busca de más alcohol, o una buena respuesta.

—Tengo miedo a preguntar. Cuando llegué y lo vi tendido en el piso, desnudo... lo único que pude pensar fue en Arango.

—¿Estaba muerto?

—Si cayó de su habitación... creo que era uno de los últimos... —Dejó la frase inconclusa, yo no necesitaba mucho más. Había contado los pisos esa noche.

—¿Tienes alguna idea de cómo pudo haber pasado? —Se bebió lo que fuera que había ahora en su vaso y su mirada se ensombreció. Miró hacia la

cama como si quisiera verificar que Paula seguía dormida.

—No —El silencio entre ambos se hizo incómodo, extrañamente denso e incómodo. Vací rápidamente el contenido del vaso en mi garganta y me puse de pie. Mis ojos vagaron sobre la cama a oscuras y Tomás se puso de pie para acompañarme hasta la puerta.

—Si necesitas algo con MaP, avísame.

—Seguro. Lo haré. Gracias por todo —Golpeé su brazo y salí por la puerta que él mantenía abierta para mí. Cerró antes de que mi cuerpo estuviera completamente afuera, la madera empujando mi espalda.

¿Qué había pasado? volví a preguntarme, mientras aprovechaba el territorio neutral y encendía un cigarrillo que me ayudara a pensar. Miré a la puerta que dejaba atrás. Había sido testigo de dos muertes que se relacionaban, directa o indirectamente, por cuestiones económicas, laborales y afectivas, no sólo entre ellos sino con mis dos mejores amigos. Si no hubiera sido yo testigo, si no estuviera emocionalmente vinculado con los dos, estos hechos no hubieran sido algo más que una amarga coincidencia que hacía parecer el sillón presidencial de la FFA como maldito, y no una entreverada telaraña de intereses que mi mente se había dado en construir en menos de dos minutos y cinco pasos.

Dejé caer el cigarrillo encendido en el piso cubierto con alfombra y lo aplasté con el pie hasta la extinción, enojado conmigo mismo por siquiera pensar en eso.

Capítulo 48 — Nona

Pude abrir los ojos en el presente, ya había llorado demasiado mi pena, mi desilusión, mi pérdida, como si las lágrimas pudieran devolverme lo que había perdido con el paso del tiempo, como si sus surcos húmedos pudieran curar las heridas o borrar las cicatrices. Nada más alejado. Casi diez años atrás mi mundo caía en pedazos tal como lo conocía; la tragedia, vestida de mujer, pateaba mi tablero de ajedrez y me demostraba que no importaba que tan bueno pudiera ser uno en esta vida, que tan bien hubiera querido hacer las cosas, la vida tomaba un rumbo inevitable y que el timón de la nave no estaba en nuestras manos, aunque nos diera esa ilusión. Nada de lo que nos pasaba era más que una puesta en escena caprichosa en la que nosotros no éramos más que marionetas a las que cualquier cosa podía cortarles los hilos y el guión, que nosotros no escribíamos, podía subirnos a lo más alto de la marquesina o sacarnos del escenario, en un abrir y cerrar de ojos. Podíamos tener toda la ilusión de ser los dueños de nuestra vida pero en la realidad era otro el que gritaba ¡Corten!

Podía llorar diez años más y nada de lo ocurrido cambiaría. Diez años. Tantas cosas pasaron en diez años, tantas cosas que me modificaron para siempre y que me hicieron el que soy, ni mejor ni peor, ni bueno ni malo, pero a todas luces, el perdedor de esa historia. El testigo requerido, el público necesario, para que esa historia que yo no escribí y que sólo musicalicé un par de veces, cobrara vida y sentido. Después de todo, que es un libro que no se lee, una película que no se ve, una canción que no se escucha. Nada. Vacío, oscuridad, silencio.

Revisé mis mensajes, el mail de Andrea movió un poco las nubes, como si a la distancia pudiera intuir el trazo de mis recuerdos; cualquier cosa que escribiera delataría mi sufrimiento, así que contesté rápido y confirmé mi pasaje para la noche siguiente en el primer vuelo de Air France. Nos encontraríamos y saldríamos de vacaciones, todo quedaría atrás. Andrea conocía lo más oscuro de mi alma y mis más escondidos secretos, y todos ellos estaban enterrados en esta ciudad. El siguiente mensaje marcó el futuro de mis pasos.

“Esta noche cena en casa. No puedes faltar.”

Había una sola una mujer en mi vida que convertía las invitaciones en un orden y sólo por ella decidí sacar la parte linda del final de la historia para aferrarme a hermosos recuerdos y poder simular que había sobrevivido a la tragedia intacto. Mi agenda entonces debía ser terminar de escribir lo que había empezado, bañarme, afeitarme, cambiarme, levantar los regalos de los niños y el bebé en camino, pedir un auto de alquiler con destino a Pilar y llegar con las últimas luces del día a la Mansión de los Veristartúa. Era extraño que Tomás no me hubiera escrito o llamado, pero de todos, él era el más obediente a mis órdenes y pedidos. Siempre que le dije que no me llamara, fue exactamente lo que lo hizo.

Después de los eventos en el lujosísimo hotel de Uruguay, tuve que marcharme a recorrer el continente de punta a punta siguiendo a los políticos en diferentes cumbres y convenciones que me llevaron a Vancouver, New York, Washington, México DF, Panamá, Caracas, Quito, Curitiba, Santiago y de regreso a mi Buenos Aires querido.

Estaba extenuado, pero eso no fue excusa válida para rechazar la invitación a cenar en el departamento de Paula y Tomás. Había novedades y muchas, y de las mejores. Además, mientras estaba en Washington, a punto de entrar a una mini conferencia de prensa con el presidente de turno, la Gallega afrontó un momento terrible en su familia cuando su padre tuvo un accidente por el que debería pasar el resto de sus días en una silla de ruedas. Había regresado de España esa semana y pese a haber hablado con ella casi todos los días, estuviera donde estuviera, en realidad sentía que debía estar a su lado. Sin embargo, no había estado sola, Paula había viajado con ella y después Tomás se había reunido con las dos.

Llegué a la casa de Paula con una bolsa cargada de regalos para mis dos mujeres. Ni bien Tomás abrió la puerta del departamento me di cuenta que la cena era mucho más formal para lo que yo iba vestido, la mesa puesta con calidad de restaurante internacional y la comida no parecía casera en lo más mínimo. Y no estaríamos nosotros solos. La pareja que estaba sentada en el sillón del living era conocida para mí, pero por referencia. Tomás hizo, como correspondía, las presentaciones del caso.

—Este es mi amigo Vincent Lacourlig, corresponsal de París Match. Él es Chavelo Gomezcu, actual presidente de la FFA y su esposa, Amelia — Estreché la mano de ambos y sonreí a la par de Tomás.

—Mucho gusto... y felicitaciones por el cargo.

—Gracias. Esperemos que la leyenda no sea real y no esté maldito el despacho. Mi mujer está particularmente preocupada —Amelia sonrió mirando para el piso, entre avergonzada y asustada.

Una parte de mí se compadeció de la mujer, desconocía si su marido tenía incursiones extramatrimoniales o adicciones mezcladas que pudieran producirle un accidente cerebro vascular, aunque no siempre se necesitaba un “empujón” de ese tipo para ser víctima de esos problemas.

—No te preocupes, Amelia, la tercera es la vencida —dijo Tomás besando la mano de la mujer y despejando los miedos con su personalidad encantadora. Y hablando de encantadoras, las mujeres que faltaban hicieron su aparición triunfal por la puerta de la cocina, su nueva y mejorada sala de conferencias, portando los platos rectangulares con una amplia variedad de sushi. Las dos me saludaron al pasar y todos nos sentamos en la mesa para hablar de lo mejor de la vida.

La cena fue, sin lugar a dudas, cálida y honestamente entretenida. Chavelo Gomezcu era de verdad un buen tipo, de esos que se delatan a sí mismos entregándose a las buenas causas y a hacer de sus causas un hecho de bien, preocupado por el bienestar de las personas que lo rodeaban, por hacer de su gestión una actividad transparente y democrática, abierto al diálogo y diametralmente opuesto a lo que había podido conocer de sus dos antecesores. Los otros dos parecían déspotas, soberbios y autoritarios, y ya solo por esas diferencias, era bueno que Gomezcu estuviera donde estaba, siempre y cuando el sillón no estuviera maldito y pudiera sobreponerse a las vicisitudes de lo más alto del poder sin tener que pagar por ello un precio tan alto como corromperse o morir en el camino.

Su asunción como Presidente de la FFA era el motivo principal de la celebración, el público, porque el privado, aunque todos sabíamos, era el

hecho de que DepEsp volvía a ser número puesto para obtener la licencia para las transmisiones de los partidos de Primera División, la cobertura global de la Selección Nacional y los programas de análisis periodísticos y partidarios. Y el proyecto, tal cual estaba previsto inicialmente, permitiría tomar lo mejor de todo, que éstos partidos pudieran ser transmitidos por la televisión abierta, accesible a todos los televidentes, sin pagar un centavo. Que los verdaderos beneficiados fueran los televidentes, disfrutando de excelentes transmisiones con tecnología de punta, profesionales preparados, que los canales pudieran recaudar enormes cifras en publicidad para solventar los valores que debían pagar, que DepEsp pudiera mantener sus empleados y cobrar por sus servicios, y que el Estado dejara de pagar cifras siderales provenientes de las reservas que tranquilamente podían ser fondos redirigidos adecuadamente a los sectores sociales más necesitados, creando más hospitales y escuelas, construyendo viviendas, beneficiando a nuestros ancianos y brindando más trabajo y seguridad en pos de una sociedad mejor. Ya me sentía en el medio de un spot publicitario de Tomás, porque en definitiva, ese era su argumento, yo no tenía el conocimiento más que para repetir sus palabras como la fuente fidedigna que siempre había sido.

Terminada la cena y el postre, Paula, la Gallega y yo nos marchamos a la cocina a preparar café, lo cual me dio la pausa necesaria para el primer cigarrillo de la noche, que me venía picando en las manos desde que había llegado. Me paré en la puerta de acceso al lavadero y las dejé trabajar con la cafetera y las delicadeces dulces mientras Paula me ponía al día de sus actividades.

—Fui al médico y todo está muy bien. La semana que viene me voy a hacer la extracción de los óvulos...

—Entonces —dije, mirándola fijo—, es una decisión tomada. ¿Vas por la madre sustituta?

—Sí.

—¿Y cómo vas a hacer? —Ella sabía a lo que me refería. La legislación argentina aún no contemplaba ese tipo de operaciones, por eso habían contactado un médico especialista en Estados Unidos. ¿Habría encontrado ya el vientre? Tragó con fuerza sin mirarme, sirviendo con cuidado el café

humeante en las pequeñas tazas blancas con arabescos negros. La Gallega puso una mano en su hombro y la instó a mirarla. Las dos sonrieron, cómplices, y abandonó la cocina con la bandeja cargada. Paula acomodó las tazas con cuidado y me miró sonriente.

—Ya tengo una madre sustituta. Sólo quedan algunos estudios más y el mes empezaremos los trámites.

—¿Ya? ¿Estás segura?

—Lo estamos. Los tres. Tomás está un poco escéptico con...

—¿Es la Gallega? —Escupí la pregunta sin pensarlo, esperando la carcajada y la negación. Ella solo apretó los labios y retrocedió apenas. Asintió en silencio y se miró las manos, apretándolas con fuerza.

—¿Está mal?

Miré alrededor de la cocina como si buscara la respuesta colgada en alguno de los anaqueles. Todo quedaba perfectamente ensamblado, como si Dios lo hubiera planeado de esta manera desde el principio. ¿Tenía yo derecho a meter la cola y aportar mis dudas, que, casi podía dar por sentado, debían ser las mismas que las de Tomás? ¿Y que si, después de nueve meses de gestación, la Gallega no podía desprenderse de ese bebé? ¿Qué sería de ella, viendo crecer en una familia ajena, al fruto de su vientre? ¿Dónde la dejaba a ella la situación de deformar su cuerpo, arriesgar su vida y su corazón, en pos de un bienestar que no era el suyo? Y entonces, de la nada, la respuesta vino a mí como un rayo de sol del amanecer. Si yo tuviera la posibilidad de hacerlo, si yo pudiera gestar en mi cuerpo el fruto del amor de Paula y Tomás, para darle a ambos la posibilidad de ver materializado en una personita, en una familia, el epítome de la felicidad, ¿No lo haría? ¿Me negaría? No. Es más, hubiera querido ser yo el artífice de ese milagro, en lugar de la Gallega.

—No está mal. Para nada. Si yo pudiera hacerlo... lo haría —Si tan sólo la naturaleza hubiera sido un poco más generosa conmigo, sólo un poco más. La miré con lágrimas en los ojos y la abracé con cuidado. Paula dejó salir un suspiro y se aferró a mi cintura, hundiendo su cara en mi pecho. Me hubiera quedado así para siempre, pero no quería hacerla llorar, no por esa noticia que tenía que ser un hecho de felicidad.

—Lo sé... —dijo, acomodándose contra mí, descansando en mí. Maldije mi naturaleza. Había tantas cosas que quería ser y podía agregar esa a mi lista de fracasos. Esa vez, también, me habían ganado de mano.

—Te quiero.

—Yo también.

—¿Qué nombres te gustan? —La sentí sonreír sobre mi pecho. Si alguien la conocía era yo, y a esa altura, ya tendría el diseño de la habitación, todo el ajuar del bebé hasta los dos años y los nombres, eso era seguro.

—Seguimos peleando por el de niña. Yo quiero ponerle Nona. Tomás dice que estoy loca. Él quiere llamarla Paula. Y si es varón... —Levantó los ojos y me miró, las lágrimas que los hacían destellar eran de alegría, de emoción — No hay discusión. Necesito mi propio Vincent.

La abracé de nuevo e inspiré profundo tratando de no llorar. ¿Podía acaso quererla más? No.

No fue hasta que terminó la velada, y llevé a su casa a la Gallega, que el tema volvió a la conversación. Necesitaba saber qué y cómo se sentía ella.

—Así que... ¿Decidiste incursionar en la maternidad?

—¿Ya te lo dijo Paula? ¿O fue Tomás?

—Paula. Tomás es más reservado en esos temas.

—Es verdad... Paula es más bocazas...

—¿Tú no me lo ibas a contar?

—Es algo muy privado y de ellos. Les correspondía hacerlo.

—Pero es tu cuerpo. ¿Pensaste en todas las implicaciones? ¿Las complicaciones?

—¿Qué me quieres decir? ¿Que no lo haga?

—No. Simplemente quiero saber cómo te sientes tú con esto.

—Como que estoy haciendo un enorme bien a dos personas que quiero.

—Dando una parte de tu vida...

—No lo veo tan así.

—¿Y no tienes miedo que eso pueda cambiar? Pasa mucho...

—Sí... he visto películas...

—Paula y Tomás son mis mejores amigos, pero también te quiero a ti,

Gallega... Y no quisiera que sufras... ni que sufran ellos —Volteó la cabeza hacia la ventanilla, mirando el paisaje que se desdibujaba detrás del vidrio.

—Lo he pensado mucho —dijo con la mirada ausente— y tengo algunos miedos. Pero ninguno tiene que ver con el hecho de que no pueda desprenderme del bebé. Sé que no habrá mejores padres que ellos, que podré verlo y tenerlo y disfrutarlo como una buena tía. Y que ellos sufran las noches de insomnio y enfermedad mientras yo lo tengo y lo apretujo y besuqueo dos horas por día. Es un buen canje, lo mejor de la maternidad.

—¿Estás segura?

—No. Pero qué más da. Paula me necesita... Tomás también —La inflexión en su voz cambió por algo más profundo, sutil e imperceptible, pero presente ahí. Interrumpió el silencio meneando la cabeza, sacudiéndose los miedos, las dudas y los recuerdos—. Si puedo hacerlo por ellos, lo haré. Nunca me interesó particularmente la maternidad... y si sigo por este camino...

—¿Qué camino?

—Vamos. Cuantos hombres conoces que quieran compartir su vida con una mujer adicta al trabajo, independiente, mandona, hiperactiva...

—No es así. Hay hombres que darían su brazo derecho por tener a una mujer como vos.

—¿Sí? ¿Quién? ¿Tú? Que seamos amigos es sólo una consecuencia de que has sido lo suficientemente hábil y sagaz para escaparte de mis garras.

—¿Y perderme una amiga como tú por una noche de sexo desenfrenado? Tentador... pero paso.

—¿Ves? Soy una amiga genial... pero me quedaré para vestir santos. Si a lo largo de los años sigo soltera y llego a los 35, le pediré a Paula uno de sus embriones congelados. Imagina que tipo de niña podría llegar a tener — No sabía si reír o llorar por el comentario. Sentí que estaba en el límite del crimen y el pecado.

—Eso es demasiado para mi imaginación... ¿Por qué usar embriones ajenos si no debes tener problemas con los tuyos? Si no encuentras marido, te sirvo de donante.

—Hecho... siempre y cuando estés dispuesto a que extraiga la muestra a la vieja usanza.

—Gallega... —Me sentí como un idiota acorralado. Quizá sería mejor dejarla que se sacara las ganas y acostarme con ella de una vez, pensó mi ego inflamado ante la indirecta adulación, aunque una parte de mí sentía que todo era una cortina de humo, casi tan perfecta como la mía.

Los motivos de celebración no paraban, y una vez firmado el mega contrato entre la FFA y DepEsp por quince años, con revisión cada cinco años, llegó el momento de gloria de Tomás y su empresa, al desembarcar de lleno en todos los Estados Unidos, aclamados por los latinos del país, para la transmisión, no sólo del fútbol argentino, sino los partidos de Uruguay, Paraguay, Chile, Colombia, Brasil y Venezuela, en un acuerdo sin precedentes con la cadena Warner. Esa sería, sin dudas, una semana para recordar.

Ese lunes, como la gran familia que éramos, los cuatro fuimos al instituto donde se le extraerían los óvulos a Paula y las muestras a Tomás para realizar la fertilización asistida y el posterior congelamiento de los embriones resultantes. Fue un momento de mucha emoción, doloroso para Paula, pero no por ello menos hermoso. Paula tuvo dos horas de reposo y después fuimos los cuatro a comer a un restaurante en Puerto Madero. Brindamos, reímos, comimos y disfrutamos los planes del futuro, que era mucho más hermoso del que cualquier pintor podría haber creado. Una postal con el significado de la felicidad, la vida, el amor. Todas esas cosas por las que nos pasábamos la vida peleando, luchando, y que cuando se concretaban, parecían pasar de largo como una anécdota, porque en ese momento, estábamos demasiado ocupados viviendo nuestras vidas.

Me detuve en ellos y en esa postal. Paula era, por sobre todas las cosas, una musa de felicidad, brillando como si el sol estuviera amaneciendo debajo de su piel. Sus sueños concretándose, sus proyectos creciendo y naciendo ante sus ojos, de la mano del hombre que amaba y que la amaba con la misma pasión e intensidad. Miré a un costado y vi que la Gallega miraba la escena con la misma sonrisa ausente que tenía yo, testigo privilegiado, audiencia de lujo, pero afuera, tan afuera como yo. ¿Querría

ella, como yo, desplazar a uno de los protagonistas de la escena y tomar su lugar? Sus honestos ojos tristes, alejados de su sonrisa forzada, me dio la respuesta que necesitaba. Sí. Ella quería estar en esos brazos. Triste y coincidente realidad.

Paula y la Gallega se fueron de compras y Tomás se quedó conmigo hasta que terminara mi último cigarrillo, los dos disfrutando de la vista. Él era la única pata del triángulo de paternidad al que todavía no había sondeado.

—¿Cómo te sientes?

—Feliz. Raro... pero feliz.

—¿Raro?

—Siento que le estoy robando algo a la Gallega y que no tengo derecho a hacerlo.

—Si ella te lo da voluntariamente no es un robo —Alzó las cejas y cerró los ojos queriendo ignorar algo que parecía saltar a la vista.

—¿Te puedo preguntar algo?

—¿Y no es de eso de lo que vives?

—¿Pasó algo entre ustedes dos? Con la Gallega...

—¿Algo como qué?

—Algo como lo que estás pensando y que amerite la pregunta... —Buscó a tientas su copa de vino y la bebió sin mirarme, sus ojos perdidos en el horizonte y probablemente en el recuerdo— ¿Cuándo?

—En España. Cuando nos conocimos. En la época en que Paula y yo íbamos y veníamos. Antes de que volviera de Francia.

—¿Paula lo sabe?

—No, pero sí sabe que ella no fue la única mujer con la que estuve y nunca me cuestionó... porque sabe que ella jamás accedió a una relación antes.

—Claro. ¿Y entonces por qué se lo ocultan? Porque si no lo sabe, ni tú ni la Gallega se lo han dicho.

—Fue algo que pasó sin mayores consecuencias.

—¿Estás seguro? —Me miró y apretó los labios. Él había notado lo mismo que yo, que la Gallega sentía por él algo más que el afecto que se

siente por un jefe o por el novio de una amiga.

—¿Lo han hablado?

—No.

—¿Y tú qué piensas?

—Que, como es ella, si en verdad hubiera sido algo importante, no se hubiera quedado cerca para sufrir por nada. Lo que yo siento por Paula es evidente e irreversible.

—¿Y no piensas que puede estar cerca sólo para esperar el momento y...

—No. ¿Por qué lo piensas tú? —Se acomodó en la silla con actitud defensiva y yo lo ignoré buscando en la mesa mi paquete de cigarrillos, desenfundando uno y encendiéndolo en mis labios. ¿Por qué lo pensaba yo? ¿Por qué lo sabía yo? Porque era lo que venía haciendo desde que tenía 16 años.

—No lo pienso. Simplemente pregunto.

—Creo que la amistad entre Paula y la Gallega es sincera, y ella jamás haría nada para lastimar a Paula —Pero, como yo, era capaz de mantenerse en las sombras, acechando, incluso aceptando gestar a su hijo, como si ésa fuera la única manera de tener algo de él en ella de nuevo. Como yo, exactamente como yo. El silencio se estrechó entre los dos.

—¿Y cómo van a hacer con la limitación de Estados Unidos? —Tomás torció la boca, frustrado.

—Paula no quiere que nadie más geste a su hijo. La exclusión por no tener hijos o embarazos con anterioridad es un requisito en todos los estados “amigables” a la subrogación, así que el médico está buscando alguna alternativa viable, como Canadá o Grecia.

—¿Grecia? —Tomas se encogió de hombros, como si no fuera importante. Yo había averiguado por mi parte, en lo que a mí me tocaba: Tanto España como Francia prohibían expresamente la subrogación, desconociendo la legalidad del contrato de renuncia de maternidad. Georgia, sin embargo, admitía tanto la subrogación como la donación de óvulos, esperma y ovocitos desde 1992.

Tomás miró su reloj de pulsera y dio por terminado el tema con algo más importante.

—¿Te puedo pedir un favor? —¿Y no era esa la razón de mi vida? Pregunté, sarcásticamente.

—Por supuesto.

—Quiero comprar algo... ¿Me acompañas?

—Seguro —Ya me veía a mí mismo en Etiqueta Negra gastándome un sueldo que, al cambio quizá no sería tan trágico, pero no. Salimos del restaurante y en vez de ir al estacionamiento, caminamos por la vereda llena de ejecutivos y chicas de uniformes de oficina, entrando y saliendo de otros locales, hacia una de las joyerías más exclusivas de Buenos Aires, Homero.

Tomás ya tenía una entrevista y el dueño nos atendió en persona. Extendió ante él, sobre su escritorio Luis XV, un paño de terciopelo con todos los modelos de la última colección de anillos que aún no había lanzado al mercado. Tomás eligió uno, sencillo, con una piedra blanca y me lo extendió.

—¿Te gusta?

—¿Es para mí? Es un poco chico...

—Es para Paula... un anillo de compromiso —Abrí mucho los ojos y miré el anillo con atención. El dueño sonrió e hizo una breve reseña de la pieza, única, ya que, si Tomás se lo llevaba, pagaba un extra por exclusividad.

—Es de Platino y las dos piedras engarzadas son dos diamantes de 64 quilates —Lo que fuera, sonaba a mucho, mucho dinero, pero la pauta de que el número era en verdad considerable fue que Tomás sacó su chequera y escribió una cifra con varios ceros e importante cantidad de números que tuvo que completar antes de firmarlo. Sacó otro anillo de su bolsillo y el joyero se llevó ambos para ajustarlo en tamaño.

—Bueno... tengo que felicitarte entonces. ¿Ya lo tenías elegido?

—Sí. Sólo quería saber si te gustaba.

—A MaP le va a encantar.

—Y además... necesito que lo guardes.

—¿Yo?

—Sí. Si lo tengo encima, si no lo encuentra ella, voy a ceder a la tentación de dárselo y quiero hacerlo el domingo.

—Ah... ¿Quieres usar tu noche de gloria para que no te diga que no? —
Nos reímos juntos ante el hipotético, pero en parte sí, él quería coronar su
noche de gloria con el compromiso con la mujer que amaba.

Sonreí mientras nos levantábamos cuando el dueño de la joyería volvió.
Dentro del estuche forrado en terciopelo negro estaba el anillo. Pasó de la
mano del joyero a la de Tomás, y después de acariciarlo como la joya
invaluable que era, y no estaba hablando de dinero, la dejó en mi mano y de
ahí sin escalas al bolsillo interno de mi chaqueta de cuero. Lo custodiaría
con mi vida, eso era seguro.

Capítulo 49 — Final a lo Hollywood

Mi tiempo navegó a través de los recuerdos y sin prestar demasiada atención, me encontré a mí mismo iluminado por las últimas luces del atardecer en la entrada de la casa que nunca había visitado pero aun así sentía propia. Había participado en las decisiones sobre la arquitectura y el diseño, había visto su construcción en fotos vía Internet, había comprado muebles para ella, pero jamás había puesto un pie adentro. Bajé del automóvil y tres de sus ocupantes estaban en la puerta. Tomás con sus dos hijos de la mano, mis sobrinos, mis ahijados, que corrieron hacia mí ni bien me vieron descender cargado de paquetes que obviamente eran para ellos.

Nico era idéntico a Tomás, verlo era caer más de treinta años para atrás en el tiempo y recordar a su padre en el primer día en la escuela, pero sin anteojos. Las mismas piernas largas y flacas, su pelo corto, prolijo, su cara de emoción del reencuentro, pese a lo esporádico. Cuando los niños te aman, aún a la distancia, mucho de ello es por el reflejo del amor que sus padres inculcan en ellos. Aunque yo no visitaba mucho su país y ellos no viajaban asiduamente a Europa, nuestras charlas vía webcam y los regalos por correo transmitían bastante del mutuo afecto. Solté los regalos, abrí los brazos para atajarlo a la carrera y hacerlo volar sobre mi cabeza, girando y abrazándolo, necesitando de su amor e inocencia para afrontar lo que seguía en mi camino.

—¡Estás enorme! ¿Qué te da de comer tu madre?

—¡De todo! ¡Qué bueno que pudiste venir, padrino! Todos te están esperando adentro —Sus palabras parecían extremadamente maduras para sus cortos cinco años, pero siempre había sido, como su padre, adelantado para su edad, inteligente, maduro y artísticamente dotado.

—¿Todos?

—Están los abuelos, tía Sol y tío Matías, el bebé, Francisco y la abuela Aurora —¡Oh, genial! La reunión estaba completa y Tomás había aprovechado para invitar a mi madre. Quedaría entonces como un gran idiota ante más audiencia cuando me derrumbara del todo. Tomás se había acercado con la más chiquita en brazos que se había caído dos veces por querer seguir el paso de su hermano. La visión me noqueó.

Paulita era igual a su madre genética, el mismo color chocolate intenso y

brillante en su pelo lacio a los hombros, en sus ojos vivaces, el mismo flequillo que MaP había usado durante toda su vida. Se me cerró el pecho, el corazón se me estranguló en sí mismo y tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no llorar. La niña estiró sus brazos, de su padre a mí y dejé a Nico en el suelo para aferrarla contra mi pecho.

—Hola, padrino —dijo, dejando un beso en mi mejilla, sosteniendo mi rostro entre sus manitos pequeñas y delicadas, el dulce tono de su voz acariciando mi alma y consolando mi corazón herido. La miré y no pude reprimir la necesidad de besarla hasta que se retorciera en mis brazos entre la risa y la asfixia.

—Hola, belleza.

—¿Es para mí? —dijo sonriendo, mientras miraba los paquetes que estaban desparramados sobre el césped. En eso también era igual a su madre, debilidad por los regalos. Los misterios del ADN.

—Nicolás, ayuda a tu hermana a llevar los regalos —Como el niño bueno y obediente que era, se hizo de los paquetes y le dio a la niña el más pequeño, aunque la consoló diciéndole que ése era el suyo, los enormes eran de ella. Y ella sonrió. Y todos caímos derrumbados a sus pies. Me saludó con la manito mientras caminaba hacia la casa siguiendo a su hermano.

—Están tan grandes...

—Los niños crecen muy rápido. ¿Quieres un tour por el predio o lo dejamos para después?

—Prefiero entrar... yo... —Estaba conmocionado y Tomás lo comprendió. Palmeó mi hombro adivinando que había algunas cosas que ya no quería demorar. Lo seguí hasta la entrada y esperé en el umbral antes de dar el primer paso dentro de la casa.

La primera imagen que vino a mí fue el cuadro colgado en la pared frente a la puerta, la reproducción de Gustav Klimt que le había regalado a Paula tenía un lugar dominante, como siempre, rodeado de dos jarrones de cristal llenos de flores amarillas de diferentes variedades: girasoles, fresias, tulipanes, margaritas, narcisos. La escalera se abría majestuosa sobre el salón principal, curvándose sobre la pared lateral. Tomás se apartó a un costado, hacia el lugar donde se podía ver la enorme mesa preparada para la cena y más allá, las voces de la gente que reía y conversaba animadamente mientras me esperaban,

mas no era a ellos a quienes yo quería ver.

—Pasillo de la derecha, segunda puerta... sigue la música —Inspiré con fuerza y asentí, sin mucha seguridad de subir corriendo o aletargar mi llegada. Cuando miré de nuevo, Tomás había desaparecido.

Medí cada movimiento, calculando las distancias de cada escalón y mi mano apoyada con firmeza en la baranda de madera lustrada. Omití deliberadamente las fotos que había en la pared de la izquierda, murales de los momentos claves de la vida familiar. Yo había estado en la mayoría de ellos, no necesitaba de eso para recordarlos, los tenía grabados en mi corazón. La pausa de cada movimiento me permitió volver a recorrer la noche de gloria de Tomás.

Todos estábamos allí. Paula había invitado a su madre, a Solcito y su novio, habían ido los padres de Tomás, mi madre con su esposo, la Gallega y su nuevo juguete sexual, Chavelo Gomezcu y su esposa. No habría un gran festejo, sólo un brindis después de la transmisión, y todos quedarían liberados para seguir con sus vidas. Paula era una bola de nervios que iba y venía entre la gente, en su papel de señora anfitriona. Tenía un vestido corto, negro, con tirantes dorados cruzados en la espalda. La Gallega no estaba allí, como productora del programa, esa noche taconeaba del piso al control. Paula acomodó a todos en una especie de tribuna con el resto de los invitados y se fue a parar junto a mí, esperando el momento en que Tomás volviera de maquillaje y su última reunión de producción.

Entró siguiendo a la Gallega y se detuvo junto a Paula para abrazarla y hundir su cara en su cuello. Cuando pudo desprenderse de ella, se acercó para abrazarme a mí. Aquí estábamos, era su momento de gloria, nada en el mundo haría que me lo perdiera, y además tenía que entregarle, con todo disimulo, la joya que había custodiado hasta ahí. Después de un breve repaso y saludo a las personas que habían asistido, Tomás tomó a Paula de la mano y desaparecieron detrás de un cortinado.

Contuve la respiración hasta que me ardieron los pulmones y traté de concentrarme en una conversación trivial e informativa con la hermanita de Paula sobre sus avances en los estudios, sus expectativas en la carrera de

medicina y las intenciones del jovencito que se mantenía apartado pero con los ojos clavados en ella. Solcito era más linda que Paula, pero mucho menos llamativa y exuberante. Siempre habían sido muy unidas y para Paula, la estabilidad emocional y económica de su hermana había sido la prioridad. La madre de Paula había pasado por varias parejas sin mucho éxito y estaba en un período de soledad que solía implicar algún viaje lejano o una cirugía estética.

Mis ojos iban y venían al lugar donde Paula y Tomás habían desaparecido. ¿Cedería a sus instintos y le propondría matrimonio en ese momento o esperaría a la cena de dos que Paula tenía preparada en su casa? Cada uno tenía su propia sorpresa escondida en la manga. Esa noche sería inolvidable para ellos de seguro.

Por fin reaparecieron, demasiado encerrados en su burbuja de pasión como para molestarse en notar que todo el mundo los estaba esperando para dar comienzo al programa. Paula lo besó con toda su pasión y Tomás casi se la arrancó de encima. Mientras dos maquilladoras y un peinador volvían a asistirlo, apurados y preocupados, Paula casi corrió a mi lado pero no me abrazó a mí, sino a la Gallega, que miraba todo en silencio un paso detrás mío. Llegué a escuchar sus palabras ahogadas en el abrazo y la emoción sobre el hombro de la mujer de pelo rojo furioso.

—¡Me caso! —La Gallega levantó los ojos y los clavó en los míos como si lo que estuviera escuchando fuera una sentencia de muerte y no semejante anuncio. Tragué y arrugué la frente, impotente ante semejante hecho. Paula se despegó de su amiga y le mostró con manos temblorosas el anillo que yo ya conocía y la Gallega volvió a abrazarla con fuerza para disimular sus propias lágrimas.

—¡Que alegría! Debo irme... pero luego bajo y me cuentas todos los detalles —Se limpió las lágrimas después de dejar un beso en cada mejilla de Paula y se marchó donde el trabajo la obligara a pensar en otra cosa. Paula se abrazó a mí mientras comenzaba la transmisión que ese día estaría saliendo en vivo para millones de personas, no sólo en la Argentina sino en Latinoamérica y Estados Unidos. Tomé su mano derecha en la mía y admiré

sus uñas largas y sus dedos esbeltos coronados por el anillo de platino y diamantes.

—Es hermoso... —dijo ella en un susurro.

—Sólo porque está en tu mano.

—¿Lo sabías, verdad?

—Claro... si no hubiera tenido custodiado ese anillo, Tomás te lo hubiera dado en un estacionamiento... de hecho... se suponía que te lo daría esta noche en la cena que le estás preparando...

—No aguantó... —dijo, entre risas silenciadas.

—Lo sé.

—No lo puedo creer —La miré de costado mientras tenía los ojos clavados en el plató.

—¿Por qué? ¿Qué te cambia tener un papel firmado o una foto en el altar?

—No lo sé... nada... pero siempre lo soñé, aun cuando sentía que era imposible, que nunca lo lograría.

—Te hacía más moderna y feminista.

—Todas tenemos una Susanita adentro... —dijo, sonriendo soñadora.

—Y ahora, estás a un paso de tenerlo todo... disfrútalo —Se mordió los labios y apretó su abrazo a mi cuerpo.

—Todo es tan perfecto —Suspiró y sin separarse de mí, me enfrentó para mirarme directamente a los ojos.

—¿Me entregarías en el altar?

—¿Es necesario que me lo preguntes?

—¿Y firmarás conmigo en el civil?

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de arrepentirte, salir corriendo y necesitas que te detenga?

—Has estado con nosotros desde el principio. Te necesito a mi lado. Siempre —Acaricié su rostro, recorriendo con la mirada sus ojos, sus labios. La abracé y hundí la cara en su pelo, mi boca en su oído diciendo las palabras perfectas para completar el momento perfecto.

—Siempre estaré a tu lado. Siempre... —Se estremeció en mis brazos por la proximidad y lo íntimo del momento que, pese a lo que estaba pasando, no parecía algo prohibido. Se alejó y me miró con lágrimas en los ojos.

—Vince... tú sabes que yo siempre... te he querido...

—Lo sé... y sé cómo —Sonreí y me incliné para besarla en ambas mejillas, la separé de mí sin resistencia de su parte. Los dos volvimos a mirar el escenario y permanecimos así, juntos, en la oscuridad, lejos de todos.

Cuando quise identificar las sensaciones que había en mi pecho, noté que sólo había vacío. Ni siquiera sentía los latidos de mi corazón. Mi cuerpo era una carcasa, un maniquí que hablaba y se movía, sonreía para la foto y se reía con los chistes. Nada por dentro, nada por fuera, flotando entre la gente sin encontrar un lugar, hablando con los demás sin que el tema me interesara. ¿En qué me cambiaba un papel firmado o una foto en el altar? Era algo que yo nunca tendría, gritaba la parte lógica de mi cerebro. No era la legalidad lo que ansiaba sino el sentimiento correspondido lo que nunca llegaría. Paula saludó a todo el mundo antes de que Tomás se incorporara al brindis, porque quería marcharse cuanto antes para tener todo listo para él en su casa. A todos les había mostrado su anillo de compromiso y recibió efusivos besos, abrazos y emotivas muestras de afecto como pocas veces había visto en mi vida. Hasta su madre se había mostrado cariñosa y emocionada. Los padres de Tomás lloraron junto a ella abrazados. Solcito gritó de emoción cuando su hermana le mostró el anillo. La Gallega no estaba, había desaparecido detrás de Tomás cuando la transmisión terminó y de seguro volvería con él. Por fin el gran protagonista de la noche volvió y todo fue aplausos, gritos, llanto y emoción. Abrazó emocionado a Paula, brindaron por el éxito del proyecto, por el compromiso, por todas las cosas hermosas que le estaban pasando. Me uní a ellos para una sola foto. Tomás y Paula se despidieron con pasión, ella aferrada a su cuello sin pudor ante las cámaras y los presentes, llevándose su aliento como recuerdo hasta solo un rato después.

—Quédate un rato más... —imploró él, pero ella se negó.

—No. Tengo mil cosas que preparar y quiero que todo esté listo y perfecto para cuando llegues.

—Bien...

—Vamos, Tomás... una hora... Puedes sobrevivir una hora sin mí —La

abrazó con fuerza y el estómago se me hizo un nudo. Ella lo besó una vez más y susurró algo contra sus labios, suficiente para que él la soltara por fin. Saludó a la Gallega con un abrazo y se dijeron algo al oído que no escuché. Fui yo quien acompañó a Paula hasta el estacionamiento.

—Tanta urgencia por marcharte... —dije, meneando la cabeza mientras sostenía la puerta del automóvil negro.

—Necesito que demores a Tomás como mínimo una hora.

—¿No era más fácil dejar todo preparado antes?

—No. Tuve que ir a la peluquería.

—Claro —Ya se había sentado y estaba por abrochar el cinturón cuando se bajó del auto y se abrazó a mi cuello con fuerza.

—Gracias...

—MaP... —Me apretó contra su cuerpo una sola vez y se despegó soltando mis brazos que se negaban a dejarla partir.

—Te veo mañana —Asentí en silencio y subió rápido al automóvil. Cerró la puerta y se marchó a través de la puerta del estacionamiento, rumbo a la noche oscura y solitaria.

Volví a la reunión con muy poco ánimo festivo pero con la hermosa careta de siempre para ocultar mis verdaderos sentimientos. Mientras la velada terminaba, porque obviamente todo se extendió, yo elegía en que bebida me hundiría esa noche para apagar la hoguera de sentimientos que me estaba consumiendo. Tenía una botella de Jack Daniels bajo la cama, que gran homenaje para la noche que se cerraba. Podía irme a un cuarto de hotel para no perturbar el sueño de mi madre con mi llanto ahogado contra la almohada, con más privacidad para repetir una y otra vez el tema que siempre usaba para llorar mi amor perdido. Tomás se acercó y percibió las vibraciones que emanaba como el epicentro de un temblor.

—¿Estás bien?

—Genial.

—¿Me llevas a casa? Vine con Pau y ella se llevó el auto...

—Seguro... además, tengo órdenes que demores una hora...

—¿Te dijo el menú?

—¿Es importante? Creo que lo bueno va a venir con el postre —Solté

una carcajada mientras él se sonrojaba, como si tuviera quince años, y eso era lo más adorable en él, que los años pasaban y la seguía mirando con la misma intensidad y devoción, más allá del cuerpo y el sexo, mucho más allá de las fantasías. Hacía casi veinte años que estábamos juntos y sus ojos brillaban de la misma manera cuando hablaba de ella, cuando estaba con ella, como cuando teníamos ocho años, doce, quince, dieciocho.

El brindis por fin terminó y pudimos marcharnos del canal. Encendí un cigarrillo mientras manejaba tranquilo, tomándome todo el tiempo del mundo. Miré de costado a Tomás que se revolvía impaciente en el asiento.

—Pensé que se lo ibas a proponer en la cena.

—Era mi intención... pero lo encontró...

—¿Extendió una orden de cateo antes de salir a escena?

—Algo así...

—MaP es incorregible...

Al llegar al departamento, los dos automáticamente miramos la ventana del balcón. La puerta de vidrio estaba abierta y tras la cortina de gasa blanca se podía ver el reflejo de la luz trémula de las velas como el prelude de esa cena romántica que lo esperaba con los brazos abiertos. Lo acompañé hasta la puerta y me quedé allí mientras abría y la empujaba para trabarla. Me apoyé en el vidrio, encendiendo otro cigarrillo. Miró las escaleras y luego a mí.

—Te diría que subas...

—¿Estás loco? Quién sabe en qué estado te esté esperando... —Tragó y se rio entre dientes—. Te felicito...

—Es un momento muy importante para mí. Que estés aquí lo hace completo.

—No me lo hubiera perdido por nada en el mundo —Nos abrazamos rápido, como siempre, y permanecí en mi lugar mientras él subía la escalera de dos en dos hacia su destino prometido, su paraíso personal.

No podía moverme, lo seguí hasta que se perdió, inmóvil como parte de mi propio final hollywoodense, instrumentado para aportarle la cuota triste

y melancólica a la historia de amor, dejando que el cigarrillo se consumiera en mis labios mientras destrababa la puerta y dejaba que se cerrara, lenta y silenciosa, a mis espaldas; y como en el final triste de una película de Hollywood, podía ver como la cámara se alejaba y me sentía Humphrey Bogart en Casablanca.

¿Cuánto tiempo había tardado en recorrer los escalones de la imponente escalera de la mansión Veristartúa? Esos pasos me llevaron a la segunda puerta del pasillo a la derecha. Había más fotos de los niños en las paredes y los pisos de madera estaban marcados por lo que podían ser patines o las rueditas de auxilio de alguna bicicleta. La música me guió, era cierto, una melodía infantil que parecía provenir de un móvil de esos que se colocan sobre las cunas.

Y la vi, en lo más espléndido de su belleza, su cabello suelto cayendo por sobre su espalda casi al borde de la cintura, con un vestido sencillo blanco con flores amarillas que describía con perfección sus curvas, descalza; admiré sus manos, que con movimientos lentos y amorosos doblaban las prendas blancas que cabían en una palma, para el hijo que estaba por venir. Golpeé la puerta dos veces amortiguando el ruido de mis nudillos en la madera. No se sobresaltó, me esperaba; simplemente giró la cabeza y después movió su cuerpo despacio, apoyándose en la cuna y sonriendo en clara invitación a que me acercara a saludarla.

—¿Te gusta?

—Estás hermosa.

—La habitación, Vince...

Miré alrededor, las paredes en un celeste muy claro que se iba oscureciendo a medida que subía, la cuna, que había sido de los dos mayores, ahora acondicionada para el nuevo bebé, otro varón. El sillón individual que yo había comprado especialmente y hecho re tapizar para que pudiera alimentar a sus hijos, un mueble con cajones y otro con puertas para guardar la ropa y otros menesteres de la criatura, y la infaltable pared llena de fotos para que supiera desde siempre quien era su familia.

—Maravillosa... —Extendió su mano y me acercó a ella para poder abrazarme

—Pensé que no ibas a venir... —susurró contra mi pecho y yo hundí la cara en su pelo, apretando los ojos con fuerza.

Se sentó en el sillón de un cuerpo y yo me arrodillé a sus pies, apoyando la cabeza en su regazo, en el espacio junto a su vientre abultado, sobre sus piernas. Enredó sus dedos largos y delicados en mi cabello hasta soltarlo y desparramarlo en mis hombros. Sonreí tristemente y susurré:

—Y desde cuando yo no obedezco tus órdenes, Gallega.

Capítulo 50 — Hasta que la muerte nos separe

Siempre podía mentir sobre el origen de las lágrimas: la emoción del reencuentro, las imágenes en las paredes movilizándolo mis sentimientos, mis intentos eran los correctos en lo que hacía a ocultar mi verdadera cara a los demás. Mentir, manipular, engañar, mi gran especialidad. Dejé que salieran entonces, no sólo porque podría mentir sobre ellas, a todos menos a mí, sino porque poco me importaba a esa altura de la vida el qué dirán, distinto de entonces, cuando el grito en el medio de la noche paralizó mi corazón demasiado tiempo como para considerar que podía seguir vivo después de ello.

Estaba hecho y era el momento de decretar el final de una agonía de años. Estaba hecho. Habían sellado su final feliz y yo ya no tenía fuerzas para seguir peleando. Necesitaba encontrar una vida lejos de ellos, fuera de la de ellos, una vida propia a la sombra de nadie, una vida real, donde pudiera reconocer quien era y pudiera ser algo más que “el amigo de”, “el mejor amigo de”, donde un te quiero significara exactamente lo que yo necesitaba, no lo que le servía a los demás. Yo también merecía ser amado más allá de lo dañado que estuviera. Roto.

La puerta aún no se había cerrado a mis espaldas cuando mi nombre rompió el silencio de la noche.

—¡Vince! —Mis ojos subieron al techo como si pudiera traspasar el concreto, al balcón de donde había surgido el grito desgarrador; mis pies rotaron sobre sí y empujé violentamente la puerta de vidrio para correr escaleras arriba. No tuve tiempo de pensar, ni imaginar, ni prepararme para lo que estaba por venir. La imagen de Paula tirada en el piso, su piel tan blanca como el pijama corto de algodón que vestía, sus piernas dobladas en un ángulo extraño y Tomás sobre ella intentando hacer algo parecido a la resucitación me inmovilizó como si hubiera chocado contra un vidrio que me separaba de la escena.

—Qué... —murmuré, sin saber que decir. Tomás volvió a gritar mi nombre para hacerme reaccionar, preso de la desesperación, sus manos trabajando sobre el pecho de ella en masaje cardíaco e insuflándole aire por

la boca rítmicamente...

—¡Vince! Marca... 107. Pide una ambulancia —Saqué el teléfono de mi bolsillo y me vi a mi mismo con dieciocho años volviendo a repetir las palabras, emergencia, ambulancia. La misma chica, otra tragedia. Miré alrededor pero no había sangre ¿Qué podía haber pasado esta vez?

Después de darle los datos a la operadora, caminé como un autómata al sillón y me apoyé en el respaldo observando los intentos frenéticos de Tomás sobre el cuerpo inmóvil de Paula. Tenía los ojos abiertos pero opacos, apagados. Rodeé el lugar y me arrodillé a su lado, incapaz de tocarlos, de hacer algo para ayudarlo...

—Pau... reacciona... —Decía él, entre orden y súplica, apoyando el oído sobre su pecho y volviendo a iniciar la secuencia de resucitación. La mano extendida de Paula llegaba hasta donde estaba mi rodilla. No había un rastro de color en su piel, como si la sangre la hubiera abandonado. Acerqué despacio dos dedos hasta su muñeca, donde un médico entrenado buscaría el pulso para saber si...

—Espera, Tomás... —Se incorporó para mirarme con los ojos desorbitados por el dolor. Él podía sentir en sus manos lo que mis ojos percibían a lo lejos. Apoyé los dos dedos y el frío de su piel me dijo más que cualquier latido que ya no podría encontrar—. Dios...

Me dejé caer para atrás, con una mano en la boca mientras las palabras inteligibles de Tomás eran susurros desesperados, promesas de amor rotas y ruegos inútiles. Paula ya no estaba allí para escucharlo.

Fue un segundo o un siglo, cómo saberlo, el tiempo había perdido todo sentido para mí. El vacío estaba dentro y fuera de mí. Mis ojos volvieron a reenfocar en ellos, en su imagen de muerte y pasión. Tomás gritó y sacudió el cuerpo inerte de Paula, que se movió como una muñeca de trapo. Lo aparté de ella, empujando con fuerza sobre el sillón, presionándolo con mi cuerpo para resistir sus movimientos por zafarse y volver a sus intentos inútiles por reanimarla. No luchó más, bajó los brazos y apoyó la frente en mi hombro. Clavé los ojos en el cuadro que le había traído a Paula de París,

iluminado desde abajo por dos velas bajas que parecían una ofrenda a la virgen por los favores recibidos. Los que ella nunca tendría.

Sentí el cuerpo de Tomás estremecerse contra el mío y me aparté lo suficiente para mirarlo, sin separarme más de lo necesario. Sostuve su rostro con ambas manos mientras sus lágrimas se deslizaban por mis dedos, su dolor tangible como si se hubiera condensado alrededor de nosotros, apresándonos. Me miró en una sola súplica angustiada, rogándome que usara todo mi poder para que eso no fuera realidad, como si de pronto me hubiera convertido en todopoderoso y pudiera concederle ese último deseo a cambio de su propia vida, de su alma entera. Sus ojos detrás de la cortina de lágrimas imploraron mil veces en silencio que lo llevaran a él, que no permitiera que eso pasara, él daría su vida en ese mismo momento, entregaría su riqueza, su fama, su poder, su posición, sus dos brazos, sus dos piernas. Nada tenía sentido sin ella. Nada.

La oscuridad, hermana del silencio, se cernió sobre nosotros cuando las velas se apagaron, las sombras deformes en la pared reemplazadas por un negro denso como el vacío dominante. Todo había terminado, como si el planeta hubiese sido tragado por un agujero negro y hubiera desaparecido el sentido de la vida tal como lo conocíamos. Tomás dejó caer la cabeza, destrozado, y yo me miré las manos. Me toqué la cara buscando lágrimas, toqué mi pecho por sobre la ropa buscando un latido, una inspiración. Me incorporé y miré a un costado, a mis pies.

Paula estaba muerta y yo también.

El silencio y la oscuridad se evaporaron en una fracción de segundo. Alguien había asomado la cabeza por la puerta para saber sobre los gritos, las luces verdes y rojas de la ambulancia iluminaron las paredes, creando sombras grotescas. En una esquina la muerte nos miraba con una mueca. Alguien entró corriendo y dos tipos me sacaron del medio. Las voces comenzaron a llegar como si corrieran por un túnel. El infierno se había desatado sobre nosotros, bramando como si un tornado hubiera entrado por

la ventana haciendo girar alocadamente todo alrededor.

La policía hizo su aparición triunfal y yo me interpuse entre ellos y Tomás. Me encontré respondiendo preguntas de las que no conocía la respuesta mientras veíamos como los médicos se levantaban por sobre el cuerpo de Paula con el mismo gesto de impotencia que nosotros. Los tres me miraron. Uno de ellos se acercó y dijo algo del cuerpo y la morgue. No quería esos detalles pero supe que no había nadie más que yo para tomar esa responsabilidad en ese momento. Tomás seguía conmocionado, sus ojos clavados en ella. Pusieron el cuerpo en una camilla, dentro de una bolsa negra con cierre y lo levantaron para retirarlo del lugar. Volvieron a mencionar morgue, autopsia, autorización. Tomás se puso de pie en cuanto movieron el cuerpo y trastabilló cuando quiso seguirles el paso. Lo sostuve de un codo y lo orienté hacia la salida. Saqué mis anteojos negros de la chaqueta y se los acomodé sobre sus ojos porque el ruido exterior me decía que lo peor estaba por comenzar.

El pandemonio con cámaras de televisión y luces brillantes se había desatado en la vereda del departamento. La circulación estaba cortada y debía haber más de cien personas alrededor, entre periodistas y curiosos. Los flashes, las luces y los micrófonos nos pegaron en la cara y enardecido como pocas veces en mi vida, empujé a los fotógrafos, a mis colegas, como si fueran tiburones impiadosos que habían olido sangre y venían por el banquete. Sentí asco de ser parte de ellos. Tomás bajó la cabeza y lo metieron en la parte trasera del móvil mientras yo seguía a los manotazos con cuanta cámara disparaba alrededor nuestro. Otro policía me arrastró y me arrojó dentro de la patrulla que salió aullando detrás de la ambulancia, dejando atrás a la horda de rapiña.

Resucitado por la adrenalina, mi mente se puso en funcionamiento. Comencé mi raid telefónico a la gente a la que podía avisarle así. Mi primer llamado fue a la Gallega que no contestó nada. La línea dio ocupado ni bien terminé de decirle que me imaginaba que nos estaban llevando a la comisaría. Mi segundo llamado fue a mi madre a la que derivé directamente

a la Morgue Judicial. Yo ya conocía el lugar, había estado allí una vez. Y por último a los padres de Tomás. Contando con ellos y con la Gallega, podía dejarlo en buenas manos y encargarme de los trámites. Tendría que llamar a la madre de Paula, pero sentí que no era la manera, ni me correspondía a mí, después de todo, Tomás era su pareja. En cuanto reaccionara sería él quien querría hacerlo.

La comisaría estaba llena de gente y entre la multitud pude ver a la Gallega casi arrojarse sobre el móvil mientras estacionábamos. Ella se encargó de sostener sobre sí a Tomás, ignorándome por completo. Los pasaron a una habitación, mientras a mí me llevaron a tomar la primera declaración. Me senté frío y sereno en la silla frente al escritorio con una computadora. El hombre no se inmutó cuando saqué un cigarrillo y lo encendí sin pedir permiso. La sensación de deja-vu era extraña, parte real, sí, yo había vivido algo así años atrás, pero el desenlace era completamente distinto. No tenía mucho para decir y mientras más rápido saliera de allí, más pronto llegaría a la morgue. No quería dejar sola a Paula.

En cuanto salí, Tomás entró apoyado en la Gallega completamente devastado, doblado sobre sí, la enorme torre que solía ser mi mejor amigo, derrumbándose a pedazos, golpeado en los cimientos. Ni siquiera me miró. Me encontré con los padres de Tomás que no podían entender que había pasado. Apreté los labios, negando, sin poder encontrar una respuesta a sus preguntas. Ni siquiera sabía si Tomás tendría alguna, pero no sería yo en ese momento quien lo indagara. Busqué una salida lateral y evadí a la prensa, no sólo para no responder sino para no volver a pelearme como cuando salimos del departamento. Detuve un taxi que me envió el cielo y le di al chofer la dirección.

—Junín al 700...

Dejé caer la cabeza y revolví las imágenes en mi mente buscando desatar los sentimientos que destaparan mi caudal de lágrimas, pero nada sucedió. El rostro de Paula, sin expresión, sus ojos apagados, su piel blanqueada por la muerte prematura llenaba mi mente, pero no había una

sola lágrima en mí, como si se hubieran evaporado. Me preocupé un instante, mientras el taxi pasaba un semáforo en rojo en una calle vacía y buscaba la avenida para llegar a la morgue. ¿Habría perdido la razón? ¿Estaría en estado de shock? Volví a tocar el centro de mi pecho. No había nada allí, todo se había ido.

El dolor de Tomás en su pérdida había sido tan grande que parecía haber absorbido cualquier sentimiento que yo tuviera. Nunca pensé que eso podía estar pasando. En algún momento sentí que habíamos derrotado a la muerte misma el día que encontramos a Paula en esas escaleras. De alguna manera sentí que pudimos engañarla, jugarle sucio, alterar el destino, robársela de las manos a la parca. Era tan joven, tan hermosa, ¿Quién tenía derecho de quitárnosla? Alguna vez también pensé que el hecho de su desgracia, de las consecuencias de ese “accidente” había sido pago a cuenta suficiente para que tuviera asegurada la felicidad eterna. Y todo estaba dado para que así fuera. Joven, hermosa, deseada, exitosa, amada, en el pináculo de su vida y su carrera.

Pero no, nosotros le habíamos hecho trampa a la muerte y ahora volvía para quitarnos todo lo conseguido en un instante, de la manera más dolorosa, cuando todo parecía estar allí, al alcance de la mano. Todos tenemos un ticket de ida y vuelta en el camino de la vida y a Paula se lo habían marcado hacía dieciséis años atrás, pero nosotros habíamos llegado a tiempo para evitar que nos abandonara. Esa noche no. Como todos, su destino estaba sellado y como a todos, demasiado pronto quizás, le llegó el momento de partir.

Mi madre estaba esperándome en la puerta, abrazada a sí misma dentro de su abrigo largo hasta los tobillos. El automóvil estacionado justo enfrente estaba a oscuras pero no vacío. Su esposo estaba allí, porque supondría, acertadamente, que necesitaba un momento de privacidad con ella en ese momento tan terrible. Sin embargo, nada pasó en mí cuando mi madre me abrazó. Pensé que me derrumbaría en sus brazos, como un niño que había estado perdido en el bosque y por fin había sido encontrado, o

como cuando me rescataba de una pesadilla o una noche de tormenta. Nada. Ni una lágrima, ni una palabra. Y allí comprobé lo mal que estaba. No sentía nada. Podía percibir su dolor en el temblor de su voz, en las lágrimas abarrotadas en sus ojos y cayendo por sus mejillas, en sus palabras de consuelo, pero no había nada en mí.

El teléfono vibró en mi bolsillo. Era Tomás. “No hagas nada con el cuerpo”.

Encendí un cigarrillo y abracé a mi madre para que me acompañara a la Morgue. La gente entraba y salía, algunos preguntaban y mi madre respondía, mi teléfono sonó varias veces y ella también atendía. Una vez la Gallega, para avisar que iban a casa de la madre de Paula, otra vez la madre de Tomás para decirnos que estaban en camino a la casa velatoria. Entonces la decisión estaba tomada. ¿Quién sabría cuáles eran los deseos de Paula para esos últimos momentos? ¿Quién tendría la potestad, la decisión, sobre ello? Tomás y Paula eran pareja pero no estaban casados, y a los ojos de la ley, era eso lo que contaba. Un escalofrío me recorrió entero y se mezcló con la vibración del teléfono. Levanté los ojos y vi una ambulancia con el nombre de una casa velatoria muy importante de Belgrano. La sangre se heló en mis venas ante el recuerdo. Por segunda vez en la noche algo parecido a la violencia fue el único sentimiento que pude encontrar, abriéndose paso en mi interior. Abrí el teléfono y revisé el mensaje que había entrado a la casilla. Tomás, confirmando lo que mis ojos estaban viendo. Paula iba a ser velada en la misma casa velatoria que su padre, quince años atrás.

El empleado, vestido de traje y corbata, miró por sobre su hombro cuando me acerqué y retrocedió un paso, quizás intimidado por mi expresión asesina.

—Soy de la cochería... usted es...

—Vincent Lacourlig —dije con los dientes apretados, intentando no descargar mi furia sobre el mensajero.

—La familia está en camino para reconocer el cuerpo.

—Yo puedo hacerlo.

—Sólo la familia puede hacerlo —“¡Y yo soy su familia!” quise gritarle en la cara pero nada salió de mí, aunque sabía que cualquier movimiento podía ser la chispa adecuada para desatar la tragedia en ese lugar. Acusé el golpe y cerré la boca. Volví con mi madre, no dijo nada, sólo tomó mi mano entre las suyas sabiendo lo que esas pocas palabras calaron en mí. Paula era mi hermana, Paula era mi vida. Paula era mi piel, mis ojos, mi lengua, mi corazón. Paula estaba en mí como nadie, era el aire y mi alma, era todo y más para mí. Apreté los ojos tratando de exprimir una lágrima pero estaban secos, como vacío mi pecho. No había nada en mí.

Si la familia estaba en camino, ya no quedaba nada que yo pudiera hacer. Si no era parte de su familia, y no tenía derecho alguno, lo mejor era marcharme a la casa velatoria y quedarme en la puerta a hacer la cola y entrar como cualquier hijo de vecino a darle mi último adiós. En el momento que subí al auto de mi madre, pude ver el de la Gallega estacionar justo detrás de nosotros. No miré atrás cuando bajaron, no estaba interesado en esa escena.

La casa velatoria de Belgrano otra vez, escenario recurrente de mis pesadillas. Mi madre y mi padrastro entraron para averiguar y esperaron en un sillón mientras yo me quedaba en la puerta, mezclado con gente de otro muerto que fumaban apoyados en la pared como yo. No pasó mucho tiempo cuando la ambulancia que había visto en la morgue, seguida por el auto de la Gallega y un taxi, arribaron al lugar.

La familia de Paula, a saber su madre, su hermana y el novio, su prometido y la mujer que había accedido a ser el vientre que gestaría a sus hijos, sus futuros suegros, todos ellos bajaron como la comitiva que seguía sus restos. Entraron por una puerta lateral y la Gallega se quedó en la puerta esperando que yo llegara, yo que no era nadie. Aplasté el cigarrillo en el suelo y me encaminé con paso firme a la puerta.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Seguro? —Puse los ojos en blanco y su mirada condescendiente me pegó como una patada en el culo.

—¿No van a hacerle autopsia?

—La madre no quiere. Tienen un diagnóstico presuntivo de los paramédicos... —La Gallega se quebró y la abracé para consolarla. Una vez más, cualquiera de esos actos inevitablemente hubiera empujado afuera mis lágrimas pero no tenía nada, ni el ahogo del dolor, ni la opresión en el pecho. Nada. Se recuperó y siguió hablando— Hablaron de una lesión cerebral. La madre lo confirmó.

—¿Tomás cómo está?

—Mejor de lo que pensé.

—Eso es bueno. No lo dejes solo.

—Tú tampoco... —Por fin sentí un mareo que significaba algo de vértigo por la velocidad de las cosas. Bajo mi brazo, nos encaminamos a la oficina donde todos estaban sentados. Tomás tenía abrazada a Solcito, que lloraba sin consuelo, repitiendo una y otra vez la pregunta del millón. ¿Por qué? La madre de Paula, lloraba a su propio estilo, consolada por la madre de Tomás. Un tipo de traje entró y nos dio las condolencias a todos para después ponerse detrás del escritorio ornamentado que dominaba la oficina.

—Ustedes dirán cuáles son sus deseos para este último adiós —El silencio en la oficina solo se quebraba por los sollozos de Solcito. Tomás abrió la boca pero fue la madre de Paula quien habló.

—Quiero el mejor velatorio que se pueda hacer. Mi hija era una estrella y mucha gente va a venir. Quiero la misma sala en donde se veló a mi marido, que es la más grande... —Por fin una nota de emoción trepó por mi estómago, vibrando violentamente como si un diapasón gigante se hubiera accionado en mis entrañas. La bilis escaló mi esófago como si mi hígado me hubiera estallado dentro de mí quemándome la garganta. Apreté los labios, aterrizado de que pudiera empezar a vomitar convulsivamente en ese mismo instante. Y entonces todo derrapó cuando Claudia dijo:—Y quiero enterrarla junto a su padre en el Jardín de Paz.

Mis sentidos estallaron en mil pedazos. Sentí la escalada de furia abandonar mi boca como las llamaradas de un dragón herido.

—¡No! —No sé si grité o susurré, pero en el silencio de esa oficina, esa única palabra retumbó como si una granada hubiera explotado sin previo aviso. Sólo pude ver los ojos rojos de Tomás dilatados por el terror. Se puso de pie y se acercó para encararme y hacerme callar, pero no lo logró:—¡No!

Lo miré incapaz de expresar mis argumentos, aunque él tenía que conocerlos.

—Basta, Vince... —Fueron sus únicas palabras, orden, ruego, súplica, comando. Nada surtió efecto. Yo no iba a permitirlo. Yo no iba a poner a MaP a descansar eternamente junto al tipo que le había destruido la vida, que la había vejado sin piedad una y otra vez, que no había respetado su vínculo sagrado, que la había denigrado y destrozado en el cuerpo y en el alma, que había querido matarla.

—No... yo no... —No terminé la frase. Las dos manos de Tomás me aferraron de los brazos y con una fuerza física abrumadora me estrelló contra la puerta, abriéndola por el golpe, llevándome como si fuera un niño pequeño por el pasillo hasta la calle, la vereda, casi la esquina.

Me planté sobre ambos pies y le pegué un empujón para sacármelo de encima. Por fin el dolor hacía su aparición desatando todos mis demonios interiores.

—¿Qué haces? ¿Te volviste loco?

—¿Qué haces tú?

—¿Vas a permitir que le hagan eso?

—Vince... escúchame...

—¡Escúchame tú a mí! —dije, empujándolo de nuevo en busca de su reacción violenta para equiparar la mía. Necesitaba sacar toda la furia, el dolor, la impotencia que sentía, y él parecía ser, de pronto, la mejor pared en quien descargarle.

—¿Vas a dejar que la pongan seis pies bajo tierra junto al tipo que la arruinó?

—Era su padre...

—¡Era un tremendo hijo de puta! —Con una mano me agarró de la solapa y yo aproveché el movimiento para asestarle un golpe en la cara, que

ni siquiera lo movió. Volvió a sostenerme y acercarme a su rostro sacudiéndome con fuerza, mi cerebro golpeando contra las paredes de mi cráneo sin amortiguación. Me mordí la lengua y sentí el sabor a sangre en la boca, solo veía estrellas adelante mío. Tomás susurró contra mis labios y el vértigo me pegó aún más fuerte que mi cabeza convertida en coctelera.

—¿Y tú pretendes que yo les diga “eso” a esas dos mujeres, justo en este momento? —Tiré una trompada al aire para sacármelo de encima y caí de espaldas al piso. Me levantó y apoyó contra la pared. Sonreí de costado cuando por fin pude sentir algo de dolor, no estaba muerto después de todo.

—La madre de Paula no merece tu piedad... —Escupí sangre en la vereda y tanteé mis bolsillos buscando el paquete de cigarrillos.

—¿Y qué hago con Solcito? —Miré por sobre su hombro el único rostro iluminado en el medio de la rueda de espectadores al evento pugilístico de la noche, como si fuera la única persona que estaba ahí parada. La hermana menor de Paula no sabía nada de lo que había tenido que padecer MaP en su infancia, en vida, y era ella quien peor estaba en ese momento. Exhalé todo el aire que había en mis pulmones y bajé la cabeza. Tomás susurró en mi oído:— No lo estoy haciendo por Claudia, sino por Solcito. Es lo que MaP hubiera hecho. Siempre la cuidó, siempre la protegió. Si no puedo evitarle el dolor de la pérdida de su hermana, voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que no sufra más,

Levanté los ojos desafiante, convencido que estaba equivocado. Ella no hubiera querido eso.

—¿Y tú piensas que a Paula le gustaría pudrirse junto a su padre?

—Paula ya no está... —dijo y me soltó, empujándome contra la pared. Mis piernas no tuvieron fuerza para sostenerme y caí pesado sobre el piso, apoyándome en una mano para no desparramarme en la calle. La gente miraba el espectáculo en silencio, ajena a los detalles. Tomás abrazó a Solcito y volvieron a entrar a la cochería. Yo me quedé ahí, el tiempo pasando sin sentido, masticando la verdad de mi realidad. Ella ya no estaba allí.

Capítulo 51 — Tú eres todo lo que necesito

Nunca supe cómo había llegado hasta mi casa, pero cuando volví a ver más allá de las imágenes que se agolpaban en mi mente, estaban ante mí el techo de mi habitación y el reflejo del amanecer subiendo por la ventana. La noche había pasado y yo estaba allí, dándome cuenta de dos cosas. Respiraba, por ende estaba vivo, y Paula no. Busqué bajo la cama la botella de whisky que guardaba para ocasiones especiales. Me paré frente al espejo, no había nada en ese reflejo, frío como el vidrio que lo contenía. Nada en mí, solo una carcasa vacía. Abrí la botella, bajé tres tragos sin respirar, aguantando todo lo que pude, soportando el vértigo parado. No importa que tan curtido estuviera con el alcohol, el Jack Daniels era lo único que podía sacudirme de cero. Recorrí la habitación, desnudándome en el camino con una sola mano. Trabé la puerta, bajé la persiana hasta el fondo, dejando que sólo algunas hendijas de luz se colaran y partieran la oscuridad como lanzas afiladas.

>>The Blade of my knife<<

Saqué la guitarra de adentro del armario y me senté con ella en brazos, apoyando la botella contra la pared, haciendo equilibrio con la almohada. Punteé las cuerdas hasta afinarla, hacía siglos que no tocaba. Ya no tenía tiempo, era un hombre adulto con responsabilidades, un profesional consecuente que tenía el don de la palabra en la punta de los dedos y la obligación de hacer llegar la verdad al público consumidor. Probé dos arpegios y la puerta sonó con tres golpes suaves. No contesté, quizá mi madre creería que estaba durmiendo, o que tocaba en sueños.

—Vince.

—Sí, mamá.

—¿Podemos hablar?

—Estoy durmiendo —Silencio. Mi madre no podría entrar porque la puerta estaba cerrada, pero ella jamás lo haría sin permiso.

—Hijo...

—Estoy bien, ma.

—Voy a ir a la Alianza a dejar todo en orden y vuelvo para acompañarte al velatorio. Hablé con Tomás. La velaran durante el día y la van a enterrar en el último turno del cementerio. Antes del atardecer.

—Olvídalo, ma. Yo no voy a ir.

—Pero, Vince...

—Ve. Yo estoy bien.

—Voy y vuelvo.

—Ok —Silencio de nuevo. Podía ver a mi madre del otro lado de la puerta, cerrando la mano antes de apoyarla de nuevo en la madera, apretando los labios porque sabía que presionarme nunca había sido bueno y ese no era el mejor momento para comprobar mi resistencia—Te quiero, hijo...

Hice un punteo rápido y seguí afinando la guitarra como si no la hubiera escuchado. Sí escuché sus pasos alejarse sobre sus tacones no muy altos y la puerta cerrarse despacio. Así que todo estaba listo. ¿Cobrarían por las fotos? ¿Por el acceso a la cámara mortuoria? ¿Qué vestido le habrían puesto debajo de la mortaja? ¿Tendría que sacar mis acreditaciones de París Match para poder entrar? ¿Cómo estaría Tomás?

Me dejé caer de la cama para revolver entre mi ropa hasta encontrar el teléfono y marcar el número de la Gallega.

—Vincent. ¿Dónde estás?

—En casa.

—Escucha. Hemos hablado con tu madre explicándole todo lo que...

—¿Estás a cargo de la organización de este espectáculo también? —Silencio. Empiné la botella mientras esperaba la respuesta y las palabras se me enredaron un poco en la lengua a medida que el alcohol iba inundando mi cerebro. Justo lo que necesitaba—. Tu jefe te dio las directivas y...

—Escucha. En vez de estar penando solo la pérdida que todos hemos tenido, porque todos queríamos a Paula, podrías estar con Tomás...

—Pero para eso estás tú, ¿Verdad?

—¿Perdón?

—Tu gran oportunidad.

—¿De qué estás hablando? —Tomé otro trago y escupí las palabras.

—Tu gran momento. Que te aproveche. Has estado esperando todo este tiempo para poder volver junto a Tomás y el destino te dio una manito sacando a la rubia del medio, ¿Verdad?

—Cómo puedes pensar que yo...

—Porque te conozco, Gallega... porque somos iguales, porque sé lo que te pasa por la mente y el corazón...

—¿Y ahora además de periodista eres adivino?

—No. Lo sé sólo porque hace más tiempo que tú que lo vengo haciendo. Acechando, esperando... y tú también lo sabes.

—Yo... estoy con Tomás porque sé lo que está sufriendo y porque quería a Paula y ella hubiera querido que no lo dejara solo. Sabiendo lo que él la ha amado, ella hubiera querido que no estuviera solo... y que tú también estuvieras con él.

—Si hubiera querido estar conmigo, me hubiera buscado....

—Estás demasiado aturdido por el dolor. Estás diciendo cosas que no sientes... —Me reí entre dientes, tristemente.

—Te estoy diciendo exactamente lo que siento.

—Vince. Ven a tomar un café conmigo y hablemos...

—¿Y eso va a resucitar a Paula? No te conviene, Gallega... no te conviene...

—No, pero te va a ayudar a sacar el dolor que llevas adentro.

—No tengo nada adentro.

—Estás equivocado... estás sufriendo y necesitas ayuda...

—Adiós, Gallega —Corté la comunicación y apagué el teléfono.

>>This Love that I tell, Now feels lonely as hell...<<

Me senté de nuevo en la cama y volví a tomar la guitarra. Quizás con ella podría liberar lo que sentía, si podía sentir; descargar me, si algo hubiera en mí. Podía sentir las cuerdas de la guitarra vibrar y el sonido acariciar mis oídos, cerré los ojos y sólo podía ver a Tomás sobre el cuerpo de Paula, su impotencia, su miedo, su dolor. Mis recuerdos retomaron el hilo. Él besándola en Bariloche. Él haciéndole el amor en una cama

compartida. Él bailando con ella en su fiesta de quince años. Él tocando la batería, queriendo ser como su ídolo para que ella lo amara, lo deseara. Él abrazándola a la sombra de un árbol, protegiéndola del frío de la nieve, sosteniéndola bajo la lluvia.

Si pudiera cambiar de lugar. Si pudiera ser otro y no yo. Si tan solo...

>>You're all I need... You're all I need and I loved you so. But you didn't love me<<

Por fin las lágrimas aparecieron, mientras los acordes en los arpeggios de la guitarra tomaron la forma de la canción favorita de Paula, su favorita por sobre todas, la que ella escuchaba cada vez que necesitaba llorar, cada vez que se ahogaba en su propia realidad, cada vez que sentía que Tomás era todo lo que necesitaba para seguir viviendo y que perdía a cada paso que daba. Su versión en la guitarra era suave pero desgarradora, sencilla pero profunda, y su voz un susurro en lugar de los gritos agudos de Vince Neil. Ella nunca entendió por qué me emocionaba tanto escucharla cuando la cantaba.

Las lágrimas me llevaron a poner el disco de Girls en mi equipo de música, programar ese único tema para que sonara, una y otra vez. Subí el volumen hasta que se tornó ensordecedor. Grité sus líneas hasta que la voz fue una navaja oxidada en mi garganta. Estrellé la guitarra contra la pared y busqué cualquier cosa que tuviera a mano para hacerla víctima de mi dolor. Derrumbé la biblioteca, destrocé a patadas la puerta del armario, hice estallar el vidrio de la ventana con la botella de whisky casi vacía. Abrí la puerta de mi habitación y corrí al baño. La angustia me estaba empujando más allá de mis propios límites. Nunca antes había pensado en la muerte como algo real para mí, y mis únicos contactos con ella habían sido a través de mis dos mejores amigos. Nunca a mí. Nunca en mí. Revolví el contenido del botiquín y el mueble donde mi madre guardaba sus cosas. Encontré lo que buscaba. Las dos hojas de la tijera brillaron en cuanto las hice girar hacia la luz, el filo impecable del acero inoxidable el instrumento

que necesitaba para cumplir su cometido. Me miré en el espejo. Ya nunca más sería el mismo, era un monstruo que nadie podía reconocer detrás del gran disfraz. No más.

>>The Blade of my knife.<<

La música llegaba desde afuera pero también estaba en mí. Mi reflejo en el espejo, transfigurado por el dolor y el desprecio a mí mismo me dieron el impulso necesario. Mi pelo estaba desordenado como si hubiera querido emular a mis ídolos de la adolescencia, los ojos rojos distorsionados por el alcohol me daban una imagen espectral y demoníaca, lo que en verdad era. Un fantasma, porque no existía por mí mismo, un demonio invocado por el amor equivocado, el deseo prohibido, por la envidia y los celos.

Y el culpable.

Era mi culpa, pensé mientras pasaba los dedos por mi pelo buscando desenredarlo, mientras las lágrimas me ahogaban. Si yo hubiese detenido a Paula para que no se fuera de la fiesta, si eso era lo que tenía que pasar, hubiera recibido atención médica de inmediato y quizá se hubiera salvado. Si yo no hubiera demorado a Tomás para la maldita cena romántica, él hubiera podido llegar a tiempo para asistirle. Pero eso no era lo peor, yo sabía por qué había pasado. La vida me estaba cobrando a mí el incumplimiento de un contrato, porque un juramento, de alguna manera es eso, un compromiso escrito sobre el alma, sobre aquello que uno más valora, sobre el instrumento de la vida. Yo había jurado una vez, sobre nuestra amistad, sobre su vida, porque eran las dos cosas más importantes que tenía, que jamás le contaría a Tomás sobre su verdad. Lo había jurado en su cama de hospital, después de salvarla una vez de la muerte, y aun cuando la causa había sido honrosa y leal, y el fin el mejor para ambos y en beneficio para los dos, yo había quebrado ese juramento. Y ahora debía enfrentar las consecuencias de ello.

Juré sobre su vida y la vida me la quitó.

Miré la tijera en mis manos. No era lo suficientemente valiente como para quitarme la vida, le tenía demasiado miedo al dolor, no sólo al mío sino también de aquellos que me querían, y por primera vez en años la imagen de mi madre fue la única que ocupó mi mente, Tomás estaría demasiado ocupado pensando a Paula. Grité tan fuerte como pude, desgarrado por el dolor y el odio a mí mismo, y estiré el mechón de pelo hasta casi arrancarlo. La hoja de la tijera brilló en mis manos y cortó lo más cerca de la cabeza, una vez, dos veces, todas las que fueron necesarias, los mechones cayendo uno a uno a mis pies, uno a uno como tributo pagano a cada memoria que me azotaba desde adentro y que a partir de ese momento serían solo eso. Ella. Un recuerdo de algo que ya no estaba.

Abandoné el baño levitando, como si algo que no era mi voluntad moviera mi cuerpo. Caminé sobre los restos de mi habitación y me derrumbé sobre la cama, cayendo en la inconciencia hasta que la parca se apiadara de mi atormentada alma.



Abrí los ojos de nuevo por culpa del sonido de cristales rotos. Estaba en la misma cama, en la misma posición que recordaba haberme dormido, mi madre levantaba los escombros a mí alrededor. La única luz que entraba venía desde el pasillo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Alguien le habría avisado a mi madre sobre el escándalo en el departamento y volvió cuanto antes? Pasé la mano por mi cabeza y un escalofrío me recorrió completo, ella levantó el rostro con una bolsa de basura en la mano y el gesto condescendiente que más odiaba en la gente. Me incorporé en un codo y recorrí con la mirada la zona de desastre en busca de mis cigarrillos.

—Estaba por despertarte. Ya nos vamos al cementerio —Me senté de un salto y me restregué los ojos con fuerza. ¿A dónde? Ya había pasado el velatorio?

—¿Cementerio?

—Sí...

—No...— *La rabia se hizo carne en mí. Revolví el armario buscando algo decente para vestir. ¿Qué hora era? Si ya era hora de ir al Jardín de Paz quería decir que ya habrían cerrado el cajón, y yo, yo no había podido verla por última vez, darle mi último adiós.*

Salí corriendo de mi habitación calzándome la camiseta negra de Mötley que Paula me había comprado en Los Ángeles, con una estrella blanca de cinco puntas adelante y atrás. Mi chaqueta de cuero negra estaba colgada en el perchero. Mientras me la ponía, con el cigarrillo colgando de mis labios, vi algo que se estiraba sobre la mesa redonda del living. Mi madre salió de la habitación seguida por su esposo y se quedó parada en la puerta.

—Yo... *pensé que quizás querías vender el pelo... o donarlo... no sé. Me dio pena tirarlo. Si no lo quieres... yo podría conservarlo* —*Apreté los ojos y me ardió la nariz al pensar que ella todavía debía guardar un mechón de todos mis cortes de cabello, de cuando era niño hasta la última vez que me acompañó, que fue la última vez que me lo corté, ya había olvidado a que edad. Ella me amaba a pesar de todo.*

Volví a mi habitación y levanté el diapasón astillado de mi guitarra. Desenredé una de las cuerdas y volví a la mesa. Separé un mechón delgado del montón y envolví lo más grueso en varias vueltas del cable de nylon antes de guardarlo en el bolsillo de mi chaqueta. Abracé a mi madre, incapaz de darle las gracias de otra manera; tendió la mano y tenía un gorro de lana negro que no se condecía mucho con la temperatura exterior pero ella sabía, como sólo saben las madres, que mi corte de pelo no era lo mejor que tenía para exhibir en ese momento. Le di un beso en cada mejilla y abandoné el departamento corriendo, calzándome los anteojos oscuros, abordando mi automóvil y deseando con fervor tener una última oportunidad.

Volé a la casa velatoria de Belgrano. Mi corazón comenzó a restallar con fuerza contra las paredes de mi pecho. ¿Y si ya no estaban allí? Detuve el auto sin mucho cuidado de cómo había estacionado y corrí escaleras

arriba a la sala mortuoria donde recordaba que habían velado al padre de Paula. Dos tipos altos y anchos como cada una de las puertas, me detuvieron, pero avancé como si no estuvieran allí, dispuesto a irme a las manos sin medir las consecuencias.

—El velatorio ya terminó, señor. Sólo está la familia.

—Yo soy parte de la familia.

—Toda la familia está adentro... —En el primer forcejeo, y en cuanto se levantó el tono de voz, la puerta se abrió y la Gallega, vestida de negro de pies a cabeza, sus ojos cubiertos con anteojos oscuros, nos miró a los tres como una madre represiva.

—Vincent. Déjelo por favor... —A su comando, los tipos me soltaron y empujé la puerta para entrar al lugar sin siquiera saludarla.

Todos estaban allí. Todos menos Tomás. Todos levantaron sus ojos y me miraron, el dolor de la pérdida y el adiós dibujados en sus rostros. Las puertas dobles de la cámara mortuoria estaban cerradas y Solcito fue la única que se adelantó para saludarme. Me abrazó con fuerza, temblando como si llorara pero ya sin lágrimas.

—Tomás está adentro —susurró en mi oído y me orientó frente a las dos puertas cerradas. Me paré frente a ellas y busqué dentro mío todo el valor que no había tenido para estar allí, donde me necesitaban. Deslicé una hoja lo justo y necesario para poder entrar.

No había flores, sólo un féretro blanco y un hombre de espaldas, vestido de negro, exactamente igual que yo, chaqueta de cuero, camiseta y pantalón negros, botas militares y anteojos oscuros. Su cabello, sin saberlo, ahora era más largo que el mío. No se movió al escuchar que alguien entró. Me paré junto a él con los ojos clavados en el piso, incapaz de mirar adelante, donde sus ojos debían estar mirando sin ver, en el medio de tantas preguntas sin respuesta, con tantas maldiciones en gritos silenciosos, con tanto dolor reprimido. Levanté la cara con los ojos apretados, el cobarde de siempre. Su imagen estaba detrás de mis párpados exactamente como la necesitaba, viva. Me rehusaba a abrir los ojos, pero moriría de nuevo si no le decía adiós.

Di un paso al frente y abrí los ojos de golpe, un disparo rápido siempre era mejor para sacrificar a la bestia, hacerlo despacio no cambiaría la realidad.

Ella estaba ahí, en la gloria de su belleza, pálida y serena, como dormida, como la había visto tantas veces. Sin maquillaje, peinada como siempre, su flequillo tupido perfecto sobre su frente lisa, sin una arruga que hubiera marcado su piel. En el medio del satén blanco de la mortaja se distinguía una camiseta negra y apreté los labios y las manos en puños en la impotencia y el dolor. Sus manos entrecruzadas asomaban apenas y en ellas todavía brillaba el anillo de ese compromiso que nunca se pudo concretar. Sus labios descansaban sin rictus. ¡Dios! Cuántas veces soñé besar esos labios, recorrerlos dentro y fuera para tratar de obtener algo del sabor y el aliento de Tomás, de esas sensaciones tan ansiadas como prohibidas.

Cuántas veces quise acariciar su piel con mi lengua, saborearla, para tratar de descubrir que habían dejado las manos de él en sus paseos de pasión, algo de su sudor, algo de su olor. Cuantas veces quise reemplazarla cuando él la miraba con amor o con deseo, en lo más inconfesable de mis fantasías, donde me había enamorado de la persona equivocada, y en una mezcla irreverente, reprimido por lo debido, lo adecuado, lo socialmente aceptado, me vi a mí mismo odiando y amando el cuerpo de ella, que era el único medio por el cual yo podía intuir, inmerso en mi imaginación, como sería sentirlo a él dentro mío. La amaba porque era mi amiga, pero también porque era el instrumento necesario de mi amor y mi pasión, y la única manera de tener algo de él era teniéndola a ella. La única manera de poder sentir la manera en que él amaba, era a través de ella. Yo la necesitaba como al aire, pero no solo porque era mi hermana por elección, el espejo de mi alma, sino porque ser ella en mi mente era permitirme estar en brazos de él sin pensar en lo sucio y prohibido y denigrante que era; ser ella era poder ser amado por él, aunque eso nunca sucediera. Él era, después de todo, todo lo que yo necesitaba pero jamás tendría, no solo porque él no lo querría, sino porque yo no me lo permitiría, aun cuando ella ya no

estuviera. MaP era el hilo conductor de mi amor y mi pasión.

Saqué el manajo de pelo, casi tan amarillo como el de ella, y lo acerqué con cuidado dentro del ataúd abierto, para dejarlo entre sus manos. Me incliné sobre ella, sobre sus labios helados y los besé por primera, única y última vez. Temblé contra ellos en el devastador dolor de no haberle dicho suficientes veces te quiero, y gracias, por haberme permitido ser parte de su vida, por haber confiado en mí, por quererme pese a todo y por permitirme usarla, aún sin saberlo. Si tan sólo esa vez Dios escuchara mi plegaria silenciosa y me hubiera permitido cambiar el lugar con ella, sería un cambio justo aun cuando yo no pudiera abrazarlo, ni besarlo, ni amarlo nunca. No me importaba, porque él podría tenerla a ella, sería feliz porque ella era todo lo que él necesitaba y yo, ya no sufriría más al no tenerlo.

Me aparté del féretro y volví a pararme junto a Tomás sin decir una palabra, imitando su gesto, mis manos apretadas a mis espaldas y mis ojos cubiertos por los vidrios espejados para ocultarme. Los hombres no lloran.

—Lo siento —dije entre lágrimas, un susurro ahogado. Y lo sentía todo, de verdad.

Levanté una mano a su hombro pero jamás pude acercarme a él, tocarlo. Sabía que necesitaba un momento a solas con ella y desaparecí por las mismas puertas por las que había entrado. Sin mirar a nadie abandoné ese primer piso y corrí escaleras abajo buscando la salida. Los automóviles fúnebres ya estaban allí, en la especie de semicírculo que entraba sobre la vereda hasta la puerta principal, esperando. Del otro lado de la vereda, una horda de cámaras y fotógrafos esperaban para seguir registrando los momentos de dolor que debían ser íntimos y privados. Había un cordón de policías separando a la prensa del lugar donde yo estaba. Todo en su lugar, como cualquier gran producción que se preciara de sí. Debía darle el crédito que se merecía a la persona que había organizado el evento.

La gente comenzó a salir y diseminarse en los automóviles, algunos estacionados en esa misma vereda, donde yo también había dejado el mío,

otros subiendo a los sedan negros incluidos en la tarifa de la compañía fúnebre. La Gallega esperó en la puerta del primer automóvil que seguiría al que llevaría el féretro. Me alejé sin mirarla. Tomás salió caminando solo cuando ya todo el mundo se había ubicado; los dos tipos enormes que custodiaban la entrada lo seguían de cerca y la Gallega se adelantó un paso para recibirlo. Le dijo algo y ella se quedó parada, sorprendida, como si no fuera eso lo que esperaba escuchar. Miró alrededor, buscando algo, alguien, caminando con paso rápido hasta donde yo estaba, mientras encendía un cigarrillo. Tomás subió al auto negro, solo, y la comitiva se puso en marcha.

—Necesito un aventón.

—Yo no voy al cementerio, Gallega.

—Vamos... Tomás necesita estar solo y no hay otro lugar. Por favor... — Su intención era evidente debajo de la mala actuación y la pésima súplica. Ella quería estar con él, acompañarlo en ese momento, no estar conmigo, expuesta a mis críticas, al veneno que tenía adentro y del que le había pasado una muestra gratis por teléfono.

Subí al automóvil y apoyé las manos en el volante, resignado. Los otros vehículos pasaban por mi lado sumándose a una caravana eterna que subiría por la autopista hasta su destino final; fotógrafos y periodistas también se sumaban a la fila.

No podía ir. De verdad, no estaba en condiciones de soportarlo. Me sentía el más cobarde, el más traidor, el único con el peso necesario para haberle hecho frente a la decisión y aun así, dejé que pasara. Miré por la ventana y pude ver un pedacito de cielo que se abría celeste, ajeno a las circunstancias. El sol caía del otro lado de los edificios y pronto sería de noche. Resoplé con fastidio, sucumbiendo una vez más a sus designios, me estiré hacia la ventanilla para destrabar la puerta y dejarla subir. Se sentó despacio en el asiento del acompañante y colocó el cinturón de seguridad después de cerrar la puerta. Aún debajo de los anteojos oscuros, podía sentir su mirada clavada en mi rostro, mientras yo maniobraba para intentar colocarme en el último lugar y seguirlos antes de subir a la autopista.

—¿Cómo te sientes? —dijo cuándo el silencio se hizo demasiado incómodo entre los dos.

—Como si mi mejor amiga se hubiera muerto.

—Vincent...

—Tú preguntaste. ¿Cómo carajo quieres que me sienta? ¿Aliviado?

—¿Aliviado? —La miré de costado y bajé la ventanilla para que el viento me diera en la cara y despejara mis sentidos; podía sentir la sangre hervir en mi rostro,

—Sé que Paula era mucho más que una amiga en tu corazón. Pero necesitas liberar un poco la presión que tienes en el pecho antes que explotes.

—Tú porque no viste como quedó mi habitación... —dije entre dientes mientras buscaba un cigarrillo. Inspiré con fuerza y manejé con una sola mano.

—Todos estos años... yo sé cómo te has sentido... —Me reí con tristeza, ¿Por qué todo el mundo quería ver lo que se le daba la gana en lugar de la realidad? ¿Por qué?

—No tienes idea...

—Por supuesto que sí... pude ver siempre lo que sentías...

—Gallega —La corté secamente y me miró echándose un poco para atrás como si temiera que me violentase—, yo no estoy enamorado de Paula. ¿Es tan difícil entender que para mí ella era mucho más que un pedazo de carne para tener sexo? Yo amaba a Paula por lo que llevaba adentro, no por lo que todo el mundo podía querer o desear de ella. Para mí era mucho más que un cuerpo voluptuoso, que una mujer que satisfacía fantasías ajenas. Para mí era mucho más que eso.

—Pero la amabas... —Su voz mostraba desconcierto, extraño en ella que siempre parecía ser la dueña de la verdad.

—Como a mi vida.

—... y nunca quisiste tener nada con ella... por respeto a Tomás y su amistad —Torcí la boca mientras ella elaboraba su propia teoría.

—Lo que sea...

Podía ver su debate interno. Su pensamiento era bastante lineal porque

conocía a los hombres y corría con esa ventaja. ¿Y por qué tenía que sospechar ella quién era el verdadero objeto de mi afecto, de mi amor y mi obsesión? Si mi charada era perfecta, si yo había luchado día a día contra esos sueños y fantasías, si yo era completamente “normal” para el resto del mundo, aprovechaba cuando tenía una mujer a mano y flirteaba con facilidad. Las mujeres en lo general eran un continente vacío donde descargar mi frustración, y con el tiempo me había vuelto un especialista en usarlas para ello, excepto cuando las conocía y las descubría como una vida digna de respeto. Me había pasado con ella y me lo seguía reprochando aún en estos días. Si la hubiera conocido en una disco y se me hubiera dado tan fácil como parecía, de seguro hubiera pasado a ser una arruga más entre mis sábanas, una pelirroja más a la lista, un nombre diferente y una historia interesante, una mandona domada. Pero no, cuando descubría al ser humano que se escondía detrás de las faldas, por lo general sucumbía a la admiración, a la devoción. Después de todo, ellas podían llegar a tener lo que yo siempre anhelaría.

—Puedes hablar conmigo siempre que lo necesites, siempre estaré aquí para ti.

—Gracias.

—No es un discurso vacío. Sabes que en verdad lo siento.

—Sí. Lo sé.

—Pero no te apartes, no te alejes —Apreté los labios y tomé la bajada que nos llevaría al cementerio privado. Apoyó su mano en mi brazo y temblé, tragando con fuerza para no derrumbarme.

No iba a entrar. Me lo había prohibido a mí mismo. No era una opción. Aunque ella quisiera engatusarme y arrastrarme con alguna de sus artimañas. Tampoco lo intentó. Vio mi agarre al volante y no dijo nada más; se desprendió del cinturón de seguridad e inclinó para dejar un beso sin devolución en mi mejilla, luego bajar corriendo para llegar junto a Tomás.

El lugar estaba lleno de gente y mis lágrimas ya no aguantaron cuando el portón trasero de la carroza fúnebre se abrió y los tipos de traje deslizaron el féretro blanco solo un poco afuera para que la gente que lo

cargara pudiera tomar su lugar. Tomás caminó erguido, sólo, sin ayuda. Tomó la primera manija dorada y su padre tomó la de enfrente. Miró por sobre su hombro y me buscó con la mirada en el medio de la gente, los flashes estallaban a su alrededor como si estuviera en una entrega de premios, los medios de prensa sin vergüenza alguna, sin compasión ni sentido de la dignidad. Encendí un cigarrillo y le di la espalda, marchándome en sentido opuesto, a la lomita donde había acompañado a Paula cuando se había declarado en rebeldía en el entierro de su padre.

El árbol seguía siendo el mismo, la vista excepcional, el atardecer cayendo sobre nosotros en un espectáculo impactante en índigo y magenta. Rodeados de gente, estábamos solos. Yo estaba solo allí, parado junto a ese árbol; Tomás estaba solo allá, parado junto a su tumba. Y ella estaba sola, su cuerpo encerrado en la madera laqueada, a punto de mezclarse con la tierra, y su alma en el cielo, lejos de los dos.

El tiempo seguía pasando, aún sin sentido, incluso para mí. Una voz conocida sonó a mis espaldas cuando la oscuridad de la noche iba ganando sobre los colores del crepúsculo.

—¿Necesitas un trago o un café?

Capítulo 52 — Diez mil millas de aquí

Cuando la angustia dejó de ser una catarata de lágrimas, un tiempo que no debe haber sido abrumador porque nadie subió a buscarnos, mi último suspiro aliviado marcó el final del silencio.

—Ha pasado algo de tiempo.

—Sí... y yo siempre haciendo el ridículo.

—Te entiendo... —dijo ella con muchas más implicancias de las que yo pude reconocer. La ayudé a ponerse de pie y enlazó su brazo en el mío para salir de la habitación. Al llegar al umbral de la escalera me detuve en seco, no estaba preparado para una reunión familiar. Conmovido por el pasado y el presente, necesitaba un espacio para cerrar ese capítulo de mi historia si no quería derrumbarme de nuevo en la mesa, delante de todo el mundo.

—Yo... eh... necesito un momento...

—Tengo una idea —dijo sonriente.

Bajamos las escaleras despacio y en vez de orientarnos hacia el salón desde donde provenían las voces, caminamos en sentido opuesto, atravesamos un pasillo que parecía una galería de arte y salimos por un ventanal enorme al jardín y la piscina.

—Podemos dar un paseo.

—¿Y no se supone que tienes que estar en reposo?

—Lo he estado... todo el día. Y mi madre no me ha dejado siquiera bajar para preparar tu paella —Sonreí de costado y clavó un codo en mis costillas. Si la Gallega cocinaba como los dioses, era porque la madre de los dioses, en persona, le había enseñado.

—Soy un hombre afortunado.

—Te haré un tour por los alrededores de la casa —Miré para atrás, preocupado, y ella adivinó mi expresión—. No nos alejaremos mucho. Si pasa algo puedes gritar.

—Sí... claro...

—Vamos... todo está bien. Créeme.

El cielo estaba entrando en su cono de oscuridad y la noche era calma y despejada.

Un amigo sabe cuándo necesitas que te acompañe en silencio y eso fue lo que hizo la Gallega a mi lado, de mi brazo, caminando despacio sobre el césped recortado, pasando el borde de la piscina cerrada rumbo a las luces laterales de la cancha de golf. Encendí un cigarrillo y dejé salir de su encierro los recuerdos que siguieron al infierno.

Parado en el medio del atardecer en ese cementerio privado que odiaba más que a la sopa, la voz a mis espaldas le puso fin a mi calvario privado. Me di vuelta y Diego, el antiguo compañero de periodismo de Tomás devenido en abogado de la farándula estaba allí, enfundado en un impecable traje negro y anteojos oscuros.

—¡Ah! Hola...

—¿Qué haces aquí?

—Podría preguntar lo mismo.

—Mi vieja conocía a Paula.

—¿Paula recibió alguna carta documento?

—Jamás. Nunca un juicio. Nunca una conciliación. Pero en esta profesión más vale estar siempre asesorado.

—Seguro.

—Era una gran mujer.

—Sí.

—Lo siento mucho.

—Yo también.

—¿Por qué estás aquí? —Encendí un cigarrillo y lo atravesé con la mirada aunque no se inmutó. ¿Qué carajo le importaba?

—No soy muy fan de los entierros.

—Yo tampoco... es sólo una formalidad.

—Lo que sea.

—¿Vuelves a Capital? ¿Estás con auto?

—Sí.

—Podemos ir a tomar algo si quieres... —¿Y tenía cara yo de estar con ánimo de una reunión social? No. Pero sí, la verdad era que necesitaba hablar con alguien que no estuviera tan metido entre nosotros para poder salir del lugar común. Bastante dolor tenía adentro yo solito como para recibir aportes del exterior, y en ese momento no estaba en condiciones de

consolar a nadie.

—Podría ser.

—Vamos... conozco un lugar tranquilo —Caminé sin mirar alrededor, sin buscar un rostro familiar del que despedirme. La Gallega volvería con Tomás, ambos se consolarían mutuamente, mi madre había ido en el auto con su esposo, Solcito estaba con su novio, nadie más me importaba en ese encuentro mortuorio. Todos estaban ubicados, nadie necesitaba un aventón. Diego se despidió de su madre y subió al auto con demasiadas preguntas en el rostro y mucha disposición a escuchar. Podía percibirlo, estaba en modo periodista, después de todo los dos estábamos cortados con la misma tijera.

Cruzamos del otro lado de la autopista y bajamos hasta la costanera para buscar un bar alejado con vista a lo más abierto del río. La noche ya caía sobre nosotros. Cerveza de por medio, dejamos que el silencio nos acompañara en esa mesa redonda.

—¿Se sabe qué fue lo que le pasó?

—No. Por lo menos no yo. Todo fue muy rápido y no tuve tiempo de hablar con la familia.

—Es raro que no le hayan hecho autopsia.

—La madre no quiso.

—¿Y Tomás?

—No sé qué tanta injerencia podría tener él...

—Era su pareja.

—Sí, pero... legalmente...

—Ellos tenían una relación pública, a veces es suficiente, pero necesitas cinco años de convivencia comprobable para tener derechos. Si alguien quisiera demorarlo puede meter ese pero...

—Se entiende que Tomás no quisiera demorarlo.

—Los medios son una quimera.

—Sí. Los sufrí —Diego se recostó en la silla, bebiendo de su botella hasta el fondo.

—Apareciste en varias fotos —Acomodé mi gorro y por primera vez tuve la sensación de que algo me faltaba. No era algo incómodo como pensé que podría pasarme si alguna vez perdía mi frondosa cabellera, quizá porque mi

pelo estaba en buenas manos, nunca más literal. Encendí un cigarrillo y comprobé mi provisión. Bastaba para la noche.

—Qué suerte que tengo. ¿Qué dicen las páginas de Internet?

—Todo gira más en torno a la tragedia, del momento de gloria y amor en la que los dos estaban a la muerte inesperada.

—Es verdad.

—Es interesante analizar cómo la gente sólo compra por la historia más banal. Después de todo... nadie se hace la pregunta más importante — ¿Sería la pena de la pérdida o el dolor de lo inconfesable? En verdad no seguía el hilo del razonamiento de Diego.

—¿Cuál?

—¿Por qué?

—Porque Dios nos odia —dije e imité su pose, tragándome el cigarrillo en dos bocanadas. Se encogió de hombros, indiferente, y pidió otra vuelta

—Esta historia vende millones sólo por la tragedia y porque la gente adora ver cómo se derrumban los famosos en su momento más doloroso. Pero... me extraña la falta de información, de pericias. Nada de informes de la policía...

—¿Y no se supone que todo eso debería ser secreto?

—¿Y no se supone que un buen periodista tendría que tener acceso a ello? —dijo, como al azar, como si esperara que alguien tomara ese rebote anónimo y lo hiciera suyo para iniciar la jugada perfecta.

—Todo depende de los contactos y las fuentes que uno pueda manejar. No puedo ayudarte aquí, soy visitante y no sigo policiales.

—Es que ése... es mi trabajo... —Bebió su cerveza con la mirada perdida en el río.

Arriba en el cielo, la luna colgaba como una herida de plata abierta en la oscuridad. No había estrellas, todas debían haberse apagado al cerrarse sus ojos.

Entrada la noche, y sin más excusas para seguir bebiendo, le agradecí a Diego la compañía y decidí que era hora de marcharme.

—Tengo que preparar mis cosas. ¿Vamos?

—¿Te vas?

—Sí, tengo que volver a París a trabajar... —Lo cual era una enorme mentira. Estaba abandonando mi trabajo y el destino por el que tanto había luchado en la revista, para apartarme de esa cruel realidad lo antes posible.

En cuanto llegué a mi casa, mientras empacaba, volví a planear una fuga acelerada de Argentina. Solo le dije adiós a mi madre y le escribí un mail a la Gallega con copia a Tomás, No tenía ánimo ni fuerzas para despedirme de ellos. Tomé un taxi al aeropuerto y creé todas las conexiones necesarias para huir de Buenos Aires; en mi afán por escapar, tomé el primer vuelo a Sao Paulo y esperé otra conexión a Europa. Llegué a París cuatro horas después del primer vuelo de Air France en el que podría haber llegado desde Ezeiza, la noche siguiente, pero no me importó. Sin detenerme en casa, fui a la redacción de París Match y presenté mi renuncia a la corresponsalía en Sudamérica. Acepté mi castigo de buen grado y esa misma tarde estaba volando a Yemen del Sur para empezar mis corresponsalías de guerra.

Vagué por los peores destinos del mundo buscando noticias, enfrenté la muerte cuatro veces el primer año y no paré ni un minuto más que para dormir. Exhausto hasta el desmayo, eso era lo que necesitaba, no tener un segundo de paz para pensar, para elaborar y darme cuenta de lo que estaba pasando a mi alrededor, de todo lo que había perdido. Del otro lado del mundo, Tomás había tomado la misma decisión. Se enfrascó en el trabajo, abandonó sus exposiciones al aire y se dedicó de lleno a la producción. Era una máquina que luchaba a brazo partido por el crecimiento sostenido e implacable de su imperio multimedios. La Gallega me mantenía al tanto y seguía escribiéndome y escribiéndome aunque a veces, y con suerte, recibiera alguna línea austera de mi parte diciéndole que estaba vivo, por decirlo de alguna manera. Por momentos podía notar su desesperanza, tanto por él como por mí. El duelo de ambos coincidía aún en la distancia, nuestras vidas continuaban porque respirábamos y hablábamos y caminábamos y trabajamos, porque para la gente la vida es eso, aunque nuestros corazones estuvieran despedazados sin posibilidad de

reconstrucción.

Ese primer año Tomás estuvo en Francia tres veces, siguiendo el gran premio de Mónaco que coronó a Jenson Button en mayo y haciendo pie en la meteórica carrera de Juan Martin del Potro, aunque perdiera en las semis de Roland Garros contra Roger Federer en junio. Finalmente estuvo presente en la Gala del Balón de Oro que coronó a Lionel Messi por primera vez en diciembre. Mientras tanto, yo volaba a Chechenia para seguir las instancias de la Insurgencia en el Cáucaso Norte. Por supuesto, no coincidimos.

Él tomó la iniciativa del contacto para mi cumpleaños. Mi respuesta fue la primera vez en once meses que escribí más de tres líneas de carácter personal. Lo extrañaba pero no tenía fuerzas para volverlo a ver y enfrentar su dolor como un espejo. No sabía qué hacer con tanto dolor. Necesitaba ayuda, así que levanté el exilio autoimpuesto y volví a París. Empecé a vagar de terapeuta en terapeuta, de método en método, buscando alguien que diera con la llave de mi sistema, ya fuera para reiniciarlo o apagarlo por completo. Por fin encontré a Amelie, una mezcla extraña de psicóloga, psiquiatra, gurú y bruja. De una sesión semanal pasé a frecuentarla hasta cuatro veces por semana, a depender de ella como el aire y el sol. Incursionamos por los diferentes caminos de mi vida, sacamos curitas e hicimos cirugía profunda, y llegó el momento en que decidimos que el mejor camino para volver a vivir era asumir que estaba vivo, que tenía una vida y debía vivirla. “Asumir” era la palabra clave, mi vida y quien era, desde el hijo de, el hermano de, el amigo de... hasta reconocer qué quería de mi vida. Definir mi sexualidad pasó a ser la clave del asunto, y con quien quería compartir mi vida, y de qué manera, el foco de la discusión. Me llevó un tiempo más asumir mi condición sexual y no sentir culpa por ello, pero no era solo reconocer en mí mismo que la dirección de mi atracción sexual estaba en los hombres. No. Para mí el sexo no tenía sentido si no iba enlazado indisolublemente con el amor; y para mí el amor tenía un solo nombre: Tomás.

Después del primer aniversario, y gracias al contacto que habíamos retomado a través de correo electrónico y alguna charla telefónica, supe que las cosas habían mejorado para él también. Con emoción esperé la tarde del reencuentro. Y sucedió en Mónaco.

Cada vez que Tomás visitaba Europa era para establecer, de alguna manera, un pie en determinado tipo de transmisión, ya lo había hecho el año anterior, y volvía a Mónaco para presenciar el Gran Premio y darse el gusto de ver correr, en vivo, a Michael Schumacher. Nos encontramos en mayo; en Montecarlo la primavera siempre se disfrazaba de verano y las calles bullían de mil acentos y vallados de seguridad por el circuito callejero más famoso del mundo. Nos encontramos en el Café de París, un restaurante histórico de estilo Belle Epoque del Siglo veinte, al lado de la plaza y el Casino. Lo vi sentado en una de las mesas de la calle, mirando alrededor con gesto ausente, escondido detrás de anteojos oscuros. La Gallega decía que volver a relatar, comentar deportes, no importara cual, lo estaba ayudando a salir adelante. Su pasión por el deporte lo estaba salvando, volvía a su primer amor y volvía a encontrarse conmigo.

—Elegiste un excelente lugar... —Levantó el rostro y sonrió, encogiéndose de hombros. Se quitó los anteojos y miró mi pelo, que ya estaba llegando de nuevo a los hombros.

—Volvió a crecer.

—Sí... —Me acerqué para abrazarlo pero noté la distancia en su saludo, una extraña sensación.

—¿Cómo va todo?

—Bien. Tranquilo. ¿Y tú?

—Igual.

Hablamos de nuestras últimas actividades, él en deportes y yo en política, de nuestros proyectos, él creciendo en nuevos rubros del entretenimiento, yo intentando descubrirme a mí mismo como escritor. Por ninguna buena razón y muchas malas, un sólo nombre femenino se repetía en nuestros labios. La Gallega. No pude evitar la pregunta.

—¿Están juntos?

Tomás clavó los ojos en la taza de café y se mordió los labios. Suficiente respuesta para mí.

—La Gallega ha sido un gran apoyo para mí en todos estos años. La verdad es que soportarme en mi estado es como para que se haya ganado varias nubes en el cielo... —Traté de disimular las implicaciones completas de la palabra “apoyo” y me di cuenta que la opresión en el pecho no era producto simplemente por el reencuentro. Era miedo. ¿Sería yo capaz de decirle la verdad? ¿Me arriesgaría esta vez, cuando estaba lo suficientemente vulnerable como para mirar la vida desde una nueva óptica? La Gallega comenzaba o cerraba casi todas sus frases, y no solo las que se relacionaban con el trabajo. Me enderecé como si eso me diera fuerzas y vestí mi careta de mejor amigo.

—No puedes vivir en el pasado. En algún momento vas a tener que salir adelante.

—Vivir es una palabra a la que no le volví a encontrar sentido.

—¿Estás haciendo terapia? —Apoyó los dos codos sobre la mesa y se rascó la cabeza.

—Sí, pero no es lo que necesito... —No, yo sabía lo que él necesitaba: las artes oscuras de Amelie, una sesión espiritista y un conjuro de magia negra que trajera a Paula de vuelta.

—Lo sé... —Me di cuenta que yo estaba mejor que él, habiendo puesto un océano de distancia y encontrado un apoyo psicológico. Él seguía allá, atado a los recuerdos, a una tumba que no abandonaba, preso de una ausencia que no podía superar. Había sólo una manera de terminar con la vida y era con la muerte, ¿Cómo se podía terminar con el dolor de la muerte?

Resumimos nuestro encuentro, me obligó a prometerle que volvería a Buenos Aires algún día y él a cambio me aseguró que aprovecharía cada ocasión en Europa para que nos encontráramos. Continuar con nuestra amistad era la mejor manera de honrar la memoria de Paula. Y quizá me daría el espacio de tiempo adecuado para tomar una decisión sobre mis

pasos.

No mintió, vino cada vez que pudo: A la final de la Copa del Rey en Barcelona, la Supercopa de Francia, que se disputó en noviembre en Túnez entre el Marseille y el París Saint Germain, el partido definitorio de la Premier League disputado y obtenido por el Chelsea de Carlo Ancelotti, y la final de la Copa de Francia, en París. Pero como no solo de fútbol vive el hombre, también disfrutamos del Tour de Nice en ciclismo, el Champions Trophy de Hockey femenino sobre césped en Nottingham Highfields de Inglaterra donde las Leonas fueron subcampeonas y sufrimos la tremenda derrota en semis contra Francia en un lapidario cinco a cero en la Davis.

Aprovechamos sus visitas para recorrer otra vez algunos lugares que habíamos conocido juntos una vida atrás. Nuestra relación volvió a ser lo que fue durante años, con el valor agregado de la madurez y la experiencia. Nos reencontramos cómplices, compinches, más que amigos y hermanos. Unidos en el dolor, incapaces de volver al pasado, la gran alternativa era ese cambio que cerrara la puerta para siempre y nos permitiera mirar hacia adelante. Con el tiempo, decía Amelie, podríamos volver a ese pasado y reencontrarnos, retomar el camino desde él, incluyendo la muerte de Paula. Parecía el plan perfecto y a todas luces, parecía que era el único destino de nuestras vidas. Quedaba ver todavía que tan dispuesto estaba Tomás a subirse a ese tren.

Nunca vi la locomotora que venía de frente.

Capítulo 53 — Soy un mentiroso y esa es la única verdad

Estaba en mi departamento de París ordenando mi escritorio bajo el estridente hechizo de Mötley en Generation Swine. Gunner Sixx me instaba con su actitud a encontrarme a mí mismo; Vince me gritaba la verdad, que tenía miedo. Yo sabía lo que tenía que hacer. Saltar. Y que fuera lo que Dios quisiera, después de todo ¿Habría algo peor que ese tiempo que había atravesado, solo, sumido en una pseudovida de ausencia y desolación? Si lo que me tocaba era morir, no sentir más que el frío dentro de mí era una buena alternativa, pero morir sin intentar ser yo mismo de una vez por todas, y luchar por una oportunidad, hubiera sido un gran desperdicio de tiempo y lágrimas.

Encontré mi nuevo pasaporte junto a los pasajes de mis vacaciones, las primeras después de la tragedia. Volaría a Buenos Aires, encontrando el momento justo para coincidir con el regreso de Mötley a la Argentina. Ya teníamos nuestras entradas, estábamos emocionados y aunque el recuerdo fuera doloroso, de alguna manera se sentía como cerrar el círculo. Ellos, nosotros. Acomodé los dos portarretratos de plata que estaban en mi escritorio: Una de las fotos era la que Tomás y yo nos habíamos tomado en nuestro viaje a Europa a los 18 años, con el fondo tradicional de la Torre Eiffel. La otra, aquella que yo había tomado en Bariloche de ellos dos cuando se hicieron el tatuaje. Toqué la superficie lisa del vidrio y rememoré esos momentos. ¿Cuánto tiempo la odié por haberse metido en el medio de ese momento que habíamos planificado juntos, y ahora esa foto era lo único que me quedaba, solo esa imagen, su recuerdo? Una semana después estaba en Buenos Aires.

Al día siguiente de mi llegada, ni bien amanecí, llamé a Tomás y decidimos encontrarnos para almorzar. Estaba emocionado, quizás como yo. De vuelta en Buenos Aires, encontrándonos, ¿Casi feliz? ¿Podía ser eso posible? ¿Por qué no? Después de todo, la vida había seguido su curso, una posible después del eclipse total que nos había apagado. El sol volvía a asomarse en el horizonte, yo me sentía así, aunque hiciera frío, caminando

bajo la tibia mañana que me daba la bienvenida. Después de una vuelta por un shopping me dirigí al diminuto restaurante donde habíamos quedado en encontrarnos. Envió un mensaje que estaba un poco demorado así que decidí empezar a calentar motores con una cerveza, necesitaría un poco de alcohol en mi sistema para empujar la verdad fuera de mi boca.

¿Qué le diría? ¿Cómo se lo diría?

Bebí, riendo solo, y encendí un cigarrillo, entretenido por mis propios pensamientos y la imagen de la gente del otro lado del vidrio. Me recosté en la silla y miré la puerta, cuando apareció la persona que menos esperaba. Diego Chebars, el abogado de las estrellas.

Levantó la mano a modo de saludo y me puse de pie en cuanto llegó a la mesa.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien. Te debo haber llamado con la mente.

—¿Por qué?

—Hoy me estaba acordando de ti... —Estiré la mano para invitarlo a sentarse y miró a sus espaldas.

—¿De verdad? —pregunté.

—Sí. Estuve en Tribunales haciendo una investigación para un caso, cuando encontré un informe sobre la muerte de Paula —Toda la alegría que tenía se apagó como bajo un balde de agua. ¿Por qué tenía que aparecer este idiota para taparme el sol con un dedo?

—¿Ah, sí? —Traté de restarle importancia para que no pasara de comentario, la verdad era que el recuerdo de Paula no me iba a ayudar en ese momento.

—Sí... Recuerdas que te dije que no había nada sobre los informes y las pericias... como si alguien los hubiera... eliminado... —Mi mente invariablemente fue a la muerte de Arango y la intervención de Tomás para evitar que se dieran a la luz los detalles del suceso.

—Vagamente...

—Parece que simplemente se traspapelaron...

—Ah... —*Mi falta de interés pareció ofenderlo. Se inclinó sobre la mesa como si me estuviera por decir el número que iba a salir en la lotería esa noche.*

—*Da para un libro...* —*Sí, claro, lo único que me faltaba, escribir un libro sobre la muerte de Paula.*

—*Ya te dije... no cubro policiales...* —*Levantó las cejas en un gesto indescifrable. Su teléfono y el mío sonaron casi al mismo tiempo. Mensaje. Los dos miramos a la puerta. No me escuchó. Vi a la morena exuberante que entraba mientras le sostenían la puerta, sonriéndole al caballero que estaba a sus espaldas. Tomás. Diego sacó una tarjeta de su blazer y la estiró hacia mí.*

—*Mi cita llegó. Llámame si estás en Buenos Aires, siempre consigo buena compañía* —*Tomé la tarjeta, leyendo el número antes de guardarla. Tuve ganas de responderle que estaba interesado en un solo acompañante pero no quise sonar maleducado.*

—*Ok. Te llamo* —*Tomás y Diego se encontraron a mitad de camino, se saludaron y buscaron la mesa que debían ocupar.*

—*Perdóname. Mil cosas y todas a último momento.*

—*No hay problema. ¿Cómo estás?*

—*Cansado. Pero bien.*

—*Me alegro.*

—*¿Elegiste algo para comer?* —*Miramos el menú, comimos, hablamos de lo que yo pensaba era el tema central, el recital, y alguna otra trivialidad, hasta que llegó el momento de la verdad.*

Antes del postre, inspiré profundo y busqué en el fondo de mi corazón las fuerzas necesarias para hacer un planteo que me llevara al punto en el cual pudiera confesar mi verdad, pero Tomás me ganó de mano.

—*Hay algo que necesito hablar contigo* —*Me detuve, sorprendido.*

—*Sí. Dime.*

—*Esto es algo un poco abrupto pero... me caso con la Gallega.*

—*¿Qué?*

—*Sí.*

—*Pero... cómo... por qué... no...*

—Hemos estado juntos hace un tiempo y... bueno... yo...

—¿Tú qué?

—Está embarazada.

—¿Y? — Retrocedió sobre su silla y me miró aún más sorprendido y desencajado que yo al momento de abofetearme con semejante noticia.

—Perdón.

—Sí. ¿Cuál es el problema?

—Bueno... me parece que es lo que corresponde.

—Lo que corresponde es que te hagas cargo de su hijo si sabes que es tuyo pero de ahí a casarte... si no estás enamorado...

—Perdón... pero estamos hablando de la Gallega... o sea... ¿De dónde sale eso de que “si es mío”?

Enarqué una ceja como única respuesta en vez de retractarme. Abrir la boca podía terminar desencadenando una pelea ahí mismo. Con o sin público, ya nos habíamos caído a golpes un par de veces. Encendí un cigarrillo y hablé entre dientes, furioso, por sobre todas las cosas conmigo mismo.

—¿Y cómo pasó eso? ¿No saben cuidarse? —Tomás no salía de su asombro. El veneno del odio y la frustración caían chorreando de cada palabra que yo escupía.

—Fue mi culpa.

—Seguro. ¿Y ella que dice? Debe estar girando feliz en el medio del prado como la novicia rebelde. Después de todo, se alzó con el premio mayor.

—Vince... ¿Qué estás diciendo? Estás enfermo de celos... ¿Qué te pasa?

—Celos, evidentes y lacerantes, inocultables—. Primero Paula... después la Gallega. ¿Acaso piensas que eres el dueño de todas las minas? Basta que yo quiera tener algo con una mujer para que saques todas las banderas con los peros y las contra.

Me tuve que reír para no llorar. Eso es lo que él podía ver, ¿Verdad? Lo que él quería ver. Como decirle...

—Bueno... y entonces... Me imagino que lo que sigue es que me pidas

que sea tu testigo en el civil. Tu “best man”. Que te organice la despedida de soltero.

—Pensé que te alegrarías por mí.

—¿Por qué? ¿Porque superaste la pena de la muerte de Paula? Porque te casas con una mina por agradecimiento a haberte servido de pañuelo todos estos años...

—Se lo merece... cuanto menos ella estuvo allí conmigo.

—¿Y eso quiso sonar a reproche? ¿Qué? ¿Me hubieras propuesto matrimonio a mí si me hubiera quedado contigo?

—¿Qué te pasa? —Apreté los ojos con furia. No podía seguir hablando.

—Tengo que salir de acá...

Me levanté y la silla cayó a mis pies cuando rodeé la mesa y abandoné el restaurante, exasperado. En ese mismo momento sonó mi teléfono. Lo que me faltaba. Atendí sin disimular el desprecio en mi voz, alejándome del restaurante.

—Sí.

—Hola... —Su voz del otro lado de la línea tembló, quizás por la emoción, el miedo, ¿A quién le importaba en ese momento? A mí no.

—Ya hablé con Tomás y me contó que estás embarazada y que se va a casar contigo para responder a su responsabilidad...

—Yo... ¿Qué? ¿Casarnos?

—No seas hipócrita, Gallega. Debes estar feliz como una lombriz. Paula se murió y te dejó el camino libre. A esta altura tendría que pensar si no tuviste algo que ver con su muerte.

—¿Cómo te atreves? —gritó, desencajada

—No te alteres... puede hacerle mal al bebé.

—¡Vete al infierno!

—Vivo en el infierno... no te molestes en darme la dirección —Cerré el teléfono con furia y miré alrededor tratando de saber dónde estaba parado.

Vagué por las calles de Buenos Aires como si fuera un fantasma. Me arrastré hasta que me dolieron los pies y se me acabaron los cigarrillos. Con todo lo que caminé, si hubiera puesto proa al norte ya hubiera llegado

a París, construyendo un túnel trasatlántico. Debería patentar la idea. Tomé un taxi y llegué a mi casa entrada la noche. Ni bien puse la llave en la puerta escuché su melodiosa voz y su dulce acento abrumado por las lágrimas. Genial. Ahora tendría que pedirle perdón. Abrí y cerré la puerta de un golpe, las dos mujeres en la mesa levantándose de inmediato ni bien hice mi ruidoso acto de presencia.

—Los dejo solos para que hablen —dijo mi madre sin mirarme, apretando la mano de la Gallega para darle fuerzas y desapareciendo hacia su habitación. Caminé hasta el modular y saqué un cartón de cigarrillos, destrozando el papel, arrancando el celofán y encendiendo uno con manos temblorosas, con los nervios destrozados y conteniendo lo peor de mí para no descargarlo en ella, pero en quién si no.

—Tenemos que hablar Vincent... de verdad...

—¿Para qué? ¡Dime para qué! ¿Qué cambia? ¿Qué soluciona? No te preocupes, aunque yo no quiera, él ya estableció su punto.

—¿Por qué estás así? Necesito entenderte. ¿Esto sigue siendo por Paula? —Me planté sobre mis pies y la miré fríamente.

—Nunca fue por Paula...

—Pero... —Revisó en su interior como si le hubieran cambiado el guion.

—Tampoco es por ti... —No me sentía capaz de decirlo, de reconocerlo. ¿Qué ganaría? Tomás nunca sentiría de la manera que yo lo hacía. No importa que tan claro y asumido pudiera yo tenerlo, eso no aplicaba para él. Él no era como yo.

—No entiendo.

—No es necesario. No te molestes. Sé feliz y hazlo feliz. Tú que tienes la oportunidad de hacerlo, aprovéchalo... Dale lo que la vida le quitó varias veces. Él quiere una familia tipo, esposa, casa, hijos, perro... Es lo que él quiere, lo que él necesita.

—Él quería a Paula.

—Pero Paula ya no está. Si está decidiendo continuar su vida, contigo, es porque, pese al dolor, puede seguir adelante.

—¿Y tú no puedes? —Sonreí tristemente. Si tan solo pudiera...

—No siempre querer es poder... —Inspiré con fuerza para tragarme las lágrimas—. Perdóname, Gallega, las cosas que te dije fueron horribles. De

verdad no las creo ni las siento. Quiero que seas feliz, quiero que Tomás sea feliz.

—Déjame entenderte.

—No es... conveniente.

—Vincent... sin ti nada de esto tiene sentido. Tomás nunca será completamente feliz si tú no estás a su lado también. No es justo que, por nada, vuelvas a alejarte, y él te pierda a ti, además de haber perdido a Paula —¿Por nada? Era por todo, tuve ganas de gritarle, pero de nuevo me tragué la furia. Restregué mi rostro, impotente. No importa que tanto lo intentara, Tomás jamás sería para mí.

—Espero que sean muy felices... de verdad. Tomás ha tenido que pagar un precio muy alto por estar donde está y se merece un poco de felicidad. Ve, a mí estas cosas se me pasan tan rápido como me vienen —Me abrazó en silencio y traté de no llorar hasta que se marchara de allí. La acompañé hasta la puerta y cerré despacio antes de meterme en mi habitación.

Entré a mi habitación y me dejé caer en la cama. Las lágrimas jamás llegaron, no puedes llorar porque has perdido algo que nunca ha sido tuyo. Pero yo era un monstruo egoísta y celoso, no podía ver más allá de mi propia necesidad y mi mente obnubilada consideraba que yo era la única persona capaz de devolverle la felicidad a Tomás. No ella. Yo había estado allí desde que éramos niños, habíamos crecido juntos, vivido juntos, compartido todo. Ella no sabía nada de él, yo lo sabía todo. Desde lo más trivial de sus gustos hasta los crímenes cometidos.

Abrí los ojos y me incorporé mientras mi mente parecía una locomotora a vapor echando humo, en tanto la información entraba en combustión acelerando a toda máquina. Busqué la chaqueta y revolví los bolsillos hasta encontrar la maldita tarjeta que Diego me había dado. Mis dedos volaron sobre el teclado del teléfono móvil y esperé ansioso a que contestara.

—Hola.

—Hola, Diego. Soy Vincent... el amigo de Tomás Veristartúa.

Capítulo 54 — Padre

La mujer a mi lado me dio todo el tiempo y espacio necesarios para que pudiera volver a la realidad sin otra escenita de lágrimas; sonrió cuando la miré de nuevo y sentí la gloria de su amistad como uno de los tesoros más preciados.

—Lo siento... —fue lo único que pude decir.

—Está bien. ¿Quieres un tour real o volvemos a la casa? —Enlazó su brazo en el mío y dimos la vuelta, desandando nuestros pasos rumbo a la piscina.

—¿Cómo te sientes?

—Como un león enjaulado. No puedo controlar todo a los gritos escaleras arriba.

—Muda la habitación abajo o deja de querer controlar todo... —Puso un dedo bajo su mentón, meditando las opciones.

—No lo había pensado.

—Olvídalo, Gallega... sólo tienes que pensar en el bebé.

—Como si pudiera.

—¿Pensar? —Siguió caminando, como si no hubiera dicho nada.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana a la noche. No veo la hora de empezar las vacaciones...

—¿Destino?

—Polinesia.

—¿Te encuentras con Andrea?

—Creo que debe estar sentado sobre su maleta esperándome para salir.

—¿Avanzaste con la entrevista?

—Bastante —mentí—. Me quedan un par de cosas para cerrar entre hoy y mañana, y está hecho.

—¿Y tú cómo estás?

—Volver a Buenos Aires siempre moviliza mis peores recuerdos... debo ser honesto.

—Lo sé. Tomás lo notó también.

—¿Qué te dijo?

—Que tus preguntas involucraban demasiado a Paula como para ser parte de la entrevista... —Me sorprendió el comentario, honestidad bruta que le

dicen. Pero, ¿Qué podía decir yo a eso? Era la verdad por culpa de nosotros dos. Hacer como si nunca hubiera existido o que nunca hubiera muerto, dejó demasiados agujeros entre los dos.

—Puede ser... —contesté, ausente. No quería generar controversia.

—No te preocupes. Ser padre te va a cambiar la manera de ver las cosas...—Detuve mi marcha de golpe y la Gallega me miró aterrorizada. Cerró los ojos y suspiró al darse cuenta en una fracción de segundo que había metido la pata bien hasta el fondo—. Mierda...

—Gallega...

—Andrea me va a matar... —Avancé un paso y ella retrocedió sonriendo, con ambas manos al frente. La miré tratando de entender lo que no quería decirme.

—Que... —Intelligentísima y especialista en invertir la carga de la prueba en cualquier alegato, se cruzó de brazos y me miró severa como la madre que era.

—¿Por qué no me dijiste que habías aplicado para una adopción aquí en Argentina?

Mi corazón bombeaba tan fuerte contra mi pecho y retumbaba en mis oídos a un ritmo tan alocado que apenas entendía sus palabras.

—Aplicamos aquí... y en otros lugares: Haití, Congo... ¿Qué tiene que ver... ¿Qué quieres decir... —Ella apretó los labios y negó con la cabeza como única respuesta— Te juro que no diré una sola palabra... Por favor.

¿Es que acaso necesitaba que me pusiera de rodillas? A ella le gustaba eso.

—Tienen una entrevista de adopción... —No escuché nada más, nada de lo que dijo. Si mis manos no se movieran con tanta rapidez y hubiera tal inesperada claridad en mis ojos, pensaría que me había desmayado. La miré mientras sacaba el teléfono de mi bolsillo y ella desvió la cabeza hacia el ventanal de acceso a la casa, donde Tomás estaba de pie, atestiguando todo a la distancia. A lo lejos, su sonrisa de publicidad de dentífrico parecía parte de un complot que yo no entendía. A sus espaldas reconocí a Diego, su abogado, omnipresente hasta en los eventos familiares, que le dijo algo por sobre el hombro. Tomás se dio vuelta y estrechó su mano. Me temblaba tanto todo que apenas podía sostener el diminuto aparato, necesitaba urgente conectar una

comunicación con París, necesitaba detalles, esos que estaba casi seguro que la Gallega ya tenía.

—Dime todo lo que sabes... —dije, mientras intentaba sin éxito desbloquear mi teléfono. La perra sonrió tanto que se le iba a salir la mandíbula, estaba disfrutando el hacerme sufrir, no estaba seguro si por mero sadismo o para hacerme pagar haber ocultado el trámite pero, ¿Qué iba a hacer? Tenía más de cábala que de secreto, cuando decía en voz alta las cosas, por lo general se esfumaban como el humo de mi cigarrillo. Necesitaba fumar —. ¿Me vas a obligar a golpearte para que me lo cuentes? No quiero lastimar a mi ahijado...

Aflojó el agarre de mis manos y se enlazó de nuevo a mi brazo, retomando el camino hacia la casa.

—No sería justo... Sería bueno que Andrea te lo contara.

—Conociéndolo, de seguro se guardará todos los malditos detalles para cuando pueda dármelos en persona.

—Yo lo haría.

—Pero te recuerdo que eres mi amiga y no de él, así que empieza a hablar

—Rio abiertamente y se apoyó en el cerco perimetral de la piscina.

—Soy amiga de los dos.

—Pero yo llegué primero.

—Esto no es una carrera.

—Habla, Gallega, o te ahogo en la piscina —Volvió a reírse, divertida y sin un ápice de miedo; miró de nuevo hacia la casa y Tomás contemplaba la escena con los brazos cruzados, apoyado en el marco de madera—Ok. Él también lo sabe... soy el marido cornudo que, como siempre, es el último en enterarse.

—En su beneficio debo decir que optó por no llamarte ni hablarte para no tener que mentirte.

—Ocultar es una manera de mentir.

—No seas duro.

—No se merecen mi amistad... ninguno de los dos...

—Vamos adentro...

—No quiero... necesito... —Busque rápido el contacto de Andrea para iniciar el llamado. No llegué a apoyar el aparato en mi oído que la música de

David Bowie llegó a mí como un susurro lejano traído por la brisa nocturna. Levanté la cabeza y busqué el origen de “Héroes”, la canción que Andrea tenía como tono de llamado. Apareció junto a Tomás.

Entonces todo se convirtió en realidad, porque eso era lo que hacía Andrea en mi vida, convertir lo etéreo en físico, los proyectos en realidades, los sueños en verdades. Mi mente parecía abarrotada con pensamientos que volaban de un lado al otro y de pronto, con solo verlo, todo encontró su lugar. No dijo nada, ni siquiera se movió, pero en sus ojos brillaban todas las estrellas del universo, todas aquellas plegarias que habíamos puesto en trámites y solicitudes, en ciento un papeles firmados y sellados, que todavía no tenían respuesta. Hasta ahora. Sentía que me hundía, mis rodillas temblaban, así que no me moví, simplemente me quedé ahí, tratando de evitar la vergonzosa caída.

Andrea pasó por al lado de Tomás y apuró el paso para llegar a mí; cruzó el camino con la Gallega y solo rozaron sus manos un momento, sin demora en el saludo, ya habría tiempo para eso. Llegó a mí, como siempre, en el momento justo, antes de desmoronarme. Me sostuvo en sus brazos, en un abrazo que significaba más que mil palabras.

—Parece que no vamos a ir a la Polinesia después de todo... —dije, aferrado a las mangas de su camisa mientras me estrechaba contra su cuerpo.

—No esta vez.

—Necesito que me digas algo, por favor... —No dijo nada. Me besó.

Nos sentamos en uno de los camastros, aislados del mundo y el ruido, sin las estridencias del encuentro. Habíamos soñado tanto ese momento, fantaseado con las opciones, las variantes, el futuro; yo siempre tan adelantado, había previsto cada situación, mis reacciones. Y ahora, que parecía ser una realidad, o al menos una posibilidad tangible, estaba petrificado, aturdido, mal adormecido por el golpe.

—¿Estás bien?

—Mi pregunta es... ¿Cómo estás tú tan calmado?

—Hace dos días que estoy procesando esto y creo que todavía estoy bajo el efecto de los tranquilizantes.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque sabía lo importante que esta entrevista es para ti, y esto te

distraería, hubieras cancelado todo e intentado acelerar algo que ya está sucediendo...

—Espera... Necesito todos los detalles desde el principio.

—Recibí una comunicación a través de un abogado para presentarnos en uno de los juzgados que aplicamos para presentarnos a una audiencia de adopción.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Mañana, en Formosa.

—¿Aquí? —dije, desenchajado— ¿Por qué te llamaron a ti y no a mí? Era mi teléfono el que estaba...

De pronto todo encajó. El teléfono que yo había dejado para comunicarse era el de mi madre. Por eso llamó a Andrea, y así se enteró que yo estaba en Buenos Aires. Entonces ella también estaba al tanto. Todos traidores a mí alrededor.

—El abogado me contactó después de hablar con tu madre.

—¿Y qué dijeron?

—Hay un caso que está para adopción inmediata.

—Inmediata como... ¿Para ahora? —Andrea me miró con su sonrisa torcida y condescendiente porque mi cerebro no estaba procesando las cosas del todo bien—. ¿Y entonces?

—Es una niña —dijo, tomando mis manos en las suyas, conteniendo mi temblor—. Tiene tres años. Estuvo con otra familia pero...

—Pero, ¿Qué?

—Revocaron la tenencia. Hubo... problemas...

—¿Qué tipo de problemas? —No dijo nada pero su expresión de dolor anunciaba que no era nada bueno— ¿Y ahora? ¿Dónde está? ¿Qué tenemos que hacer?

—Tomás ya reservó pasajes para mañana a Formosa y su abogado se está encargando de todo conjuntamente con un estudio de abogados allá.

—¿Diego?

—El que fue a buscarme a Ezeiza. Me entregó la carpeta con toda la documentación y...

—¿No podemos salir esta noche? Estaríamos a primera hora...

—Ya no hay vuelos... Salimos en el primero, 8:45 desde el aeroparque y

llegaremos a las 10:30. Nos esperan en el juzgado alrededor de las 11. Todo está coordinado.

—¿Tomás hizo todo esto? ¿Cómo... ¿Cuándo le contaste?

—En realidad hablé con Galicia y me parece que no guarda secretos con su esposo. En su favor debo decir que nunca le dije que era un secreto, simplemente que no lo habíamos divulgado por una extraña costumbre que tienen los argentinos de...

—No lo puedo creer... —dije, dejando caer la cabeza como si el peso de toda mi vida estuviera siendo soltado sobre mis hombros. Andrea masajó suavemente mi cuello con una mano mientras se acercaba a hablar muy bajo, solo para mí.

—Hemos esperado tanto tiempo por esta oportunidad.

—¿Y si no lo logramos? —Lo miré y sus ojos azules brillaron con la intensidad de la certeza.

—Por supuesto que lo lograremos.

—¿Cómo lo sabes?

—Como sé todo... ¿Quieres verla?

—¿Tienes foto?

—Una sola... —Y así, con esa sola frase, aún sin verla, fue como tenerla ya en mis brazos, sintiéndola contra mi pecho. Andrea sacó su teléfono y lo puso ante mí; por supuesto, el cobarde en mí cerró los ojos, porque la emoción era demasiado fuerte.

—¿Cómo es?

—Hermosa... ¿Cómo va a ser? —Abrí un ojo y ahí estaba ella. Hermosa más allá de lo imaginable, con enormes ojos marrones que destacaban en su rostro de niña asustada. Su tez mate y su flequillo tupido a la altura de las cejas completaban la imagen que ya había decidido sería el segundo tatuaje sobre mi piel. Su mirada pedía a gritos que la cuidaran, que la amaran, y yo sentí que había encontrado por fin mi Dharma, la razón de mi existir.

—Tengo tanto miedo... —dije en voz alta el pensamiento que no quise verbalizar, pero así salió.

—Todo va a estar bien. Vamos adentro, Galicia ha invertido una cantidad enorme de tiempo y gritos, coordinando a la gente para agasajarnos —Me reí en voz alta imaginando la situación. Nos pusimos de pie y suspiré mientras

besaba su mano.

—No lo puedo creer... Vamos a ser padres.

Al entrar de nuevo en la casa, los dos quedamos inmóviles en el pasillo de la entrada. La imagen del cuadro de Klimt ante mis ojos tomó la dimensión profética de lo que me esperaba. La felicidad danzó en mi corazón. Me acerqué y acaricié el vidrio que lo cubría, esa imagen significaba tantas cosas para mí.

La mesa larga estaba llena de caras conocidas, queridas. Saludé a todos efusivamente y sentí que todos sabían de nuestro pequeño gran secreto, su emoción era reflejo del mío. Quería gritar, quería subirme a la mesa y contarles a todos que yo también iba a ser padre, que tendría una familia. Nunca supe qué tan importante era para mí eso hasta que tuve una persona a quien amar y con quien compartir esos momentos y poder tener una extensión de ese amor y esa vida en común, una razón para mis días y mis noches, un testigo de mi historia, una marca irrefutable de que había pasado por esta vida. Una hija.

Me senté a la derecha de Tomás, que ocupaba la cabecera, y frente a la Gallega que estaba a su izquierda. Los dos me miraban con una sonrisa imposible. Paulita cambió el regazo de su padre por el mío y la apreté contra mi pecho queriendo acostumbrarme a ese calor inocente y las caricias de esas manitas pequeñas pero imponentes. Nico también requirió mi atención, contándome sobre sus avances en el colegio, donde ya había pasado a preescolar y su sueño de ser guitarrista.

Como una versión en vivo de Modern Family ambientada en un barrio privado de Buenos Aires, cambiamos el plato principal por Paella en su mejor versión, que empezó a ser servida desde la otra punta por la madre de la Gallega. Se la veía exultante, feliz, había llegado para ayudar a su hija en los últimos meses de embarazo pero habían decidido no quedarse en la casa familiar, por lo que Tomás alquiló otra en ese mismo predio; además, la mansión Veristartúa tenía demasiadas escaleras y el padre de la Gallega había quedado postrado años atrás, lo cual no había cambiado en nada su humor puro, su voz mandona y su anecdotario inagotable. Las tres veces que lo había visto, contó de su escape de la España franquista, su excursión por Francia y las numerosas conquistas antes de caer rendido a los pies de María, su mujer

desde hacía más de cuarenta años, que solo por amor lo siguió a la Argentina abandonando su amada tierra. Solcito estaba ahí con su esposo, el mismo novio desde siempre, y su bebé en brazos. Era conmovedor el amor en los ojos de esa mujer que yo había visto crecer, esa niña pequeña que se había convertido en médico, esposa y madre; después de la muerte de Paula, Solcito había cambiado su especialidad a neurología infantil y dirigía un instituto especializado con su marido, además de presidir la Fundación que Tomás había creado para ayudar a niños con problemas neurológicos. En las novedades con respecto a los ausentes, supe que la madre estaba en un crucero por el Caribe y en camino a su enésima cirugía para llegar a parecer más joven que Solcito.

No estaba acostumbrado a este tipo de felicidad. Nunca había tenido tanta cantidad, toda junta, la dicha nunca había caído a borbotones de mi fuente y en ese momento temí que tanto resplandor sólo fuera el preludio de otra gran frustración. ¿Y qué pasaba si no se concretaba? ¿Qué sucedería si mi ilusión se veía destrozada por la burocracia o los prejuicios de la sociedad? Después de todo, el tiempo podía pasar pero todavía existían voces contra la posibilidad de que las parejas del mismo sexo pudieran ser una opción viable para ser padres. Argentina era uno de los 26 países del mundo en instaurar el matrimonio igualitario desde el 15 de Julio de 2010, incluso antes que la mismísima Francia, y también considerar la adopción homoparental. Por eso había sido uno de los lugares elegidos para peticionar, aunque fuera un trámite burocrático, complicado y casi deshumanizado. Todo eso hacía peligrar mi sueño dorado.

Pasada la cena, que se extendió por sobre el postre y una sobremesa eterna, decidí buscar una salida para fumar. Ahora más tranquilo, recorrí con atención los pasillos llenos de fotos de la vida familiar de Tomás y la Gallega: Sus viajes, sus eventos, el crecimiento de sus hijos. Tendría que comprar un departamento más grande solo para albergar la cantidad de fotos que pensaba sacarle a la niña.

Encendí el cigarrillo ni bien puse un pie en el pasto; de frente a las canchas de golf, el chasquido del encendedor se mezcló con el canto nocturno de los grillos. Me apoyé en la puerta y mi mente fue inexorablemente a Paula. Tomás apareció a mi lado justo en ese momento.

—Ey.

—¿No se supone que tendrías que haberme contado?

—No es mi área. Yo sólo cumplo órdenes.

—Dominado... —Volví a mirar el horizonte—. Gracias.

—¿Por el acto de alta traición?

—Por la ayuda... Andrea me contó todo lo que has hecho... y supongo que hay mucho más que nunca sabré.

—Tonterías. Los dos se lo merecen...

—Nunca tuvimos una conversación... —Me miró de costado, entre suspicaz y asustado—. Nunca hablamos sobre mi condición... mi relación...

—¿Necesitábamos una conversación? Dijiste que ibas a ir con alguien al bautismo de Paulita y...

—¿Y no te sorprendió que fuera un hombre? ¿O ya te lo había dicho la Gallega? —Se mantuvo estoico un momento, mientras yo recapitulaba mi conversación con su esposa:

Por teléfono, ella en Madrid y yo en París, los dos antes de partir al aeropuerto por sendos vuelos a Santiago de Compostela.

—Por favor... llega en horario.

—¡Lo haré! ¡Lo dices como si hubiera llegado tarde a alguno de tus eventos!

—No me hagas hablar...

—Escucha... Necesito decirte algo. Iré con alguien.

—Alguien... ¿Alguien?

—Sí.

—¿Alguien a quien vas a presentar con algún estatus?

—Algo así...

—Me muero... —dijo, su voz sin aire.

—Quiero que te lo tomes con calma.

—¿Es francesa? ¿O argentina? ¡Dime que es española y me muero!

—No.

—¿No qué? —Inspiré, tomando aire y coraje, y lo solté todo junto.

—Es francés, se llama Andrea y es hombre. Espero que no haya inconveniente, pensando que vamos a estar en un recinto sagrado que considera la homosexualidad entre la enfermedad y el pecado, pero...

—Vince...

—Gallega, por favor... no me defraudes... de verdad, te creo más inteligente que eso.

—No... ¡No! ¡No, por el amor de Dios! ¡No tengo prejuicios! ¡Ninguno! Es solo que...

Nos quedamos en silencio, ella tratando de entender y yo de no explicar. Por suerte, trascendimos.

—Bueno... Estoy...

—¿Impactada? ¿Conmocionada? ¿Superada?

—Feliz... —Mi sonrisa fue tan grande que creo hasta se me hicieron hoyuelos.

—Gracias, Gallega.

—Gracias a ti, por decírmelo.

Después del momento de silencio, suspiró resignado.

—Me lo había dicho... —Nos miramos y estallamos en risas los dos.

—Dominado...

—La tendrías que haber visto... estaba en shock, no entendía nada. Yo tampoco... pero bueno, tampoco me voy a hacer el santo inocente. Es tu vida, y está bien que quisieras encaminarla... por el camino que mejor consideraras. Y debo decir que los dos lo llevaron con tanta naturalidad que ni se me ocurrió cuestionarme.

—¿Nada? ¿Ni un poco? —Se encogió de hombros, como si no supiera que otra cosa decir. Sí, debimos haber tenido una charla pero son esas cosas que si ya no hablas en su momento, pasan de largo, y luego ya no tiene sentido. Y era cierto, la relación se dio tan natural, y la aceptación también; nadie hizo un cuestionamiento porque Andrea y su *charme* conquistaron el corazón de todos como el mío años atrás.

Terminé el cigarrillo sin que dijéramos algo más, había demasiado peso en las palabras y yo estaba exhausto como pocas veces en mi vida.

—Tengo miedo —dije, por fin, a título confesional. Me miró preocupado, como si no entendiera.

—¿Por qué?

—¿Y si no se da? Yo y mi suerte somos especialistas en este tipo de fracasos. ¿Qué hago?

—Seguir luchando. No bajar los brazos nunca. Y tener fe...

El silencio y el momento terminaron entre ambos cuando los dos príncipes de la casa se unieron a nosotros. Desde la puerta, la Gallega acariciaba su vientre abultado mirándonos con una sonrisa cómplice. Ella sabía mucho más de lo que decía.

—Hora de dormir —dijo Tomás, levantando en brazos a su hija— Mañana tienen colegio.

Imité su ejemplo, levantando a Nico. Esos dos niños eran lo más cercano que tenía a un hijo, incluso por sobre los hijos de mi hermano. Lo llevé a su habitación, escaleras arriba, me mostró su guitarra y conversamos dos minutos antes que sus padres llegaran para despedirse de él. Aproveché para colarme a la habitación de enfrente donde la luz del cuarto en tonos pasteles aún no había sido apagada. Paulita estaba en su cama con dosel, rodeada de velos en gasa rosa como la princesa que era. Su habitación era un pequeño reino de muñecas del tamaño de mi departamento. Junto a su cama estaba mi regalo, el castillo con toboganes por los que se deslizaban las princesas. Me senté a su lado y abrió esos maravillosos ojos color chocolate, idénticos a los de su madre. Mi corazón lloró lo que mis ojos no pudieron, después de todo, por qué tenía que saber esa niña preciosa el dolor del recuerdo en el reflejo de sus ojos.

—¿Te vas?

—Tengo algunas cosas que hacer... pero volveré muy pronto. Y te traeré una sorpresa.

—¿Una muñeca? —Sonreí mientras le besaba la frente. *Sí. Una muñeca.*

—Lo que tú quieras —Se apoyó de costado, la cara sobre ambas manitos entre ella y la almohada. Cerró los ojos y suspiró. Mi corazón tomó alas y voló—. Te quiero.

—Yo también te quiero, padrino —Besé su frente de nuevo y salí de la habitación de espaldas, sin dejar de mirarla. Apagué la luz principal y automáticamente se encendió el velador con pantalla de encaje que difumaba las sombras en rosa y lila de sus paredes y el techo.

Entorné la puerta y me quedé mirando la foto más importante junto a ella: Era la de su bautismo, en la Iglesia de Santiago de Compostela. Allí estábamos Tomás con Nico en brazos, la Gallega con la beba, Solcito y yo. Paula del Pilar decía la fe de bautismo y la foto, absolutamente artística,

mostraba en todo su esplendor el altar de la Catedral, las luces del sol entrando como rayos a través de los vitrales altos, rodeándonos, acariciándonos. Parecían hechos a propósito. Me acerqué a la fotografía y miré con detenimiento los rayos, definidos, como delicados y etéreos dedos celestiales envolviéndonos a todos en ese momento precioso. Miré por sobre mi hombro la otra fotografía, casi idéntica. Tomás, la Gallega con Nico en brazos, Ana María, su hermana menor y yo. Nicolás Santiago decía la fe de bautismo y el efecto de la luz era el mismo en una y otra foto. Idéntico. Tenía que ser un efecto agregado por el fotógrafo, o algo que ellos sabían que ocurría a determinado horario y conocían el secreto para captarlo. Sacudí la cabeza, sin embargo, y me acerqué más a la fotografía ampliada hasta que mi nariz casi se pegó al vidrio.

—¿Necesitas cambiar la graduación de tus anteojos? —La voz de Tomás me hizo retroceder de un salto cuando salían los dos de la habitación de Nico — ¿Qué pasó?

—Nada... admiraba la foto. Es espectacular. Muy bueno el fotógrafo —La Gallega se encogió de hombros y habló despreocupada, mientras se encaminaba a las escaleras.

—La tomó mi hermano. Tuve que rogarle un año para que me la diera. Y la otra la tomó Andrea —Miré ambas fotos y recordé las situaciones con claridad. Era cierto, en la de Nico no había fotógrafos profesionales, ni cámaras último modelo. En la segunda si, lo había llevado yo, pero Andrea no hizo ningún retoque en las fotos, le dio la memoria completa a la Gallega después de la ceremonia. Seguí a Tomás y su mujer, mirando una y otra foto por sobre mi hombro.

Escaleras abajo, me encontré con Andrea, nos despedimos de todos y aprovechamos el regreso de mi madre y su esposo a Capital para un aventón hasta el hotel. Contemplé el camino ausente, con la mano enredada en los dedos de Andrea, exhaustos los dos, felizmente cansados. Todo era un buen augurio y la presencia de Andrea me aseguraba una noche de sueño en paz. Cerré los ojos porque detrás de mis párpados estaba grabada la imagen del rostro de mi hija y eso era sinónimo de felicidad.

Capítulo 55 — Amor brillante

El momento más oscuro de la noche es cuando despunta el alba. No había luces en el cielo, podía ver el reflejo artificial entrando por el ventanal de la habitación de hotel. Mi vida había cambiado para siempre en el curso de una noche. La anterior, estaba desnudo y borracho, solo, llorando sobre los restos de un pasado que quería terminar de enterrar; ahora, estaba desnudo y sobrio, con Andrea recostado sobre mi pecho, sus dedos dibujando las trazas del tatuaje que se extendía justo sobre mi corazón.

—No duermes... —dije, mientras se reacomodaba y deslizaba las yemas suaves sobre la daga.

—Ya no... —respondió divertido. Es que en realidad ninguno de los dos debió hacerlo, contando las horas después del reencuentro para justificar empacar y salir de ahí en busca de nuestro único destino. Levantó un poco la cabeza buscando la hora en el reloj— ¿Cuánto tiempo antes deberíamos estar en el aeroparque? No es un vuelo internacional.

—Yo te dije que fuéramos directamente anoche...

—Tonto...

—Diego debería venir a buscarnos a las 6:30.

—Entonces sería una buena idea que nos vayamos preparando. Yo me baño y tú empacas.

—Tú siempre tardas más que yo en la ducha...

—Y tú siempre tardas más que yo en empacar, sin contar con la infinita ventaja que yo ya tengo todo listo, incluida la maleta de mi hija —Oh, sí, habíamos salido de la mansión Veristartúa con una maleta que la Gallega había preparado con ropa, zapatos y juguetes de Paulita. ¿Cuánto tiempo llevaría planificando todo esto? —, ya soy un excelente padre.

—Por supuesto que sí... —dije, atrayéndolo más sobre mi pecho y besando su frente. Su mano se deslizó de mi pecho hasta encontrarse con la mía, nuestras palmas encontrándose, nuestros dedos extendidos elevándose como en una plegaria de amor. No necesitábamos de palabras para saber que pensaba el otro, que sentía el otro, eso era lo que yo llamaba comunión, aunque en ese momento los papeles habituales estuvieran invertidos: Yo, que siempre había sido la cabeza pensante de la pareja, estaba desorientado y

emocional, y Andrea, que siempre llevaba el mando de las emociones, parecía tener todo fríamente calculado. Y de eso se trataba ser una pareja, de poder contar con el otro en situaciones desbordadas, saber que no perderás el equilibrio porque la otra persona está allí para ti, sin importar nada.

—Me voy a bañar... —dijo, antes de dejar un beso en mi pecho y salir de la cama. Puse dos dedos en el lugar donde sus labios rozaron mi cuerpo mientras lo veía caminar hasta perderse en la puerta lateral. Sus besos sanaban mi alma. Mi mano se deslizó al otro lado y presioné donde el dibujo era una cicatriz y la tinta no lo escondía. A la espera de mi turno en la ducha y la llegada de mi nuevo mejor amigo para viajar a Formosa, el caudal de los recuerdos encontró su camino por sí mismo.

La noticia del casamiento de Tomás había arruinado, además de mi vida y de seguro mi amistad con ellos dos, mis vacaciones. Ahí estaba, masticando mi rabia y mi pena, derrumbado en el sillón de la casa de mi madre, con un vaso de whisky diluido en el agua que hacía un par de horas eran cubos de hielo, un cigarrillo en los labios y la televisión enfrente, encendida pero silenciada. Mi mente se fue de paseo a las primeras horas de esa mañana: A las nueve estaba bajando de un taxi frente a un viejo edificio en un exclusivo barrio porteño.

La antigua oficina de Diego Chebars, la que compartía con su madre y otros tres asociados, estaba en lo más selecto de Recoleta; no era muy cerca de Tribunales pero tenía acceso privilegiado para los clientes que solía atender, estrellas de televisión, músicos, vedettes de paso, botineras y algún otro par de apelativos que iba poblando la alicaída constelación de estrellas vernáculas. No importaba en tanto y en cuanto pudieran pagar los honorarios de la abogada estrella de las estrellas, medido en horas y minutos como en Estados Unidos, y no como lo hacían el resto de los abogados locales. Su oficina era la más pequeña y evidenciaba trabajo por sobre relaciones públicas: Legajos desparramados por el piso, escritorio desordenado, dos computadoras, una laptop y ninguna ventana.

—Hola, Vince.

—Hola... —dije, apreciando el desorden— ¿Cómo estás?

—Aquí me ves... Mi quinta secretaria acaba de renunciar y creo que no

tomaré ninguna más por el momento.

—¿Por qué?

—Tengo la mala costumbre de elegir aprendices de vedette en vez de asistentes capacitadas.

—¿Probaste con un hombre? —Se rio por lo bajo y despejó una de las sillas para que pudiera tomar asiento.

—Una sola vez. Peor aún —Se reubicó detrás del escritorio y reclinó su sillón de gerente—. Dime, ¿En qué te puedo ayudar?

—¿Qué encontraste sobre Paula?

—Así que... ¿Al final vas a ir por el libro? Si lo hubieras hecho cuando te lo dije, hubieras escrito un best seller.

—No me interesa el dinero.

—Todo se mueve por el dinero... y más allá, el poder.

—Ok. ¿Cuánto?

—¿Por qué?

—Por la investigación de la muerte de Paula.

—¿Sólo Paula? —dijo, con un dejo de sorpresa, y desilusión, como si esperara más de mí.

—No me interesa nada más —Se encogió de hombros, incorporó su cuerpo sobre el escritorio y tomó nota.

—¿Hasta dónde?

—¿Cómo hasta dónde? —repetí, imitando gesto y posición.

—¿Hasta dónde quieres llegar?

—Hasta el final —dijo, con convicción, incapaz de saber a dónde me llevaría ese camino. Volvió a recostarse en su sillón de cuero mullido con las manos entrelazadas bajo el mentón.

—Los honorarios están pautados por horas de trabajo... pero esto va más allá de Tribunales.

—Di el número —Sonrió de costado, complacido por el trato. Los honorarios eran mucho más de lo que yo hubiera podido suponer y no sabía cuántas horas le demandaría la investigación. Me pidió un par de detalles, intercambiamos direcciones de correo electrónico y decidí que mis horas en Buenos Aires habían terminado.

Todavía no había cambiado mi pasaje de vuelta, no sabía si esperar a después del recital o marcharme de inmediato. Entonces empezó un programa en uno de esos canales raros como History o NatGeo, hablando sobre los tatuadores. No era un reality como L.A. Ink, Black Ink o Bad Ink, todo con tinta, tan original, este era argentino y mencionaba los tatuadores más importantes del país. Eso me llevó a pensar que pese a ser fanático de la tinta, nunca me había hecho un tatuaje. Si hubiera empezado a los 18, como Tomás, quizás hoy estaría cubierto de cintura a cuello como mis ídolos musicales, o tendría aunque sea una manga, como él, pero no, era virgen en ese aspecto. Hablaban Israel Paketh que por ese entonces tatuaba en Power Machine, Milu Resk, artista independiente, y Ruben Debenedetti de Ink Tattoo. Una idea tomó forma en mi cabeza y busqué en mi teléfono el número de Adamant para enviar un mensaje.

—Buenas lo que sea, mon frère. ¿Tu amigo Estéban sigue tatuando? —Como siempre, y para demostrar que era una persona muy ocupada, su respuesta se hizo esperar; pero llegó.

—Buenas noches, pequeño. Si. Esteban sigue tatuando y sigue en el sur —Y junto a su respuesta llegaba el archivo con el contacto. Me apresuré a empacar mientras me contactaba con él, casi con seguridad podía encontrar un vuelo saliendo a última hora hacia Bariloche.

El vuelo 4356 de LAN aterrizó en el aeropuerto internacional Teniente Luis Candelaria a las diez y diez de la noche. No era temporada alta, así que me fue sencillo encontrar una habitación, y al día siguiente recorrí las mismas calles que dieciocho años atrás, con el mismo objetivo y un resultado completamente diferente. Esteban vivía en la misma casita frente al lago Nahuel Huapi; fue como entrar al túnel del tiempo, nada había cambiado, por un momento pensé que los encontraría a ellos ahí adentro, ¿Cuántas cosas haría de manera diferente? ¿Cuántas no?

—Hola... —dijo, estrechando mi mano con una sonrisa que delataba sorpresa e incredulidad—. Estas igual...

—Tú también... —mentí, pero de seguro él también lo hacía, así que estábamos a mano, la piedad era moneda corriente cuando tocabas los 35. Me hizo pasar y tomar asiento. Cumplimos formalidades políticamente correctas y nos pusimos al día, mi vida era un poco más intensa e interesante por sobre su pacífica existencia en ese paraíso protegido.

—Lamenté mucho lo que le pasó a esta chica...

-Yo también.

-Fueron los únicos famosos que tatué en mi vida. Verlos en la televisión o alguna revista, me hacía recordar vívidamente esa sesión.

-¿Recibiste la fotografía que te envié?

-Claro que sí... -Se puso de pie y fue hasta la parte de atrás de la cabaña y trajo un marco de madera con la imagen ampliada- Gracias por enviarla. Nunca me quedó un registro. Quien hubiera pensado que esa chica flaquita iba a ser un sex symbol y el chico enamorado terminaría manejando los medios del país.

-¿"Manejando los medios del país"? ¿No será mucho? -Los dos encendimos sendos cigarrillos al mismo tiempo mientras Esteban me ponía en autos de su propia teoría.

-En este país, quien maneja el fútbol y los medios que lo transmiten, tiene un enorme poder. Tomás ha ido ganando espacio y relevancia, incluso saliendo de la pantalla. Eso se nota mucho.

-Quizá no tengo una verdadera dimensión de su poder por estar viviendo afuera.

-Puede ser... Él tiene una gran imagen entre la gente. Lo quieren, tiene pinta de chico bueno, honesto, trabajador. Ha creado un imperio a pulmón y se lo ve haciendo lo suyo, sentando ejemplo. No tiene grandes escándalos, e imagina, el único que lo puso en las portadas de todas las revistas fue la tragedia de perder al amor de su vida.

-Imagínate...

-Quien sabe... un tipo con tanta influencia, podría ser un buen candidato político.

-¿Tú crees que lo votarían?

-Por supuesto. La gente está harta de la clase política dirigente. Se necesita sangre nueva. Es muy joven, es cierto... pero tiene todas las de ganar. Quizás asentándose y formando una familia de foto, blanco y puro, podría ser un buen prospecto.

-No lo sé... -dudé, en mi profunda ignorancia-. De todas formas, ¿Qué tanto poder, o injerencias en el poder de turno, puede tener un productor de programas deportivos?

-No lo sé... Pregúntale a Berlusconi.

-Il Cavaliere es diferente...

—También fue periodista deportivo —Se me atragantó el humo en la garganta. Tomás no podía ser comparado con ese mafioso. No. El silencio que se hizo entre ambos indicó el final de la conversación—. Entonces, Vince, ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero hacerme un tatuaje.

—¿De verdad? Me honra que hayas hecho más de mil quinientos kilómetros por ello.

—En honor a la verdad, hay dos razones de peso para que seas el elegido —Soltó una carcajada por el apelativo— No conozco muchos artistas en Buenos Aires, no iba a ir a cualquier lado.

—Se entiende.

Había una tercera razón para que hubiera hecho semejante viaje solo por tinta y era porque sentía que era una manera de cerrar el círculo. Esteban se puso de pie para buscar la abultada carpeta con las imágenes que podían ser objeto de diseño.

—¿Y la otra opción?

—El tatuaje.

—¿Tienes algo en mente?

—Algo muy específico... —dije, dando vuelta el marco de madera que todavía sostenía en una mano. La verdadera razón porque la que solo él podía hacer el trabajo, era porque tenía la imagen que yo quería, el retrato de Paula y Tomás.

La sesión de tatuaje duró horas, horas de las que perdí la cuenta. Recostado en la camilla de Esteban, abrí en silencio la caja que contenía mis recuerdos sin el apoyo de Amelie. La música de fondo, muy baja, toda la discografía de Mötley Crüe de principio a fin, el marco perfecto para mi oda de amor, deseo y decepción.

El dolor de las agujas grabando en mi piel la imagen de Paula y Tomás, en Bariloche, se confundió con el de la pérdida de los dos. El zumbido de la máquina parecía el sonido de las palabras de uno y de otro mezclándose en mi mente, llenando mis oídos y mis sentidos. El dibujo ocupó todo mi

pectoral, orientado hacia la izquierda, lo que se veía de la imagen de Tomás exactamente sobre el corazón. El tatuaje era un espejo de la fotografía por dos razones, una para que cuando yo la viera fuera exactamente igual a la foto, y otra porque necesitaba que la daga en su hombro atravesara mi pecho, hundiéndose en mí para no salir nunca más. Esteban agregó el nombre de la banda en una tipografía diferente a la de Dr. Feelgood, una letra más gótica y romántica en rojo sobre una cinta negra rasgada, lastimada pero no rota. La perfecta analogía de mi ser. Había perdido mucho y sentía que no tenía nada, pero todavía quedaba algo en mí para salir adelante y comenzar una nueva vida. Tenía que haberlo. Necesitaba creerlo.

Era de noche cuando la sesión terminó, pasadas las doce. Contemplamos el trabajo terminado en un espejo de cuerpo entero.

—Es perfecto... —dije, tratando de disimular la emoción y fallando en el intento.

—Quizás está mal que lo diga, pero es uno de mis mejores trabajos.

Tomó una fotografía con su teléfono y resumimos la despedida.

—Es un gran tributo, Vince —Me dijo después de darme un abrazo.

—Gracias. De verdad...

—Espero que sanen las heridas. Las de los dos.

—Gracias...

—¿Lo ves a Tomás?

—Sí... —dije, mirando hacia afuera, queriendo escapar.

—¿Mejor?

—Mucho mejor... Se está por casar.

—No sabía...

—Primicia.

—Eso es bueno...

—Sí. Se lo merece. Encontró una buena mujer para formar una familia.

—Y eso es exactamente lo que necesita para despegar... —dijo, con un guiño cómplice que no correspondí.

—Te dejo. Debes estar exhausto.

—*Recuerda los cuidados y si quieres volver a retocarlo...*

—*Por supuesto. Seguramente volveré por más.*

—*La tinta es un viaje de ida.*

Me escabullí del último abrazo, subí el cierre de mi chaqueta y vagué sin rumbo. Encontré un negocio abierto donde compre dos latas de cerveza y otra provisión de cigarrillos. Sentado en un banco de madera, el dolor me engulló como la noche y el frío, dibujando en el humo los pedazos de una vida que no sabía cómo iba a reparar. Un amanecer gris me encontró solo, el otoño lluvioso pegándose en el rostro para decirme que una vez más había perdido. Y no sabía cómo continuar.

Abrí los ojos de golpe cuando cesó el sonido de la ducha, otra vez me había distraído con el pasado en lugar de hacer mi vida en el presente, sufriendo lo vivido en lugar de vivir lo que me tocaba, que era casi acariciar el cielo con las manos. Me levanté de un salto, mirando el desorden y sin saber por dónde empezar, pero no estaba hablando de la ropa, ni el equipaje, sino mi propia vida. Tomé la última línea que retumbaba en mi recuerdo y caminé al baño. Yo también merecía ser feliz. Yo también había encontrado una buena persona para formar una familia y salir adelante. Andrea salía de ahí con la bata de toalla, secándose el cabello, mirándome con ese nuevo gesto de madre regañona que había aprendido en una sola noche, adquirida por ósmosis por sentarse con la Gallega.

—¿No has empacado? ¿Voy a tener que hacerlo yo?

—Cásate conmigo.

—¿Qué? —Si lo que quería era lograr un efecto sorpresa, lo logré. Andrea me miró desencajado, incapaz de decir cualquier otra palabra.

—Sí. Cásate conmigo. Estamos formando una familia. Tenemos una hija.

—Nunca lo dijiste... Pensé que...

—Nunca sentí la necesidad, pensé que estábamos más allá de cualquier papel, cualquier ceremonia.

—¿Y ya no?

—Ahora es diferente —Andrea miró alrededor y se cruzó de brazos.

—¿Y el anillo? ¿Y la pose tradicional en una rodilla? ¿Y las flores y los

corazones? —Miré alrededor, la habitación anónima, el desorden, yo tan desnudo como recién llegado al mundo, con mi corazón en la mano, y él quería una puesta en escena.

—¿Lo quieres de verdad? Puedo arreglarlo. Yo no necesito nada más que a ti.

—Y que me digas eso, es lo único que yo necesito. Sí, claro que sí... me casaré contigo.

Se acercó para besarme pero el sonido del teléfono nos puso en estado de alerta naranja. Me arrojé sobre la cama para atender.

—Hola.

—*Señor Lacourlig. Buenos días. Su movilidad ha llegado.*

—Bajaremos enseguida.

Capítulo 56 — Diez segundos para enamorarse

William Shakespeare dijo “El tiempo es muy lento para los que esperan, muy rápido para los que temen, muy largo para los que sufren, muy corto para los que gozan; pero para quienes aman, el tiempo es eternidad.” Brutal realidad.

El viaje en avión de dos horas y quince minutos a Formosa se me antojó el más largo que había hecho en mi vida. No tenía mucho sentido pero ahí estábamos los tres, en primera clase, sin muchas palabras y muchas cosas en la cabeza. Yo no podía dejar los pies quietos, parecía estar sentado en una clase de tap, mirando por la ventana, contando nubes de algodón, mientras Andrea revisaba por séptima vez la documentación, ordenándola, primero alfabéticamente, otra cronológicamente, luego geográficamente. Lo escuchaba murmurar para sí mismo mientras reorganizaba para adelante y atrás los folios que llevaba en su mochila. Diego, en el asiento en diagonal, tamborileaba los dedos sobre el portafolio negro del que no se despegaba. Los tres de traje, corbata y anteojos oscuros, al abandonar el aeropuerto internacional El Pucú, parecíamos salidos de la primera película de Tarantino como director. *Reservoir Dogs*. Las cosas ridículas que puede elaborar tu mente cuando estás a punto de colapsar. El sol caía sobre nosotros como atraído por los ropajes oscuros.

Nuestra primera parada fue al Superior Tribunal de Justicia de Formosa. Allí nos encontramos con los dos abogados locales que se habían hecho cargo de nuestro caso y esperamos afuera mientras Diego y ellos dos se reunían a puertas cerradas con alguien que nunca conocimos. Fue una reunión breve y de allí partimos hasta el Tribunal de Familia en Belgrano e Irigoyen; allí empezó nuestro raid, con la misma metodología: Breve reunión de Diego y los abogados a puertas cerradas, luego nosotros dos para entregar los papeles y firmar una cantidad de formularios interminable, por último saludar educadamente y esperar en el mismo lugar que al principio, hasta que los

abogados salieran. Lo mismo sucedió en el Juzgado de Menores, la oficina de Asistencia Social y dentro de esa misma dependencia, una entrevista con los jefes del departamento psicológico y socio ambiental. Esperando luego de esta última, ya había pasado el mediodía y la gente abandonaba el edificio con rapidez. La hora de la siesta.

—Nunca pensé que tendríamos tantas entrevistas...—declaró por fin Andrea, extenuado pero firme en su posición—. ¿Qué harán ellos antes de que entremos nosotros?

—Sobornar a todos los funcionarios... —dije, poniendo los ojos en blanco. Mi sarcasmo estaba a la orden del día, afilado como siempre. Me reí entre dientes ante la expresión azorada de mi pareja y tanteé en mi blazer buscando un cigarrillo. Necesitaba fumar, esto de parecer pulcro y sano no era lo mío, la corbata me estaba ahorcando, el blazer negro me estaba cocinando y la falta de nicotina estaba silbando en mí como una olla de presión.

—Vince...

—No me mires así... Como si en Francia no hubiera corrupción.

—Bueno... pero... no en cosas así...

—Lo que sea... Necesito fumar...

—Ni se te ocurra. No vas a ir a la entrevista con olor a cigarrillo. ¿Qué le dirás al juez? ¿Cómo vas a criar una hija en un ambiente sano si está lleno de humo?

—Por Dios, dame un descanso.

Los tres letrados salieron de la última oficina luciendo tan agotados como nosotros.

—Vamos a almorzar...

—Pero... ¿Y la niña?

—Después de almorzar viajaremos a la localidad de Las Lomitas. Ella está ahí.

—¿Cuánto tiempo más?

—Son unas cuatro horas de viaje.

—¿Cuatro horas? —exclamé. Todos se encogieron de hombros cuando yo casi grité.

—No importa... —dijo Andrea, apartándose como si fuera un niño

pequeño sin injerencia en el asunto—. Podemos almorzar y después...

—No se preocupe. Todo está arreglado. Nos estarán esperando para entonces.

Con innegable fastidio y ansiedad, me sumé al grupo porque mi estómago rugía como un león herido. Por supuesto, Andrea no me dejó fumar, así que tuve que emular mis viejas épocas adolescentes, esconderme en el baño y quitarme la ropa para poder fumar. Sirvieron para mitigar un poco la ansiedad pero de nuevo estaba en foja cero al subir al automóvil y empezar el viaje a Las Lomitas. Trescientos cuatro kilómetros, tres horas y treinta y ocho minutos según la aplicación de Google maps que funcionaba cuando quería. El camino por la Ruta Nacional 81 nos llevó a pasar raudamente por Pirane, Palo Santo, Comandante Fontana, Estanislao del Campo, Pozo de Tigre y finalmente Las Lomitas, Capital Nacional del Horno en honor a sus altísimas temperaturas todo el año, en el departamento de Patiño. Sin detenernos fuimos directamente al Juzgado de Menores donde, efectivamente, nos esperaban en la puerta. El secretario nos recibió con campechana alegría y nos condujo por un pasillo eterno hasta un portón altísimo con una placa dorada que rezaba “Juez R.M.J. Martínez”. La oficina era una sala amoblada como los viejos estudios de abogados y jueces, libreros de piso a techo llenos de libros de leyes, sillones de estilo, un escritorio tallado en madera maciza y dorado a la hoja, varias sillas con tapizado de terciopelo y un sillón que parecía un trono. Por una puerta lateral apareció, vestida como para un almuerzo de gala, la Juez Martínez. Todos nos pusimos de pie honrando, no solo a su señoría, sino a la única mujer presente.

—Pueden sentarse... —dijo, después de tomar su lugar en un sillón que parecía un trono. No me animé a arriesgar cuantos años tendría, eso no se le hace nunca a una mujer.

—Su señoría... —dijo el abogado local— Estamos aquí por lo de la adopción...

—¡Ah, sí! ¿Son ellos? —dijo, mirándonos de arriba abajo— ¿Trajeron la documentación?

Diego sacó de su portafolio una carpeta, que acercó en silencio sobre el

escritorio hasta los dominios de “la Jueza”, que parecía más “la Dueña”. Cada vez que leía algo, nos miraba por encima de sus anteojos de marco dorado, como inspeccionándonos.

—¿Quién es Vincent Lacourlig?

—Yo, señora... su señoría... —A esa altura ya sabía que era yo quien encabezaba el trámite, porque era Argentino, y toda la documentación que avalaba ciudadanía, residencia, trabajo y solvencia, estaban a mi nombre.

—No hay libreta de matrimonio... —Lo sabía. Debimos haberlo hecho antes, debimos pasar por el registro civil antes de viajar, aunque más no fuera para llevar la constancia que ya habíamos pedido turno para eso— Letrados, ¿Podría tener unas palabras con los aspirantes a solas, por favor?

Tenía el corazón latiendo en la garganta. Diego quiso objetar pero la mujer lo miró con tanta autoridad que ni siquiera llegó a formar una palabra. Los tres abogados abandonaron la sala y quedamos Andrea y yo, sentados frente a frente, con la esposa de Dios, sino era el creador en sí mismo.

—Entonces...

—¿Hay algo que esté mal? —dijo Andrea, impostando su mejor español con la dulce cadencia de su acento galo.

—Todo...

—Perdón.

—Que las leyes de los hombres hayan cambiado no significa que la moral y las leyes de Dios puedan ser torcidas... —Oh, por Dios, ya me la veía venir. Inspiré profundo y me concentré en sus palabras, en cada una de las cosas que estaba diciendo, para negarnos la adopción. Me acomodé en el asiento, dispuesto a pelear, cuando sentí la mano de Andrea en mi brazo, instándome a no reaccionar— ¿Han pensado ustedes que van a decir a la niña cuando sus compañeros del colegio le pregunten por su madre? ¿Cuándo la separen de los grupos porque sus padres son homosexuales? ¿Cuándo ninguna amiguita quiera ir a su casa porque sus padres teman que...

—Nos asiste el derecho a adopción establecida por la ley... —empezó a decir Andrea, pero la juez interrumpió.

—¿Qué pasará con esa criatura cuando a ustedes se les pase el “enamoramiento”? —Encomilló al aire con dos dedos— ¿Quién me puede

garantizar que una pareja que peca de concupiscencia, con deseos desordenados, no se inclinará por otra barbaridad como la pedofilia o...

—¿Por qué está de nuevo en adopción? ¿Qué pasó?

—Eso no es...

—¿Qué le pasó? —dije de nuevo, alzando el tono de voz. Esto no iba a terminar bien.

—Tuvieron que retirarla de la custodia por problemas con el adoptante.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —pregunté. La juez asintió, un poco menos acalorada— El adoptante cuestionado, ¿era homosexual?

—No.

—¿Los padres que la abandonaron, eran homosexuales?

—No.

Se hizo un silencio pesado donde el sonido del viejo aire acondicionado parecía un Boeing 747 carreteando, ¿O era mi corazón?

—No hay nada que nos condene a priori de que no haremos todo por ella, que la amaremos como cualquier padre a su hijo y que dedicaremos nuestra vida completa a su felicidad y bienestar. No hay ningún papel que pueda firmar para certificárselo, otra que mi juramento ante Dios y los santos que lo acompañan —Y estaba pensando en mi santa particular en ese momento, mi María Magdalena personal, a la que le rezaba con la devoción del desahuciado—, que nadie amará a esa niña más que yo. Más que nosotros.

La Juez Martínez volvió a recostarse en su trono, con las manos entrelazadas bajo el mentón, llena de anillos y oro, evaluándonos en silencio. Esbozó una mueca de sonrisa apretada y asintió con un movimiento de los ojos.

—Pese a mis propias creencias y preceptos morales, estoy aquí para aplicar la ley. Solo quisiera, como un favor personal, asentar la adopción en la libreta roja, si no fuera mucha molestia —A mi lado, Andrea se puso de pie de un salto, extendiendo la mano para saludar a la Juez y agradecerle una y mil veces antes que lo autorizara a buscar a los abogados. Fue mi turno de ponerme de pie y saludarla. La mujer estrechó mi mano con fuerza una sola vez. Con ese gesto de displicencia que había desplegado desde nuestra

llegada, solo dijo—. Debería haber sido abogado, señor Lacourlig.

“Dios me libre y me guarde” dije para mis adentros, tragándome las lágrimas y sonriendo sin emoción.

Puertas afuera, me derrumbé contra una pared y Andrea me abrazó emocionado, murmurando contra mi oído que había sido el mejor discurso que había escuchado en su vida y que si lo lográbamos en esa instancia era pura y exclusivamente porque yo había intervenido de manera magistral. Yo todavía descansaba en la intercesión divina de Paula. Si todo salía bien, pagaría una visita a su tumba. Lo haría.

Mientras los tres abogados cumplían con el ritual establecido a solas con los funcionarios, una asistente social nos llevó a una sala de espera. Al entrar al lugar supimos que era allí, que por fin sucedería. La sala, ambientada con motivos infantiles y con varios cajones llenos de juguetes viejos, debía ser el lugar donde tendríamos el primer encuentro. De nuevo el sonido ensordecedor de los latidos, repercutiendo en mis oídos como tambores, no me dejaban escuchar nada de la charla entre Andrea y la asistente social. Me movió alrededor de la sala, mirando sin ver las sillitas descascaradas y los estantes descuadrados. De pronto el pánico me pegó un cachetazo. La puerta se abrió y otra mujer, mayor a la anterior, entró de la mano de la niña de mis sueños.

Su expresión asustada me conmovió, sus ojos oscuros, enormes, recorrieron el salón y se clavaron en mí, como si no hubiera nadie más. Tenía un oso de peluche sucio y roto abrazado como si el pobre animal fuera un escudo frente a cualquier mal que la atacara; saqué el pensamiento a empujones de mi cabeza, para esa función, a partir de ese día, estaba yo. No me podía mover, tenía los pies clavados en el piso de madera; Andrea lo hizo con toda la naturalidad del mundo, como si hubiera pasado su vida entrenando para ese momento. Se acercó, saludó a la otra asistente social y se acuclilló hasta la altura de la pequeña. Desaparecí.

—Hola. Soy Andrea. ¿Cómo te llamas?

—María.

—Qué lindo nombre... ¿Ya comiste? —La niña negó con la cabeza, aferrando cada vez con más fuerza al oso. Andrea tocó tentativamente al peluche—. ¿Y él como se llama?

—Oso.

—Nosotros... hemos traído algunas cosas para ti y para los niños que viven contigo en la Casa. Si quieres podemos verlos juntos —La niña asintió y cambió de mano, de la asistente a Andrea, con una naturalidad pasmosa, sin temor ni condición. Fueron hasta la mesita bajo una ventana, y se sentaron ahí. Andrea levantó la vista y me hizo un gesto para que me uniera—. Ven, Vince.

Pero yo no podía moverme, no podía respirar. Iba a desmayarme y arruinar el momento más importante de mi vida. Me aflojé la corbata, porque no estaba pudiendo respirar bien, y me hice hombre de golpe; me acerqué a ellos y permanecí de pie hasta que Andrea movió una de las sillitas de madera para que yo también me sentara. Ni sé de qué hablaban, Andrea principalmente, porque la niña, por vergüenza o timidez, no participaba mucho.

—Bueno... —dijo Andrea, aplaudiendo para llamar la atención de los dos—. Voy a buscar la maleta con los juguetes para María. Ya vengo.

Acarició suavemente el cabello oscuro de la pequeña y se alejó hasta la puerta, donde debió explicarles a las asistentes sociales lo que quería hacer, lo cual fue celebrado y acompañado. Ella y yo nos quedamos en silencio, sentados uno junto al otro. El momento que más había esperado en mi vida de pronto pasó a ser el más difícil, el que no sabía cómo manejar. Y lo peor no había llegado. La niña levantó la mirada y dijo:

—¿Dónde está la mamá?

Abrí la boca pero nada salió. Nada. Ni una palabra. *¡Andrea, vuelve ya!* Quería ponerme a llorar ahí mismo pero no podía. Y tampoco podía quedarme callado sin decir nada porque se supone que yo era el padre y tenía que poder manejar esto, exactamente esto que la Juez con más años que la injusticia, había previsto en su maldito oráculo oscuro. ¿Qué le podía decir? ¿Una mentira piadosa? ¿La cruda verdad que quizá sus tres años no podrían procesar? *¡Andrea! ¿Dónde carajo estás?* Abrí la boca y dejé salir lo que mi

corazón dictara. Ya habría tiempo para arreglar la situación, o prepararme mejor.

—No hay mamá...

—¿No?

—Si tú quieres venir con nosotros... seremos nosotros tres. Tendrás dos papás.

—Antes vinieron un papá y una mamá... —Me encogí de hombros como diciendo, es lo que hay. Miró a su oso, y luego de nuevo a mí—. ¿Puede venir Oso con nosotros?

—Por supuesto que sí... —Entonces María sonrió y el mundo volvió a ser de colores para mí, como no lo había sido en casi diez años: luminoso, alegre y vivo. Andrea llegó con la maleta cargada de regalos y una merienda de mate cocido y tostadas con dulce de leche que sabían al cielo mismo, en el comienzo de nuestra pequeña familia de tres.

Capítulo 57 — Besa el cielo

Vivimos una semana completa en Las Lomitas, alojados en el hotel Eva, más hermoso que cualquiera que hubiera visitado antes en todos mis viajes por el mundo. Pasábamos prácticamente todo el día con María, siempre acompañados de asistente social y abogado, de vez en cuando nos visitaba la Juez Martínez o su secretario, de a poco nos fuimos habituando a la rutina de ese pequeño y caluroso pueblo mientras los trámites tomaban su carril. Al tercer día pudimos sacarla a la plaza y tomarle fotos para compartir con nuestros seres queridos. A través de *Whatsapp*, todos perdieron el don del habla, mi madre, la Gallega y Tomás llenaban la mensajería electrónica con *emoji* de caritas llorando y riendo, siempre entremezcladas, y muchos, muchos corazones.

Mientras nosotros vivíamos una realidad idílica paralela, a más de mil kilómetros, en Buenos Aires, se desplegaba un operativo sin precedentes para organizar una boda relámpago que no nos apartara de María más que un día. Así fue como una semana después salimos de nuestra habitación en Las Lomitas sin cancelar nuestra estadía, viajamos las cuatro horas de regreso a Formosa Capital y tomamos un avión que nos llevó de regreso a la Ciudad Autónoma, arribando antes del mediodía. Sin escala, un automóvil nos esperaba en Aeroparque y en una hora estuvimos en la casa de Tomás, donde nos bañamos y cambiamos, y luego estuvimos sentados frente al Juez de Paz de Pilar que ofició la ceremonia civil; como en algún otro momento, yo en su lugar, mi mejor amigo se encargó de entregarnos los anillos y de firmar en el acta bajo mi nombre, su esposa completando el dúo de testigos. Salimos sin estridencias ni baño de arroz, no teníamos mucho tiempo; volvimos a la casa de Tomás donde almorzamos, los mismos que estuvieron presentes en la ceremonia, los mismos que habían estado aquella noche en la cena familiar, los de siempre, la familia. A las cuatro de la tarde estábamos abordando un nuevo vuelo de regreso a Formosa y a las ocho de la noche llegamos a Las Lomitas para cenar con María y regresar a nuestra habitación para una noche

de bodas que nos encontró a los dos dormidos antes de siquiera empezar.

Nada nos importaba más que llevar al día siguiente la libreta de matrimonio para que la Juez inscribiera en la primera hoja destinada a los hijos el nombre y el acto de adopción de María Lacourlig Prevert.

Salimos a desayunar temprano, Andrea había desarrollado un extraño gusto por el mate cocido con leche en reemplazo a su *thé au lait* habitual. Yo permanecía fiel al café con leche que en esos pagos se comía con unas medialunas que harían palidecer a los croissants de María Antonieta. Uno de los bollos se atragantó en mi garganta cuando Andrea declaró solemnemente:

—Renuncié a mi puesto en París Match.

—¿Que hiciste qué?

—Renuncié.

—¿Por qué? Todavía estamos de vacaciones... no es necesario...

—¿Y después, qué? Marie va a necesitar residir aquí, de seguro habrá seguimiento de los servicios sociales, adaptación...

—Pero... La fotografía es tu vida...

—No. Mi hija es mi vida. Hace más de veinte años que lo hago, he recorrido el mundo, he fotografiado estrellas, no me queda nada por hacer... he sido muy feliz con mi profesión, especialmente porque me dio la posibilidad de conocerte, pero... ¿Para qué voy a adoptar un hijo si no es para dedicarme a él?

—Es un punto de vista...

—Y sígueme, por favor... quiero estar con ella, en todo momento. Quiero dedicarme a ella. Por decisión propia y sin cuestionamientos. Lo he pensado mucho. Es pequeña y va a necesitar contención en la transición. Debemos darle estabilidad. Consistencia.

—Estoy de acuerdo.

—Si siento la necesidad de despuntar el vicio con la cámara... tendré el mejor objetivo del mundo.

—Y en eso estoy de acuerdo también.

—Y si quiero volver a lo profesional... si algo es versátil es la fotografía. Así que, a partir de ahora, te he nombrado macho proveedor de la familia a la

vieja usanza.

—Sin opinión de mi parte... —dije, soltando una carcajada—. Está bien. Estoy de acuerdo.

—Estoy seguro que puedes pedir la corresponsalía en Buenos Aires.

—Ya me la dieron una vez y renuncié, no creo que se produzca el milagro por segunda vez.

—Si París Match se pone difícil, siempre puedes pedirle trabajo a Tomás.

—Con todo lo que ya ha hecho por nosotros hasta ahora, creo que voy a tener que empezar a matar a alguno de sus enemigos para equiparar la balanza.

—Lo que sea que hagas... —dijo, estirando una mano hasta alcanzar la mía—, piensa que ahora tienes una familia.

—Lo haré.

Luego del desayuno extendido con lectura en papel de los matutinos, porque en ese paraje hasta las diez no había nadie en el Juzgado, fuimos a la última entrevista con la Juez. Nos esperaba en su despacho con el mismo gesto adusto de siempre. Sin mucho preámbulo, Andrea entregó la requerida libreta roja que la juez inspeccionó detalladamente. Por fin la cerró y sonrió, para luego apoyarse en su escritorio y hablarnos solemnemente.

—María es una niña especial.

—Lo sabemos...

—No hace mucho ella apareció en este mismo despacho. Algunas entrevistas de adopción de los niños con los padres se hacen en este edificio. No sé cómo llego aquí, pero apareció, con su oso roto y sus enormes ojos chocolate, se detuvo ahí mientras yo firmaba unos papeles. La vi pero la ignoré, porque no tenía mucho tiempo para terminar el papeleo. Me preguntó qué hacía, le dije que escribía. Se acercó y susurró muy despacio “¿Puedes conseguirme un papá y una mamá? Yo soy buena.” Ese día me interioricé en su caso: abandono temprano, internalizada demasiado tiempo. A medida que crecen sus chances de ser adoptados decaen notablemente. Aceleré la adopción para una pareja que no resultó ser la más adecuada: por buscarle rápido un papá y una mamá, me equivoqué, y ella fue la única víctima —La juez tomó aire y se recompuso, después del momentáneo lapsus de sensibilidad—. Como sea, pese a mi mejor juicio pero acorde a las leyes

nacionales, les otorgo su adopción bajo control del estado por el tiempo requerido. No hagan que me arrepienta de esto.

Desencajados, moral y espiritualmente, por sus palabras, esperamos a que sacara su pluma fuente bañada en oro, escribiera todos los datos en el primer espacio destinado para los hijos y nos la devolviera. La saludamos brevemente, sin mucho que agregar a sus palabras y partimos raudamente a la Casa Cuna lomicense, para buscar a nuestra hija.

El operativo retorno fue mucho más sencillo y tranquilo, decidimos disfrutar el viaje y darle a Marie el espacio que necesitara para despedirse y hacerse a la idea de partir con una nueva familia, incluso contemplando la posibilidad de no viajar en avión si se asustaba, pero ella estaba emocionada con la aventura y entretenida con sus juguetes; era una niña obediente y cariñosa, curiosa y atenta a todo lo que ocurría a su alrededor. Por mi indicación, Tomás había alquilado un departamento para nosotros cerca de la casa de mi madre y ella se encargó de acondicionarlo a nuestras necesidades. No avisamos cuando volvimos porque no quisimos agregarle adrenalina a la situación, haríamos la transición en nuestros tiempos, dándole espacio a cada uno y no una multitud que pudiera apabullar a la niña. La primera fue mi madre, que lloró desde que cruzó el hall de entrada hasta que la despedí en la calle, tres horas después. Los últimos fueron la familia Veristartúa, el fin de semana, en su casa. Fuimos recibidos sin estridencias, reservamos los abrazos y las felicitaciones para cuando los niños no estuvieran, y supervisamos de lejos cada momento entre ellos, cómo Paulita se había apropiado de su prima desde que llegamos y Nicolás giraba alrededor de ellas, atendiendo sus pedidos de jugo y galletitas, trayendo cada mascota para la presentación como si fueran una ofrenda de amor y cuidando su sueño cuando las dos cayeron rendidas después de horas de juegos y risas que llenaron la casa todo el día. No había manera de ser más feliz, no había nada que pudiera pinchar mi burbuja de dicha.

Pasada toda la vorágine inicial, dos semanas en las que mi vida cambió para siempre en el más literal de los sentidos, me senté por primera vez de

nuevo frente a la computadora para empezar a ganar el sustento diario para mi familia. Todavía tenía que darle forma a la entrevista de Tomás, que había dejado inconclusa. También había desaparecido de la faz de la tierra en las redes sociales, por lo que mi primera función fue ponerme al día con los mensajes en general. Nada en Twitter. Nada en Instagram. Un mensaje en Facebook.

“Disculpe. Soy la doctora Florencia Gamer, psicóloga. Hace un tiempo que quería contactarlo pero perdí su rastro. Me gustaría poder concertar una reunión con usted, si fuera tan amable en llamarme. Mi teléfono es...”

Marqué el número y esperé con una sensación de ahogo en el pecho. La antigua psicóloga de Paula, ¿Qué podía querer conmigo?

—*Hola.*

—Hola. Buenas noches. ¿La doctora Gamer?

—*Sí...*

—Mi nombre es Vincent Lacourlig. Usted me envió un mensaje...

—*¿Por Facebook! ¡Si! Fue una sugerencia de mi hijo... ¿Cómo estás?*

—Bien... —Silencio, de ambos lados.

—*Bueno... te preguntarás por qué te he contactado después de tanto tiempo.*

—La verdad que sí...

—*¿Tendrías algún momento libre mañana para venir a mi consultorio?*

—Sí. Cuando usted me diga. ¿Está en el mismo lugar?

—*El mismo. ¿Te parece bien a las nueve?*

—Perfecto. A las nueve estaré allí.

Cuando corté la comunicación, Andrea estaba parado junto a mí. Apoyé ambas manos en la mesa, todavía temblando.

—¿Qué pasó?

—Hablé con la antigua psicóloga de Paula.

—¿Para qué?

—Quiere reunirse conmigo...

—Diez años después... ¿Qué puede querer? —Me encogí de hombros,

incapaz de imaginar qué podía ser, otra que no fuera un recordatorio de mi promesa de visitar su tumba, que haría al día siguiente sin falta. Las extrañas maneras de Dios podían ser terribles en manos de MaP.

Por supuesto, no dormí en toda la noche, así que dejé de dar vueltas en la cama e interrumpir el sueño de Andrea, que se quejó varias veces de mi insomnio inquieto. Pasé por la habitación de Marie, que dormía plácidamente rodeada de un ejército de felpa, y después de contemplarla un buen rato, decidí hacer algo productivo con mi falta anormal de sueño. Inspirado como pocas veces, terminé la entrevista, hice una corrección exhaustiva y elaboré un cuestionario con datos que faltaban antes que despuntara el amanecer. Lo envié a mi Editora que tardó menos de media hora en responder:

Brillante entrevista, Vince. No esperaba menos de ti. Ya recibí tres pedidos para venderla. ¿Viste sus últimas encuestas? Sería interesante incluirlas porque con sus números este muchacho tiene todas las posibilidades de presentarse a elecciones presidenciales y ganarlas sin esfuerzo. ¿Cuántos antecedentes así conoces? Solo viene uno a mi mente, Renny Otolina en Venezuela, pero tú eras muy joven. Te enviaré un prospecto de impresión para que le des el visto bueno y quizás podamos sacarlo en la próxima edición. Estoy muy satisfecho con esto. Felicitaciones.

Me quedé mirando la pantalla, saboreando mi victoria. Y la de él. Vaya, vaya. ¿En un par de años podría decir que era el mejor amigo del presidente de todos los argentinos? Busqué un poco más de información estadística y cuando me di cuenta ya eran las siete de la mañana. Preparé el desayuno para mi familia y me marché a las ocho treinta a mi entrevista con la doctora Gamer.

El edificio estaba exactamente igual que la última vez que lo había visto, a mis dieciocho años. Toqué el timbre y la doctora salió a abrir desde el departamento de la planta baja. Estaba tal como la recordaba, intacta por los años, la misma sonrisa, el mismo corte de cabello, la misma expresión pacífica y beata.

—¡Vince! Estás igual...

—¿Cómo está, Doctora?

—Por favor, llámame Florencia que me haces resentir los sesenta y cinco.

—Ok...

El departamento no había corrido la misma suerte que el edificio, ella y yo, estaba en pleno estado de dismantelación.

—Disculpa el desorden... me estoy yendo...

—¿Se muda?

—Sí. Me voy a vivir a España. Mis hijos viven allá, ahora que me jubilé, quiero estar cerca de ellos y mis nietos.

—¡Wow! Felicidades.

—Muchas gracias. Pasa por aquí.

Esquivamos cajas y más cajas hasta encontrar la puerta del consultorio. Movimos varias pilas de papeles pero dejó una caja frente a su lugar en el escritorio. Se sentó y la movió apenas para que no le cortara la visual.

—¿Cómo has estado en todos estos años?

—¿Es una pregunta profesional?

—Ya no...

—¿Hablamos después de la muerte de Paula? Me costó mucho... todavía me cuesta.

—Se entiende... ustedes eran muy unidos.

—Sí.

—Yo seguí atendiendo a María Paula hasta su fallecimiento. El último año fue excelente en cuanto a su proceso, quizás se transformaron algunos miedos, se adquirieron otros nuevos, pero de su pasado, estaba muy bien...

—Lo sé.

—Su muerte fue un golpe para todos. Algo realmente inesperado.

—Sí —La conversación era lenta y cuando mis respuestas empezaban a ser sí y no, y no me generaban preguntas, no era una buena señal. Eso fue hasta que captó por completo mi atención.

—Excepto para ella...

—¿Qué?

—Yo creo que María Paula sentía que no iba a vivir mucho tiempo.

—¿Qué... No... ¿Qué está diciendo?

—Siempre fue un tema recurrente desde que empecé a atenderla... después del accidente.

—¿Por qué?

—No sé por qué, pero si te puedo decir que ella tenía todo previsto.

Un escalofrío me recorrió completo.

—Perdón... Usted cree que... ¿Ella se suicidó?

—No. Nunca tuvo tendencias suicidas, de eso estoy segura. Pero ella intuía que... no llegaría a envejecer... por ejemplo.

—No lo puedo creer...

—¿Sabías que llevaba un diario como parte de su terapia?

—No.

Florencia se puso de pie y abrió la caja de cartón que estaba a su lado. De adentro sacó un cuaderno con espiral. Estiró un brazo y lo sostuvo delante mío un rato, hasta que lo dejó sobre el escritorio cuando yo no me animé a tomarlo.

—Había cosas que no podía poner en palabras pero le salían mejor escritas, por lo que instauramos esa manera de volcar la información, por lo general ella lo llevaba después de una sesión y lo traía a la siguiente, para poder escribir y que yo lo leyera. A veces hablábamos sobre ese tema, a veces con la redacción lograba cerrarlo. Fue muy útil para su proceso.

Mis ojos iban y venían, del cuaderno a la terapeuta, y me preguntaba qué tan rápido podía salir corriendo de ahí sin tropezar con todos los escollos en el camino. Después de un silencio demasiado extenso para tan corta visita, Florencia se aclaró la garganta y habló bajo y triste.

—Entre algunas cosas que hablamos, María Paula me pidió expresamente que, si algo le pasaba, te entregara los diarios a ti.

—¿Por qué?

—Según sus propias palabras... tú eras su “caja de seguridad” —Se me erizó toda la piel de todo el cuerpo.

—Debería habérselo entregado a Tomás.

—No lo sé... Lo pensé... pero había cosas en esos diarios demasiado personales, y demasiado...

—¿Usted sabía qué hacía Paula para vivir?

—Era... una artista.

—Sí. Además... —La mujer tragó visiblemente.

—Sí.

—Sin delicadezas... Paula era una prostituta VIP.

—Estoy al tanto de ello. A veces... hablábamos de eso.

—¿Cómo parte de su terapia?

—Casi.

—¿Casi?

—María Paula se preocupaba por sus... por las personas que acompañaba. Muchos hablaban con ella de sus problemas, de sus situaciones personales. Había personas con adicciones, otros con patologías severas. Muchas veces pedía consejo para poder ayudarlos.

Todo a mí alrededor dio vueltas. Me apreté las esquinas de los ojos para no llorar. Era tan de MaP querer ayudar a alguien por sobre su propio interés. Ella sería capaz de irse al infierno o resignar sus alas, por ayudar a alguien. Ella, tan preocupada por la gente a su alrededor, y nosotros sin posibilidad de ayudarla, de salvarla. Florencia se levantó y se sentó en la silla junto a mí; cuando me abrazó, lloré sin vergüenza y sin consuelo.

—¿Por qué? ¿Por qué tuvo que morir tan joven? ¿Por qué Dios se la llevó?

—No sé en qué creas, Vince... pero yo soy una convencida que todos venimos a esta vida con una misión por cumplir. A algunos nos lleva mucho tiempo, otros parten más rápido, ya sea porque aprendieron su lección o lograron cumplirla para llegar a un nivel superior.

—¿Y cuál fue su misión? A mí me dejó sin nada...

—No lo sé...

—Entonces... —Su silencio fue más elocuente que mil palabras.

—Podríamos haber muerto cualquiera de nosotros en su lugar. Ella tenía tanto por hacer.

—¿De verdad lo crees?

Me aparté de su abrazo e intenté recuperar la compostura. Florencia volvió a su lugar, llevando consigo el diario que nunca fue abierto, para dejarlo dentro de la caja y cerrarla.

—¿Por qué no me lo dio antes?

—Solo tenía un número de teléfono móvil que estaba desconectado —Lo cual era real porque había cambiado varias veces de número— y los Lacourlig que figuraban en guía no tenían relación contigo.

—No somos de aquí —Empujó la caja hacia mí— No sé si sea yo el mejor para quedarme con... esto.

—No es mi decisión, ahora es tuya. Si quieres destruirlos, o entregárselos a Tomás, estará bien. Sé que tomarás la decisión correcta.

Esperó hasta que me armara de valor y decidiera qué hacer. Me puse de pie y levanté el legado de Paula. Me acompañó y nos despedimos en la puerta del edificio.

—Muchas gracias por venir.

—Muchas gracias a usted por haber conservado tanto tiempo estos diarios y por tomarse la molestia de buscarme.

—Es lo que ella me pidió. Era lo menos que podía hacer.

—Gracias.

Metí la caja en el baúl del auto y esperé sentado a que mi sistema se reiniciara, por un buen rato. Recién entonces decidí qué hacer: Envié un mensaje a Tomás.

“Necesito la dirección de MaP.”

¿Dirección? Sonaba raro, pero no sabía de qué otra manera ponerlo. Casi de inmediato se disparó un llamado telefónico que cancelé. No podía hablar con él en ese momento.

“Manejando”

Para no mentirle a mi mejor amigo, me puse en marcha hacia la autopista

que sabía me llevaría al Cementerio privado Jardín de Paz. El siguiente mensaje contenía las coordenadas que necesitaba.

“Sector 15 – Manzana 8 – Parcela 21. Cerca de la fuente y del sendero de la eternidad”

“¿Vas solo?”

Respondí que sí. Envié el pertinente mensaje a Andrea, porque necesitaba que supiera que estaba bien y a donde iba, solo por si acaso. Ahora era un hombre responsable y padre de familia. Contesto “Ok”.

Subí el volumen de la música, mi tributo, “Eres todo lo que necesito”, en repetición, y seguí el camino en piloto automático.

En cuanto detuve el automóvil en la entrada, se me erizó la piel, como si la temperatura hubiera caído treinta grados en un segundo; se me cerró la garganta y todas mis terminales nerviosas parecieron apagarse. ¿Se había nublado o eran mis ojos los que se negaban a seguir viendo? El cielo, que cuando había salido del consultorio era celeste y blanco como la bandera, de pronto se había llenado de nubes grises y densas que amenazaban caer como baldazos de lluvia. Estacioné en cualquier lado y pedí indicaciones a un empleado de seguridad, que me indicó como llegar hasta el sendero. El resto lo hice solo, hasta divisar la fuente.

Nunca le había encontrado sentido al ritual del entierro ni la necesidad de la gente de tener un lugar donde llevar flores a los que no habían honrado en vida y donde ellos ya no podían disfrutar de su aroma y su color. Moraleja, las flores son mejores en vida, yo había cumplido con ese precepto, siempre. Caminé mirando hacia abajo, leyendo los nombres sin registrar ninguno. El prado era verde, las colinas ondulando como cubiertas por una alfombra perfectamente recortada y regada. No había lápidas ni monumentos con ángeles o vírgenes dolientes mirando al cielo. Todo muy minimalista, las placas enclavadas en la tierra, hechas en mármol negro con grabados en dorado, una escueta descripción con nombre y apellido, fecha de nacimiento, fecha de defunción, alguna frase, un epitafio quizá, un recuerdo, nada más. La

encontré. Una placa junto a la otra. No pude avanzar más.

No podía ver, parte miopía, parte agua salada, pero podía adivinar que los jeroglíficos dorados decían, como correspondía, su nombre completo, la fecha de su nacimiento, 8 de diciembre y la fecha de su muerte. Me incliné sobre una rodilla, acariciando la superficie anónima. Había sólo una frase bajo esos datos fríos e impersonales.

“MaP. Todo para nosotros”.

Sentí el dolor de su ausencia como una puñalada en el pecho, exactamente en el centro, donde aún las trazas de mi tatuaje, que la habían grabado para siempre sobre mi piel, no eran suficientemente profundas para cambiar el pasado; nada de lo que hiciera modificaría el pasado, ni siquiera el milagro de visitar el lugar donde ya no sería siquiera polvo. Nada cambiaría, ella seguiría estando muerta y yo seguiría extrañándola todos los días de mi vida.

Pero todo había cambiado, las vidas de aquellos que ella había iluminado en su paso por este mundo, habíamos encontrado la felicidad aún detrás de la pérdida y la honramos con lo más importante que teníamos: Nuestras hijas, pequeñas vidas que llegan, que irrumpen en nuestras vidas por caminos mágicos, como un vientre abultado o un papel de adopción, que nos transforman para siempre desde la médula hasta el nombre, ya no más Vincent, sino el padre de Marie. Y ella en los nombres de nuestras hijas, en sus vidas, nuestra única misión en vida sería asegurarnos que nunca tuvieran que vivir lo que Paula sufrió y poder convertirnos en esos hombres que las protegerían, las comprenderían, las apoyarían y amarían contra viento y marea, pese a todo, contra todo. Lo que ella nunca tuvo, y aun así, siempre tuvo en nosotros. De rodillas frente a la lápida, acaricié cada letra de su nombre; no me molesté en ocultar las lágrimas, y el cielo lloró conmigo, la lluvia acompañando ese momento de soledad.

Después de un rato me di cuenta que no estaba solo. Sabía que llovía, podía oler y escuchar las gotas cayendo, pero el agua no me tocaba. Levanté los ojos y un hombre alto como una torre, con una sombrilla negra, estaba parado junto a mí, quien sabe desde cuándo. Me puse de pie y codo a codo con Tomás, frente a la tumba de Paula, dejamos que la lluvia con su piedad, intentara sanar las heridas de nuestros corazones.

La lluvia no había parado cuando el sol hizo su aparición, parte del

milagro, pensé mientras miraba más allá del paraguas. Como cada vez que pensaba en ella levanté mis ojos, quizás porque la referencia religiosa que teníamos inculcada nos hacía mirar al cielo cuando pensábamos en los ángeles. Las nubes que habían cubierto el celeste habitual de esa altura del año comenzaron a quebrarse empujadas por un viento que no se sentía donde yo estaba. Necesitaba decir algo y la peor frase salió de mis labios.

—No tuve la fuerza necesaria para prohibirte hacer esto.

—¿Qué?

—Enterrar a Paula aquí... —dije, señalando la lápida de al lado con un gesto de la cara marcado con el asco que me impedía siquiera nombrarlo; tenía que refrenar el impulso infantil de mear la lápida del padre de Paula como última afrenta. Tomás bajó la cabeza y cerró el paraguas, indiferente. Apoyó una rodilla en el pasto húmedo y trasladó un beso con los dedos, de sus labios a su nombre dorado, adorado. Habló mientras volvía sobre sus pies, sus pasos encaminándolo a la salida.

—Lo hice exhumar mientras la velábamos, antes que la enterraran. Dejé la lápida allí para que Solcito no lo supiera... —Miré por sobre mi hombro mientras se alejaba. Imité su gesto, acariciando su nombre y quitando algunas gotas que destellaban como diamantes sobre el mármol negro. Me puse de pie de un salto y casi corrí para alcanzarlo.

—¿Cómo?

—Dinero. Influencias. Poder. Pero por sobre todo dinero...

—¿Qué hiciste con el cuerpo?

—Lo arrojé a la basura... —Justo donde pertenecía.

Tomás caminó hasta el árbol donde nos habíamos refugiado veinte años atrás, a donde yo había huido casi diez años atrás. Se apoyó en el tronco frondoso mientras yo encendía un cigarrillo unos metros más atrás, los dos mirando más allá de la cerca hacia la autopista. Levanté la cara al cielo y me maravillé otra vez. Las nubes espesas dejaban paso a los rayos del sol, que como delicados y etéreos dedos celestiales, se acercaban hasta mí, acariciando mi rostro maternalmente, haciéndome sentir su calor aún detrás de la tela de mi ropa y la piel que me cubría, llegando hasta mi alma. Sentí su calor y la sentí de nuevo conmigo, vibrando en mi corazón, envolviéndome con su amor que nunca me había abandonado. Fue sólo una cuestión de tiempo

antes de que las gotas de lluvia que habían quedado en el aire comenzaran a estallar en color para formar un arcoíris. Ella era el milagro.

—¿Todavía la extrañas? —Tuve que preguntar.

—No.

—¿No?

—Perder su cuerpo, su presencia, fue lo más difícil, sobre todo al principio... pero después me di cuenta que Paula nunca había abandonado mi corazón —Hizo una mueca sabiendo que sonaba tan cursi, honesta y realmente cursi—. Al principio me costó. Venía a su tumba todas las semanas, vivía como un zombi, atiborrándome de trabajo para no pensar, no sentir. Vivir de esa manera no era vivir, más de una vez pensé en matarme, pero jamás tuve el coraje para hacer el corte final.

Gracias Pink Floyd por la analogía. Apreté los dientes para no interrumpirlo. ¿Qué tanto daño le había hecho al haberlo dejado de esa manera? Pero, ¿Qué tanto mejor estaba yo, por una pérdida y la otra, para poder serle de soporte.

—En ese camino le abrí la puerta a la Gallega... —inspiró y largó el aire de la misma manera que lo hice yo con mi cigarrillo—, pero lejos de mejorar, las cosas empeoraron. Cualquier cosa que hiciera terminaba siendo un calvario. Pasar una velada divertida, salir a cenar, ver una película... hacer el amor... respirar, parecía un capítulo de alta traición. Estaba engañando a Paula con su mejor amiga, y dolía, pero la realidad dolía aún más, porque Paula no estaba viva y nosotros sí —Y hablando de círculos viciosos.

—Lo siento —Tomás se dio vuelta y me miró condescendiente, con ese brillo de sabiduría que siempre habían tenido sus ojos.

—Lo sé. Tú no estabas mucho mejor que yo para poder sobrellevarlo.

—Pero juntos...

—No lo sé... —Encendí otro cigarrillo e hizo la pregunta.

Subidos a un tren de confesiones, en ese lugar sagrado, ninguno de los dos podría mentir. Así se sentía, supongo que por eso lo pregunto.

—¿La amabas?

—Sí —dije sin siquiera pensarlo, porque la amaba, aunque no de la manera en que él me lo había preguntado.

—¿Las cosas hubieran sido diferentes si hubiera estado contigo y no

conmigo?

—No. Porque lo que la vida te da, la vida te quita. Es parte del trato. Y Paula te amaba a ti... —*como yo*— y ella me quería como su amigo —*como yo*.

Conforme con los dichos, suspiró audiblemente y abrió su corazón.

—Con el paso del tiempo, mi único consuelo fue pensar que ella murió convencida que por fin tenía todo lo que quería a nada de distancia —Nunca lo había visto así, pero tenía razón. Y si ése era su único consuelo, ¿Era porque sentía que el resto había sido un castigo? Vulnerable como estaba, y para eso tenía un radar, era como un tiburón rastreando sangre en el agua, disparé la pregunta sin piedad.

—¿Hay algo que quieras confesar, que nunca me hayas dicho? —Entrecerró los ojos y en su brillo supe que había algo, y que me lo iba a decir, no sólo porque era su amigo y protegería su secreto con mi vida, sino porque, fuera lo que fuera, ya había prescripto. Miró de nuevo al horizonte y sonrió.

—Yo no incendié el aula de la Asunción.

—¿Qué?

—Yo estaba ahí, saliendo del aula, cuando los dos tipos de quinto, pasados de todo, entraron para hacerlo. No sé por qué. Cuando salieron, me miraron con cara de “Habla y eres hombre muerto”. Me quedé parado en la puerta mientras las alarmas de incendio se disparaban y los profesores llegaban corriendo. Todo el mundo asumió que había sido yo.

—¿Y no hiciste nada para sacarlos de su error? ¿Te volviste loco?

—No.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque era mi pasaje de salida del colegio y mi visa de ingreso al Juana. Y obtener la etiqueta de chico malo que necesitaba para que Paula se fijara en mí.

Me quedé con la boca abierta. ¿Y ésa era su terrible confesión? ¿Estaba jugando conmigo o seguía siendo el chico bueno que siempre había sido? Mejor aún, si a los dieciséis años fue capaz de hacer eso, ¿no sería capaz de matar o morir por esa misma mujer?

—Estás loco...

Cuando vio que terminé el cigarrillo, se incorporó contra el árbol, como si

con eso estuviera decretando el final de la visita. Pero no...

—¿Por qué viniste? —Pensé mentir, todavía no estaba preparado para contarle sobre mi última adquisición. Entonces decidí mentir solo un poco menos.

—En realidad... Cuando las cosas se complicaron con la adopción de Marie, le prometí que si intercedía por nosotros, vendría. No sé si lo hizo o no... prefiero pensar que sí y aquí estoy, pagando mi tributo.

—Estoy seguro que sí.

Al mismo tiempo, los dos miramos al cielo. El arcoíris estaba ahí, brillando sobre nosotros, un arco de entrada a las puertas mismas del paraíso y la sensación de que ella estaba con nosotros, como siempre, allí. La verdad de Tomás se hizo carne en mi pecho: La ausencia de Paula dolía porque no la tenía en un cuerpo que yo pudiera abrazar, pero su alma y su amor jamás habían abandonado mi corazón. Con una última lágrima descolgándose de mis ojos, arrojé un beso al cielo, le di las gracias y le dije adiós.

Capítulo 58 — Trátame como el perro que soy

Entré a casa sin hacer ruido con las llaves, alejándome de las risas que provenían de la habitación de Marie, resguardando mi secreto en la cocina para recomponerme; dejé la caja en el lavadero y fui al reencuentro con mi familia. Cumplimos con nuestro ritual de juegos y merienda, película antes de la cena, para luego acostarla en su cama y velar por ella hasta que llegara el sueño. Andrea decía que en esa rutina ella nunca aprendería a dormirse sola, pero ninguno de los dos se despegaba de su lado hasta que roncaba. Ya habría tiempo para que lo hiciera sola, la adolescencia llegaría pronto y querría su propio espacio, y yo quería disfrutarla hasta el último segundo. Dormida la niña, fuimos a la cocina, Andrea por su último té, yo por mi primer cigarrillo; saqué la caja de su escondite y lo puse en la mesa, manteniendo el humo del lavadero hacia afuera.

—¿Qué es esto?

—Los diarios de Paula —Andrea palideció tanto que temí se desmayara. Miraba la caja como si no se animara a abrirla, como si estuviera maldita.

—¿Los leíste? —Negué con la cabeza—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé... No quisiera entregárselos a Tomás sin saber qué contienen, pero quizá sea invadir una privacidad que no es mía. No sé.

—¿Por qué te los dio a ti?

—Paula le dijo que... si algo le sucedía, que me los entregara a mí.

—¿Si algo le sucedía?

—Demasiado loco para explicar, ni que te digo intentar entender. Dijo que yo era su caja de seguridad.

Con un poco más de valor, Andrea abrió la caja y revisó el contenido; ojeó rápidamente algunos cuadernos mientras los apilaba sobre la mesa, en tanto yo encendía un cigarrillo detrás de otro, sosteniendo mi excusa del humo para permanecer alejado.

—Bueno... —dijo, con tono de misión cumplida—. Mañana puedes ocuparte de leerlos y...

—Lo haré esta noche.... No voy a perder un día con Marie por hacer esto.

—Vince... Mírate, estás agotado, y ni siquiera te pregunté cómo te fue en el cementerio. Tienes el dolor marcado en el rostro. Necesitas descansar.

—Necesito sacar esto de mi sistema. Si no cierro con este maldito pasado de una buena vez, nunca voy a poder salir adelante, siempre me acechará. Y no quiero seguir atado a todo esto. Es solo que... no sé cómo hacerlo... — Resignado, se acercó hasta enredar sus manos en las mías, y apoyar su frente en mi cabeza caída.

—Vas a lograrlo. Yo sé que puedes. Y pase lo que pase, sea lo que sea que necesites, yo estaré aquí para ti —No me abrazó porque sabía mejor que nadie que cuando lo hacía me derrumbaba, y en ese momento necesitaba de toda mi fortaleza para seguir en pie con todo eso. Dejó un beso corto en mis labios y se marchó a la habitación.

Debía ser la una de la madrugada cuando por fin me moví del lavadero, solo porque se me acabaron los cigarrillos. Busqué otro paquete y cerré la puerta de la cocina. Miré la pila de cuadernos como si fueran el enemigo a batir, me senté frente a ellos con resolución y tomé el primero. Los leí como si pertenecieran a alguien que no conocía, como si fuera un antepasado. No entré a los lugares comunes ni me subí a los recuerdos, me senté como en mis viejos tiempos, fanático de la lectura, a devorar cada cuaderno como si fuera un libro de ficción, como mis favoritos de Sidney Sheldon o Isaac Asimov. Y tenía un poco de todo, intrigas, drama, humor, sexo, rock and roll. Pocas drogas, me sorprendió, demasiado rosa tal vez, “flores y corazones” como decía Andrea, cada vez que el héroe aparecía con su brillante armadura. Algunas partes del texto estaban borroneadas, como si algo hubiera mojado la tinta ¿Lágrimas? ¿Las de Paula o las de Florencia? Tenía una muletilla que desconocía: “Ya sabes”, y en ese momento mi postura de lector aislado, de sujeto apartado de la acción, un mero espectador, se derrumbó. La parte racional en mí decía que ella escribía así porque estaba contándole esas cosas a su terapeuta, pero no, su “ya sabes” recurrente aparecía exactamente en los lugares que yo conocía, las cosas que “yo sabía”, por haber sido testigo, partícipe o confesor. Yo era el único que sabía, y ella había escrito todos esos diarios para mí también. Apoyé ambos codos sobre la mesa y sostuve mi cabeza sobre el cuaderno mientras leía:

Odio el olor de los hombres, olor a hambre, a sudor sucio, a corrupción.

No saben tocar, no saben besar, no les importa, porque en definitiva están pagando por una mentira, ya sabes. Les encanta lo más vacío en mí, mis tetas de plástico, mi vagina estéril, mi cintura de avispa y un tomate por día, mi culo duro por mil sentadillas, mi pelo teñido de un color irreal, sacudiéndose frente a ellos mientras finjo un orgasmo monumental. Tomás es diferente, en todo. Huele a lluvia llegando, que no sabes si será llovizna o aguacero, que no sabes si solo te refrescará o te calará hasta los huesos. Y sabe tocarme, acariciar con la punta de la nariz el tramo exacto debajo de la oreja hasta el hombro, recorrer con los labios, sin besar, sin morder, solo rozar, una línea recta de hombro a hombro, de hueso a hueso. A veces es una caricia que me acuna y me duerme, otras tantas me enciende. Y nos convertimos en tormenta. No me baño después de hacer el amor con él, me encanta sentirlo en mi piel, despertar abrazada a él, tan pegada que podría meterme y perderme. Y si no está duermo con su ropa, esa que a veces escondo y a veces se olvida, guardo la funda de su almohada, la toalla que usa, hasta que encuentro otra excusa para traerlo a mi cama, y mientras sirvo cerveza repite el rito parado a mi espalda, con la nariz, con los labios, tocando mi alma. Volvemos a ser tormenta antes de volver a ser nada.

Mis lágrimas se mezclaron con otras ya secas, partes de un pasado que estaba queriendo cerrar y no sabía cómo. ¿Qué iba a lograr con todo esto? Desenterrar sus memorias no iba a traerla de regreso, hundir la navaja en las cicatrices y hacer sangrar las heridas, tampoco.

—No sabía que escribías así, mi pequeño ángel poeta —le dije a la noche, a ella, a la nada. Me quedé así, esperando que llegara un rayo de luz. Llegó la mañana.

Había leído todos los diarios, los había ordenado cronológicamente y colocado de nuevo en la caja, con la intención de cerrarla para siempre. El último cuaderno no estaba terminado, quizás el inconcluso habría quedado en su casa, entre sus cosas, desaparecido en el tiempo vaya a saber Dios donde. Su última entrada era intrascendente. Pasé las hojas rápidamente, hacia adelante y hacia atrás, y descubrí un sobre pegado en la contratapa, de manera muy prolija, bien disimulado. Lo arranqué despacio y algo metálico cayó sobre la mesa. Una llave, exactamente igual a una que yo tenía guardada en mi departamento en París, que pertenecía a una caja de seguridad que había

permanecido aislada de mis pensamientos por casi diez años, convenientemente oculta pero nunca olvidada, pagaba el canon de mantenimiento anual mediante simple transferencia, porque aunque ahora fuera parte del conglomerado Bilbao Vizcaya, siempre sería Banco Francés. La sucursal estaba en Nordelta, cerca del cementerio, o algo así. Podría pensar en una pila de casualidades, pero yo hacía tiempo que había dejado de creer en eso, esto estaba destinado a ser, no solo porque Florencia, al repetir las palabras de MaP, dijo que yo era su caja de seguridad.

Cuando Andrea despertó, desayunamos juntos con todas estas novedades. Conté cada uno de los acontecimientos con la parsimonia de una persona que llevaba más de cuarenta y ocho horas sin dormir, y que definitivamente esa mañana no iba a ir a la cama.

—¿Nunca... en todos estos años, te dio curiosidad saber qué había en esa caja de seguridad?

—Sí. Pero mi miedo siempre fue más fuerte.

—¿Miedo a qué?

El silencio entre el café y el cigarrillo me arrastraron al último recuerdo de mi maratón.

Las asperezas por la decisión de Tomás y la Gallega se limaron por teléfono. Pedí las disculpas correspondientes, justificando mi reacción, escondiendo la verdad, como siempre, detrás de Paula. Los dos entendieron, porque nada mejor para la gente que darle la información masticada y deglutida, y recibí la imagen de la invitación al casamiento de Galicia y Tomás en la Iglesia de Nuestra Señora del Pilar, en Recoleta, para un mes al día de la fecha. Por supuesto, y como no podía ser de otra manera, esa última visita a Buenos Aires no sólo serviría para estampar mi firma en el Registro Civil, justo debajo de la de Tomás, sino también para entregar a la novia vestida de blanco en el altar. Cumplí con todos los rituales, tanto los argentinos como los incorporados de otras culturas: La liga, el vals, la declaración del padrino y la despedida de la pareja rumbo a su luna de miel, que los llevó a las costas griegas.

Esa fue mi última visita a Buenos Aires, y a la mañana siguiente, sin haber dormido, y a horas de tomar el primer vuelo que pudiera sacarme de

la Ciudad, me encontré con Diego Chebars, el hijo de la abogada de las estrellas, en un bar. Él también había estado en la fiesta y sus ojos rojos delataban la noche de fiesta y la falta de sueño. Mi cabello empezaba a crecer, tan rubio como siempre, y la sombra de mi barba, imperceptible al ojo, raspaba contra mi mano en ese gesto, más un tic, antes de encender un cigarrillo, como si hubiera demorado demasiado el regreso al vicio. Su oficina fue de nuevo el lugar de encuentro, aunque estaba más ordenada que la última vez. Sobre su escritorio, un sobre de papel color madera, esperaba por mí. Era enorme, mucho más de lo que yo esperaba.

—Disculpa que te haya citado tan temprano, pero estoy saliendo ya a París... —Tenía una entrevista con el premier británico y otra con su par norteamericano en el marco de una reunión del G8 sobre el calentamiento global. Iba en equipo con un fotógrafo que no conocía, mejor que sacara mis dotes sociales a flote y me fuera haciendo amigo, tenía dos trabajos más con él, mientras mi Editora conseguía alguna otra nota.

—No hay problema. Igualmente vine directo para acá porque tengo que estudiar y no voy a dormir. Tengo un final mañana...

—¿Final? ¿Qué estás estudiando?

—Estoy terminando la carrera de abogacía. Es el último.

—Haberlo sabido antes... no te hubiera pagado honorarios de abogado —dije, con una mueca.

Deslizó el sobre por encima del escritorio, de su espacio al mío.

—Esos eran aranceles de Detective Privado...

—Cobras una fortuna.... —Sus servicios se habían llevado todos mis ahorros a una cuenta en Euros en Suiza. Y no era abogado, pensé mientras abría el sobre gordo de papeles. Aún no habría realizado su juramento hipocrático ¿Se llamaría así? Se incorporó y señaló el sobre.

—La información lo vale... créeme. Tienes para escribir una saga ahí — Mi mente quedó girando en falso sobre el mismo auto comentario. No era abogado. No había juramento. No había confidencialidad aunque yo fuera su cliente. Deshice el nudo y abrí el broche. Mierda, ¿Todo esto era sobre Paula?

¿Qué había hecho? ¡Qué había hecho! Un escalofrío me recorrió entero.

Todo era fotocopia de legajos judiciales y policiales. Las carátulas tenían sellos de “Caso Cerrado” de esos que nunca había visto pero solían aparecer en los programas de policiales, por lo que podía intuir que se utilizaban también en la vida real.

Ramón Arango, muerte dudosa cerrada en accidente. Alejandro Donadasco, denuncia de intento de asesinato cerrado en accidente. María Paula Rodríguez Bordón, investigación sobre la muerte súbita. Tomás Veristartúa, apenas una hoja con sus antecedentes policiales y judiciales, y otra fotocopia de la página de sociales. Chavelo Gomezcu, antecedentes policiales y judiciales, tan breve como el anterior. Mi mente se retorció en agonía mientras mi cara de Póker se sostenía con uñas y dientes para no denunciar sorpresa y aflicción. Había una sola razón por la que todos estos nombres y antecedentes aparecían en la investigación de Paula. Definitivamente no tenía noción de esa extensión de la investigación.

Había informes policiales y de tribunales, análisis médicos, informes de Interpol, números de cuenta, transacciones, datos de llamados telefónicos de línea y móviles, estudios de dominio de propiedades. Levanté la mirada y Diego sonrió ampliamente, mi gesto descolocado su mejor recompensa.

—¿Lo vale o no? —Tragué mientras desparramaba los legajos sobre la mesa como si estuvieran en exhibición.

—¿Qué es todo esto?

Diego se incorporó casi con fastidio, como si estuviera sirviéndome un festín de caviar y salmón y yo mirara con asco porque solo comía mortadela.

—Esto, mi querido amigo francés, es la punta de una historia que no solo puede llevarte a un Pulitzer, sino a ganar un paquete de dinero — Entorné los ojos ante el grado de exageración.

—No te sigo, Diego... Discúlpame... Quizás estoy un poco dormido —Se estiró sobre los legajos desparramados y ordenó a manera de triángulo los

tres que no me interesaban.

—Donadasco. Arango. Gomezcú. Una historia de poder, muerte y control del negocio que rinde millones en este país. El fútbol.

—Ilumíname, por favor... — dije, simulando interés, mientras él se acomodaba en la silla para dar cátedra. Yo miraba de reojo el escuálido legajo de mis mejores amigos.

—Mientras buscaba lo de Paula, encontré tan escondido como los informes de la muerte de Kennedy, las investigaciones “demoradas” de Arango y Donadasco. Como si todo hubiera sido escondido “allí” por la misma persona. Y ahí me saltó la ficha. Completé los huecos que faltaban y le hice un estudio completo a Gomezcú

—¿Gomezcú? —Mi mente había colapsado y fui incapaz de poner un filtro entre mi único pensamiento y mi boca. Craso Error. Si él solo no lo había dilucidado, yo le estaría dando la punta necesaria. De todas formas, el daño estaba hecho, las palabras estaban abandonando mis labios— ¿Y cómo se te dio por relacionarlos a los tres?

Mi mano involuntariamente movió el legajo de Paula, queriendo sacarla del medio del foco de luz, pero poniendo toda la atención en ella.

—En realidad... Paula por Tomás... Tomás fue mi primer nexo... y por supuesto, porque mi alma de periodista nunca se agota y seguí los casos desde el primer momento —Miró de costado el legajo de Paula, casi despectivamente—. Paula está limpia.

Sí, pensé, siempre fue muy limpita, ansiosa de sacarse del cuerpo cualquier marca de las manos que la tocaban a cambio de algo, o nada, pobre ángel. Metí su legajo en el sobre y volqué toda mi atención en los cuatro que quedaban. Habiendo sacado a Paula del medio, me quedaba eliminar a Tomás de cualquier vinculación. Qué curioso, yo había querido esta investigación para descubrir si él estaba detrás de esos asesinatos, en medio de un arranque de celos y locura, y ahora quería rescatarlo.

—Ok. Si te sigo bien... Arango y Donadasco fueron víctimas de un intento de asesinato, y alguien escondió las pruebas que podrían haber llevado a una investigación más extensa...

—¡Exacto! ¡Ves! —Dijo, golpeando mi hombro con fuerza mientras se dejaba caer en la silla con la definición de felicidad dibujada en el rostro— No estabas tan dormido después de todo...

—Y el que hizo todo esto... fue... Gomezcu.

—¡Han cantado “¡Bingo!” en la sala! —gritó, levantando ambas manos como si fuera un pastor evangélico. Guardé el legajo de Tomás, sin injerencia en el complot.

—Excepcional. Me gustaría saber de dónde sacaste toda esa información —Diego sonrió sin mostrar los dientes.

—Las fuentes nunca se revelan, pero tengo que agradecerte este trabajo... Resucitaste mi espíritu de periodismo de investigación.

—¿De verdad?

—Sí... y las ganas de escribir. Pero sólo ganas, eso se lo dejo a quienes saben —Extendió una mano para señalarme cortésmente y sonreí agradeciendo el implícito cumplido. Sin Paula y Tomás en el medio de la escena, ahora sólo me quedaba lograr que él descartara para siempre cualquier hipótesis aledaña.

—Eres un genio... la dedicatoria del libro te va a quedar chica.

—Olvídalo... con figurar en los agradecimientos me sobra. Sé que se lo dedicarías a Paula... y a Tomás —El nombre de mi amigo sonó con muchas más implicancias de las que hubiera querido. Miré dramáticamente mi reloj y suspiré con alevosía.

—¡Oh! Tengo que “volar”. Lo leo y te aviso que puedo hacer con todo esto, pero... de verdad... excelente trabajo. Valió cada centavo. Te felicito — Nos pusimos de pie y estreché su mano con fuerza, esperando no volver a verlo nunca más—¡Ah! Esto es copia...

—Sí. Los originales están bien traspapelados —Levantó una ceja que completaba la frase: Traspapelados y a su entero alcance. ¿Qué tan peligroso podía ser eso?

—Suerte en tu examen...

Y salí de esa oficina como un murciélago disparado del infierno.

Andrea escuchó todo el relato con la boca abierta y la taza de té sostenida a la altura de sus labios, enfriándose en el tiempo. Olisqueó el contenido y lo

dejó en la mesa, desatendido.

—Estamos hablando del mismo Diego... El abogado de Tomás... El que nos ayudó en la adopción de Marie.

—El mismo.

—¿Cómo llegó a ser abogado de Tomás?

—No lo sé.

—Bueno... tiene su máxima confianza si puso en sus manos nuestro trámite. No tengo más que palabras de agradecimiento para con él.

—Sí... —dije, ausente, volviendo a mirar la llave. Me puse de pie por fin.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

Una hora después estaba, bañado, afeitado y cambiado, sentado en mi automóvil frente a la sucursal 193 del BBVA Banco Francés en Nordelta. Como siempre, necesité un tiempo extra para armarme de valor, apoyando la frente en el volante, mirando de reojo la caja de cartón que viajó conmigo en el asiento de acompañante. No tenía sentido dejarla en casa si, fuera lo que fuera a hacer con el contenido de la caja de seguridad, correría su mismo destino ¿Cuál era? No tenía la más puta idea.

Me anuncié en recepción y solicité ingresar a la caja de seguridad ante un empleado anónimo. Recité el número de cuenta y de caja, que tenía en mi mail con cada orden de pago anual que realizaba.

—¿Documento? —Extendí mi identificación y el tipo miró varias veces, la fotografía en la credencial y mi rostro, hasta darse por satisfecho. Me la devolvió— ¿Tiene la llave?

Levanté la llave y se la mostré de lejos. Entonces me hizo seguirlo a un subsuelo donde, detrás de una puerta blindada, me hicieron firmar el registro de ingreso y permitieron acceder a la bóveda. Busque el número 128, una pequeña puerta donde introduje la llave y giró con facilidad garantizándome el acceso. La caja de seguridad era metálica, alargada y pesada; la acomodé sobre una mesa de madera y abrí la tapa superior para descubrir su interior.

Una caja de zapatos caros. Mi cuerpo reaccionó antes que mi memoria, hurgando en los vapuleados cajones de mis recuerdos. Se me erizó toda la piel mientras mi mano temblaba sacándola. Abajo, un sobre de papel madera. Un sobre blanco cerrado, sin remitente ni destinatario. Una bolsa plástica

transparente con ropa y una peluca negra. Varios fajos de dólares, que si el cálculo a vuelo de pájaro no me fallaba, diez de diez mil hacían unos cien mil dólares. Miré durante un momento eterno el contenido desparramado sobre la mesa. *¿Qué voy a hacer con todo esto?*

Guardé todos los fajos de dinero en mi mochila, rápido, como si fuera un ladrón sin destino. Analicé la bolsa transparente con ropa e identifiqué de inmediato el disfraz de Paula; eso y el sobre cerrado también fueron a parar a la mochila. Me quedaba el sobre de papel madera y la caja de zapatos; algo en mi interior me decían que debían contener, un poco más, un poco menos, las mismas cosas. Abrí el sobre y un viejo cassette de video cayó pesado sobre la mesa, con el logo del Conrad Hotel de Punta del Este, grabaciones de una cámara de seguridad; adentro quedaban papeles. Guardé todo apurado y metí a presión la caja de zapatos. Cerré el zipper como pude, colgué la mochila en mi hombro y volví a guardar la caja metálica en el compartimiento de la pared, cerré la puerta y me alejé con paso rápido pero tranquilo de ahí; saludé a quienes me habían permitido acceder a la bóveda y subí las escaleras de dos en dos, rezando por salir cuanto antes de ahí.

—Señor Lacourlig... —Mi nombre estalló en el lobby del banco como una bomba. Me detuve sin darme la vuelta, esperando que la caballería completa apareciera con armas de alto calibre apuntando a mi cabeza. Me di la vuelta despacio para encontrarme con el mismo empleado del principio—. Disculpe. El gerente de la sucursal quisiera tener unas palabras con usted.

—¿El gerente? Pero yo no soy nadie...

—Es un formalismo por la caja de seguridad. Nada serio.

—Pero... ¿El gerente?

—Somos una sucursal pequeña. Él se encarga de atender las cuentas VIP.

—¿VIP? De nuevo... no soy nadie. —El empleado se encogió de hombros porque, en definitiva, solo estaba cumpliendo órdenes. Lo seguí con las manos en los bolsillos porque me temblaban tanto que temía que me delataran. La mochila en mi espalda se pegaba a mi cuerpo por el sudor de los nervios, parecía que llevara una bomba de tiempo. Me hicieron pasar a una oficina donde un hombre de quizás cincuenta me recibió con una sonrisa comercial.

—Señor Lacourlig. Disculpe la molestia. El empleado me dijo que había accedido a una de nuestras cajas de seguridad y me di cuenta que estarían

faltando algunos datos...

—Ya firmé todo cuando la abrimos...

—Si. Pero ha habido renovaciones y requerimientos legales que nunca se completaron.

—¿Cómo qué?

—Algunas leyes nacionales sobre el amparo y límites de responsabilidad del banco sobre el contenido de las cajas... —Exhalé despacio, aliviado. Lo escuché sin interés y sin interrumpir, para acelerar el trámite. Sacó una pila de papeles que tuve que completar, firmar e inicializar, antes que me permitiera abandonar su oficina y su banco, para siempre. Estaba sobrepasado de emociones y mis glándulas suprarrenales trabajaban a toda máquina, sentía las gotas de adrenalina cayendo bajo mi ropa, por el costado de mi cuerpo.

El guardia de seguridad me abrió la puerta y una ráfaga de aire llegó a mí como agua en el desierto. Estaba por encender un cigarrillo cuando mi cuerpo volvió a inmovilizarse ante la peor señal.

—Hola... —dijo la voz masculina a mis espaldas, el cigarrillo cayó de mis labios—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Diego Chebars estaba apoyado contra la pared, como si me estuviera esperando. Los latidos de mi corazón retumbaban detrás de mis oídos, sentía la cabeza apretada como por una prensa, iba a tener un ACV en cualquier momento.

—Hola...

—¿Qué haces?

—¿Qué voy a hacer en un banco? Trámites bancarios.

—¿Qué había en la caja de seguridad?

Debí haberme muerto en ese momento, es lo que habitualmente sucede cuando tu corazón se detiene, cuando deja de latir. El vacío en mi pecho se expandió contra las costillas, aplastando mis pulmones. Con el último gramo de oxígeno en mi cuerpo solté una sola palabra.

—¿Qué?

—¿Qué había en la caja de seguridad de Paula?

—¿Qué sabes tú de eso? —Torció el gesto como si cualquier explicación saliera sobrando.

—Un buen periodista lo debe saber todo...

—Pero tú no eres periodista. Eres abogado —En mis labios esas palabras debieron sonarle a insulto, porque se acercó amenazador, con un gesto que nunca antes había visto en su rostro.

—Vamos...

—Estás loco... —dije, y estaba a punto de darme la vuelta e irme a la mierda cuando sentí algo puntiagudo clavado en un costado. Bajé la vista y vi el cañón de un arma apuntando directamente a hígado.

—Vamos en tu auto. Tú conduces —Miré hacia atrás, al tipo de seguridad que estaba siendo testigo de una salidera o un secuestro, podía elegir entre cualquiera de los dos delitos. Diego miró también y lo saludó con una sonrisa, correspondida como si se conocieran de toda la vida. Estaba jodido hasta la médula. Sin mover el arma, sacó la mochila de mi hombro y me movió poco gentilmente hacia el estacionamiento.

Esperó en la puerta del acompañante a que yo destrabara la alarma; se sentó pero no pudo acomodar bien las piernas porque la caja con los diarios estaba ahí.

—¿Qué es esto? —Acomodó la mochila junto a la caja y sacó uno de los diarios. Leyó someramente y sonrió como si se hubiera sacado la lotería. Me hizo un gesto con la cabeza para que subiera y pensé por un momento en salir corriendo de ahí como una niñita asustada, pero ya estaba más allá del bien y del mal. Rodeé el automóvil y me puse frente al volante.

—¿A dónde vamos?

—A mi oficina...

—¿Pilar o Puerto Madero? —dije entre dientes, pensando que solo obedecía órdenes y debía reportarse con su dueño.

—Recoleta.

No hablamos en todo el viaje, él estuvo demasiado entretenido revisando el contenido de la mochila, sonriendo cada vez más y más, y luego espiando con una sola mano los diarios manuscritos, mientras con la otra sostenía el arma de fuego que me apuntaba. El piloto automático de mi cuerpo nos llevó a la dirección correcta, almacenada en alguna parte de mi médula, porque si me la hubieran preguntado nunca la hubiese recordado. Puso la caja en mis manos y él se encargó de la mochila. Atravesamos la calle y la vereda hasta el sobrio edificio; abrió la pesada puerta ornamentada y subimos por el viejo ascensor

de rejas metálicas de principios del siglo pasado, perfectamente conservado. Sentía que estaba cayendo en el agujero del conejo pero el país no era de las maravillas, sino el mismísimo infierno. Tan solo el comienzo de la pesadilla.

Dejé la caja en el escritorio y me senté en la misma silla que siempre ocupaba, como si fuera un viejo amigo que venía de visita. Diego rodeó el escritorio con la mochila colgada al hombro, dejó el arma a la vista entre los dos, mientras tomaba asiento y enviaba un mensaje. Me miró de reojo.

—No tengas miedo... no soy un hombre violento. Esto no tiene por qué terminar mal.

—No entiendo de lo que me estás hablando.

—Dame un segundo que le aviso a mi esposa que estamos aquí y te explico todo —Habló con tanta tranquilidad que me dieron ganas de reír para descomprimir el nudo que comprimía mis entrañas. Era como si hubiera perdido la razón. ¿O la había perdido yo? Estaba confundido. Aturdido. Quizás era la falta de sueño. Terminado el mensaje y recibida la respuesta, me dedicó toda su atención—. ¿Revisamos esto?

—No. No es tuyo. No tienes derecho.

—Nimiedades. Ya que estamos aquí, podemos compartir información como colegas...

—Ya te dije... tú no eres periodis.... —Exaltado por la rabia, golpeó con fuerza el escritorio, astillando el vidrio que cubría la superficie, y gritó:

—¡Cállate! ¡Vas a hacer lo que yo diga!

Inspiró un par de veces y se apaciguó, volviendo a su habitual pose, su careta. Abrió el cierre de la mochila y descargó sin cuidado el contenido, cayendo sobre el escritorio la caja de zapatos y su contenido, los sobres y los fajos de dinero. Acomodó todo y se dedicó a hacer un inventario en voz alta.

—Caso Ramón Arango. Cinta de seguridad de la propiedad de Barrio Parque. Declaraciones de testigos. Análisis preliminares. Registros de llamados... ¿Sabías cuál fue la carátula de la muerte? —Claro que lo sabía, estaba en su investigación.

—Accidente.

—Pero primero se caratuló como muerte dudosa. Hasta que el fiscal eliminó todo registro y...

—Lo sé. Yo estuve ahí.

—¿Tomás pagó para eliminar las pruebas de lo que realmente pasó, verdad? —No dije nada, pero no fue necesario—. Arango era multimillonario, pero también estaba muy endeudado. Drogas, juego, mafia. Lo que realmente salvó a la familia fue un seguro de vida que hubiera caído si la muerte no hubiera sido natural o por accidente, o si había sustancias ilegales involucradas.

—Entonces, ¿Tú dices que si encontramos al beneficiario de ese seguro, encontramos al asesino?

—Los beneficiarios fueron su familia. Por supuesto que no querían que se supiera nada, no solo para mantener su imagen indemne, sino también para cobrar el suculento paquete de dinero. ¿Sabías que Arango fue cremado? No se autoriza con una investigación judicial, o una carátula de muerte dudosa, o cuando hay seguros involucrados, por si la compañía pide una autopsia.

—¿Pidieron autopsia?

—Nop...

De lo que había en la caja, sacó una serie de fotos impresas en blanco y negro.

—¿Tú qué dices? ¿La conocemos? —dijo, agitando las imágenes delante mío.

Conocía la casa. Conocía la puerta. Conocía la entrada. Conocía la imagen. Una Thurman como Mia Wallace. El mareo debía significar que no estaba llegando oxígeno a mi cerebro. Diego puso su atención en la bolsa transparente, la camisa blanca, el pantalón de botamanga, la peluca negra. Me miró y sonrió, como si hubiera encontrado otra pieza del rompecabezas que yo le había regalado para navidad. Siguió con el siguiente sobre y sacó cosas similares, el cassette de video de seguridad con el logo dorado del hotel, los papeles con declaraciones, membretes y sellos de la Policía de Maldonado, más fotos impresas sobre papel común, en blanco y negro.

—Alejandro Donadasco, muerte por paro cardiorrespiratorio como consecuencia de caída de altura. Dicen las malas lenguas que tenía un cóctel de Viagra y alcohol en la sangre pero la mujer juró sobre los santos evangelios que no habían tenido sexo esa noche. También estuviste ahí, ¿Verdad?

—¿Y de eso a quién le vas a echar la culpa? ¿También tenía un seguro de vida?

—Todos lo tienen...

—Creo que estás yendo por el camino equivocado.

—¿Tú crees? —Dejando de lado el sobre con la documentación de Donadasco, abrió sin permiso el sobre blanco. Leyó primero para sí, sus ojos moviéndose sobre las líneas que se traslucían a través del papel. Después lo hizo en voz alta: — “En Buenos Aires, a los blablablá... Yo, María Paula Rodríguez Bordón, mayor de edad, titular de documento de identidad blablablá... me presento por propia voluntad ante el escribano A.D. Martinelli, matrícula blablablá... para certificar mi firma y la validez de este elemento como documento, donde me declaro única responsable intelectual y factual de los hechos acontecidos el día blablablá en el domicilio blablablá”... déjame verificar... Correcto, la casa de Barrio Parque de Ramón Arango. “Y el día blablablá en el Hotel Conrad de Punta del Este”... déjame verificar... Correcto, el lugar donde acaeció la muerte de Alejandro Donadasco.

No podía creer lo que estaba pasando, me sentía como en una realidad alternativa, una tangente trágica de mi 2017, donde hasta hacía una hora yo era un padre feliz intentando cerrar el pasado de mi vida para poder disfrutar mi presente luminoso.

—No puede ser... —balbuceé. Diego extendió el papel y reconocí la letra, la firma, y el sello certificado por escribano debía ser legal a todo efecto. Pero Paula no lo había hecho, ella estaba en Chile cuando murió Arango, yo la vi entrar al avión, yo atendí su llamado desde el exterior. Y cuando estuvimos en Punta del Este, yo la vi tragarse el somnífero y dormir, para que luego un médico verificara que estaba noqueada por un medicamento demasiado fuerte para ella. No podía ser. Me negaba a creerlo.

—Sabes... yo tampoco lo podía creer. Nunca relacioné a Paula con los asesinatos, no hasta que una persona vino a echar luz sobre mi oscuridad.

Tres suaves golpes en la puerta anunciaron un visitante; mi corazón festejó la interrupción.

—Adelante... —dijo Diego, y la puerta se abrió con una mujer desconocida— Vince, te presento a mi esposa, Marinés Russó Openheimer.

No sé si esperaba una venia de cortesía pero ni siquiera me moví cuando apareció. No la conocía, pero ella me sonreía como si ya nos hubieran

presentado. ¿Sería famosa? ¿Debía explicarle que no era local y no conocía la fauna vernácula? No, por más que revolvía en el catálogo de mujeres que guardaba en el disco duro de mi cabeza, nada saltaba en la búsqueda, sin embargo su nombre me hacía ruido.

—No sabes quién es, ¿Verdad?

—No.

—Marinés fue la persona que me puso en autos de quien era realmente Paula. Trabajaron juntas un tiempo.

—¿Cómo modelos? —dije, pecando de inocente, cuando recordé mi primera conversación con Paula en un café de París, una vida atrás.

Marinés me estaba endulzando. Durante el día, contándome todas las cosas copadas que los japoneses habían dicho de mí, como se divertían, lo genial que era... bla, bla, bla. Me convenció de que con mi personalidad, carisma y el cuerpazo que tenía, podía conseguir mucho más...

Los dos se rieron a mis expensas, ella se sentó en el regazo de Diego y jugueteó con él como un gato. Y en definitiva, es lo que era. Las lágrimas que se agolparon en mis ojos ardieron como ácido. Ella era la culpable, ella la había iniciado. Quería matarla, retroceder en el tiempo y matarla antes de nacer para evitar que hiciera daño con su ponzoña. La odiaba, visceralmente, me quemaban las manos por caerle a golpes. Si Eva había pecado en el paraíso por culpa de una víbora venenosa, acababa de encontrar a la enviada del demonio.

—Antes que digas cualquier cosa... —dijo, con voz chillona, haciéndose la niña buena, y quedando como una vieja ridícula— Y me culpes... Debes saber que Paulita siempre tuvo mucha predisposición al dinero fácil, haciendo lo que mejor sabía...

—No te atrevas a nombrarla... —dije, entre dientes.

—Que se haya muerto no la convierte en una santa.

—¡Cállate, perra!

—Te molesta que lo diga... Era una puta —dijo, resaltando la palabra porque veía como me exacerbaba— “puta”. Una puta cara pero puta al fin.

—¿Y qué queda para ti? Ni el doble apellido te salva de lo rastrera y barata que eres.

—¿Viste, mi amor? Está dolido... La verdad duele pero no ofende.

—Vete a la mierda, perra.

A la tipa se le fueron los ojos al escritorio cuando descubrió los fajos de dólares alineados frente a ellos.

—¿Ya te pagaron?

—Esto no es ni una muestra de lo que nos espera... —Marinés sonrió complacida y Diego más por complacerla. Un idiota importante—. Entonces, ahora que llegó mi reina, vamos a empezar a hacer negocios. Dime, Vince. ¿Cuánto crees que pagaría Tomás por mantener a salvo los secretos de Paula? ¿Cuánto, medido en dólares norteamericanos, costaría salvaguardar su buen nombre de un escándalo que lo vincularía directamente con redes de droga y prostitución, con asesinatos y tráfico de influencias para cubrir pecados propios y ajenos? ¿Qué valor tendría mantener limpia su imagen ahora que tiene aspiraciones políticas? Ni que hablar de resguardar la paz de su mujer con un embarazo comprometido, ¿Verdad?

—No te atreverías...

—Tengo la teoría conspirativa, gracias a ti. Y también gracias a ti tengo las pruebas. ¿Qué quieres, un porcentaje?

—¡No!

—¡Entonces, cállate! Aquí eres tan culpable como cualquiera. Fuiste quien sembró la semilla —Y eso fue peor que cualquier puñalada, porque era la verdad. Todo eso estaba sucediendo por mi culpa—. Empecé a investigar gracias a ti. Cuando Marinés me contó la historia de Paula, ya trabajando para Tomás, no podía creer lo que tenía en mis manos. Solo fue cuestión de poner todas las piezas en orden y esperar el momento. Cuando el empleado del banco me llamó para decirme que había movimiento en esa caja...

—¿Cómo sabías de la caja?

—Profundicé en la investigación y la encontré. No entró en la sucesión de Paula porque ella era co-titular. Solo tuve que esperar a que te entrara curiosidad. Ahora, para completar tu brillante participación en todo esto... Dame tu teléfono.

—No. Usa el tuyo.

Levantó el arma del escritorio y apuntó directamente a mi cara, no me cegó el miedo, sino el rostro de Marie, a la que, si no hacía las cosas bien, quizás nunca podría volver a ver. Saqué el teléfono del bolsillo interno de mi

chaqueta y lo arrojé sobre el escritorio. Diego apartó las cosas, buscó el contacto de Tomás y activó el manos libres para que todos escucháramos. Atendió al segundo llamado.

—*Vince. ¿Dónde estás?* —Ninguno de los tres habló— *Vince...*

—Está conmigo.

—*¿Quién habla?*

—*¿Ya no reconoces mi voz?*

—*Diego. ¿Qué pasó? ¿Dónde está Vince?*

—Está bien... por ahora. No te preocupes...

—*¿A qué estás jugando?*

—No estoy jugando. Voy a ser breve y voy a ser claro. Quiero plata.

—*¿Quieres un aumento?* —dijo, como si estuviera conteniendo la risa.

—No. Quiero una de tus tres cuentas en las Islas Cayman. Elige la que quieras. Quiero diez millones de dólares en mi cuenta, no necesitas el número, la utilizas seguido para tus transferencias fraudulentas.

—*¿Dónde está Vince?*

—Di, “Hola”, Vince.

—“Hola, Vince”... —dije como autómatas, con un nudo en la garganta—. Estoy bien. No pagues nada.

—Sí. Va a pagar... porque es lo que ha hecho toda su vida. Porque pagó para limpiar los asesinatos de Ramón Arango y Alejandro Donadasco, porque pagó para meter a Chavelo Gomezcu y controlar la FFA, porque pagó para que un puto como tú pudiera tener una hija... Va a pagar para mantener intacto el nombre de la más puta del condado.

—*¿Qué sabes? ¿Qué tienes?*

—*¿Qué tengo?* Tengo todo... las pruebas que limpiaste sobre los asesinatos, las fotos de Paula saliendo de la escena, el disfraz que usó cuando ejecutó a sus víctimas como una viuda negra, y una confesión con su puño y letra, con firma certificada por escribano. Y déjame ver que más encuentro por acá... —dijo, mientras revolvía la caja—. Parece que aquí tenemos los volúmenes inédito de “Memorias de una puta”, contando sus experiencias. Quién sabe... podrían servirle a un perito calígrafo para comprobar la veracidad de la confesión si no alcanza con lo del escribano... o podríamos encontrar más detalles, más información. ¡Dios! ¡Que festín se harían los

medios con esto! Puedo ver las portadas de las revistas...

—¿Por qué? ¿Por qué estás haciendo esto?

—No te voy a dar explicaciones. Llama a este teléfono cuando la transacción este lista. Solo entonces lo voy a dejar ir con todo lo que tengo...

—¿Y qué garantías...

—Ninguna. Es tu decisión. Esta vez, Tomás Veristartúa, vas a hacer lo que “yo” diga. Soy yo quien tiene la sartén por el mango. Llama cuando esté lista la transferencia. Estaré monitoreando las cuentas. Hazlo. Ahora.

Con una floritura de su dedo, presionó el botón rojo para finalizar la llamada, guardó mi teléfono en el bolsillo interno de su chaqueta y soltó una carcajada.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Lo meditó un momento, como si buscara una buena respuesta o analizara si yo era merecedor de conocer esa verdad.

—¿Por qué? Porque me cansé de ser el perro de Tomás. Me cansé de ser su mandadero, su cadete de lujo, el que le soluciona cualquier problema, desde un juicio por derechos o incumplimiento de contrato, hasta un mal pago en las expensas de la casa...

—Pero eres su amigo...

—No. Nunca lo fui. Siempre fui su empleado. Que tenga un buen trato, te pida las cosas por favor y te dé las gracias, no significa que su palabra no siga siendo una orden que debe cumplirse, rápido y bien.

—Diego... Eras su mano derecha... su hombre de confianza...

—Error... Crasso Error...

—Haber confiado en ti, ese fue su error. Haber creído que eras su amigo...

—El Vasco no tiene amigos. Tiene socios. Tiene aliados. Tiene empleados... pero no tiene amigos. Quizá tú... Sí... Podría ser... Pagó una pequeña fortuna para corregir todos los vicios del legajo de adopción de una pareja que no cumplía con los requisitos para hacerse de una niña que tienen bajo su custodia de manera ilegal. Puso una pequeña fortuna para cumplirte el capricho... hizo uso de sus influencias para programar una boda fuera de todo protocolo, sin el turno, sin los análisis médicos exigidos por la ley, sin el tiempo de domicilio legal... Tu matrimonio no sirve, tu adopción no sirve. Dime, ¿Cuánto pagarías para que yo mantenga cerrada la boca? —Sentí la

palidez de la muerte drenar mi sangre. No podía imaginar un escenario así—. Lo imaginé, otra rata de alcantarilla con aroma francés. Pero no te preocupes, para que veas que soy un tipo agradecido... por todos los servicios prestados, te voy a incluir en el precio pautado.

—¿Agradecido? No eres más que un pedazo de mierda envidiosa. Un fracasado que siempre quiso lo que Tomás tenía, lo que supo ganarse a fuerza de trabajo...

—No sabes nada de nada... y de verdad... tampoco tiene importancia. Déjame decirte que no va a entrar a la quiebra por pagarme a mí. Lo consideraré una jugosa indemnización por todo el trabajo que tuve que hacer...

—¿No cobrabas sueldo por ello? Si trabajabas gratis, disculpa mi honestidad pero el pelotudo fuiste tú... ¿O querías hacer otra cosa? ¿Por qué no le dijiste a Tomás que querías ser conductor de un programa de radio? ¿O redactor? Aunque el traje de “abomafioso” te sienta a la perfección.

—No era eso lo que quería...

—Seguro que no... Lo que querías era tener lo que él tenía... ni siquiera como él. Ser él. Lo que nunca pudiste ser.

Como cada vez que le pegaba en el orgullo, en la frustración, en el niño interno dañado, reaccionó y levantó el arma, apuntándome al medio de los ojos. Me sentía jugando a la ruleta rusa con el dedo de otro en el gatillo, otro lleno de odio, dispuesto a disparar sin importarle las consecuencias, demasiado cegado por su propia frustración, y yo lo estaba empujando a hacerlo, casi como si lo mereciera. La esposa se movió con cautela, hablándole al oído y bajando el brazo tenso que se sostenía hacia mí.

—Mi amor... no arruinemos el momento por un estúpido que no tiene idea de nada. Mereces cada centavo de esa cuenta. Tú has hecho el trabajo sucio de esa empresa, de ese tipo, y no has tenido el reconocimiento que mereces, entonces es bueno que sea en forma de dinero. Vamos a vivir como reyes, como queremos, donde queremos, en nuestra isla, en nuestro paraíso... — Diego la escuchaba como en trance, obnubilado, mirando sin ver, envuelto en su propia fantasía, endulzada por la lengua del demonio. ¿Qué tanto daño podía hacerle a un hombre bueno una mala mujer?

—Tienes razón... —dijo, descartándome con desdén.

Esos dos lo único que querían era dinero y a mí en ese momento lo único que me importaba era salir de ahí en una pieza y llevarme lejos toda esa información, ya fuera con el pago de Tomás o escapando de ahí. Si el costo era dinero, y tampoco significaba que se iba a quedar en la calle por eso, pues que pagara y listo. Si era parte de sus pecados, y tenía con qué pagarlo, adelante, tampoco me iba a poner a defender su plata negra, bastante tenía yo con mis propios pecados. Estaba paralizado por el terror que pudieran quitarme a Marie; ¿Qué haríamos sin ella? ¡Dios mío! ¿Qué haría Andrea?

En la triste espera, los segundos que se arrastraban arteros no movían las agujas del reloj. Estaba varado allí sin poder avisarle a mi familia que estaba bien, había desaparecido por la mañana y ni siquiera sabía qué hora era. Yo sabía que no debía volver a la Argentina, yo sabía que no debía abrir la maldita caja de seguridad, pasaron casi diez años y la voz del fondo de mi cerebro, la que muchas veces ignoro y siempre tiene razón me decía una y mil veces que no abriera esa caja. Maldita la hora que leí los diarios.

Marinés sacó un cuaderno al azar de entre los diarios de Paula, ojeándolo con aburrimiento, como quien mira una revista pasada de moda. Se incorporó y empezó a reír como una hiena. Los dos la miramos.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Sabías que la violaba el papá? Ese fue diputado, murió de un infarto jugando al tenis, ¿Te acuerdas? —La miré extraviado, sintiendo todo el odio acumulado por años explotando en mis venas, subiendo por mi garganta como oleadas de fuego, bilis amargo alimentado por odios que arrastraba de mi adolescencia, durante toda mi vida, hasta mi muerte.

—¿Te resulta gracioso? Por supuesto... eres de la misma calaña, corruptora de menores, proxeneta de adolescentes. Tal para cual.

—¡Oye! —dijo, con su voz de bruja chillona, finalmente tocada por alguno de los insultos que me animé a escupir. Se puso de pie y yo con ella, enfrentándola con los puños cerrados —No te voy a permitir...

—¡No me vas a permitir qué! ¿Decir la verdad? Peor que una puta, eres la que lucraba con ella. Peor que una adolescente desorientada, fuiste la que le mostró las lides de corromper su cuerpo por dinero... Eres la peor basura que he conocido en mi vida.

—¿Peor que el padre?

—Le estás disputando el primer puesto, créeme...

—¿Por eso te hiciste puto? Para estar a la par de ella.

Mi mano se movió sola, fuera de todo control, para estrellarse directamente en su rostro. Y así empezó una pelea digna de un ring de barro, cat fight. Nos agarramos del pelo y rebotamos por las paredes entre insultos, arañones, mordiscos y patadas, cualquier herramienta era buena para lastimar, y yo no estaba midiendo ni un poco el asunto del poder del hombre sobre la mujer ni la violencia de género, esa bicha era menos que un animal y éramos dos perras peleando a dentelladas. Descargué toda mi furia y mi rabia en ella, sin medir mi fuerza ni control, pero no era una pobre víctima y lo demostró. Logró sobreponerse a mi fuerza y empujarme contra un ventanal, que se hizo añicos con el golpe; caía aturdido y me hizo rodar sobre el suelo, sobre los vidrios rotos que se clavaron en mi espalda haciéndome gritar de dolor. Sus manos con uñas como garras, se hundieron en mi cuello, sus ojos inflamados de rabia, enfebrecida y empoderada por el odio, vencieron mi resistencia y cortaba el flujo de aire. Mi mente comenzó a nublarse y sentí el poderoso adormecimiento de la muerte, como una manta suave, una caricia tibia, hilos de seda llevándome donde nada podría dañarme, donde ella me esperaba. La vi. Juro que la vi. Pero no sonreía como si estuviera esperándome para recibirme. Negó con la cabeza y formó una sola palabra que me alentó a no rendirme en ese instante. Marie. Con el último trazo de fuerza estiré una mano, la cerré sobre lo primero que encontré, y arrojé un manotazo al aire para quitármela de encima.

El vidrio cortando el aire silbó en el vacío. Fue lento y fue rápido. Fue vital y fue mortal. Fue el final. Tosí y escupí, intentando recuperar un poco de aire, incorporándome para poder respirar. A mi lado el cuerpo de Marinés parecía una fuente danzante, sus manos intentando sostener la sangre que manaba de la profunda herida en su cuello.

¡Qué hice, Dios mío!

Mi primer instinto fue presionar sobre la herida para evitar la hemorragia, pero parecía ser peor, como si hubiera cercenado una arteria y el corazón bombeara con fuerza los chorros de sangre que ahora salpicaban mi rostro, mis manos, mi pecho. Sus ojos clavados en los míos se diluían en el miedo, hasta que los chorros fueron mermando, y la sangre caía por su propio peso

hasta que no fue más que un charco sobre la alfombra persa.

Me puse de pie y miré mis manos, manchadas de rojo brillante. Limpié mi rostro, sintiendo las gotas tibias mezclarse con mi sudor, el olor a óxido impregnando el ambiente, mi ropa, mi mente. Empecé a tener un ataque de pánico que encontró su cúspide en el momento que mis ojos se cruzaron con la mirada de Diego, que contemplaba la escena con incrédula ira.

—¡La mataste! —gritó, levantando con rabia el brazo derecho y apuntando directamente a mí, al centro de mi pecho bañado con la sangre de su mujer. Su cuerpo temblaba, el dolor escalando por encima del montón de mierda que tenía por dentro. Aferró el arma con ambas manos y martilló, listo para disparar. Levanté las manos como si quisiera pedir perdón, pero ya era tarde, todo estaba hecho.

La puerta detrás mía se abrió y Tomás apareció mirándonos a los dos. El arma cambio de objetivo, de mi corazón al suyo, y grité con todas mis fuerzas.

—¡No!

El disparo retumbó en las paredes como una bomba, ensordeciéndome como si se hubiera producido a mi lado, aturdiéndome como si el humo estuviera más cerca de mí. Así era. Tomás estaba de pie, con el brazo extendido apuntando hacia adelante, el arma que empuñaba humeaba y del otro lado del escritorio, el cuerpo de Diego caía pesado y seco, el disparo exactamente en medio de la cara. Muerto el perro, acabada la rabia.

Capítulo 59 — Hogar, dulce hogar.

Mi cuerpo se sacudía violentamente, preso de una convulsión. Tomás me sostenía de los hombros para contenerme, sus labios se movían pero no podía escuchar que decía, sus ojos desorbitados me miraban con terror. No. No me contenía, era él quien me sacudía.

—¡Vince! ¿Estás bien?

Toqué su rostro, su pecho. Temí que estuviera herido.

—Estás bien... —dije, cuando me soltó y se movió.

—Yo si... Tú... —Sus ojos recorrieron mi cuerpo, desde el rostro hasta el pecho; trate de seguir su mirada y descubrí lo que le preocupaba— Estás sangrando...

—Yo no... —Los dos miramos a un costado donde el primer cadáver terminaba de desangrarse. Trague sintiendo el peso de un asesinato en mis manos. Lo miré de nuevo— Yo no quise...

—Tenemos que salir de aquí.

Rápido, moviéndose con precisión y sin tocar nada, cosa que me recordé todo el tiempo, no tocar nada, rodeó el escritorio y miró lo que había allí arriba.

—¿Qué es esto?

—Las pruebas...

—Guarda todo en la caja. Todo.

Me moví con una fluidez y rapidez increíbles, aunque en mi cabeza todo fuera en cámara lenta. Con cuidado de no tocar otra cosa, metí el dinero, los sobres, la caja de zapatos, los diarios, mi mochila, todo a presión en la caja de cartón. Revisé dos veces sobre el escritorio antes de cerrar las solapas superiores y levanté la caja, apretándola contra mi pecho. Tomás miraba al piso, a sus pies. Luego levantó la vista y la clavó en mí. Sus ojos estaban vacíos de toda emoción.

—¿Tienes todo?

—Sí.

—Vamos... —Camino rápido hacia la salida y me arrastró con él, pero me

detuve.

—Mi teléfono...

—¿Dónde está?

—En la chaqueta de Diego... lo tenía en el bolsillo interno de... —Tomás me empujó a un costado y regresó tras el escritorio— ¿Cómo supiste donde estaba?

—Andrea me llamó, preocupado porque no te encontraba. Me contó algo de unos diarios y una caja de seguridad... —Sentí el peso de su mirada acusadora, como diciendo: “Ya hablaremos de eso”—. Movilicé a mi personal de seguridad...

—¿Cómo supiste...

—Yo sé todo, Vince... —Y con ello terminó el interrogatorio cuando me empujó fuera de la oficina. La salida del edificio fue un borrón, me llevó casi arrastrando hasta una camioneta negra, abrió una puerta y me empujó dentro de ella. Antes de subir al asiento del conductor lo escuché dar una orden.

—Arriba. Encárguense de eso...

Cuando subió y puso la llave en el encendido, recordé otro detalle.

—Mi auto.

—No te preocupes...

—¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes...

—¿A dónde vamos?

—A casa...

Aferré la caja de cartón como si fuera la última línea que me mantenía con vida. Estaba temblando, ni siquiera quería pensar que le diría a la Gallega cuando nos viera llegar así. ¿Y qué le diría a Andrea? Teníamos que ir a la policía, cuanto antes. Sentí de nuevo la escalada de pánico, temblando hasta perder la imagen frente a mí. Todo era un desastre, un maldito desastre. ¿Qué iba a hacer?

El automóvil redujo la velocidad y giró sobre la calle para entrar a un estacionamiento. ¿Ya habíamos llegado? Estaba demasiado oscuro para saber dónde estábamos pero eso definitivamente no era el country de Pilar.

—¿Dónde estamos?

No dijo nada, solo bajó de la camioneta. Cuando hice lo mismo, reconocí

el lugar. El departamento de Paula. El ruido detrás de mi trabó las puertas y caminamos hasta la escalera, él delante mío, escaneando cada rincón, sacando la llave para abrir la puerta y hacernos entrar a los dos al único lugar donde estaríamos a salvo. Seguí adelante hasta la mesa del comedor y deje ahí la caja. Me apoyé en la pared e inspiré lento y profundo, intentando aclarar mi mente y poder ordenar los acontecimientos para seguir qué era lo próximo que tenía que hacer. Miré alrededor. Todo estaba exactamente igual a la última vez que había estado ahí, pulcro, intacto, como si el tiempo no hubiera pasado, como si nada hubiera pasado. Como si hubiera leído mi mente, habló casi solo.

—Solcito no quería el departamento, así que se lo compré. Obviamente tampoco lo iba a vender, así que... simplemente lo mantuve —Se quitó la chaqueta y dejó el arma junto a la caja. Me abraza a mí mismo y susurró:

—No sabía que vas armado. No sabía que sabías disparar.

—Todos tenemos secretos... —dijo, mirándome con horrible intensidad.

Se quedó inmóvil frente a la caja, quizá decidiendo qué hacer. Levantó las solapas de cartón y fue sacando una a una todas las cosas que había ahí, excepto los diarios y el dinero. Puso todo en orden, porque él conocía la cronología como yo. Miró los objetos con indiferencia, uno por uno como si los conociera, incluso la bolsa con ropa; leyó la carta y la cerró como si no fuera más que otro papel. No podía procesar lo que veía, no entendía. ¿Qué esperaba de él? ¿Una escena trágica, cayendo de rodillas sobre el pasado? No sabía, pero todo se sentía tan fuera de lugar. ¿O no? Él siempre había sabido qué hacer.

—¿Cómo paso todo esto? —dijo.

—Florencia, la psicóloga de Paula, me llamó para entregarme los diarios que llevó durante su terapia —Tomás revisó la caja y sacó uno de los cuadernos. Apenas lo abrió y lo dejó donde estaba sin una muestra de emoción.

—¿Por qué te los dio a ti?

—Porque Paula se lo pidió.

—¿Después de tanto tiempo?

—No pudo ubicarme antes.

Cuando el silencio demandaba más relato, más respuestas, seguí.

—En uno de los diarios encontré la llave de una caja de seguridad.

—¿Qué caja de seguridad?

—Una que habíamos abierto en conjunto antes que muriera... —Me miró con ojos de obsidiana inertes.

—¿Por qué tenías una caja en conjunto con ella?

—Porque ella me lo pidió. Pero no sabía qué había en ella.

—¿La mantuviste todos estos años? ¿Cerrada? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé, Tomás... No sabía qué tenía y no quería más del pasado. No volví en todos estos años.

—¿Contenía esto? ¿Sabes lo que hubiera ocurrido si la abría cualquiera?

—Exactamente lo que sucedió...

Movió una silla y se derrumbó en ella, como si sus piernas ya no lo sostuvieran.

—¿Por qué Paula tenía la caja que te dio el Fiscal sobre el caso Arango? ¿Tú se la diste? —Negó con la cabeza antes de empezar a hablar.

—Tuvimos una pelea, el tema de siempre. Habíamos bebido, los dos, y las verdades salieron todas a la luz. Todas. Las mías y las de ella.

Me apoyé más contra la pared cuando la verdadera caja de Pandora se abrió y todos los males de la tierra salieron como demonios del pasado.

—Una vez que nuestra relación se hizo pública, Arango y Donadasco reforzaron su interés en Paula, y cuando yo supe la verdad, lo utilizaron como elemento de presión para sacarme del negocio del fútbol. Era una bomba de tiempo, cada uno capitalizando el factor miedo para su lado, con Paula en el medio; sabía que si no hacía algo sería la víctima colateral de una guerra que no era suya. Ella estaba dispuesta a sacrificarse por mí, por mi empresa, pero yo no estaba dispuesto a aceptarlo, y ellos lo sabían, por eso presionaban más y más sobre mi talón de Aquiles. Supongo que nunca imaginaron lo que podía desencadenar esa presión.

—Pero Paula no lo hizo... no pudo... —Tomás se levantó y fue hasta el aparador donde guardaban las bebidas. Sacó una botella de Jack Daniels y dos vasos. Sirvió dos medidas y bebió de un vaso antes de responder.

—No.

No lo iba a preguntar. No lo iba a hacer. No fue necesario.

—Contraté un sicario y los mandé a matar a los dos. Pero necesitaba que

supieran que era por ella, quería que supieran que su vida estaba terminando por meterse con lo único que he amado en la vida. La mujer que se encargó se disfrazó del fetiche que ellos tenían con ella.

—¿Es esa ropa?

—No. Esa ropa era de Paula. La noche que Arango me contó... me dijo de ese fetiche... me destrozó. Fue el único elemento que tuve para...

—No era ella quien aparece en las fotos, en las cintas de seguridad.

—No.

—¿Cuánto pagaste por eso?

—Cien mil dólares por cada uno. Hace diez años.

—Pero no fue la misma muerte...

—Debió haber sido así... pero el viejo se puso complicado, y mi señora Smith decidió tirarlo por la ventana.

Una parte de mí respiró con alivio, la misma que se estranguló al conocer la verdad de Tomás.

—¿Por qué Paula tenía todo esto?

—Lo encontró...

—¿Dónde? ¿Por qué lo guardaste?

—Como trofeo de guerra, por ego... qué sé yo... Jamás pensé que lo encontraría. Cuando no lo encontré, y tuve que preguntarle, me dijo que ella se había encargado de todo y que no tenía de que preocuparme. Supuse que lo había destruido.

—Quizá pensó que alguien de la mucha gente sobornada podría en algún momento utilizar eso en tu contra... y por eso preparó toda esta pantomima para que yo acudiera a tu rescate... —¿Y el dinero? Su razonamiento incluía financiación para salvarlo; hasta eso contempló.

—Es una locura... Inculparse ella... ¿Por qué?

—Por la misma razón por la que tú mandaste a matar a esos dos tipos.

Nos quedamos en silencio, procesando la respuesta. Me miré las manos, impregnadas de sangre seca, y me moví hasta la cocina. Tomás vino hacia mí.

—Necesito sacarme esto...

—Déjame ayudarte...

En el medio de tanto caos no sentía nada de las heridas que tenía en la espalda, de los vidrios que habían atravesado mi ropa y mi carne. Me quité la

camiseta llena de sangre y abrí el agua para lavarme. El rojo seco estaba impregnado en mi piel, el jabón poco ayudaba así que utilicé la camiseta como estropajo, raspando con fuerza para eliminar los rastros de mi peor pecado. Las manos de Tomás se mezclaron con las mías para ayudarme, utilizando también un repasador, que humedeció y fue subiendo por mis brazos, mi cuello, mi rostro. Me paré frente a él mientras limpiaba los rastros de sangre, cómplices los dos. Sus ojos encontraron el tatuaje en mi pecho. Contuve la respiración mientras sus manos dibujaron los trazos de tinta clavados sobre mi piel.

—Nunca me dijiste... —*Nunca te dije tantas cosas.*

—¿Qué? —Sus ojos se clavaron en los míos y el vértigo no tuvo que ver con la falta de aire, ni con la catarata de tragedias alrededor, sino con todos y cada uno de los sentimientos que danzaban en el breve espacio entre él y yo.

—Nunca me dijiste que te hiciste un tatuaje... este tatuaje...

—Todos tenemos secretos...

—¿Tanto la amabas? ¿Durante tanto tiempo? ¿En silencio?

—Nunca fue ella... —susurré, mis palabras más aire que voz— Siempre fuiste tú.

Miró mis ojos, miró mis labios, la colisión fue inevitable. Pero él me besó. Esto debía ser parte del sueño, porque las pesadillas también son sueños, ¿Verdad? Sus labios eran exactamente como los había imaginado, carnales, demandantes, intensos. Sus manos también. Antes que pudiera darme cuenta y pensar en lo que estaba haciendo, nos enredamos en un beso brutal y apasionado, uno que no tenía traducción ni explicación, que estaba reservado para el infierno, que ardería en sus llamas como este amor prohibidísimo. No sé cuánto tiempo pasó, supongo que nos separamos para respirar, por pura necesidad. Traté de seguirlo con los labios cerrados pero ya no estaba. Aturdido y desorientado, lo busqué en la sala de estar; rodeé la mesa y manoteé mi vaso con whisky, tragando el líquido para que fuera directamente a alimentar las llamas de Hades. Puse la mesa entre los dos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué? ¿Cómo iba a saber...?

Incapaz de mirarme, Tomás bajó los ojos y buscó su vaso; sirvió más whisky, lo bebió, y lentamente empezó a guardar todas las cosas dentro de la

caja mientras hablaba.

—Cuando murió MaP... perdí todo. Perdí el alma. No sabía cómo seguir. Despertaba por las mañanas convencido que había sido una pesadilla, que ella estaba aquí. Trabajaba como loco para llenar el vacío, pero nunca fue suficiente. Después de un tiempo empecé a probar otras cosas. Alcohol primero, drogas después... —Mi desconcierto debió ser tal que sus ojos esbozaron una disculpa—. Me hundía en el sopor pero siempre salía, y el día después era peor. Una cosa trajo la otra y en el medio del descontrol, el sexo fue moneda corriente. Mujeres, hombres, orgías, todo era indistinto. Lo probé todo... y todo era nada.

—Pero estabas con la Gallega...

—También...

—Y ella...

—Ella iba a mi rescate. Ella pensaba que podía salvarme, intentaba darle normalidad a mi vida, me retenía lejos del lado salvaje, pero yo recaía, una y otra vez. Mi cuerpo sobrevivía y seguía adelante, pero era una carcasa vacía, una careta, un maniquí. Hice terapia, pero no me servía porque no decía toda la verdad, y porque en realidad, no eran solo la pérdida y la ausencia lo que me consumía, sino la culpa, la convicción que su muerte había sido consecuencia de las cosas terribles que había hecho. Karma.

Háblame de Karma, háblame de Dios, háblame de cómo los caminos de la vida pueden reunirse en una encrucijada o ponerse tan paralelos que aun estando juntos jamás vas a encontrar ese punto de contacto donde hacerse realidad. Todo entre él y yo había sido un juego macabro del destino que venía a reunirnos, ¿Cuándo? ¿Dónde? En el peor momento.

—Estaba en lo más bajo... sabía que estaba tocando fondo... faltaba poco para que mis actos empezaran a destruir el imperio que había construido. Muy dentro mío sabía que una sola cosa que podía salvarme: Volver al origen, al principio, a lo que había soñado con Paula y que apenas acariciamos. Una familia. La Gallega estaba en uno de sus descansos de pastillas y en eso ella siempre ha sido cuidadosa como si manipulara nitroglicerina. La encerré en este departamento, nos emborrachamos mirando películas y comiendo de su cocina magistral y dije que no quería cuidarme. Se resistió un poco... un poco nada más. No salimos por dos días. Sobrios y conscientes... seguimos con

nuestro asunto sin decir una palabra... —No hubo necesidad de explicar mucho más, si la yegua era fértil como la pampa húmeda. La ironía. Busqué más whisky para navegar el dolor y él siguió hablando, quizá más para sí mismo—. Fue la única decisión que tomé en este matrimonio, después todo lo ha hecho ella. Y por todo eso la adoro, beso el suelo que camina. Ella es la gran artífice de esto que ves... es la amiga, la confidente, la consejera, la socia, la productora, la empresaria, la madre... la que decidió que tuviéramos a Paulita de los óvulos... de...

—¿Y yo? —dije, sin saber por qué, o qué quería de respuesta. Se puso de pie y volvió a pararse frente a mí.

—No sabía... —Me miró con tanto dolor en los ojos que me atravesó. Mis lágrimas lograron escapar y sus dedos se encargaron de limpiarlas, mientras sus manos me acercaban y sus labios me atrapaban en otro beso que no dejaba lugar a dudas sobre mis sentimientos. Tenía el corazón y el cerebro hecho trizas, mi vida era una zona de desastre, esto cabía en la definición de infierno personalizado. Contra sus labios, aferrado a su cuerpo, susurré:

—¿Qué vamos a hacer? —Hubo un desfile de rostros en mi mente, si los nombraba se harían reales y no podía pensar sobre lo que estaba haciendo.

—Podríamos intentar...

—¿Qué? —Encontré su mirada, encontré sus dudas y también su verdad. Me aparté— ¿Qué?

—Yo...

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a dejar a la Gallega? ¿Tu familia? ¿Tu carrera? —Y no estaba pensando en su trayectoria como periodista, productor y empresario de medios, sino en su naciente carrera política, esa que pese a la sociedad moderna, jamás soportaría el escarnio.

—No.

Cuando escuché el ruido de cristales rotos contra el piso, supe de qué estaba hecho mi corazón.

—No. ¿No? —¿Qué le estaba pidiendo? ¿Lo que no podía hacer yo?

Sus ojos, su expresión, dijeron más que mil palabras. No iba a abandonar a su familia, sus hijos pequeños, su esposa embarazada, la mujer que había estado con él siempre, que lo había rescatado del infierno; no iba a abandonar su empresa, su trayectoria, su imperio, con todo lo que le había costado, en

dinero y mucho más. No iba a abandonar sus aspiraciones políticas, la certeza de las encuestas, su brillante futuro.

—No puedo...

Me moví como pude y escapé de sus brazos, de sus manos. Fui a la cocina y levanté la camiseta húmeda de agua y sangre pero no la vestí. Levanté la chaqueta de Tomás, revisé sus bolsillos y encontré mi teléfono.

—Vince, espera...

—No.

—Por favor... escucha...

—¡No! —grité, cortando toda posibilidad de diálogo. Fui a la habitación y revolví buscando algo de ropa, encontré una de sus camisetas, en la que me ensarté como pude y regresé a la sala de estar.

—Yo puedo encontrar una salida... puedo arreglar...

—¿Qué? Esto no es otro de tus negocios, ni de tus arreglos... —le espeté, plantándome sobre ambos pies, como si fuéramos a caernos a golpes otra vez. Arrojé la camiseta manchada dentro de la caja llena— ¿Por qué me besaste?

Me miró sorprendido, como si recién saliera del infierno, y así me sentía, consumido por las llamas de la pasión y del dolor, que por definición, son exactamente lo mismo. Su falta de respuesta puso las palabras en mi boca.

—¿Qué pensaste? ¿Que yo podía llenar ese vacío?... Dijiste: “¿A ver si con él puedo sentir algo? ¿Algo de lo que tuve y perdí?” Yo no soy Paula, quizá te amé incluso más, pero no soy ella. Y no... no me voy a prestar a esto.

—¿Qué quieres decir?

—Te amo, te he amado en silencio y sin esperanza desde los dieciséis años. Me ha costado sangre y sudor asumir quién soy y poder pararme frente al mundo sin vergüenza por mis elecciones, por mis decisiones. He luchado contra mis demonios, y los del mundo, por ser yo mismo, por ser respetado y por respetarme. Te amo, Tomás... pero me amo muchísimo más a mí mismo, y no he nadado todos estos océanos de dolor para morir en la orilla y ser... ¿Qué? Tu amante. No. Te lo agradezco. Mi corazón y yo te lo agradecemos pero no... valgo mucho más que eso, y el amor que siento por ti, también.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy a casa. Mi familia me espera.

Abrí la puerta pero su voz me detuvo.

—¿Y esto?

Miré por sobre mi hombro. Retrocedí sobre mis pasos, tomé la botella de whisky y con los dientes arranqué el vertidor plástico, que escupí a un costado. Vacíé el líquido ámbar sobre la caja y todo su contenido. Revolví los bolsillos de mi pantalón y saqué el paquete de cigarrillos que tenía, que locura, no había fumado en todo el día; lo miré con una promesa concreta: era el último. Lo arrojé sobre la caja y utilice el encendedor. El alcohol hizo que el papel, el plástico y la cinta, todo se encendiera de inmediato, la llama alzándose casi hasta el techo. Tomás y yo nos miramos a través del fuego, indescifrables nuestros ojos y nuestros pensamientos, distorsionados como en una película macabra. Una película que había llegado su fin.

Salí del departamento y del edificio, caminando con un solo destino. Miré al cielo, pensando convencido en como todo podía cambiar en un momento y a la vez seguir exactamente igual. Tomás siempre amaría a Paula y yo siempre lo amaría a él, pero jamás lo tendría, como él jamás la recuperaría, y era terrible pensar que no había nada de lo que él tuviera que pudiera llenar ese vacío. Nada. Ni la fama, ni el dinero, ni el poder; ni la familia perfecta ni el futuro brillante. Tenía todo, y todo era nada, porque ella ya no estaba. Ella era todo lo que él necesitaba. ¿Y yo? ¿Qué necesitaba yo?

El teléfono móvil vibró en mi mano.

—*¡Vince! ¿Dónde estás?* —exclamó Andrea, con desesperación. Miré al cielo de nuevo y sonreí. Ya sabes.

—Camino a casa.

Epílogo — Amigos

París, Francia – Diciembre de...

Levanté la mirada al enorme ventanal que enfrentaba mi escritorio, los copos de nieve caían con la cadencia de un villancico, no había viento que se tradujera en tormenta y la noche que llegaba a su final todavía no se convertía en amanecer, un sol perezoso no se animaba a aparecer y el paisaje se iba escondiendo bajo una alfombra cada vez más blanca y espesa. Pasaron las horas, mientras el archivo al que acababa de ponerle la palabra FIN terminaba de imprimirse con parsimonia, y el proyecto que se había llevado casi un año de mi vida, terminaba por fin. Mi primer libro. Ahora debía esperar a que llegara la primavera para plantar un árbol y así cumplir con esas máximas que alguien invento vaya a saber Dios por qué.

Hacía mucho frío en mi estudio, en la casona que habíamos podido comprar en *Trocadero*, justo en el límite entre los *Arrondissement* Siete y Dieciséis. El lugar no era enorme como las otras residencias que se pueden ver al recorrer *Villa Said*, pero era más que suficiente para nosotros tres. Después de esperar los plazos estipulados para los controles de adopción, y luego de tantas idas y venidas, pudimos regresar a París. Del otro lado del océano habían quedado muchas cosas a las que también les estaba poniendo un punto final. Aburrido por la espera, decidí ponerme al día con las noticias en Internet: En primera plana en los diarios en línea del mundo, aparecían las fotografías del día anterior, de la asunción del nuevo presidente de los argentinos, Tomas Veristartúa, saliendo del Congreso de la Nación con los atributos de su cargo, acompañado por su esposa, y sus hijos, Nicolás Santiago, Paula del Pilar y Vicente Tomás. Por una vez, las encuestas no habían fallado. Yo había recibido la misma invitación formal que el resto de los mandatarios de todo el mundo, para presenciar el acontecimiento en primera fila, pero por un millón de razones no fui de la partida. El océano entre nosotros era más grande de un tiempo a esta parte, todavía despertaba en el medio de la noche con el peso de los pecados, los propios y los compartidos, arrebatándome la paz y el sueño. Me quedé mirando sin ver la fotografía, con la mente en cualquier parte.

La puerta se abrió lentamente y pequeños pasos se mezclaron con el

deslizar de la tinta sobre el papel, poniendo en imágenes lo que había escrito para reescribir la historia. Di una vuelta sobre el sillón giratorio y me preparé para atrapar al ratoncito que se había colado en mi guarida.

—¡Papá! —dijo, con un gritito, cuando la levanté del suelo, descalza y en pijamas, abrazando su oso, sorprendida por no dejarla sorprenderme.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

—Tenía frío...

—Ve a mi cama... yo ya voy... —dije, abrazándola para darle un poco de calor. De todas las habitaciones, esa era la más fría, porque mi musa así lo prefería.

—¿Qué es eso? —dijo, curiosa y despierta, señalando las hojas que salían de la impresora.

—Un libro.

—¿Un cuento?

—Sí...

—¿Me lo vas a leer? —Algo en mi pecho se anudó. Un libro encuentra su razón al ser leído, para eso lo había escrito. Para eso y para contar de nuevo mi historia, la que me cambió y me marcó para siempre. Cuando la última hoja quedó inmóvil sobre la pila ordenada, acomodé a Marie en mi regazo y cambié de lugar el producto terminado, de la bandeja de salida a la carpeta sin solapas. Mi hija se acomodó como siempre lo hacía cuando leía sus historias favoritas, dispuesta a escucharme. Por el rabillo del ojo vi el movimiento de Andrea detenerse en la puerta y aguardar sin interrumpir, esperando lo que seguía, que ya conocía, porque junto a mi Editora eran las dos únicas personas que lo habían leído, y fueron quienes me incentivaron a continuarlo y terminarlo. Inspiré tomando fuerzas y pasé la primera hoja, llena de letras ininteligibles a los ojos de la niña.

—“Había una vez, en un país muy muy lejano, reino de vacas y pingüinos, tres amigos que iban a la escuela juntos, tres amigos inseparables, compañeros de aventuras y malabares, de días buenos y regulares. Después de la escuela, después de la merienda, después de la tarea, jugaban toda la tarde, dos caballeros y su princesa, dos mosqueteros y su reina, dos piratas y su sirena. Iban juntos a todas partes y juntos crecieron, altos y fuertes como sus sueños, hasta tocar las estrellas. Pero esos tres amigos tenían un sueño secreto, uno

que no cuenta ningún cuento. Querían ser estrellas de rock. Y como cuando sueñas mucho y sueñas fuerte, tus deseos se convierten en realidad, después de mucho estudiar, tocar y ensayar, antes que la inocencia terminara, MaP, Tom y Lee lograron convertir su sueño en realidad. Hicieron una banda de Rock and Roll.”

Así empezaba la historia, la que yo quería contar, la que quería crear para nosotros, la que quería recordar. La historia que necesitaba.

FIN

Te invito a conocer mis otros trabajos
BARB CAPISCE

Miénteme. Libro 1 Saga Ángel Prohibido.

Saga terminada

Co escrita con la escritora venezolana Daphne Ars

Puedes adquirir los libros en los portales de Amazon

[Miénteme \(Libro 1\) en Amazon.com](#)

[Sálvame de Daphne Ars \(Libro 2\) en Amazon.com](#)

[Inspírame \(Libro 3\) en Amazon.com](#)

[Libérame \(Libro 4\) en Amazon.com](#)

[Rescátame de Daphne Ars \(Libro 5\) en Amazon.com](#)

[Perdóname \(Libro 6\) en Amazon.com](#)

[Compendio Ángel Prohibido](#)

para completar la lectura de la Saga.

Descarga gratuita (recomendada una vez que hayas leído todos los libros)

[Miénteme \(Libro 1\) en Amazon.es](#)

[Sálvame de Daphne Ars \(Libro 2\) en Amazon.es](#)

[Inspírame \(Libro 3\) en Amazon.es](#)

[Libérame \(Libro 4\) en Amazon.es](#)

[Rescátame de Daphne Ars \(Libro 5\) en Amazon.es](#)

[Perdóname \(Libro 6\) en Amazon.es](#)



Barb Capisce

Miénteme
Angel Prohibido

Prefacio Ten cuidado

De a poco sentí mi conciencia, emerger de los brazos del sueño.

No abras los ojos. No los abras... no todavía—repetí.

El sueño era demasiado bueno para que se diluyera en el olvido de la mañana. Sin embargo, el protagonista se alejaba, después de estar lo suficientemente cerca como para estrellar sus labios contra los míos. Al menos con este sistema de despertar consciente, podía estirar un poco más la sensación de la emoción, recordar hasta el calor de su respiración, el sabor de su aliento, el intenso brillo de sus ojos, deseándome como yo a él.

Estiré el letargo todo lo que pude, hasta que la realidad se tornó un aguijonazo de luz contra mis ojos. Prolongar el sueño no era la única razón por la que no quería despertar.

Si bien era viernes y era el día que mi esposo llevaba a los niños al colegio para liberarme un poco de la rutina, era un viernes especial.

Como cada año, este *día* llegaba inexorable, aunque me empeñara, desde hacía dos años, en soplar la misma cantidad de velitas: 35.

Aunque insistiera en asistir al gimnasio dos veces por semana, seguir una dieta rigurosa, beber dos litros de agua a diario, visitar a la esteticista una vez por mes, haber pasado por una dolorosísima operación para recuperar las formas y vestirme al dictado de las revistas que leía mi hijastra de 17 años, que, dicho fuera de paso, me odiaba con intensidad, la realidad era una sola: Ese día cumplía 37 años, ni uno menos. Y esa era la única realidad que se ocultaba detrás de un intenso sueño con un actor casi adolescente.

No podía quejarme. Hacerlo, sería blasfemar contra la vida misma. Después de haber caído en lo más profundo del infierno, un príncipe azul, sin espada ni corcel, me rescató para darme todo y más de lo que alguna vez hubiera podido soñar.

Después de una infancia triste y aislada en la indiferencia de mis padres, de una adolescencia frustrante signada por la necesidad de afecto que me había hecho caer más de una vez en brazos equivocados; después de años de excesos innumerales, ese príncipe me trató como una princesa, me convirtió en reina y me dio un castillo, carroza, tres maravillosos herederos dotados de innumerables cualidades, un reino donde era soberana y mi más mínimo capricho era una orden a realizar. Tenía todo, pero era mi cumpleaños.

Teniendo todo, ¿qué otra cosa podía pedir?

Me revolví sobre mí misma hacia el otro costado de la cama y me encontré con los brazos de mi marido. Él era mi príncipe azul devenido Rey a todo efecto, que aún después de más de 10 años de matrimonio, 3 hijos y la rutina, seguía haciéndome sentir una princesa encantada.

¿Qué más podía pedir?

Mi pensamiento se trasladó al imposible. Si vas a desear algo, que sea con estilo. Si lo tienes todo, ¿qué más podrías pedir?

Que mi sueño se hiciera realidad.

Que el sueño que había quedado inconcluso, ese beso que no llegó de los labios del artista joven más famoso de Inglaterra, y ahora de casi todo el planeta, el hombre que estaba materializando a mi último violento amor de ficción —un invasor extraterrestre dispuesto a quemar sus naves por una humana rebelde— se convirtiera en realidad. Sonreí suspirando ante el imposible y al exhalar, soplé una imaginaria vela de cumpleaños.
—*Y que así sea*—sentenció la princesa.

Capítulo 1

Un poco mayor

El coro de ángeles no se hizo esperar. Mis hijos, la razón de mi vida, la luz de mis ojos, el sol en mi sistema planetario, habían madrugado para entregar un desayuno que ni yo hubiera podido igualar. Omar me estrechó entre sus brazos y besó con suavidad.

—Feliz cumpleaños, Bella Durmiente —Sonreí sosteniéndome contra sus labios y abrí solo un ojo para que no todo fuera así de realidad, de golpe. Me incorporó y me apoyó contra su pecho mientras Orlando acomodaba la bandeja en la cama y Orson llegaba con dos tazas más de café. Owen traía los paquetes de regalos. Odiaba las sorpresas, pero amaba los regalos.

Acomodé mi pelo, restregué mis ojos intentando despabilarme y me estiré mientras todos me miraban. Uno a uno me abrazó y besó, para después sentarse en la cama y desayunar los cinco juntos.

—¿Cómo te sientes, mamá? —preguntó mi hijo del medio, Orson.

—Un año más vieja —respondió Orlando, el mayor. Mi reacción de enojo al entrecerrar los ojos hizo que rompieran en risas.

—No seas cruel. No se envejece todo un año en un solo día —dijo Owen, el menor, solo en edad, en mi defensa.

—Es verdad —asentí abrazándolo. Él solía ser el único que me defendía.

Su coeficiente intelectual superior, más que su convicción, le dictaban que siempre era mejor ser aliado del dueño del circo, o cuanto menos de la esposa.

—Además —completé—, la edad es algo que tiene que ver con cómo te sientes, como vives tu vida.

—Y en ese caso —acotó Owen, desbaratando toda defensa a su favor—, ella vendría siendo algo así como la pequeña Ophelia que nunca llegó.

Sostuve a mi más pequeño retoño de ambos brazos para mirarlo con furia divertida, mientras la cama se sacudía con las risas de los demás. Su IQ, varias veces superior a la media, podía funcionar a la altura de las circunstancias, incluyendo un repertorio de puro sarcasmo, pero sazonado con

la inocencia de sus seis años de edad.

—Diablos, pensé que eras mi amigo.

—No mamá, allí está tu error: soy tu hijo.

Bajé de la cama y fui al baño para cepillar mis dientes y peinarme. Mi pelo solía ser una maraña despiadada cuando amanecía y no lo soportaba.

Miré al espejo y el reflejo me devolvió la misma imagen de la noche anterior. Me acerqué a la imagen con ojo crítico buscando una arruga nueva, otra cana, pero no, seguía siendo la misma bruja despeinada, pero bien mantenida.

Suspiré y volví a la cama con mis hombres. Estar con ellos me hacía olvidar la realidad de ser una mujer madura que se aferraba a cualquier precio a la juventud, con éxito.

Y llegamos a mi parte favorita: los regalos. Desempaqué un lindísimo bolso para el gimnasio, un par nuevo de zapatillas y un conjunto de pantalón, camiseta y chaqueta haciendo juego en gris y negro. Decidí estrenar todo ese mismo día: podría ser mi cumpleaños pero mi rutina gimnástica no se interrumpía por nada.

Después de desayunar entre risas y bromas, quedé sola en la cama, mientras Omar —mi esposo— entraba a bañarse y mis hijos salían a prepararse para ir al colegio. Me hundí en las almohadas sosteniendo una segunda taza de café, perdida en mis pensamientos. Algunas gotas de agua me mojaron la cara y sacaron del trance.

—¿Soñando despierta? —preguntó mientras se dejaba caer en la cama, con su pelo negro coronado con algunas gotas todavía y solo una toalla en su cintura.

—No. No me diste tiempo.

Mi hombre era un Adonis de piel tostada, ojos y pelo negro fruto de su herencia latina, y un envidiable físico que mantenía con una rutina deportiva variada. Y las ventajas de la genética, sin duda.

Se inclinó para besarme y quedé a la espera de más, por lo menos como regalo de cumpleaños, pero se apuró al vestidor a terminar de cambiarse.

Me puse de pie y lo seguí, apoyándome en la puerta mientras elegía en su guardarropa.

—Puedo llevarlos yo hoy —dije apreciando su apuro.

—Bajo ningún concepto —Metió la cabeza en el cuello de su camiseta blanca.
—Es tu cumpleaños y mereces un descanso.

Puse los ojos en blanco pensando en qué quería de regalo de cumpleaños en realidad, haciendo una cuenta mental de la última vez que habíamos estado juntos, él y yo, a solas, mi sangre todavía alborotada por el sueño inconcluso con el ídolo adolescente.

Me acerqué y lo abracé de espaldas cuando se enderezó al calzarse el pantalón de vestir. Sostuvo mis manos entrelazadas a la altura de su ombligo y nuestros ojos se cruzaron en el espejo.

—Lo bueno de los cumpleaños: los festejos íntimos —dije sonriendo perversa y lo sentí contener la risa, mientras mis manos se escurrían bajo su camiseta.

—¿Lo malo? — Acotó divertido y él mismo se contestó—: que tengamos una invasión familiar que lo demore.

Apoyé la frente en su espalda y resoplé fastidiada, recordando que su hermana Olivia había venido de Francia con su hijo, y que aprovecharían su corta estancia en Londres para disfrutar mi cumpleaños en familia. Por supuesto vendría también mi adorada suegra y como sería muy tarde para volver a Dover, se quedarían todos a dormir.

¡Ah! Y ningún festejo sería completo si mi hijastra no estuviera presente.

Octavia, de 17 años, completaba mi cuento de hadas, convirtiéndome en la perversa madrastra. Por suerte, al crecer, sus visitas se habían hecho más espaciadas y aprovechaba tener los encuentros con su padre en algún centro comercial para llevarlo de compras.

Omar percibió mi cambio de humor y sostuvo mis muñecas haciéndome girar para mirarlo.

—Todavía tenemos la noche.

—Con la casa llena de gente —Sonrió y se inclinó para besarme cuando una voz lejana nos hizo volver a la realidad.

—¡Estamos llegando tarde!

Su beso se diluyó en tres, en mi frente, nariz y labios, y me llevó de la mano de nuevo hasta la cama, mientras con la otra manoteaba la chaqueta.

La historia de mi vida: mi frustrante repaso mental aún no había podido

encontrar la última vez que habíamos hecho el amor como Dios manda y no a escondidas y a los apurones.

—Por lo menos ya no entran corriendo —dije entre dientes. Me dejé caer en la cama, cerrando los ojos, inspirando profundo, resignada.

Eres mi paraíso
Libro único

Eric Artinian, argentino, ejecutivo junior de una importante multinacional, atado a sus ambiciones. Vera Di Lorenzo, venezolana, fotógrafa independiente, un espíritu libre y honesto.

A días de comenzar un nuevo año, un encuentro inesperado en el aire enlaza sus vidas.

¿Un destino en común? El amor parece ser la última escala.

Todo está escrito para SER cuando las estrellas confabulan y el universo conspira, pero a veces nada de eso es suficiente cuando se trata de torcer designios de dinero y poder.

En una lucha desigual, ¿Sobrevivirá el paraíso, y su amor, a la avaricia, la ambición y la venganza?

Puedes adquirirla en los portales

[En Amazon.com](https://www.amazon.com)

Y

[En Amazon.es](https://www.amazon.es)

Eres mi paraíso

Barb Capisee



Capítulo 1
28 de diciembre

Lufthansa anuncia la salida de su vuelo 534 con destino a Caracas, Venezuela. Pasajeros abordar por la puerta C con documentación y pasajes en la mano. Muchas gracias.

Eric Artinian miró la enorme pantalla del Aeropuerto Internacional de Frankfurt y se mezcló con la marea de gente en el pasillo central en busca de la puerta C. El de Alemania, era uno de los aeropuertos más importantes y concurridos del mundo, pero también uno de los más eficientes. Y él, que había visitado casi todos, podía dar fe de ello. Ya había hecho el *check in* y despachado el único bolso que llevaba, así que sólo le restaba acceder y abordar.

En su camino a la puerta C podía distinguir aquellos que se dirigían a su mismo vuelo, ninguno trajeado, en su mayoría alemanes retirados, siguiendo la ruta del Sol sobre el Mar Caribe, escapando de la ola de frío polar que asolaba Europa.

Chocó contra alguien y pidió disculpas en inglés. Levantó la vista y se ubicó en la fila de acceso a la puerta C. Delante de él, una chica leía concentradísima. Avanzaba coordinada con el resto, pero sin levantar los ojos del libro. Desde donde estaba, su perfume lo envolvió, cítrico y dulzón, anticipando su destino: un paraíso de arenas blancas y agua cálida. No hubiera sido su primera opción para vacacionar, *pero bueno, es lo que hay*, pensó encogiéndose mentalmente de hombros. En su pantalón, uno de sus teléfonos vibró. Sacó el aparato, miró la procedencia y exhaló antes de atender.

—Hola, mamá —respondió en español y la chica delante suyo levantó la cabeza.

—*Eric, hijo. ¿Dónde estás?*

—En el aeropuerto.

—*¿Pero no vas a venir para año nuevo?*

—No, mamá.

—*Pero...*

—Mamá, ya hablamos de esto. No es la muerte de nadie que no esté en casa

una fiesta —. La mujer enmudeció y él se restregó la cara. —Lo siento. No quise contestarte así.

—*Está bien, hijo. Es que vendrán tus hermanos, y...*

—Mamá, no estoy de joda, estoy trabajando. Te pido por favor, que entiendas. Tengo que embarcar. Te llamo mañana.

—*Está bien. Que Dios te proteja en el viaje.*

—Gracias, mamá.

—*Te quiero.*

—Y yo.

Cortó la comunicación y la chica de adelante enderezó la cabeza y volvió a inclinarla sobre el libro. ¿Lo había estado escuchando? Estuvo tentado de recriminarle que escuchar las conversaciones ajenas era de mala educación, cuando el teléfono de la oficina volvió a vibrar. Atendió en inglés.

—Elizabeth.

—*Señor Artinian, quería avisarle que ya confirmé su reservación en el hotel en Caracas y su vuelo a Los Roques a la mañana siguiente.*

—Perfecto.

—*Estoy esperando la confirmación de las posadas del lugar para su hospedaje, pero todas informaron que tenían su capacidad completa* —. La formalidad y el temblor en la voz de ella le dieron la pauta del miedo que tenía. Hacía dos meses que estaba en la oficina y era la quinta que despedía, porque la iba a despedir si no conseguía una maldita habitación en una maldita posada en esa maldita isla.

—¿Y cuál es tu sugerencia, entonces: que pase mi estadía en una carpa? — Silencio. La chica debía estar guardando sus cosas en una caja.

—*Seguiré intentando, señor* —. Cortó la comunicación y se apretó el puente de la nariz.

Otra vez, la chica de adelante enderezó la cabeza y avanzó dos pasos con la espalda tensa. Sí, lo estaba escuchando y su tono autoritario, endurecido por el inglés, habría terminado de asustarla.

Ella llegó al puesto de recepción y un empleado de la aerolínea la recibió con una sonrisa. En perspectiva tuvo más chance de estudiarla: menuda, con una chaqueta de jean, pantalón ancho y zapatillas. Tenía una mochila y de su hombro colgaba un bolso de fotógrafo con la marca *Nikon*, bastante gastado.

Mientras la atendían, dejó todo en el piso, y al inclinarse, la cinturilla rota de su pantalón, que pendía peligrosamente de su cadera, bajó para revelar parte de la piel de la espalda y el borde de encaje rojo de su ropa interior. Todo se ocultó detrás de una cortina lacia y pesada de cabello oscuro. Al ponerse de pie, a espaldas del empleado, distinguió su rostro a la perfección en el reflejo del metal pulido.

¿Qué plus tendría que pagarle al tipo de la aerolínea para que lo acomodara junto a ella? Cuando la muchacha se alejó, y lo miró por sobre el hombro, decidió arriesgarse.



Vera Di Lorenzo acomodó su mochila por tercera vez en el compartimiento sobre su asiento, haciendo un esfuerzo en puntas de pie para ajustarla hasta el fondo. Un auxiliar de abordaje la ayudó con eficacia y le agradeció en inglés. Miró un par de veces entre los pasajeros que ingresaban pero no avistó al muchacho que estaba en la fila de embarque tras de ella. Una pena.

Se metió en el asiento que le tocaba, 32K, lado derecho del fuselaje, ventanilla, y se puso a jugar con la pantalla en el asiento de adelante. Mientras recorría el listado de películas, sintió una presencia al costado que llamó su atención. Todos sus sentidos se activaron y se quedó mirando al hombre con la boca abierta.

Mientras él chequeaba dos veces el número del asiento con el que figuraba en su pasaje, se desprendía de la chaqueta de cuero y develaba una camiseta de mangas largas blanca y celeste con la inscripción en blanco de *GREENPEACE*, que hacía juego con sus ojos. Vera hizo un esfuerzo para no saltar de alegría y disimular su sonrisa, aunque con su suerte, de seguro el avión se iría en picada, era el fin de sus días, pero como había sido bastante buena en su vida, Dios le había concedido la gracia de pasar sus últimos momentos con la reencarnación de James Dean.

Su voz, que acompañaba con justicia su presencia devastadora, reverberó en su pecho, como en la sala de embarque. Su acento no se distinguía tanto cuando hablaba en un inglés yanqui muy cerrado.

—¿Este asiento está ocupado? — Ella negó. Él hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, abrió el portaequipaje con rapidez, guardó su bolso de mano después de sacar un *iPad* blanco. Al cerrar la portezuela, volvió a mirar el asiento e hizo una mueca de disgusto que deformó sus labios, pero aun así no afeó ni un poco su rostro ideal. Vera quiso desaparecer, quizás no se sentía tan afortunado como ella.

Mientras él se sentaba, se concentró en abrochar el cinturón, levantar la cortinita plástica de su ventanilla y recuperar su libro. Trató de retomar el pasaje donde había dejado la lectura, antes de ocuparse de escuchar sus dos conversaciones telefónicas. Su acento lo acusaba argentino y bien podía serlo: decían que los argentinos eran los hombres más lindos del mundo. Ella había tenido dos compañeros argentinos en la Universidad y parecían caídos del cielo. Pero lo que tenían de lindos lo tenían de creídos.

Con la vista hacia abajo, miró las manos que jugueteaban con la pantalla del *iPad*. No tenía anillo. ¿Sería alguna garantía de que fuera soltero? Se rio para sus adentros. Miraba sus mails. Quiso aguzar la vista para ver algo, pero sin zoom, era imposible. Él se estiró todo lo que pudo en el espacio reducido entre los asientos y volvió a resoplar fastidiado. Lo miró de reojo y se distrajo de nuevo con el *iPad*, admirando el aparato. Quería comprarse uno pero siempre lo postergaba. Él la miró y enarcó una ceja con expresión de niño presumido que iba a alardear de su juguete con el vecino pobre, en ese mismo instante. *Argentino*. Esbozó una media sonrisa y deslizó sus dedos largos a través de la pantalla táctil de alta definición, que mostraba aplicaciones diversas, juegos, videos, fotografías y documentos como si fuera un video instructivo de promoción de *Apple*. Por último, desplegó un índice de imágenes, con las portadas de cientos de libros, que iban apareciendo y desplazándose hacia un costado, develando más ejemplares de su biblioteca virtual. Ella alzó las cejas en gesto de admiración, hasta que la auxiliar se acercó, y en un muy cordial inglés, murmuró:

—Señor, el Capitán acaba de solicitar que se apaguen los artefactos electrónicos hasta alcanzar altura crucero, ya que pueden afectar el despegue de la nave. —Vera se acomodó en su asiento sin mirar a su compañero, con una sonrisa resignada, y volvió a abrir el libro, donde su marca páginas había quedado. Él refunfuñó un poco mientras apagaba el dispositivo.

Cuando el avión se encaminaba a la pista, dejó el libro en su regazo y miró a través de la ventanilla las luces que rompían la oscuridad. Llegaría a Los Roques para pasar año nuevo con su padre.

Sólo por instinto, al sentir acelerar las turbinas, apoyó la espalda completa en el respaldo del asiento y se aferró a los apoyabrazos. Cuando la mano de su vecino tocó la suya, lo miró, sorprendida pero sin exagerar, por temor a que rompiera el contacto. Le palmeó dos veces el dorso de la mano, con confianza. Sonrió reforzando lo que el gesto le quiso transmitir. Sus ojos celestes intensos eran una réplica de su destino. Recordó el mar de su isla. Siempre había buscado con que comparar el cielo, el mar y la arena de ese enclave del Edén, embajada del cielo, Resort de Dios. Lo había encontrado. Los ojos de ese muchacho eran del mismo color, exacto, que el mar de Los Roques.

—¿Tienes miedo? — preguntó en inglés. ¿Qué le podía decir? Sí y quedar como una tonta de 27 años. No y cortar la magia.

—Un poco — le respondió, encogiéndose de hombros, hundiéndose un poco entre ellos y arrugando la nariz. Él se rio y apretó su mano bajo la suya.

Se le aceleró el corazón y el estómago se le disolvió en un espiral caliente que bajó desde su ombligo. Inspiró y miró la mano que sostenía la suya, esos dedos suaves, largos, delicados, como pocas veces había visto. Su piel blanca contrastaba con la suya, un poco más oscura, y sus manos parecían una caricatura junto a las de él. *Manos de no hacer nada*, hubiera dicho su padre, mecánico de profesión, fotógrafo de alma. En el medio de ese mar de sensaciones, el vuelo despegó.



En cuanto el avión se enderezó y los avisos de mantener los cinturones abrochados se apagaron, la muchacha asustada sacó la mano del apoyabrazos. Todo el tiempo que duró el ascenso, ella se mantuvo con la espalda rígida contra el asiento, como si la fuerza de gravedad la obligara, y varias veces inspiró profundo. Su gesto fue caballeroso, pero tenía que reconocer que si su vecina hubiera sido *diferente*, no se hubiera preocupado. De seguro se habría clavado los audífonos en los oídos, sacado su anteojeras y aprovecharía el tiempo durmiendo. Pero por alguna razón que desconocía, asociada indisolublemente con su naturaleza *pirata*, no pudo evitar el contacto. Cuando

ella lo rompió, agradeciendo con un susurro en inglés, él buscó de nuevo su *iPad* al costado de su asiento, despegó la cobertura plástica y lo encendió. Ella volvió a mirar la tableta y él no pudo resistir la tentación de entablar conversación. Lo orientó hacia ella con una mano.

—¿Quieres probarlo?

—No, gracias. De seguro lo romperé y tendré que pagar una fortuna que no tengo para reponerlo

—¿Segura? —lo movió delante suyo, como para tentarla. La pantalla del aparato parpadeó y el aviso de batería baja se encendió. ¿Cómo era posible, si lo había cargado toda la noche? Sin darse cuenta, maldijo en español: —Batería de mierda.

—¿Perdón? — la palabra, en su mismo idioma, lo hizo girar la cabeza rápido, haciéndole crujir el tendón del cuello.

—¿Hablás español?

—Sí — él soltó aire aliviado y de inmediato extendió su mano derecha hacia ella, presentándose.

—¡Qué bueno! Soy Eric Artinian.

—Vera Di Lorenzo.

El apretón de manos duró un poco más de lo políticamente correcto, no es que se fuera a quejar. Su mano en la de él, encajaba a la perfección.

—¿A dónde vas?

—A Caracas — respondió ella subiendo una pierna al asiento y apoyando la espalda en el panel con ventanilla, acomodándose y tomando distancia. Eso lo desilusionó. No era que esperase que se sentara en sus piernas, pero...

—¿Vivís ahí?

—Ya no. Voy a pasar año nuevo a Los Roques. ¿Conoces? — él sonrió de costado.

No pudo evitar pasear la mirada por su cuerpo, en especial en la curva de su pecho. Se humedeció los labios y volvió rápido a su rostro. Tenía una belleza clásica, de esas que ya no se veían. No llevaba maquillaje y ver algunas imperfecciones en su piel, incluso algunas marcas alrededor de los ojos, le hicieron acordar a su hermana menor, que ya quería pasar por el quirófano porque tenía “líneas de expresión”. Para algunas mujeres, llegar a los treinta era pavoroso. Por suerte él era hombre, y hacía tres años ya había pasado ese escalón. ¿Cuántos años tendría? No le iba a quedar otra que esperar que ella

se lo dijera.

—Yo también voy a Los Roques.

—¿De verdad? — ella se iluminó. —¿Dónde te vas a quedar?

—Todavía no lo sé, mi secretaria está buscando lugar, pero parece imposible.

—Sí, es una época complicada, mucha gente va a pasar fin de año a la isla.

—Como vos...

—¿Argentino?

—Sí.

—¿Porteño?

—Sí. ¿Conocés?

—Fui una vez para una producción. Hermosa ciudad. Hermoso país.

—¿Qué hacés?

—Soy fotógrafa. En esa época era asistente de un fotógrafo reconocido y viajábamos mucho. Ahora estoy tratando de trabajar por mi cuenta.

—Terreno complicado, ¿no?

—Un poco. ¿Y tú?

—Trabajo en una súper multinacional con dos asistentes y tres secretarias y no tengo ni un poco de ganas de hablar de trabajo esta noche ni en los próximos tres días. — Ella entrecerró los ojos, sin ánimo de creerle. —¿No me crees?

—Sí, seguro. ¿Por qué no?

—¿Qué podría ser, sino? —Ella desvió los ojos, de los suyos a su pecho, devolviéndole el favor. Eric se miró la remera y dejó escapar una carcajada.

—¿Activista de Greenpeace? —dijo ella con aire inocente, encogiéndose sobre los hombros.

—Ni ahí. Esta remera se la robé a mi hermana hace años. Siempre que viajo la uso, de cábala.

—Los argentinos son muy supersticiosos, dice mi papá.

—*Cabuleros* es la palabra. ¿Conoce a muchos argentinos tu papá?

—Bastantes, supongo. De todos tiene una característica y una opinión.

—No la mejor para nosotros.

—No te enojés. —Él levantó el apoyabrazos que los separaba y se acercó.

—No podría enojarme con vos.

La auxiliar apareció de nuevo, rompiendo el momento, empujando con dificultad pero con gracia, un carrito cargado de bebidas.

—¿Puedo ofrecerles algo para beber? — Vino tinto pidió Eric y Vera, jugo de naranja con hielo. Él se hizo de las bebidas y después de agradecer, quiso

volver a concentrarse en su juego de preguntas. La auxiliar se inclinó para llamar su atención. —En un rato serviremos la cena. Puedo ofrecerles pollo, carne o pastas.

—¿Me permites? — dijo Vera haciendo un ademán para salir. Él se puso de pie y cuando ella se alejaba, extendió la mano y la detuvo.

—¿Qué querés comer? — masajeó con el pulgar su muñeca y buscó sentir su pulso. Ella entreabrió los labios pero no dijo una palabra, su mirada con un anhelo colgando de sus ojos, o eso quiso pensar. Movi6 apenas la mano para deshacerse de su agarre, pero acarici6 su palma con cada dedo, mientras se soltaba. La pregunta seguía siendo sobre la cena, pero cambi6 por completo de sentido en el camino de aire condensado sobre el que se desliz6 la palabra.

—Carne... — de sus ojos pas6 sin pudor a sus labios, y era una suerte que estuvieran en un avi6n superpoblado, sino... — Carne est6 bien para m6.

Se alej6 despacio, tranquila, sin ning6n contoneo espectacular ni despliegue seductor. Dio tres pasos, levant6 una mano, solt6 el broche y su cabello se desperdig6 pesado sobre su espalda. Ese solo movimiento envi6 toda la sangre de su cuerpo, en un empuj6n, a su entrepierna. Se qued6 ah6, parado, mir6ndola, hasta que la auxiliar vino a su rescate.

—Señor...

—Si... si, perd6n. Carne para dos, por favor.

Aturdido, mir6 de nuevo donde Vera estaba parada, esperando su turno para el baño. Se derrumb6 en el asiento y mir6 la oscuridad del otro lado de la ventanilla. En los ocho años que hac6a que, por trabajo o por placer, viajaba por todo el mundo, en todas las l6neas a6reas de primer nivel, hab6a tenido sexo casual dos o tres veces abordo, en un baño o en primera clase, incluso hab6a conocido auxiliares y empleadas, tenido sexo ocasional en alg6n hotel entre escala y escala, invitaci6n a cenar a departamentos compartidos. Cuando la posibilidad se levantaba, 6l la aprovechaba, pero hab6a algo fundamental e insoslayable: siempre era una cosa ocasional, del momento, r6pido y furioso, sin posibilidad de continuidad.

Sin embargo, y a pesar de la opini6n del amigo agrandado dentro de su pantal6n, era una muy mala idea inclinarse por ese tipo de fantas6a esa noche: 6l no pod6a evadir su destino en el Caribe, y ella tampoco, as6 que por su propio bien, y el de su breve estad6a en Los Roques, har6a un esfuerzo en

posponer lo que fuera que estaba surgiendo, algunas horas más. Con ese propósito, se bebió sin respirar el contenido de vino en su vaso plástico.



“Me quiero morir” fue la única frase que rebotaba en la cabeza de Vera con la velocidad y la fuerza de una pelota de racquetball. Tenía los ojos fijos en la puerta del baño, esperando su turno. No quería pensar en cómo podía volver a mirarlo a los ojos después del espectáculo en el pasillo, quedando en blanco a la sola pregunta de qué quería comer, como si le hubiera propuesto matrimonio. Si pedía que la cambiaran de asiento, ¿lo harían? *Sí, claro, como si fueras a pedirlo*, dijo una vocecita en su interior.

En cuanto pudo entrar al baño, se miró al espejo con ansiedad, queriendo ver su imagen a los ojos del otro. Se enjuagó la boca y acomodó el cabello, trató de componerse, haciendo caras a su reflejo, distintas poses ensayadas para lo que seguía de conversación. El asunto era que, no era la primera vez que ligaba en un avión, pero en su vida había conocido un espécimen como Eric. Ese nombre. Y esos ojos. Debía estar soñando. Y encima iba a su isla, a pasar año nuevo. Si no había conseguido posada al llegar a Maiquetía, lo convencería para que se quedara con ella. El lugar de su padre no era VIP pero estaba frente a la playa, y eso valía. Se emocionó de nuevo, pensando en las posibilidades. Y se olvidó de las implicancias.

Como nunca, quiso que el viaje sobre el Atlántico terminara ya, para estar en tierra firme, y volver a volar y después... Suspiró y salió del baño.

Al llegar a su asiento, él estaba ahí, moviendo el vaso en su mano, colmado de su segunda vuelta de vino tinto, mientras en su mesita, el jugo esperaba. Puso la mano en su hombro y él movió la cabeza hacia atrás, con una sonrisa que entibio sus ojos. Se levantó y extendió la mano con gentileza, cediéndole el paso.

—Entonces... ¿dónde estábamos cuando nos interrumpieron? — preguntó antes de que terminara de acomodarse. Sonrió y repasó en su mente la conversación, sin éxito.

—No tengo idea. — Bebió sin dejar de mirarlo. Sus manos sostenían el vaso como si fuera de cristal y bebió a la par de ella.

El silencio no ayudaba a encontrar otro tema de conversación, incapaz de librarse del hechizo de sus ojos, y él debía ser muy consciente del efecto que producía en las mujeres, porque sostenía la mirada con una firmeza que pasmaba. Tampoco tuvo importancia hacerlo, porque llegó un primer carrito para reponer las bebidas. Eric apuró el vino sin desperdiciar una gota, para lograr una reposición. Hasta su garganta era sexy, moviéndose con cada trago. Enseguida llegaría la comida, por lo que ambos se enderezaron y prepararon las mesitas.

—Carne para dos — dijo la auxiliar. Él recibió la bandeja sin mirar, Vera si la miró. La mujer tenía la misma cara de embobada que ella. *El efecto del huracán Eric en el género femenino*, pensó. *Yo lo vi primero*, tuvo ganas de gritar, pero no le dio tiempo, cuando destrabó el freno del carrito y siguió repartiendo la cena. Se rio entre dientes y él la miró.

—¿Qué pasó? — Ella negó en silencio y él miró hacia atrás, desconcertado.

—La auxiliar te deja el teléfono en cualquier momento. — Él se encogió de hombros, con un gesto indescifrable.

La pregunta debió haber sido silenciosa, pero se descolgó de sus labios sin filtro:

—¿Qué dirá tu novia? —dijo moviendo la cabeza.

—¿Cuál de todas? —lo miró perpleja y él soltó una carcajada. Recostado, con el vaso de vino en la mano y esa risa, era abrumador.

—¿Cuántas tienes?

—Muchas.

—¿Alguna oficial? — él negó con la cabeza y ella cortó las verduras antes de meterse el tenedor en la boca, cargado de una variedad.

—¿Tenés novio? — ella también negó sin hablar, pero desviando la mirada. Tenía otras prioridades en ese momento: su profesión, su libertad. Su vida itinerante, cazando imágenes por el mundo la hacía feliz y no había conocido a nadie que le hiciera renunciar a ello.

La intensidad de su mirada le quemaba el cuello, pero se armó con toda la fuerza que encontró y pudo terminar la entrada sin volver el rostro.

—¿Amigos con beneficios? —ella se quedó inmóvil. Sintió la sangre calentarse y golpear contra las paredes de su rostro, encendiéndolo. En la periferia lo vio sonreír pecadoramente.

—No, —dijo con sequedad. *Todavía*, completo para sí.



Eric estaba absorto. Podría pasarse la noche mirándola pero disfrutaría mucho más tenerla en un ámbito oscuro y solitario. En ese caso, el asiento de primera que había cambiado para poder sentarse con ella, hubiera sido mucho más cómodo. Pero por el momento, el sacrificio venía valiendo la pena. Ella se sonrojaba y él se encendía, estaba encaminado en el sendero de la seducción. A lo lejos veía los vestigios del naufragio de su voluntad de que no pasaría nada esa noche. En cuanto sacara la bandeja, la iba a arrinconar en ese metro cuadrado suspendido en el aire y se iba a comer esa boca de postre.

Mientras desempacaba su segundo plato, ella lo miró de costado y preguntó:

—¿No vas a comer?

—No me gusta la comida de avión.

—Falta mucho para llegar a tierra.

—Sobreviviré — Ella cortó un pedazo del lomo cubierto con una crema marrón, que por el brillo debía ser agridulce, en la que asomaban setas y champiñones. Cuando lo saboreó, hizo un ruido de placer que casi lo hace acabar.

—Delicioso — murmuró exageradamente, con los ojos cerrados y antes de abrirlos, la escena se interrumpió por el rugir de su estómago. El de él. Vera lo miró sorprendida y mientras él se relamía los labios, hambriento y excitado, ella no contuvo la risa. Se acomodó en el asiento, tocado en el orgullo.

—No le veo lo gracioso.

—Estás famélico — Eric puso los ojos en blanco con cara de asco y ella hizo lo impensado: cortó un pedazo pequeño, lo empapó de salsa y eligió las dos setas más grandes de su plato. Puso la mano izquierda bajo el bocado y lo acercó despacio a él, a un desconocido con el que había cruzado cincuenta palabras con suerte. —En verdad está rico. Ven, prueba.

Giró el cuerpo hacia ella, levantó una mano para sostener la suya con el tenedor, y sin decir una palabra, con la mano libre atrapó su nuca y la acercó para darle un beso que hizo que el avión a su alrededor explotara en mil pedazos. Quedaron solos, aislados, en el medio de la estratósfera.

Sus labios chocaron y se entreabrieron de inmediato. En efecto, la salsa era agridulce, pero deliciosos eran sus labios, tímidos en comparación a los suyos, aunque renuentes a separarse. Recorrió todo el contorno de su boca sin invadirla y su mano nunca ejerció más presión que la del principio, para acercarla. Se quedó quieto mientras respiraba agitado, enredado en su aliento, y ella se humedeció los labios, su lengua una invitación al pecado que no pudo resistir.



Su boca sabía a lo que debía saber la fruta prohibida. ¿Cómo iba a rehusarse Eva a semejante manjar? Cuando él se detuvo pero no se separó, Vera acarició sus labios con la lengua. El vino le impregnó los sentidos, los restos de alcohol golpearon directo a sus nervios, impulsándola a buscar más. Por eso no bebía, porque después le costaba detenerse. Él había tomado vino, ¿Cuál era su excusa? Quizás el jugo de naranja tenía Vodka. Cuando avanzó en su boca, él apretó su agarre en la nuca y cerró el puño sobre su pelo. Toda su voluntad, reducida a polvo, cayó pesada en la base de su estómago, que aullaba como un lobo a la luna.

Fue su lengua la que avanzó, cuando los labios de él cedieron y se abrieron para recibirla. Aumentó la presión y ella exploró hasta encontrar la suya. Se retrajo cuando estaba perdiendo el control, se asustó de su propia intensidad. Pero él no la dejó escapar. Sus dientes intervinieron, el dolor dio paso al placer y su lengua impregnada en uva dulce y alcohol, arremetió a la invitación silenciosa. Eric se apropió de su interior de la misma manera que con sus labios, avanzando y retrocediendo en un deslizar sinuoso sin separarse, aferrando su nuca y más dolor que daba paso a un preludio de pasión ardiente. *Madre de Dios, era un beso.* Se iba a derrumbar en sus brazos. Cuando él deslizó la mano de su nuca a su rostro, y la otra apareció para llegar a su mejilla, el roce recreó la sensación de perder densidad, de flotar y caer.

Entregada a ese beso, sin pudor ni razón, se dejó llevar, donde quisiera, cuando quisiera, y fue él quien cortó el contacto, retrocediendo la acción hasta volver a saborear sus labios y detenerse con besos ligeros, de una comisura a

la otra, en toda su breve extensión. Apoyó la frente en la suya y exhaló. Su aliento la envolvió, como esos olores que se impregnan en el alma, se ganan una chapa en el altar de los recuerdos y resurgen cuando la memoria los invoca.

—Diría lo siento, pero estaría mintiendo. —Deslizó la cara apoyado en su mejilla hasta que sus labios llegaron a su oído. El susurro de su voz la hizo temblar —Nena, que manera de besar. Me vas a matar.

Cuando se separaron, su mano derecha seguía suspendida en el aire, a la altura de sus rostros. Eric miró el bocado y sonrió. Puso cara de sacrificado y lo engulló antes de que cayera al piso. Vera sintió que la sangre volvía a circular por su cuerpo después de haberse congregado en su vientre, una parte a incendiar su rostro en carmesí furioso y el resto a apagar el incendio desatado entre sus piernas. Él la iba a matar.

Mientras se acomodaba en el asiento e intentaba no parecer una colegiala, fracasando en el intento, él hizo una maniobra con su cuerpo y sin cerrar la mesita, se puso de pie. Incluyó toda su altura hasta llegar a ponerse frente a ella.

—Necesito ir al baño. No te escapes.

Dejó el tenedor vacío en su bandeja y se quedó así, rememorando las sensaciones del beso del siglo. Se tocó los labios y buscó con la punta de la lengua vestigios de su sabor. Antes de poder reiniciar sus sentidos, reapareció en toda su gloria, como una estrella de cine. Tenía el semblante relajado, estaba fresco, sonriente y con el cabello húmedo. Algunas gotas pendían de los mechones sobre su frente. No había tardado nada, o ella había vuelto a perder la noción del tiempo.

Se sentó a su lado y no podía sacarle los ojos de encima. *¿Y ahora cómo seguimos?* El estómago de él rugió otra vez y los dos rieron, pero ahora ella no se animó a darle de comer. Necesitaba recuperarse.

—Voy a tener que comer, sino esto — dijo señalando su estómago como si fuera un traidor — me va a cortar la inspiración toda la noche.

Vera rio entre dientes mientras volvía a su comida, que ya estaba fría. Eric deshizo con habilidad y rapidez el empaque y preparó un bocado idéntico al

que ella había hecho. Sin aviso, reemplazó el que estaba llevando a su boca. La comida de él si estaba caliente. Terminaron su ración en silencio. Cuando dejó los cubiertos, ella lo miró satisfecha.

—Ves, no fue la muerte de nadie.

—Tengo que sacarte a comer afuera más seguido.

—Trata de que no sea ahora... — murmuró mirando a un costado la ventanilla donde se desplegaba la más absoluta oscuridad sobre el océano.

—En Argentina esto no se lo damos ni a los perros —. Ella resistió el impulso de poner los ojos en blanco. Si no era de fútbol, primero Maradona y ahora Messi, el tema de la supremacía nacional radicaba en la carne. Era una constante entre los hombres argentinos que había conocido. ¿Serían conscientes de que necesitaban renovar el discurso?

—Había más opciones.

—Vos querías carne — se miraron y sonrieron. ¿Estaban peleando?

Vera abrió el postre y parecía una porción de pastel de manzana. El de Eric era de chocolate. Su suerte estaba empezando a mostrar la hilacha. Cuando sus ojos se expandieron, incrédulos, él defendió la porción con su cuerpo. Ella estalló en risas que atrajeron de otros pasajeros.

—No voy a robar tu postre.

—Tus ojos no decían lo mismo.

—Podríamos compartir... —dijo ella queriendo sonar seductora. Él entrecerró los ojos.

—No tenés idea de lo que tendrías que darme por este manjar de los dioses —. Se inclinó hacia él, sacando toda la seducción que tenía que haber asimilado en años de novelas románticas. Susurró casi en su rostro.

—Pide... —esos ojos brillaron, el azul intenso de su mirada un mar de promesas, de éxtasis. Él volvió a atraparla con su boca y usó su cuerpo para empujarla de nuevo hacia su lugar. El postre de chocolate cayó sin orden en la bandeja y usó ambas manos para sostenerla, enredando los dedos en su pelo y descolgándose por su espalda. Sentía, calándole en los huesos, la decisión de que podía pedirle cualquier cosa y la seguridad de que, sin importarle nada, ella se lo daría. El problema es que, como nunca antes, también estaba dispuesta a darle su corazón.



Le costó separarse, esos labios eran adictivos, sentía que nunca tendría suficiente. Interrumpió el beso pero no se apartó, y se descubrió con ella en brazos y sus manos enredadas en su pelo. Se alejó un poco para mirarla y esperó que abriera los ojos. La imagen, que en otra lo hubiera hecho entrar en pánico, lo embriagó de una sensación desconocida. Ese beso había sido diferente al anterior, y no era como los que le gustaban, fuertes, apretados, rozando lo violento. Y aun así, le había volado la tapa de los sesos. Cuando recuperó la respiración, murmuró contra sus labios:

—Me convenciste. Mi postre es tuyo. — *y todo lo demás también.* La vocecita desconocida prendió un par de alarmas en su mente, que sofocó de inmediato aludiendo un estado puramente sexual. Su amigo allá abajo no era muy hábil tomando decisiones.

Vera se acomodó en su asiento con gesto de misión cumplida y sin pedir permiso, alcanzó el plato plástico y la cuchara. Eric la miraba desconcertado pero complacido, mutando ante sus ojos, de *femme fatale* a niñita con postre nuevo. Cortó con cuidado una punta del postre y extendió la cuchara hacia él, que negó con la cabeza.

—Las damas primero.

—Uno para ti. Uno para mí —. La inflexión en su voz lo hizo sonreír, desistir en la negativa y abrir la boca para recibir el bocado. No estaba mal. Ella repitió el ritual hasta que el postre desapareció. Al terminar, la vio pasar un dedo por los restos de salsa de chocolate y chuparlo con placer. Su miembro convulsionó ante la visión, reclamando la atención de esa boca.

Ahí estaba de nuevo: la niñita, en un parpadeo, era una musa de sexo que lo iba a enloquecer. La vio perderse en sus pensamientos, relamiendo ausente los restos de chocolate.

—¿Qué estás pensando?

—Así le daba de comer a mi hermano cuando era pequeño.

—¿Tenés hermanos?

—Sí. Dos. Gina es más grande y Mempo el más pequeño.

—¿Están en Los Roques?

—No. Mis padres se divorciaron hace años. Nosotros nos fuimos con mamá a Canadá y mi papá se fue a la isla. — Eric se quedó mirándola en silencio, una parte de su cerebro buscando un indicio de qué hacer frente a esas palabras, el

otro hemisferio preocupado por la revelación de un padre en la Isla. Sus planes de sexo violento se enfriaron. Entonces ella preguntó: —¿Y tú?

—Los míos se matan pero no se divorcian. También tengo dos hermanos: Axel y Sabrina. También soy el del medio.

Antes de retomar la conversación, empezó el movimiento en los pasillos, para retirar los restos de cena. Las luces bajaron y el silencio fue abarcando toda la nave. Eric activó la pantalla frente a él y revisó la cartelera de películas y series que se ofrecían.

—¿Querés ver una película? O... —ella hizo un gesto inquisidor y él buscó alguna señal de lo que ella podría querer.

—Prefiero leer — respondió y sacó el libro de su bolso. Él se estiró para encender la luz sobre ella pero lo detuvo el clip de luz led que abrochó a la portada de su libro. Era bueno que pusiera un poco de distancia, sino quien sabe a dónde iban a parar, en complicidad con la oscuridad. Ella subió y cruzó las piernas en su asiento, apoyando los codos sobre las rodillas y el libro muy cerca de su rostro. ¿Estaría necesitando anteojos?

Tenía tantas preguntas en la mente para hacerle, qué música le gustaba, qué prefería fotografiar, cuál era su lugar favorito en el mundo, qué deportes practicaba. Si, muchas preguntas, pero el silencio y la oscuridad alrededor daban para otra cosa.

Inspiró, reclinó el respaldo de su asiento, se recostó y estiró todo lo que pudo las piernas, llegando bajo el asiento de adelante. Clavó el codo en el apoyabrazos y sostuvo la cabeza con una mano, ladeada al lado del pasillo. Era inevitable mirarla, no podía escapar a su visión. Cuando lo miró, él sonrió de costado y susurró.

—Ey — hizo un ademán con la cabeza para atraerla y ella respondió de inmediato, recostándose sobre su pecho y estirando las piernas sobre el asiento. Si, podría haber hecho mil cosas en esa posición, pero se forzó a mirar la película, intentar ser un caballero y limitarse a jugar con su pelo mientras ella leía, hasta que la venció el sueño y al que, un rato después, él también sucumbió.

Una noche en París
Libro único

Mare Nesbitt tenía una vida calma y ordenada, un camino llano y programado que ese día llegaba a una encrucijada. ¿Era esa la vida que quería tener? ¿Era el hombre con el que estaba comprometida con quien quería casarse? ¿Era la promesa de lo que ya tenía lo que quería como realidad para siempre?

Cuando levantó la mirada y Shad Huntington, líder de la banda de rock Synister Vegeance, apareció, con sus tatuajes y su mala actitud, jamás sospechó cómo ese hombre avanzaría sobre su vida metiéndose en ella, arrasando con todo, cambiando lo que era, aun contra su peor enemigo: ella misma.

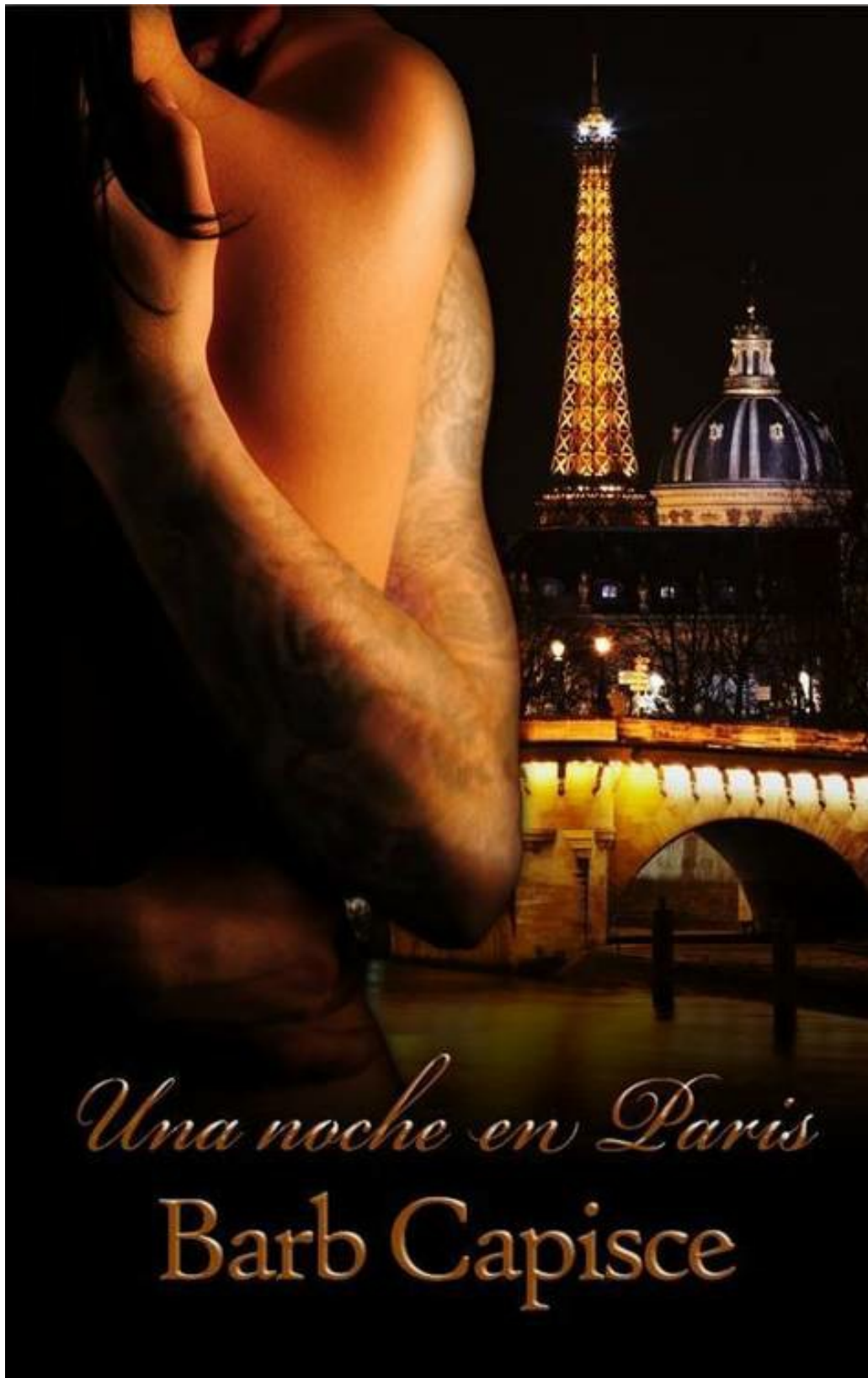
En un mundo de opiniones y apariencias, Mare descubrió mucho más que sombras en el interior de ese hombre... Y en el suyo. Como una fuerza imparable de la naturaleza, el amor entró en ella, cambiando para siempre el ritmo al que su corazón latía.

¿Cuánto tiempo necesitas para darte cuenta de que estás enamorado, de que esa persona es tu destino?

Para algunas personas basta una noche en París.

Puedes adquirirlo en los portales de Amazon

<http://mybook.to/UnaNocheenParis>



Una noche en Paris
Barb Capisce

Capítulo Uno

Sentada en el salón VIP de Air France, a la espera de la partida de su vuelo desde New York, justo en el vértice donde convergían las paredes de vidrio que mostraban una panorámica de la pista y los aviones, Mare Nesbitt exhaló por sobre la taza de su té *Earl Grey* un suspiro de resignación y hastío, después de haber repasado su agenda. Tenía programados cuatro cursos en *Citroën*, a pocos minutos de la ciudad capital, y cuatro más al día siguiente en la filial de *Peugeot*, parte del entrenamiento a los técnicos especialistas que brindaba la empresa donde se desempeñaba como Ingeniero, *Nestech London Inc.* Se acomodó el cabello sin dejar de mirar la pantalla táctil, como si eso fuera a cambiar su destino, y se perdió en esas cavilaciones que hacía unos días no la dejaban dormir. ¿Qué le estaba pasando? De repente todo lo que hacía la tenía insatisfecha, cansada, agobiada. Algo se había perdido en el camino, no sabía cuándo ni dónde. Algo la tenía preocupada y no lograba dar con ello, algo que hacía ruido en su aceitada maquinaria diaria. Y el no saberlo la desquiciaba. Todo lo que podía hacer era resoplar con fastidio a cada obligación, encontrar excusas para procrastinar y cuando alguien le reclamaba por su inesperado desgano o mala actitud, reaccionaba como una fiera lastimada. El teléfono la reclamó. Era su padre.

—*Hola, hija ¿Cómo estás?*

—*Bien, papá. ¿Y tú?*

—*Bien. Terminando de organizarte algunas cosas. Estaba hablando con George y él está completando tus actividades para mañana en París.*

—*Genial.*

—*Lamento que tengas que estar tan ocupada con estos cursos. Si todos estos contratos que tenemos en danza se cierran, tendremos capacidad para contratar más personal y dejar que te dediques a lo que realmente te gusta*

—. La promesa sonaba soñada, pero lo que antes era percibido con gusto y pasión, hoy era solo una obligación. Una que le pesaba. Mucho. Le tembló la voz al responder con una mentira.

—*No me molestan los cursos, es mi trabajo y me gusta. Me gusta ser parte de la empresa y colaborar...*

—*Yo quisiera que pudieras estar más en Londres... con George.*

—Estamos bien.

—*Y estarán mejor...* —Parecía que su padre estaba al tanto de los avances de su compromiso. Era evidente que al no poder concretarlo, George había acudido a sus superiores. Una vez porque el anillo no estaba listo, otra vez porque ella tuvo que viajar para dar los cursos de capacitación, parecía que era algo que no tenía que ser, pero daba toda la impresión que la tercera sería la vencida. De pronto un escalofrío la recorrió entera, como si alguien hubiese abierto una puerta que dejó pasar una corriente helada para acariciarle la nuca. —*Todos estaremos mejor...*

—No entiendo...

—*Hija, no es un secreto que estoy cansado y me gustaría retirarme. Que concretes tu matrimonio con George me daría la tranquilidad de dejarte en buenas manos, a ti y a la empresa.*

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Va todo en el mismo paquete? — Se rio sola de su comentario con visos de broma, pero parecía que del otro lado de la línea el concepto no era chiste.

—*Yo no lo diría así pero es una descripción bastante oportuna. George es el hijo varón que no tuve* —. Mare distinguió a la perfección la desazón de su padre porque Liam, el esposo de su hermana menor, nunca se involucró en el negocio familiar de simuladores industriales computarizados, a pesar de ser un genio informático, desperdiciado en la reparación de guitarras eléctricas y consolas de videojuegos. George, su novio desde hacía 5 años y su prometido solo meses, era un excelente negociador y hacía una dupla excepcional con su padre. Sí, era el hijo que siempre había soñado tener, el heredero. No supo bien si la respuesta nació en defensa propia o de su cuñado ausente.

—Puedes adoptarlo si quieres... él se sentirá feliz.

—*Mare... por favor, no seas ridícula.*

—¡Genial! Ahora, además de ser la hija casadera, soy ridícula.

—*¿Y qué tiene eso de malo? Eres hermosa, inteligente, sensible. Te pareces tanto a tu madre...* —Se le llenaron los ojos de lágrimas al recuerdo de su madre. Deseó parecerse a ella, pero no... —*No te enojas con este viejo solitario. Solo quiero que seas feliz, como lo fui yo.*

—Lo sé, papá... es solo que...

—*¿Qué quieres que te diga? Eres mi orgullo y deleite, eres mi heredera, mi mano derecha. Tengo plena, total y ciega confianza en lo que haces, y estoy convencido que de tu mano, junto a George, lograrán hacer de este pequeño proyecto familiar una empresa próspera. Siento que estamos en camino de*

lograrlo.

Las palabras de su padre, lejos de darle consuelo, la hundieron aún más en la desesperanza. Si debía ser honesta consigo misma, lo único que quería en ese momento era estar sentada en un sillón cómodo, con un libro en las manos, *uno en particular*, un pote de helado en la otra, y distraerse solo para mirar la puesta del sol. Sola. Bueno, en realidad no sola, porque anhelaba una mano que la sostuviera, un par de brazos que la rodearan y un latido que se superpusiera al suyo, convirtiéndose en uno. Aunque la vida le hubiese demostrado que el amor romántico solo estaba en los libros y a ella le había tocado vivir el amor real, práctico, metódico, seguía esperando escuchar a Puccini en su cabeza cuando quien estaba a su lado la besara con pasión, tal y como le había contado su madre alguna vez. El sonido de un llamado entrante distorsionó la conversación que estaba teniendo. Miró la pantalla y dudó un instante.

—*¿Tienes otro llamado?*

—No es importante, papá. Es George...

—*¿Cómo que no es importante? Atiende... no lo hagas esperar...*

—No es más importante que tú, papá.

—*Llegará el día en que no pienses así —Lo dudo pensó para sí misma. — Que tengas un buen viaje, hija. Hablaremos cuando estés en París.*

Se despidió de su padre pero ya era tarde para contestar el llamado de su novio, así que digitó su número y esperó que le atendiera. Tristemente para ella, la única manera que escucharía Puccini con George era si lo ponía como sonido en su teléfono móvil.

—*Hola, preciosa. ¿Cómo estás?*

—Disculpa que no te haya atendido antes. Estaba hablando con mi papá.

—*No te preocupes, justamente está aquí diciéndome lo mismo que tú. No hay problema —.* Imaginó a su padre corriendo por el pasillo de su oficina hasta la de George para disculparse y eso le terminó de agriar el humor. —

¿Recibiste la agenda que te envié para mañana?

—Sí. Terminaba de revisarla.

—*Coordiné un almuerzo con la gente de Volvo. El gerente está ansioso por conocerte y si la reunión es exitosa podríamos estar hablando de una importante expansión.*

—Lo sé...

—*No te preocupes, hermosa, con tu toque de gracia, es pan comido. Tu padre y yo ya hicimos todos los arreglos...* —Cuando la conversación parecía decantar a un discurso misógino donde ella era solo un adorno, lo cortó.

—Estoy al tanto, George. Es mi área, sé que puedo cerrar un trato.

—*Los contratos los cierra tu padre.*

—También lo sé, pero esta no es la primera negociación que llevo adelante —. George inspiró y eso significaba que no iba a permitir que la conversación escalara a discusión y hasta allí había llegado. Ella hizo el mismo gesto.

—*Enviaré un automóvil a buscarte al aeropuerto.*

—No es necesario. Siempre tomo un taxi. Tengo reservación en el hotel de siempre.

—*No te enojas...* —Apretó los labios cuando el tono la delató.

—No estoy enojada.

—*Perfecto, entonces abre los ojos y busca el cartel con tu nombre. Y trata de dormir.*

—Compré el último libro de Josh Grin. Lo he estado reservando para...

—*Mare, tienes cursos que dar, responsabilidades...* —Puso los ojos en blanco y deseó tragarse la lengua. ¿Por qué tenía que contarle todo, si él siempre entendía la mitad?

—Dormiré...

—*Ok. Llámame mañana.*

—Lo haré. Te amo.

—*Yo también te amo.*

Cortó la comunicación y exhaló. Aquí vamos de nuevo. El sentimiento de desazón crecía a medida que el tiempo avanzaba, no lo podía evitar. Sostuvo la taza con ambas manos, tratando de captar un poco de calor del té, un poco de confort después de las dos conversaciones que no hacían más que cavar un pozo en su pecho, llenándolo de angustia y amargura. ¿Por qué se sentía así? Tenía frío, estaba cansada y no era solo una cuestión de huesos. Tenía el alma agotada.

El movimiento de algunos pasajeros del sector VIP donde esperaba llamó su atención y después le hizo girar la cabeza hacia la puerta de entrada. Su tren de pensamientos se distrajo con el pequeño alboroto en el acceso a la sala de espera y descarriló cuando vio al grupo que entraba, acelerándole los latidos del corazón, agudizando sus sentidos y arrojando adrenalina a su sangre por

una sola razón: miedo.

Los tipos eran atemorizantes y si el lugar no estuviera lleno de gente normal como ella, e iluminado como una tarde de verano, sus manos hubieran estado tan coordinadas como sus piernas para arrebatarse su cartera y salir corriendo de ahí. Entraron en tropel, dispuestos a llevarse por delante todo lo que había a su paso, sus botas casi militares retumbando en el piso como si tuvieran chapas de *Tap* en las suelas. El más discreto tenía una cresta como alguna vez había visto en los *Punks* de los 80's. Otro tenía tantos piercing que era un milagro que lo hubieran dejado pasar por el detector de metales y el tercero tenía los ojos pintados como una corista siniestra del *Moulin Rouge*. ¿Era eso realmente necesario?

Había una chica con ellos. ¿Qué hacía ella ahí? Ese no era lugar para una chica, en medio de esos... *monstruos* fue la palabra que se le escabulló entre los pensamientos y se sintió aberrante por catalogarlos así pero, ¿Qué podía hacer? A ella la tendrían que sedar para estar tranquila entre esos ejemplares. Las dos se miraron apenas un momento: era muy blanca aunque no parecía ser maquillaje, vestía muy sencilla y todo de negro, e iba de la mano con el de los piercing. Mare desvió la mirada cuando se vio descubierta. Sus ojos buscaron escapar pero se clavaron en quien, sin duda, era el líder del grupo. Exudaba autoridad entre todos, tenía un pantalón gastado, chaqueta de cuero, pañuelo blanco y negro en la cabeza, anudado en la nuca, y anteojos oscuros. Se sentó orientado hacia ella y en el camino se deshizo de su chaqueta, develando unos brazos con músculos marcados y ni un solo resquicio de piel sin tatuar. Imposible saber si la estaba mirando, oculto detrás de los anteojos, pero cuando torció la boca en algo así como una sonrisa tenebrosa que marcó un solo hoyuelo en su mejilla izquierda, se dio cuenta que había captado con total claridad cómo se le desencajó la mandíbula al mirarlo sin disimulo.

En su vida había visto tan de cerca a un tipo así, los tatuajes no solían ser sinónimo de algo bueno, pensó mientras desviaba la mirada y bebía con ansiedad su té, quemándose la garganta. Vio movimiento en la entrada donde colgaba el cartel con el número de su vuelo y tomó eso como una señal.

Levantó su cartera, el abrigo, chequeó la hora en su teléfono móvil y abandonó la mesa por el camino más alejado al grupo híbrido que oscilaba entre *Kiss* y

The Cure, arrastrando su equipaje de mano. Apuró el paso todo lo que su falda a la rodilla le permitió, sintiendo un par de ojos penetrantes seguir su paso y olfatear su miedo.

No miró atrás. No los vio ponerse de pie cuando los altoparlantes anunciaron la salida de su vuelo, el AF007, con destino final París.



Shad Huntington, cantante y líder de la banda de Hard Metal *Synister Vegeance*, fue el primero en entrar a la sala de espera de primera clase. No viajarían en primera clase esa vez pero por un acuerdo con el Aeropuerto Internacional JFK, los titulares de pasajes *Premium Voyageur* tenían acceso al exclusivo salón, y eso siempre era bueno. Tras sus *Ray-Ban Aviator*, que llamaban la atención de los pasajeros de las clases más caras de la aerolínea casi tanto como su ropa, sus tatuajes y el parloteo incesante de sus amigos, revisó los alrededores como si de la jungla se tratase: hombres en sus trajes de negocios y mujeres sobre altísimos tacones y carteras de lujo, todos concentrados en sus teléfonos inteligentes y sus tabletas blancas; algunos levantaron la vista cuando el bullicio de sus compañeros de banda se hizo sentir. Puso los ojos en blanco... siempre lo mismo: las mismas caras que variaban del espanto a la reprobación, la provocación implícita los llevaba inevitablemente a ser más ruidosos y rebeldes, a asustar a los normales, a empujar a los convencionales con tan solo una mirada, y merodear con ese paso amenazante hasta un grupo de asientos alejados, que como por arte de magia se desocupó para que ellos los llenaran.

Entonces sí, cada uno de ellos se mimetizó con el ambiente, sacando sus teléfonos inteligentes y sus tabletas negras, no podían ser de otra manera. Shad suspiró, buscando acomodarse en el asiento que parecía cómodo pero era duro como un banco de plaza. Mientras se desprendía de la chaqueta de cuero negra y dejaba a la vista sus brazos tatuados del hombro a la muñeca, sintió cuando sus pupilas se dilataron al chocar inevitablemente con un par de ojos chocolate que lo encandilaron como mirar el sol de frente.

Ella era... hermosa.

Se escudó bajo el anonimato de sus innecesarios anteojos y se deleitó con la

vista mucho más tiempo del que debiera. Tragó cuando se le hizo agua la boca, pero al mismo tiempo el sabor se tornó amargo y cruel, como la desilusión en su corazón. Estaba fuera del mercado y su relación con el sexo opuesto era clara y limitada. Sin embargo, su mirada y su interés iban un poco más allá. No fue la seducción de la muchacha lo que lo atrapó, sino esa mirada atemorizada, como si él fuera algo oscuro, dañado, malvado. Como si su apariencia solo pudiera producir en ella, rechazo y espanto. Y después de años de tocar en una banda de rock especializada en canciones violentas, temáticas necrológicas y videos escalofriantes, ¿Por qué le sorprendía que una mujer diametralmente opuesta a él reaccionara tal y como había trabajado tanto para lograrlo? Ese era un punto que le encantaría explorar, pero más todavía le gustaría desentrañar, por qué parecía tan importante para él. Sacudió la cabeza y bufó, fastidiado consigo mismo, pero incapaz de retirar la atención sobre la distante mujer.

Su hermano Dexter, baterista de la banda que lideraba, parecía estar muy atento a sus movimientos y no había perdido detalle en su inusual interés. Dex se había convertido en su sombra durante la última gira; todos a su alrededor, pero en especial su familia, muy preocupados por su severo caso de corazón roto.

—Linda... —dijo estirándose sobre su costado, siguiendo la pista de sus ojos ocultos tras los *Ray-Ban*.

—No es mi tipo —respondió entre dientes, reacomodándose en el asiento y sacando de su bolso negro el primer libro que tenía a mano.

—Oh, vamos, Shad. ¿Cuánto hace que no...

—No llevo la cuenta y no es algo de tu maldita incumbencia.

Abrió el último libro de su amigo y compañero de campo, una copia avanzada que le había regalado, e intentó concentrarse en las letras, ignorando a su hermanito, que seguía las instancias de la chica que ya no veía.

—Es linda. Sin mucho esfuerzo podrías llevártela al baño o reclinar el asiento en la oscuridad. Siete largas horas en un vuelo transatlántico de pronto podrían ser muy divertidas.

—Ella no es así... —dijo con una convicción que a él mismo lo asustó, como si él pudiera dar fe de ello, como si la conociera. Está bien, la había radiografiado, y lo dicho, estaba en las antípodas de cualquier mujer que podría interesarse en él, no había que ser un genio para saberlo. Ni siquiera su status de estrella del rock le serviría, dudaba que ella lo conociera, ni a él, ni

a su banda, ni la música que tocaban.

—Todas son así... —afirmó el menor de los Huntington con su habitual tono ganador y juguetón. Desde atrás, una voz femenina lo llamó al orden.

—¡Dex! —Shad rio entre dientes y se hizo el desentendido a la reprimenda — Que feo lo que estás diciendo.

—Lo siento, Pía.

La novia de Zach, que los acompañaba en esa ocasión, había escuchado la conversación y también estaba muy atenta a las acciones y reacciones de Shad y todos los miembros de la banda. La razón, la peor: todos vivían en un estado de luto latente desde hacía poco más de un año. Era la primera gira que encaraban después de la muerte de su bajista y miembro fundador, Fred Spider, en un accidente de tránsito junto a su novia Candy. El recuerdo le dolió en el medio del pecho. La muerte de Freddy era un sufrimiento permanente; volver a tocar, un nuevo disco, salir de gira, parecía a ojos de productores y psicólogos, la mejor terapia para superar la pérdida, pero cada paso que daban, cada lugar que visitaban, cada canción que tocaban, era un recordatorio permanente de la tragedia.

—No vayas ahí... —susurró Pía, como si estuviera leyendo sus pensamientos. Shad arrugó la cara, metió dos dedos bajo los cristales oscuros y atajó las lágrimas a tiempo, arrastrando las yemas sobre sus ojos gastados por las luces del escenario. La chica cambió su asiento por el de Dexter, cuando este escapó de sus reclamos.

—Estoy bien...

—No, no lo estás, pero todo lleva su tiempo y cada uno tiene el suyo...

—Estoy harto de esto —. Pía apoyó la mano sobre su hombro y presionó un poco como reaseguro de que esto también pasaría. No había manera de poner en palabras sus sentimientos, porque no podía y porque no quería. Y porque nadie lo entendería.

Los dos levantaron la vista cuando la voz de mujer en los altoparlantes los convocaba en la última llamada para abordar el vuelo AF007. Siempre hacían lo mismo: esperar, subir al final y enfrascarse cada uno en sus anteojeras, audífonos, libros o tabletas para evitar el acoso de curiosos. Ignorar la cena, aprovechar la oscuridad, dar la espalda al desconocido de al lado y dormir hasta tocar la pista, esta vez del Charles de Gaulle.

Cuando se puso de pie, miró alrededor: la muchacha de cabello castaño y ojos

chocolate ya no estaba allí.

Bien por ti, belleza. Te veré en tus pesadillas.

La voz en su mente resonó pérfida y la risa satánica. La sombra estaba de regreso.

Puedes adquirirlo en los portales de Amazon

<http://mybook.to/UnaNocheenParis>

Caballeros de Xydonia

En un futuro no muy lejano de nuestro tiempo, distópico, audaz, la raza humana deberá enfrentar la respuesta a su pregunta más profunda: ¿Estamos solos en el Universo?

No hubo preámbulo, llegaron y arremetieron sin previo aviso, sin negociación. No hubo tiempo a nada, ni siquiera a correr. Si algo quedara en pie del mundo, tal como lo conocíamos, los titulares de las noticias en todos los idiomas darían un solo saldo: estamos perdiendo.

En un campamento del fin del mundo, los sobrevivientes se esconden robando tiempo al inminente final. Lara y Maga, escondidas en el campamento junto a su padre y sus hermanos desde que su madre y su hermana fueron abducidas, el primer día de la invasión, reciben a Lucas, un solitario renegado que se une a sus fuerzas de choque y desata viejos rencores entre las gemelas. En la nave invasora, el Comandante RT, tiene su propia misión corriendo contra reloj mientras los líderes de Xydonia han decretado la suerte del planeta Tierra.

En ese contexto de sangre y polvo, la peor traición a la especie se convierte en la más intensa historia de amor atestiguada por las estrellas.

Si leíste *Miénteme*, primer libro de la Saga *Ángel Prohibido*, recordarás que fue la adaptación en cine de este libro la que acercó el corazón de Trevor y Kristine.



CABALLEROS
DE
XYDONIA
Barb Capisce

Ella estaba allí, escondida en la noche, como una rosa nocturna, floreciendo en el medio de la desolación y la guerra, atrapada en la oscuridad. Ella era una prisionera por su culpa y su destino estaba sellado por esa razón. Pero él había convertido su misión personal encontrarla y rescatarla, aun cuando, por las vicisitudes que el destino les había puesto en el camino, ella jamás correspondiera sus sentimientos. Rescatarla sería rescatar el resto de humanidad que pudiera haber en su interior. Salvarla sería salvarse.

Miró el cielo y el brillo de las estrellas cobró un nuevo significado para él. El Sol, la Luna, la estela de un cometa, parecían tener otra dimensión. Ya no un simple elemento del Universo, objeto de estudio y conquista, sino parte de una poesía comprensible solo a través del amor.

Ella y su planeta eran iguales: Frágiles y susceptibles como una pompa de jabón; hermosa, misteriosa y mágica como todas las variedades de flores en primavera; fuerte y poderosa como la naturaleza. Guardaba en ella el secreto de la eternidad.

La única manera de sobrellevar su miserable existencia fue no saber que ella existía. Una vez que su imagen se cruzó en su camino, la única manera de sobrevivir era ganándola para él, aun cuando eso significara rebelarse y traicionar, suplicar y sacrificarse, morir intentándolo.

Morir por amor. Morir por ella.

Libro I

Mariposas y huracanes

Cambia
todo lo que eres
y todo lo que fuiste
llamaron tu número
pelea, las batallas han comenzado
la venganza seguramente vendrá
tus tiempos duros están adelante

Matt Bellamy ~ Muse

I
.Ella

A la espera de la batalla, mirando sin ver más allá de la noche cerrada, casi sin querer, su mente retrocedió al inicio de su tiempo, como si fuera una vieja película que ya había visto, un espacio de intersección entre la ficción y el recuerdo, que el tiempo volvió brumoso, que rara vez visitaba, por el dolor de ya no ser.

No era un atardecer cualquiera, ni siquiera entonces. Ella volvía de un viaje que tenía demasiadas consecuencias. Estaba sentada en el columpio de una plaza vacía de niños, solo con su hermano menor. Había dejado sus cosas en la casa materna y hasta allí habían llegado, escapando de la ira familiar. Las preguntas eran las esperables: *¿Por qué te fuiste? ¿Por qué con él? ¿Por qué volviste?*

Él no hacía preguntas, era su eterno compañero silencioso que hoy había invertido los papeles de la infancia, ya no niños ninguno de los dos, él empujando a sus espaldas, impulsándola a tocar el cielo que empezaba a tomar el mismo color de su cabello.

El silencio permanecía en la imagen aunque en el recuerdo se rompía. La llegada de otra pareja, su hermana y su hermano mayor; el reclamo, los gritos, la pelea. Todo eso sucedía como una antigua película de Chaplin, con un viejo piano sonando de fondo, entre cachetadas y tirones de pelo, las dos rodando sobre la arena, junto al tobogán y el balancín, los tres muchachos mirando sin intervenir, porque en algún momento también había llegado el tercero en cuestión, el hombre que había logrado romper ese vínculo sagrado de sangre, el objeto de deseo que en algún momento les valía la vida y ahora ninguna de las dos quería.

No fueron las lágrimas ni la sangre, ni las manos de los muchachos lo que las detuvo, sino los cambios a su alrededor. La noche llegó precipitada, una oscuridad inesperada que los circundó como un asesino, una ráfaga de viento frío que venía desde arriba. Sí. Los cinco miraron hacia el cielo, porque era

desde allí de donde venía. Estaban acostumbrados a los cambios de clima abruptos pero eso excedía cualquier fenómeno meteorológico. Entonces se dieron cuenta que no había ninguna luz encendida en los edificios alrededor, en el horizonte circundante.

Un apagón, una tormenta repentina, una sudestada nacida de la nada, eso pasaba a menudo en el fin del mundo, en la ciudad de la furia. Pero todo a la vez, no podía ser obra de la casualidad.

Como era de esperarse, el murmullo del caos fue levantándose, llegando al centro de la plaza, reptando entre árboles y rejas: las bocinas de los automóviles, las voces de los vecinos quejándose. Pero algo estaba mal, muy mal.

Todo pasó muy rápido como para mantener un hilo conductor, una secuencia. Los cuatro hermanos se agruparon como si tuvieran un imán en la sangre. Lo último que escucharon decir a Román fue *me voy a casa* y sentir, más que ver, sus pasos en la oscuridad. Nunca supieron qué fue de él.

El mayor decidió que también era bueno volver a casa, no solo pensando en su propia seguridad, sino porque su madre había quedado sola en casa con su hermanita menor. No llegaron a darse vuelta para buscar su camino, la primera explosión los sorprendió de espaldas y más por instinto de preservación que por onda expansiva, cayeron sobre la arena cubriéndose las cabezas. El cielo pareció abrirse en una nube gris que burbujeó hasta que la primera de las naves apareció. Tembló y no fue por el frío, el miedo era mil veces peor que el viento que helaba las lágrimas en su rostro. Todo alrededor era un pandemio de gritos aterrorizados, gente corriendo por la calle, abandonando sus automóviles y sus casas, buscando alejarse del espectro que descendía sobre la ciudad.

Humo. Fuego. Caos.

Cinco años después de esa tarde de invierno, lo único que quedó de la ciudad fueron ruinas, que de vez en cuando se incendiaban en algún enfrentamiento entre lo poco que quedaba de la resistencia humana y los invasores alienígenas. Del horizonte urbano desaparecieron las torres y los edificios,

todo reducido a escombros, bajo los cuales la sangre se fue secando.

En la primera etapa de la invasión los extraterrestres arrasaron con todo a su paso, de día la abrumadora realidad los inmovilizaba, se escurrían por las sombras sin rumbo ni sentido, con miedo y dolor. De noche los ejércitos descendían, rastreando y ubicando a los humanos escondidos, llevándolos a su nave base. No había comunicaciones: ni teléfono, ni radio o televisión.

De a poco se fueron formando campamentos, rescatando civiles, organizando una defensa, intentando hacer algo contra esta amenaza hecha realidad. Sin aviso de ataque, intermediación o negociación contra el genocidio, los que sobrevivieron fueron aprendiendo sobre el enemigo a medida que lo enfrentaban. Aunque en la carrera contra el tiempo resultaba obvio que la humanidad era quien perdía, cada día que amanecía parecía un premio a la resistencia.

Cada noche que tenía la posibilidad de salir a pelear como un hombre más, llenaba el vacío en su interior con un efímero humo de victoria. Quizá no tenía sentido si en el aire se percibía que el final estaba cerca, pero hacerlo era lo único que le daba sentido a su existencia. Hasta ahora.

En el medio de la noche, un soldado anónimo es menos que un minúsculo punto perdido en la oscuridad. Sin luna ni estrellas, el cielo se confundía con el horizonte y no había más que reflejos de fogonazos lejanos, que indicaban que la batalla continuaba. Debajo de un uniforme robado a los enemigos, con una tecnología poco conocida, un casco hermético equipado con cámara infrarroja, intercomunicadores inalámbricos y sensores térmicos que debían responder a alguna computadora central de la que, por suerte, estaban desconectados, y armada hasta los dientes, ella esperaba detrás de un montículo de basura mientras que la distancia entre las luces y las explosiones se iba abreviando, señal que la batalla se acercaba. La emoción la recorrió una vez más, como la llegada de ese amante que le haría el amor a hurtadillas, encendiendo sus pasiones escondidas, haciendo estallar sus sentidos, calentando su sangre al punto de ebullición en la orgía de sudor y sangre, roja y fluorescente, que se desataba mientras masacraba a mansalva los cuerpos que podía reconocer como del enemigo.

Ella era un soldado aunque eso estuviera prohibido desde el comienzo de la

invasión. Pero en la guerra no hay lujos y prescindir de un soldado era algo que no se podía permitir, esa debía ser la regla número uno. Y ella sabía mucho de reglas, sobre todo cuando se trataba de romperlas. Abrió las cartucheras de sus armas, liberó los seguros y aguzó la vista buscando el movimiento en la oscuridad. Apuntó hacia la derecha donde algo se movió hacia adelante con rapidez.

La sombra avanzó hacia la batalla, desplazándose detrás de los escombros. Su uniforme era igual al que ella tenía, robado a los enemigos, pero roto y rasgado. Abrió los ojos y se incorporó cuando por fin le vio la espalda y contuvo la respiración: Detrás de su uniforme, sobre la chaqueta de cuero que llevaba, tenía una marca en rojo furioso, una especie de cruz que nunca había visto, una señal que estaba completamente loco. El corazón se le aceleró y de inmediato se incorporó para seguirlo, cuidando sus espaldas, verificando los alrededores. ¿Sería locura o solo estupidez eso que lo había movido a marcar su ropa así? Era lo mismo que ponerse un reflector encima para indicarles a los enemigos donde debían apuntar para liquidarlo.

Lo siguió con sigilo y a la distancia, controlando sus movimientos. Sus armas también eran del enemigo pero las empuñaba de manera diferente. Era humanamente tosco y eso la hizo sonreír, aunque no parecía ser parte del ejército escondido. Un mercenario como ella. Había visto pasar cientos de esos a su lado. Muchos se habían unido al ejército, otros, como la mayoría, habían desaparecido, algunos ante sus propios ojos. Intentó concentrarse de nuevo en el campo de batalla, la lucha y el soldado al que seguía.

Diferenciar a los humanos de los invasores era bastante sencillo. Aun cuando utilizaran los mismos uniformes y las mismas armas, su contextura física era diferente. En parte por los uniformes que usaban, reforzados y rellenos con protectores térmicos que los mantenían en temperatura estable, aislada de los cambios climáticos terrestres y con parches blindados contra los proyectiles metálicos. Por lo general eran más altos y musculosos que el promedio de los hombres humanos, equivalentes en contextura física y morfología, así como su fuerza. No así en habilidad. Como individuos eran débiles, aunque entrenados. Funcionaban bien como grupos, siempre moviéndose en formaciones con alto nivel militar, de tres como mínimo, siempre respondiendo a un líder, siempre identificable porque era el que hacía las señas a nivel del rostro y el resto las

repetía un nivel más abajo. Su andar y movimientos eran lentos y elegantes, estaban entrenados en algún tipo de arte marcial, eso era obvio, pero en la pelea callejera era donde siempre perdían. En eso los humanos llevaban una ventaja. Aún con las diferencias físicas, en el uno a uno no eran imbatibles.

Volvió a la realidad, y al notar el cambio de velocidad en el soldado anónimo, escogió un montículo y se preparó expectante a recibir una clase magistral de las ventajas innatas de los humanos por sobre los alienígenas.

Él salió a la carrera, su cuerpo creando una sombra contra el reflejo de la explosión verde que se produjo más allá. Uno de los aliens debió separarse de su grupo y revisaba un montón de chatarra; nunca lo vio venir. El soldado se echó el arma a la espalda y en un rápido movimiento desestabilizó al enemigo con una patada en la espalda. Ya en el piso lo inmovilizó, se sentó sobre él y le levantó la cabeza con ambas manos. El sonido del cuello roto no hizo eco, mezclado con el sonido de fondo. Rápido y letal.

Ella apretó los labios y apoyó el casco en una mano, desilusionada por lo corto del show, mientras lo veía revisar el cuerpo con celeridad en busca de armas cortas, reabastecimiento de cargadores y todo aquello que le pudiera servir. No parecía llevar mucho con él, por lo que las alternativas eran que perteneciera a otro ejército rebelde o viajara como nómada con lo justo y necesario, sobreviviendo en el día a día. El soldado se sentó junto a su víctima y le midió las botas. Se las sacó de un tirón y reemplazó las que llevaba, casi en hilachas. Sacó varias cosas de los bolsillos y los trasladó a los suyos. Se arrodilló junto a él y le sacó el casco. Lo miró un momento, tocando su rostro antes de ponerse de pie, mirándolo desde arriba.

Antes que pudiera pestañear, sacó un arma corta del cinturón de su pantalón y descargó dos tiros directo a la cabeza del bastardo. La sangre fluorescente comenzó a verterse en dos hilos por debajo de sus botas nuevas y ella se mordió los labios mientras su mirada subía, desde el reflejo entre amarillo y azul de la sangre del enemigo, por el cuerpo del soldado anónimo, cuya figura volvía a recortarse contra las explosiones en el cada vez más cercano campo de batalla. Se alistó el casco, se arregló la chaqueta y guardó el arma en su espalda antes de volver a empuñar su láser, buscando sin miedo las luces más allá.

Ella se incorporó con cuidado, un ojo en sus movimientos y el otro en la batalla. Lo siguió, corriendo en zigzag, prestando atención a los estallidos que ahora se sucedían a su alrededor. El soldado parecía tener un radar especial para saber dónde iban a caer y estallar las granadas y podía esconderse un segundo antes, leyendo un patrón invisible, como si tuviera un informante que miraba todo desde arriba. Miró al cielo, abrumada por la posibilidad. ¿Y si no era un renegado sino parte de un ejército de verdad, con tecnología que pudiera hacerle frente a los enemigos, mejor equipados y más preparados, entrenados para estas cosas? La distracción le costó caro y la explosión a su lado la empujó a metros del soldado que la arrastró del cuello del uniforme hasta arrojarla contra la pared, agregando una estrella en su cabeza a la conmoción de la explosión. El zumbido en sus oídos fue bajando hasta que volvió a escuchar el ruido del láser pasando por encima de su cabeza.

—Tienes que triangular cada cinco pasos, de izquierda a derecha, del lugar donde estalló la última bomba. Así tienen calibradas sus armas de medio alcance.

Después de la clase de estrategia, él se asomó apenas por sobre la pared destrozada que los cubría y disparó a la nada mientras ella trataba de volver a enfocar, pestañeando con frenesí. Reaccionó por fin y manoteó por sobre su cabeza el arma láser larga que tenía en la espalda, cargándola y esperando lista para disparar en cuanto él volviera a su posición, hincándose en una rodilla para no entorpecer su movimiento. Él apenas si la miró y recargó su arma mientras ella disparaba, tomando su lugar, enfocando con la mirilla hacia el lugar donde las formas más grandes parecían querer avanzar. Otro grupo de disparos láser, rojos como los de ellos, salían de otro montículo. Ella sabía quiénes eran.

—Ahí hay más humanos —dijo el Renegado, indicándole con la cabeza el lugar, como si temiera que les fuera a disparar por equivocación. Asintió una vez y se reubicó detrás de la pared mientras descargaba su láser contra los enemigos. Era certero e implacable. Sabía lo que estaba haciendo. Debía tener entrenamiento militar.

Por el rabillo del ojo detectó un movimiento y de inmediato apuntó a la sombra que se escurría hacia donde se parapetaban. Retrajo su láser un segundo antes que el desconocido se identificara. Reconoció la “A” que el soldado tenía cosida en el pecho, ya la había visto antes. El Renegado apuntó

también y el soldado levantó las manos en señal de rendición.

—Soy humano.

El desconocido no terminó de escucharlo y volvió a darle la espalda, disparando de nuevo y ocultándose para recargar su arma. Ella tomaba la posta en la defensa, ignorando a propósito al recién llegado. Lo último que necesitaba era que la reconociera.

—Somos seis y ya terminamos con dos patrullas al oeste. Estos nos están dando un poco más de trabajo.

—Ustedes distraiganlos desde estos dos flancos y cúbranme a mí —dijo con voz áspera. Le arrojó el láser que obtuvo del enemigo que había aniquilado antes y se deslizó escudado por las paredes semi-demolidas hacia el corazón mismo de los disparos enemigos.

—¡Mierda! —Alan cargó el arma y tomó el lugar del Renegado disparando en turnos alternados con ella, como lo había hecho el otro, atento a lo que podía ver por los reflejos dorados y rojos de alrededor mientras se acercaba a los enemigos hasta que lo perdió de vista—. Otro loco.

Le hizo dos señas a los que habían quedado en el otro paredón y se repartieron en dos grupos, reorganizándose para cubrir al renegado suicida. Las ráfagas de respuesta del enemigo se fueron apagado como luces de un árbol de navidad, hasta que solo quedó la noche. En el silencio oscuro, ella inclinó la cabeza y vio salir al soldado solitario detrás del montículo de tierra y metal retorcido. El brillo fluorescente de la sangre extraterrestre ahora estaba en sus manos, escurriéndose en su pecho, el fuego desde atrás lo iluminaba y recortaba su figura de paso lento y todo parecía un set de filmación en la toma final de una película de guerra, pero no había director que gritara “¡Corte!” y todo distaba de estar cerca del final.

Los soldados rebeldes salieron de sus escondites y se acercaron al Renegado. Ella tenía que salir de ahí antes que empezaran con el jueguito de camaradería y reclutamiento. Ya lo había presenciado varias veces. El soldado solitario bajó de su escenario privilegiado y los puntos de sangre fluorescente destellaban salpicados en su casco. Contuvo la respiración y se quedó ahí, expectante como los demás. Él se sacó un guante y lo arrojó al piso para buscar con la mano libre en uno de sus bolsillos y sacar un cigarrillo armado a mano. Ella apretó los dientes e inhaló entre ellos. Los seis hombres que

estaban a su lado, en un movimiento conjunto, destrabaron sus cascos y los sacaron de sus cabezas. Sus expresiones equivalían al sonido de cobra que escapó de su boca. El Renegado encendió algo con su mano, llevó el cigarro desparejo a sus labios y lo encendió con una llama que se evaporó entre sus dedos con la misma magia con que llegó. Tiempo de aprovechar la distracción de los niños con los espejos de colores y hacer otro acto de desaparición. El soldado anónimo giró para mirar las llamas que se alzaban donde habían estado los enemigos y ella pudo admirar de nuevo la cruz roja en su espalda.